

WILKIE COLLINS

*Corazón y ciencia*



Lectulandia

La historia de amor entre dos jóvenes es el telón de fondo que el genio de Wilkie Collins utiliza en *Corazón y ciencia* para dar voz a su ataque contra la vivisección. El joven doctor Ovid Vere, el día antes de marcharse al extranjero, donde tiene que ir para recuperar su afectada salud, se topa casualmente, en una calle de Londres, con una atractiva mujer de la que se enamora a primera vista y que lo conduce a un concierto donde ella se desmaya. Después de ayudarla, en calidad de médico, descubre que se trata de Carmina Graywell, la prima hermana que, después de quedarse huérfana, había viajado de Italia a Inglaterra para ser educada por la madre del mismo Ovid (que persigue la herencia de su sobrina...).

Una de sus últimas y más controvertidas novelas, que el mismo Collins situaba al lado de *La dama de blanco* como una de sus obras más logradas, *Corazón y ciencia*, a través de una narración bien estructurada, llena de intriga e ironía, y en la que aparecen personajes oscuros, como el doctor Benjulia —representante de la ciencia y de los excesos a la que puede llevar—, es algo más que una crítica vivaz e inteligente a la vivisección de animales, tema de enconado debate a finales del siglo XIX en la sociedad victoriana: es una gran novela de suspense, de amor y de investigación del alma humana.

**Lectulandia**

Wilkie Collins

# **Corazón y ciencia**

ePub r1.0

Oxobuco 28.08.13

Título original: *Heart and Science*

Wilkie Collins, 1883

Traducción: Maite Roig Costa

Editor digital: Oxobuco

ePub base r1.0

---

**más libros en [lectulandia.com](http://lectulandia.com)**

---

A Sarony (de Nueva York)  
Artista, fotógrafo y buen amigo.

# Libro I



# Capítulo I

El siglo XIX, viejo y ya cansado, se encaminaba hacia sus últimos veinte años de vida.

Hacia las dos de la tarde, Ovid Vere (del Colegio Real de Médicos), de pie frente a la ventana de su consulta en Londres, miraba hacia la calle, tranquila y polvorienta bajo el sol estival.

Había recibido una advertencia que debe de resultar familiar a los hombres ajetreados de nuestro tiempo: los síntomas que delatan un carácter alterado y que aconsejan reposo tras un exceso de trabajo. Con una próspera carrera ante sí (y a sus escasos treinta y un años de edad), se había visto obligado a pedir a un compañero que se hiciera cargo de su consulta, y a dar a su cerebro, que tanto había fatigado, un descanso que habría de prolongarse durante los meses posteriores. Para el día siguiente tenía previsto embarcarse rumbo al Mediterráneo en el yate de un amigo.

Hombre activo, dedicado en cuerpo y alma a su profesión, no era alguien dotado de la feliz habilidad de saber entregarse al instante a una existencia ociosa. Para Ovid, el mero acto de mirar por la ventana, y preguntarse, qué hacer a continuación, representaba más de lo que podía soportar.

Se volvió hacia su mesa de trabajo. Si estuviera casado, su mujer le habría recordado que, en las presentes circunstancias, no había nada en común entre él y la mesa. Pero ya que se encontraba privado de superintendencia conyugal, se rebelaba contra sus propias reglas. Su mano inquieta abrió un cajón, y tomó un trabajo de medicina escrito de su puño y letra. «Sin duda —pensó— puedo terminar un capítulo antes de hacerme a la mar mañana».

La cabeza, lo bastante firme mientras miraba por la ventana, comenzó a darle vueltas antes de que hubiera podido terminar una página. Las últimas frases del capítulo inacabado se referían a un asunto práctico que aún no había verificado. Ante emergencias de cualquier tipo, era un hombre paciente y con recursos. Las comprobaciones que precisaba sólo requerían una visita al Colegio de Médicos, situado en una gran plaza llamada Lincoln's Inn Fields. Ya tenía una excusa para dar un paseo con una finalidad laboral que tan sólo consistía en una consulta a un decano y en el examen de una muestra. Cerró su manuscrito y partió hacia Lincoln's Inn Fields.

## Capítulo II

Cuando se da la casualidad de que dos amigos se encuentran en la calle, ¿vuelven alguna vez a pensar en el pasado, en la sucesión de pequeños acontecimientos que los ha conducido a ambos desde el punto inicial de sus respectivas casas hasta el mismo sitio en el mismo instante? Es probable que ni tan sólo un hombre entre diez mil se haya hecho nunca semejante pregunta, y como consecuencia, ni un hombre entre diez mil habrá descubierto que, a la vez que vivía en plena realidad, estaba también viviendo en plena fantasía.

Desde el momento en que el joven médico cerró la puerta de su casa, empezó a andar a ciegas hacia un futuro paciente que era todavía un desconocido para él. Nunca llegaría al Colegio de Médicos. Nunca embarcaría en el yate de su amigo.

¿Qué obstáculos lo desviarían del rumbo previsto? Tan sólo una serie de triviales circunstancias, que se cruzan en el camino de un hombre que únicamente quería pasear.

Apenas había alcanzado la calle siguiente cuando la primera de estas circunstancias se le presentó bajo la forma del carruaje de un amigo que se detuvo a su lado. Una cara luminosa y benevolente enmarcada por tupidos cabellos blancos miró por la ventana, y una voz cordial le preguntó si tenía listos los preparativos para sus largas vacaciones. Tras responder, Ovid tuvo, a su vez, una pregunta.

—¿Cómo está nuestro paciente, Sir Richard?

—Fuera de peligro.

—¿Y qué dicen ahora los demás doctores?

Sir Richard se rió:

—Dicen que tengo suerte.

—¿Y aún no se lo cree?

—En el fondo, no. ¿Quién ha conseguido alguna vez convencer a un insensato? Hablemos de otro asunto. ¿Está su madre de acuerdo con sus nuevos planes?

—No sé qué decirle. Mi madre se encuentra en un estado de indescriptible agitación. Han encontrado el testamento de su hermano en Italia, y la hija de éste podría llegar a Inglaterra en cualquier momento.

—¿Está soltera? —preguntó Sir Richard burlonamente.

—No lo sé.

—¿Tiene dinero?

Sir Ovid sonrió, aunque no con alegría.

—¿Cree que mi madre estaría en un estado de indescriptible agitación si no



hubiera dinero de por medio?

Sir Richard era una de esas personas mayores y anticuadas que citan a Shakespeare.

—Ah, bien —dijo—, su madre es como el Kent del *Rey Lear*. Está demasiado vieja como para aprender. ¿Le gustan tanto los encajes como solía? ¿Y es tan astuta como siempre en los negocios?

Sacó una tarjeta por la ventana del carruaje.

—Acabo de ver a una antigua paciente —continuó— con quien mantengo una cordial amistad. Está retirada de los negocios por consejo mío, ¡y me pide a mí, de entre toda la gente del mundo, que la ayude a conseguir deshacerse de algunos «remanentes» maravillosos «cuya venta supondrá una pérdida alarmante»! Mis cordiales saludos a su madre y aquí tiene una buena ocasión para ella. Una última cosa, Ovid. No se apresure en volver al trabajo; tiene mucho tiempo libre por delante. Mire aquí a mi sabio perro en el asiento delantero, y aprenda de él a estar ocioso y feliz.

El gran médico tenía otro compañero, aparte del perro; un amigo con quien se había topado en el camino y que había aceptado un asiento en el carruaje.

—¿Quién era este hombre joven y apuesto? —preguntó el amigo mientras se alejaban.

—Es el hijo único de un familiar mío, muerto hace muchos años —respondió Sir Richard—. No olvide que lo ha visto.

—¿Puedo preguntar el motivo?

—Está en la flor de la vida y va camino de ser uno de los hombres más sobresalientes de su tiempo; de hecho, casi lo ha logrado. Pese a contar con fortuna personal, ha trabajado como pocos médicos que tengan que ganarse el pan con su profesión. El dinero le viene de su difunto padre. Su madre se ha casado de nuevo y el nuevo marido es un tipo viejo, perezoso e inofensivo, llamado Gallilee. Sólo posee una cosa que lo haga atractivo: cincuenta mil libras esterlinas, acumuladas mediante el comercio. Hay dos hijas más jóvenes, del segundo matrimonio. Con un padrastro como el que le he descrito y, entre nosotros, con una madre que cuenta con unas dosis de celos, envidias, amor por el dinero y otras debilidades mundanas más allá de lo adecuado, mi amigo Ovid no encuentra en la familia distracciones que lo alejen de su escrupulosa actividad profesional. Me dirá que debería casarse. ¡Bien, si consigue una buena mujer será un punto a su favor! Sin embargo, por lo que sé, no es de esa clase de hombres. Frío, más frío con las mujeres que yo; aunque soy lo suficiente mayor como para ser su padre. Pero volvamos a sus perspectivas profesionales. ¿Le oyó preguntarme sobre un paciente?

—Sí.

—Muy bien. La muerte llamaba con insistencia a la puerta de ese paciente cuando

pedí a Ovid que se reuniera conmigo y con dos colegas más de los que yo discrepaba. Se trataba de uno de esos extraños casos en los que la vieja práctica de la sangría era, a mi parecer, el único tratamiento posible. Nunca le dije que ése era el punto en el cual yo y los otros dos médicos disentíamos; y a petición mía, ellos, a su vez, tampoco dijeron nada. Él se tomó su tiempo para examinar y pensar; y al final vio en el uso de la lanceta la oportunidad de salvar al paciente con tanta claridad como lo había visto yo. ¡Y a mí me avalan cuarenta años de experiencia! Un hombre joven con esa capacidad de descubrir las causas remotas de una enfermedad, y con esa facilidad para superar las trabas de la rutina a la hora de decidir el tratamiento adecuado, no suele tener una carrera médica ordinaria ante sí. Las vacaciones restablecerán su salud en un periquete. No veo nada que lo impida, de momento... ¡ni siquiera una mujer! Pero —añadió Sir Richard con el guiño característico de un hombre de costumbres anticuadas (como lo es citar a Shakespeare)— sabremos predecir el tiempo con mayor exactitud si la influencia de unas enaguas hace su aparición en el horizonte. Sin embargo, podríamos aventurar un pronóstico. Si su madre compra alguno de esos encajes, ¡yo sé quién se llevará la mejor parte!

Las condiciones bajo las cuales el viejo doctor se había aventurado a asumir el papel de profeta nunca se cumplirían. Ovid recordó que estaba a punto de emprender un largo viaje, y Ovid era un buen hijo. Compró algunos encajes para regalar a su madre cuando fueran a despedirse; y con ello, sin duda, hizo un mal negocio.

Tomó un atajo para volver a la calle de la cual se había desviado para hacer su compra, y esto lo condujo a una callejuela adyacente al mercado de flores y frutas de Covent Garden. Allí se encontró con la segunda de las circunstancias que lo acompañaría en su paseo. Se encontró a sí mismo rodeado por un intolerable y repugnante hedor.

El mercado no distaba de la dirección en Lincoln's Fields Inn. Huyó de ese hedor hacia los perfumes florales y frutales de Covent Garden, y completó el proceso de desinfección con una cesta de fresas.

¿Por qué una chiquilla pobre y desaliñada, con un gran bebé en brazos, miró la deliciosa fruta con tal avidez que, como hombre de buen corazón que era, no tuvo más opción sino la de regalarle las fresas? ¿Por qué dos niños harapientos, amigos de ella, aparecieron de inmediato después con noticias de una reyerta en una calle vecina e instaron a la chiquilla a que los acompañara? ¿Por qué estas dos nuevas circunstancias inspiraron a Ovid el temor de que los dos golfillos trataran de arrebatarle las fresas a la pobre niña, cargada como iba con un bebé casi tan grande como ella? Cuando sufrimos una alteración nerviosa, cualquier suspicacia, por pequeña que sea, nos puede afectar. El hombre ocioso de mente cansada siguió a los protagonistas del drama callejero para ver qué sucedía, olvidando el Colegio de Médicos y encontrando en sí mismo un nuevo motivo de entretenimiento.

Una vez llegó a la calle vecina, descubrió que la representación de la reyerta había terminado, como otras piezas teatrales más pretenciosas, por falta de un público lo suficientemente entusiasta. Esperó a una distancia prudente mientras observaba a los niños. Su suspicacia lo había llevado a juzgar injustamente. Los niños tan sólo dijeron «déjanos probar», y la chiquilla, generosa, recompensó su buena conducta. El reparto equitativo y amistoso de las fresas se llevó a cabo en una esquina tranquila.

Exceptuando el caso del miserable o del millonario, ¿quién hubiera vuelto a sus asuntos en tales circunstancias, sin antes verse impulsado a la práctica de las virtudes sociales mediante un donativo de unos cuantos peniques? Ovid no era de ese tipo.

Mientras volvía a colocar en el bolsillo de su pechera la bolsa en la cual acostumbraba a llevar monedas pequeñas para limosnas, su mano tocó algo que le pareció el sobre de una carta. Lo sacó, lo miró con sorpresa y contrariedad, y una vez más se apartó del camino que lo debería haber llevado a Lincoln's Fields Inn.

El sobre contenía la última receta que había preparado a un paciente. La había escrito en casa, donde tuvo ocasión de consultar la *Pharmacopeia*, y se había prometido enviarla al paciente lo antes posible. Los absorbentes preparativos para salir de Inglaterra la habían relegado al olvido en su bolsillo durante casi dos días. La única manera de enmendar su desafortunado error sin más dilación era romper con sus propias reglas por segunda vez, al atender un caso de enfermedad, y entregar la receta personalmente, en un acto de pura penitencia.

El paciente vivía en una casa situada casi frente al Museo Británico. Dirigió sus pasos en dirección al norte.

Tras disculparse debidamente, dio los consejos necesarios y salió de nuevo a la calle, encaminándose otra vez al Colegio de Médicos. Mientras pasaba frente al jardín amurallado del Museo Británico, miró hacia el interior y se detuvo. ¿Qué lo había interrumpido esta vez? Sólo un árbol, el cual agitaba sus brillantes hojas en la ligera brisa estival.

Un cambio notable se produjo en su cara.

Un momento antes, mientras repasaba mentalmente las curiosas interrupciones con que se había topado a lo largo de su paseo, se había estado preguntando con humor qué pasaría a continuación. Dos mujeres con quienes se había cruzado, al ver una sonrisa en sus labios, se habían dicho la una a la otra: «Aquí va un hombre feliz». Si se hubieran encontrado con él ahora habrían tenido que cambiar de opinión. Habrían visto a un hombre pensando en algo que una vez le fue querido, perdido en un pasado lejano pero difícil de olvidar.

Cruzó la calzada hacia una callejuela que daba al jardín. Cabizbajo, se movía como un autómatas. Cuando llegó a la callejuela, levantó los ojos y se detuvo a contemplar de más cerca el árbol.

En su niñez, a cientos de millas de Londres, bajo otro árbol de la misma familia,

este hombre, tan frío con las mujeres en su vida posterior, había conocido el amor infantil junto a una prima, joven y dulce, que se contaba entre los muertos desde hacía mucho tiempo. El presente, con sus intereses e inquietudes, se esfumó como se esfuma un sueño. Poco a poco, mientras los minutos se sucedían, su corazón dolorido sentía una influencia reparadora, que parecía emanar misteriosamente del movimiento de las hojas. Abstraído todavía del mundo exterior, vagó lentamente remontando la calle; revivía las viejas escenas dándole vueltas a los viejos pensamientos, pero ahora ya sin dolor.

¿Dónde, en todo Londres, se habría podido encontrar una soledad más adecuada para alguien que sueña despierto?

El amplio distrito, que se prolonga hacia el norte y hacia el este del Museo Británico, es como el barrio tranquilo de una ciudad de provincias, aunque situado en el corazón febril y bullicioso de una de las urbes más grandes del mundo. Aquí uno puede atravesar la calle sin poner ni su vida ni ninguna de sus extremidades en peligro. Aquí, en los ratos libres, se puede pasear y observar sin chocar con viandantes despiadados cuyo tiempo es dinero, y cuyo destino son los negocios. Aquí los gatos dormitan tranquilos en las aceras, a la luz deslumbrante del mediodía, y se puede observar, a través de las verjas de las plazas, a los niños jugando en una hierba que brilla casi con el lustre de los Sussex Downs. Semejante retiro se halla fuera de las rutas del negocio y de la moda. Y aun así, está al alcance de unos y de otros. Ovid se detuvo en una plaza amplia y silenciosa. Si su pequeña prima estuviera viva, quizás podría haber contemplado el juego de sus propios hijos en algún lugar tan retirado como éste.

Los pájaros estaban cantando alegremente en los árboles. El chico de los recados de un comerciante que entregaba su pedido de pescado a un cocinero, y dos chicas que regaban flores en una ventana, eran las únicas criaturas vivas que tenía cerca, cuando salió de su ensimismamiento y miró a su alrededor.

¿Dónde quedaba el Colegio de Médicos? ¿Dónde estaban el decano y la muestra? Estas preguntas no iban acompañadas de ningún sentimiento de ansiedad o sorpresa. Se volvió, como si estuviera medio despierto, sin un deseo o un propósito concretos, y miró hacia atrás con apatía.

Dos paseantes vestidas de luto se aproximaban con rapidez hacia él. Al hacerlo, una de ellas resultó ser una mujer de cierta edad. La otra era una muchacha.

Se apartó para cederles el paso. Ellas lo miraron con la tibia curiosidad de los extranjeros, a medida que se alejaban. Los ojos de la muchacha se encontraron con los suyos. La mirada sólo duró un instante, pero su poder lo atraparía para siempre.

Se alejó con prontitud, algo impresionada por el casual encuentro, tanto como la anciana que la acompañaba. Sin pararse a pensar, sin ser capaz de pensamiento alguno, Ovid las siguió. Jamás en la vida había hecho lo que estaba haciendo ahora;

se hallaba, literalmente, fuera de sí. Veía a las dos mujeres ante él, y nada más.

A la altura del centro de la plaza, las dos mujeres se desviaron por una calle a su izquierda. En ella había una sala de conciertos abierta para el espectáculo de la tarde. Entraron en el vestíbulo. Aún fuera de sí, Ovid las siguió.

## Capítulo III

Una habitación de tamaño magnífico; amueblada con todos los lujos convencionales que el dinero es capaz de comprar; profusamente surtida de revistas y libros de consulta; iluminada por altos ventanales durante el día, y por suntuosas lámparas durante la noche, puede ser, sin embargo, uno de los lugares de descanso y recogimiento más monótonos que se puedan encontrar en el mundo civilizado. Tales lugares existen, y a centenares, en esos hoteles de pretensiones y proporciones monstruosas que hoy en día engullen al viajero que va a parar a un puerto o una estación. Puede que nos sintamos extranjeros entre extranjeros, puede que haya algo innatamente repulsivo en esas espléndidas alfombras y cortinas, sillas y mesas, privadas de todo vínculo afectivo con sus usuarios; puede que la mente pierda su elasticidad bajo la inevitable restricción ejercida al diálogo cordial, que se expresa en tono bajo y con instintiva desconfianza hacía nuestro vecino más próximo; pero una cosa es segura: las más saludables emanaciones de la vida no consiguen filtrarse en esos cansinos salones públicos de los grandes hoteles, y perecen antes de llegar al exhausto viajero.

El mismo día, y casi a la misma hora, mientras Ovid salía de su casa, dos mujeres se hallaban sentadas en un rincón del salón público, en uno de los más grandes hoteles de terminal ferroviaria construidos en los últimos tiempos en Londres.

Sin saberlo, eran objeto de la curiosidad de sus compañeros de viaje. Se comunicaban en un idioma extranjero. Iban vestidas de severo luto, ajenas a la moda y con una simplicidad que atraía la atención de todas las demás mujeres del salón. Una de ellas llevaba un velo negro sobre su gris cabello. Sus manos se veían bronceadas y rugosas en las articulaciones; sus ojos tenían un brillo que no parecía natural a su edad. Innumerables arrugas cruzaban su delgada cara en todas direcciones. Y su nariz aquilina (como una de las damas presentes se tomó la molestia en destacar) era tan desastrosamente parecida a la del gran Duque de Wellington como para ser un rasgo ofensivo en el rostro de una mujer.

El vecino de la dama, al ser un hombre, la examinaba con algo más de clemencia.

—Ella no puede evitar ser fea —susurró—, pero fíjate en cómo observa a la muchacha que tiene a su lado. Si alguna vez hubo una criatura vieja y bondadosa, debe ser ésta.

La mujer lo miró como sólo una mujer celosa puede mirar a su marido; el hombre volvió a susurrar:

—¡Por supuesto, tú estás enamorado de esa jovencuela!

Era una jovencueta, y ni siquiera era alta. A sus diecisiete años, era dudoso que alcanzara una estatura superior.

Pero una muchacha demasiado delgada, y ni siquiera tan alta como la Venus de Medici, puede aún poseer atractivos personales. No era un hecho probado, en este caso, que los atractivos fueran tan notables como para suscitar la admiración general. El tono lozano y las mejillas rollizas y saludables, una amplia sonrisa, los dientes uniformes, la boca bien formada y el busto prometedor que forman en conjunto el tipo medio de belleza propia de las doncellas del más puro estilo inglés no se encontraban entre los notables encantos de la pequeña criatura de riguroso luto que se encogía en una esquina del gran salón. El rubor de su tez era tan escaso que era algo de lo que no podía presumir. Su pelo era de un castaño tan claro que apenas llegaba a rubio; pero tenía el dudoso mérito de no haber sido peinado hacia las cejas, ni retorcido formando esos horribles rizos que son la muestra, en las cabezas de las mujeres de hoy en día, de una igualitaria fealdad. Había una delicadeza en el acabado de sus rasgos, en especial en la nariz y los labios, una sensible vivacidad en la expresión de sus ojos (demasiado oscuros como para armonizar con su cabello claro) y un sencillo y sutil hechizo en su esporádica sonrisa, que compensaban en cierto grado la escasez de definición en la cara y en una silueta más rotunda. Los hombres podrían debatir sobre el grado de su belleza, y sin embargo nadie hubiera puesto en duda que era, como suele decirse, una persona interesante. Gracia y refinamiento, una rapidez de captación y una vivacidad en los movimientos que sugerían un origen extranjero; una predisposición infantil a maravillarse ante lo desconocido, y quizás (bajo circunstancias más favorables) un infantil afecto hacia las personas a las que amaba, eran atractivos característicos de la modesta extranjera que se hallaba bajo la custodia de la fea anciana, y que era objeto de notable devoción por parte de su arrugada acompañante.

Un escritorio portátil permanecía abierto en una mesa cercana a ellas. En un intervalo de silencio la muchacha lo observó recelosa. Habían estado hablando de asuntos familiares, y lo habían hecho en italiano, para proteger sus confidencias privadas de los oídos que las rodeaban. La anciana fue la primera en retomar la conversación.

—Carmina mía, realmente deberías escribir la carta —dijo—; la ilustre señora Gallilee está esperando noticias de tu llegada a Londres.

Carmina cogió la pluma, y la volvió a dejar con un suspiro.

—Llegamos anoche... —suplicó—. Teresa, querida, ¡tengamos un día en Londres para nosotras solas!

Teresa recibió la propuesta con franco asombro y alarma.

—¡Santo Cielo!, un día en Londres, ¡y mientras tanto tu tía esperándote! Es tu segunda madre por poderes, querida; y su casa es tu nuevo hogar. Y propones parar

todo un día en un hotel, en lugar de ir a su casa. ¡Imposible! Escribe, Carmina mía, escribe. Mira, aquí está la dirección en un sobre: «Fairfield Gardens». ¡Qué hermoso lugar debe de ser para vivir, con un nombre como ése! Y además, ha de ser una dulce dama, sin duda. ¡Vamos, vamos!

Pero Carmina continuaba resistiéndose.

—Ni siquiera he visto nunca a mi tía —dijo—. Es horrible que tenga que pasar el resto de mi vida con una desconocida. Recuerda que sólo era una niña cuando tú llegaste tras la muerte de mi madre. Apenas hace seis meses que perdí a mi padre. Sólo te tengo a ti, y cuando vaya a este nuevo hogar, me dejarás. Sólo pido un día más para estar juntas, antes de separarnos.

La desdichada anciana se retiró hasta quedar al amparo de una cortina y empezó a llorar en la sombra. Carmina tomó su mano bajo el mantel de la mesa; sabía cómo consolarla.

—Vamos a visitar monumentos —susurró—, y a la hora del almuerzo tendrás una copa de vino de Oporto.

Teresa miró a su alrededor y salió de la sombra, reconfortada con la prestancia de un niño.

—¡Monumentos! —exclamó, y se secó las lágrimas—. ¡Vino de Oporto! —repitió. Y pegó sus labios estropeados a las gozosas palabras—. Ah, mi niña, no has olvidado los momentos reconfortantes de mi juventud cuando vivía en Londres que te confesé. ¡Cuando pienso en ti, con un padre inglés, y no haber estado nunca en Londres hasta ahora! Solía ir a museos y conciertos de vez en cuando, cuando mi señora inglesa estaba satisfecha conmigo. Esa gentil dama a menudo me daba un vaso del mejor vino tinto. ¡Que la Santa Virgen haga que la tía Gallilee sea una dama tan amable como ella! Un cabello como el de ella no se puede esperar que lo tenga. Era un placer arreglarlo. ¿Piensas que no me quedaría aquí en Inglaterra, contigo, si pudiera? ¿Qué pasaría con mi marido en Italia, viejo y con su maldita asma, si no hubiera nadie que lo cuidara? ¡Oh! ¡Aquellos años grises de Londres! Las calles negras e interminables, los terribles domingos, los cientos de miles de personas siempre con prisa. ¡Siempre con sus lúgubres rostros absortos en los negocios, negocios, negocios! Entonces estaba encantada de volver a Italia y casarme. Y aquí me tienes, de nuevo en Londres, después de Dios sabe cuántos años... No importa, hoy vamos a divertirnos. Cuando mañana vayamos a casa de la señora Gallilee diremos una mentira piadosa, diremos que acabamos, de llegar esa misma tarde.

La dama de compañía se regocijó de tal manera ante la perspectiva de esta pequeña mentira, que se reclinó en la silla y se echó a reír. La esporádica sonrisa de Carmina también asomó con timidez. Aún la oprimía terriblemente pensar en la primera entrevista con la desconocida tía. En su desesperación cogió un periódico.

—¡Oh! ¡Querida! —dijo—, salgamos de esta horrible habitación y busquemos



algo de Italia.

Teresa hizo un gesto de desconcierto con sus feas manos.

—¿Buscar algo de Italia... en Londres?

—¿Es que no hay música italiana en Londres? —sugirió Carmina.

Los brillantes ojos de la dama de compañía respondieron por sí mismos. Cogió el periódico más cercano.

Era la temporada de conciertos en Londres. Los conciertos matinales se anunciaban en columnas. Mientras leía los anuncios de las programaciones, Carmina los encontró, con el máximo respeto, todos iguales. Ante ellos, un extranjero ignorante se habría preguntado si los compositores italianos, franceses o ingleses habían existido jamás. La música que se ofrecía al público inglés era exclusivamente de origen alemán, (y en su mayoría de reciente creación en Alemania). Carmina sostenía la opinión, que compartía con Mozart y Rossini, además de con otra gente, de que la música sin melodía no es música en absoluto. Volvió a dejar de lado el periódico.

Una vez abandonado el plan de ir a un concierto, se les ocurrió la idea de ir a ver cuadros. Teresa se acercó, en busca de información, a una gran mesa situada en el centro del salón, en la que libros de diversa utilidad estaban dispuestos en desorden. Volvió con un catálogo de la exposición de la Royal Academy (que alguien había dejado sobre la mesa), y con el libro más bien documentado del mundo, a pequeña escala, y que llevaba en la portada el sencillo nombre de «Almanaque».

Carmina abrió el catálogo por la primera página y descubrió una lista de artistas que había en la Royal Academy. ¿Eran todos esos caballeros pintores célebres? De casi cuarenta nombres, sólo tres eran conocidos fuera de los límites de Inglaterra. Fue a la última página. Las obras de arte expuestas eran más de mil quinientas. Teresa, que miraba por encima de su hombro, se fijó en el mismo detalle:

—Nos dolerán la cabeza y los pies —observó— antes de que podamos salir de ese sitio.

Carmina dejó el catálogo a un lado.

Teresa abrió el Almanaque al azar y dio con la página dedicada a entretenimientos. Su siguiente descubrimiento la llevó a la página de los museos. Señaló esta página con la uña del pulgar, y leyó la lista en un inglés fluido aunque mal pronunciado.

¿El Museo Británico? Teresa recordó especialmente un detalle de entre todas las características de aquel magnífico edificio. Meneó la cabeza.

—¡Allí sólo tendremos más dolor de cabeza y de pies!

Bethnal Green; Museo de la India; Colegio de Médicos; Geología Aplicada; South Kensington; Museo de Patentes: todos eran desconocidos para Teresa.

—¡Que todos los santos nos ayuden! ¡Qué dolor de cabeza y de pies tendremos en

todos ellos, si son tan grandes como este otro! —continuó con la lista, y asombraba a todo el mundo del salón con sus repentinas palmadas—. Museo de Sir John Soane, Lincoln's Inn Fields.

—¡Ah, ése sí que lo recuerdo! Un museo pequeño y agradable en una casa particular, con toda clase de cosas bonitas para ver. ¡Querida, haz caso a tu vieja Teresa y vayamos a Soane!

Diez minutos después estaban vestidas y en las escaleras del hotel. La brillante luz del sol y la suave brisa invitaban al paseo. Esa misma tarde, mientras Ovid dirigía sus pasos hacia Lincoln's Inn Fields, Carmina y Teresa se encaminaban también hacia allí. Una serie de imprevistos insignificantes habían mantenido al hombre alejado del Colegio de Médicos. ¿Mantendrían también a las mujeres alejadas del museo?

Cruzaron por el Strand, y entraron por una calle que continuaba más allá de sus límites, hacia el norte. El orgullo de Teresa, por no dejar en evidencia su memoria, le impedía preguntar el camino.

La conversación, que primero giraba en torno a Italia y al recuerdo de la madre italiana de Carmina, derivó hacia el formidable tema de la señora Gallilee. La visión esperanzada de Teresa hacia el futuro se centró en las primas, y dibujó la estampa de dos pequeñas encantadoras que esperaban con ansiedad mostrar su afecto a la joven pariente de Italia.

—¿Sólo son dos? —dijo—. Seguro que me dijiste que había un chico, además de las niñas.

Carmina le dio la razón.

—Mi primo Ovid es un gran doctor —continuó, dándose aires de importancia—. Mi pobre padre solía decir que nuestra familia tendría razones para estar orgullosa de él.

—¿Vive en la casa? —preguntó Teresa con ingenuidad.

—¡Oh, no, querida! Tiene una gran casa de su propiedad. Cientos de enfermos van allí para que los cure, y dan cientos de guineas de oro.

Cientos de guineas de oro ganadas sólo por curar enfermos significaba para la mentalidad de Teresa algo parecido a un milagro: elevó sus ojos al cielo con solemnidad.

—¡Vaya un primo! ¿Es joven? ¿Es atractivo? ¿Está casado?

En lugar de responder a esas preguntas, Carmina miró por encima de su hombro.

—¿Estará siguiéndonos esta pobre criatura? —preguntó.

Ahora habían girado a la derecha y entraban en una calle concurrida que daba directamente a Covent Garden. La «criatura» (que sin duda los seguía) era uno de tantos perros hambrientos y vagabundos de Londres. De vez en cuando, la naturaleza afectiva de su raza conduce a estos vagabundos empedernidos a encariñarse, por un tiempo, con alguna compañía humana, que su misterioso instinto elige entre la

multitud. Teresa, con el frío resentimiento hacia los animales, que es uno de los defectos graves del carácter italiano, gritó:

—¡Ah, vaya bestia sarnosa!

Y alzó su paraguas. El perro retrocedió, esperó un instante, y las siguió de nuevo en cuanto reanudaron la marcha.

El corazón generoso de Carmina sintió compasión por aquella criatura perdida y hambrienta.

—Tengo que comprar algo para comer a este pobre perro —dijo.

Y se detuvo de repente ante la idea.

El perro estaba acostumbrado a patadas y maldiciones, pero no a gestos bondadosos. La seguía de cerca y, cuando ella se detuvo, salió disparado y aterrorizado hacia la carretera. Una carroza conducía velozmente por ella en aquel instante. Una de las ruedas pasó sobre el cuello del perro. Y éste fue el final, como observó un hombre que había presenciado la escena, de las tribulaciones de un perro sin raza.

Este pequeño accidente conmocionó y horrorizó la naturaleza sensible de la muchacha. Impotente y estupefacta, temblaba de forma conmovedora. Había una tienda de música abierta justo al lado donde solicitar ayuda. Teresa la condujo hacia su interior, y pidió una silla y un vaso de agua. El propietario, que sintió ese tipo de interés por Carmina que normalmente inspiraba en los desconocidos, le ofreció un vaso de vino. Prefirió agua, y pronto se recuperó, lo suficiente como para levantarse de la silla.

—¿Podría cambiar de opinión en lo referente a la visita al museo? —dijo a su compañera—. Después de lo que ha pasado, difícilmente me siento en condiciones de apreciar curiosidades.

Teresa, rápida y comprensiva, trató de encontrar alguna alternativa razonable.

—Sería mejor algo de música, ¿verdad? —sugirió.

El local que se hacía llamar Opera Italiana estaba abierto aquella noche, como anunciaba un cartel del espectáculo en la tienda. Ambas lo observaron. Pero la suerte seguía en su contra. Una ópera alemana aparecía en el folleto. Carmina se giró hacia el vendedor con desesperación.

—Señor, ¿no es posible oír, en todo Londres, música que no sea alemana? —preguntó.

El hospitalario tendero les mostró un concierto programado para esa misma tarde: la modesta iniciativa de un sencillo profesor de piano, que sólo aspiraba a ser dirigida a alumnos, mecenas y amigos. ¿Qué música prometía? Entre otras, música de *Lucia*, de *Norma* y de *Ernani*. Teresa hizo una nueva señal de aprobación con la uña de su dedo y Carmina compró las entradas.

El vendedor de la tienda de música se precipitó hacia la puerta para tratar de

detener la primera carroza vacía que pasara. Carmina demostró un conocimiento deplorable de las leyes de la probabilidad. Se acobardaba ante la mera idea de meterse en una carroza.

—Podríamos atropellar a otra pobre criatura —dijo—; si no es un perro, la próxima vez podría ser un niño.

Teresa y el vendedor sugirieron un punto de vista más razonable, de la manera más convincente que pudieron. Carmina aceptaba humildemente las llamadas al sentido común que se le hacían, pero, pese a todo, no cedía.

—Sé que me equivoco —confesó—. Pero no me obliguen a hacerlo. ¡No puedo!

En este instante se completaba el extraño paralelismo. Rumbo al mismo destino, Carmina y Ovid habían fracasado en alcanzarlo, de manera parecida. Y Carmina se había detenido a contemplar el jardín del Museo Británico, antes de adelantar a Ovid en aquella tranquila plaza.

## Capítulo IV

Si Ovid se hubiera fijado en los carteles, a la entrada del vestíbulo, se habría encontrado con una coincidencia. La persona que daba el concierto era la misma que enseñaba música a sus hermanastras. No hacía muchos días, él mismo había colaborado con el proyecto comprando una entrada a petición de su madre. Sin ver nada, sin recordar nada, acuciado por el miedo a perder de vista a las dos extranjeras si el público era muy numeroso, pagó impaciente otra entrada en la puerta.

La habitación estaba medio vacía y tan poco ventilada que la atmósfera era opresiva incluso en tales circunstancias. Descubrió sin dificultad las dos butacas centrales, en la fila del medio, que la joven y su acompañante habían elegido. Había una butaca libre (entre muchas otras) en un extremo de la fila delante de ellas. Cogió ese sitio. Observarla sin ser descubierto; éste era su mayor y único deseo hasta ese momento.

Los conciertos ya habían empezado. Mientras la muchacha dirigía su atención a los cantantes y músicos del escenario, él se deleitaba observándola impunemente. En un silencio entre movimientos, ella miró hacia el público, y lo descubrió.

¿La habría ofendido?

Si había que fiarse de las apariencias, él no parecía haber provocado ninguna impresión en ella. La muchacha desvió la mirada, lentamente, hacia el otro extremo de la sala. El simple giro de su cabeza fue malinterpretado por Ovid como un reproche implícito. Cambió su sitio por uno en la fila de butacas que había tras ella. Ahora estaban aún más cerca que antes. Volvía a estar contento, mucho más que contento. La siguiente actuación era un solo al piano. Una ovación dio la bienvenida al músico. Ovid miró al escenario por primera vez. En aquel hombre encorvado, prematuramente calvo y sonrisa servil, reconoció al profesor de música de la señora Gallilee. Una deducción inevitable vino a continuación: su madre debía de estar en la sala.

Después de un examen meticuloso de la escasa audiencia, constató que no se encontraba en ella, de momento. Sin embargo, seguro que llegaría. No malgastar el dinero era el principio que regía la vida de la señora Gallilee.

Suspiró mirando hacia la puerta de entrada. No había tenido mucho tiempo de saborear aquella nueva felicidad. Había declarado abiertamente a su madre cuánto le desagradaban los conciertos, cuando ella le hizo comprar una entrada para éste; con su rápida suspicacia, ¿qué no sospecharía, si lo encontraba entre el público?

Pese a todo, él se mantuvo en su asiento; todavía se deleitaba observando la

esbelta figura de la joven y el delicado aunque enérgico porte de su cabeza. Sin embargo, el placer no sería completo sin un encuentro. Y su madre se había interpuesto.

El solo del piano acabó.

En el intervalo que siguió, se volvió una vez más hacia la puerta. Justo mientras miraba hacia lo lejos de nuevo, oyó la voz clara de la señora Gallilee. Estaba echando una reprimenda maternal a una de las niñas.

—Compórtate mejor de lo que lo hiciste en el carruaje, o tendré que sacarte de aquí.

Si ella lo descubría en el sitio donde se encontraba ahora, si llegaba a sacar conclusiones sobre el papel de la chica a la vista de la situación, su opinión seguro que se haría manifiesta de alguna manera. Era una de esas mujeres capaces de insultar a otra mujer (y disimularlo a la perfección) con una simple mirada inquisitiva. Ovid se movió con rapidez alejándose de la muchacha hacia las butacas de la parte trasera de la sala.

La señora Gallilee hizo una imponente entrada, vestida a la perfección y empolvada y maquillada a la perfección. Presidía el séquito seguida de sus hijas y, en último lugar, de la institutriz. El acomodador indicó cortésmente unas plazas cerca del escenario. La señora Gallilee lo sorprendió con una pequeña lección de acústica, expresada con la más dulce condescendencia. Sonrió con cristiana humildad, y llamó al acomodador señor.

—La acústica, señor, se percibe con mayor perfección hacia el centro del auditorio.

Y encabezó el trayecto hacia el centro. Había butacas libres cerca, de las que ocupaban Carmina y Teresa. Ella, la tía desconocida, se sentó en el asiento contiguo a la sobrina desconocida.

Se observaron mutuamente.

Quizás fuera la calefacción de la habitación. Quizás no se había recobrado del todo de la conmoción nerviosa provocada por la visión del perro matado por la carroza. La cabeza de Carmina se dejó caer sobre el hombro de la buena de Teresa. Se había desvanecido.

## Capítulo V

—¿Podría pedir una taza de té, señorita Minerva?

—Por supuesto. Con mucho gusto, señor Le Frank.

—¿Quedó la señora Gallilee satisfecha con el concierto?

—Le encantó.

El señor Le Frank meneó la cabeza e insinuó:

—Sin embargo, me temo que hubo un contratiempo; olvida a la chica que se desmayó. Fue muy alarmante para la concurrencia y muy desagradable para los artistas.

—¡Tenga cuidado, señor Le Frank! Estas casas nuevas están construidas con muy poca solidez; podrían oírle en el piso de arriba. La muchacha que se desmayó está arriba y los elementos idóneos para una novela están arriba, también. ¿Encuentra el té a su gusto?

De esta forma bromista y provocadora, la señorita Minerva (la institutriz) jugaba con la curiosidad del señor Le Frank (el profesor de música), igual que el gato juega con el ratón cautivo y aterrorizado. Aquel hombre calvo de sonrisa servil mostró un educado interés por el desenlace de la historia. Abrió sus ojos profundamente hundidos y arqueó con indolencia las delicadas cejas.

Tras el concierto, había acudido a casa de la señora Gallilee para tomar el té (acompañado con una generosa infusión de alabanzas) en la habitación donde solía dar las clases. Un llamativo contraste personal lo confrontaba con el rostro de la mujer que le atendía con hospitalidad. Las mejillas rollizas del señor Le Frank eran de un tono sanguíneo desagradable. Las reliquias de lo que había sido en su día cabello rubio, y que todavía conservaba adheridas a los lados de la cabeza, parecían tan sedosas y frágiles como lana de vidrio. Su noble barba compensaba su calvicie prematura, tan lustrosa que de ella emanaban deliciosos aromas; los ojos más observadores hubieran fracasado en el intento de descubrir un cabello fuera de sitio. El rostro entusiasta y cetrino de la señorita Minerva, tan delgado, tan severo y tan alargado, parecía, por contraste, necesitar algún tipo de discreto accesorio que cubriera una parte de él. Su tupido cabello negro se proyectaba como una azotea sobre las espesas cejas negras y sus ojos negros y vivaces. ¡Oh, madre mía (como decían en la habitación del servicio) nunca se casaría... tan cetrina y tan culta, tan fea y tan pobre! Y aun así, si es verdad que el misterio tiene su interés, ésta era una mujer interesante. La gente a su alrededor sentía la incómoda presencia de algo secreto, inquietantemente secreto, en la naturaleza de la institutriz, algo que escapaba a la

percepción. Si la ciencia deductiva, comprometida con la investigación médica, pudiera diseccionar la fuerza de la voluntad trabajando sobre sus manifestaciones reprimidas con más firmeza, entonces, el misterio de la naturaleza más íntima de la señorita Minerva, quizás, habría sido desvelado. Tal y como se mostraba, lo único destacable que exponía a la vista era su temperamento irritable; era quizás la válvula de escape de una fuerza explosiva interior, que (si se la tentaba en el momento adecuado) aún podría estallar.

—¡Con cuidado, señor Le Frank! El té está caliente: podría quemarse los labios. ¿Cómo explicarle lo que ha sucedido?

La señorita Minerva abandonó el tono juguetón y provocativo, con un tacto infinito, justo en el momento adecuado.

—Imagine simplemente —siguió diciendo— una escena de teatro que ocurre en la vida real. ¡La señorita que se desmayó en su concierto es ni más ni menos que la sobrina de la señora Gallilee!

Es un disparate bastante generalizado leer un prospecto y dudar ciegamente de las dosis prescritas, y se parece a la difundida estupidez de quien es incapaz de descubrir los posibles vínculos entre ficción y realidad. En el caso de una novela, quien se lo crea será considerado un tonto. En el caso de un periódico, será considerado un tonto quien lo dude. El señor Le Frank, que acostumbraba a compartir este tipo de razonamiento, esta vez lo hizo quizás de forma demasiado incondicional. Reconoció sus dudas sobre la situación que se le acababa de explicar, a pesar de contradecir así la autoridad de una dama que continuaba afirmando la veracidad de las circunstancias. Lejos de sentirse ofendida, la señorita Minerva mostró su comprensión más cordial con la postura del señor Le Frank.

—Es demasiado teatral para ser verdad —admitió—, pero aquella joven que se desvaneció es con certeza la interesante extranjera que habíamos estado esperando que llegara de Italia. Ya conoce a la señora Gallilee. El primer frasco reconstituyente con que intentaron reanimarla era suyo, y también fue ella quien sugirió la posición horizontal con gran lucidez. Aligeren el corazón, dijo, no lo obstaculicen. ¡Toda la teoría sobre los desmayos cabe en estas seis palabras! Y al poco —continuó la institutriz haciendo una pausa teatral—, en otro momento, la misma señora Gallilee tuvo que recurrir al frasco reconstituyente.

El señor Le Frank aún no acababa de creérselo del todo.

—No querrá decir que se desmayó... —dijo.

La señorita Minerva alzó el dedo índice, que utilizaba para subrayar sus lecciones cuando sus alumnos merecían un trato más enérgico.

—La fortaleza mental de la señora Gallilee, como estaba a punto de decirle, si me hubiera escuchado, resistió la conmoción. Seguro que comprenderá el esfuerzo que le debió de costar. Nuestra interesante jovencita estaba acompañada por una espantosa



anciana forastera que perdió la cabeza por completo. Agitaba las manos dando palmadas como una loca, invocaba a los santos (sin obtener ni la más leve respuesta), pero en medio de su delirio, incorporó un nombre, singular incluso en Italia. Y esto fue lo más duro. Póngase usted en el lugar de la señora Gallilee.

—No podría —dijo el señor Le Frank con humildad.

La señorita Minerva pasó por alto la réplica. Quizás no creía en la humildad de los músicos.

—El nombre de pila de la señorita —continuó— es Carmina (ponga el acento, por favor, en la primera sílaba). La conmoción fue tal para la señora Gallilee al escuchar el nombre, que parecía que la hubieran abofeteado. Ella aclaró la situación a la anciana y se presentó como la tía de Carmina al instante. «Soy la señora Gallilee» eso es todo lo que dijo. El resultado (la señorita Minerva vaciló y apuntó al techo), el resultado está ahí arriba. Nuestra encantadora huésped estaba en el sofá con la espantosa enfermera vieja abanicándola, cuando me cupo el honor de verlas hace sólo un momento. ¡No, señor Le Frank! ¡Todavía no he terminado! Queda un último acto por relatar de este drama doméstico. Un caballero, doctor, estaba presente en el concierto y ofreció sus servicios para reanimar a la señorita Carmina. El mismo caballero que ahora está atendiendo a nuestra interesante paciente. ¿Adivina usted quién es?

El señor Le Frank había vendido una entrada para su concierto al médico de la familia, un tal señor Null. Una prudente suposición en esta dirección parecía ofrecer la posibilidad de éxito más probable.

—Es un mecenas de la música... —empezó diciendo el pianista.

—Odia la música —objetó la institutriz.

—Me refiero al señor Null —insistió el señor Le Frank.

—Y yo me refiero —la señorita Minerva hizo una pausa (¡jugaba de nuevo al gato y el ratón!)—, yo me refiero al señor Ovid Vere.

La postura y aspecto de sorpresa que pudiera haber expresado el profesor de música ante tal noticia será siempre una incógnita ya que nunca llegó a ser un hecho. Pues en el mismo instante en que la señorita Minerva lo abrumaba con el momento culminante de su relato, un caballero pequeño, sonrosado y entrado en años, de cara redonda, dulce sonrisa y cabello rizado y canoso entró acompañado por dos niñas en la habitación. No se trataba sino del señor Gallilee y de sus hijas.

—¿Cómo está, señor Le Frank? Espero que el concierto le reportara buenas ganancias. Yo regalé mis dos entradas. Estoy seguro de que sabrá disculparme. La música, no sabría decir por qué, siempre me provoca sueño. Aquí están sus dos alumnas, señorita Minerva, sanas y salvas. Por desgracia, estábamos a punto de salir cuando trajeron a esta dulce y joven criatura a casa, buscando tranquilidad, la pobre, y no a nosotros. La señora Gallilee y Ovid, tan atentos e inteligentes, eran las

personas adecuadas en el sitio oportuno. Así que me puse el sombrero; siempre dispuesto, señor Le Frank. Tengo el gran privilegio de no tener nunca nada que hacer, y dije a las chicas: Vamos a dar un paseo. No teníamos que ir a ningún sitio en particular, ésa es otra ventaja mía, así que fuimos paseando sin rumbo fijo. No era mi intención; pero, de alguna manera, fuimos a parar a una pastelería. ¿Cuál era su nombre?

Hasta ahora el señor Gallilee había hablado de una forma rara y contradictoria, si cabe tal descripción, una voz al mismo tiempo alta en el tono y suave en el timbre: en resumen, como el señor Le Frank puntualizó una vez con gran profesionalidad: con un suave «falsetto». Cuando el buen caballero hizo una pausa en un pequeño esfuerzo de memoria, su hija mayor, de doce años, y siempre dispuesta a llamar la atención, vio la oportunidad y tomó la palabra.

La señorita Maria, que se llamaba así por su madre, era uno de los productos más nuevos y logrados de nuestro tiempo: la niña, encantadora del modo más convencional (y que nunca había recibido una bofetada), poseía los ojos grandes y redondos que vemos en las ilustraciones, y los dulces modales y perfectos principios que leemos en los libros. Llamaba a todo el mundo «querido»; exigía una determinada cantidad de oxígeno en la composición de aire que respiraba. Y, ¡ay de la pobre desgraciada! Jamás se había mojado los zapatos o ensuciado la cara desde el día en que nació.

—Querida señorita Minerva —dijo Maria—, el nombre de la pastelería es Timbal. Hemos tomado helados.

Concentrado ahora en el asunto de la pastelería, el señor Gallilee se volvió hacia su hija más pequeña, de diez años, y uno de los productos más infructuosos de nuestro tiempo. Era una niña extrañamente lenta, peculiar y muy autónoma; la viva imagen de su padre, con los destellos peculiares de su sonrisa, de una estupidez, o de una perversidad (los amigos de la familia no estaban del todo seguros si la una o la otra) incurables. Aunque seguramente se la habría saturado con conocimientos inútiles, nadie pensó en eso cuando su padre se dirigió a ella.

—Espabila, Zo —dijo el señor Gallilee—. ¿Qué hemos tomado además de los helados?

Zoe (a quien su padre llamaba, con vulgar abreviación: Zo) tomó la mano achaparrada y roja de su padre y se agarró fuerte a ella como si ése fuera el único modo en que un niño torpe pudiera espabilarse con éxito.

—He tomado tantos —dijo—, no lo sé. Pregunta a Maria.

Maria respondió con la más dulce prestancia.

—Querida Zoe, ¡eres tan lenta! Tomamos tarta de queso.

El señor Gallilee dio unas palmaditas animosas en la cabeza de Zoe, como si hubiera sido ella la que había dado con la respuesta correcta.

—Eso es, helados y tarta de queso —dijo—, probamos el helado de crema y después probamos el sorbete. Las niñas prefirieron el helado de crema, señorita Minerva. Y, sabe, soy de su misma opinión. Tienen algo los helados de crema..., ¿qué piensa usted de los helados de crema, señor Le Frank?

Entre las muchas debilidades del carácter del señor Gallilee estaba la de ser incapaz de decir algo sin buscar la complicidad de alguien, tarde o temprano. Buscaba de forma instintiva la aprobación y el respaldo, respecto a las más insignificantes frivolidades, de cualquier persona que estuviera a su alcance, lo mismo de un total extraño que de un íntimo amigo. El señor Le Frank, que representaba el Tribunal de Apelación Social en ese momento, trató de expresar su opinión sobre el asunto de los helados, pero fue interrumpido sin contemplaciones por la señorita Minerva. Ella también había estado esperando su oportunidad para hablar, y ahora, sin mucha amabilidad, tomó la palabra:

—Con todos mis respetos, señor Gallilee, me atrevo a suplicarle que sea algo más sensato en lo que a las niñas se refiere. Le ruego me perdone, señor Le Frank, por interrumpirle, pero esto es realmente demasiado para mí. La responsabilidad de la salud de estas niñas corre a mi cargo; y se me culpa una y otra vez por irregularidades en su dieta, cuando no soy yo la culpable de ellas, y ¡aquí están, heladas por los helados y hartas de pasteles! ¿Qué dirá la señora Gallilee?

—No se lo diga —sugirió el señor Gallilee.

—Las chicas estarán sedientas el resto de la tarde —insistió la señorita Minerva—. No tendrán apetito para cenar antes de ir a dormir. Y su madre me preguntará el motivo de todo ello.

—¡Mi buena mujer —exclamó el señor Gallilee— no tema por el apetito de las niñas! Quíteles el sombrero y déles algo bueno para cenar. Han heredado mi estómago, señorita Minerva, y seguro que «se llenarán el buche», como solíamos decir en el colegio. ¿Se decía lo mismo en su época, señor Le Frank?

La institutriz de la señora Gallilee y las expresiones vulgares eran irreconciliables bajo cualquier circunstancia. La señorita Minerva les quitó los sombreros con un silencio severo. Incluso «papá» debió de ver el desdén en su cara, que ella trataba de disimular atendiendo a las niñas.

En el silencio que siguió, el señor Le Frank encontró su oportunidad de meter baza y demostró ser un caballero con un carácter afortunadamente equilibrado, un músico con buen ojo para los negocios. Usando la gratitud hacia el señor Gallilee como un modo de persuasión, introdujo con sutileza los intereses de un amigo que daba un concierto la semana siguiente.

—Nosotros, pobres artistas, tenemos nuestros defectos, mi querido señor. Sin embargo, todos tratamos en serio de ayudarnos mutuamente. Mi amigo cantó gratis en mi concierto. ¡No suponga ni por un momento que él espera lo mismo de mí! Pero

yo voy a tocar gratis en su concierto. ¿Puedo contar con su amable mecenazgo y ofrecerle dos entradas?

La respuesta concluyó oportunamente con un sonido musical. Un tintineo dorado en el bolsillo del señor Le Frank.

Una vez pagados los tributos al arte y a los artistas, el señor Gallilee miró furtivamente a la señorita Minerva. En la sabia decisión de dejarla en paz dedujo que había llegado el momento oportuno de abandonar la habitación. ¿Cómo iba preparar la salida? Se enorgulleció de su rapidez de recursos en situaciones de este tipo, y recurrió a lo de siempre: dijo que se iba al club.

—Es bien cierto que tenemos una habitación para fumar estupenda en el club —dijo—. Me apetece un buen cigarro y, ¿qué piensa de esto, señor Le Frank? ¿No viene bien una pinta de *champagne* con este clima tan caluroso? Bien helada. No estoy seguro de que a usted el clima la afecte como a mí, señorita Minerva. Y además, que la sirven burbujeante, en una jarra de plata. ¡Señor, qué delicia! Buenas noches, niñas. Dadme un beso antes de que me vaya.

Maria tomó la iniciativa, haciéndose la mayor. No sólo dio el beso, sino que para colmo lanzó el cumplido adecuado.

—Te quiero tanto, papá —dijo esta hija perfecta.

Y miró a la señorita Minerva de un modo que podría haber sido malicioso a ojos de cualquiera, pero no a los de Maria.

El señor Gallilee se volvió hacia la pequeña.

—Bien, Zo, ¿y tú qué dices?

Zo tomó la mano de su padre una vez más y restregó su cabeza en ella como un gato. Esta nueva manera de expresar afecto filial pareció interesar al señor Gallilee.

—¿Te pica la cabeza, querida? —Preguntó.

La idea era nueva para Zo. Se animó y miró a su padre con una sonrisa traviesa.

—¿Por qué haces esto? —preguntó con severidad la señorita Minerva.

Zo se ofuscó de nuevo, y dijo:

—No sé.

El señor Gallilee la recompensó con un beso y se fue a por su *champagne* en el club.

El señor Le Frank abandonó la habitación de estudio. A continuación, tuvo la cortesía hacia la institutriz de volver a su relato de los hechos ocurridos durante el concierto.

—Estoy gratamente sorprendido —dijo— por lo que me dijo acerca del señor Ovid Vere. Quizás lo hemos juzgado mal al pensar que no le gusta la música. El hecho de que viniera a mi concierto indica una perspectiva más alentadora. ¿Cree que sería impropio que lo llamara para agradecersele? ¿Quizás sería mejor si le escribiera, y añadiera dos entradas para el concierto de mi amigo? A decir verdad, me he

comprometido a repartir cierto número de entradas. Mi amigo está tan solicitado; es esperar demasiado pedirle que cante por nada. Creo que escribiré. ¡Buenas noches!

Cuando se quedó sola con sus alumnas, la señorita Minerva miró su reloj.

—Preparad vuestras lecciones para mañana —dijo.

Las niñas sacaron sus libros. La biblioteca de conocimientos de Maria estaba en perfecto orden. Las páginas sobre las que Zo reflexionaba con infinita perplejidad estaban manoseadas por dedos cansados y manchadas con frecuentes lágrimas. ¡Oh!, ¡Fatal sabiduría! Aunque fuiste por fortuna prohibida a los dos primeros seres de nuestra raza, ¿quién podría contar los crímenes y estupideces cometidos en tu nombre?

La señorita Minerva se recostó en su tumbona. Su mente estaba ocupada con la misteriosa presencia del señor Ovid en el concierto. Levantó sus ojos intensamente penetrantes hacia el techo y se paró a escuchar los sonidos que venían de arriba. «Me pregunto —pensó para sí— qué estarán haciendo allí arriba».

## Capítulo VI

La señora Gallilee, en su papel de ama, era tan perfecta en la práctica de las virtudes domésticas como en la teoría de las relaciones entre la acústica y los desvanecimientos. Era tan hábil como al menos cualquier mujer intelectual que hubiera existido jamás cuando había que vestirse con gusto, encargar cenas originales y diferentes, encabezando la mesa con suma elegancia y procurando que sus invitados se sintieran muy cómodos; también cuando tenía que habérselas con criados obstinados o detectando tenderos deshonestos. Los preparativos para el recibimiento de su sobrina fueron concluidos hasta el último detalle con antelación y sin necesidad de supervisión. El dormitorio de invitados de Carmina, decorado de color azul, daba paso a su encantadora salita de estar, decorada de color marrón. Bajo la infalible supervisión de la señora Gallilee, se solucionó la ventilación, se hizo una distribución de las zonas luminosas y de las reservadas más a la intimidad, y se distribuyeron flores por la habitación de forma muy hermosa. Antes de que Carmina hubiera recobrado el conocimiento, ésta tenía a su disposición una segunda madre que cumplía a la perfección con su papel.

Las cuatro personas reunidas en este momento en la preciosa salita del piso superior, se encontraban entre sí ante una situación embarazosa e insoportable.

La señora Gallilee tras encontrar a su hijo en un concierto (después de que él le dijera que odiaba la música), lo vio corriendo a auxiliar a una desconocida joven desmayada, con la misma ansiedad y alarma que podría mostrar ante un gran amigo del alma. Además de eso, cuando se descubrió que la extranjera era una pariente, ¡él mostró el mismo asombro que la desconocida! ¿Qué explicación podía conjugar tales contradicciones?

La conducta de Carmina complicaba el misterio.

¿Por qué estaba en el concierto, cuando se suponía que debería haber estado dirigiéndose a casa de su tía? ¿Por qué el calor de la sala, que supuestamente provocó su desmayo, no afectó a nadie más? ¿Por qué ella no se recuperó de la manera habitual en estos casos?

Allí estaba recostada en el sofá, ruborizándose y palideciendo alternativamente cuando se le hablaba, incómoda en la casa más cómoda de Londres, tímida y confusa bajo el cuidado de sus mejores amigos. Aunque se pueda ser comprensivo con una persona de carácter sensible, ¿un largo viaje desde Italia y el susto infantil de ver a un perro atropellado podían ser razones suficientes para que ella se encontrara de esa manera?

Aunque estaba molesta y perpleja, la señora Gallilee se mostraba muy prudente, procurando no comprometerse, por ignorancia, con preguntas que podrían llevar todavía a una situación más embarazosa. Así que intentó entablar una pequeña conversación para ver si podía sacar algo en claro. La arrugada dama de compañía sentada desconsoladamente, con su vestido de raso negro y sus frágiles piernas amarillentas, parecía tomar el talante emocional de su joven ama de la misma manera que tomaba sus órdenes. La señora Gallilee habló con ella en inglés y también en italiano, pero en ningún caso obtuvo nada interesante. La vieja mujer desquiciada parecía que temiera mirarla a los ojos.

Aunque de diferente manera, Ovid resultó ser, por su parte, igual de difícil de sondear.

En realidad, contestaba a las preguntas cuando su madre le hablaba, y sin embargo siempre lo hacía con brevedad y con el mismo tono ausente. No preguntaba nada, ni ofrecía ninguna explicación. En su caso, la sensación de incomodidad ante tal situación había producido incontables cambios. Ovid mostraba hacia Carmina la atención necesaria que sería lógica en tales circunstancias, pero combinada con una silenciosa dulzura, cosa que lo presentaba como un hombre diferente al que solía ser. Fueran hombres o mujeres, su manera habitual de tratar a los enfermos era bastante brusca: su rápida percepción lo llevaba a terminar las frases que empezaban sus pacientes al describir sus síntomas (aunque de un modo tan cortés que nadie se podía ofender). En cambio, ahora estaba sentado ahí, contemplando a su pequeña y pálida prima, con una paciente atención que maravillaba ver; escuchando las insulsas palabras que, de cuando en cuando, ella iba diciendo, como si no hubiera nada más importante en lo que él debiera pensar (sobre todo si se tiene en cuenta el estado de salud de Ovid y el incierto panorama que ello implicaba).

La señora Gallilee ya no podía soportar la situación por más tiempo.

Si ella no hubiera reprimido su imaginación, y vaciado su corazón de la ternura que alguna vez podía haber tenido, habría sentido interés por la extraña conducta de su hijo en lugar de causarle perplejidad. Sin embargo, como así fue, su educación científica la dejó en la más completa oscuridad en lo concerniente al tema de los sentimientos, como si su experiencia, en humanidad (en relación con el amor) hubiera sido obtenida en las islas de los caníbales. Así pues, decidió que dejaría reposar a su sobrina y que se llevaría a su hijo de la habitación.

—Ovid, en tu estado de salud actual —comenzó—, Carmina no debe aceptar tu consejo profesional.

Hubo algo en estas palabras que hirió el humor de Ovid.

—¿Mi consejo profesional? —repitió—. ¡Hablas como si estuviera enferma de gravedad!

La dulce sonrisa de Carmina impidió que continuara.

—No sabemos qué puede pasar —dijo, medio en broma.

—¡Dios nos libre de que pase nada!

Ovid habló de una forma tan ferviente que ambas mujeres lo miraron con sorpresa.

La señora Gallilee se giró hacia su sobrina y continuó lo que tenía que decir con toda tranquilidad.

—Querida, Ovid está tan lamentablemente sobrecargado de trabajo que, de hecho, me alegro que abandone la práctica de la medicina para irse de viaje mañana. Ahora vamos a dejarte con tu vieja amiga. Te ruego que llames si necesitas cualquier cosa.

La señora Gallilee besó la mano de Carmina y, haciendo señas a su hijo, se encaminó hacia la puerta.

Teresa la miró y, de repente, apartó de nuevo la mirada. La señora Gallilee se detuvo en su camino hacia la puerta ante un *chifonnier* y modificó la distribución de algunas piezas de porcelana que se encontraban sobre él. La dama de compañía la siguió de puntillas; dobló el dedo pulgar, corazón y anular sobre la palma de su mano, estiró el dedo índice y meñique, y tocó por la espalda a la señora Gallilee, de forma tan suave que resultó imperceptible para ella.

—El mal de ojo... —susurró Teresa en italiano mientras volvía con sigilo a su sitio.

Ni Carmina ni Ovid, que se había quedado rezagado al lado de su prima, vieron lo que Teresa había hecho. Él se levantó con desgana. Carmina, sintiéndose agradecida por las pequeñas atenciones que él le había dispensado, lo observó con inocente familiaridad mientras Ovid dejaba su silla.

—Debo darte las gracias —dijo ella sencillamente—, en verdad, debe de ser duro que, tú que curas a otros, tengas que estar enfermo.

Teresa se acercó un poco a ellos mientras los miraba con interés. Ahora podía observar de cerca el rostro de Ovid examinándolo con esmero y detalle. La señora Gallilee recordó a su hijo que lo estaba esperando, pero a él todavía le quedaba algo por decir. La dama de compañía se echó atrás en el sofá mientras continuaba observando a Ovid.

—¡Santa Teresa, patrona mía, muéstrame el alma de este hombre en su rostro...!  
—murmuró para sí.

Por fin, Ovid se disponía a marcharse.

—Mañana llamaré y veré como te encuentras —dijo—, antes de marcharme de viaje.

Ovid saludó con la cabeza a Teresa con mucha amabilidad; sin embargo, ella, lejos de sentirse satisfecha con ese acto de cortesía, quería algo más.

—¿Podría estrechar su mano? —preguntó.

La señora Gallilee, que era de tendencia política liberal, nunca había sometido tan



a prueba sus convicciones como lo fueron al oír esas palabras. Teresa dio un trémulo aunque enérgico apretón de manos a Ovid, todavía intentando leer en su cara qué tipo de hombre podía ser. Él preguntó sonriendo a Teresa qué es lo que miraba con tanto interés.

—Un hombre bueno, espero —contestó, con seriedad.

A Carmina y a Ovid les hizo gracia la respuesta, y Teresa los reprendió como si de niños se tratara.

—Reíd en otra mejor ocasión —dijo—, no ahora.

Mientras bajaban las escaleras, la señora Gallilee y Ovid se encontraron con el lacayo.

—El señor Mool está en la biblioteca, señora —dijo el hombre.

—Ovid, ¿tienes algo que hacer en la próxima media hora? —preguntó su madre.

—¿Deseas que vea al señor Mool? Lo siento, pero si es un abogado, no voy a ser de mucha utilidad.

—El abogado está aquí porque había concertado una cita y viene con una copia del testamento de tu tío fallecido —contestó la señora Gallilee—. Quizás podría interesarte, pienso que deberías asistir a la lectura.

Ovid no mostró ningún interés por esta propuesta e hizo una pregunta insustancial.

—Algo he oído sobre su descubrimiento, ¿hay alguna circunstancia romántica que lo rodee?

La señora Gallilee contempló a su hijo con una contenida expresión de buen humor.

—¡Qué chico eres, en algunas cosas! ¿Has estado leyendo alguna novela últimamente? Querido mío, cuando la familia de Italia se decidió, por fin, a desmontar los muebles de la habitación de tu tío, fue cuando se encontró el testamento. Se había escurrido por detrás de un cajón de un armario viejo y carcomido lleno de papeles sin valor. Nada de romanticismo, ¡gracias a Dios!, y nada que pudiera entrañar disputas, según rezaba la carta que me envió el señor Mool.

La indiferencia de Ovid no había sido conquistada. Dejó encargo a su madre de que lo avisara en el caso de que fuera el destinatario de algún legado.

—Yo no estoy tan interesado como puedes estarlo tú —explicó—. Por supuesto, ¿debe de haberte dejado mucho dinero?

Ovid, desde luego, tenía en mente algo más allá de lo que expresaban sus palabras.

La señora Gallilee se detuvo en el vestíbulo con una expresión de patente sobresalto.

—Tu mente está en un estado espantoso —dijo—. ¿De verdad que has olvidado lo que te dije ayer mismo? El testamento me nombra tutora de Carmina.

Ovid lo había olvidado por completo. Lo comenzó a recordar, justo cuando su madre le rememoró el hecho.

«Curioso —se dijo para sí— que no me lo recordaran cuando vi los preparativos de la habitación de Carmina».

Su madre, que lo miraba con ansiedad, observó cómo se iluminaba su rostro al hablar de Carmina. De repente, él cambió de parecer.

—Disculpa a este hombre saturado de trabajo —dijo—. Tienes mucha razón, debería escuchar la lectura del testamento. Estoy a tu disposición.

En este instante, por fin, la señora Gallilee vio las cosas con claridad y llegó a la conclusión correcta; sin embargo, no hizo ningún comentario. Algo parecía agitarse débilmente bajo su maquillaje. ¿Una tierna emoción tratando de salir a la luz? ¡No parecía posible! Mientras ambos entraban en la biblioteca, la señorita Minerva regresaba a la habitación de estudio. Se había quedado rezagada en el descansillo de arriba y había oído la conversación entre madre e hijo.

## Capítulo VII

La biblioteca situada en Fairfield Gardens tenía dos alicientes más, aparte de los libros: desembocaba en un gran invernadero y estaba adornada con un magnífico retrato de la señora Gallilee, pintado por su hermano.

Mientras esperaba la llegada de la señora en su versión original, el señor Mool se entretuvo mirando el retrato, y a continuación revivió mentalmente la historia familiar de la señora Gallilee. Nadie familiarizado con los usos de los abogados sería lo suficiente ignorante como para creer lo que hizo a continuación. El señor Mool se sonrojó.

¿Es una exageración lingüística describirlo como una anomalía humana en el gremio de los abogados? Los hechos deberán dejarse a un lado para contestar la pregunta. El señor Mool había cometido un error al escoger su profesión. Resultado del error: un abogado tímido.

Atendiendo a circunstancias como éstas, la historia de la familia adquiere, por el momento, cierta relevancia. Está relacionada con un abogado vergonzoso y explicará lo ocurrido en la lectura del testamento. Y, además, se puede asegurar de antemano que gozará de una acogida favorable ya que trata sobre dinero.

El viejo Robert Graywell inició su vida como hijo de un pequeño granjero. Robert era considerado en general como bastante excéntrico; sin embargo, prosperó como comerciante en la ciudad de Londres. Cuando se retiró de los negocios, poseía terrenos y una casa en el campo y, además, una atractiva fortuna invertida de forma segura en fondos.

Tenía tres hijos: su hijo Robert y sus hijas Maria y Susan.

La muerte de su esposa, a la cual amaba con devoción, fue la primera desgracia grave que ocurrió en su vida. Se retiró a su finca, roto por dentro y amargado. Los maridos afectuosos no son, necesariamente, padres cariñosos. Sus hijas no le proporcionaron ningún consuelo cuando murió la madre. Se sintió tan indignado por la excesiva preocupación que tenían por sus vestidos de duelo, que se apartó de su lado. Nada interesante de veras tenía relación con sus proyectos de futuro: ellas se casarían y aquí se acabaría la historia.

En cuanto al hijo, éste hacía mucho que se había situado más allá del estrecho círculo de simpatías de su padre. En primer lugar, su rechazo a titularse en una carrera mercantil hizo necesario dejar el negocio en manos de extraños. En segundo lugar, el joven Robert Graywell resultó ser, sin antecedentes hereditarios y ante los más duros impedimentos, ¡un pintor nato! Uno de los más grandes artistas de aquel

tiempo vio los primeros trabajos de Robert y sentenció con estas palabras: «¡Qué lástima que no se gane la vida con el pincel!».

Al morir el viejo Robert, sus hijas se encontraron (utilizando sus propias palabras) con una herencia insignificante de diez mil libras cada una. El hermano heredó las tierras y el grueso de las propiedades, no tanto porque a su padre le preocupara que en un futuro pudiera formar una familia, sino porque el chico siempre había sido el favorito de la madre.

El primero en casarse de los tres hijos fue la hermana mayor. Maria se consideraba muy afortunada por haber conquistado al señor Vere, de una antigua familia y con una gran conciencia de lo que le debía a su apellido. Él tenía ingresos suficientes y no quería más. Se estableció que la dote de su mujer al casarse fuera para ella misma. Cuando el marido murió, le dejó a su mujer una pensión vitalicia sobre sus propiedades que ascendía a seiscientas libras anuales. Si a esto le añadimos las ganancias anuales procedentes de su pequeña fortuna de ella, los ingresos ascendían a mil libras. Las demás propiedades del señor Vere fueron legadas a su único hijo vivo, Ovid. Con una pensión de mil libras anuales sólo para ella, más dos mil para su hijo hasta que alcanzara la mayoría de edad, quizás la viuda Maria hubiera podido sentirse satisfecha si no fuera por la extraordinaria presunción de su hermana menor.

Susan, la segunda en edad, la segunda en belleza e incluso la segunda en la carrera por casarse, ¡había ganado el primer premio al mejor marido!

Poco después de casarse su hermana Maria, Susan conquistó a un aristócrata escocés que poseía un palacio en Londres, otro en Escocia y unos ingresos por alquileres de unas cuarenta mil libras. Maria (usando sus propias palabras) nunca se sobrepuso a ello. A partir del horroroso día en que su hermana Susan se convirtió en Lady Northlake, Maria se convirtió en una adusta mujer. Su único interés en el mundo se centraba, ahora, en cultivar su intelecto. Y así, comenzó esa gloriosa carrera que la asociaría a la marcha de la ciencia. Tan sólo un año después de empezar en ella (como muestra de los progresos que puede hacer una mujer resuelta) estaba familiarizada con los fósiles zoófitos y había realizado con éxito la disección del sistema nervioso de una abeja.

¿Pero es que no había nada que la atrajera en su vida matrimonial? Apenas nada. El señor Vere no simpatizaba con las investigaciones científicas de su mujer.

Cuando murió su primer marido, ¿encontró algún tipo de consuelo en su hijo? Dejemos que lo exprese con sus propias palabras: «Mi hijo llena mi corazón, y sin embargo la escuela, la universidad y el hospital sucesivamente han arrebatado su educación de mis manos. Mi mente debe ser ocupada, igual que mi corazón».

Agarró sus exquisitos instrumentos y volvió al sistema nervioso de las abejas.

Con el paso del tiempo, el señor John Gallilee, «vagando por aquí y por allá»

(como el mismo decía), se dejó llevar por el camino de la ciencia.

La viuda de Vere (como le gustaba figurar en público) todavía estaba de muy buen ver. El señor Gallilee admiraba «ese estilo» y poseía cincuenta mil libras, algo más de la renta anual del Lord y Lady Northlake juntos. Tal importe invertido al cuatro por ciento, añadía dos mil libras más al año las mil que ya recibía la señora Vere. Resultado, por tres mil libras al año tenía que cargar con el señor Gallilee; tras reflexionar, la señora Vere aceptó la carga y recogió su recompensa. Susan ya no se distinguiría por ser la que se hacía los vestidos en París, y la señora Gallilee ya no se vería sometida a la indignación de tener que subirse al carruaje de Lady Northlake.

¿Qué fue de Robert durante ese tiempo? En dos palabras, se deshonró.

Cuando el nuevo terrateniente tomó posesión de su casa en el campo, fue invitado a contribuir en los gastos de mantenimiento de una jauría de perros perdigueros propiedad del vecindario y se le aconsejó que hiciera amistad con sus compañeros de afición ofreciendo un almuerzo de caza. Él respondió con mucha educación. Sin embargo, no se podía ocultar el hecho: el recién llegado rechazaba promocionar la caza, creía que esta noble diversión era estúpida y cruel; y por esa razón, rechazaba preservar el deporte. Un último error quedaba por cometer, y lo cometió. Tras devolver la visita hecha por el rector, no asistió a la iglesia. Cualquiera, con el más mínimo conocimiento del carácter inglés, patente sobre todo en los condados ingleses, se daría cuenta de que la estancia de Robert en su finca, más tarde o más temprano, estaba abocada al fracaso. Así que, cuando hubo terminado los bocetos sobre los aspectos más pintorescos que se hallaban en sus propiedades, desapareció. Y la finca no fue dejada en testamento. El viejo Robert, quien era tan meticuloso en los detalles y formalidades que proveía a su querida y amada esposa, era descuidado sin remedio en cuanto al futuro de sus hijos: «Mi fortuna no tiene ningún valor para mí —decía a sus sensatos amigos—, dejad que se la gasten toda si les place. Les haría mucho más provecho si se ven obligados a ganarse su propio sustento, como hacen gente mucho mejor que ellos». Libre para seguir su propio camino, Robert vendió su finca, sólo para librarse de ella. Sin gusto por los caprichos caros (exceptuando la compra de cuadros), se hizo más rico que nunca.

Cuando Lady Northlake y la señora Gallilee volvieron a tener noticias de su hermano, fue para oír, de él que se exiliaba voluntariamente a Italia. Allí, estaba construyendo un estudio de pintura y una galería, contemplaba una serie de cuadros y se sentía feliz por primera vez en su vida.

Pasó el tiempo, y las hermanas volvieron a tener noticias de él. Después de haber ultrajado el sentido del decoro entre sus vecinos ingleses, ahora se degradaba a sí mismo, en la estimación que su familia sentía por él, casándose con una «modelo». La carta que anunciaba tal acontecimiento declaraba (sin faltar a la verdad) que había escogido para esposa a una mujer virtuosa. Posaba para los artistas, de la única forma

en que lo podría hacer cualquier dama: «sólo la cabeza». Los padres de ella ganaban lo justo para subsistir labrando su propio pedazo de tierra, eran gente honrada. ¿Y qué importancia tenía para Robert su categoría social? Su propio abuelo había sido campesino.

Lady Northlake y la señora Gallilee creyeron que debían mantener una consulta familiar entre ellas sobre el tema de su cuñada. ¿Era deseable marginar a Robert a partir de ese momento para salvaguardar sus propios intereses sociales?

Susan (aconsejada antes por su bondadoso marido) se inclinó hacia una actitud clemente. En la carta de Robert se las informaba de que se proponía vivir en Italia hasta el día de su muerte. Ante tal resolución, su matrimonio sería, sin duda, una desgracia soportable para sus parientes de Londres.

—Supón que le escribimos —concluyó Susan—, y le decimos que nos hemos sorprendido mucho pero que él sabrá qué es lo mejor. Damos nuestra enhorabuena a la señora de Robert y nuestros sinceros deseos de felicidad.

Para sorpresa de Lady Northlake, la señora Gallilee aceptó este punto de vista tan indulgente sin una palabra de protesta. Ella tenía sus razones (sin embargo, no se podían airear ante un pariente cuyo marido gana cuarenta mil libras al año). Robert había pagado las deudas de ella.

Unos ingresos de tres mil libras al año entrañan, incluso en la actualidad, una atractiva capacidad de maniobra, siempre que no se tenga «un deber con la sociedad». En la posición de la señora Gallilee, unos ingresos de tres mil libras representaban vivir modestamente pero con dignidad. Se endeudó de nuevo y estuvo meditando sobre futuros proyectos con las miras puestas en la cartera de su hermano. Resultado, una encantadora carta a Robert que finalizaba diciendo: «¡Debes enviarme una fotografía de tu preciosa esposa!». Pocos años después, cuando la pobre «modelo» murió dejando huérfana a una niña pequeña, la señora Gallilee imploró a su hermano que regresara a Inglaterra: «Querido Robert, regresa, y encuentra consuelo y casa bajo el techo de tu afectuosa María».

Sin embargo, Robert permaneció en Italia y fue enterrado en Italia. Cuando murió, Robert había pagado las deudas de su hermana mayor unas tres veces. En cada una de las ocasiones en las que él la ayudó de esa forma tan espléndida, ella demostró su gratitud prometiéndole una herencia grande, muy grande para la hija, en el caso de que ella le sobreviviera.

Al ser el abogado de la familia, el señor Mool conocía qué sumas de dinero había sonsacado a su hermano la señora Gallilee, y también sabía que esos adelantos, así realizados, habían sido considerados a cuenta de la herencia. De lo contrario, la señora Gallilee podría haber hecho ciertas reclamaciones, como hermana. El señor Mool tenía el deber de avisarla al respecto cuando ella le preguntaba sobre aspectos de la herencia en general. No había dicho nada. Había actuado así por motivos muy

inapropiados; hablando claro: por miedo. Ese sentimiento de culpabilidad que ahora lo angustiaba era el responsable de que el semblante del señor Mool estuviera ruborizado. De hecho, estaba avergonzado de sí mismo. Después de todo, ¿se puede considerar excesivo haber sugerido que el señor Mool era una anomalía humana dentro del gremio de los abogados?

## Capítulo VIII

La señora Gallilee hizo su entrada en la biblioteca y el pulso del señor Mool se aceleró. Ovid entró tras ella y el pulso del señor Mool recobró su estabilidad. De común acuerdo con el abogado, Ovid había sido siempre mantenido al margen de los asuntos de su madre. Así que, no importaba lo furiosa que se pudiera poner en los próximos minutos, ella apenas podría expresar su indignación mientras estuviera en presencia de su hijo.

Las buenas expectativas son las que producen un efecto más favorecedor en la belleza femenina. La señora Gallilee tenía un aspecto inmejorable aquel día. Tenía el rostro bastante redondo, llevaba el cabello teñido de un modo natural y un juvenil peinado con un flequillo y compensado a cada lado con grupos de pequeños y simpáticos rizos. Su vestido de luto por Robert era digno de su origen parisién, mostraba de forma muy provechosa su aspecto juvenil y la blancura de su cuello (lo cual también era digno de su origen parisién). Tenía el aspecto de un retrato de la época de Carlos II dotado de vida.

—¿Cómo está usted señor Mool? ¿Ha visto mis helechos?

Los helechos se encontraban agrupados en la entrada, en un sitio destacado entre la biblioteca y el invernadero. Sin duda, no habían escapado a la atención del abogado, que poseía un invernadero de su propiedad y que era un entusiasta de la botánica. Acababa de ocurrírsele que, si provocaba resultados embarazosos sin quererlo, los helechos podrían resultar ser un tema útil e inocuo como medio de cambiar de asunto. «Incluso sin decir una palabra —reflexionó el señor Mool, haciendo memoria—, he sentido sus ojos clavarse en mí como una navaja».

—Por favor, ahórrenos los tecnicismos —continuó la señora Gallilee, señalando los documentos que había sobre la mesa—. Quiero saber con exactitud qué deberes tengo con Carmina y, de paso, está claro que tengo cierto interés en saber si Lady Northlake está incluida en el testamento también.

La señora Gallilee nunca decía «mi hermana», en el círculo familiar nunca hablaba de «Susan». El inagotable sentimiento de agravio, surgido a raíz de aquel magnífico casamiento de la hermana, se imponía manteniendo las distancias con ella nombrándola siempre por su título nobiliario.

—El primer legado mencionado en el testamento es —dijo el señor Mool— para Lady Northlake —el rostro de la señora Gallilee se volvió tan duro como el acero—. Cien libras —prosiguió él— para comprar un anillo de duelo.

En un instante, los ojos de la señora Gallilee mostraron tal elocuencia que, sin



necesidad de palabras, decían: ¡Gracias a Dios!

—Aquí se demuestra el evidente sentido común de tu tío —puntualizó a su hijo Ovid—. Cualquier otro legado a Lady Northlake hubiera sido simplemente absurdo, ¿verdad, señor Mool? ¿Es mi nombre el que viene a continuación?

El señor Mool miró de reojo a los helechos. Más tarde, describió que se sintió como en los instantes previos en que uno está sentado en la silla del dentista y llega el horrible momento en que el operador dice: «Déjeme ver», escondiendo en su mano el maléfico instrumento. La «escena» (por usar el lenguaje teatral) ya era, de hecho, bastante crítica. Ovid añadió más truculencia haciendo un chiste malo.

—¿Qué te caerá en suerte, madre?

Antes de que lo malo pasara a peor, el señor Mool sacó fuerzas de flaqueza. Esta vez leyó juiciosamente lo que decía el testamento de forma exacta y precisa:

—Y entrego y lego a mi hermana, la señora Maria Gallilee, cien libras.

El asombro de Ovid sólo podía expresarse con el movimiento, y comenzó a mover los pies de forma nerviosa.

—Libre de tasas testamentarias, para comprar un anillo de duelo —continuó leyendo el señor Mool.

—¡No es posible! —estalló Ovid.

—Y mi hermana entenderá la razón por la cual me decido a entregar este legado —finalizó la frase el señor Mool, dejando el testamento sobre la mesa y aventurándose a levantar la mirada.

Al mismo tiempo, Ovid se giró hacia su madre, impresionado por lo que acababa de oír y ansioso por preguntar qué significaba todo ello.

Por fortuna para ellos, la pausa que se había hecho en la lectura del testamento había resultado fundamental para salvaguardar la tranquilidad de los dos hombres, pero ellos nunca lo sabrían.

Si hubieran mirado a la señora Gallilee, cuando ella fue consciente (por vez primera) de su posición en el testamento, quizás hubieran visto la encarnación del Diablo reflejada en un rostro humano. Así, igual que aquel rey de los caldeos leyó la terrorífica advertencia de su cercana muerte escrita en la pared de forma sobrenatural, de igual manera quizás hubieran leído, en los ojos y en los labios de la señora Gallilee, una advertencia poco menos terrorífica: «Ved a esta mujer y sabed lo que puedo hacer con ella, que ha rechazado a su ángel de la guarda, y su alma me ha sido entregada a mí».

Sin embargo, la manifestación se mostró y se desvaneció. Cuando su hijo y el abogado la miraron, su rostro ya había recobrado la compostura. Su voz estaba bajo control, su innata capacidad para el engaño estaba preparada para la acción. Todas estas formidables cualidades propias de su naturaleza, en las que una instrucción más dulce y sabia que la recibida por ella quizás hubieran sido sometidas a prueba

(mediante el desarrollo de influencias de conservación que permanecen pasivas), en estos momentos habían retrocedido hasta un lugar en la sombra donde permanecerían al acecho. Tan sólo se dejaban entrever los tenues rastros de su momentánea aparición en la superficie. Su respiración parecía angustiosa y sus párpados medio cerrados como por un gran peso; esto era todo.

—¿Está la habitación demasiado caldeada para ti? —preguntó Ovid.

Era una pregunta inofensiva; sin embargo, cualquier pregunta era capaz de enfurecerla en ese momento.

—¡No digas tonterías! —exclamó ella, con irritación.

—El aire del invernadero es rico en aromas reanimantes —subrayó el señor Mool—. ¿Es posible que llegue hasta mí, entre otros deliciosos aromas, el fragante rizoma del helecho americano? Si no fuera así, señora Gallilee, ¿me permitiría enviarle, de mi propio pequeño invernadero, algunas muestras de la planta de fragancia dulzona llamada cabello de Venus? —sonrió con persuasión.

Los helechos estaban justificando su seguridad en sus dotes pacificadoras, y regresó de nuevo a las explicaciones, con cierta discreción. Aquellos ojos terribles se posaron en él con compasión. Ni siquiera una alusión encubierta a su silencio en el tema de la herencia pasó inadvertida para ella. ¿Ese intento repentino y torpe de cambiar de tema por parte del abogado era un aviso de que debía estar en guardia? En cualquier caso, ella le agradeció con la debida cortesía su amable oferta. ¿Sería de alguna molestia para él que ella pudiera ver el testamento?

Ella leyó con atención las últimas palabras de la frase en que aparecía su nombre: «Mi hermana entenderá la razón por la cual me decido a entregar este legado», y devolvió el testamento al señor Mool. Antes de que Ovid pudiera preguntar por ello, ella ya tenía preparada una explicación convincente:

—Cuando tu tío se convirtió en marido y padre —dijo ella—, esas exigencias fueron primordiales para él. Sabía que yo sólo podría aceptar una muestra de su memoria (mejor cuanto más pequeña), en el caso de que le sobreviviera. Por favor, señor Mool, prosiga.

En un aspecto, Ovid se parecía a su difunto tío, ambos pertenecían a esa clase de hombres magnánimos que son incapaces de sospechar nada malo y, por tanto, son fáciles de engañar. Ovid tomó la mano de su madre con ternura.

—Debería haberlo sabido —dijo él— sin tener que obligarte a decírmelo.

La señora Gallilee no se ruborizó, pero sí el señor Mool.

—¡Prosiga! —repitió la señora Gallilee.

El señor Mool miró a Ovid.

—El siguiente nombre, señor Vere, es el de usted.

—¿Es que mi tío pensó en mí del mismo modo en que pensó en mi madre? —preguntó Ovid.

—Sí, señor, y permítame decirle que un bonito halago se halla unido al legado. Su tío dice: «No es necesario dejar ninguna otra prueba importante de recuerdo a mi sobrino. Su padre ya procuró por él y, con sus habilidades únicas, hará una segunda fortuna con el ejercicio de su profesión». Muy gratificante, ¿no es cierto, señora Gallilee? La siguiente disposición es para la buena y vieja ama de llaves, Teresa, y para su marido, en el caso de que él le sobreviviera, en los siguientes términos...

La señora Gallilee se estaba impacientando por oír más sobre lo que se refería a ella.

—Podríamos, creo, saltarnos esto —sugirió— e ir al apartado en el que se relaciona a Carmina y a mí. No crea que estoy impaciente, sólo deseo...

El ladrido de un perro en el invernadero la interrumpió.

—¡Esa criatura pesada! —dijo con aspereza—; ¡me veré obligada a librarme de ella!

El señor Mool fue voluntarioso a sacar el perro del invernadero; sin embargo, la señora Gallilee (tan irritable como siempre) lo detuvo en la puerta.

—¡No lo haga, señor Mool! No se debe hacer caso del genio de ese perro, sólo lo saca con la señorita Minerva, mi institutriz; siempre que la ve, gruñe de este modo. Me atrevería a decir que la ha olido. ¡Ahí está! ¡Ahora ladra! Tan sólo está consiguiendo enfurecerlo más. ¡Regrese!

Al estar en la puerta, el amable señor Mool trató de que el tema de los helechos fuera de nuevo el que calmara los ánimos. Tomó una hoja y regresó en estado de sumisa admiración a su sitio.

—¡El helecho en flor! —dijo con suavidad—. Un espécimen realmente bonito, señora Gallilee, de la *Osmunda Regalis*. ¡Qué belleza más grande en esta fronda bipinnada! ¡Casi no se distingue dónde termina el tallo y dónde empieza la hoja!

El perro, un pequeño y lustroso Terrier, entró al trote en la biblioteca. Saludó a todos con un movimiento enérgico de cola, sin olvidar al señor Mool. Ningún gruñido, ni nada parecido, salía de él ahora. El modo en que se tumbó a los pies de la señora Gallilee refutaba por completo su calumnia sobre el temperamento del perro. Ovid sugirió que quizás todo había sido provocado por un gato en el invernadero.

Mientras tanto, el señor Mool pasó una página del testamento y llegó a las disposiciones en las que se relacionaba a Carmina con su tutora.

—Quizás no sería inoportuno mencionar —él comenzó diciendo—, en primer lugar, que la fortuna entregada a la señorita Carmina asciende, en números redondos, a ciento treinta mil libras. Los depositarios...

—Sáltese a los depositarios —dijo la señora Gallilee.

El señor Mool se los saltó.

—En la cuestión de la tutoría —dijo—, existe una disposición preliminar, en el caso de que usted falleciera o se negara a actuar como tal, que nombra a Lady

Northlake...

—Sáltese a Lady Northlake —dijo la señora Gallilee.

El señor Mool se la saltó.

—Usted es nombrada tutora de la señorita Carmina hasta su mayoría de edad —él continuó—. Si se casase en ese espacio de tiempo...

El señor Mool hizo una pausa para pasar página. Tanto la señora Gallilee como Ovid ahora escuchaban con el máximo interés.

—Si se casase en ese espacio de tiempo, con el beneplácito del tutor...

—¿Supongamos que no apruebo su elección? —terció ella.

Ovid miró a su madre y desvió de nuevo la mirada con rapidez. El incansable pequeño Terrier quiso llamar la atención de Ovid y saltó a sus piernas para que se le dieran unas palmaditas, pero Ovid estaba demasiado preocupado para darse cuenta de esos intentos de acercamiento. Tanto los ojos como las orejas del perro expresaban sorpresa y reproche: su amigo Ovid lo había tratado con rudeza por primera vez, en su vida.

—Si la joven contrae un enlace matrimonial que usted desapruueba —contestó el señor Mool—, se le ordena por el testador que justifique sus razones en presencia de... bien, debería describirlo como un «consejo familiar», compuesto por la señora Gallilee y Lord y Lady Northlake.

—Demasiado insensato por parte de Robert —observó la señora Gallilee—. ¿Y qué se supone que ese entrometido consejo familiar tripartito debe hacer, señor Mool?

—Una mayoría del consejo decidirá la cuestión de forma absoluta, señora Gallilee. Si la decisión tomada confirma su punto de vista de usted, y la señorita Carmina todavía insiste en su resolución, a pesar de todo...

—¿Deberé permitirlo? —preguntó la señora Gallilee.

—No hasta que su sobrina llegue a la mayoría de edad, señora. Entonces, ella decidirá por sí misma.

—¿Y heredará la fortuna?

—Tan sólo una parte de ella, si su matrimonio no cuenta con la aprobación de su tutora ni de sus familiares.

—¿Y qué pasa con el resto?

—El resto —dijo el señor Mool— será invertido por los depositarios y dividido en partes iguales entre los hijos de ella cuando muera.

—¿Supongamos que no tenga hijos?

—Este caso está previsto en la última disposición, señora. Sólo diré que está usted interesada en los resultados.

La señora Gallilee se giró con rapidez y dureza hacia su hijo.

—Cuando me muera y no esté —dijo—, espero que defiendas mi memoria.

—¿Que defienda tu memoria? —repitió Ovid, preguntándose qué querría decir ella con eso.

—Si yo resulto interesada en el traspaso de la fortuna de Robert, ¿que Dios me perdone!, ¿no te das cuenta de lo que pasaría...? —le inquirió su madre con amargura—. Lady Northlake dirá que «María estuvo intrigando para recibir su fortuna».

El señor Mool miró dubitativamente a los helechos. ¡No! Sus aliados del mundo vegetal no eran lo suficiente fuertes para comprobar más desahogos emocionales de sentimientos familiares como aquéllos. En un momento de emergencia como éste, en nada cabía confiar excepto en la autoridad superior que emanaba del testamento.

—Excúseme —dijo él—, hay algunas disposiciones más, señora Gallilee, las cuales muestran, como me arriesgo a pensar, la bien conocida generosidad sentimental de su difunto hermano desde un punto de vista muy interesante. Ellas se refieren a la provisión realizada para la hija mientras viva bajo su techo. La señorita Carmina tendrá los servicios de los mejores maestros para concluir su educación.

—¡Está claro! —gritó la señora Gallilee, con sumo fervor.

—También dispondrá de un carruaje para ella sola, siempre que lo requiera.

—¡No, señor Mool! Con un clima como éste, dos carruajes, uno cubierto y otro descubierto.

—Y para afrontar estos y otros gastos, los depositarios del testamento están autorizados a poner a su disposición de usted, señora Gallilee, mil libras anuales.

—¡Demasiado, demasiado!

El señor Mool quizás hubiera estado de acuerdo con ella si no hubiera sabido que Robert Graywell había tenido en cuenta los intereses de su hermana cuando realizó esta excesiva provisión de fondos para gastos incurridos en las cuentas de su hija.

—¿Quizás los vestidos y el dinero para gastos personales de ella están incluidos? —prosiguió la señora Gallilee.

El señor Mool sonrió y meneó la cabeza en sentido negativo.

—La generosidad del señor Graywell no tiene límites —dijo—, en lo que se refiere a su hija. La señorita Carmina dispondrá de quinientas libras anuales para vestidos y gastos personales.

La señora Gallilee apeló a la complicidad de su hijo.

—¿No es conmovedor? ¡Querida Carmina! La misma gente que me hace los vestidos en París, hará los suyos. ¿Bien, señor Mool?

—Permítame leer con las palabras exactas del testamento lo que sigue —contestó él—: «Si su dulce disposición a realizar pequeñas limosnas la llevara a excederse de su asignación, mis depositarios están autorizados a incrementarla (a su propia discreción) hasta un límite de quinientas libras anuales». Quizás, pueda parecer presuntuoso por mi parte —dijo el señor Mool, arriesgándose a una modesta confesión de entusiasmo—, pero uno no puede evitar pensar: ¡qué padre! ¡Qué hija

tan buena!

La señora Gallilee tenía otra frase apropiada en la punta de la lengua, cuando el infortunado perro la interrumpió de nuevo. De repente, echó a correr hacia el interior del invernadero ladrando con toda su alma. Al arranque del perro le siguió el ruido como de un jarrón cayendo con estrépito. Ovid corrió hacia el invernadero (con el perro adelantándosele) y bajó muy deprisa las escaleras que llevaban al jardín posterior.

El jarrón se encontraba roto sobre el suelo embaldosado. Sorprendido por la belleza de la flor que crecía en él, se paró para enderezarla de nuevo. Si en lugar de hacer esto, hubiera continuado hasta la segunda puerta, habría visto a una chica entrando con premura en la casa y, aunque sólo la hubiera visto de espaldas, seguro que habría acertado a reconocer en ella a la señorita Minerva. Como no lo hizo, cuando él alcanzó la puerta, el jardín estaba vacío.

Alzó la mirada hacia la casa y vio a Carmina en la ventana abierta de su habitación.

La triste expresión que se veía en esa cara dulce y joven lo apenó. ¿Estaría pensando en su feliz vida pasada? ¿O quizás en un futuro incierto entre extraños y en un país extraño? Ella descubrió a Ovid y entonces sus ojos se iluminaron. La frialdad con que él acostumbraba a tratar a las mujeres se desvaneció al instante: él le envió un beso a Carmina, besándose su mano. Ella le devolvió el saludo (tan usual en su Italia natal) con una dulce sonrisa y miró hacia el interior de la habitación. Teresa se asomó a la ventana. La dama de compañía, siguiendo sus impulsos, sin pensar primero (como hacía siempre), gritó:

—Estamos aburridas aquí arriba. ¡Venga con nosotras, señor Ovid!

Apenas había pronunciado estas palabras, cuando ambas se dieron la vuelta. Teresa señaló hacia la habitación de forma significativa y desaparecieron.

Ovid regresó a la biblioteca.

—¿Había alguien escuchando? —preguntó el señor Mool.

—No he descubierto a nadie; sin embargo, dudo que un gato callejero pueda haber volcado ese jarrón tan pesado —miró a su alrededor mientras contestaba y preguntó—: ¿Dónde está mi madre?

La señora Gallilee se había ido arriba, estaba ansiosa por contarle a Carmina la atractiva asignación que le había dejado su padre. Tras contestar en esos términos, el señor Mool comenzó a plegar el testamento y, de repente, se detuvo.

—Muy desconsiderado por mi parte —dijo—. He olvidado que usted, señor Ovid, no ha escuchado él final del testamento. Permítame que se lo resuma con brevedad. ¿Sabe que la señorita Carmina es católica? Muy natural, era la religión de su pobre madre. Bien, señor, el querido padre no se olvidó de nada. Cualquier intento de convertirla está estrictamente prohibido.

Ovid sonrió. Las convicciones religiosas de su madre comenzaban y acababan con el contenido inorgánico de la Tierra.

—La última disposición —prosiguió el señor Mool— pareció alterar a la señora Gallilee de manera muy dolorosa. Le recordé que su hermano no tenía más familiares cercanos vivos excepto Lady Northlake y ella misma. Como dejar dinero a Lady Northlake, con la principesca posición de Lord...

—Discúlpeme —interpuso Ovid—, ¿qué es lo que puede alterar a mi madre en esto?

Con la mejor buena voluntad, el señor Mool se disculpó por no haber ido al grano antes.

—Es el hábito profesional, señor Ovid —explicó—. De hecho, tendemos a estar muy bien remunerados, ¡tantas palabras, para poco más de un folio!, y nos gusta aclarar primero los fundamentos de las cosas. Su difunto tío finalizó el testamento previendo el traspaso de su fortuna en dos situaciones posibles: que la señorita Carmina pudiera fallecer sin casarse, o que (habiéndose casado) pudiera fallecer sin dejar descendencia.

En este momento, al ver la importancia de la última disposición, Ovid lo volvió a interrumpir.

—¿Recuerdo correctamente a cuánto ascendía la suma de su fortuna? —preguntó—. ¿Era de ciento treinta mil libras?

—Sí.

—¿Y qué pasa con todo ese dinero si Carmina nunca se casa o no tiene hijos?

—En cualquiera de ambos casos, señor, la totalidad del dinero irá a manos de la señora Gallilee y de sus hijas.

## Capítulo IX

**T**ras la lectura del testamento, las horas habían ido transcurriendo hasta llegar la medianoche, y Ovid se encontraba en su casa.

El silencio de la tranquila calle en la cual vivía tan sólo se veía roto, a veces, por el sonido de las ruedas de los carruajes y por la música proveniente de la casa de un vecino que estaba ofreciendo un baile. Se sentó en su escritorio, pensativo. Un examen honesto de su interioridad, había trazado ante él el estado de su mente como un mapa, y le había mostrado el nuevo interés que llenaba su vida en sus justas proporciones.

Él era el más voluntarioso esclavo de ese interés, ahora. Si no hubiera sabido que su madre se encontraba con Carmina, habría regresado con ésta cuando el abogado dejó la casa. Como no era el caso, envió un mensaje al piso de arriba invitándose a sí mismo a cenar (tan sólo con el propósito de volver a ver a Carmina), pero cuando se enteró de que el señor Gallilee y su esposa estaban comprometidos y que su prima tomaría el té en su habitación, se sintió amargamente decepcionado. Había comido algo en su club, sin preocuparse demasiado de qué comía. Después, había ido a la ópera, sólo porque los recuerdos que tenía de una cantante de moda de esa temporada le recordaban con vaguedad a Carmina. Y ahí estaba, a medianoche, de vuelta de la ópera y ansioso de que llegara la siguiente oportunidad de ver a su prima, lo que ocurriría de ahí a unas pocas horas durante el desayuno, cuando él había quedado para despedirse de su familia.

Sentir este cambio en su persona de una manera tan vívida como lo estaba sintiendo, sólo podía llevar a una conclusión para la mentalidad de un hombre que era incapaz de engañarse a sí mismo voluntariamente. A la vista de su precario estado de salud, estaba más convencido que nunca de la importancia del descanso y del cambio. Y, aun así, frente a tal convicción, ¡su programado crucero ya se había convertido en una más de las ilusiones de su vida que se habían esfumado sin dejar rastro!

Su amigo lo había arreglado todo para poder viajar con él esa mañana, desde Londres hasta el puerto donde el yate los estaba esperando. Su amistad no era tan íntima como para confiarse el uno al otro los secretos sin reservas. Las disculpas que se acostumbra a ofrecer al romper un compromiso eran la única alternativa que quedaba. Con el papel sobre la mesa y con las palabras en la cabeza, ¡se encontraba en tal estado de extraña indecisión que incluso dudó si escribirla carta!

Sus nervios, tan enfermizos, estaban tristemente afectados. Incluso, el reloj de la entrada lo sobresaltó cuando marcó la media. Al sonido de la campana le siguió un



sonido suave y pesadoso detrás de la puerta, el maullar de un gato.

Se levantó y abrió la puerta sin ninguna expresión de sorpresa. Con gracia y dignidad entró una pequeña gata negra. Exhibía, a modo de variedad de color, una melancólica mancha triangular blanca sobre la parte inferior de su rostro y cuatro garras limpias y relucientes. Ovid regresó a su escritorio. En cuanto estuvo de nuevo en la silla, la gata saltó a su hombro y se sentó ronroneando cerca de su oreja. Era su sitio cada vez que su amo se sentaba a escribir a solas. Un día, al pasar por un barrio residencial haciendo su ronda de visitas, una multitud en una calle secundaria atrajo la atención del joven galeno. Había librado a su actual compañera de la inanición, rescatándola de una casa cerrada en la que sus bárbaros habitantes se habían ido de vacaciones, olvidándose de la gata. Cuando Ovid se llevó a la pobre criatura a casa en el carruaje, el sentir popular decidió que el caballero desconocido era «un bicho raro». Desde aquel momento, el pequeño miembro de una raza deshonrada con brutalidad se unió a su nuevo amigo y sólo a él. Si Ovid hubiera admitido la verdad, debería haberse reconocido que la compañía de su pequeña amiga era un desahogo para él en el estado actual de su mente. Cuando la alicaída determinación de un hombre se encuentra carente de estímulo, el cambio más insignificante en las circunstancias del momento suele proveer la influencia necesaria para animar el cambio. Esto es lo que le pasó a Ovid con la pequeña interrupción protagonizada por la aparición de la gata. Usando una común y explícita expresión: «lo espabiló». Ovid escribió la carta mientras su paciente compañera mataba el tiempo aseándose la cara.

Ovid, una vez aliviada su mente, se fue a la cama. La gata lo siguió al piso superior y se acomodó en una esquina de la habitación donde se encontraba su cama. La ropa es una desagradable superfluidad no contemplada en el sistema natural. Cuando estamos agotados, no encontramos el verdadero reposo hasta que nos hemos librado de toda la ropa que llevamos puesta. Los hombres sujetos a un esfuerzo excesivo (la práctica de la lucha, el remo, andar, trabajar) deben desnudar sus cuerpos tanto como puedan o no serán capaces de resolver sus asuntos de la misma manera. Conociendo su temperamento, Ovid sabía que no podía esperar de él que durmiera esa noche; no obstante, ir a la cama y librarse de su ropa era la única manera de descansar.

Al alba se levantó y se marchó.

Cogió la carta y la echó en el buzón de la puerta de su amigo. Cuanto antes se comprometiera consigo mismo con la nueva dirección que había tomado, más seguro podría sentirse de no volver a caer en la misma indecisión inútil y miserable de la pasada noche.

—¡Gracias a Dios, ya está hecho! —se dijo a sí mismo, mientras escuchaba caer la carta en el buzón; después se alejó de la casa.

Estuvo caminando por el parque hasta que se sintió cansado, después se sentó al

lado del lago decorativo y observó las aves acuáticas disfrutando de sus vidas felices.

Fuera a donde fuera, hiciera lo que hiciera, Carmina siempre estaba con él. Había visto miles de chicas, cuyos atractivos personales eran mucho más significativos que los de Carmina, y algunas de ellas con modales igual de encantadores. ¿Cuál era el hechizo de su pequeña prima medio extranjera que se había clavado en él, y que parecía encerrarlo en su dominio sutil de forma más y más irresistible a cada minuto que pasaba? Estaba satisfecho de sentir el hechizo despreocupándose de entenderlo. La bella luz de la mañana lo llevó con la imaginación al lado de la cama de ella; la vio allí durmiendo tranquila en su nueva habitación. ¿Llegaría alguna vez el día en que ella soñaría con él? Miró su reloj, eran las siete en punto. Se había fijado la cita para el desayuno en Fairfield Gardens a las ocho, para que él tuviera tiempo de coger el tren de la mañana. Media hora podría ser ocupada en caminar de vuelta a casa, diez minutos más para hacer algunos cambios en su atuendo, y podría partir para su próximo encuentro con Carmina. No se sentía en modo alguno inquieto por lo que su círculo familiar podría pensar ante su repentino cambio de planes. Pensaba en algo muy distinto: por primera vez en su vida se preguntaba qué vestido llevaría una mujer para desayunar.

Cogió la llave y abrió la puerta de su casa. Una persona mayor estaba sentada en el banco de la entrada con un tosco y largo vestido negro. Se levantó y avanzó hacia él. Asombrado y sin palabras, se encontró frente a la fiel compañera de Carmina, Teresa.

—Si me permite, quisiera hablar con usted —dijo con su mejor acento inglés.

Ovid la llevó a la habitación donde atendía a los pacientes. Ella no perdió el tiempo en disculpas o explicaciones.

—¡No diga nada! —Teresa estalló—. Carmina ha pasado una mala noche.

—¡Estaré en casa en una media hora...! —le aseguró Ovid con desasosiego.

La dama de compañía meneó el dedo índice con impaciencia.

—Ella no quiere un doctor. Quiere a un amigo para cuando yo no esté. ¿Qué será de su vida aquí? Una vida nueva entre gente nueva. ¡No diga nada! Ella está asustada y abatida. Tan joven, tan tímida, tan fácil de impresionar, y yo debo abandonarla. ¡Debo hacerlo! ¡Debo hacerlo! Mi viejo marido se está debilitando con rapidez; puede morir sin nadie a su lado para reconfortarlo si yo no regreso. Sería capaz de arrancarme el cabello cuando pienso en ello. ¡No hable! ¡Hablar es asunto mío! ¡Ja! Sé lo que sé. ¡Usted está enamorado de Carmina, joven doctor! Lo he leído como en un libro. Usted es rápido de ver, inesperado en cuanto a sentimientos, como mi gente. Sea uno de los míos, ayúdeme.

Ella arrastró una silla cerca de Ovid y dejó caer la mano de repente y pesadamente sobre su brazo.

—¡Ojo, no es culpa mía! No he dicho nada para molestarla. ¡No! He hecho lo que

creía que era mejor, le he mentado. ¿Qué me importa? Mentiría igual que Judas Iscariote para evitar a Carmina un solo momento de dolor. Es todo tan nuevo para ella, trate de imaginárselo como si fuera para usted. Ayer, usted y yo nos estrechamos la mano, hagámoslo de nuevo. ¿Está sorprendido de verme? Pregunté a los sirvientes de su madre dónde vivía usted, y aquí estoy con la cruel dentellada de la ansiedad corroyéndome viva cada vez que pienso en el momento de mi partida. ¡Oh!, ¡mi pobre ovejita!, ¡mi ángel!, está sola. ¡Oh!, ¡Dios mío, sólo tiene diecisiete años y ya está sola en el mundo! Sin padre, sin madre y pronto... ¡oh!, demasiado pronto, demasiado pronto... ¡sin Teresa! ¿Qué es lo que está mirando? ¿Qué es lo que hay de fascinante en las lágrimas de una loca vieja y estúpida? Gotas de agua caliente. ¡Ja!, ¡ja!, aunque caigan aquí, sobre la bonita alfombra; no la van a estropear. Es usted un buen chico, un buen amigo. ¡No diga nada! Reconozco el mal de ojo en cuanto lo veo. ¡Basta de eso! Le voy a contar un secreto al oído, ya he hablado en su favor a Carmina. Déle tiempo, no es fría, tan sólo joven e inocente, eso es todo. El amor llegará, sé lo que digo, el amor llegará.

Ella se rió, y mientras reía, volvió a cambiar de actitud. Temerosa, miró a Ovid con cara de espanto y con los ojos fuera de sus órbitas. De pronto, algunos recuerdos terribles se agolparon en su mente y se levantó de un salto.

—Dijo que se iba a marchar —gritó ella—. Lo dijo ayer, cuando nos dejó. ¡No puede ser! ¡No ocurrirá! ¿No irá también a abandonar a Carmina?

El primer impulso de Ovid fue contar toda la verdad, pero se resistió al impulso. Confesar que Carmina era el motivo por el cual abandonaba el crucero, incluso antes de estar ella segura de la impresión que había producido en él, sería colocarse en una situación en que su amor propio retrocedería.

—Mis planes han cambiado —fue todo lo que dijo a Teresa—. Tranquilícese, no me voy.

La extraña viejecita chasqueó sus dedos con júbilo.

—¡Adiós! No quiero nada más de usted.

Tras estas palabras frías y francas de despedida, se fue hacia la puerta, pero de pronto, se paró a pensar y regresó. Tan sólo había transcurrido un momento y ya volvía a ser la mujer seria y severa de siempre.

—¿Puedo llamarlo por su nombre? —preguntó.

—¡Desde luego!

—¡Escucha, Ovid! Quizás no vuelva a verte antes de regresar al lado de mi marido. Éstas son mis últimas palabras... no las olvides. ¡Incluso Carmina puede tener enemigos!

¿En qué podía estar pensando esa mujer?

—¡Enemigos... en casa de mi madre! —exclamó Ovid—. ¿A qué se puede usted referir?

Teresa se fue de nuevo hacia la puerta y sólo le contestó cuando ya la había abierto para marcharse.

—El mal de ojo nunca engaña —dijo—. Espera... y verás.

## Capítulo X

La señora Gallilee se dirigía hacia la habitación de desayunar cuando su hijo entró en la casa. Se encontraron en el vestíbulo.

—¿Ya está hecho tu equipaje? —preguntó ella.

Ovid que no estaba de humor como para esperar y confesar sus propósitos, dijo al instante:

—Aún no —fue su única respuesta.

La señora Gallilee se dirigió hacia la entrada a la habitación encabezando la marcha.

—Las maletas de Ovid todavía no están preparadas —anunció a todo el mundo—. Creo que perderá el tren.

Allí estaban, todos reunidos en la mesa del desayuno, incluidas las niñas y la institutriz. Cuando Carmina vio a Ovid, su rostro, de aspecto cansado (mostraba la historia de una noche en vela) se iluminó de nuevo como cuando estaba en la ventana de su habitación el día anterior. Ella tomó la mano de Ovid con espontaneidad. Carmina haciendo brillar su mirada fatigada, le dijo a Ovid en broma:

—No, primo. Espero ser más digna de mi bonita cama esta noche. No voy a ser tu paciente todavía...

El señor Gallilee (que en ese instante tenía la boca llena) ofreció un buen consejo:

—Come y bebe como yo, querida —le dijo a Carmina—, y dormirás como yo. Dormido me quedo cuando se hace de noche (planchado hacia arriba como te confirmará la señora Gallilee), y que me despierten si pueden, hasta que es hora de levantarse por la mañana. Coge unos huevos con mantequilla, Ovid. ¿Están buenos, verdad, Zo?

Zo alzó la mirada de su plato y se mostró de acuerdo con su padre con palabras contundentes: «De rechupete». La señorita Minerva (reina de las institutrices) cumplió con su obligación al instante.

—¡Zoe! ¿Cuántas veces tengo que decirte que no se habla en jerga? ¿Has oído alguna vez decir a tu hermana «de rechupete»?

Maria, esa niña tan culta y con una fuerte conciencia virtuosa, se añadió a la protesta diciendo con autoridad:

—Zoe, ninguna jovencita que se respete a sí misma hablará en jerga jamás.

El señor Gallilee no merecía una hija como ésa y murmuró entre dientes: «¡Qué lata!». Zo alargó el plato para que le sirvieran más. Su padre estaba encantado.

—¡Mi niña ya se ha comido todo! —exclamó—. Ambos somos buenos

comedores. Zo se hará una hermosa mujer. Ésa es tu opinión profesional ¿verdad, Ovid? —dijo apelando a la conformidad de su hijastro.

La bonita sonrisa de Carmina pasó rauda como la luz por sus ojos y sus labios. En su breve experiencia en Inglaterra, el señor Gallilee era el elemento que le resultaba más divertido de la vida en familia.

La señora Gallilee todavía le daba vueltas al asunto del equipaje de su hijo, y a la puntualidad rigurosa en la circulación de los trenes.

—¿Qué pretende tu sirviente? —dijo a Ovid—. Es asunto suyo procurar que estés listo a tiempo.

Era inútil permitir que la falsa impresión que se estaba dando continuara por más tiempo. Así que Ovid les dejó las cosas claras con pocas y diáfanas palabras.

—Mi sirviente no tiene la culpa —dijo—. He escrito una carta a mi amigo pidiendo disculpas, porque no me voy.

De momento, esa declaración asombrosa fue recibida con consternación y silencio, exceptuando el miembro más joven de la familia. Después de su padre, Ovid era la única persona en el mundo que ocupaba un lugar en el pequeño y extraño corazón de Zo. En este mismo instante, expresó sus sentimientos sin dudas ni reservas, dejó la cuchara en la mesa y gritó: «¡Hurra!». Otra exhibición de vulgaridad, y sin embargo incluso la señorita Minerva estaba demasiado preocupada ante la revelación que había estallado en la familia como para administrar la reprobación necesaria. Sus anhelantes ojos se habían fijado con fascinación en Ovid. Por lo que se refiere al señor Gallilee, se quedó con el pan con mantequilla suspendido en el aire, mirando fijamente con la boca abierta a su hijastro en un estado de impotente consternación.

La señora Gallilee, siempre actuando de la manera más acertada, fue la primera en pedir una explicación.

—¿Qué significa este proceder tan extraordinario? —preguntó.

Ovid se mostró impasible al tono en que su madre hizo la pregunta. Mientras declaraba su cambio de planes, había mirado a su prima y todavía continuaba mirándola. Fuera cual fuera el sentimiento que pudiera haber en aquel instante, el rostro sensible de Carmina lo expresaba con viveza. ¿Quién podía equivocarse ante ese ligero color que crecía en sus mejillas y la dulce luz que cobró vida en sus ojos cuando se encontró con la mirada de Ovid? Todavía sin ser apenas capaz de valorar la influencia que ejercía sobre él, el interés que sentía Ovid por ella era tomado con esa orgullosa sensación que hace a las chicas inocentemente atrevidas. Sea lo que fuera lo que los demás pudieran pensar de su compromiso roto, sus ojos ingenuos decían con claridad: «Para mí es una feliz sorpresa».

La señora Gallilee llamó a su hijo para que la atendiera, y lo hizo en un tono poco amigable. También ella había mirado a Carmina, y la conclusión a la que llegó se la

guardó para sí.

—¿Vamos a oír tus razones? —preguntó.

Ovid había descubierto la razón más grande del mundo en la cual todo su corazón estaba volcado. Se sentía tan feliz que mantuvo a su madre al margen de su secreto y actuó con una magistral compostura digna de ella misma.

—No creo que un viaje por mar sea lo mejor para mí —contestó.

—Un cambio de opinión bastante rápido —observó la señora Gallilee.

Ovid le dio la razón con frialdad.

—Sí, ha sido bastante rápido —dijo.

La institutriz todavía lo miraba preguntándose si provocaría un estallido de la situación o no.

Tras una pequeña pausa, la señora Gallilee aceptó la escueta respuesta de su hijo con una repentina sumisión que hablaba por sí misma. Ofreció a su hijo otra taza de té y, aún de forma más significativa, se volvió hacia su hija mayor y cambió de tema de forma deliberada.

—¿Querida, cuáles son tus lecciones de hoy? —preguntó con un anodino interés maternal.

Por aquel entonces, el perplejo señor Gallilee ya había acabado su pan con mantequilla.

—Ovid sabe qué es lo mejor, querida —dijo con alegría a su mujer.

La repentina recuperación de la calma de la señora Gallilee no incluía aguantar a su marido. Si una mirada hubiera podido aniquilar a ese hombre noble, su presencia corporal se hubiera desvanecido en el aire cuando se decidió a expresar su opinión. En la práctica, sólo ayudó a Zo con otra cucharada de mermelada.

—La primera vez que Ovid pensó en ese viaje —continuó el hombre—, me dije: ¿supongamos que se marea y le entran ganas de vomitar? ¿Una espantosa, sensación, verdad, señorita Minerva? Primero parece que te hundas en tus zapatos y, después, todo sube, ¿eh? ¿No se marea en el mar? ¡La felicito! ¡La felicito muy sinceramente! Mi querido Ovid, ven y cena conmigo en el club esta noche.

Mientras hacía esta propuesta, miró a su esposa con reservas.

—¿Tienes dolor de cabeza, querida? Si quieres, con mucho gusto te llevo a dar un paseo. ¿Qué es lo que le ocurre a mi esposa, señorita Minerva? ¡Oh!, ¡ya veo! ¡Silencio! Maria se dispone a bendecir la mesa... ¡Amén, amén!

Todos se levantaron de la mesa.

La señora Gallilee fue la primera en abrir la puerta. La sala de fumar estaba al otro lado de la cocina en Fairfield Gardens, pero el señor Gallilee prefirió disfrutar de su cigarro en el jardín de la plaza. Miró hacia Carmina y Ovid por si alguno de los dos quería acompañarlo, pero ambos estaban en la pajarera admirando los pájaros y enfrascados en su propia conversación. El señor Gallilee se resignó a su suerte,

solicitando (como siempre) mientras se marchaba que alguien compartiera su punto de vista.

—¡Bien! —dijo con un pequeño suspiro—, un cigarro es una buena compañía...

La señorita Minerva (absorta en sus propios pensamientos) pasó junto a él con sus pupilas de camino a la habitación de estudio.

—Usted también lo pensaría, señorita Minerva, es decir, si usted fumara, lo cual por supuesto no hace. Sé una buena chica, Zo, atiende a las lecciones...

La contrariedad de Zo por lo que se refería a las lecciones dio como resultado una mala y torcida interpretación de aquel magnífico consejo. Zo contestó con un susurro: «Danos un día de vacaciones».

Las aspiraciones pasajeras de las mentes indolentes, al estar sujetas a la ley de las probabilidades, a veces se cumplen y también manifiestan los pobres deseos humanos bajo una luz consoladora. Gracias a la conversación entre Carmina y Ovid, Zo tuvo su día de vacaciones al fin y al cabo.

La señora Gallilee, aún tan amable como siempre, se había unido a su hijo y a su sobrina en la pajarera. Ovid le dijo:

—A Carmina le gustan mucho los pájaros. Le he estado diciendo que podría ver todas las especies de pájaros juntas en el Parque Zoológico. Es un día perfecto. ¡Podríamos ir!

La más estúpida de las mujeres actuales habría entendido el significado real de dicha propuesta. La señora Gallilee lo aceptó con tanta serenidad como si Ovid y Carmina hubieran sido hermanos.

—Desearía poder venir con vosotros —dijo— pero mis asuntos domésticos me ocuparán toda la mañana, y por la tarde hay una conferencia que no me puedo perder. Carmina, no sé si estás interesada por ese tipo de cosas. Dispondremos del equipo que ilustra la conversión de la energía radiante en vibraciones sonoras. Querida, ¿alguna vez has oído hablar de la propiedad diatérmica de la ebonita? ¿Quizás no estás muy puesta en ello?

Carmina se veía tan torpe como la propia Zo. La ciencia de la señora Gallilee parecía asustarla. La propiedad diatérmica de la ebonita, a través de algún proceso incomprensible, condujo su perpleja mente hacia su vieja compañera.

—Quisiera darle a Teresa una pequeña alegría antes que nos separemos —dijo la chica con timidez—, ¿podría venir con nosotros?

—¡Desde luego! —exclamó la señora Gallilee—. Y ahora que pienso en ello, ¿por qué no dar también a los niños una pequeña alegría? Les daré un día de descanso. No te alarmes, Ovid, la señorita Minerva cuidará de ellos. Mientras tanto, Carmina, dile a tu vieja amiga que se prepare.

Carmina salió de forma apresurada y eso ayudó a la señora Gallilee en la consecución del siguiente objetivo que tenía en mente: una conversación a solas con



su hijo.

Ovid contaba con que su madre le haría una pregunta perspicaz sobre los motivos que lo habían llevado a abandonar el viaje; sin embargo, su madre era una mujer demasiado lista para perder su tiempo de esa manera. Así, sus primeras palabras dejaron claro a Ovid que su motivo secreto estaba tan claro para ella como la brillante luz del sol que entraba por la ventana.

—Es un chica encantadora —dijo su madre, en cuanto Carmina cerró la puerta tras de sí—. Modesta y natural, es exactamente el tipo de chica que atrae a un hombre inteligente como tú, Ovid.

A Ovid, estas palabras lo cogieron por sorpresa y lo reconoció con su silencio. La señora Gallilee continuó hablando en un inocente tono adulator y maternal.

—Sabes que empezaste joven —dijo ella—; tu primer amor fue esa pobre pequeña niña marchita de Lady Northlake, que murió. Juegos de infancia, estarás de acuerdo conmigo, y poco más. Pero, querido, requeriré cierta persuasión para que pueda estar completamente de acuerdo con este nuevo, ¿cómo lo llamaré?, «encaprichamiento» es una palabra demasiado fuerte y «antojo» no significa nada. Lo dejaremos en blanco. Los matrimonios entre primos son, por lo menos, discutibles; y el hecho de que el padre sea protestante y la madre católica puede ocasionar dificultades con los hijos. No digo que tenga que ocurrir, no, nada más lejos de mi intención; sin embargo, si esta relación tiene que seguir adelante, debo mostrar mis recelos.

Algo en el tono de su madre exacerbó la susceptibilidad de Ovid.

—No te entiendo en absoluto —dijo él, de manera bastante brusca—, tienes puestas las miras en un futuro digamos... bastante lejano.

—Entonces volvamos al presente —contestó la señora Gallilee, todavía dispuesta a actuar con docilidad ante el temperamento de su hijo.

No hacía mucho, ella había expresado la opinión que Ovid actuaría de forma muy sabia (con su edad y sus proyectos profesionales) si esperaba unos pocos años antes de pensar en el matrimonio. Por el momento, como ya había elogiado lo suficiente a su sobrina como para que él se sintiera satisfecho (sin que pareciera estar muy pendiente de la cuestión del dinero a la hora de variar su opinión), su siguiente objetivo era inducir a Ovid a abandonar Inglaterra de forma inmediata esgrimiendo la razón del restablecimiento de su salud. Con Ovid ausente y con Carmina bajo su única supervisión, la señora Gallilee podría ver el camino libre para sus propios propósitos.

—En verdad —prosiguió—, deberías pensar en serio en cambiar de aires y de entorno. Sabes que no se te permitiría tener a ningún paciente en tu actual estado de salud para que juegues con él, como lo estás haciendo con tu salud. Si no te gusta el mar, ve a tierra firme, a Europa. Vete a algún sitio, querido, por tu propio bien.

Tan sólo era posible responder de un modo a esto. Ovid reconocía que su madre tenía razón y pidió tiempo para pensar. Para su infinita tranquilidad, una llamada a la puerta lo interrumpió. La señorita Minerva entró en la habitación y, a juzgar por su aspecto, con un semblante no muy afable.

—Siento molestar... —comenzó diciendo.

Ovid aprovechó la oportunidad para retirarse. Tenía que escribir algunas cartas y se fue deprisa a la biblioteca.

—¿Existe algún error? —preguntó la institutriz cuando se quedó a solas con la señora Gallilee.

—¿Respecto a qué, señorita Minerva?

—Me he encontrado con su sobrina en las escaleras, señora. Dice que usted desea que las niñas tengan el día libre.

—Sí, para que vayan con mi hijo y la señorita Carmina al Parque Zoológico.

—La señorita Carmina dijo que yo iría también.

—Lo que dijo la señorita Carmina es completamente cierto.

—¿De verdad desea que vaya con ellos? —dijo la institutriz fijando sus penetrantes ojos en la señora Gallilee.

—Sí.

—Sé por qué.

A lo largo de su experiencia en común, la señora Gallilee y la señorita Minerva discutieron una vez encarnizadamente y la señora Gallilee fue la que salió peor parada. Ella aprendió la lección. En el futuro, supo cómo tratar a la institutriz. Así, cuando la una dijo: «Sé por qué», la otra sólo contestó: «¿De verdad?».

—Vamos a ser claros, señora —continuó la señorita Minerva—. No voy a dejar al señor Ovid (puso un fuerte y penoso énfasis en el nombre, ruborizándose con irritación), no voy a dejar al señor Ovid y a la señorita Carmina juntos y a solas.

—Eres una buena adivina —observó la señora Gallilee con tranquilidad.

—No —dijo la señorita Minerva con más tranquilidad si cabe—, tan sólo he visto lo que usted ha visto.

—¿Acaso yo le he dicho lo que he visto?

—No hace falta, señora. Su hijo está enamorado de su prima. ¿Cuándo debo estar lista?

La señora, sosegada, le dijo la hora y la grosera institutriz abandonó la habitación.

La señora Gallilee, con una sonrisa curiosa, miró la puerta mientras se cerraba. Ya había sospechado con anterioridad que la señorita Minerva había sufrido un fracaso sentimental. Ahora, la sospecha se confirmaba y el hombre responsable del desengaño sentimental quedaba al descubierto.

—Amargada por una pasión imposible —se dijo para sí misma—. Y el objeto es... mi hijo.

## Capítulo XI

Al entrar en el Parque Zoológico, Ovid giró de inmediato a la derecha y condujo a Carmina hacia las pajareras para que, antes que nada, ella pudiera ver las aves. La señorita Minerva los seguía, con Maria atendiendo con obediencia. Teresa se mantenía a cierta distancia detrás y Zo iba por su cuenta, juntándose ora con unos ora con otros.

El orden de la visita se convirtió en caótico al llegar a las pajareras. Las diferentes características de los pájaros hicieron que los visitantes también se sintieran atraídos de forma diferente por las distintas especies. Maria (estudiante de primera y con un ansia insaciable por obtener información útil) mantuvo cautiva a su institutriz en una jaula, mientras Zo salió como una flecha hacia otra, lejos del alcance de la disciplina. Teresa salió voluntaria para llevarla de regreso. Durante un minuto, Ovid y su prima fueron dejados a solas. Quizás, él, como enamorado, habría sacado partido incluso de un momento tan breve, pero Carmina tenía algo que decirle y ella habló primero.

—¿Hace mucho tiempo que la señorita Minerva es la institutriz de tu madre? —preguntó.

—Desde hace unos años —Ovid respondió—. ¿Me permites que te haga una pregunta también? ¿Por qué lo preguntas?

Carmina dudó, y contestó susurrando:

—Parece que tiene mal genio.

—Tiene mal genio —Ovid confesó—. Sospecho que no te gusta —añadió con una sonrisa.

Carmina no intentó negarlo; su excusa fue muy típica de las mujeres:

—No le gusto yo.

—¿Cómo lo sabes?

—La he estado observando. ¿Pega a las niñas?

—¡Querida Carmina! ¿Crees que sería la institutriz de mi madre si tratara a las niñas de esa manera? Además, la señorita Minerva es una mujer demasiado bien educada para degradarse a sí misma con actos violentos. Su posición económica vino a menos considerablemente debido a desgracias familiares.

Mientras decía estas palabras, Ovid se acordó de cuando la señorita Minerva comenzó en su empleo actual y cuando él tuvo cierta curiosidad por ella. Hubo una vez, cuando él preguntó por qué mantenía a una mujer tan irritable en casa, en que la respuesta de la señora Gallilee había sido satisfactoria por completo, sobre todo por lo que a ella se refería: «La señorita Minerva es una mujer con muchos

conocimientos y me sale barata». ¡Exactamente como era su madre! Sin embargo, los posibles motivos que pudiera tener la señorita Minerva para estar allí quedaban envueltos en la más completa oscuridad. ¿Por qué esa mujer tan culta y refinada había aceptado una remuneración tan inadecuada durante tantos años? Tomando como ejemplo el suceso de esa mañana, ¿por qué después de mostrar con tanta claridad su mal genio a su jefa, había aceptado con tanta sumisión el repentino día de fiesta decretado por ella, el cual rompía por completo el planteamiento de clases de la semana? Poco se imaginaba Ovid que la influencia reconciliadora, que resolvía esas contradicciones y que apaciguaba cualquier duda que pudiera surgir de ellas, estaba basada en él. Incluso, la humillación de tener la obligación de observarlo sirviendo los intereses de su madre y además ser testimonio de su devoción por otra mujer, era un sacrificio que la señorita Minerva podía soportar a cambio del inestimable privilegio de estar en compañía de él.

Antes de que Carmina pudiera hacer más preguntas, una voz chillona con la emoción al rojo vivo hizo que tuviera que ausentarse. Zo había descubierto hacía un instante el pájaro más divertido del Parque, el más farsante entre la raza de los plumíferos, conocido también como cuervo común.

Carmina corrió hacia la jaula como si fuera también una niña. Viendo que Ovid se había quedado solo, la institutriz aprovechó su oportunidad de hablar con él. Las primeras palabras que cruzaron hablaron por sí mismas. Mientras Carmina había estado estudiando a la señorita Minerva, ésta había estado estudiando a Carmina. Al final, el mismo sentido instintivo de rivalidad había asociado en un terreno común de sentimientos a las dos mujeres más diferentes que hayan pisado jamás la faz de la tierra.

—¿Su prima sabe mucho de pájaros? —comenzó diciendo la señorita Minerva.

La opinión por la cual se dice que la vanidad es una extraña debilidad del sexo femenino es una calumnia. Por todas partes donde se va, hay más hombres vanidosos que mujeres. Si Ovid no hubiera sido una excepción entre los hombres a esa regla general, o incluso si su experiencia sobre la naturaleza femenina hubiera sido un poco menos limitada, también él habría descubierto el secreto de la señorita Minerva. Cuando ella tomó el puesto de Carmina al lado de Ovid, incluso su capacidad de control falló. Esos penetrantes ojos negros, tan duros y fríos al mirar a los demás, brillaron con un sentimiento de posesión que lo devoraba todo cuando se posaron por vez primera en Ovid. «¡Es mío, en este glorioso instante, él es mío!», decían sus ojos, pero, de repente, el pretexto de siempre bajó de nuevo ante ella como una cortina; no había nadie presente, y sin embargo una mujer educada hablando con delicadeza suponía cierta deferencia hacia un hombre distinguido.

—La verdad, no hemos hablado de pájaros —contestó con inocencia Ovid.

—¡Pues ambos parecían estar mirándolos!

Ella rectificó de forma inmediata su arranque imprudente de celos, enmascarándolo con un elogio bajo una apariencia despreocupada.

—La señorita Carmina no es, quizás, lo que se entiende por bonita, pero es una chica interesante de una forma particular.

Ovid le mostró su acuerdo de forma cordial (demasiado cordial). La señorita Minerva se había presentado ante él con su faceta más agradable y sacando lo mejor de sí misma. Ella lo intentó todo, peleó, luchó contra sí misma para salvar las apariencias, pero el demonio que llevaba dentro volvió a adueñarse de su lengua.

—¿Cree que la joven es inteligente? —preguntó ella.

—¡Claro!

Sólo una palabra, dicha quizás con un poco de brusquedad, y la infeliz mujer se amilanó.

—Una pregunta infundada, por mi parte —dijo con aquella humildad patética que pretende ser simpatía—. Otra advertencia, señor Vere: nunca juzgue por las apariencias.

Lo miró y volvió con las niñas.

Ovid la siguió con la mirada con aire compasivo.

«¡Pobre desgraciada! —pensó—. ¡Qué temperamento más infernal! ¡Y con qué fuerza trata de controlarlo!».

Ovid se reunió con Carmina, sintiendo de nuevo el regocijo de estar junto a ella. Zo todavía se encontraba en éxtasis mirando a los cuervos.

—¡Oh!, ¡el pequeñín, qué gracioso! ¡Mira cómo ladea la cabeza burlándose de mí! Me imita cuando silbo. ¡Cómpralo! —gritó Zo, tirando del faldón del abrigo de Ovid poseída por una gran excitación—. ¡Cómpralo, y deja que me lo lleve a casa conmigo!

Algunos visitantes del Parque, al oírlo, se echaron a reír. La señorita Minerva se quedó con la boca abierta, Maria se quedó con la boca abierta también, y sin embargo, para asombro de ambas, la reprimenda que se avecinaba resultó ser innecesaria.

Antes de que pudieran hablar, una transformación repentina de Zo, quedándose dócil y en silencio, hizo de ella una nueva criatura, y Ovid, de forma inconsciente, había realizado el milagro. Por vez primera en la experiencia de la niña, Ovid había aguantado sus tirones de abrigo sin prestarle atención de forma inmediata. ¿A quién estaba mirando? Era demasiado fácil ver que Carmina había tenido a Ovid para ella sola. El celoso corazoncito de Zo se hinchó en su pecho y, perpleja y silenciosa, mantuvo la mirada en aquel amigo que nunca la había defraudado hasta entonces. Poco a poco, su lenta inteligencia empezó a darse cuenta de un descubrimiento: había algo en la cara de Ovid que lo hacía parecer más atractivo que nunca y que ella no había visto jamás en su cara todavía. Todo el grupo se marchó de las pajareras y se

fue hacia los recintos cercados en los cuales estaban reunidas las aves de gran tamaño. Zo seguía al grupo, tan tranquila y tan en silencio, que su hermana mayor, sintiéndose retada por tener una rival en buen comportamiento, la miró con alarma manifiesta.

Incitada por Maria (que sentía la necesidad de reivindicar su buen carácter), la señorita Minerva comenzó una disertación sobre las grullas, sugerida por las aves con patas de aspecto quebradizo y dispuestas a saltar a la espera de algo que comer. Ovid estaba absorto atendiendo a su prima; se había provisto de algo de pan y estaba ayudando a Carmina a dar de comer a las aves. Sin embargo, hubo una persona que se fijó en Zo ahora que su extraño paso en falso hacia el buen comportamiento había perdido el encanto de la novedad. La vieja Teresa la observaba. Había algo que preocupaba a la niña en secreto con toda claridad, y ella tenía la intención de saber qué podía ser.

Zo se acercó a Ovid de nuevo, con la determinación de entender el cambio que se había producido en él, si es que la perseverancia lo podía conseguir. Él estaba hablando de manera tan confidencial a Carmina que casi le susurraba al oído. Zo lo miró sin atreverse a tirar de su abrigo otra vez. La señorita Minerva trataba con todas sus fuerzas de continuar la disertación sobre las grullas con serenidad.

—Maria, bandadas de estas aves pasan de forma periódica por los países del sur y del centro de Europa.

Cuando observó a Ovid, la respiración le falló, no podía seguir hablando. Zo puso fin a esas exasperantes confidencias, y, en un intento desesperado de encontrar respuestas, esta vez tiró con atrevimiento de las faldas de Carmina.

—¿Qué es lo que pasa, querida? —preguntó Carmina, tras girarse directamente hacia la niña.

Zo, con grandes lágrimas de indignación bajándole por el rostro, señaló a Ovid.

—¡Oye! —susurró—. ¿Va a comprar el cuervo para ti?

Carmina y Ovid sonrieron, ante el desconcierto de Zo. Ésta se secó las lágrimas con el puño y esperó la respuesta con tenacidad. Carmina, de forma encantadora, la tranquilizó con cariño, y Ovid añadió el toque pacificador acariciando su mejilla. Zo, tras conseguir que al fin se fijaran en ella y satisfecha porque el pájaro no sería para nadie, apaciguó su sensación de haber sido agraviada y, como resultado, sus celos se diluyeron. Después de una pausa, producida por un esfuerzo de memoria (como sus siguientes palabras dieron a entender), de repente, tomó a Carmina para hablarle en tono confidencial.

—¡No lo comentes! —comenzó Zo—. He visto a otro hombre que tenía el mismo aspecto que Ovid.

—¿Cuándo, querida? —preguntó Carmina, refiriéndose a qué fecha del pasado.

—Cuando su cara estaba junto a la tuya —respondió Zo, refiriéndose a qué

circunstancias recientes.

Ovid conocía a su hermana pequeña lo suficiente bien como para prever resultados embarazosos si permitía que la conversación continuara por tales derroteros, así que, al oír su respuesta, cogió a Carmina del brazo y la alejó un poco de allí.

La señorita Minerva los siguió con obstinación, con Maria a su lado acompañándola y aún informada a medias acerca de la migración de las grullas. Zo miraba a su alrededor buscando a alguien que la escuchara. Teresa había estado escuchando, estaba presente a la espera de acontecimientos. Siendo ella un ejemplo de lo que la gente necia llama «una mujer rara», esa extraña niña atraía sus simpatías. Según la opinión de Teresa, observar a los pájaros divertía mucho menos que explorar la mente de Zo. Teresa sacó una galleta de chocolate, dulce y con aroma a vainilla, del bolso de viaje que siempre llevaba consigo a todos los sitios, y se la ofreció a Zo, que no se sentía preocupada por los consejos recibidos sobre caer enferma por ser demasiado golosa. Mirando seria y fijamente a Teresa comió un bocado de prueba. La astuta dama de compañía aprovechó este momento tan propicio para ofrecerse como alguien con la capacidad de escuchar.

—¿Quién era ese otro hombre que tenía el mismo aspecto que Ovid? —preguntó.

Teresa habló en un tono de seria igualdad, lo cual siempre es halagador para la autoestima de los niños en sus relaciones con los mayores. Zo estaba tan orgullosa de tener su propia conversación con una persona adulta y extranjera, que incluso se olvidó del chocolate.

—Yo me refería a algo más que eso —anunció—. ¿Querría saber cómo acabó?

—Me gustaría muchísimo —contestó la admirable extranjera.

Zo dudó; ejecutar en palabras su propio tren de pensamientos no era tarea fácil para una mente inmadura a la cual la señorita Minerva había exigido un esfuerzo excesivo sin ningún tipo de piedad. Guiada por la Madre Naturaleza (¡la mejor de las institutrices!), Zo encontró la salida al laberinto a través de las preguntas.

—¿Conoce a Joseph? —comenzó.

Teresa había oído llamar al lacayo por su nombre, sabía quién era Joseph.

—¿Conoce a Matilda? —continuó.

Teresa había oído llamar a la criada por su nombre, sabía quién era Matilda, y aún mejor, ayudó a su pequeña amiga con una oportuna conjetura sobre lo que iba a decir a continuación bajo la forma de recordatorio.

—Viste el rostro de Ovid junto al de Carmina —sugirió Teresa.

Zo meneó furiosa la cabeza, el final de la historia todavía no había llegado.

—Y antes que eso... —continuó Teresa—, viste el rostro de Joseph junto al de Matilda.

—¡Vi a Joseph besar a Matilda! —estalló Zo con un grito triunfal—. ¿Por qué

Ovid no besó a Carmina?

Detrás de ellas, una profunda voz grave contestó con solemnidad:

—Porque la institutriz está de camino.

Un gran bastón de bambú pasó por encima de sus cabezas señalando a la señorita Minerva. Zo reconoció el bastón al instante y lo tomó entre sus manos.

Teresa se giró y se encontró ante la presencia de un hombre extraordinario.



## Capítulo XII

En primer lugar, aquel extraño era lo suficiente alto como parecer un gigante, ya que se erguía como una torre hasta poco menos de dos metros. Si sus enormes huesos hubieran estado recubiertos con la debida carne, habría mostrado la inusual combinación de una altura elevada con unas proporciones bonitas. Sin embargo, era tan miserablemente (casi podríamos decir, tan horriblemente) delgado que sus enemigos al referirse a él lo llamaban «el esqueleto viviente». Su frente amplia, sus grandes y sombríos ojos grises, sus protuberantes mejillas sobresalían contrastando con su demacrada parte inferior exenta de patillas, barba y bigote. Al efecto llamativo que producía su aspecto personal en los extraños, se añadía su tez: tenía la piel morena de los gitanos, siendo aun más oscura que sus ojos; el taciturno y pensativo examen detallado que hacía al clavar los ojos en las personas que hablaban con él (como era su costumbre, sin importar si eran merecedoras de atención o no), incrementaba de forma increíble su aspecto extraño. Su cabello negro y lacio colgaba de manera descuidada a ambos lados de su rostro hundido, igual que un indio americano. Sus grandes manos morenas, siempre sin guantes en verano, mostraban unas uñas de color ámbar en unos dedos cuyas puntas tenían cierta forma respingona pero que, cuando te tocaban, tenían el mismo tacto que el satén. Cuando él deseaba ser cuidadoso, podía sostener los objetos más frágiles con la más exquisita delicadeza. Su atuendo era de lo más cómodo e, incluso, temerariamente holgado. Su larga levita bajaba por debajo de sus rodillas, sus pantalones le iban tan sueltos que parecían sacos, su delgada garganta arrugada estaba rodeada por un holgado cuello de camisa libre de cualquier tipo de corbata. Tenía la teoría de que un tocado debía ser lo bastante sólido como para resistir una ventolera inesperada, la caída desde un caballo o la de un ladrillo suelto en una casa que estuvieran arreglando. Su recio sombrero negro, ancho y con las alas onduladas, podría haber adornado la cabeza de un obispo si no hubiera estado secularizado por una extraña similitud, con los sombreros con forma de campana que llevaban los dandys a principios de este siglo XIX. En resumidas cuentas, él era (tanto por sí mismo como por su vestimenta) la clase de hombre frente al cual ningún extraño, por despreocupado que sea, pasaría de largo sin girarse a echar una segunda ojeada. Teresa, mirándolo con una curiosidad reticente, se echó un paso hacia atrás y, para sus adentros, lo insultó (con el secretismo de su propia lengua) diciendo que era ¡una bestia horrible! Incluso el extravagante sonido de su nombre sorprendía a la gente, y esos enemigos que lo llamaban «el esqueleto viviente» decían que su nombre revelaba su origen gitano. En los círculos médicos y

científicos era bien y ampliamente conocido como doctor Benjulia.

Zo se fue corriendo con su bastón de bambú. Después de una rápida ojeada con una indiferencia melancólica a la dama de compañía, el hombre llamó a la niña para que regresara.

Ella lo obedeció de forma indirecta y extraña, como si hubiera estado regresando contra su voluntad. Al mismo tiempo, Zo alzó la vista para mirarlo a la cara con una ausencia de timidez, la cual mostraba que lo conocía (al igual que la superficie irregular del bastón), que estaba familiarizada con él y que estaba acostumbrada a tomarse ciertas libertades. Sin embargo, aun así, había una expresión de expectación incómoda en sus redondos y atentos ojos.

—¿Desea que se lo devuelva? —preguntó ofreciéndole el bastón.

—Desde luego que sí. ¿Qué me diría tu madre si tropiezas con mi gran bambú y te rompes los sesos en este camino duro de grava?

—¿Ha visto a mamá? —preguntó Zo.

—No he visto a mamá, pero sé lo que me diría si te rompes los sesos por ahí.

—¿Qué diría?

—Ella diría: «Doctor Benjulia, su nombre debería ser Herodes».

—¿Quién era Herodes?

—Herodes era un rey que mataba a los niños cuando se le llevaban el bastón. Ven aquí, niña, ¿puedo hacerte cosquillas?

—Sabía que diría eso —contestó Zo.

En general, cuando los hombres, disfrutaban a fondo del placer de hablar por hablar con los niños, no pueden evitar sonreír, de igual manera que no pueden evitar respirar. El doctor era una excepción extraordinaria a la regla, su cara adusta nunca se relajaba, ni siquiera cuando Zo le recordó que uno de sus juegos favoritos eran las cosquillas. Ella obedeció, sin embargo, mostrando la curiosa apariencia de una sumisión reticente de nuevo. Él puso las puntas de dos de sus suaves dedos en su columna vertebral, por debajo de la parte trasera del cuello, y presionó. Zo empezó a moverse de forma sinuosa mientras él ejercía la presión y la observaba con un interés tan serio como si hubiera estado realizando un experimento médico.

—¿Así es como hace que nuestro perro dé patadas con su pata? —dijo Zo, rememorando su experiencia con el doctor en compañía del perro—. ¿Cómo lo hizo?

—Le toqué el plexo cervical —contestó el doctor, con el mismo tono grave de siempre.

Esta tentativa para desconcertar a la niña falló por completo. Zo consideró ese lenguaje desconocido con el cual él le había contestado como si de una lección se hubiera tratado, renunció a fijarse en el plexo cervical y volvió al tema del pequeño perro Terrier que había en casa.

—¿Cree que al perro le gusta? —preguntó.

—El perro no importa. ¿A ti te gusta?

—No sé.

El doctor Benjulia se giró hacia Teresa. Sus sombríos ojos grises se posaron en ella igual que se podían haber posado en cualquier objeto inanimado que estuviera cerca de él, como la valla que cercaba a los pájaros, o las cañerías que mantenían caliente la caseta de los monos.

—Señora, he estado haciendo el bobo con esa niña —dijo— y temo que la haya retrasado. Ruego me perdone.

Se sacó su sombrero episcopal, y continuó andando con seriedad sin prestar más atención a Zo.

Teresa, en cambio, mostró su faceta más educada. La magnífica cortesía exhibida por el horroroso gigante la amedrentó por un lado, pero la halagó, por el otro.

—El comportamiento de un príncipe —dijo—, y la piel de un gitano. ¿Es un aristócrata?

—Es un médico —contestó Zo, como si eso fuera algo mucho mejor.

—¿Te gusta? —preguntó Teresa a continuación.

—No sé —Zo contestó a la dama de compañía como si hubiera contestado al doctor.

Mientras tanto, lo que había pasado a escasa distancia de Ovid y su prima, no había pasado desapercibido para ellos. La gran altura del doctor Benjulia y su evidente familiaridad con la niña habían excitado la curiosidad de Carmina.

Ovid no parecía inclinado a hablar de él. La señorita Minerva procuró ser útil con diligente cortesía. Mencionó su extraño nombre y lo describió como uno de los viejos amigos de la señora Gallilee.

—En los últimos años —continuó la señorita— se dice de él que ha trabajado de forma discontinua en la práctica médica, dedicándose en cuerpo y alma a los experimentos químicos. Nadie parece saber demasiado sobre él, ha construido una casa en un descampado de algún barrio perdido de las afueras que nadie ha podido descubrir. Hablando claro, el doctor Benjulia es un misterio.

Después de oír esto, Carmina apeló a Ovid de nuevo.

—Cuando me proponen un acertijo —dijo ella— no me doy por vencida hasta que consigo adivinar la respuesta, y cuando me hablan de misterios, me muero por desvelarlos. Tú eres un doctor, ¡vamos, cuéntame algo más!

Ovid podía haber sorteado sus súplicas con una excusa, pero los ojos de Carmina eran irresistibles, lo miraron y, en un instante, lo llevaron a la sumisión.

—El doctor Benjulia es lo que llamamos un especialista —dijo Ovid—. Me refiero a que él sólo se dedica a tratar ciertas enfermedades, en concreto las relacionadas con los nervios y el cerebro. Sin interrumpir por completo su práctica médica, se limita a los casos graves, cuando los demás doctores no saben cómo actuar

y le piden ayuda. Salvando estas excepciones, sin lugar a dudas, ha sacrificado sus intereses profesionales por esa manía de los experimentos químicos. ¿Qué son esos experimentos? Nadie lo sabe, exceptuando él mismo. Mantiene la llave del laboratorio pegada a él de día y de noche. Cuando se ha de limpiar en la casa, lo hace él mismo con sus manos.

Carmina escuchaba con gran interés:

—¿Nadie ha mirado a hurtadillas a través de la ventana? —preguntó.

—No hay ventanas, tan sólo una claraboya en el tejado.

—¿No puede alguien subirse al tejado y mirar a través de la claraboya?

Ovid se rió.

—Se dice que uno de sus sirvientes había intentado hacerlo —contestó.

—¿Y qué vio el sirviente?

—Una larga cortina blanca corrida bajo la claraboya, escondiendo la habitación de la vista exterior. De alguna manera, el doctor descubrió al sirviente y fue despedido en el acto. Desde luego, hay rumores que explican el misterio del doctor y de su laboratorio. Existe un rumor según el cual se dice que está intentando encontrar el modo de transformar los metales comunes en oro; otro cuenta que está inventando un componente explosivo, tan horriblemente destructivo, que pondría fin a la guerra. Todo lo que te puedo decir es que, cuando alguna vez me he encontrado con él, su mente parece estar absorbida por completo como siempre por los nervios y el cerebro. Sin embargo, lo que pueden tener éstos qué ver con los experimentos químicos realizados en secreto en un terreno aislado, es un acertijo para el cual no he encontrado respuesta.

—¿Está casado? —preguntó Carmina.

La pregunta pareció divertir a Ovid.

—Si el doctor Benjulia tuviera esposa, ¿crees que sabríamos sus secretos? No tendremos esa suerte, él lleva sus asuntos domésticos por su cuenta.

—¿No tiene ama de llaves?

—¡Ni siquiera ama de llaves!

Mientras daba esta respuesta, vio cómo el doctor se acercaba despacio hacia ellos.

—Perdóname un minuto —y prosiguió—, voy a hablar con él y vuelvo contigo.

Carmina se giró hacia la señorita Minerva con aspecto sorprendido.

—Parece ser que Ovid tiene razones para mantener al larguirucho lejos de nosotras —dijo—. ¿Es que acaso no le gusta el doctor Benjulia?

Si no fuera por motivos que mantenía reprimidos, la institutriz habría gratificado su odio hacia Carmina con una respuesta cortante. No sólo por lo que había oído por casualidad en el invernadero, sino también por lo que había visto en el Parque, la institutriz tenía sus razones para ganarse la confianza de Carmina y así poder ejercer sobre ella la influencia de una amiga de confianza. Así, la señorita Minerva sacó

provecho de su primera oportunidad.

—Puedo decirle lo que yo he observado por mí misma —dijo en tono confidencial—. Cuando la señora Gallilee da fiestas, me es permitido asistir para ver a los famosos profesores de ciencia. En una de esas ocasiones, ellos estaban hablando de instinto y razón. Su primo, el señor Ovid Vere, dijo que no era tema fácil decidir dónde acaba el instinto y dónde empieza la, razón. Según su propia experiencia, en ocasiones, había encontrado a gente con mentes débiles, que juzgaban por instinto, y llegaban a conclusiones más cabales que sus superiores en inteligencia, que juzgaban usando la razón. La conversación se fue por otros derroteros y, poco después, el doctor Benjulia se unió a los invitados. ¿No sé si ha observado que el señor Gallilee siente mucho cariño por su hijastro?

—¡Oh, sí! —Carmina se había dado cuenta—. Me gusta el señor Gallilee, es un anciano tan amable, bondadoso y natural.

La señorita Minerva disimuló su desprecio bajo una sonrisa.

—¿Está encariñada con el señor Gallilee? —«¡qué simpleza!», pensó, y siguió hablando—. Bien, el doctor ofreció sus respetos al señor de la casa y luego estrechó la mano del señor Ovid; a continuación los caballeros científicos rodearon al doctor Benjulia e iniciaron una erudita conversación. El señor Gallilee se acercó a su hijastro con un aspecto algo perturbado y le dijo susurrando: «¿Conoces sus costumbres? Ovid, ¿te gusta el doctor Benjulia? No lo menciones, pero lo odio». Un lenguaje muy subido de tono para el señor Gallilee, ¿no cree? El señor Ovid le dijo: «¿Por qué lo odias?». Y el pobre señor Gallilee contestó como un niño: «Porque sí». Entraron algunas señoras y el viejo caballero nos dejó para ir a hablar con ellas. Entonces, me aventuré a preguntarle al señor Ovid: «¿Eso es instinto o razón?». Se lo tomó bastante en serio y me dijo: «Instinto, y eso me preocupa». Le dejo que saque sus propias conclusiones, señorita Carmina.

Ambas miraron hacia arriba. Ovid y el doctor iban caminando despacio lejos de ellas y adelantaron a Teresa y la niña. En ese mismo instante, uno de los cuidadores de los animales se acercó a Benjulia, y tras hablar juntos durante unos minutos, el hombre se retiró. Zo (quien lo había oído todo pero que sólo lo había entendido en parte) corrió hacia Carmina cargada con noticias frescas.

—¡Hay un mono enfermo en el Parque, y está en una habitación él solo! —gritó la niña—. ¡Escuchadme, mirad allí! —señaló con excitación hacia el doctor Benjulia y Ovid, que continuaban caminando despacio en dirección a las pajareras—. ¡Allí está el doctor grandote que me hace cosquillas! Dice que mirará al pobre mono cuando termine de hablar con Ovid. ¿Y a que no sabéis qué más ha dicho? Ha dicho que, quizás, se llevará al mono con él a su casa.

—¿Me pregunto qué es lo que le pasará a la pobre criatura? —preguntó Carmina.

—Después de lo que nos ha contado el señor Ovid, creo que lo sé —contestó la

señorita Minerva—. El doctor Benjulia no estaría interesado en el mono a no ser que éste tuviera una enfermedad cerebral.

## Capítulo XIII

Ovid había prometido regresar con Carmina en un minuto, pero los minutos pasaban y el doctor Benjulia todavía lo tenía ocupado hablando.

Ahora que el doctor Benjulia ya no estaba buscando diversión a su manera, es decir, haciéndose el pesado con Zo y desconcertándola, parecía que las facciones se le endurecían en su cara demacrada. Era un hombre escrupulosamente cortés y siempre actuaba con frialdad dentro de su cortesía. Esperaba que se acercaran a él para estrechar la mano y también esperaba a que se dirigieran a él para hablar y, sin embargo, en esta ocasión, tenía algo que decir. Cuando Ovid comenzó la conversación; él cambió directamente de tema.

—¡Benjulia! ¿Qué le trae a usted por el Parque Zoológico?

—Uno de los monos tiene una enfermedad cerebral y han pensado que me gustaría ver al animal antes de que lo sacrifiquen. ¿Ha pensado últimamente en esa paciente que perdimos?

Como no se había vuelto a acordar de la paciente hasta ese momento, Ovid no contestó de forma inmediata. El doctor parecía que recelaba de su silencio.

—¿No me dirá que se ha olvidado del caso? —continuó—. Lo llamamos histeria porque no sabíamos qué otra cosa podía ser. No perdono a la chica que se nos escapara de las manos, odio que la muerte me venza de esa manera. ¿Ya ha decidido qué hacer la próxima ocasión? ¿Quizás piensa que si hubiera ido ahora, le podía haber salvado la vida?

—No, de hecho, continuó siendo igual de ignorante.

—Demos a la ignorancia tiempo —enlazó Benjulia—, y la ignorancia se convertirá en conocimiento, si un hombre va en serio. El tratamiento adecuado podría ocurrírsele a usted mañana.

El doctor se mantenía fijo en su idea con tal obstinación, que Ovid se lo dejó claro hablando sin demasiada paciencia.

—Existen más posibilidades de que el tratamiento adecuado se le ocurra al mayor burro en esta profesión a que se me ocurra a mí. No puedo usar mi cabeza para ningún buen uso médico, el trabajo me ha superado, ha sido demasiado para mí. Estoy obligado a abandonar la práctica médica y descansar durante un tiempo.

Al doctor Benjulia no se le escapó ni siquiera una expresión formal de compasión. Hasta ahora, había sido un amigo receloso, ahora se había convertido en un amigo entrometido.

—Se irá de aquí, desde luego —dijo—. ¿Dónde? ¿A la Europa continental? ¡A

Italia no, si quiere recuperar la salud!

—¿Cuál es el problema con Italia?

El doctor puso su gran mano con solemnidad sobre el hombro de su joven amigo.

—Las escuelas de medicina de ese país están recuperando su pasada reputación —dijo Benjulia—. Las escuelas se están convirtiendo en centros activos de la investigación psicológica. Usted se vería arrastrado a ello. Ellos intentarán, con toda seguridad, arremeter contra un hombre como usted, para ver qué es lo que pueden sonsacarle mediante el enfrentamiento. ¿En qué se convertirá esa mente desgastada suya, cuando un montón de profesores estén hurgando en ella sin ningún tipo de piedad? ¿Ha estado alguna vez en el Canadá?

—No, ¿y usted?

—Yo he estado en todas partes. El Canadá es el sitio adecuado para usted ahora en verano. Un aire vigorizante y unos doctores muy serios que dejan para los locos de Europa curiosear en los secretos de la Naturaleza. Miles de kilómetros de tierra si le gusta cabalgar y miles de millas de agua si le gusta navegar. Haga el equipaje y váyase al Canadá.

¿Qué significaba todo eso? ¿Acaso temía que su colega pudiera darse de bruces con algún descubrimiento en el cual él mismo estaba investigando? ¿Estaba el posible descubrimiento relacionado con los nervios y el cerebro, su propia especialidad? Ovid hizo una tentativa para tratar de entender a Benjulia.

—Cuénteme algo sobre usted, Benjulia —dijo—. ¿Está volviendo a su trabajo profesional habitual?

Benjulia golpeó su bastón de bambú enfáticamente sobre el camino de grava.

—¡Jamás! A no ser que se me permita saber mucho más de lo que sé ahora.

¿Eso significaba sin duda que su dedicación a los experimentos químicos era más fuerte que nunca? En ese caso, ¿cómo podía ser Ovid (que no sabía nada sobre experimentos químicos) un obstáculo en la senda del doctor? Desconcertado como estaba hasta ese momento, Ovid hizo otra tentativa, esta vez induciendo al doctor a que se explicara por sí mismo.

—¿Y cuándo sabrá el mundo algo acerca de sus descubrimientos? —preguntó.

La amplia frente del doctor se replegó frunciendo el ceño de forma amenazadora.

—¡Al diablo con el mundo! —fue su única respuesta.

Ovid no estaba dispuesto a permitirse quedarse en la inopia de esa manera.

—¿Supongo que continúa con sus experimentos? —dijo.

La melancolía reflejada en los ojos del doctor Benjulia se hizo más profunda, sus ojos se quedaron mirando fijamente hacia el infinito con una mirada severa y vacía. Su gran cabeza se inclinó despacio sobre su pecho. Todo él parecía haberse encerrado en sí mismo.

—Voy por mi propio camino —refunfuñó—. Y no dejo que nadie lo cruce.



Tras esa respuesta, persistir en hacerle preguntas al doctor tan sólo desembocaría en provocar a un hombre ya de por sí irritable. Ovid giró su mirada hacia Carmina.

—Debo regresar con mis amigas —dijo.

El doctor alzó su cabeza como si se hubiera despertado.

—¿He sido grosero? —preguntó—. No me hable de mis experimentos. Es mi punto débil, y usted ha golpeado en él. ¿Qué acaba de decir? ¿Sus amigas? ¿Quiénes son sus amigas?

Benjulia frotó su frente con la mano con bastante rudeza, era la manera que él tenía de despejarse las ideas.

—Ya sé —continuó—. Vi a sus amigas hace sólo un momento. ¿Quién es la joven?

Sus compañeros más íntimos nunca lo habían oído reír; sólo algunas veces, lo habían visto abrir con esfuerzo los finos labios de su boca para esbozar una sonrisa, y ahora lo había hecho.

—Sea quien sea ella —prosiguió—, Zo se pregunta por qué no la besa usted.

Esa especie de tentativa de cumplido por parte de Benjulia no fue lo que se dice del agrado de Ovid, así que éste cambió de tema hablando de su hermana pequeña.

—Siempre ha estado usted encariñado con Zo —dijo Ovid.

Benjulia estaba perplejo por completo. Encariñarse con alguien, por lo visto, era uno de los pocos temas sobre los que no se sentía capacitado para dar una opinión. Se frotó de nuevo la frente con rudeza y regresó al tema de la joven.

—¿Quién es ella? —preguntó de nuevo.

—Mi prima —Ovid respondió lo más escuetamente posible.

—¿Su prima? ¿Una hija de Lady Northlake?

—No, la hija de mi difunto tío.

Benjulia, de repente, hizo un alto en el camino.

—¡Qué! —gritó—, ¿es que esa niña bastarda ha crecido hasta hacerse mujer?

Ovid se sobresaltó. En sus labios se agolpaban palabras de protesta pugnando por salir, cuando se percató de que Teresa y Zo aparecían por su lado y el cuidador de monos por el otro. Benjulia despachó al cuidador con la respuesta favorable que Zo ya había contado. Ellos continuaron caminando. Ovid ya tenía libertad para hablar.

—¿Sabe usted lo que acaba de decir de mi prima? —comenzó Ovid.

—¿Qué he dicho? —preguntó Benjulia, sorprendido por el tono de Ovid.

—¡Ha usado una palabra muy ofensiva! ¡Ha llamado a Carmina una hija bastarda! ¿Está repitiendo tan vil calumnia contra la memoria de su madre?

Benjulia volvió a hacer otro alto en el camino.

—¿Calumnia? —repitió, y no dijo nada más.

—¡Sí! —replicó Ovid, estallando de furia—. ¡O bien mentira, si lo prefiere! ¡Y referido a una mujer más allá de todo reproche como pudiera ser mi madre o su

madre de usted!

—Usted se ha acalorado —observó el doctor, caminando de nuevo—. Cuando estuve en Italia —hizo una pausa para calcular sus palabras—, cuando estuve en Roma hace quince años, su prima era una desgraciada niña raquítica. Le dije a Robert Graywell: No se encariñe mucho con la niña, nunca vivirá lo suficiente para crecer. Él dijo algo sobre llevársela a la montaña a respirar aire puro. Nunca pensé que el aire de la montaña tuviera ninguna utilidad. Parece que estaba equivocado. ¡Bien! Es sorprendente para mí encontrarla —esperó y volvió a sopesar sus palabras—, encontrarla de nuevo crecida y con diecisiete años.

Mientras Benjulia decía esto, a oídos de Ovid parecía que en su tono había una indiferencia inhumana frente a la cual era imposible no mostrar cierto resentimiento, sino de palabra, al menos con la expresión. Benjulia se dio cuenta de la impresión que había producido sin entenderla lo más mínimo.

—Su sistema nervioso está en un estado muy grave —dijo—, mejor que cuide de sí mismo. Me voy a ver al mono.

Su rostro era tan impenetrable como el de una esfinge, su profunda voz grave sonaba plácidamente monótona. La ira de Ovid había pasado junto a él como pasaba la brisa estival.

—¡Adiós! —dijo—, y cuide esos malditos nervios. Se lo repito, le harán una jugarreta.

Ovid, no de muy buena gana, se disculpó.

—Si le he malinterpretado, le ruego me perdone. Pero al mismo tiempo no creo que se me haya de culpar. ¿Por qué me ha dado una idea equivocada usando una palabra tan detestable?

—¿No era la palabra adecuada?

—¡La palabra adecuada, cuando usted sólo quería hablar de una pobre niña enfermiza! Considerando que obtuvo su titulación en Oxford...

—No puede esperar nada mejor de las desventajas de mi educación —dijo el doctor, terminando la frase con aquella compostura grave que lo caracterizaba—. ¿Cuando dije «bastarda», quizás debería haber dicho «ilegítima»? Gracias por recordármelo, miraré en el diccionario cuando llegue a casa.

La mente de Ovid todavía no estaba apaciguada.

—Hay otra cosa —dijo éste con persistencia—, que es inaceptable... —y agarrando a Benjulia por el brazo, le gritó, con un súbito estallido de alarma—: ¡Quédese quieto!

—¿Bien? —preguntó el doctor deteniéndose al instante—. ¿Qué es lo que ocurre?

—Nada —dijo Ovid, retrocediendo ante una mancha en el camino de grava causada por los restos de un desgraciado escarabajo que había resultado aplastado por el pesado pie de su amigo—. Ha pisado el escarabajo antes de que le pudiera detener.

Benjulia se quedó tan asombrado de encontrarse frente a un ser humano, hombre y adulto (que no estuviera en un manicomio) ansioso por salvar la vida de un escarabajo que, de la impresión, se quedó literalmente sin habla. Su instinto médico acudió en su ayuda.

—Lo mejor que puede hacer es irse de Londres de inmediato —sugirió—. Vaya en busca de aire puro y esté todo el día al aire libre. Escarabajo común —dijo, dando la vuelta a los restos del escarabajo con la punta de su bastón—. No he causado daño a ningún magnífico ejemplar.

Ovid regresó al tema que había interrumpido a causa de su pequeño acto frustrado de misericordia.

—Benjulia, usted conocía a mi tío de Italia. Parece extraño que nunca se lo hubiera oído comentar antes.

—Sí, conocía a su tío y —añadió con especial énfasis— conocía a su mujer.

—¿Y bien?

—Bien, no puedo decir que sintiera ningún interés particular en ninguno de ellos dos. Nada pasó *a posteriori* para que volviera a acordarme de esa relación, hasta que usted, justo ahora, me ha dicho quién era la jovencita.

—Seguro que mi madre le debió refrescar la memoria en alguna ocasión, ¿no?

—No, que yo recuerde. A las mujeres de su posición no les atrae demasiado hablar de un familiar que se ha casado... —se detuvo para escoger sus palabras—. No quiero ser grosero, pero suponga que diga: ¿casarse con alguien de clase inferior a él?

Tal reflexión hizo que Ovid pensara que era verdad. Su madre no solía mencionar a su hermano (eso antes de que llegara el testamento a Londres) y mucho menos a su familia, incluso en las conversaciones entre él y ella. Había otro motivo para el silencio de la señora Gallilee, pero sólo lo conocía ella. Robert estaba al corriente de las deudas de su hermana, y Robert la había dejado con obligaciones pecuniarias considerables. Incluso, el hecho de oír su nombre provocaba repulsión en su afable hermana: su nombre le recordaba esa sensación tan humillante conocida en sociedad como sentimiento de gratitud.

Carmina todavía estaba esperando, y no había nada más que sacar de un hombre como Benjulia si volvían al tema de la madre. Ovid le tendió la mano para despedirse. El doctor tomó la mano de bastante buena gana y repitió su extraña pregunta.

—¿No he sido grosero, verdad? —dijo con el desagradable aspecto de estar siguiendo un mero formulismo. El sentimiento natural de generosidad de Ovid lo impulsó a tomar la delantera (extrañamente, visto lo ocurrido) con una respuesta amistosa.

—Me temo que quien ha sido grosero soy yo —dijo Ovid—. ¿Querrá regresar

conmigo y le presentaré a Carmina?

Benjulia expresó su agradecimiento a su peculiar manera.

—Gracias —dijo tranquilamente— pero prefiero ir a ver al mono.

## Capítulo XIV

Mientras tanto, Zo se había convertido en la causa inocente de una diferencia de opiniones entre dos personajes tan opuestos como Maria y la dama de compañía.

Zo, al tener la mente absorbida por el mono enfermo, sentía una curiosidad natural por ver el resto de monos que se encontraban bien de salud. La amable señorita Minerva consultó a su joven amiga italiana antes de ceder a los deseos de Zo. ¿Le apetecería a la señorita Carmina visitar la caseta de los monos? La prima de Ovid, recordando la promesa de su pariente, miró hacia el final del paseo. No estaba regresando a su lado... ni siquiera estaba a la vista. Carmina se resignó ante las circunstancias con cierto aire de resentimiento, que la señorita Minerva anotó debidamente en su memoria.

Al llegar a la caseta de los monos, Teresa pareció cambiar de personalidad y sorprendió a sus acompañantes demostrando su interés por la historia natural.

—¿Todo lo que hay son monos en este sitio tan grande? —preguntó—. No sé demasiado sobre animales foráneos. ¿Me pregunto cómo deben ser?

Esta pregunta tan completa estaba dirigida a la institutriz, siendo como era la persona presente más culta. La señorita Minerva se refirió a su alumna más mayor con una sonrisa alentadora.

—Maria le informará —dijo—. Sus estudios en historia natural la han hecho muy buena conocedora de los hábitos de los monos.

Incluso Maria, siempre tan discreta, se ruborizó de satisfacción al verse autorizada a demostrar su erudición. La recompensa más apreciada por esta jovencita era exhibir sus conocimientos (imitando el método de instrucción de su institutriz) en beneficio de la infortunada gente de rango inferior cuya educación no había sido llevada con propiedad. El tono de amable paternalismo con el cual, ahora, ella estaba impartiendo información de utilidad a una mujer lo suficiente mayor como para ser su abuela, habría hecho que la pasada generación se dejara quemar los dedos con tal de darle un cachete.

—Los monos se mantienen en jaulas grandes y bien ventiladas —comenzó diciendo Maria—, y la temperatura se regula con sumo cuidado. Me gustaría mucho señalarle la diferencia entre el mono y el simio. ¿Quizás no estaba al corriente de que los miembros de esta última familia son denominados «Simiadae» y están desprovistos de cola y de bolsas en las mejillas?

Teresa, que, hasta ese momento, escuchaba con tal asombro que se había quedado sin habla, comprobó el flujo de información recibida fijándose en las colas y las

bolsas en las mejillas.

—¿Qué galimatías me está contando esta niña? —preguntó—. ¿Lo que quiero saber es cómo se divierten los monos en una jaula tan grande como ésta?

El perfecto entrenamiento de Maria hizo que ilustrara con condescendencia, incluso, a una mentalidad como aquélla.

—Tienen cuerdas por las que deslizarse —contestó con dulzura—, y los visitantes les dan comida a través de la alambrada de la jaula. También se colocan ramas de árboles para que se diviertan, con las cuales sin duda recordarán los vastos bosques tropicales en los que van de árbol en árbol en grupo, tal como hemos sabido por los viajeros que han estado allí.

Teresa levantó su mano haciendo la señal de que parase.

—Jovencita, hay algo en ti que está yendo demasiado lejos —dijo—. Ten en cuenta lo que puedo retener antes de llenarme la cabeza de esta manera.

Maria estaba desconcertada, pero aún no estaba amedrentada.

—Perdóneme —rogó—, me temo que no la acabo de entender.

—Entonces, las dos estamos perplejas —observó la dama de compañía—. Yo no te entiendo... a ti, tampoco. Yo no entraré en esa caseta. No cabe esperar de ningún cristiano que tenga que preocuparse por las bestias, y sin embargo, lo justo es lo justo en todas partes. El hecho de que el mono sea una criatura muy desagradable (he oído que su carne no es buena ni para comer cuando está muerto), no es razón suficiente para llevárselos de su propio país y encerrarlos en una jaula. Si tenemos que ver a criaturas en prisión, veamos criaturas que lo merezcan, hombres y mujeres, canallas y mujerzuelas. Los monos no lo tienen merecido. Entrad, yo os esperaré en la puerta.

Teresa puso su más implacable énfasis en esta protesta, la cual expresaba su animadversión empedernida hacia Maria (ya que la compasión por los animales enjaulados era la excusa que tenía más a mano), y a continuación se sentó con sensación de triunfo en el banco más cercano.

Una persona joven, sólo con conocimientos ordinarios, quizás habría dejado que la mujer mayor disfrutara del privilegio de decir la última palabra. La alumna de la señorita Minerva, en cambio, exudaba información por cada poro de su piel, pero acababa de ser acallada de forma grosera. Incluso la perfección terrenal tiene ciertos puntos débiles en los que se puede incidir. Maria perdió los nervios.

—Me permitirá que le recuerde —dijo— que la curiosidad intelectual nos lleva al estudio de los hábitos de los animales que son desconocidos para nosotros, y los colocamos en jaulas.

Teresa perdió los nervios... también.

—Tú eres un animal desconocido para mí —gritó la airada dama de compañía—. Jamás en mi vida me he encontrado con una niña así. Si me hace el favor, señora institutriz, ponga a esta niña en una jaula. Mi curiosidad intelectual quiere estudiar a

un mono que es nuevo para mí.

Teresa era afortunada de ser la favorita y mejor amiga de Carmina, y como tal, una persona que debía ser tratada con miramientos. La señorita Minerva detuvo la creciente discusión con oportuna discreción y mano izquierda. Dio unas palmaditas en el hombro de Teresa y miró a Carmina con una amable sonrisa.

—¡Qué venerable viejecita! ¡Cuánto humor le queda! La energía del pueblo, señorita Carmina. Suelo fijarme en la peculiar fuerza con la que expresa sus ideas. No, ni una palabra de disculpa, se lo ruego. Maria, querida, toma la mano de tu hermana y nosotras os seguiremos.

La señorita Minerva puso su brazo en el brazo de Carmina con una mezcla feliz de familiaridad y respeto y, girándose hacia la vieja amiga de Carmina, meneó su cabeza con la cordialidad de una amiga que está de buen humor.

Teresa ya no estaba irritada por tener que quedarse esperando durante un rato, y en unos minutos Carmina regresó junto a ella en el banco.

—¿Ya estás cansada de las bestias, bonita mía?

—¡Peor que cansada, ahuyentada por el olor...! Querida Teresa, ¿por qué hablaste de una manera tan brusca a la señorita Minerva y a Maria?

—¡Porque las odio! ¡Porque odio a la familia! ¿Es que tu pobre padre estaba demente en sus últimos momentos, cuando te confió a toda esta gente detestable?

Carmina escuchaba con asombro.

—¡Pero si ayer mismo me dijiste justo todo lo contrario de la familia! —exclamó.

Teresa bajó su cabeza mostrando confusión. Su intento, bien intencionado, de reconciliar a Carmina con la nueva vida que ahora iniciaba, se revelaba ahora, debido a su estallido temperamental, como una farsa. La única alternativa honesta que quedaba era reconocer la verdad y poner a Carmina sobre aviso sin alarmarla, si es que esto era posible.

—No volveré a decir una mentira mientras viva —declaró Teresa—. Sabes, no quería descorazonarte, después de todo, me atrevería a decir que estoy más equivocada que acertada al dar mi opinión, pero es mi opinión. Odio a esas mujeres, a la señora y a la institutriz, a las dos. ¡Ya está, ya lo he dicho! ¿Estás enfadada conmigo?

—Yo nunca me enfado contigo, mi querida amiga; tan sólo estoy un poco molesta y perpleja. ¡No digas que odias a nadie tan sólo un día o dos después de haberlo conocido! Estoy segura de que la señorita Minerva ha sido muy amable... conmigo, igual que contigo. Ya me siento avergonzada de mí misma por haberme caído mal al principio.

Teresa cogió la mano de su joven ama y le dio unas palmadas de forma compasiva.

—¡Pobre inocente! ¡Si al menos tuvieras mi experiencia para ayudarte! Hay

criaturas buenas y malas, ¡y yo te digo que los Gallilee son malos! Incluso su profesor de música (lo he visto esta mañana) parece un granuja. Me dirás que el pobre y viejo caballero es inofensivo, seguro. No pienso contradecirte en eso, pero sólo preguntaré, ¿de qué sirve un hombre tan endeble como el agua? ¡Oh!, a mí me agrada, ¡pero sé distinguir! También me gusta Zo. Sin embargo, ¿qué es una niña, sobre todo cuando esa espantosa institutriz ha embrollado su infortunada cabecita con el estudio? No, ángel mío, cuando pienso en el día en que nos separaremos, solamente hay una persona entre toda esa gente que me reconforta. ¡Ah! ¿Estoy viendo cómo te sube el color a las mejillas? ¡Ay, chica traviesa! Tú sabes quién es. ¡Es lo que yo llamo un hombre! Si fuera tan joven como tú y tan bonita como tú eres...

Carmina dirigió un gesto de precaución a Teresa y ésta se calló. Ovid se acercaba con rapidez hacia ellas.

Parecía un poco enfadado y se disculpó sin mencionar el nombre del doctor. Su prima ya estaba lo suficiente interesada en él como para preguntarse qué significado tenía aquello. ¿De verdad no le gustaba el doctor Benjulia? Y, ¿había habido desavenencias entre ellos?

—¿Es ese doctor alto tan interesante? —se arriesgó a preguntar.

—¡En lo más mínimo! —contestó él como si el tema no fuera de su agrado, y sin embargo volvió a él—. A propósito, ¿alguna vez oíste el nombre de Benjulia en casa, en Italia?

—¡Jamás! ¿Es que conocía a mi padre y a mi madre?

—Eso dice.

—¡Oh! ¡Tienes que presentármelo!

—Deberemos esperar un poco. Hoy prefiere que le presenten al mono. ¿Dónde están la señorita Minerva y las niñas?

Teresa contestó, señaló a la caseta de los monos y después condujo a Ovid aparte.

—Llévatela a ver más pájaros y confía en mí para mantener a la institutriz fuera de vuestro camino —le susurró la buena mujer—. ¡Hazle la corte, sé cariñoso con ella, doctor!

Al cabo de un minuto los dos primos ya quedaban fuera del alcance de la vista. ¿Cómo le vas a hacer la corte a una joven sólo un día o dos después de conocerla? La pregunta habría sido contestada con facilidad por muchos hombres, pero Ovid estaba completamente hecho un lío.

—¡Me siento tan feliz de estar de nuevo contigo! —le dijo a ella, abriéndole su corazón con toda honestidad—. ¿Estabas al menos la mitad de feliz que yo cuando me viste regresar?

Él no sabía nada de los tortuosos y serpenteantes caminos por los cuales el amor encuentra sus fines. No se le había ocurrido acercarse a ella hablando en tono secreto



y con miradas arrebatadas que hablan por sí mismas. Así pues, ella contestó con la misma sincera franqueza con la cual él había dado el ejemplo.

—Espero que no pienses que soy insensible a tu amabilidad —dijo ella—. Estoy más agradecida y orgullosa de lo que puedo expresarte.

—¡Orgullosa! —repitió Ovid, sin comprenderla de inmediato.

—¿Por qué no? —preguntó ella—. Mi pobre padre solía decir que tú serías un honor para la familia. ¿No debería estar orgullosa cuando un hombre así tiene tantas atenciones conmigo?

Ella levantó su mirada hacia él con timidez. En ese momento, él habría renunciado a todos sus perspectivas de fama a cambio del privilegio de que ella lo besara. Él hizo una nueva tentativa para atraerla hacia él, aunque fuera sólo en espíritu.

—Carmina, ¿recuerdas la primera vez que me viste?

—¿Cómo puedes preguntarme esto? Fue en la sala de conciertos. Cuando te vi allí, recordé que pasé junto a ti en la gran plaza. Parece una extraña coincidencia que tuvieras que ir al mismo concierto al que Teresa y yo fuimos por casualidad.

Ovid corrió el riesgo y lo confesó.

—No fue una coincidencia —dijo—, después de nuestro encuentro en la plaza fui siguiendo la pista hasta el concierto.

Esta atrevida confesión hubiera confundido a la más inocente de las chicas, pero a Carmina sólo la tomó por sorpresa.

—¿Qué te hizo seguirnos? —preguntó.

—¿Seguiros?

¿Es que acaso ella suponía que había seguido a la mujer mayor? Ovid no perdió el tiempo y le aclaró las cosas.

—Ni siquiera vi a Teresa —dijo—. Te seguí a ti.

Ella se quedó en silencio. ¿Qué significaba aquel silencio? ¿Estaba confusa o todavía se encontraba perdida y era incapaz de entenderlo? La sensibilidad malsana (que era uno de los signos más graves de su falta de salud) estaba, por el momento, lo suficiente irritada como para llevarlo apresuradamente hacia situaciones extremas.

—¿Alguna vez has oído hablar de algo llamado amor a primera vista?

Ella se sobresaltó. Sorpresa, confusión y duda se sucedían una tras de otra con rapidez en su cambiante y delicado rostro. Todavía en silencio, despertó la valentía que llevaba dentro y lo miró.

Si él le hubiera devuelto la mirada, le habría contado la historia de su primer amor sin necesidad de ninguna otra palabra. Sin embargo, sus destrozados nervios lo amedrentaron, justo en el momento en que más le convenía ser descarado. El miedo a que, quizás, se hubiera permitido hablar con demasiada libertad (una debilidad que jamás lo habría perturbado en los días en que gozaba de salud y fuerza) le hizo

mantener sus ojos con la mirada clavada en el suelo. Ella volvió a desviar la mirada y un rubor rápido se manifestó en su rostro por la vergüenza que sentía. ¡Qué ejemplo de vanidad haber pensado que un hombre como Ovid podía pensar con obsesión en ella, cuando hablaba de amor a primera vista! Él se había rebajado gentilmente al nivel intelectual de una chica y, además, había estado intentando que se interesara por él hablándole en el lenguaje del amor. Estaba tan insatisfecha consigo misma que hizo un gesto como para regresar.

Por su parte, él estaba demasiado amargamente decepcionado como para prolongar la conversación. Un devastador sentimiento de debilidad estaba empezando a embargarle. Era el resultado inevitable de su total necesidad de cuidar de sí mismo. Después de una noche en vela, había dado un largo paseo antes de desayunar y, ante la exigencia que ello suponía para sus desgastadas reservas de fortaleza, ahora había que añadir la fatiga de perder el tiempo de un lado para otro en el Parque. A él ya no le quedaba energía, ni física ni mental.

—No quería decir eso —dijo a Carmina con tristeza—, siento si te he ofendido.

—¡Oh!, ¡pero qué poco me conoces si crees eso! —gritó ella.

Esta vez sus miradas se encontraron. Ella se dio cuenta de la verdad... y él lo vio.

Ovid tomó su mano. La frialdad húmeda de su mano al apretarla sobresaltó a Carmina.

—¿Todavía te preguntas por qué te seguía? —preguntó.

Las palabras fueron tan débilmente pronunciadas que ella apenas pudo oírlas. Gruesas gotas de sudor se agolpaban en la frente de Ovid, su rostro perdió el color volviéndose grisáceo y, después, de una pálida blancura. Estaba consternado e intentó con desesperación agarrarse a la rama de un árbol que había junto a ellos. Ella lo cogió, rodeándolo con sus brazos y, con toda su escasa fuerza, intentó mantenerlo en pie. Su gran esfuerzo sólo le valió para arrastrarlo hacia un parterre de césped que había junto a ellos y, así, amortiguar su caída. Y en cuanto gritó pidiendo ayuda, vio que la ayuda ya llegaba. Un hombre alto se acercaba a ella sin correr (aunque había visto todo lo que había pasado), tan sólo caminaba airadamente a grandes zancadas. Le seguía uno de los cuidadores del Parque. El doctor Benjulia tenía el mono enfermo que iba a quedar bajo su cuidado y lo resguardaba bajo su larga levita.

—No haga eso, si me hace el favor.

Esas palabras fueron todo lo que el doctor dijo mientras Carmina trataba de incorporar la cabeza de Ovid desde la hierba. Él hablaba con su acostumbrada serenidad y puso su mano en el corazón del hombre desmayado en el suelo, con la misma frialdad que si se tratara de un extraño.

—¿Quién de ustedes dos puede correr más rápido? —preguntó, mirando delante y atrás a Carmina y al cuidador—. Necesito algo de brandy.

El comedor estaba a la vista y, antes de que el cuidador acabara de entender lo

que se esperaba de él, Carmina corrió por encima de la hierba como la mismísima Atalanta.

Benjulia la siguió con la mirada con su seria atención habitual. «Esta moza puede correr —se dijo para sí mismo, volviendo una vez más hacia Ovid—. En su estado de salud, este hombre ha sido lo suficiente loco como para esforzarse más de la cuenta».

Dio por zanjado el incidente de aquel modo. Tras lo cual, recordó al mono que, por el momento, había sido depositado sobre la hierba.

—Demasiado frío para él —observó Benjulia, con más aparente interés del que había mostrado hasta ahora—. ¡Eh, cuidador, por aquí! Recoja al mono hasta que yo esté listo para cogerlo de nuevo.

El hombre dudaba.

—Me podría morder, señor.

—¡Recójalo! —repitió el doctor—, no puede morder a nadie después de lo que le he suministrado.

De hecho, el mono se encontraba en un estado de estupor. El cuidador obedeció las instrucciones, medio pasmado: parecía más asustado del doctor que del mono.

—¿Acaso cree que soy el Demonio? —preguntó Benjulia con sombría ironía. El hombre miró como si quisiera decir «sí», si se hubiera atrevido.

Carmina regresó corriendo con el brandy. El doctor primero lo olió y después se fijó en ella.

—¿Sin aliento? —dijo Benjulia.

—¿Por qué no le da el brandy? —contestó ella con impaciencia.

—Unos pulmones fuertes —continuó Benjulia, se sentó en el suelo cruzado de piernas al lado de Ovid y le administró el reconstituyente sin apresurarse—. Algunas chicas no habrían sido capaces de hablar tras una carrera como la que ha hecho. Cuando eras niña, yo no habría dado gran cosa ni por ti ni por tus pulmones.

—¿Está recobrando el conocimiento? —preguntó Carmina.

—¿Sabes qué es una bomba? —Benjulia se reincorporó—. Muy bien, una bomba a veces se estropea. Dale al fontanero tiempo y la volverá a dejar en orden —colocó su gran mano sobre el pecho de Ovid—. Esta bomba funciona mal, yo soy el fontanero. Dame tiempo y la arreglaré. No tienes ni pizca de tu madre.

Carmina, al mirar con ansiedad en el rostro de Ovid, para ver la más mínima señal de recuperación, detectó una suave recuperación del color. Estaba tan aliviada que ya se veía capaz de escuchar la extraña y divagadora conversación del doctor e, incluso, de participar en ella.

—Algunos de nuestros amigos solían pensar que me parecía a mi padre —contestó.

—¿Eso pensaban? —dijo Benjulia, y calló como si estuviera decidido a dejar el tema para siempre.

Ovid se removió débilmente y abrió un poco los ojos. Benjulia se levantó.

—Ya no me necesita más —dijo—. Señor cuidador, ahora, devuélvame el mono. —Despidió al hombre y remitió al mono bajo el brazo como si fuera un fardo—. Ahí están sus amigas —continuó, señalando al final del camino—. ¡Que tenga un buen día!

Carmina lo detuvo. Demasiado impaciente como para andarse con ceremonias, puso su mano sobre el brazo de Benjulia. Él se lo sacó de encima, pero sin acritud: tan sólo se lo sacó con la mano, de la misma manera que se hubiera sacudido la ceniza de un cigarro o una salpicadura de barro de la calle.

—¿Qué significa este desmayo? —preguntó ella con timidez—. ¿Ovid se va a poner enfermo?

—Gravemente enfermo, a no ser que hagas lo correcto con él, y lo hagas ya.

Él se alejó. Ella lo siguió, con humildad y, sin embargo, con resolución.

—Dígame, si me hace el favor —dijo ella—, qué tenemos que hacer.

Benjulia miró hacia atrás por encima del hombro.

—Envíelo lejos.

Ella regresó y se arrodilló junto a Ovid, que aún estaba recuperándose, y le secó la humedad de su frente con su mano llena de cariño y ternura.

—¡Justo ahora que empezábamos a entendernos el uno al otro! —dijo él para sí, con un pequeño gesto de tristeza.

## Capítulo XV

**T**ranscurrieron dos días. A pesar del aviso que había recibido, Ovid permanecía en Londres.

La indiscutible autoridad de Benjulia no le produjo más efecto que los incontestables argumentos de la señora Gallilee. «Circunstancias recientes (como lo expresó su madre) habían reforzado su resistencia irracional a lo razonable». La tremenda necesidad de Teresa de partir había sido precipitada por un telegrama desde Italia. Ovid fue sensible a la angustia que sentía Carmina y la consoló con comprensión, lo cual hizo que a ella le fuera más querido que nunca. Dos días después de ir al Parque Zoológico, por la mañana, su fortaleza había sido puesta a prueba rudamente. Había encontrado el telegrama bajo su almohada dentro de un sobre con una carta de despedida. Teresa se había ido:

«Carmina mía, te he besado, he llorado encima de ti y, ahora, te estoy diciendo adiós en la medida que mis pobres ojos me lo permiten. ¡Oh!, ¡mi querido corazón! ¡No soy lo suficiente cruel como para despertarte y verte sufrir! Perdóname por marcharme con sólo este adiós mudo. Te tengo tanto cariño que es mi única excusa. Mientras viva mi viejo marido desvalido, él me reclama. Escribe desde cualquier lugar y confía en mí, que te devolveré noticias... y recuerda lo que te dije cuando hablé de Ovid. Ama al hombre bueno que te ama, y trata de sacar lo mejor de los demás. Ellos no podrán seguramente ser crueles con el pobre ángel que depende de su amabilidad. ¡Oh!, ¡qué dura es la vida...!».

El papel estaba manchado y el resto estaba ilegible.

El triste día en que se marchó Teresa, Carmina lo pasó en la soledad de su habitación: amable pero firme, rehusó ver a nadie. Esta extraña conducta añadió inquietudes a la señora Gallilee. Tenía ya la cabeza absorbida reflexionando sobre la obstinación de Ovid y el modo de convencerle, y ahora, se veía enfrentada al carácter resolutivo de su sobrina, elemento que le había tomado por sorpresa. Podía ser que surgieran dificultades para manejar a Carmina que ella no había previsto. Mientras tanto, Benjulia le había dejado que actuara por sí sola a discreción en el grave tema de la débil salud de su hijo. Benjulia no quería ayudarla, estaba demasiado enfrascado en su laboratorio como para recibir visitas o para hacerlas.

«Yo ya he dado mi consejo —escribió el doctor—. Envíelo de viaje. Después de un mes de cambios, déjeme ver sus cartas, y entonces, si tengo algo más que decir, le diré qué opino de su hijo».

Dejada en tal posición, la gran abnegación de la señora Gallilee se rindió ante una

sensata conclusión que tenía frente a ella. La única influencia que podía utilizarse con Ovid, con la más mínima posibilidad de éxito, era la influencia de Carmina. Tres días después de la marcha de Teresa, la señora Gallilee invitó a su sobrina a tomar el té en su propio tocador. Carmina la encontró leyendo.

—Un libro encantador —dijo, mientras lo dejaba—, sobre un tema muy interesante, geografía botánica. El autor divide la Tierra en veinticinco regiones botánicas..., pero me olvidaba: tú no eres como Maria, a ti no te interesan esas cosas.

—Soy tan ignorante... —se defendió Carmina—. Quizás tendré más conocimientos cuando sea mayor.

Un libro en la mesa atrajo su atención por su encuadernación. Lo cogió. La señora Gallilee la miró con buen humor y de forma compasiva.

—Ciencia de nuevo, querida —dijo jocosamente—, ¡invitándote a ti en un vestido bonito! Has cogido *Curiosidades de los coprolitos*. Ése es uno de mis libros destacados, un ejemplar con dedicatoria del autor.

—¿Qué son los coprolitos? —preguntó Carmina, tratando de informarse sobre el tema de uno de los libros favoritos de su tía.

Todavía con buen humor, pero comenzando apercibirse un esfuerzo en ella, la señora Gallilee se rebajó al nivel de su sobrina.

—Los coprolitos son —explicó ella— las indigestiones fosilizadas de los reptiles extinguidos. El gran filósofo que ha escrito este libro ha descubierto escamas, huesos, dientes y conchas; la comida no digerida de esos interesantes saurios. ¡Qué hombre! ¡Qué campo de investigación! Háblame sobre lo que lees. ¿Qué has encontrado en la biblioteca?

—Libros muy interesantes... al menos para mí —contestó Carmina—. He encontrado varios volúmenes de poesía. ¿Alguna vez ha leído poesía?

La señora Gallilee se recostó en su silla y se sometió con paciencia a la simpleza de su sobrina.

—¿Poesía? —repitió, con cierto tono de resignación—. ¡Oh! ¡Dios mío!

La desafortunada Carmina sacó otro tema más prometedor.

—¡Qué flores más bonitas tiene en el salón! —dijo.

—Nada del otro mundo, querida. Todo el mundo tiene flores en el salón, son parte del mobiliario.

—¿Las arregló usted misma, tía?

La señora Gallilee todavía aguantaba.

—El encargado de la floristería —dijo— es el que se ocupa de todo eso. A veces disecciono flores, pero no me preocupo de arreglarlas. ¿Qué sentido tendría el florista si yo lo hiciera?

Dicho aspecto de la cuestión hizo que Carmina se quedara atontada. La señora Gallilee continuó:

—A propósito, hablar de flores me recuerda otra superfluidad. ¿Has tocado el piano de tu habitación? ¿Suena bien?

—¡El tono es casi perfecto! —contestó Carmina con entusiasmo—. ¿Lo ha elegido usted?

La señora Gallilee parecía cómo si fuera a decir de nuevo: «¡Oh! ¡Dios mío!», a lo mejor sin poder soportarlo más. Carmina era demasiado simple para interpretar estos signos de la manera correcta. ¿Por qué su tía no debería elegir un piano?

—¿No le gusta la música? —preguntó.

La señora Gallilee hizo un último esfuerzo.

—Cuando veas un poco más cómo funcionan nuestras relaciones sociales, mi niña, sabrás que a una... le debe... gustar la música, y lo mismo con los cuadros, una... debe ir... a la exposición de la Real Academia, y además...

Antes de que le diera tiempo a mencionar más sacrificios sociales, el sirviente entró con una carta y la interrumpió.

La señora Gallilee miró al remitente. Su actitud de cansada indiferencia se trocó en vivo interés en el mismo momento en que vio la caligrafía.

—¡Es del Profesor! —exclamó—. Perdóname durante un instante —leyó la carta y la dobló de nuevo con un gesto de alivio—. ¡Lo sabía! —dijo para sí—. Siempre he mantenido que la sustancia albuminoide de los huevos de las ranas era insuficiente (visto desde un punto de vista nutricional) para transformar a un renacuajo en una rana... y por fin... el Profesor reconoce que tengo razón. Te ruego me perdones, Carmina, estoy entusiasmada por un tema en el cual estuve trabajando tiempo atrás en mis ratos libres durante muchas semanas. Déjame que te ponga una taza de té. Le he pedido a la señorita Minerva que se uniera a nosotras. ¿Me pregunto qué es lo que la estará retrasando? Normalmente, es tan puntual. Supongo que Zoe ha estado portándose mal de nuevo.

A los pocos minutos, la institutriz en persona confirmó la acertada observación de la madre. Zo había declinado aprenderse de memoria «las consecuencias políticas del otorgamiento de la Carta Magna», y ahora permanecía de pie y esperando a que su madre le aplicara un castigo «cuando ella tuviera tiempo para ello». La señora Gallilee despachó su pequeña responsabilidad en un momento.

—Pan y agua para merendar —dijo, y continuó con el asunto de la tarde—. Deseo hablar con las dos —comenzó— sobre el tema de mi hijo.

Las dos personas a las que se dirigía aguardaban en silencio para saber más. Carmina bajó la cabeza y miró hacia abajo. La señorita Minerva observó a la señora Gallilee con atención.

«¿Por qué me ha invitado a escuchar lo que tiene que decir sobre su hijo?», fue la pregunta que se le vino a la cabeza a la institutriz. «¿Teme acaso que Carmina pueda hablarme sobre ello si no se me permite estar al tanto de los secretos de la familia?».

¡Admirablemente razonado y correctamente adivinado!

La señora Gallilee había observado últimamente que la institutriz se estaba ganando poco a poco la confianza de su sobrina con mala intención, es decir, la confianza de una chica de cuyo padre se había dicho públicamente que había muerto dejando una atractiva fortuna. Cuando se obtiene cierta influencia personal sobre una heredera, con frecuencia no se desaprovecha; así que poner freno al crecimiento de una amistad como ésta (sin ofender a la señorita Minerva), era un deber imperativo. La señora Gallilee vio el modo de llegar de una forma discreta a la consecución de su objetivo. Su sobrina y la institutriz estaban interesadas (interesadas de diverso modo) en Ovid. Si las invitaba a las dos, juntas, para tratar con su sobrina el delicado tema de su hijo, podría darse la posibilidad de suscitar alguna diferencia de opinión lo suficiente irritante para iniciarse el proceso de distanciamiento que las mantuviera separadas en cuanto terminaran de tomar el té.

—Es muy importante que no haya diferencias entre nosotras —empezó la señora Gallilee—. Permitidme que dé ejemplo y hable sin reservas. Las tres sabemos que Ovid persiste en quedarse en Londres...

Hizo una pausa en el momento en que acababa la frase. Aunque había convencido a un Profesor, la señora Gallilee no era, todavía, más que una mujer. Había concebido, en sus otros cálculos, la posibilidad de suscitar algún tipo de descubrimiento accidental de la pasión que sentía la institutriz por su hijo. Al aludir a Ovid, de repente, se volvió hacia la señorita Minerva.

—Estoy segura de que me perdonará que la moleste con las preocupaciones familiares —dijo—, especialmente cuando tienen que ver con la salud de mi hijo.

Lo había hecho con inteligencia, y sin embargo hacía hincapié sin tener en cuenta un inconveniente: la señorita Minerva no tenía ni idea de qué significaba la innecesaria disculpa al no tener ninguna sospecha de que su jefa había descubierto su secreto. Sin embargo, el hecho de sentirse desconcertada tratando de penetrar en los motivos de la señora Gallilee para hacer y decir todo eso, era razón suficiente, al menos para ella, para mantenerse en guardia el resto de la tarde.

—Es un honor para mí, señora, que me admita en sus confidencias —fue lo que dijo; «¡intenta confundirme, gatita, si puedes!», fue lo que pensó.

La señora Gallilee continuó.

—Sabemos que Ovid persiste en quedarse en Londres, cuando cambiar de aires y de ambiente es absolutamente necesario para la recuperación de su salud. Y sabemos por qué. Carmina, niña mía, ¡no pienses ni por un momento que te estoy culpando!, ni creas que culpe a mi hijo. Eres una persona demasiado encantadora como para no excusar, mejor dicho, incluso para justificar la admiración de cualquier hombre. Sin embargo, vamos (como decimos la gente mayor endurecida) a mirar los hechos de frente. Si Ovid no te hubiera visto, ahora estaría navegando por el saludable mar



camino de España o Italia. Tú eres la causa inocente de su obstinada indiferencia, de su desacato más deplorable y peligroso al deber consigo mismo. Se niega a oír a su madre, y desafía la opinión de su experto colega médico. Sin embargo, hay una persona que tiene toda la influencia posible sobre él —hizo otra pausa y trató de confundir a la institutriz de nuevo—. Señorita Minerva, permítame que apele a usted. La veo como un miembro más de la familia, tengo una sincera admiración por su tacto y sentido común. ¿Estoy excediendo los límites de la delicadeza si le digo con claridad a mi sobrina: convence a Ovid de que se vaya?

Si Carmina hubiera tenido una hermana mayor, con una apariencia personal poco atractiva y con una conciencia tranquila, ni siquiera ella habría podido igualar la perfecta compostura con la cual contestó la señorita Minerva.

—Yo no poseo la oportuna facultad de expresión que tiene usted, señora Gallilee, y sin embargo, si hubiera estado en su lugar, habría dicho (dentro de mis pobres posibilidades) exactamente lo que usted acaba de decir.

Inclinó su cabeza con un elegante gesto de respeto y miró a Carmina con un amable interés fraternal mientras removía el té. En el mismo inicio de la escaramuza, la señora Gallilee fue derrotada. No había conseguido provocar el más mínimo signo de celos o, siquiera, de enfado. De manera incuestionable, era la mujer más astuta y cruel de las dos (con el comportamiento más falso y peligroso y la predisposición más maliciosa para el lenguaje) pero era, no obstante, inferior a la señorita Minerva en la suprema capacidad (de la cual ambas estaban necesitadas) de contenerse.

Mostró su inferioridad expresando su agradecimiento. El rencor de fondo se abrió paso a través de la fina capa con la que trataba de ocultarlo.

—Tengo tendencia a dudar de mí misma —dijo—, y un estímulo tan sensato como el suyo siempre me tranquiliza. Desde luego, no le pido más que un consejo, no espero... de usted... que persuada a Ovid.

—¡Desde luego que no! —dijo la señorita Minerva mostrando su acuerdo—. ¿Podría tener un poco más de azúcar para mi té?

La señora Gallilee se giró hacia Carmina.

—¿Y bien, querida? Te he hablado como podía haber hablado a una de mis hijas, si hubieran tenido tu edad. A cambio, dime con franqueza si puedo contar con tu ayuda.

Todavía pálida y abatida, Carmina obedeció.

—Haré lo que esté en mi mano, si usted lo desea. Sin embargo...

—¿Sí? Prosigue.

Carmina todavía estaba dudosa. La señora Gallilee probó a insinuar una ligera queja.

—Mi niña, ¿no me tendrás miedo, verdad?

Ella estaba asustada de verdad, pero se controlaba.

—Usted es la madre de Ovid y yo sólo soy su prima —continuó—. No me gusta oírle decir que mi influencia sobre él es mayor que la suya.

Estaba lejos de la intención de la pobre chica, pero había un reproche implícito en sus palabras y, en el actual estado de irritación de la señora Gallilee, así lo sintió.

—¡Vamos, vamos! —dijo—. No aparentes ser ignorante de lo que sabes perfectamente, querida.

Carmina alzó su cabeza. Por primera vez en la experiencia de las dos mujeres de más edad, esa dulce criatura hacía patente que podía ofenderle un insulto. El delicado espíritu que había en ella hizo que disparara sus ojos y los fijara con firmeza en su tía.

—¿Me acusa de falsedad? —preguntó.

—Vamos a llamarlo falsa modestia —replicó la señora Gallilee.

Carmina se levantó y sin mediar palabra, abandonó la habitación.

La señora Gallilee, sorprendida a más no poder, apeló a la señorita Minerva.

—¿Carmina está encolerizada?

—No ha dado ningún portazo —observó la institutriz con calma.

—No estoy bromeando, señorita, Minerva.

—Yo tampoco, señora.

El tono de tal respuesta implicaba una afirmación intransigente de igualdad. En pocas palabras, venía a decir: «No supondrá que una señora está por debajo de su nivel porque recibe un salario y da clases a sus hijos».

En este momento, la señora Gallilee estaba tan enfadada que olvidó la importancia de evitar ahora una reunión entre la señorita Minerva y su sobrina. Por una vez, fue una criatura de impulso, el acuciante impulso de despachar a su insolente institutriz de su hospitalaria mesa.

—¿Puedo ofrecerle otra taza de té?

—Gracias, pero no. ¿Puedo volver con mis alumnas?

—¡Claro que sí!

Carmina no había pasado ni cinco minutos en su habitación, cuando oyó llamar a su puerta. ¿La había seguido la señora Gallilee?

—¿Quién es? —preguntó.

Una voz de afuera contestó:

—¡Tan sólo la señorita Minerva!

## Capítulo XVI

—¿Me temo que la he sobresaltado? —dijo la institutriz, cerrando la puerta con cuidado.

—Pensaba que era mi tía —contestó Carmina, con la ingenuidad de un niño.

—¿Ha estado llorando?

—No he podido evitarlo, señorita Minerva.

—La señora Gallilee le ha hablado con crueldad... No me extraña que se enfadara usted.

Carmina movió con suavidad la cabeza.

—He estado llorando —explicó—, porque lamento mucho lo que ha pasado y estoy avergonzada. ¿Cómo puedo hacer las paces con mi tía? ¿Debo regresar de inmediato y rogarle que me perdone? Creo que usted es mi amiga, señorita Minerva. ¿Me aconsejará?

Lo dijo de un modo tan inocente y encantador que incluso la institutriz se conmovió... por un momento.

—¿Quiere que le demuestre que soy su amiga? —propuso la señorita Minerva—. Le aconsejo que todavía no vaya a ver a su tía... y le diré por qué. La señora Gallilee guarda rencor, es una mujer totalmente implacable; y yo sería la primera en pagarlo, si ella supiera lo que acabo de decirle.

—¡Oh, señorita Minerva! ¿No creerá que yo traicionaría su confianza?

—No, querida, no. Me encantó usted desde el primer día en que la conocí. Ese sentimiento no fue correspondido por su parte, como es natural; no le gusté. Soy desagradable y malhumorada y, si hay algo bueno en mí, no salta a la vista. ¡Sí!, ¡sí! Creo que está empezando a entenderme. Si puedo hacer que, con el transcurrir del tiempo, su vida sea más feliz aquí, estaré encantada de poder hacerlo.

Puso sus largas manos amarillentas a ambos lados del rostro de Carmina y la besó en la frente.

La pobre niña rodeó el cuello de la señorita Minerva con sus brazos y se puso a llorar a lágrima viva sobre el pecho de la mujer que la estaba engañando.

—No me queda nadie, ahora que Teresa se ha ido —dijo—. ¡Oh!, trate de ser amable conmigo... ¡me siento tan sola y sin amigos!

La señorita Minerva ni se movió ni dijo nada.

Esperó y dejó llorar a la chica. Sus gruesas cejas negras se juntaron frunciendo el ceño, su rostro amarillento palideció. Estaba en un estado de rebelión contra sí misma. Esa explosión inocente de sinceridad y dolor se había abierto camino a través

de la capa de influencias que había endurecido la vida de esa mujer, a través de las fortificaciones contra la bondad que la maldad vigilante construye en los corazones humanos y, por unos instantes, había purificado la fétida oscuridad interior con la luz divina. Había entrado en la habitación con la intención de servir a sus propios intereses. A su manera, mezquina y sórdida, ella (al igual que su ama) vivía perseguida por las deudas: deudas miserables a vendedores de costosas limpiezas que pudieran dejar su desagradable cutis más pasable a los ojos de Ovid, a confeccionadores de guantes caros a través de los cuales Ovid pudiera ver la forma de sus manos pero no su color, a expertos trabajadores del cuero más refinado que pudieran tentar a Ovid a mirar su alto empeine y su delgado tobillo (las únicas bellezas que ella podía revelar al único hombre al que ella le importaba agradar). De momento, estos inoportunos acreedores habían dejado de amenazarla; de momento, lo que había oído en el invernadero, mientras estaban leyendo el testamento, hizo que perdiera su influencia tentadora. Permaneció en la habitación durante media hora más y se fue sin haber pedido prestado ni un cuarto de penique.

—¿Está más tranquila, ahora?

—Sí, querida.

Carmina se secó los ojos y miró con timidez a la señorita Minerva.

—Le he estado tratando como si fuera mi hermana —dijo—, ¿espero que no piense de mí que me tomo demasiadas confianzas?

—¡Desearía ser su hermana, sólo Dios lo sabe!

Las palabras estaban apenas saliendo de su boca, cuando ella misma se sobresaltó de su propio fervor.

—¿Puedo decirle qué puede hacer con la señora Gallilee? —dijo de pronto—. Escríbale una pequeña nota.

—¡Sí!, ¡sí! ¿Y usted se la entregará por mí?

Los ojos de Carmina brillaron a través de sus lágrimas, ¡la sugerencia había sido un alivio! En un minuto había escrito la nota: «Querida tía, me he comportado muy mal y estoy muy avergonzada por ello. ¿Puedo confiar en su amable indulgencia para perdonarme? Intentaré ser mejor merecedora de su amabilidad en el futuro, y le ruego que me perdone». Firmó deprisa y con ansiedad.

—¡Por favor, tómela de inmediato! —dijo con impaciencia.

La señorita Minerva sonrió.

—Si la cojo, haré más daño que bien —dijo—. Seré acusada de interferir. Désela a uno de los sirvientes. ¡Aún no! Cuando la señora Gallilee está enfadada no se le pasa tan pronto como puede parecer. Déjele que jugueteo primero con su ciencia —dijo la institutriz en un tono de desdén inconmensurable—. Cuando se haya medio ahogado con algún olor inmundado, o haya diseccionado algún deplorable insecto o flor, puede que esté de mejor humor. Espere.

Carmina pensó en los felices días pasados en casa, en Italia, cuando su padre solía reírse de sus pequeños arrebatos temperamentales, y la buena de Teresa, al verlos, tan sólo se encogía de hombros. «¡Qué cambio, para mí! ¡Qué cambio a peor!», pensó. Se sacó del pecho un relicario que llevaba colgado del cuello por una fina cadena de oro, lo abrió y besó el cristal que cubría los retratos en miniatura que llevaba dentro.

—¿Los quiere ver? —le preguntó a la señorita Minerva—. Mi padre pintó para mí el retrato de mi madre y después le hizo una foto para acabar de ajustar la imagen. Yo abro mis retratos y los miro mientras digo mis oraciones. Algunas veces, es casi como si estuvieran vivos de nuevo. ¡Oh!, ¡si al menos tuviera a mi padre para que ahora me aconsejara!

Su corazón se encogió, pero contuvo sus lágrimas, ¡ya estaba aprendiendo a controlarse! ¡Pobre alma!

—Quizás —continuó— no debiera pedir consejo. Después de ese desmayo en el Parque, si puedo persuadir a Ovid de que nos deje, debería hacerlo... ¡y lo haré!

La señorita Minerva cruzó la habitación y miró por la ventana. Carmina había despertado los adormecidos celos, había debilitado de forma fatal las buenas influencias que ella misma había provocado. El repentino silencio de su nueva amiga la dejó perpleja; y se acercó también a la ventana.

—¿Cree que eso sería tomarme cierta libertad? —preguntó.

—No.

Una respuesta escueta... ¡y sin dejar de mirar por la ventana! Carmina lo volvió a intentar.

—Además, hay que tener en cuenta los deseos de mi tía, después de mi mal comportamiento...

La señorita Minerva se giró desde la ventana bruscamente.

—¡Desde luego! De eso no hay duda —su tono se suavizó un poco.

—Eres joven, Carmina, ...supongo que puedo llamarte por tu nombre... eres joven e inocente. ¿Alguna vez tus inocentes ojos ven más allá de lo que se ve a simple vista?

—No acabo de entender.

—¿Crees que el único motivo de tu tía para desear que el señor Ovid Vere abandone Londres es la preocupación por su salud? ¿No albergas ninguna sospecha de que lo que quiere es mantenerlo lejos de ti?

Carmina jugueteaba con su relicario con tal incomodidad que apenas la podía disimular.

—¿Tienes miedo de confiar en mí? —preguntó la señorita Minerva.

Este reproche hizo que la chica abriera sus labios al instante.

—Tengo miedo de decirle lo necia que soy —contestó—. ¿Quizás todavía siento... aun poco de distanciamiento entre nosotras? Parece tan formal llamarle

señorita Minerva. No sé cual es su nombre de pila, ¿me lo dirá?

—Mi nombre es Frances. ¡No me llames Fanny! —replicó de no muy buena gana la señorita Minerva.

—¿Por qué no?

—¡Porque es demasiado absurdo tener que aguantarlo! ¿Qué es lo que sugiere escuchar el mero nombre de Fanny? ¡Una coqueta criatura a la que le gusta bailar... rellenita, rubia, alegre y bonita!

Se fue hacia el espejo y señaló con desdén al reflejo de sí misma.

—Pone a una enferma al pensarlo —dijo— cuando miras eso. Llámame Frances... un nombre masculino, con la única diferencia de una «e» por una «i». Nada de sensiblerías, un nombre duro... como yo. Bien, ¿qué era lo que no te gustaba decir de ti misma?

Carmina bajó su tono de voz hasta ser casi un susurro.

—No vale la pena preguntarme qué es lo que realmente veo o no veo en mi tía —contestó—. Me temo que nunca seremos... lo que deberíamos ser la una para la otra. Cuando vino a ese concierto y se sentó a mi lado y me miró... —se calló y se estremeció al recordarlo.

La señorita Minerva le insistió para que prosiguiera... primero, con un gesto, más tarde con una insinuación:

—Dijeron que te desmayaste por el calor.

—No sentí calor, sentí que algo horrible me invadía por todas partes, ¡ajo! Eso antes de mirarla... cuando yo sólo sabía que alguien se iba a sentar a mi lado. Después, miré a mi alrededor, me lanzó una mirada que se cruzó con la mía. En ese momento, perdí toda la sensación de mí misma, como si estuviera muerta. Sólo puedo hablarte de ese instante, tal como lo acabo de hacer. Fue una espantosa sorpresa para mí recordarlo... y una espantoso dolor... cuando ellos hicieron que recobrar el sentido. Aunque pueda parecer muy pequeña y débil, soy más fuerte de lo que la gente piensa; nunca me he desmayado antes. Desde entonces... ¿cómo lo podría decir con propiedad?... es difícil llevarse bien con mi tía. ¿Hay algo malvado en mi naturaleza? En verdad creo que siente lo mismo hacia mí. Sí, me atrevo a decir que es mi imaginación, y sin embargo es tan malo como si fuera realidad. ¡Oh!, estoy segura de que estás en lo cierto... ¡quiere mantener a Ovid alejado de mí!

—¿Porque no le gustas? —dijo la señorita Minerva—. ¿Es ésa la única razón en la que puedes pensar?

—¿Qué otra razón puede haber?

La institutriz hizo un llamamiento a su sumo poder de contención. Lo necesitaba para hablar del matrimonio entre Carmina y Ovid, incluso como una mera posibilidad, como si ello fuera sólo un tema de interés especulativo para ella.

—Algunas personas ponen objeciones al matrimonio entre primos —dijo—,

vosotros sois primos. Algunas personas ponen objeciones al matrimonio entre católicos y protestantes. Tú eres católica...

¡No! No podía confiar en sí misma si se refería a Ovid directamente, así que continuó con la siguiente frase.

—Y puede que haya otras razones... —prosiguió.

—¿Sabes cuáles son? —preguntó Carmina.

—No más que tú, hasta este momento.

Ella hablaba con toda sinceridad. Debido a la interrupción provocada por el perro y a su necesidad de salvarse para no ser descubierta, las últimas disposiciones del testamento habían sido leídas en su ausencia.

—¿No puedes ni siquiera intuir qué pueden ser? —persistió Carmina.

—La señora Gallilee es muy ambiciosa —contestó la institutriz— y su hijo tiene una fortuna propia. Quizás quiera casarlo con una chica de alto rango. Pero... no... ella está siempre necesitada de dinero. De alguna manera, el dinero puede que tenga algo que ver.

—¿En qué sentido? —preguntó Carmina.

—Ya te he dicho —contestó la señorita Minerva— que no lo sé.

Antes de que pudiera proseguir la conversación, fueron interrumpidas por la aparición de la doncella de la señora Gallilee con un mensaje de la habitación de estudio. La señorita María requería un poco de ayuda con sus lecciones de latín. Mientras avanzaba hacia la puerta, la señorita Minerva se fijó en la nota de Carmina y cayó en la cuenta de que esa mujer podría entregarla.

—¿Está la señora Gallilee en casa? —preguntó a la criada. La señora Gallilee acababa de marcharse.

—Una de sus conferencias científicas, supongo —dijo la señorita Minerva a Carmina—. Tu nota deberá esperar a que regrese.

La puerta se cerró tras la institutriz... y la doncella se tomó cierta libertad. Permaneció en la habitación y sacó un pedazo de papel doblado que, hasta ahora, había permanecido oculto a la vista. Sonriendo de satisfacción, entregó el papel a Carmina.

—Es del señor Ovid, señorita.

## Capítulo XVII

«Te ruego que vengas. Te estaré esperando en el jardín de la plaza».

En dos frases, la nota de Ovid comenzaba y terminaba. La doncella de la señora Gallilee, profundamente interesada en una cita sin precedentes, según su propia experiencia, aventuró una expresión de complicidad antes de volver a la sala del servicio.

—Por favor, discúlpeme, señorita, ¿espero que el señor Ovid no esté enfermo? Me dio la sensación de que se le veía tristemente pálido. Permítame que le dé su sombrero.

Carmina le dio las gracias y corrió escaleras abajo.

Ovid estaba esperando en la puerta de la plaza... y, de hecho, tenía un aspecto terriblemente enfermo.

No valía la pena hacer preguntas, sólo parecían irritarlo más.

—Ahora que has venido, ya me encuentro mejor.

Dijo esto y se encaminó por el camino hacia un asiento oculto entre los árboles. A última hora de la tarde la plaza estaba prácticamente vacía: dos mujeres de mediana edad caminaban arriba y abajo (se quitaron de en medio de una forma muy considerada al recordar su juventud), y un chico manipulaba un yate a escala (estaba demasiado ocupado y atento a lo suyo como para fijarse en ellos), ésas eran las únicas personas que había en el recinto cercano a ellos.

—¿Sabe mi madre que has venido aquí? —preguntó Ovid.

—La señora Gallilee se ha marchado. No me he parado a pensar en ello cuando he recibido tu carta. ¿Lo estoy haciendo mal?

Ovid cogió su mano.

—¿Es hacerlo mal aliviarme las inquietudes que no tengo el coraje de soportar? Cuando nos encontramos en la casa, seguro que, o mi madre o su fiel servidora, la señorita Minerva, nos interrumpen. ¡Por fin, querida mía, te tengo para mí solo! Sabes que te amo. ¿Por qué no puedo mirar dentro de tu corazón y ver qué secretos me está guardando? Trato de tener esperanza, pero necesito un poco de aliento. ¡Carmina! ¿Alguna vez te oiré decir que me amas?

Ella se estremeció y giró su cabeza hacia el otro lado. Sus propias palabras dichas a la institutriz estaban en su mente, su propia convicción de la falta completa de sintonía entre la madre de Ovid y ella la hizo no atreverse a contestarle.

—Entiendo tu silencio.

Con esas palabras él soltó su mano y dejó de mirarla.



Lo había dicho con tristeza, pero no con amargura. Ella trató de encontrar excusas y mostró cómo lo compadecía, aunque de una forma demasiado clara.

—Si tan sólo hubiera pensado que...

Su voz le falló. Los ojos de Ovid cobraron una nueva vida, su ojeroso rostro recobró el color. ¡Incluso esas palabras entrecortadas lo habían animado!

Ella volvió a intentar que él la comprendiera.

—Me da tanto miedo angustiarte, Ovid, y deseo tanto no crear malentendidos entre tu madre y tú.

—¿Qué tiene que ver mi madre?

Ella prosiguió sin fijarse en la interrupción.

—¿No considerarás que soy una desagradecida? Mejor hablemos de otra cosa. Está misma tarde tu madre me hizo llamar y... ¡no te enfades!... me temo que se sentiría enojada si supiera lo que me has estado diciendo. ¿Quizás me equivoco? Quizás sólo piensa que soy demasiado joven. ¡Oh!, ¡Ovid, cómo me miras! Tu madre no lo ha dicho tan claramente, pero...

—¿Qué ha dicho?

En esa pregunta, ella vio la oportunidad de hablar de otra cosa que no fuera de amor.

—Debes marcharte a otro clima —dijo ella—, y tu madre me dijo que te persuadiera de hacerlo. Yo la obedezco con un gran peso en el corazón. Querido Ovid, sabes que te echaré de menos, sabes lo que va a significar tu pérdida cuando te despidas de mí... pero sólo hay un modo de que te recuperes de nuevo. ¡Te suplico que tomes ese camino! Tu madre piensa que tengo cierta influencia sobre ti. ¿La tengo?

—Juzga por ti misma —contestó él—, ¿deseas que te abandone?

—Por tu propio bien. Sólo por tu propio bien.

—¿Deseas que regrese?

—¡Es cruel hacer esa pregunta!

—La decisión la tienes que tomar tú, Carmina. Aléjame cuando quieras y donde quieras. Pero, antes de marchar, dame una razón para hacer este sacrificio. Ningún cambio hará nada por mí, ningún clima me retornará la salud... a no ser que tú me des tu amor. Soy lo suficiente mayor para conocerme, lo he estado pensando día y noche. ¿Es cruel por mi parte presionarte en ese sentido? Tan sólo te diré algo más. No importa qué será de mí... si tú rechazas ser mi mujer.

Sin experiencia, sin consejo... sólo con su corazón protestando por su silencio... el control que había mantenido consigo misma creció más y más y se endureció. Las lágrimas saltaron de sus ojos. Él las vio y ello hizo que su mente sintiera resentimiento hacia su madre. Se levantó con un rostro sombrío, y caminó arriba y abajo ante ella, luchando consigo mismo.

—Esto es cosa de mi madre —dijo.

Su tono la aterrorizó. El temor, presente en su mente durante toda la conversación, de ser ella la causa de un distanciamiento entre madre e hijo, la superaba tanto, que ¡incluso hizo la tentativa de defender a la señora Gallilee! Con las primeras palabras, él se sentó de nuevo a su lado. Durante un momento, escrutó la cara de Carmina sin compasión, y después se arrepintió de su propia severidad.

—Mi pobre niña —dijo—, tienes miedo de decirme qué es lo que ha pasado. No te voy a presionar para que hables en contra de tus propios deseos. Sería cruel e innecesario... por fin, sé la verdad. En la única esperanza que tengo en mi vida, mi madre es mi enemiga. Está resuelta a separarnos, no lo conseguirá, no te abandonaré.

Carmina lo miraba. Los ojos de Ovid descendieron hasta ella con una expresión de confusión y vergüenza.

—¿Estás enfadado conmigo? —preguntó ella.

Ningún reproche podía haber tocado su corazón como lo hizo esa pregunta.

—¿Enfadado contigo? ¡Oh!, ¡querida mía, si tan sólo supieras lo enfadado que estoy conmigo mismo! Me parte el corazón ver cómo te he angustiado. Soy un desgraciado miserable y egoísta, no merezco tu amor. Perdóname y olvídame. Haré la mejor expiación que está en mi mano, Carmina: me marcharé mañana.

Ante la dura prueba, ella había preservado su autocontrol, se había resistido a él y se había resistido a sí misma. La repentina sumisión de Ovid la había desarmado en un instante. Ella lanzó los brazos alrededor de su cuello con un llanto profundo de amor y de miedo, y puso su ardiente mejilla junto a su rostro.

—No puedo soportarlo —susurró—. ¡Oh, Ovid, no me desprecies!

Ovid la rodeó con sus brazos, sus labios estaban junto a los de ella.

—Bésame —dijo él.

Ella lo besó y tembló con su beso. Ese inocente abandono no fue una súplica inútil frente a él. Él la soltó... y sólo le cogió la mano. Se hizo el silencio entre los dos, un largo y feliz silencio.

Él fue el primero en volver a hablar.

—¿Cómo me puedo marchar ahora? —dijo.

Ella sólo sonrió ante el temerario olvido de la promesa hecha hacía unos minutos, por la cual él se había comprometido consigo mismo.

—¿Qué me habías dicho —preguntó ella bromeando— cuando te calificaste a ti mismo de una manera muy dura, y dijiste que no merecías mi amor?

Su sonrisa se desvaneció suavemente dejando sólo una mirada tierna y suplicante en su lugar.

—Muéstrame un ejemplo de firmeza, Ovid, ¡no lo dejes todo en mis manos! Recuerda lo que me has hecho decir. Recuerda... —ella dudó sólo un instante—, recuerda cómo me interesas ahora. Te quiero, Ovid. Di que te marcharás.

—Mi vida es tuya, mi voluntad es tuya. Decide por mí y comenzaré mi viaje —dijo él con gratitud.

Ella estaba tan impresionada por esta nueva responsabilidad, que le contestó tan gravemente como si hubiera sido su mujer.

—Debo darte tiempo para que hagas el equipaje —dijo.

—¡Di tiempo para estar contigo!

Ella se quedó pensativa. Él le preguntó si aún estaba considerando cuándo lo haría marcharse.

—No —dijo ella—, no es eso. Estaba pensando en mí misma. ¿Qué es lo que hace que un gran hombre como tú me quiera tanto?

Ovid dejó escapar su brazo y la rodeó por la cintura. Apenas podía verla en aquel oscuro crepúsculo bajo los árboles, el murmullo de las hojas era el único sonido que se oía donde estaban ellos... los besos de Ovid persistían en el rostro de Carmina. Ella suspiró suavemente.

—¡No hagas que sea demasiado duro para mí enviarte de viaje! —susurró.

Él la levantó y puso su brazo junto al suyo.

—Ven —dijo—, vamos a pasear un poco respirando el aire fresco.

Volvieron al tema de su partida. La semana estaba empezando. Ella preguntó si el sábado sería demasiado pronto para partir. No: él opinaba lo mismo... cuanto más lo retrasaran, más dura sería la partida.

—¿Ya has pensado dónde irás? —preguntó ella.

—Debo empezar con un viaje por mar —replicó él—. En mi estado actual, un viaje largo en tren sólo empeoraría las cosas. El problema es dónde ir. He estado en Estados Unidos, la India es demasiado calurosa, Australia está demasiado lejos. Benjulia ha sugerido el Canadá.

En cuanto él mencionó el nombre del doctor, Carmina apretó con su mano el brazo de Ovid involuntariamente.

—¡Ese extraño hombre! —dijo—. Incluso su nombre la sobresalta a una, apenas sé qué pensar de él. Parecía tener más sentimientos hacia el mono que hacia ti o hacia mí. Desde luego, fue muy atento por su parte llevar a la criatura a su casa y ver qué podía hacer por ella. ¿Estás seguro de que es un gran químico?

Ovid se paró. Esa pregunta, viniendo de Carmina, le resultaba rara.

—¿Qué es lo que te hace dudarlo? —dijo.

—¿No te reirás de mí, Ovid?

—¡Sabes que no lo haría!

—Ahora has de escucharme. Conocíamos a un famoso químico italiano en Roma... ¡qué viejo más bueno! Él y mi padre solían jugar al *piquet* y yo los miraba y trataba de aprender..., pero era demasiado tonta. Sin embargo, tuve muchas oportunidades para fijarme en las manos de nuestro viejo amigo. Estaban cubiertas de

manchas y me pilló mirándolas. No se ofendió en absoluto, me contó que sus experimentos habían manchado su piel de esa manera y que nada podría limpiar esas manchas. Yo vi las grandes manos del doctor Benjulia mientras te daba el brandy... y después recordé que no había manchas en ellas. Parece que te sorprende.

—Es que me has sorprendido. Después de conocer a Benjulia durante años, nunca me había fijado en lo que tú has descubierto la primera vez que lo has visto.

—Quizás conozca algún modo de quitarse las manchas de las manos.

Ovid se mostró de acuerdo, era el modo más fácil de abandonar el tema. Carmina, en verdad, lo había sobresaltado. Alguna conexión irracional entre la atención del gran químico hacia el mono y el perplejo hecho de la pureza de sus manos persistía vagamente en la mente de Ovid. Sus no reconocidas dudas sobre Benjulia lo preocuparon como no lo habían hecho nunca. Se giró hacia Carmina en busca de alivio.

—¿Todavía pensando, amor mío?

—Pensando en ti —contestó ella—. Quiero que me prometas una cosa... y me da miedo pedírtelo.

—¿Miedo? ¡Así que al final no me quieres!

—¡Entonces te lo diré de una vez! ¿Cuánto tiempo piensas estar ausente?

—Durante dos o tres meses quizás.

—Prométeme que esperarás a regresar, antes de decirle a tu madre...

—¿... que estamos prometidos?

—Sí.

—Tienes mi promesa, Carmina, pero me dejas preocupado.

—¿Por qué?

—En mi ausencia, estarás bajo la tutela de mi madre, y a ti no te gusta mi madre.

Pocas palabras pero claras... y preocuparon mucho a Carmina. Si ella reconocía que él tenía razón, ¿cuáles serían las consecuencias? Quizás él no querría dejarla. Incluso admitiendo que él se controlara, partiría presionado por las preocupaciones, las cuales ejercerían la peor influencia posible sobre el efecto bueno del viaje. Andarse con mentiras consigo misma o con él estaba fuera de lugar. Esa misma tarde ella había discutido con la madre y aún no sabía si la señora Gallilee la había perdonado. En el fondo de su corazón, ella odiaba engañar... y en el fondo de su corazón estaba deseando tranquilizar a Ovid. Ante una posición tan embarazosa, ¿cuál era la salida correcta? Satán persuadió a Eva y el Amor persuadió a Carmina. El Amor le preguntó si era lo suficiente cruel para hacer infeliz al más querido de su corazón cuando él la quería tanto. Antes de que pudiera darse cuenta, empezó a engañarlo. ¡Pobre humanidad! ¡Pobre Carmina!

—¡Eres tan duro conmigo como si fueras el mismísimo Benjulia! —dijo ella—. Siento la superioridad de tu madre... y me dices que ella no me gusta. ¿Pero has visto

lo buena que ha sido conmigo?

Ella pensó que esta forma de plantearlo sería irresistible; sin embargo, Ovid se resistió. Carmina se sumió de inmediato en más profundos engaños.

—¿No has visto mi bonita habitación, mi piano, mis cuadros, mis porcelanas, mis flores? Debería ser la criatura más insensible de la tierra si no me sintiera agradecida a tu madre.

—Y sin embargo le tienes miedo.

Carmina sacudió el brazo de Ovid, con impaciencia.

—¡He dicho que no!

Él se comportó de la misma forma obstinada que siempre.

—¡Y yo que sí! Si no le tienes miedo, ¿por qué deseas mantener nuestro compromiso en secreto sin que mi madre lo sepa?

Su razonamiento era incontestable. Pero ¿dónde no hay una mujer lo suficiente ágil como para escabullirse entre los rígidos dedos de la razón? Ella se protegió de la lógica esgrimida por Ovid escudándose tras las palabras dichas por él.

—¿Debo recordarte de nuevo cuando estabas enfadado? —replicó ella—. Has dicho que tu madre estaba resuelta a separarnos. Si no quiero que sepa lo de nuestro compromiso aún... ¿no es ése un buen motivo?

Ella dejó reposar su cabeza con mimo sobre su hombro.

—Dime —continuó, pensando en una de las sugerencias de la señorita Minerva—, ¿no aspira mi tía a que te cases con alguien de un rango superior al mío?

Era imposible negar que las aspiraciones de la señora Gallilee pudieran justificar dicha pregunta. ¿No le había aconsejado más de una vez que esperara unos cuantos años (en otras palabras, que esperara hasta haber conseguido los honores más altos en su profesión) antes de pensar en absoluto en casarse? Pero Carmina era demasiado preciada para él como para ser humillada siendo comparada con otras mujeres, no importaba qué rango pudieran tener éstas. Ovid le hizo un cumplido en lugar de darle una respuesta.

—Mi madre no puede aspirar a nadie mejor que tú —dijo—. Desearía que pudiera sentirme seguro, Carmina... de que dejándote con ella... te estoy dejando con una amiga en la que confías y a la que quieres.

Había tristeza en el tono de sus palabras y esto la apenó.

—Espera a que regreses —replicó ella, hablando tan alegremente como le era posible—. Te avergonzarás al recordar tus propios celos. Y no te olvides, querido, que tengo a otra amiga aparte de tu madre... la mejor y más cariñosa de las amigas... para que cuide de mí.

Ovid escuchó esto con cierta sorpresa.

—¿Una amiga en casa de mi madre? —preguntó.

—¡Así es!

—¿Quién es ella?

—La señorita Minerva.

—¿Qué?

Su tono mostró un asombro tan inefable, que en Carmina se despertó el sentido de la justicia, así que salió en defensa de su nueva amiga.

—Si empecé juzgándola injusta e equivocadamente, tenía la excusa de ser una extraña —dijo con cariño—. Tú la conoces desde hace muchos años, ¿deberías haber descubierto sus buenas cualidades desde entonces! ¿Me pregunto si todos los hombres son iguales? Incluso mi bueno y querido padre solía llamar a las mujeres feas: errores imperdonables de la naturaleza. Pobre señorita Minerva, dice de ella misma que es fea y espera que todo el mundo la juzgue mal de acuerdo con su aspecto. Yo, por mi parte, no la juzgo mal. Teresa me ha dejado y tú eres el próximo en marchar. Una triste perspectiva, Ovid, no sin algo de esperanza. Frances... ¡sí, la llamo por su nombre de pila, y ella me llama por el mío!... Frances me consolará, y hará que mi vida sea tan feliz como pueda serlo, hasta que regreses.

Con excepción del mal genio y el cultivo despiadado de las mentes infantiles, Ovid no conocía ningún motivo que justificara un prejuicio contra la institutriz. La repentina conversión de Carmina le inspiró cierta alarma.

—Supongo que debes tener buenas razones para lo que me estás diciendo —dijo.

—Las mejores razones —replicó ella, con la más positiva de las actitudes.

Él consideró durante un momento cómo podía preguntar, de la forma más delicada posible, cuáles podían ser tales razones. Sin embargo, las oportunidades valiosas se pueden perder, incluso en un momento.

—¿Me ayudarás a hacerle justicia a la señorita Minerva? —comenzó él con cautela.

—¡Silencio! —lo interrumpió Carmina—. Diría con toda seguridad que he oído a alguien llamándome...

Se callaron y se quedaron a la escucha. Una voz los llamaba desde el otro lado de los jardines. Se sobresaltaron con una sensación de culpabilidad. Era la voz de la señora Gallilee.

## Capítulo XVIII

—Carmina. ¿Estás en la plaza?

—Déjame a mí —susurró Ovid—. ¡Ya venimos hacia ti! —le dijo a su madre, devolviéndole la llamada.

La señora Gallilee los estaba esperando en la puerta de entrada a la plaza. Ovid habló cuando ya estaban al alcance de la vista unos de otros.

—No tendrás más motivos para quejarte de mí —dijo jovialmente—, me voy a finales de semana.

La respuesta de la señora Gallilee iba dirigida a Carmina, y no a su hijo.

—Gracias, cariño —dijo, apretando la mano de su sobrina.

Estaba demasiado oscuro como para discernir en sus caras más allá de su vago perfil. El tono erudito de la señora era la perfección de la amabilidad. Envió a Ovid a cruzar la calle y llamar a la puerta de casa, y tomó el brazo de Carmina y le dijo confidencialmente:

—¡Mira que eres boba! —le susurró—, ¿cómo podías creer que estaba enfadada contigo? Ni siquiera me pesa tu error, ¡has escrito una nota tan encantadora!

Ovid estaba esperándolas en la entrada. Al llegar, se fueron hacia la biblioteca y allí la señora Gallilee estrechó a su hijo entre sus brazos con un ferviente abrazo maternal.

—Esto completa el placer de una tarde sumamente deliciosa —dijo—. Primero, una conferencia perfecta y, después, el alivio de la ansiedad abrumadora que sentía por mi hijo. Ovid, ¿supongo que tus estudios profesionales nunca te han llevado tan alto como las regiones interespaciales? Esta noche, había mucho público para escuchar al Profesor sobre ese tema, y yo, en verdad, aún no me he recobrado. A unos ochenta mil quinientos metros por encima de nosotros... sólo ochenta mil quinientos metros... existe una atmósfera de frío que congelaría a toda la familia humana hasta matarla en apenas un segundo. La materia húmeda, en ese vacío terrorífico, explotaría convirtiéndose en roca, y... escucha esto, Carmina... la misma explosión se congelaría sin producir ningún sonido. Piensa en la gente seria con la vista levantada hacia tan terrorífica dirección y hablando de ir al cielo. ¡Oh!, ¡qué insignificante es el hombre!, excepto... voy a hacer un chiste, Ovid... ¡excepto cuando complace a su vieja madre marchándose en beneficio de su salud! ¿Dónde vas a ir? ¿Te ha aconsejado Carmina con su sensatez? Antes que nada, estoy de acuerdo con ella, sea lo que sea lo que te haya dicho.

Ovid informó a su madre de la sugerencia de Benjulia y le preguntó qué pensaba

de ello. La desbordante afabilidad de la señora Gallilee inundó al instante de calificativos al doctor ausente. Era grosero, feo, pero ¡un inestimable amigo! ¡Qué consejo más admirable! Ovid no debía escribir cartas en su estado de salud, su madre escribiría al doctor, le daría las gracias y le pediría cartas de recomendación para las personalidades más importantes del lugar que ocupasen una posición destacada en la sociedad colonial. Agarró un periódico: un barco de vapor zarpaba de Liverpool para el Canadá el sábado. Ovid podía asegurarse el camarote a la mañana siguiente («en medio del barco, querido, si te fuera posible conseguirlo»), y podía partir de Londres en el tren del viernes. Entusiasmada por facilitarle la marcha, propuso supervisar la clausura de su casa durante su ausencia, y mediar para recolocar a los sirvientes, si es que consideraba que valía la pena conservarlos. Incluso pensó en el gato. La manera más sencilla de ocuparse del animalillo sería, por supuesto, envenenarlo; sin embargo, Ovid era tan excéntrico en algunas cosas que los consejos prácticos eran malgastar el tiempo con él.

—Seis peniques a la semana en comida de gatos no es demasiado —exclamó la señora Gallilee en un estallido de generosidad—. ¡Recibiremos al gato!

Ovid lo agradeció todo de manera resignada. Carmina podía ver que la abrumadora vitalidad de la señora Gallilee estaba comenzando a oprimir a su hijo.

—No necesitas preocuparte, madre —dijo—. Mis asuntos domésticos estaban todos resueltos cuando por primera vez sentí la necesidad de irme y descansar. Mi criado viaja conmigo, mi criada y la ayudante de cocina se irán con unos amigos suyos al campo, la cocinera cuidará de la casa, y su sobrino, el pequeño chico de los recados, está casi tan encariñado con la gata como lo estoy yo. Si mandas llamar una carroza para regresar a casa, me iré. Al igual que le pasa a otra gente en mi estado enfermo, me siento fatigado hacia el anochecer.

Sus labios apenas tocaron el pequeño y delicado oído de Carmina mientras su madre se giraba para hacer sonar la campana.

—Espérame mañana —susurró—. ¡Te quiero!... ¡Te quiero!... ¡Te quiero!

Le parecía encontrar la perfección de la lujuria en la reiteración de esas palabras. Cuando Ovid las dejó, Carmina esperaba oír algo de su tía respecto al hecho de haberlos descubierto en la plaza.

La inocencia de la señora Gallilee era impenetrable. Al no encontrar a su sobrina en la casa, pensó en la plaza. ¿Qué podía ser más natural que los primos dieran un paseo vespertino en uno de los recintos más bonitos de Londres? Sus expectativas sobre la recuperación de su hijo y su admiración por el poder de persuasión de Carmina parecían ser (hasta ese momento) las únicas ideas activas en esta mente tan completa. Cuando el sirviente trajo la bandeja con el vino de Burdeos y el sifón, mandó llamar a la señorita Minerva para que se reuniera con ellas y oyera las buenas noticias, ignorando por completo la interrupción que había sufrido su amistosa



relación hacía un rato, por la tarde. La señora Gallilee se puso alegre y ocurrente cuando vio el sifón.

—Vamos a imitar a los hombres, señorita Minerva, y brindemos antes de ir a dormir. Alégrate, Carmina, y comparte media botella de sifón conmigo. ¡Que Ovid tenga un feliz viaje y que regrese bien a casa!

Animada por las influencias de la alegría y el buen humor, la amiga de los profesores, la tierna enfermera de los renacuajos medio desarrollados, recurrió a los conocimientos de nuevo. La señora Gallilee improvisó un pequeño y apropiado discurso sobre el Canadá..., sobre la botánica en los dominios británicos de la Commonwealth, sobre la geología en esos dominios, sobre la cantidad de litros de agua desperdiciada por hora en las cataratas del Niágara.

—La ciencia lo arreglará todo, queridas, haremos que el agua que se desperdicia trabaje para nosotros uno de estos días. ¡Buenas noches, señorita Minerva! ¡Felices sueños, querida Carmina!

A salvo en la soledad de su habitación, la institutriz frunció de forma inquietante sus gruesas cejas.

«En toda mi experiencia —pensó—, nunca antes he visto a la señora Gallilee de ese humor. ¿Qué engaño estará tramando para cuando se haya librado de su hijo?».

## Capítulo XIX

La amabilidad de la señora Gallilee no se había deteriorado en el transcurso de unas cuantas horas.

Al día siguiente, gracias a la intermediación de su madre, a Ovid se le dejó disfrutar sin interrupciones de la compañía de Carmina. No tan sólo la señorita Minerva, sino incluso el señor Gallilee y las niñas fueron apartados de en medio con una destreza ejercida con tal delicadeza, que contravenía cualquier tipo de recelo que pudiera hacer que uno se sintiera ofendido. En pocas palabras, toda esa comprensión e indulgencia no podía sino invitar a la confianza a Ovid, ya que había sido ejercida con moderación y sin molestar. Jamás la señora de la diplomacia doméstica había logrado sus objetivos con arte más sutil.

Por la tarde, un mensajero trajo la respuesta de Benjulia al anuncio de la señora Gallilee de que su hijo contemplaba marchar de viaje, enviado en el correo de la mañana. El doctor estaba confinado en casa con un ataque de gota. Si Ovid precisaba información sobre el Canadá, debería ir a verlo a su casa y obtenerla. Eso era todo.

—¿Has estado alguna vez en casa del doctor Benjulia? —preguntó Carmina.

—Jamás.

—Entonces, ¿todo lo que me has hablado sobre él es mero rumor? ¡Ahora descubrirás la verdad! ¿Desde luego irás, no?

Ovid no sentía ningún deseo de hacer un viaje de exploración a la casa de Benjulia, y así lo dijo con claridad. Carmina utilizó todo su poder de persuasión para inducirlo a cambiar de opinión. La señora Gallilee (por encima de la influencia que puede tener la curiosidad de una niña) creía que era importante obtener cartas de presentación para la alta sociedad canadiense y estuvo de acuerdo con su sobrina.

—Voy a pedir el carruaje —dijo ella, adoptando un tono alegremente despótico—, y, si tú no vas a casa del doctor... Carmina y yo le haremos una visita en tu lugar.

Viéndose amenazado por una consecuencia como ésa si persistía en su obstinación, a Ovid no le quedó otra alternativa más que someterse.

La única indicación que se le pudo dar al cochero fue que condujera hacia la aldea de Hendon, al noroeste de Londres, y confiar en ir preguntando para el resto del trayecto. Entre Hendon y Willesden, a una hora de camino en carruaje de Oxford Street, existen soledades pastoriles, caminos arbolados y flores silvestres, granjas y campos de trigo todavía sin profanar por el devastador enladrillado del constructor de los tiempos modernos. Siguiendo serpenteantes caminos a la sombra de los árboles, el cochero hizo su última pregunta en un bar que había junto a la carretera. Al oír que el

domicilio de Benjulia se encontraba a unos ochocientos metros, Ovid decidió ir a pie dejando que el cochero y los caballos se tomaran su descanso en la posada.

Llegó a una puerta de hierro que se abría hacia un solitario camino.

Allí, en mitad de un pequeño terreno árido, vio la casa de Benjulia, un espantoso edificio cuadrado de ladrillos amarillentos y tejado de pizarra. Una valla de baja altura rodeaba el lugar, que tenía otra puerta de hierro en la entrada. El recinto era por dentro tan árido como por fuera: no se veía ni siquiera un intento por tener un poco de jardín o de huerto. A una distancia de unos doscientos metros de la casa se erguía un segundo y pequeño edificio con una claraboya en el tejado, que Ovid reconoció (por la descripción que le habían dado) como el famoso laboratorio. Por detrás estaba el seto que separaba el pedazo de tierra de Benjulia de la de su vecino. Allí se alzaban los árboles de nuevo y los campos que había un poco más allá estaban cultivados. No había ni viviendas ni ninguna criatura viva. Tan cerca de Londres y... sin embargo, en su soledad... tan lejos; había algo poco natural en la soledad de aquel lugar.

Llevado por un sentimiento de curiosidad (el cual degeneró con rapidez en recelo), Ovid se acercó al laboratorio sin exponerse delante de la casa. No ladró ningún perro, ni tampoco ningún sirviente estaba al acecho por si llegaba alguna visita. Se sentía avergonzado de sí mismo mientras lo hacía, pero la observación de Carmina sobre el doctor le había impresionado con tanta fuerza, ¡que incluso trató de abrir la puerta cerrada del laboratorio, esperó y se quedó escuchando! Era un día estival en el que corría la brisa, las hojas de los árboles que había a su lado susurraban alegres. ¿Se oía algún otro sonido? Sí... un gimoteo débil y apagado se elevaba a través de la dulce melodía del bosque. Se interrumpió, volvió a escucharse... se paró. Ovid miró a su alrededor, ya que no estaba seguro de si el gimoteo provenía de dentro o de fuera del edificio. Zarandeó la puerta, nada ocurrió. La criatura que sufría (si es que lo era) estaba callada o muerta. ¿Los experimentos químicos habían dañado de forma accidental a algún ser viviente? O bien...

Ovid rehuyó continuar esta segunda posibilidad. En este momento, el laboratorio se había convertido en un objeto de terror para él, así que regresó hacia la casa.

Puso la mano en el pestillo de la puerta y miró hacia atrás al laboratorio. Dudó. Ese gemido, tan lastimero y tan efímero, permanecía en sus oídos de forma angustiada. La sola idea de acercarse a Benjulia le resultó desagradable. Lo que después él podría pensar de sí mismo (incluso lo que su madre y Carmina podían pensar de él) si regresaba sin haber entrado en la casa del doctor, eran consideraciones que no ejercían ningún tipo de influencia sobre su mente en su presente estado de ánimo. El impulso del momento era el único poder que lo dominaba. Puso el pestillo de nuevo en el enganche.

—No entraré —se dijo.

Demasiado tarde. Cuando estaba dándole la espalda a la casa, apareció un criado

en la puerta, cruzó el recinto, y dejó la puerta abierta para Ovid sin pronunciar una palabra.

Entraron en el pasillo y el silencioso criado abrió una puerta a la derecha, se inclinó e invitó a la visita a que pasase. Ovid se encontró en una habitación tan desnuda como el campo que había afuera: las paredes enlucidas y el suelo sin alfombrar, igual que la habían dejado los constructores al terminar la casa. Tras una corta ausencia, el criado apareció de nuevo. Debía de estar con la moral por los suelos, o malhumorado; el hecho era que, incluso ahora, no tenía nada que decir: abrió la puerta que había al lado opuesto en el pasillo, volvió a inclinarse y se esfumó.

—¡No se acerque a mí! —exclamó Benjulia en cuanto vio a Ovid.

El doctor estaba sentado en la esquina interior de la habitación envuelto en una larga bata negra, abotonada alrededor de la garganta, escondía todo el cuerpo por debajo de su cara demacrada, a excepción de sus grandes manos y su torturado pie con gota. La furia y el dolor resplandecían en sus melancólicos ojos grises y golpeaba sus puños cerrados en los brazos de la cómoda silla en la que descansaba.

—Diez mil demonios encendidos me están perforando agujeros en el pie —dijo—. Si toca el cojín de mi taburete, volaré hasta su cuello.

Echó un poco de loción refrescante de una botella en una pequeña regadera y regó su pie como si fuera un manojo de flores. Con objeto de encontrar algo más de alivio a su dolor, blasfemó ferozmente, dirigiendo sus injurias a sí mismo en una voz baja atronadora, lo que hizo que los vasos del aparador tintinearan.

En su presente estado de ánimo, Ovid aliviado por haber escapado a la necesidad de estrechar las manos, cogió una silla y miró a su alrededor. Descubrió que incluso aquí había pocos muebles y los que había estaban anticuados. Al lado del aparador distinguió una mesa de comedor, media docena de sillas y una sucia alfombra marrón. No había cortinas en las ventanas, ni cuadros o grabados en las paredes de apagado color. La chimenea vacía mostraba una lúgubre cavidad negra sin disimular, y en su repisa no había nada, a excepción de la sucia y maloliente pipa del doctor. Benjulia dejó la regadera como muestra de que el paroxismo del dolor había pasado.

—Un lugar aburrido para vivir, ¿no es cierto?

Con esas palabras recibió a la visita en su casa.

Ovid, irritado por el incidente que lo había forzado a estar ante la desagradable presencia de Benjulia, contestó en un tono que coincidía con la misma dureza del doctor.

—Es culpa suya si el lugar es aburrido. ¿Por qué no ha plantado árboles y no ha hecho un jardín?

—Me atrevería a decir que lo sorprenderé —replicó Benjulia con tranquilidad—, pero tengo la costumbre de decir lo que pienso. Un lugar aburrido no es para mí

ningún inconveniente y no me importan los árboles y jardines.

—Parece que tampoco le preocupa el mobiliario —dijo Ovid.

Ahora que no padecía dolor durante un rato, la innata insensibilidad del doctor a lo que otra gente podía pensar o decir de él lo devolvió a su acostumbrado letargo, extraño e inconsciente. Benjulia sólo pareció entender que la curiosidad de Ovid iba en busca de información sobre pequeñeces. Bien, habría menos problemas en darle esa información que en averiguar sus motivos, así que le habló de sus muebles.

—Me atrevería a decir que está en lo cierto —dijo—. Mi cuñada... ¿sabía usted que yo tengo una relación familiar así?... Mi cuñada fue la que se encargó de obtener las mesas y las sillas, las camas y las palanganas. Ir a comprar a las tiendas no es algo que me interese. Le di un talón y le dije que amueblara una habitación para mí para comer en ella, una habitación para mí para dormir, sin olvidarnos de la cocina y los altillos para el servicio. ¿Qué más puedo querer?

Su intolerable indolencia sólo causó más irritación a su invitado.

—Una manera egoísta de plantearlo —estalló Ovid—. ¿No tiene a nadie en quien pensar aparte de en sí mismo?

—Nadie, me siento feliz de decirlo...

—¡Esto es de un cinismo absoluto!

El doctor reflexionó.

—¿Lo es? —dijo—. Quizás vuelva a tener razón. Yo, por mi parte, creo que es sólo indiferencia. Es bastante curioso que mi hermano lo viera del mismo modo que usted... incluso usó las mismas palabras que usted acaba de decir. Supongo que encontró que mi cinismo no tenía enmienda posible. Por alguna razón dejó de venir. Me libré de él por las buenas. ¿Qué dice? ¿Que este modo inhumano de hablar es impropio de mí? De verdad, no lo creo. No soy un consumado salvaje; es sólo indiferencia.

—¿Su hermano le paga con la misma indiferencia? ¡Si lo hace, deben de ser un buen par...!

A Benjulia le pareció un poco truculenta la diversión que le causó la pregunta de Ovid, así que decidió hacer justicia a su familiar ausente.

—La inteligencia de mi hermano es, quizás, igual a ese pequeño esfuerzo que usted sugiere —dijo—. Tiene el seso suficiente para mantenerse fuera de un manicomio. ¿Me permite decirle en dos palabras qué es él? Un sensualista estúpido... eso es lo que es. A veces, dejo que su mujer venga aquí y lllore. A mí no me molesta y a ella parece aliviarla... Más indiferencia, ¿eh?... Bien, no losé. Le di el cambio por el talón de los muebles para que se comprara un sombrero. Puede que usted llame a eso indiferencia, y puede que vuelva a tener razón. No me preocupa el dinero. ¿Quiere tomar algo? Ya ve que no puedo moverme; por favor, toque la campana para que venga el hombre.

Ovid rechazó la bebida y cambió de tema.

—Su sirviente es una persona extraordinariamente silenciosa —dijo.

—Ése es su mérito —contestó Benjulia—, las criadas siempre discutían con cada uno de los otros sirvientes que he tenido. Pero no pueden discutir con este hombre. Le he subido el sueldo como sincero agradecimiento a lo útil que es para mí. Odio el ruido.

—¿Es ésa la razón por la cual no tiene un perro?

—No me gustan los perros. Ladran.

Por lo visto, tenía otras relaciones, más desagradables, con los perros, pero no estaba dispuesto a hablar de ello. Sus melancólicos ojos hundidos miraron con fijeza al vacío. De momento, la presencia de Ovid en la habitación parecía haberse vuelto una impresión borrada en su mente. Se recobró de su ensimismamiento con el habitual y vehemente frotamiento de su frente, y volvió al tema de la visita de Ovid.

—Así que va a aceptar mi consejo —dijo—. Se irá al Canadá y quiere ver qué es lo que le puedo contar antes de comenzar el viaje. Aquí está mi diario, él me refrescará la memoria y nos ayudará a los dos.

Sus objetos de escritura estaban situados en una mesa móvil atornillada a su silla, cerca de ellos estaba dispuesto un desvencijado libro guardado bajo llave. Diez minutos después de haber abierto y revisado su diario aquí y allá a través de sus páginas, su duro intelecto se había hecho con todo lo necesario. Benjulia vació su mente, de forma copiosa y continuada, y lo volcó todo en la mente de Ovid sin una sola digresión de principio a fin y con la más despiadada referencia directa a las necesidades prácticas del viajero. Ni una palabra salió de él en referencia al carácter nacional o a la belleza de la naturaleza. La señora Gallilee había criticado las cataratas del Niágara como una reserva de potencia desperdiciada. La superioridad científica del doctor Benjulia sobre la señora Gallilee se impuso con suma facilidad. Como el Niágara no era más que agua sin ninguna utilidad, nunca mencionó al Niágara en absoluto.

—¿Le he servido como guía? —preguntó—. No se preocupe en darme las gracias. Basta con que diga sí o no. Muy bien. Ahora tengo una nota que darle.

Arregló su pluma de ganso y anotó una observación.

—¿Se ha dado cuenta alguna vez de que las mujeres tienen un gusto que les dura hasta el final de sus días? —dijo—. Jóvenes y mayores, todas tienen el mismo inagotable placer por la vida social, y, jóvenes y mayores, todas son por igual incapaces de entender a un hombre cuando dice que le da igual ir a una fiesta. Incluso su inteligente madre piensa que usted quiere ir a fiestas en el Canadá.

Probó su pluma, vio que funcionaba bien... y comenzó su carta. Al ver sus manos en acción, Ovid volvió a recordar el descubrimiento de Carmina. Paseó su mirada hacia un lado, hacia la esquina formada por la columna de la chimenea y la pared de

la habitación. El gran bastón de bambú estaba allí. Una empuñadura hecha de cuerno descolorido estaba pegada a él, y en esa empuñadura había algunas manchas. Ovid las miró con ojo de cirujano experimentado. Eran manchas de sangre seca. ¿Se habría lavado las manos la última vez que usó el bastón? ¿Habría olvidado que la empuñadura también necesitaba limpiarse?

Benjulia terminó su carta y escribió la dirección, cogió el sobre para dárselo a Ovid... se detuvo, como si una duda asaltara su mente para hacerle cambiar de opinión. Las dudas fueron sólo momentáneas, persistió en su primera intención, y dio a Ovid la carta. Estaba dirigida a un doctor en Montreal.

—Este hombre no lo introduciré en sociedad —anunció Benjulia—, y tampoco le agobiará con conversaciones médicas. Por su parte, absténgase de hablar de un tema. Un toro enloquecido no es nada comparado con mi amigo si le habla de vivisección.

Ovid lo miró sin pestañear cuando hubo completado la última palabra, Benjulia devolvió la misma mirada fija a Ovid.

En el instante de ese recíproco escrutinio, ¿sospecharon ambos hombres el uno del otro? Ovid, por su parte, estaba dispuesto a no abandonar la casa sin poner a prueba sus sospechas.

—Gracias por la carta —comenzó—, y no olvidaré la advertencia.

La capacidad del doctor para el ejercicio de las virtudes sociales tenía sus límites y sus reservas de hospitalidad estaban, en ese momento, ya cerca del final.

—¿Hay algo más que pueda hacer por usted? —le atajó.

—Puede responder a una simple pregunta —replicó Ovid—. Mi prima Carmina... Benjulia lo volvió a interrumpir:

—¿No piensa que ya dijimos lo suficiente de su prima en el Parque? —preguntó.

Ovid agradeció la indirecta con una capacidad de réplica casi digna de su madre.

—Eche la culpa a su propia misericordia si vuelvo al tema —replicó—. Mi prima no puede olvidar su bondad para con el mono.

—Cuanto antes olvide mi bondad, mejor. El mono está muerto.

—Me alegra oírlo.

—¿Por qué?

—Pensaba que la criatura vivía sufriendo.

—¿Qué quiere usted decir?

—Quiero decir que he oído un gimoteo...

—¿Dónde?

—En el edificio que hay detrás de su casa.

—Ha oído el viento al pasar entre los árboles.

—Nada de eso. ¿Alguna vez ha hecho sus experimentos químicos con animales?

El doctor se defendió de ese ataque directo sin dejar más tregua que la anchura de un cabello.

—¿Qué le dije cuando le di la carta de presentación? —preguntó—. Le dije que un toro enloquecido no es nada comparado con mi amigo si hablamos de vivisección. Ahora tengo algo más que decirle: yo soy como mi amigo —esperó un poco—. ¿Queda claro? —preguntó.

—Sí —dijo Ovid—, queda claro.

Estaban tan cerca de una auténtica pelea como dos hombres pueden estarlo: Ovid cogió el sombrero para irse. Incluso en ese momento crítico, los extraños celos de Benjulia hacia su joven colega (como posible rival en algún campo del conocimiento que él reclamaba para sí) salieron a relucir una vez más. No se produjo ningún cambio en su tono, continuaba hablando como un amigo juicioso.

—Una última advertencia —dijo—. Se dispone a viajar debido a su salud; no permita que extranjeros curiosos le hagan hablar más de la cuenta, algunos de ellos podrían ser médicos.

—Y podrían sugerir ideas nuevas —replicó Ovid, resuelto a hacerle hablar esta vez.

Benjulia asintió con la cabeza, completamente de acuerdo con el punto de vista de su invitado.

—¿Tiene miedo de las ideas nuevas? —prosiguió Ovid.

—Quizás estoy en... su... cabeza de usted —pronunció tal reconocimiento sin dudar y sin avergonzarse—. ¡Adiós! —añadió—, mi sensible pie se resiente del ruido, no golpee la puerta.

Una vez afuera, de nuevo en el camino, Ovid miró la carta para el doctor de Montreal. Su primer impulso fue destruirla. Igual que Benjulia había dudado antes en entregarle la carta, ahora dudaba él antes de romperla.

Al revés de lo que se suele hacer en estos casos, el sobre estaba cerrado; así que, ante tales circunstancias, el orgullo de Ovid lo decidió a usar la carta de presentación. Todavía había de pasar mucho tiempo antes de que los acontecimientos abrieran los ojos de Ovid sobre la importante decisión que había tomado. Al final de sus días, recordaría que Benjulia había estado a punto de quedarse con la carta, y que él había estado a punto de romperla.



## Capítulo XX

El sabio anciano que afirmó que «El tiempo vuela» debió de hacer ese importante descubrimiento mientras se preparaba para un viaje. ¿Cuándo somos más intensamente conscientes de lo corta que es la vida? ¿Cuándo consultamos nuestros relojes en un perpetuo miedo al resultado? ¿Cuándo la noche nos sorprende desprevénidos y la mañana nos coge por sorpresa? Cuando nos disponemos a viajar.

Los restantes días de la semana pasaron como una exhalación. Ovid no tuvo casi tiempo de preguntarse si ya había llegado realmente el viernes, antes de que las horas de vida en su país estuvieran contadas.

Todavía le quedaba algo de tiempo libre cuando se presentó en Fairfield Gardens al caer la tarde. Al no encontrar a nadie en la biblioteca, subió al salón. Su madre estaba sola, leyendo.

—¿Tienes algo que decirme antes de que le diga a Carmina que estás aquí?

La señora Gallilee hizo esa pregunta con tranquilidad, al menos por lo que se refería a su voz, y sin embargo permanecía con la mirada puesta en el libro. Ovid supo que ella le estaba brindando su primera y última oportunidad de hablar con claridad antes de marcharse. En interés de Carmina, habló.

—Madre —dijo—, dejo a la persona que es más preciada para mí en el mundo, y la dejo a tu cargo.

—¿Quieres decir —preguntó la señora Gallilee—, que tú y Carmina estáis comprometidos para casaros?

—Quiero decir eso, pero no estoy seguro de que apruebes el compromiso. ¿Serás sincera conmigo como lo fuiste la última vez que hablamos de este tema?

—¿Cuándo fue eso? —preguntó la señora Gallilee.

—Cuando tú y yo estuvimos a solas durante unos minutos, la mañana en que desayuné aquí. Dijiste que era bastante natural que Carmina me atrajese, pero fuiste muy cuidadosa en no alentar la idea de un matrimonio entre nosotros. Entendí que lo desaprobabas, pero no me dijiste con claridad por qué.

—¿Pueden las mujeres dar siempre sus razones?

—Sí... cuando son como tú.

—Gracias, querido, por un cumplido tan bonito. Puedo confiar en mi memoria. Pienso que mencioné las objeciones obvias para un compromiso: tú y Carmina sois primos y pertenecéis a comunidades religiosas diferentes. Podría añadir que un hombre con tus brillantes perspectivas no tiene, en mi opinión, ninguna razón para casarse, a no ser que su esposa esté en una posición que le permita aumentar su

influencia y celebridad. He estado esperando con impaciencia ver a mi inteligente hijo elevarse a un nivel más cercano a personas de rango que son miembros de nuestra familia. Ésa es mi confesión, Ovid. Si mostré mis dudas durante la ocasión a la que te refieres, ahora, creo, te he dicho el porqué.

—¿He de entender que todavía dudas? —preguntó Ovid.

—No.

Con esa escueta respuesta, ella se levantó y dejó a un lado su libro. Ovid la siguió hacia la estantería.

—¿Es que Carmina te ha conquistado? —dijo.

Ella puso el libro otra vez en su sitio.

—Carmina me ha conquistado —contestó.

—Lo dices con frialdad.

—¿Qué más da, si lo digo de verdad?

El forcejeo que había en el interior de Ovid entre la esperanza y el miedo salió de repente hacia fuera.

—¡Oh, madre! ¡No hay palabras que puedan expresarte cómo quiero a Carmina! ¡Por Dios, cuida de ella y sé cariñosa con ella!

—Por ti —dijo la señora Gallilee desde su protoplástico punto de vista, corrigiendo con gentileza las palabras de su excitable hijo—. Me tratas injustamente si te quedas preocupado por Carmina al dejarla aquí. La hija de mi difunto hermano, es... mi... hija. Deberías estar seguro de eso.

Ella tomó su mano, lo atrajo hacia ella y besó su frente con dignidad, reflexivamente. Si el señor Mool hubiera estado presente durante el registro de tan solemne compromiso, sin duda habría recordado otra clase de ceremonia que se llama la firma de unas escrituras.

—¿Tienes alguna instrucción que darme? —prosiguió la señora Gallilee—. Por ejemplo, ¿tienes alguna objeción a que me lleve a Carmina a fiestas? Me refiero, desde luego, a fiestas en las que pueda mejorar su intelecto.

Él se dejó caer de rodillas ante su madre con tristeza al contestar:

—Haz todo lo que puedas para hacer su vida más feliz mientras esté yo ausente.

Ésas fueron todas sus instrucciones, pero la señora Gallilee no había terminado con él aún.

—A excepción de las visitas —continuó—, ¿supongo que deseas que sea precavida si veo a hombres jóvenes que llaman aquí con más frecuencia de la habitual?

Ovid se rió con ganas ante estas palabras.

—¿Crees que dudo de ella? —preguntó—. ¡No hay en la tierra una chica más fiel que mi pequeña Carmina!

Un pensamiento lo sacudió mientras decía esto. El brillo de su rostro se esfumó y

su voz perdió alegría.

—Hay una persona que podría llamarte —dijo—, y no deseo que ella lo vea.

—¿Quién es él, hijo?

—Desafortunadamente, es un hombre que ha despertado su curiosidad, me refiero a Benjulia.

Ese comentario hizo reír a la señora Gallilee. Su risa no era una de sus cualidades más destacadas: era dura en el tono y limitada en la amplitud; abría su boca, pero no conseguía despertar ninguna luz en su mirada.

—¡Celoso del feo doctor! —exclamó ella—. ¿Oh, Ovid, y qué más?

—Jamás has cometido un error mayor —contestó su hijo con brusquedad.

—Entonces, ¿cuál es la objeción que tienes contra él? —replicó la señora Gallilee.

No era fácil encarar esa pregunta con una respuesta clara. Si Ovid afirmaba que los experimentos químicos de Benjulia eran falsos (hecho que, por alguna razón, sólo él sabía), como un manto para encubrir las atrocidades de la «despiadada ciencia», tan sólo crecería la estimación de su madre hacia el doctor. Si, por otra parte, describía lo que había pasado entre ellos cuando se encontraron en el Parque Zoológico, la señora Gallilee podría citar a Benjulia para que explicara la calumnia que, de forma indirecta, había lanzado contra la memoria de la madre de Carmina (y en la respuesta, ella podría encontrar alguna razón de peso para poner objeciones al matrimonio de su hijo). Al haberse expuesto temerariamente a sí mismo a este dilema, Ovid se zafó de él, de forma imprudente, por el camino más fácil.

—No creo que Benjulia sea la compañía más idónea para una chica —dijo.

La señora Gallilee aceptó esta opinión con tanta facilidad que, a un hombre más receloso que él, le habría hecho pensar que había cometido un error. Ovid había despertado la curiosidad (y quizás el recelo) de su inteligente madre.

—Tú sabrás lo que es mejor —contestó la señora Gallilee—. Tendré en cuenta lo que dices.

Hizo sonar la campanilla para que viniera Carmina y abandonó la habitación. Los minutos pasaban despacio para Ovid por primera vez desde que se había fijado la fecha de partida. Atribuyó tal sensación a su natural impaciencia por ver aparecer a su prima... hasta que el reloj apuntaba claramente un retraso de cinco interminables minutos... y más. Mientras se dirigía hacia la puerta para ver qué pasaba, ésta se abrió por fin. Corrió al encuentro de Carmina, y... ¡se encontró cara a cara con la señorita Minerva! Ésta entró apresuradamente y tendió su mano a Ovid sin mirarlo.

—Perdóneme por molestarlo —dijo, con una rapidez de palabras y una actitud tímida extrañamente impropia de ella—. Me veo obligada a preparar las lecciones de las niñas para mañana y ésta es mi única oportunidad para despedirme de usted. Tiene mis mejores deseos, mis sinceros deseos, de que esté sano y salvo, y... y de que

disfrute del viaje. ¡Adiós! ¡Adiós!

Tras sostener la mano de Ovid durante un momento, regresó deprisa hacia la puerta. Allí, se detuvo, se giró hacia él de nuevo y, lo miró por primera vez a los ojos.

—Tengo una cosa más que decirle —dijo estallando—: haré todo lo que pueda para hacer que la vida de Carmina sea agradable durante su ausencia.

Antes de que él pudiera darle las gracias, ella ya se había ido. Al cabo de un minuto llegó Carmina y se encontró a Ovid con semblante perplejo y molesto. Se había cruzado con Frances en las escaleras; ¿habría habido algún malentendido entre Ovid y la institutriz?

—¿Has visto a la señorita Minerva? —preguntó ella.

Él la rodeo con su brazo y la sentó junto a él en el sofá.

—No entiendo a la señorita Minerva —dijo—, ¿cómo es que ha venido ella, cuando te estaba esperando a ti?

—Ella me pidió como un favor que la dejara verte primero, y parecía tan preocupada, que acepté. ¿No hice mal, verdad, Ovid?

—Querida mía, eres siempre amable, ¡y siempre correcta! Pero ¿por qué no podía decirme adiós, con los demás, abajo? ¿Tú entiendes a esta curiosa mujer?

—Creo que sí.

Hizo una pausa, jugueteó con el cabello sobre la frente de Ovid.

—A la señorita Minerva le gustas mucho. Pobrecita... —dijo ella con inocencia.

—¿Que le gusto?

El tono de sorpresa que él expresó no sirvió para atraer la atención de Carmina, que tranquilamente varió la frase que acababa de pronunciar.

—La señorita Minerva te tiene en mucha estima... y sabe que tú no le correspondes —explicó mientras continuaba jugueteando con el cabello de Ovid—. Quiero ver cómo te queda —continuó—, cuando lo partimos por el centro. ¡No! Te queda mejor como lo llevas siempre. ¡Qué guapo eres, Ovid! ¿No te gustaría que yo fuese guapa también? Todo el mundo en la casa te quiere y todo el mundo lamenta que te vayas. Me gusta la señorita Minerva, me gusta todo el mundo por querer tanto a mi amado, amado héroe. ¡Oh!, ¿qué haré cuando pase un día tras otro y sólo te tenga cada vez más lejos de mí? ¡No! No lloraré. No te irás con un corazón pesaroso si puedo evitarlo, querido mío. ¿Dónde está tu foto? Me prometiste tu foto. Déjamela ver. ¡Sí!, es como tú, pero no del todo. Pensaré en ella cuando esté sola. Amor mío, tiene tus mismos ojos, ¡pero no tiene la divina amabilidad y bondad que veo en ellos!

Hizo una pausa y apoyó la cabeza en el pecho de Ovid.

—Lloraré a pesar de mi resolución si continúo mirándote. No nos miraremos... no hablaremos... puedo sentir tu brazo rodeándome... y puedo oír tu corazón. El silencio es lo mejor. Me habían hablado de gente que muere feliz, y nunca lo había entendido antes. Creo que podría morir feliz, ahora.

Carmina puso la mano sobre los labios de él antes de que pudiera reprobarla, y se acurrucó junto a él.

—¡No digas nada! —dijo con dulzura—. ¡No digas nada!

No se movieron, no hablaron, esa felicidad silenciosa era la mejor felicidad... mientras duró. La señora Gallilee rompió el encanto. Abrió de repente la puerta, señaló el reloj y se fue otra vez. La cruel hora había llegado: se hicieron las últimas promesas, compartieron los últimos besos y se abrazaron por última vez. Mientras él se iba, ella se dejó caer en el sofá con un gesto de súplica para que se fuera mientras le quedaran fuerzas para controlarse. Antes de marcharse, al llegar a la puerta, él miró a su alrededor... y después todo se acabó.

Ya a solas en el descansillo, a Ovid le cayeron las lágrimas precipitadamente. Sufrimiento y pena intentaron con todas sus fuerzas sacar lo mejor de su hombría: lo habían conseguido sacudir, pero no adueñarse de él. Ya se había calmado cuando se reunió con los miembros de la familia que lo esperaban en la biblioteca.

Siempre actuando ejemplarmente, como solía, la señora Gallilee se encaramó a su pedestal hogareño. Honró a su hijo con otro beso y le recordó que le esperaba el tren.

—Tú y yo nos entendemos, Ovid... sólo te quedan cinco minutos. Escribe cuando llegues al Quebec. ¡Ahora, Maria! Despídete.

Maria se presentó ante su hermano con una elegancia que honraba al profesor de baile de la familia. Sus breves palabras de despedida fueron un modelo de amabilidad.

—Querido Ovid, tan sólo soy una niña, pero me siento realmente preocupada por la recuperación de tu salud. En esta estación del año tan propicia puedes confiar en tener un feliz viaje. Por favor, acepta mis mejores deseos.

Ofreció su mejilla para que la besase, dando la impresión de una persona joven que hubiera cumplido con su deber... y lo supiera. El señor Gallilee (retirado detrás de las cortinas de la ventana) apareció a una señal de su mujer. Una de sus rollizas manos sostenía un puñado de cigarros, la otra agarraba una enorme y nueva petaca de viaje (la mayor en su categoría).

—Mi querido muchacho, es posible que haya buen brandy y cigarros a bordo, pero no es ésa la experiencia que yo he tenido en los barcos de vapor... ¿ha sido también la tuya? —se detuvo para consultar con su mujer—. Querida, ¿ha sido la tuya?

La señora Gallilee sostenía la «Guía Ferroviaria» y la agitaba de forma ostensible. El señor Gallilee continuó con premura.

—Hay buena mercancía en esta petaca, Ovid, si te parece bien. Tiene... cuarenta y cinco años... ¿te gustaría probarla? ¿Quieres probarla, querida?

La señora Gallilee agarró la «Guía Ferroviaria» de nuevo con una mirada terrible. Su marido metió la gran petaca en uno de los bolsillos de Ovid y los cigarros en el

otro.

—Encontrarás consuelo en ello cuando estés lejos de nosotros. ¡Qué Dios te bendiga, hijo mío! ¿No te importa que te llame hijo? No te podría querer más si fuera de verdad tu padre. Vamos a separarnos lo más contentos posibles —dijo el pobre señor Gallilee con las lágrimas rodándole sin disimulo por sus rollizas mejillas—. Nos podemos escribir... ¿verdad? ¡Oh, querido!, ¡querido! Quisiera llevarlo tan bien como Maria. ¡Zo!, ven y dale un beso, pobrecita. ¿Dónde está Zo?

La señora Gallilee dio con ella y arrastró a Zo desde debajo de la mesa hasta hacerla visible. Ovid sentó a su hermana pequeña en sus rodillas y le preguntó por qué se había escondido.

—¡Porque no quiero despedirme! —exclamó, expresando su motivo con un apasionado estallido de pena que la sacudió de los pies a la cabeza—. ¡Llévame contigo, Ovid, llévame contigo!

Él hizo todo lo que estuvo en su mano para consolarla, en circunstancias adversas. La voz de aviso de la señora Gallilee sonaba como un toque de difuntos: «¡Es la hora, es la hora!». La voz chillona de tiple de Zo sonaba aún más alta. Zo estaba resuelta a escribir a Ovid si no se le permitía ir con él.

—Papi te va a escribir... ¿por qué yo no? —gritaba entre sollozos.

—Querida Zoe, eres demasiado joven —apuntó Maria.

—¡Malditas tonterías! —dijo entre sollozos el señor Gallilee—, ¡ella escribirá!

—¡Es la hora, es la hora! —insistió la señora Gallilee.

Sin tomar parte en la disputa, Ovid le entregó dos sobres a Zo, tranquilizándola en ese sentido. Corrió hacia la entrada y echó un vistazo a las escaleras que llevaban a la sala. Carmina estaba en el descansillo esperándolo para una última mirada de despedida. En el último tramo de escaleras, sin ser vista desde la entrada, la señorita Minerva observaba la escena de la partida. Sin preocuparse ni de los trenes ni de los barcos, Ovid subió corriendo hacia Carmina; un beso, otro beso y después, se fue hacia el portal con Zo pisándole los talones e intentando entrar en la carroza con él. Una última palabra cariñosa para la niña mientras la traían de vuelta hacia la casa, una última mirada a los rostros de la familia en el portal, un último esfuerzo para resistir ese anticipo de la muerte que amarga todas las despedidas humanas... ¡y Ovid se fue!

# Libro II



## Capítulo XXI

La tarde del día siguiente a la partida de Ovid, las tres mujeres de la casa se encontraban en estado de recogimiento: cada una en su habitación.

El escritorio en el tocador de la señora Gallilee estaba cubierto de cartas, la libreta de ahorros de su banco y su talonario de cheques estaban también sobre la mesa. Los asuntos del señor Gallilee hacía ya tiempo que habían quedado completamente en manos de su mujer, como si él estuviera muerto. Una hoja de papel se encontraba cerca del talonario de cheques llena de cálculos divididos en dos columnas: las cantidades de la columna derecha estaban en una sola línea en lo alto de la página, las cantidades de la columna izquierda llenaban la página de arriba abajo. Con el abanico en su mano y su pluma en el tintero, la señora Gallilee esperaba, sin dejar de pensar.

Era el día más caluroso de la estación, y en esa sofocante tarde todas las mujeres rechonchas de Londres se abanicaban, y la señora Gallilee seguía la tónica general. Cuando miraba a su derecha, sus cálculos mostraban el saldo bancario; cuando miraba a su izquierda, mostraban sus deudas: algunas en parte pagadas y otras no pagadas en absoluto. Si se hartaba de esta perspectiva y volvía a sus cartas en busca de alivio, se enfrentaba a amables cartas que le reclamaban dinero, en primer lugar, de tenderos y, en segundo lugar, de secretarías de entidades caritativas conocidas. Aquí y allí, había las más variadas invitaciones a fiestas, lo que supondría incurrir en más responsabilidades económicas: vestidos nuevos y reconocimientos de la hospitalidad recibida mediante comidas y reuniones en casa para deliberar sobre asuntos de interés. Dinero que adeudaba, o dinero que debía gastar, siempre desembolsar dinero... ¿pero de dónde sacarlo?

En lo que se refería a sus recursos económicos, se hallaba equidistante de la esperanza y del miedo. Regularmente, dos veces al año, los mismos ingresos de dinero entraban procedentes de las mismas inversiones. Lo que podía pagar en el futuro estaba mucho más claro para ella que lo que podría llegar a deber. Con tacto y manejo de la situación sería posible satisfacer en parte a los acreedores y mantener las apariencias durante seis meses más; así que, como sus reflexiones la habían llevado a esta conclusión, también le permitían extender los talones.

¿Pero tras los seis meses, qué?

Antes que nada, acabó la correspondencia pendiente con los tenderos y, a continuación, decidió qué contribuciones caritativas hacer; una vez hecho esto, esta matrona de acero cogió de nuevo su abanico, se refrescó y encaró los problemas que vendrían en el futuro.



Ovid era la figura central en las perspectivas futuras. Si vivía entregado a su profesión y no se casaba, siempre sería para la señora Gallilee su último recurso. Durante los años anteriores, gracias a sus ganancias profesionales había añadido una cantidad importante de dinero a los haberes que había heredado de su padre. Como vivía desahogadamente, y al no tener gustos caros, había ahorrado algunas miles de libras, por la simple razón de que no sabía qué más se podía hacer con ellas. Hasta ahora, la generosidad que había tenido el hermano de la señora Gallilee con ella había evitado que ésta se encontrara en la dura necesidad de confesarlo todo a su hijo. Tal como estaban las cosas ahora, ella debería rebajarse a contarle la humillante verdad; y Ovid haría (sin una mujer que controlara sus instintos generosos) lo que ya había hecho su tío (sin una mujer que controlara sus instintos generosos).

Ésas eran las perspectivas si su hijo permanecía soltero; sin embargo, su hijo había resuelto casarse con Carmina. ¿Cuál sería el resultado si ella era lo suficiente débil como para permitirlo?

No sería un resultado, sino tres: uno natural, otro legal y otro más pecuniario.

El resultado natural sería... hijos.

El resultado legal (si tan sólo uno de esos hijos vivía) sería la pérdida para la señora Gallilee y sus hijas de la espléndida fortuna reservada para ellas en el testamento si Carmina moría sin descendencia.

El resultado pecuniario sería (sumando los ingresos del marido y de la esposa) de alrededor ocho mil libras al año para la joven pareja de recién casados.

¿Cuánto costaría un préstamo para pagar a los acreedores de la suegra? Al juzgar a Carmina por el mismo rasero que ella misma (¿por qué otro rasero si no juzgamos en realidad a nuestros congéneres, no importa lo inteligentes que podamos ser?), la señora Gallilee pensó que no le dejarían ni un cuarto de penique para ayudarla a pagar sus deudas, las cuales se iban incrementado de forma continuada con cada nueva concesión hecha a las exigencias de la vida social. La joven señora de Ovid Vere, a la cabeza del hogar, tendría el grandioso ejemplo de su otra tía. Aunque su lugar de residencia no fuera un palacio, ella sería realmente muy poca cosa si no llegaba a gastar ocho mil libras al año haciendo un esfuerzo para ser digna de la posición social de Lady Northlake. Si añadimos a eso, a la vista del matrimonio previsto por Ovid, la pérdida de mil libras anuales garantizadas por testamento a la tutora de Carmina mientras la pupila permaneciera bajo su cuidado... quedaba completada la constatación del desastre.

Deberemos abandonar esta casa y resignarnos a ser los parientes pobres de Lady Northlake... éste es el precio que pago si Ovid y Carmina se convierten en marido y mujer.

Dejó con tranquilidad su abanico al tiempo que pensaba de esta manera sobre sí misma. La trivial acción y la mirada que la acompañaba tenían un significado

siniestro en sí que iba más allá de las palabras; Ovid ya estaba en alta mar y Teresa andaba lejos, en Italia.

El reloj de la repisa de la chimenea tocó las cinco, la puntual camarera apareció con la acostumbrada taza de té de la señora. La señora Gallilee preguntó por la institutriz y la sirvienta contestó que la señorita Minerva estaba en su habitación.

—¿Dónde están las señoritas?

—El amo se las ha llevado a dar un paseo.

—¿Ya han tomado su clase de música?

—Todavía no, señora, el señor Le Frank dejó dicho ayer que esta tarde vendría a las seis.

—¿Sabe eso el señor Gallilee?

—He oído a la señorita Minerva decírselo al amo, mientras yo ayudaba a las señoritas a prepararse.

—Muy bien, dígale a la señorita Minerva que venga a hablar conmigo.

La señorita Minerva estaba sentada ante la ventana abierta de su habitación, mirando con gesto ausente la parte trasera de las casas en la calle debajo de Fairfield Gardens.

La maldad volvía a dominar, su espíritu. También ella estaba pensando en Ovid y Carmina, su memoria estaba repleta de las escenas de despedida del día anterior.

Cuanto más pensaba en todo lo que había sucedido en ese corto espacio de tiempo, con mayor amargura se hacía reproches a sí misma. Su gran debilidad la había degradado abiertamente, sin apenas más que un tímido intento de resistencia por su parte. El miedo a traicionarse a sí misma si accedía a despedir al hombre al que amaba en secreto, en presencia de su familia, la había forzado a pedir un favor a Carmina, y pedirselo bajo unas circunstancias que podrían haber llevado a su, rival a sospechar la verdad. Una vez admitida la entrevista privada con Ovid, no había podido controlar su turbación y, aún peor, en su ansia ingobernable por causar una impresión favorable a Ovid en su despedida había prometido (prometido honestamente, en ese momento de impulso) ¡hacer de la felicidad de Carmina su exclusiva preocupación! ¡Carmina, que había alejado a Ovid de ella, que lo había abrazado cuando él subió las escaleras y que lo había besado (besado con fervor, sin vergüenza) delante de los sirvientes en el vestíbulo!

Se estremeció hasta los huesos y se levantó enloquecida por la rabia provocada por sus propios recuerdos. De pie ante la ventana, se asomó y miró hacia abajo, al suelo del patio: estaba lo suficiente lejos como para matarla al instante si caía en él. En el punto culminante de su ira le invadió el frío y el embate sigiloso de la desesperación. Se inclinó en el alféizar... ella no tenía miedo... lo podría haber hecho, pero se produjo una interrupción tonta: alguien habló desde la puerta.

Era la camarera que, en lugar de entrar en la habitación, habló desde la puerta

abierta. Ella era una de los varios enemigos que tenía la señorita Minerva en la casa.

—La señora Gallilee desea verla —dijo, cerrando la puerta de nuevo en el mismo instante en que acababan de salir las palabras de su boca.

—¡La señora Gallilee!

El mismo nombre estaba repleto de promesas en ese instante, sugería esperanza... despiadada esperanza.

Abandonó la ventana y se miró en el espejo: su demacrada cara resultaba terrible de mirar incluso para ella misma. Derramó agua y colonia en la palangana y se lavó su cara ardiente y sus ojos, su greñado cabello negro era lo siguiente que merecería su atención. Desplegó casi tantos esfuerzos por estar bien como si hubiera debido presentarse ante el mismo Ovid.

«Debo presentar una apariencia calmada —pensó, siempre tan lejos de sospechar que su jefa había adivinado su secreto—, o su madre podría descubrirme».

Le temblaban las rodillas, así que se sentó y se tomó un minuto para relajarse.

¿Se la solicitaba meramente para alguna consulta doméstica cotidiana? O ¿existía realmente la oportunidad de que el tema de Ovid y Carmina saliera a relucir en la inminente conversación?

Ella creía lo que ansiaba: ella creía que había llegado el momento en que la señora Gallilee necesitaba a un aliado... o quizás a un cómplice. Permitir que su único objetivo sea sólo la separación de los dos primos... y la señorita Minerva estaba ansiosa por ayudarla en cualquier función. ¿Supongamos que ella fuera demasiado cautelosa para mencionar su objetivo? En ese caso, la señorita Minerva estaba igualmente lista para lo que su jefa necesitara. La duda que provocaron sus infructuosas sugerencias a Carmina, cuando estaban a solas en la habitación de la chica... la duda de si la pista para el descubrimiento de los motivos de la señora Gallilee no se encontraba en esa última parte del testamento que ella no había podido oír desde lejos, estaba tan presente como siempre en la mente de la institutriz.

«La sabia señora no es infalible —pensó mientras entraba en la habitación de la señora Gallilee—. ¡Si una sola palabra imprudente le ronda los labios, la detectaré!».

Al principio, el comportamiento de la señora Gallilee fue alentador: había dejado su escritorio y ahora se mostraba a sí misma reclinada en una cómoda silla, cansada y descorazonada: la imagen de una mujer que necesita la ayuda de un amigo.

—Me duele la cabeza de tanto sumar importes y escribir cartas —dijo—. Desearía que terminara la correspondencia por mí.

La señorita Minerva tomó el sitio de la señora Gallilee en el escritorio y al instante descubrió que terminar la correspondencia era un falso pretexto. Faltaba enviar a tres secretarías sendos talones para suscripciones caritativas pagaderas en tal fecha, juntamente con la acostumbrada carta. En cinco minutos las cartas estuvieron listas para ser enviadas por correo.

—¿Alguna cosa más? —preguntó la señorita Minerva.

—No, que recuerde. ¿Le importaría darme mi abanico? Me siento sin fuerzas por completo para poder hacer nada; estoy terriblemente deprimida hoy.

—El calor ¿quizás?

—No, los gastos. Cada año parecen incrementarse las demandas sobre nuestros recursos económicos. En principio, no me gusta vivir de acuerdo con nuestros ingresos; pero estoy obligada a hacerlo.

Esto era otro falso pretexto (claramente detectado por la mirada experimentada de la institutriz) usado para introducir el verdadero objeto de la entrevista, algo que podría surgir por sí mismo de forma accidental en el curso de la conversación. La señorita Minerva expresó el necesario pesar con inocente y buena disposición.

—¿Podría sugerir un poco de ahorro? —preguntó, con una seriedad impenetrable.

—Un consejo admirable —admitió la señora Gallilee—, pero ¿cómo se ha de hacer? Esas suscripciones, por ejemplo, son más de lo que debería dar. ¿Y qué ocurre si disminuyo la cantidad? Me expongo a un agravio comparativo con otra gente de nuestro rango social.

La señorita Minerva aún jugaba el papel que se esperaba de ella, pacientemente.

—Quizás podría pasar con un solo carruaje —aventuró ella.

—Mi buena mujer, ¡mire la gente que posee un solo carruaje! En mi situación social, ¿puedo yo descender a ese nivel? No se crea, a mí estas cosas me importan un bledo. Mi único orgullo y placer en la vida es el orgullo y placer de cultivar mi mente; sin embargo, tengo por hermana a Lady Northlake, y no debo ser indigna por completo de mis relaciones familiares. Tengo dos hijas y debo pensar en sus intereses. En unos pocos años, Maria será presentada en la corte. Gracias a usted, será una de las chicas más logradas de Inglaterra. Piense en la madre de Maria en un carruaje de un solo caballo. ¡Mi niña querida! Hábleme un poco de cómo van sus lecciones, ¿van igual de bien que siempre?

—Examínela usted misma, señora Gallilee. Puedo responder del resultado.

—¡No, señorita Minerva! Tengo demasiada confianza en usted como para hacer algo semejante. Por otro lado, en uno de los logros más importantes de Maria, dependo por completo de usted. No sé nada de música. Usted no es la responsable de su progreso en este ámbito, pero aun así, ¿me gustaría saber si está satisfecha con los avances de Maria en música?

—Bastante satisfecha.

—No piensa que está llegando... ¿cómo lo podría expresar?... digamos ¿más allá del alcance de la enseñanza del señor Le Frank?

—Sin duda que no.

—¿Quizás usted consideraría al señor Le Frank como alguien que tiene la misma instrucción que otro alumno mayor y con conocimientos más avanzados que los de

Maria?

Hasta ahora, la señorita Minerva había contestado a las preguntas a las que había sido sometida con una bien disimulada indiferencia. Esta última pregunta despertó su atención. ¿Por qué, por vez primera, la señora Gallilee mostraba interés por la capacidad como profesor del señor Le Frank? ¿Quién sería ese «alumno mayor y con conocimientos más avanzados» que las anteriores preguntas habían preparado tan bien para que hiciera su aparición en la conversación? Sintiendo que entraba en terreno resbaladizo, la institutriz continuó de forma cautelosa.

—¿No puede darme una contestación más definitiva que ésta? —preguntó la señora Gallilee.

—Ignoro por completo, señora, el dominio musical del alumno al cual usted se refiere. Ni tan sólo sé (lo cual se añade a mi perplejidad) si está usted hablando de una señorita o de un caballero.

—Estoy hablando —dijo la señora Gallilee con tranquilidad— de mi sobrina, Carmina.

Esas palabras apaciguaron cualquier otra duda que la señorita Minerva pudiera tener en mente. La alusión al nombre de Carmina, introducido con una preparación tan elaborada, sólo podía desembocar, a su debido tiempo, en el tema del matrimonio de Carmina. A través de métodos indirectos de acercamiento, la señora Gallilee había llegado por fin al objetivo que ella tenía a la vista.

## Capítulo XXII

Hubo un intervalo de silencio entre las dos mujeres. La señora Gallilee esperaba que la señorita Minerva hablara a continuación; ésta esperaba que la señora Gallilee se confiara a ella. Los gorriones piaban en el jardín y a lo lejos, en la clase, las notas del piano anunciaban que la clase de música había empezado.

—Los pájaros son ruidosos —dijo la señora Gallilee.

—Y el piano suena desafinado —observó la señorita Minerva.

No había más salida: la señora Gallilee debía volver al tema que tenían entre manos, o el tema se quedaría a un lado.

—Siento que no me haya hecho entender... —prosiguió la señora Gallilee.

—Lo siento, he sido muy tonta —confesó la señorita Minerva. Resignada a las circunstancias, la señora Gallilee planteó la pregunta que se había quedado en el aire, pero de otra manera.

—Estamos hablando del señor Le Frank como profesor y de mi sobrina como alumna —dijo—. ¿Ha sido capaz de formarse alguna opinión sobre las habilidades musicales de Carmina?

La señorita Minerva permaneció tan prudente como siempre.

—No he tenido ocasión de formarme una opinión —contestó.

La señora Gallilee respondió a esta cautelosa respuesta jugando su mejor baza. Entregó una carta a la señorita Minerva.

—He recibido una propuesta del señor Le Frank —dijo—. ¿Me dirá lo que piensa de ella?

La carta era corta y servil. El señor Le Frank presentaba sus respetos, y si la encantadora sobrina de la señora Gallilee tenía la necesidad de recibir enseñanza musical, él se aventuraba a esperar que pudiera caberle el honor y la felicidad de supervisar sus estudios. Al volver a mirar la parte superior de la carta, la institutriz descubrió que la modesta petición llevaba fecha de hacía seis días.

—¿Ha contestado al señor Le Frank? —preguntó.

—Tan sólo para decirle que tendré en cuenta su petición —replicó la señora Gallilee.

¿Había esperado a que se marchara su hijo antes de comprometerse a una decisión? En el supuesto de que éste fuera el caso, la señorita Minerva se dispuso a hacer memoria. La primera vez que la señora Gallilee decidió contratar a un profesor de música para enseñar a las niñas, su hijo había desaprobado contratar al señor Le Frank. Valía la pena tener en cuenta tal circunstancia.

—¿Ve algún inconveniente en aceptar la propuesta del señor Le Frank? —preguntó la señora Gallilee.

La señorita Minerva vio una objeción en el acto y, gracias a su esfuerzo en hacer memoria, descubrió una forma especialmente sutil de exponerla.

—Creo algo delicado que yo dé mi opinión —dijo con modestia.

La señora Gallilee estaba sorprendida.

—¿Alude al señor Le Frank? —preguntó.

—No. No dudo que sus enseñanzas podrían ser de ayuda a cualquier jovencita.

—¿Está pensando en mi sobrina?

—No, señora Gallilee. Estoy pensando en su hijo.

—¿En qué sentido, si no le importa decírmelo?

—En este sentido: creo que su hijo pondría objeciones a contratar al señor Le Frank como profesor de Carmina.

—¿Por motivos musicales?

—No, por motivos personales.

—¿Qué quiere decir?

La señorita Minerva explicó lo que quería decir.

—Creo que se ha olvidado de lo que pasó cuando al principio contrató al señor Le Frank para enseñar a Maria y Zoe. Su apariencia personal produjo una impresión desfavorable en su hijo, y el señor Ovid hizo una serie de pesquisas que usted creyó que no eran necesarias. Perdóneme si insisto en mencionar las circunstancias, es un deber que tengo conmigo misma para justificar mi opinión... una opinión, me hará el favor de recordar, que no he dado de forma voluntaria. Las investigaciones del señor Ovid desembocaron en un informe bastante desagradable que relacionaba al señor Le Frank con una jovencita que había sido una de sus alumnas.

—¡Una calumnia abominable, señorita Minerva! Me sorprende que se refiera a ello.

—Me estoy refiriendo, señora, al punto de vista que tiene el señor Ovid sobre el tema. Si el señor Le Frank no hubiera conseguido defenderse con éxito, por supuesto, no habría sido recibido en esta casa. Sin embargo, su hijo tenía su propia opinión sobre esa defensa. En aquel entonces yo estaba presente y le oí comentar que si Maria y Zoe hubieran sido mayores, habría aconsejado contratar a un profesor de música que no tuviera unos falsos informes en su contra que precisaran refutación; pero como sólo eran niñas, no diría nada más. Esto es lo que tenía presente cuando di mi opinión. Creo que el señor Ovid se enfadará cuando sepa que el señor Le Frank es el profesor de música de su prima. Y si algún chismorreo, insensato llega hasta él en su ausencia, me temo que podría acarrear resultados inconvenientes... me refiero a malentendidos difíciles de aclarar por correspondencia y que, por consiguiente, al final lleven muy probablemente a la desconfianza y a los celos.

En este punto la señorita Minerva hizo una pausa, cruzó las manos en su regazo y esperó a ver qué era lo próximo que vendría. Si la señora Gallilee pudiera haber mirado en ese momento en el interior de su mente igual que en su rostro, habría podido leer los pensamientos de la señorita Minerva en estos claros términos: «Todo este tiempo, señora, ha estado manteniendo las apariencias sobre sus intenciones frente a cualquier intento de averiguar la verdad. Está a punto de utilizar al señor Le Frank como medio para causar problemas entre Ovid y Carmina. Si se hubiera confiado a mí, quizás hubiera estado dispuesta a ayudarla. Tal y como están las cosas, por favor dese cuenta de que no he caído en la trampa que me ha tendido. Si el señor Ovid descubre su pequeño complot, no podrá echarle la culpa al consejo de su institutriz».

La señora Gallilee sintió que había medido sus fuerzas de nuevo con las de la señorita Minerva, y que de nuevo había resultado vencida. Con toda confianza, ella había contado con el secreto sentimiento que la institutriz sentía por su hijo para alentar sin ambages ni desconfianzas cualquier proyecto que promoviera el distanciamiento entre Ovid y Carmina. Ahora no había más alternativa que colocar el primer obstáculo en el camino del matrimonio, bajo su única responsabilidad.

—No dudo de que haya hablado con sinceridad —dijo—, pero no ha hecho justicia al excelente sentido común de mi hijo y (cosa bastante natural en su posición) es incapaz de juzgar la fiel unión de él con Carmina.

Habiendo clavado su púa, la señora Gallilee hizo una pausa para observar el efecto causado. Ni el más mínimo resultado visible la recompensó, así que continuó hablando:

—Casi las últimas palabras que me dijo expresaron su confianza... su cariñosa confianza... en mi sobrina. La sola idea de que él pudiera estar celoso de nadie, y en especial de una persona como el señor Le Frank, es simplemente ridícula. Estoy sorprendida de que no lo vea así.

—Lo podría ver así de claro, como usted —replicó la señorita Minerva con tranquilidad—, si Ovid estuviera en casa.

—¿Qué diferencia supone?

—Perdóneme... supone una gran diferencia, en mi opinión. Se ha ido para un largo viaje, y se ha ido enfermo. Tendrá sus horas de depresión. En esos momentos, las nimiedades son cosas importantes, e incluso las palabras bienintencionadas... en las cartas... a veces son malinterpretadas. No puedo ofrecer mejores disculpas por lo que he dicho, y sólo siento que haya dado tan insatisfactoria respuesta a su halagadora confianza en mí.

Habiendo clavado su púa, la señorita Minerva se levantó para retirarse.

—¿Tiene más órdenes para mí? —preguntó.

—Me gustaría estar segura de que no la he entendido mal —dijo la señora



Gallilee—. ¿Considera que el señor Le Frank es competente como director de estudios musicales para cualquier jovencita? Gracias. Sobre el punto que quería consultarle, mi conciencia ya está tranquila. ¿Sabe dónde está Carmina?

—En su habitación, creo.

—¿Tendrá la bondad de enviármela?

—Con el mayor placer. ¡Buenas tardes!

Así acabó el primer intento de la señora Gallilee de utilizar a la señorita Minerva sin confiar en ella.

## Capítulo XXIII

La señora de la casa y la institutriz de la casa tenían sus razones especiales para retirarse a sus habitaciones. Carmina estaba a solas por necesidad. Los únicos amigos que la pobre chica podía reunir a su alrededor en ese momento eran los ausentes y los muertos.

Había escrito a Ovid, sólo por el placer de pensar que su carta lo acompañaría en el vapor-correo que había tomado Ovid en su viaje al Quebec. Había escrito a Teresa. Había abierto su piano y tocado la música divinamente bella de Mozart, hasta que su ternura la entristeció, y cerró el instrumento con el corazón dolorido. Durante un rato se quedó sentada junto a la ventana, pensando en Ovid. El declive del día tenía sus melancólicas afinidades con el declive de la vida. A medida que la tarde transcurría, su soledad se había vuelto cada vez más dura de soportar. Había llamado a la criada y preguntado si la señorita Minerva estaba libre; ésta había sido llamada por la señora Gallilee. ¿Dónde estaba Zo? En la clase, esperando hasta que el señor Le Frank hubiera acabado con Maria, para su turno al piano. Al quedarse a solas de nuevo, Carmina abrió su relicario y puso el retrato de Ovid junto a aquél, sobre la mesa. Su triste imaginación revivió a sus difuntos padres... Imaginando a su amado estando presente ante ellos... lo vio ganándose sus corazones con su voz cordial, su dulce sonrisa, su sabiduría y sus amables palabras. Al entrar la señorita Minerva la encontró aún absorta en su propio pequeño y melancólico ensueño, recordando a los ausentes, reviviendo a los muertos: como si estuviera cerca del final de su vida. Con sólo diecisiete años. ¡Ay de Carmina, sólo diecisiete años!

—La señora Gallilee desea verte.

—¿Algo va mal? —preguntó Carmina sobresaltada.

—No, ¿qué te ha hecho pensar eso?

—Hablas de una forma tan extraña. ¡Oh, Frances! ¡He estado anhelando que vinieras a hacerme compañía! Y ahora estás aquí y me miras tan fríamente como si te hubiera ofendido. ¿Quizás no te encuentras bien?

—Eso es, no me encuentro bien.

—¡Coge un poco de mi agua de lavanda! Déjame que te lave la frente y después remójate en ella para refrescarte de este tiempo tan caluroso. ¿No? Siéntate, querida, en cualquier caso, ¿qué desea mi tía de mí?

—Creo que haré mejor en no decírtelo.

—¿Por qué?

—Seguro que tu tía te pregunta qué te he dicho. He probado su genio, ¡tú sabes

cómo es su genio! Me ha enviado aquí en lugar de enviar a la criada por si pudiera cometer alguna imprudencia. Te transmito su mensaje exactamente como la sirvienta podía habértelo dado; y tú podrás contestar con la conciencia tranquila. ¡No más preguntas!

—Una más, por favor. ¿Tiene que ver con Ovid?

—No.

—Entonces mi tía puede esperar un poco. ¡Pero siéntate! Quiero hablar contigo.

—¿Sobre qué?

—¡Sobre Ovid, por supuesto!

En ese mismo instante, el tono de voz y la mirada de Carmina tranquilizaban a la señorita Minerva. La conducta que había tenido el día de la marcha de Ovid no había despertado ninguna sospecha que pudiera provocar celos en su inocente rival. Pero no aceptó sentarse a hablar.

—Ya te he dicho que tu tía está de muy mal humor —dijo—. Ve a verla de una vez.

Carmina se levantó con desgana.

—Había tantas cosas que quería decirte —comenzó, pero una serie de pequeños y rápidos golpes en la puerta la interrumpieron.

¿Tenía prisa la persona que estaba llamando? La persona resultó ser la discreta y astuta Maria; ésta se disculpó con Carmina dulcemente y se volvió hacia la señorita Minerva con pesar.

—Siento decir que se la solicita en la clase. El señor Le Frank no puede hacer nada con Zoe. ¡Oh!, ¡Dios mío! —suspiró por la picardía de su hermana y esperó instrucciones.

El hecho de que se reclamase a la señorita Minerva, fuera cual fuera la circunstancia, constituyó un alivio para ésta. El caluroso recibimiento de Carmina la había irritado de la forma más incomprensible. Se sentía enfadada consigo misma por estar irritada, y se sintió con deseos de insultar a la muchacha por creer en ella: «Tonta, ¿es que no ves lo que hay dentro de mí? ¿Por qué no escribes a ese otro tonto que está enamorado de, ti y le cuentas cómo os odio a los dos?». Si no hubiera sido por su temple, le podían haber salido inmediatamente palabras tan descabelladas como ésas. La aparición de Maria había sido increíblemente bien recibida.

—Di que te seguiré de inmediato —contestó.

Maria, en el lenguaje teatral, había conseguido una salida por la puerta grande. Con unas cuantas palabras atropelladas de disculpa, la señorita Minerva se dispuso a seguirla. Carmina la detuvo en la puerta.

—¡No seas muy dura con Zo...! —dijo.

—Debo hacer mi tarea —contestó la señorita Minerva, con dureza.

—Nosotras mismas éramos traviesas de pequeñas —suplicó Carmina—, sin ir

más lejos, el otro día tomó pan y agua para merendar. ¡Estoy tan encariñada con Zo...! Y además... —le dirigió una mirada de duda a la señorita Minerva—, no, creo que el señor Le Frank sea el tipo de hombre adecuado para tratar con niños.

Esta opinión despertó la curiosidad de la institutriz, sobre todo tras lo que acababa de ocurrirle con la señora Gallilee.

—¿Qué es lo que te hace decir eso? —preguntó.

—Bueno, querida, es que el señor Le Frank es tan feo... ¿No estás de acuerdo conmigo?

—Creo que deberías guardarte la opinión para ti misma. Si él lo oye...

—¿Es que es vanidoso? Mi pobre padre solía decir que todos los malos músicos son vanidosos.

—¿No estarás llamando al señor Le Frank mal músico?

—¡Oh!, ¡Sí lo hago! Lo escuché en su concierto y tan sólo ejecutaba la música de la forma más mecánica que pueda haber. Ese hombre es tan bueno tocando como una caja de música. ¡Así es cómo lo hace!

Su añinado buen humor había revivido en compañía de su amiga; se giró hacia el piano alegremente y se divirtió a sí misma imitando al señor Le Frank.

Otro golpe en la puerta —esta vez un único e imperioso golpe— detuvo la actuación. La señorita Minerva había dejado la puerta entornada, cuando Carmina evitó que abandonara la habitación.

Ahora, Carmina miró a través del espacio abierto y descubrió al señor Le Frank.

Su cabeza calva temblaba, su aspecto rubicundo estaba lívido por la rabia contenida.

—¡Esa pequeña diabla ha salido pitando! —dijo, y salió corriendo escaleras abajo de nuevo, como si no se atreviera a fiarse de sí mismo para pronunciar una sola palabra más.

—¿Me habrá oído? —preguntó Carmina consternada.

—Es posible que sólo te haya oído tocar.

Al ofrecer esta esperanzada opinión, la señorita Minerva no albergaba ninguna duda en su propia mente acerca que el señor Le Frank era un perfecto conocedor de la opinión que tenía Carmina de él. Era bastante fácil entender que debía informar a la institutriz de un incidente tan completamente fuera del alcance de su propio cometido como la fuga de Zo. Sin embargo, era imposible interpretar que la rabia furiosa que su aspecto delataba podía haber sido provocada por una niña que se había saltado una lección. No: el más vanidoso de los hombres y de los músicos había oído que era feo y que su interpretación al piano parecía salida de una caja de música.

Abandonaron juntas la habitación: Carmina (a disgusto) para ver a su tía, la señorita Minerva (meditando sobre lo que había pasado) para encontrar a la fugitiva Zo.

El lacayo ya le había ahorrado el problema de buscar por la casa. Había visto salir corriendo a Zo con el cabello al aire hacia la plaza, y la había seguido de inmediato. La joven rebelde fue encerrada bajo llave.

—¡No me importa, odio al señor Le Frank! —había dicho Zo.

La mente de la señorita Minerva estaba demasiado preocupada para fijarse en ese empeoramiento en los desplantes de su alumna. Algo absorbía su atención: la conversación que estaban manteniendo Carmina y su tía.

¿Cómo prosperaría el plan de la señora Gallilee ahora? El señor Le Frank podría, o no, aceptar ser el profesor de Carmina. No obstante, otra consecuencia era segura: la señorita Minerva conocía a fondo la naturaleza vengativa de ese hombre, y él nunca perdonaría ni olvidaría que era el enemigo de Carmina de por vida.

## Capítulo XXIV

El mes de julio se acercaba a su fin.

Durante la mañana del día 28, Carmina estaba ocupada contestando una carta que había recibido de Teresa. Su respuesta describía una serie de sucesos domésticos acaecidos durante un periodo de grave importancia en su vida, bajo el techo de la señora Gallilee. Traducida del italiano, la carta se expresaba en los siguientes términos:

«¿Querida, estás irritada conmigo por tardar tanto a contestar a tus tristes noticias de Italia? No tengo más que una excusa que ofrecerte.

¿Crees que puedo tener conocimiento de la preocupación por tu esposo y no sentir el deseo de ayudar a soportar tu carga escribiéndote con alegría sobre mí misma? Una y otra vez he pensado en ti y he abierto mi escritorio. Mi ánimo me ha fallado, y lo he vuelto a cerrar de nuevo. ¿Es que ahora estoy en un estado de ánimo más feliz? Sí, mi buena y vieja niñera, me siento más feliz. He recibido carta de Ovid.

Ha llegado bien y sin novedad al Quebec, y ya se está empezando a encontrar mejor después del viaje. ¡No te puedes imaginar con qué belleza, con qué ternura escribe! Cuando leí su carta, casi me resigné a su ausencia. ¿Puede eso darte una idea de la felicidad y consolación que debo a este hombre, al mejor y más querido de todos? ¡Ah, mi vieja yaya!, te veo sobresaltarte y hacer ese gesto tan tuyo con la punta del pulgar bajo la palabra “consolación”. Oigo que dices para tus adentros: ¿Es infeliz en su casa de Inglaterra? Y ¿tiene la culpa la señora Gallilee de ello? ¡Sí! Así es. Lo que no escribiría por nada del mundo a Ovid, puedo confesártelo a ti. La tía Gallilee es, de hecho, una mujer dura, dura.

¿Te recuerdas diciéndome, a tu categórica manera, que el señor Le Frank parecía un granuja? No sé si es un granuja... pero lo que sé es que debido a su comportamiento mi tía está ofendida conmigo.

Sucedió hace tres semanas. Ella me hizo llamar y dijo que mi educación debía ser completada y que, en particular, mis conocimientos musicales debían ser atendidos. Estaba muy predispuesta a obedecerla y acepté con la debida buena disposición y respeto. Contestó que ya había escogido un profesor de música para mí, y después, para mi asombro, mencionó el nombre del señor Le Frank. ¡El señor Le Frank, que enseña a sus hijas, iba a enseñarme a mí también! Tengo muchos fallos, pero realmente creo que la vanidad no es uno de ellos. Solamente debido al excelente profesor que tenía en Italia puedo decir que soy mejor pianista que el señor Le Frank.

Jamás he dicho una palabra de esto a mi tía. Hubiera sido inútil y de desagradecida, ya que ni sabe ni le importa nada la música. Así que nos despedimos como buenas amigas, y esa misma tarde escribió para contratar a mi profesor. Al día siguiente le llegó la respuesta. El señor Le Frank declinaba ser mi profesor de música... ¡y eso, después de haberse ofrecido él mismo a ser mi profesor en una carta a mi tía! Al preguntarle las razones, dio una excusa. Dijo que el tiempo libre que tenía cuando había escrito la carta había sido ocupado por otra alumna. La verdadera razón de su comportamiento es que me oyó referirme a él (bastante temerariamente por mi parte, no lo niego) como un hombre feo y como un mal pianista. A petición mía, la señorita Minerva lo sondeó al respecto con el propósito, desde luego, de ofrecer mis disculpas. Él fingió no entender a qué se refería... por qué motivo lo hizo, ten por seguro que no lo sé. Es falso y vengativo, dirás, y quizás puede que tengas razón. Sin embargo, lo grave de todo ello, por lo que a mí se refiere, es el comportamiento de mi tía conmigo. Si le hubiera frustrado el deseo más grande de su vida, apenas me habría tratado con más frialdad y severidad. No ha vuelto a mover nada más en el tema de mi educación. Sólo nos vemos a la hora de las comidas y, cuando me siento en la mesa, me recibe como podría recibir a un perfecto extraño. Su gélida cortesía es inaguantable. ¡Y esa mujer es la madre de mi querido Ovid!

¿He acabado ahora con mis problemas? No, Teresa, aún no. ¡Oh!, ¡cómo desearía estar contigo en Italia!

Tus cartas insisten en decirme que estoy engañada por confiar en que la señorita Minerva sea de verdad mi amiga. Te ruego que recuerdes —incluso si estoy equivocada— ¡lo sola que me encuentro en casa de la señora Gallilee! Puedo jugar con la querida y pequeña Zo, pero ¿con quién puedo hablar, en quién puedo confiar si resulta que la señorita Minerva me está engañando?

Cuando te escribí, no aceptaba reconocer que un descubrimiento como éste pudiera ser posible, me ofendía su mera idea, como un cruel insulto a mi amiga. Desde entonces (mi cara enrojece de vergüenza mientras lo escribo) mi opinión está un poco, sólo un poco, afectada.

¿Podré explicarte cómo empezó? Sí, lo haré.

Mi buena y vieja amiga, tú tienes tus prejuicios, y sin embargo dices lo que piensas de verdad... ¿y a quién más puedo consultar? ¡No a Ovid...! Todos mis esfuerzos consisten en evitar que se preocupe por mí. Y, además, he luchado contra su opinión respecto a la señorita Minerva y lo he llevado a pensar de un modo más amable sobre ella. A pesar de todo, ¿tenía él razón? ¿Y tú, tienes razón? ¿Estoy sola en la equivocación? Juzgarás por ti misma.

La señorita Minerva empezó a cambiar su actitud hacia mí después que hube hecho la cosa que debería habernos unido a las dos más que nunca. Mi tía le paga muy poco y la señorita Minerva se ha visto preocupada por pequeñas deudas. Cuando

ella lo reconoció, yo le dejé dinero para pagar sus facturas con mucho gusto... una nimiedad, sólo treinta libras. ¿Qué crees que hizo? Estrujó los billetes en la mano y abandonó la habitación de modo extraño y precipitado... ¡como si la hubiera insultado en vez de haberla ayudado! Durante todo el día siguiente estuvo evitando encontrarse conmigo. Al otro día, yo misma fui a su habitación y le pregunté qué pasaba. La respuesta que me dio fue de lo más extraordinaria, dijo: “No sé a cuál de las dos detesto más... si a mí misma o a ti. A mí misma por pedirte dinero o a ti por prestármelo”. La dejé sin sentirme ofendida, sólo desconcertada y afligida. Pasó más de una hora antes de que viniera a ofrecerme sus disculpas. “Me siento mal y desgraciada”, eso es todo lo que dijo. De hecho, tenía un semblante tan desdichado que la perdoné en el acto. ¿No habrías hecho también lo mismo en mi lugar?

Esto pasó hace quince días. Ayer mismo, volvió a estallar, puso a prueba mi cariño hacia ella de un modo mucho más serio y todavía no lo he superado.

Había un mensaje para ella en la carta de Ovid (expresado en términos de lo más amistosos). Recordaba con gratitud su amable promesa al despedirse, estaba convencido de que ella haría todo lo que estuviera en su mano para hacer mi vida feliz durante su ausencia, y que sólo sentía que ella se hubiera marchado con esas prisas, ya que él no había tenido tiempo de agradecerse en persona. Ésta era la esencia del mensaje. Yo estaba orgullosa y satisfecha de ir a su habitación y leérselo.

¿Puedes adivinar cómo me recibió? Nadie (lo digo con convicción), nadie podría adivinarlo.

¡En realidad, montó en cólera! No sólo conmigo (lo cual podría haber perdonado), sino con Ovid (lo cual es perfectamente inexcusable). “¿Cómo se atreve él a escribirte a ti de lo que yo le dije cuando nos despedimos los dos? —estalló—. ¿Y cómo te atreves tú a venir aquí y leérmelo? ¿Por qué debo preocuparme por tu vida durante su ausencia? ¿Qué razones hay para sus recuerdos y su gratitud hacia mí!”. La señorita Minerva habló de él con tal furia y desprecio, que al final me enfureció y le dije: “¡Eres una abominable mujer, sólo hay una excusa para ti: estás loca!”. Abandoné la habitación... ¡y no golpeé la puerta! Desde entonces no nos hemos visto. Permíteme escuchar tu opinión, Teresa. Estaba encolerizada cuando le dije que estaba loca, y sin embargo ¿estaba por completo equivocada? ¿Crees que la pobre está en su sano juicio?

Al volver a leer tu carta, veo que preguntas si he hecho alguna amistad nueva.

Me han presentado a una de las mujeres más dulces que jamás he conocido. ¿Y quién crees que es? ¡Mi otra tía... la hermana pequeña de la señora Gallilee, Lady Northlake! Decían que no era tan atractiva como la señora Gallilee, cuando las dos eran jóvenes. Por mi parte, sólo puedo decir que no cabe ningún tipo de comparación entre ellas ahora. En la apariencia, en el tono de voz, en el comportamiento, hay algo que hace tan encantadora a Lady Northlake que, al intentar describirlo, pierdo la



esperanza de poder conseguirlo. Mi padre solía decir que era amable y débil, que se dejaba llevar por su marido y que se podía abusar de ella con facilidad. No soy lo suficiente lista como para tener el ojo de mi padre para los caracteres, y quizás, también soy débil y fácil de engañar. No había estado ni diez minutos en compañía de Lady Northlake, y ya le habría dado todo lo que poseo en el mundo por haberla tenido a ella como tutora.

Al marchar de Londres, había llamado para despedirse y mi tía no estaba en casa. Tuvimos una larga y deliciosa conversación. Me pidió con tanta amabilidad que la visitara en Escocia y así ser presentada a Lord Northlake, que acepté su invitación con todo el agradecimiento de mi corazón.

Cuando mi tía regresó, olvidé completamente que no teníamos buenas relaciones y le ofrecí un entusiasta resumen de todo lo que había pasado entre su hermana y yo. ¿Cómo crees que se tomó ese pequeño progreso por mi parte? Rechazó con toda firmeza el dejarme ir a Escocia.

Tan pronto hube superado en parte mi disgusto, le pregunté por sus razones: “Soy tu tutora y estoy actuando en el ejercicio de mi propio criterio —dijo—. Creo que es mejor para ti que estés conmigo”. No hice más comentarios. La crueldad de mi tía me hizo pensar en la amabilidad de mi difunto padre. Eso es todo lo que pude hacer para evitar llorar.

Al pensar sobre ello con posterioridad, supuse (ya que ésta es la estación en que todo el mundo abandona la ciudad) que había planeado llevarme al campo con ella. El señor Gallilee, que es siempre bueno conmigo, también lo pensó, y prometió llevarme a navegar por la costa. Para asombro de todo el mundo, ella dijo ¡que no tenía ninguna intención de abandonar Londres! Incluso los sirvientes preguntaron qué significa eso.

Ésta es una carta de quejas. ¿Estoy añadiendo preocupaciones a las que tú ya tienes, en lugar de aliviártelas? Mi buena y vieja niñera, no hay ninguna necesidad de estar preocupada. Cuando estoy en lo peor de mis pequeños problemas, sólo tengo que pensar en Ovid, y el hielo con que me rodea su madre se deshace al instante alejándose de mí; me siento lo suficiente fuerte para soportar lo que sea.

Toma el mejor cariño de mi corazón, querida (no, ¡el siguiente mejor cariño después del de Ovid!), y ofrécele un poco de él a tu pobre y sufrido esposo. ¿Te podría pedir un pequeño favor? El caballero inglés que ha tomado nuestra vieja casa en Roma no pondrá ninguna objeción en darte unas pocas flores de lo que fue una vez mi jardín. Mándamelas en tu próxima carta».

## Capítulo XXV

El día 20 de agosto, Carmina tuvo noticias de Ovid de nuevo. Escribía desde Montreal, describiendo lo que fue la presentación de esa carta de recomendación, que una vez había estado tentado de destruir. Las consecuencias que siguieron a la presentación de la carta (consecuencias inofensivas aparentemente en ese momento) demostraron que involucraban seriamente los destinos de Ovid, Carmina y Benjulia.

La carta de Ovid se expresaba del siguiente modo:

«¿Quiero saber, mi amor, si existe otro hombre en el mundo que quiera a su amada tanto como yo a ti? Si existe esa persona y si existen circunstancias adversas que le obligan a viajar, me gustaría hacerle una pregunta. ¿Está constantemente recordando cosas que se le olvidaron y que debería haberlas dicho a su novia antes de despedirse de ella?

Éste es mi caso, permíteme darte un ejemplo.

He hecho un nuevo amigo aquí, el señor Morphew. La pasada noche, fue tan amable que me invitó a una representación musical en su casa. Es, médico y en su tiempo libre se distrae tocando ese instrumento grandote y aburrido, miembro de la familia de los violines, cuyo nombre es violonchelo. Él refresca y relaja a sus invitados de forma hospitalaria durante la estación calurosa con la interpretación amateur de cuartetos ayudado por otros amigos. Querida mía, pasé una noche deliciosa. ¿Escuchando la música? No, escuchando una sola nota de ella: pensando en ti.

¿He despertado tu curiosidad? Creo que puedo ver tus ojos iluminarse, creo que puedo oírte diciéndome: ¡continúa!

Mis pensamientos me hicieron recordar que la música es uno de tus placeres en la vida. Antes de marcharme debería haberlo recordado, y decirte que el director de los conciertos de otoño en el teatro de la ópera es un viejo amigo mío. Él estará más que encantado de poner un palco a tu disposición cualquier noche cuando la programación sea de tu interés. Ya he tratado de compensar mi olvido escribiéndole a través de este correo. La señorita Minerva será tu acompañante para ir al teatro. Si el señor Le Frank (quien seguro está en la lista de entrada libre) te visita en tu palco, dile de mi parte que se ponga una peluca sobre su calva y que con ese intento a ver si ¡se parece a un hombre honrado!

¿Olvidé alguna cosa más antes de marchar? ¿Te dije lo preciada que eres para mí? ¿Lo hermosa que eres para mí? ¿Lo completamente inútil que es mi vida sin ti? Me

atrevo a decir que sí lo hice, pero te lo vuelvo a repetir, y cuando estés cansada de que te lo repita, sólo tienes que hacérmelo saber.

Mientras tanto, ¿no tengo nada más que contar?, ¿no tengo aventuras de viaje que relatar? Insistes en que te explique todo lo que me ocurre; y tú tienes que hacer tu propia vida antes de casarnos, igual que después. Mi dulce Carmina, tu dispuesto esclavo tiene algo más serio que contarte que las esperables aventuras de viaje; tiene que hacerte una confesión. Hablando con claridad: ¡he estado ejerciendo mi profesión de nuevo en la ciudad de Montreal!

¿Me pregunto si me podrás perdonar cuando conozcas las circunstancias? Es una pequeña y triste historia, pero soy lo suficiente vanidoso como para pensar que mi intervención en ella te interesará. He sido un hombre vanidoso desde el mejor y más luminoso de todos los días en que tú, por primera vez, te confesaste y dijiste que me amabas.

Vuelve a mirar atrás en mi carta y verás que menciono al señor Morpew como un nuevo amigo en Canadá. Lo conocí a través de una carta de presentación que me dio Benjulia.

No digas nada a nadie de lo que te voy a contar ahora, y ten especial cuidado en mantener a Benjulia (si es que lo vieras) en la ignorancia de lo que te voy a contar. Tiene un corazón de piedra y podría decir algo que te dolería si supiera el resultado que ha supuesto abrirme la puerta de la casa de su amigo.

El señor Morpew es un respetable caballero de edad y muy ocupado que sigue su rutina profesional y cuya práctica médica consiste principalmente en traer niños canadienses al mundo. La casualidad hizo que, durante el periodo en que lo conocí, sus servicios se veían especialmente requeridos. El día siguiente a la fiesta musical, estaba cenando con él cuando fue reclamado y tuvo que abandonar la mesa. Yo era el único invitado, y su esposa tuvo que entretenerme.

La buena señora comenzó hablando de Benjulia. Declaró con dureza que era un bruto y presentó mi carta de recomendación (cerrada por las propias manos de Benjulia antes de entregármela) como prueba. ¿Te gustaría leer la carta a ti también? Aquí tienes una transcripción: “El hombre portador de la presente es un médico excedido de trabajo de nombre Ovid Vere. Quiere descanso y aire puro. No lo anime a usar su cabeza y ofrézcale información suficiente que lo lleve al desierto más grande del Canadá por el camino más corto”. Ahora entenderás que esté muy agradecido por la hospitalaria recepción que me ha retenido en Montreal.

Regresando a mi historia, los servicios del señor Morpew fueron de nuevo requeridos al cabo de diez minutos de que abandonara la casa. Esta vez, el paciente era un hombre, y el mensajero dijo que estaba a punto de morir.

La señora Morpew parecía no saber qué hacer y dijo: “En este espantoso caso, la muerte es una bendición. Lo que no puedo soportar es pensar en la pobre situación de

soledad del hombre. En sus últimos momentos, no habrá nadie a la cabecera de cama”.

Al oír esto, me aventuré a hacer algunas pesquisas. Las contestaciones dibujaban un cuadro tan melancólico de pobreza y sufrimiento y me recordaba tan vivamente otro caso similar de mi propia experiencia, que olvidé que yo mismo estaba inhabilitado y me ofrecí voluntario para visitar al agonizante en lugar del señor Morpew. El mensajero me condujo al barrio más pobre de la ciudad y hasta un desván de la casa más miserable de la calle. Allí yacía, sin nadie que lo cuidara y sobre un colchón en el suelo. No quieras saber cuál era su enfermedad. Sólo diré que cualquier hombre, a excepción de un médico, habría salido corriendo de la habitación en el mismo instante de entrar en ella. Fue imposible salvar al desdichado. A lo largo de unos días, podría contener el dolor, y cuando llegara la hora de su muerte, podría hacer que ésta fuera más fácil.

Durante mi siguiente visita, a él le fue posible hablar. Descubrí que era un miembro de mi misma profesión, un mulato proveniente (por nacimiento) del sur de los Estados Unidos. El único suceso fatal de su vida fue su matrimonio. Su vil mujer había cometido una de las peores ofensas de la que una mala mujer puede ser culpable, y su chiflado amor se aferraba a ella a pesar de todo. Lo había arruinado y hecho un desgraciado. Él la había perdonado, no una, sino una y otra vez, en circunstancias en las que se degradó su propia estima y la estima de sus mejores amigos. La última vez que ella lo abandonó, él la había seguido hasta Montreal. Al final, en un arranque de delirio alcohólico, ella le había liberado de sí misma con la autodestrucción. La muerte de su mujer le afectó a la razón, y cuando fue dado de alta del manicomio, gastó sus últimos miserables ahorros en colocar un monumento sobre su tumba. Hacía peregrinajes diarios al cementerio, siempre que sus fuerzas se lo permitían. Y ahora que la sombra de la muerte se cernía sobre él, su único motivo por aferrarse a la vida, su única razón para suplicarme en vano que lo curara, se centraba todavía en la devoción a la memoria de su mujer. “Nadie cuidará de su tumba cuando me vaya”, dijo.

Mi amor, siempre he pensado que te quería. Después de oír esta triste historia, mi corazón rebosa de gratitud hacia Dios por darme a Carmina.

Ayer el hombre murió. Sus últimas palabras fueron para implorarme que lo enterrara en la misma tumba que la mujer que lo había deshonrado. ¿Quién soy yo para juzgarlo? Además, cumpliré con sus últimas voluntades como acción de gracias por tenerte a ti.

Hay algo más que contarte.

El día anterior al su muerte, me pidió que abriera un baúl de viaje (literalmente su única posesión). No tenía dinero, ni ropa. En un rincón del baúl había un rollo de papeles atados con un cordel; eso era todo.

“Sólo puedo compensarle con una cosa, le doy mi libro”, dijo. Estaba muy débil para contarme sobre qué versaba el libro o para expresar ningún deseo sobre su publicación. Me siento avergonzado de decir que no le di ningún tipo de valor al manuscrito presentado ante mí, excepto como recuerdo de un triste incidente en mi vida. Esta mañana, al despertarme más temprano de lo habitual, abrí y examiné mi regalo por vez primera.

Para mi sorpresa, me encontré recompensado cien veces por lo poco que fui capaz de hacer. Este hombre desdichado debió de haber poseído unas aptitudes que, bajo circunstancias favorables, lo habrían encumbrado entre los grandes médicos de nuestro tiempo. El lenguaje en el que escribe es opaco y, algunas veces, gramaticalmente incorrecto. Sin embargo, él, y él solo, ha solucionado un problema en el tratamiento de una enfermedad que, hasta ahora, ha sido la desesperación de todos los médicos en todo el mundo civilizado.

Si un extraño estuviera mirando por encima de mi hombro, se sentiría inclinado a decir: ¡Este curioso amante escribe a su joven dama como si fuera un colega médico! Tú y yo nos entendemos, Carmina, ¿no es así? Mi futura carrera es un asunto de interés para mi futura mujer. La gratitud de ese pobre hombre me ha abierto nuevas perspectivas, y ¿quién sino estará más encantada de oírlo que tú?

Antes de terminar mi carta, esperarás de mí que te diga algo sobre mi salud. A veces, me siento lo suficiente bien como para coger un camarote en el próximo buque que zarpe en dirección a Liverpool. Sin embargo, hay otras ocasiones en que no es así, sobre todo cuando da la casualidad de que me excedo al caminar o al montar a caballo, lo cual me advierte que debo de ser cuidadoso y paciente. Mi próximo viaje me llevará al interior, hacia las inmensas planicies y bosques de este gran país. Cuando haya respirado los saludables aires de estas regiones, seré capaz de escribir definitivamente sobre el bendito día venidero en el cual nos volveremos a unir de nuevo.

Supongo que mi madre ha ofrecido al final de la estación sus habituales reuniones en casa para deliberar sobre asuntos científicos. Hazme saber cómo ves a los científicos de cerca y déjame que te dé un consejo útil: cuando al entrar en sociedad te encuentres con un hombre muy seguro que tiene un aspecto como si estuviera sentado para hacerse un retrato, puedes asegurar por escrito, con toda certeza, que ese hombre es un Profesor.

En serio, espero que tú y mi madre os llevéis bien. Decís demasiado poco la una de la otra en vuestras cartas y a veces estoy preocupado por las dudas. Existe otra circunstancia extraña relacionada con nuestra correspondencia que me da que pensar. Siempre envío mensajes para la señorita Minerva y ella nunca me envía mensajes de vuelta. ¿Te olvidas de ellos? ¿O bien es que soy objeto de una completa indiferencia por parte de tu amiga?

Mis últimas noticias sobre todos vosotros me vienen de Zo. Me ha enviado una carta en uno de los sobres que le di para ella cuando me marché. Los pelos de la señorita Minerva se pondrían de punta si pudiera ver los borrones y la ortografía. El relato de Zo sobre el círculo familiar (transformado en inglés inteligible) creo que te interesará personalmente. Aquí está (con su peculiar brevedad al estilo latino), con tu bonito nombre recortado en dos sílabas: “Sin contar a Papi y a Carmi, somos un grupo de gente mala en casa”. Después de esto, no puedo añadir nada que valga la pena leer.

Toma los besos, ángel mío, que dejo para ti abajo, en el espacio blanco del papel, y ámame como yo te amo. Hay un mundo de significado, Carmina, incluso en esas palabras tan comunes. ¡Oh, si pudiera ir en el vapor hacia ti en lugar de mi carta!».

## Capítulo XXVI

**E**n la carta que le devolvió Carmina no se encontrarán las respuestas a las preguntas de Ovid. Tenía razones para no mencionar las reuniones que la señora Gallilee hacía en su casa y no se atrevía a escribir sobre la madre de Ovid. Su verdadera situación en casa de la señora Gallilee (haciéndose cada día más difícil de soportar, amenazada cada vez más con complicaciones y futuros peligros) se mostró en su siguiente carta a su vieja amiga en Italia. Carmina escribió a Teresa en los siguientes términos:

«¡Si me quieres, olvida la manera inhumana en la que he hablado de la señorita Minerva!

Después de que te hube escrito, habría retirado mi carta si hubiera podido. Ese atardecer, empecé a sentirme avergonzada de lo que había dicho estando furiosa. Conforme las horas iban pasando y se acercaba la hora de irse a dormir, me sentía tan desdichada que corrí el riesgo de enfrentarme a otra dura reacción de la señorita Minerva por inmiscuirme de nuevo en sus cosas. Fue una circunstancia a mi favor (según todas las apariencias) el que ella también estuviese con la moral baja.

Había algo en su voz, cuando preguntó qué quería yo, que me hizo pensar que había estado llorando (aunque parezca ser la última persona en el mundo a la que se pueda culpar de esa debilidad).

Di la mejor muestra que pude de mi arrepentimiento y pesar. Lo que le dije, realmente se me ha olvidado: yo estaba asustada y molesta (y en estas condiciones siempre soy necia). Mi tentativa de reconciliación pudo haber sido bastante torpe y sin embargo ella pudo ver con toda seguridad que yo no tenía ninguna intención de engañarla o afligirla. Y con todo, a juzgar por sus propios actos y palabras, ¿qué otra cosa podía ella imaginar?

La vela de la habitación estaba sobre la mesa tras de mí. Ella la cogió en un arrebato, la subió y la sostuvo ante mi rostro, ¡mirándome como si yo fuera un objeto extraordinario que ella no había visto u oído antes!

—Eres poco más que un niña —dijo—, tengo diez veces tu fuerza de voluntad, ¿qué es lo que hay en ti que no pueda resistir? ¡Apártate de mí! ¡Protégete de mí! Soy falsa, desconfiada, cruel. Eres inocentona, ¿no tienes instintos de autoprotección? ¿No hay nada en ti que te haga retroceder ante mí?

Volvió a dejar la vela y rompió en una risotada burlona y desdichada.

—Mírala, ahí está, de pie —gritó esta extraña mujer—, ¡y me mira con los ojos de un bebé que viera algo nuevo! No la puedo asustar y no la puedo disgustar. ¿Qué

significa eso?

Se dejó caer en una silla, su voz quedó ahogada hasta ser casi un suspiro (habría pensado que me tenía miedo, si tal cosa hubiera sido posible).

—¿Qué sabes de mí que yo desconozca de mí misma? —preguntó.

Yo estaba bastante fuera de mí como para entender a qué se refería. Cogí una silla y me senté a su lado.

—Yo sólo sé lo que tú me dijiste ayer —contesté.

—¿Qué dije?

—Me dijiste que eras desgraciada.

—¡Te mentí! Cree lo que te digo hoy. ¡Por tu propio interés, créelo por ser verdad!

—Nada me induciría a creerlo. No —dije—. Eras desgraciada ayer y eres desgraciada hoy. ¡Ésa es la verdad!

Lo que hizo que pronunciara las atrevidas palabras que pronuncié a continuación, no lo sé. No importa, la idea estaba dentro de mí y salió.

—Pienso que llevas una pesada carga en tu conciencia —continué—. Si no puedo aliviártela, quizás pueda ayudarte a llevarla. ¡Venga! Dime lo que es.

Esperé, y sin embargo era inútil... ni siquiera me miraba. ¿Considero que todo el mundo es como yo, porque estoy enamorada? Pensé que se ruborizaba y no sé qué más pensé.

—¿Estás enamorada? —pregunté.

Ella saltó de la silla, tan de repente y con tanta violencia que la tiró al suelo. Aun así, no salió una palabra de sus labios. Yo encontré el suficiente coraje para continuar... pero no para mirarla.

—Quiero a Ovid y Ovid me quiere —dije—, ése es mi consuelo, sean cuales sean los problemas que pueda tener. ¿No eres tú tan afortunada?

Una terrible expresión de dolor pasó por su rostro. ¿Cómo podía ver aquello y no sentir el deseo de compadecerme de ella? Corrí el riesgo y dije:

—¿Quieres a alguien que no te quiere?

Se volvió, me dio la espalda y se fue al lavabo. Creo que se miró a sí misma en el espejo.

—Bien —dijo, hablándome por fin—. ¿Qué más?

—Nada más —contesté—, excepto que espero no haberte ofendido.

Abandonó el espejo tan de repente como había ido hacia él y cogió de nuevo la vela. Una vez más la sostuvo ante mi rostro iluminándolo.

—Adivina quién es —dijo.

—¿Cómo puedo hacerlo? —pregunté.

Volvió a dejar la vela con tranquilidad. De alguna manera (bastante incomprensible para mí), parecía que la había aliviado. Me habló en un tono



diferente, amable y triste.

—Eres la mejor de todas las buenas chicas y piensas con bondad. Es inútil... no puedes evitarlo. Perdona mi insolencia de ayer, estaba loca de envidia por tu feliz compromiso matrimonial. No puedes entender una naturaleza como la mía. ¡Mucho mejor!, ¡ah!, ¡mucho mejor! ¡Buenas noches!

En esas palabras había una sumisión tan desesperada, un sufrimiento tan paciente, que mi corazón no pudo dejarla. Pensé en cómo podría haber reaccionado yo, qué locuras podría haber dicho si a Ovid no le importara nada. ¿Algún hombre cruel la había abandonado? Ése era... su secreto. Me pregunté qué podía hacer para animarla. Tu última misiva estaba en mi bolsillo con la carta de nuestro viejo sacerdote, y la saqué.

—¿Te importaría leer una pequeña carta —dije—, antes de que nos deseemos las buenas noches?

Le tendí la carta del sacerdote. Ella se echó para atrás con una mirada sombría, parecía recelar de la carta.

—¿Quién la escribió? —preguntó con dureza.

—Alguien a quien no conoces...

Su rostro recobró la luz al instante, me cogió la carta y esperó a escuchar lo que tenía que decirle a continuación.

—La persona —le dije— es un buen hombre sabio y viejo, es el sacerdote que casó a mi padre y mi madre y el que me bautizó a mí. Todos nosotros solíamos consultar al Padre Patrizio cuando necesitábamos consejo. Mi niñera Teresa se sintió preocupada por mí con Ovid ausente, le habló de mi compromiso matrimonial y de mi exilio... ¡perdóname por usar esta palabra!... en esta casa. Él le dijo que sopesaría las cosas antes de darle a ella su opinión. Al día siguiente, él le envió la carta que tienes en la mano.

Aquí, hice un punto y aparte, ya que tenía algo más que decir, pero no sabía cómo decirlo con la suficiente delicadeza.

—¿Por qué deseas que lea la carta? —preguntó con tranquilidad.

—Pienso que hay algo en ella que podría...

Ahí, como una necia, hice otro punto y aparte. Ella fue más paciente que nunca, tan sólo me hizo un gesto para que continuara.

—Pienso que la carta del Padre Patrizio podría ponerte de mejor humor —dije—, podría evitar que te despreciaras a ti misma.

Regresó a la silla y leyó la carta. Tú me permitiste quedarme con las reconfortantes palabras del buen Padre con mis otros tesoros. Te copio su carta para ti en este lugar para que puedas leerla de nuevo, y puedas observar qué es lo que tenía en mi mente y comprender cómo afectaba a la señorita Minerva.

“Teresa, mi buena y querida amiga, he considerado las inquietudes que te preocupan con el siguiente resultado: puedo hacer todo lo que pueda, conscientemente, para tranquilizarte. He tenido la experiencia de cuarenta años en los deberes del sacerdocio. Durante ese largo tiempo, miles de hombres y mujeres me han confiado sus más íntimos secretos. Desde este lugar de observación, he sacado algunas conclusiones y algunas de ellas pueden ser útiles para ti. Pondré lo que tengo que decir de la forma más clara y escueta posible: por tu parte, piensa en ello con cuidado. En las mujeres, el crecimiento de lo mejor que llevamos dentro está perfeccionado por una influencia... y esa influencia es el Amor. ¿Estás sorprendida de que un sacerdote escriba en estos términos? ¿Esperabas que dijera la Religión? El Amor, querida hermana... es Religión... en las mujeres. Abre su corazón a todo lo que es bueno para ellas y actúa con independencia de las condiciones de la felicidad humana. Una mujer desdichada, atormentada por un amor sin esperanza, aún es mejor y más noble por ese amor, y llegará un tiempo en que, seguro, podrá mostrarlo. Tienes miedo por Carmina... pobre alma, ¡arrojada entre extraños de corazones duros! Te digo que no tengas miedo. Puede que sufra ante las pruebas, puede que se hunda ante las pruebas, pero la fortaleza para resurgir de nuevo está en su interior... y esa fuerza es el Amor”.

Tras leer la carta de nuestro viejo amigo, la señorita Minerva se giró, la volvió a leer y esperó un poco, repitiendo una parte de la carta para sí misma.

—¿Te anima? —le pregunté.

Me tendió la carta.

—Me he aprendido una frase de memoria —dijo.

Sabrás qué frase es, sin tener que decírtelo. Me sentí tan aliviada cuando vi el cambio a mejor producido en ella, no había palabras para expresar lo feliz que estaba con la convicción de que éramos de nuevo tan buenas amigas como siempre, así que me incliné para darle un beso de buenas noches.

Ella elevó su mano y me detuvo.

—No —dijo—, no hasta que haya hecho algo que lo merezca. Necesitas más ayuda de la que piensas, quédate un poco más, tengo algo que decirte sobre tu tía.

Volví a mi silla, sintiéndome un poco sobresaltada. Sus ojos se posaron en mí con mirada ausente, estaba (como imaginé) cavilando en su fuero interno antes de hablar. Me abstuve de interrumpir sus pensamientos. La noche era oscura y estaba en calma. Ningún sonido del exterior llegaba a nuestros oídos. En la casa, el silencio se quebró con un suave crujido en las escaleras, el crujido se oyó más cerca. De repente, se abrió la puerta: la señora Gallilee entró en la habitación.

¿Qué locura me poseyó? ¿Por qué estaba asustada? De verdad no pude evitarlo... y grité. Mi tía caminó derecha hacia mí, sin prestar la más mínima atención a la

señorita Minerva.

—¿Qué estás haciendo aquí, cuando deberías estar en tu cama? —preguntó.

Habló de un modo tan imperativo, con tanta autoridad y tanto desprecio, que la miré asombrada. Parecía que el hecho de encontrarnos a la señorita Minerva y a mí juntas le despertara ciertas sospechas.

—¡No más chismorreos! —gritó severamente—. ¿Me oyes? ¡A la cama!

¿No era eso suficiente como para soliviantar a cualquiera? Sentí el orgullo quemándose el rostro.

—¿Soy una niña o una sirvienta? —dije—. ¡Iré a la cama temprano, o tarde, cuando me dé la gana!

Dio un paso hacia delante, me agarró del brazo y me sacó a la fuerza. ¡Piensa en ello, Teresa! En toda mi vida, nunca me han puesto una mano encima, si no es con dulzura. ¡Quién lo sabe mejor que tú! Traté en vano de hablar, vi a la señorita Minerva levantarse para intervenir, la oí decir: “Señora Gallilee, ¡se está propasando!”. No sé cómo, salí de la habitación.

En el descansillo, un espantoso ataque tembloroso me sacudió de pies a cabeza. Me caí de rodillas en las escaleras. Al principio, pensé que me iba a desmayar. No, me estremecí y sentí escalofríos, pero mantuve la conciencia. Podía oír sus voces en la habitación.

—¿Me acaba de decir que me estoy propasando? —comenzó la señora Gallilee.

—Así es, señora. Se ha propasado —contestó la señorita Minerva.

Las siguientes palabras se me escaparon; después, empezaron a hablar más fuerte y las volví a oír... mi tía primero.

—No estoy satisfecha con su comportamiento conmigo, señorita Minerva. Últimamente, éste se ha alterado mucho yendo hacia peor.

—¿Respecto a qué, señora Gallilee?

—A este respecto. Su manera de hablarme supone una afirmación de igualdad.

—¡Pare un momento, señora! No soy tan rica como usted, y sin embargo no acabo de entender en qué otro sentido no soy igual que usted. ¿Es que acaso afirma su superioridad —podría preguntar— cuando entra en mi habitación sin llamar primero a la puerta?

—¡Señorita Minerva! ¿Desea permanecer a mi servicio?

—Diga empleo, señora Gallilee... si no le importa. El caso es que el asunto me es bastante indiferente. Estoy igualmente dispuesta, a su entera conveniencia, a quedarme o a marcharme.

La voz de la señora Gallilee sonaba más cercana, como si se estuviera aproximando a la puerta.

—Cuando al principio la contraté, creo que acordamos que habría que avisar con un mes de antelación por ambas partes, ¿no? —dijo.

—Sí... así lo sugerí.

—Tome nota de su mes de preaviso, haga el favor.

—¿A partir de mañana?

—¡Desde luego!

Mi tía salió y me encontró en las escaleras. Intenté levantarme, pero no fue posible. Mi cabeza me daba vueltas, tuvo que haber visto que estaba bastante postrada... y aun así ni prestó atención al estado en el que me encontraba. ¡Cruel, mujer cruel! Me acusó de estar escuchando.

—¿Es que no puede ver que la pobre criatura está enferma?

Era la voz de la señorita Minerva, volví la cabeza hacia ella, sintiéndome cada vez más desfallecida. Se detuvo, sentí sus musculosos brazos rodeándome y me levantó con suavidad.

—Cuidaré de ti —susurró, y me acompañó escaleras abajo hacia mi habitación, con tanta facilidad como si hubiera sido un niño.

Debo descansar, Teresa. El recuerdo de esa horrible noche lo reproduce todo de nuevo. ¡No te preocupes por mí, mi vieja y querida niñera! Sabrás más cosas mañana».

## Capítulo XXVII

Al día siguiente ocurrieron hechos cuya influencia en la personalidad impulsiva de Carmina hicieron que, sin descansar lo que precisaba, se apresurara a terminar la carta que tenía a medias. Una vez más (y como se demostró, por última vez), Carmina escribió a su fiel y vieja amiga las siguientes palabras:

«¡No me pidas que te cuente cómo he pasado la noche! La señorita Minerva fue la primera persona que vino a verme por la mañana. Apenas había dicho unas pocas palabras amables, cuando Maria nos interrumpió, recordando a su institutriz las lecciones de la mañana. “La ha enviado la señora Gallilee —susurró la señorita Minerva—, volveré una hora antes de la cena de los niños”.

La siguiente persona que apareció fue, como ambas pensamos, la señora Gallilee en persona.

Me trajo una taza de té y sus primeras palabras fueron de disculpa por su conducta la noche anterior. Su excusa fue que se había visto “presionada por ciertas preocupaciones que la habían disgustado por completo”. Y, ¿puedes creerlo?, ¡me imploró que no dijera nada “del pequeño malentendido entre nosotras” cuando escribiera de nuevo a su hijo! ¿Esta mujer está hecha de piedra y acero, en vez de carne y hueso? ¿De verdad cree que soy tan miserable como para ocasionar en Ovid (por cualquier provocación) un momento de angustia mientras está ausente? Las únicas pocas palabras que podrían satisfacerla fueron las únicas palabras que le dirigí, y esto la hizo marcharse de mi habitación.

Después de esto, una agradable sorpresa me estaba esperando. La voz familiar del buen señor Gallilee me pedía permiso para entrar... ¡a través del ojo de la cerradura!: “¿Estás despierta, querida mía? ¿Puedo entrar?”.

Con su amable y vieja cara rechoncha echó una miradita tras la puerta cuando dije que sí, y me recordó a Zo cuando, a la hora de cenar, pide más pudding y no cree que se lo vayan a dar. El señor Gallilee tenía algo que preguntarme y algunas dudas sobre cómo hacerlo, lo cual contribuía al parecido.

“Carmina, me he tomado la libertad de llamar a nuestro doctor. Eres una planta delicada, querida”. Aquí, su rostro desapareció y le habló a alguien afuera. “¿Usted también lo piensa, verdad señor Null? ¿Y usted tiene una familia de mujeres, verdad?”. Su rostro volvió a aparecer, semejándose a Zo más que nunca. “Te pido que le dejes verte, mi niña; no estoy tranquilo contigo. Estaba en las escaleras anoche, ... nadie me vio... ¿verdad que no, señor Null?... y vi a la señorita Minerva; es una

buena mujer y, Dios Santo, ¡muy fuerte! Cargando contigo hasta tu cama. El señor Null está esperando afuera. ¡No me angusties diciendo que no!”.

¿Existe alguien lo bastante cruel como para angustiar al señor Gallilee? El doctor entró, tenía el aspecto de un pastor anglicano e iba vestido todo de negro con un precioso volante en su camisa, y un impecable pañuelo blanco. Me miró fijamente y con dureza, sacó un tubito de cristal, lo meneó y lo puso bajo mi brazo; lo sacó de nuevo y lo consultó. Dijo: “¡Ajá!”. Mi lengua le pareció bien, mi pulso no le gustó, y por fin dio su opinión: “Perfecto, tranquila. Debo ver a la señora Gallilee”. Y así fue cómo acabó todo.

El señor Gallilee observaba los procesos médicos con temor. “El señor Null es un hombre maravilloso”, susurró, antes de que siguiera al doctor fuera de la habitación. Me sentía muy mal y enferma, así que esta interrupción me divirtió. ¿Me pregunto por qué escribo sobre ello en esta carta? Hay cosas importantes que he de decir... ¿Acaso estoy aplazando el decirlas por flaqueza?

La señorita Minerva regresó a mi habitación, tal como había prometido.

—Está bien que el doctor te haya visto —dijo con gravedad.

Yo pregunté si el doctor pensaba que estaba muy mal.

—Él piensa que has escapado por muy poco a una crisis nerviosa y ha dado algunas órdenes taxativas. Una de ellas es que tus más pequeños deseos han de ser complacidos. Si no lo hubiera dicho, la señora Gallilee me habría impedido verte. Ella se ha visto obligada a ceder y me odia... casi tan implacablemente, Carmina, como te odia a ti.

Esto me hizo recordar la interrupción de la noche anterior, cuando la señorita Minerva tenía algo importante que decirme. Cuando pregunté qué era, ella meneó la cabeza y dijo que los temas de conversación dolorosos no eran los más adecuados en mi estado presente.

¿Hace falta añadir que insistí en oír lo que tenía que decir? ¡Oh!, ¡cuánto tuvo que ser engañado mi pobre padre, cuando hizo de su horrible hermana mi tutora! Resulta que si (menos mal que lo hice) no hubiera ofendido al profesor de música, ella habría usado al señor Le Frank como medio para provocar celos en Ovid, y sembrar la semilla de la discordia en nosotros. Al haber fallado hasta ahora, ella está (según piensa la señorita Minerva) hecha un lío intentando descubrir algún otro medio de conseguir sus malignos objetivos. Al encontrarse tan desconcertada, su ira parecía justificar su furiosa conducta cuando me descubrió en la habitación de la señorita Minerva.

Te preguntarás (como yo hice): ¿qué gana ella con este plan y este complot malvado, y todo su espantoso acompañamiento de rencor y rabia?

La señorita Minerva contestó:

—Aún creo que el motivo es el dinero. Su hijo está equivocado con ella, sus

amigos están equivocados, ellos piensan que tiene mucho dinero... pero la verdadera conclusión es que va escasa de dinero. Ése es el secreto de sus grandes regateos y de la actitud materialista que tiene. No pongo en duda que sus ingresos serían suficientes para la mayoría de mujeres en su misma posición, pero no son suficientes para alguien que está celosa de la posición social de su hermana. Espera un poco y verás que no hablo por hablar. ¿Estuviste en la gran fiesta que dio hace unas semanas?

—Desearía haberme quedado en mi habitación —dije—. La señora Gallilee se ofendió conmigo por no admirar a sus amigos científicos. Exceptuando a uno o dos, no hablaban más que de sí mismos y sus descubrimientos... y ¡por Dios, qué feos eran!

—Eso ahora no importa, Carmina. ¿Te fijaste en la profusión de flores espléndidas, en el vestíbulo, en las escaleras, además de la, sala de visitas?

—Sí.

—¿Observaste... no, tú eres una chica joven... en el comedor, oíste a algún caballero expresar su admiración por los lujos ofrecidos a los invitados, la exquisita cocina francesa y el delicioso vino? ¿Por qué todo el dinero que cuestan estas cosas fue derrochado en una noche? Porque las fiestas de la señora Gallilee deben estar a la altura de las de Lady Northlake. Lady Northlake vive en un barrio elegante de Londres y tiene espléndidos carruajes y caballos. Éste es un barrio elegante, considera lo que puede costar esta casa, los carruajes y los caballos cuando te digo que sólo el alquiler de los establos ronda las cien libras anuales. Lady Northlake posee un magnífica residencia en Escocia, a la señora Gallilee no le es posible rivalizar en ese aspecto pero... tiene su villa marina en la Isla de Wight. Cuando el señor Gallilee te dijo que irías a navegar en otoño, ¿creíste que se refería a que alquilaría un barco? Se refería al yate, que forma parte de la residencia en la costa. Lady Northlake sale a navegar en el yate con su marido y la señora Gallilee en su yate con su marido. ¿Sabes lo que cuesta que el mejor sombrerero de París provea vestidos a las damas inglesas? El vestido más barato de ese sombrerero, un vestido que la señora Gallilee despreciaría (“pañó normal y corriente, querida, e imitación de encaje”), cuesta cuarenta libras. Piensa un poco... incluso tu inexperiencia te permitirá ver que el ama de esta casa está gastando más de lo que puede y, probablemente, (a no ser que tenga recursos que desconozcamos) tendrá, tarde o temprano, problemas por falta de dinero.

Ésta fue toda una revelación para mí, e hizo que cambiara, por supuesto, mi opinión. Sin embargo, todavía no conseguía ver qué tenían que ver las extravagancias de la señora Gallilee con su malvada resolución de impedir que Ovid se casara conmigo. La única respuesta de la señorita Minerva fue decirme que escribiera al señor Mool en cuanto tuviera oportunidad y que le pidiera una copia del testamento de mi padre.

—Le llevaré la carta —dijo—, y traeré la respuesta yo misma. Al menos ahorrará tiempo.

La carta la escribí en un minuto y justo se la había entregado cuando la criada anunció que la temprana cena estaba lista.

Dos horas después, la respuesta estaba en mis manos. El viejo padre se llevó a Maria y a Zo a pasear y la señorita Minerva se fue de casa sola, dejando recado a la señora Gallilee de que se veía obligada a ausentarse por un asunto particular.

—¿Te vio entrar la señora Gallilee? —pregunté.

—Sí, sin duda, me estaba mirando.

—¿Te vio subir a mi habitación?

—Sí.

—¿Y no dijo nada?

—Nada.

Nos miramos las dos, ambas albergando la misma duda sobre cómo acabaría el día. La señorita Minerva señaló con impaciencia la respuesta del abogado y yo la abrí.

La carta del señor Mool era muy amable, pero bastante incomprensible en su parte final. Tras remitirme a su residencia particular en el caso de que deseara consultarle algo personalmente, mencionó algún tipo de procedimiento llamado “legalizar el testamento”, y un extraño lugar llamado “*Doctors’ Commons*”<sup>[1]</sup>. De todos modos, ahí estaba la copia del testamento y eso era todo lo que nosotras queríamos.

Empecé a leerlo. ¡Cómo compadezco a los infortunados que han de aprender leyes! Mi querida Teresa, también podría haber intentado leer una lengua extraña, pero las palabras raras, las eternas repeticiones y la ausencia de pausas me desconcertaron por completo. Así que entregué la copia a la señorita Minerva. En vez de comenzar por la primera página, como yo hice, se fue a la última. ¡Con qué gran interés miraba yo su rostro! Primero, vi que entendía lo que estaba leyendo; después, tras unos minutos, su rostro palideció y después levantó su mirada hacia mí.

—No te asustes —dijo.

Sin embargo, yo estaba asustada. Mi ignorante imaginación dibujaba algún tipo de espantoso poder desconocido otorgado a la señora Gallilee a través del testamento.

—¿Qué puede hacerme mi tía? —pregunté.

La señorita Minerva me serenó sin ocultarme la verdad.

—En su posición, Carmina, y dado su carácter tan frío y egoísta, no hay peligro de que intente conseguir sus objetivos por la fuerza. Pero tu felicidad puede estar en peligro... y esa perspectiva, Dios mío, ya es bastante mala.

Cuando hablé de mi felicidad, naturalmente, yo pensé en Ovid y pregunté si había algo sobre él en el testamento.



Sin duda, decir esto teniendo en cuenta el momento en que se escribió, era algo estúpido por mi parte, y ello pareció molestarla.

—Eres la única persona afectada —me contestó secamente.

—Lo que le interesa a la señora Gallilee es que nunca seas la esposa de su hijo, o la esposa de ningún hombre. Si se sale con la suya, vivirás y morirás soltera.

Esto me hizo bien, pues me enfadó. Empecé a sentirme como yo misma de nuevo.

—Por favor, permíteme escuchar el resto —le dije.

La señorita Minerva, con paciencia, primero me explicó lo que había leído en el testamento. Después, volvió al tema de las extravagancias de mi tía, hablando desde su experiencia de lo que había pasado en su propia familia.

—Si la señora Gallilee pide prestado dinero —dijo—, su marido tendrá, con toda probabilidad, que devolver el préstamo, y si los préstamos continúan por ese camino, las necesidades de Maria y Zoe no estarán bien cubiertas, en comparación con las hijas de Lady Northlake. Una buena y gran fortuna mejoraría maravillosamente esas dudosas perspectivas... Carmina, ¿puedes adivinar de dónde ha de provenir esa fortuna?

Podía adivinarlo con facilidad: ahora entendía el testamento. Mi buena Teresa, si muero sin dejar descendencia, esa gran fortuna provendrá de mí.

Ahora lo ves todo claro... ¿no es así? Después de agradecer a la señorita Minerva lo que había hecho, me recosté sobre la almohada, dominada por el disgusto. El reloj del vestíbulo tocaba la hora del té de las niñas. La señorita Minerva sería requerida de inmediato, y al despedirnos, me besó.

—Éste es el beso que me querías dar la pasada noche —dijo—. No desesperes, estaré en la casa durante un mes más, y puedo estar a la altura de la señora Gallilee. Ahora no diremos nada más, serénate y trata de dormir.

Se fue a sus obligaciones. Dormir estaba fuera de lugar, y mi atención se distraía cuando trataba de leer. No hacer nada era, en otras palabras, pensar en lo que había pasado. Si hubieras entrado en mi habitación, te lo habría explicado todo. Así que, lo único que podía hacer era explicártelo de esta manera. No sabes el alivio que ha supuesto para mí escribir estas líneas.

La noche ha llegado y la crueldad de la señora Gallilee ha demostrado, al fin, ser demasiado incluso para mi resistencia.

Procura no sorprenderme ni alarmarte. Si mañana mi intención es la misma que la de esta noche, intentaré escaparme y buscar refugio con Lady Northlake.

¡Oh!, ¡si pudiera ir con Ovid! Pero Ovid está viajando por los desiertos del Canadá y hasta que regrese a la costa, tan sólo puedo escribirle a la atención de sus banqueros en el Quebec. No sabría dónde encontrarlo a mi llegada, y ¡qué horrible encuentro sería (si lo encontrara) cuando me viera obligada a reconocer que es su madre la que me ha llevado a marcharme! No habrá nada que lo alarme si voy a casa

de la hermana de su madre. Si pudieras ver a Lady Northlake, te sentirías tan segura como yo de que estará a mi lado.

Después de escribirte, debí de caer dormida. Estaba bastante oscuro cuando me despertó el sonido de una cerilla encendiéndose en mi habitación. Miré a mí alrededor esperando ver a la señorita Minerva. Pero la persona que estaba encendiendo mi vela era la señora Gallilee.

Vertió un poco del compuesto medicinal que el señor Null había ordenado para mí. Lo tomé en silencio, se sentó al lado de la cama.

—Mi niña —comenzó—, ahora somos amigas de nuevo. No me guardas ningún rencor, estoy segura.

El recelo me hacía estar en silencio. Recordaba que ella había visto el regreso de la señorita Minerva y que la había visto subir las escaleras a mi habitación. La idea de que intentaría vengarse de nosotras dos por tener nuestros secretos y mantenerla al margen de ellos, se adueñó por completo de mi mente.

—¿Te encuentras mejor? —me preguntó.

—Sí.

—¿Hay algo que pueda hacer por ti?

—Ahora no, gracias.

—¿Querrías quizá ver al señor Null otra vez, antes de que llegue mañana?

—¡Oh, no!

Eran respuestas cortas y descorteses... pero me costaba mucho esfuerzo hablar con ella. No mostró ningún signo de sentirse ofendida, continuó actuando tan tranquila como siempre.

—Querida Carmina, tengo mis defectos de temperamento y, con unas actividades como las mías, quizás no soy una compañera que pueda comprender a una chica joven. Sin embargo, ¿espero que creas que es mi deber y mi devoción ser una segunda madre para ti?

¡Sí, de verdad, dijo eso! Si sólo estaba enfadada, o si me estaba poniendo histérica, no lo sé. Empecé a sentir una opresión al respirar que casi me ahoga. Hay dos ventanas en mi habitación, y sólo una estaba abierta. Me vi obligada a pedirle que abriera la otra.

Lo hizo, regresó y me abanicó. Me sometí tanto como me fue posible... y después le rogué que no se preocupara más. Dejó el abanico y continuó con lo que tenía que decir.

—Deseo hablarte sobre la señorita Minerva. Eres consciente de que le di aviso la noche pasada de que va abandonar su puesto aquí. Por tu bien, siento no haber dado este paso antes de que llegaras a Inglaterra.

La confianza en mí misma regresó cuando oí hablar de la señorita Minerva de esta manera. Inmediatamente, dije que la consideraba una de mis mejores y

verdaderas amigas.

—¡Mi querida niña, esto es exactamente lo que lamento! Esta persona ha querido ganarse tu confianza... y no es en absoluto merecedora de ella.

¿Podía dejar pasar esas abominables palabras en silencio?

—¡Señora Gallilee —dije—, está siendo cruelmente injusta con una mujer a la que quiero y respeto!

—¿Señora Gallilee? —repitió—. ¿Le debo a la señorita Minerva que hayas dejado de llamarme tía? Tu obstinación, Carmina, no me deja más alternativa que denunciar un hecho. Si hubiera hecho lo que debía, tendría que haber dicho hace tiempo lo que voy a decir ahora. Estás depositando tu confianza en la enemiga más implacable que tienes, ¡una enemiga que te odia en secreto con el odio implacable de una rival!

Vuelve a mirar en mi carta, cuando describo lo que pasó entre la señorita Minerva y yo cuando fui a su habitación, y sabrás lo que sentí al oír hablar de ella como de “una rival”. Mi sentido de la justicia no quería creerlo; sin embargo, ¡oh!, ¡mi querida niñera!, había cierto sentimiento profundo en mí que decía, como si me hablara: ¡eso es verdad! La señora Gallilee continuó sin piedad.

—La conozco a la perfección, he mirado en el interior de su falso corazón. Nadie lo ha descubierto excepto yo. Cúlpala de ello, si quieres, y después déjala que lo niegue si se atreve. La señorita Minerva está enamorada en secreto de mi hijo.

Se levantó. Por fin, había conseguido su objetivo: se había vengado de mí y de la mujer que había entablado amistad conmigo.

—Acuéstate de nuevo en la cama —dijo— y reflexiona en lo que te he dicho. En tu propio interés, reflexiona bien sobre ello.

Me dejó sola.

¿Hace falta decirte qué es lo que me salvó de sumirme bajo un terrible choque emocional? Ovid... lejos a miles y miles de kilómetros... Ovid me salvó.

Lo quiero con toda mi alma y todo mi corazón, y creo firmemente que lo conozco mejor que me conozco a mí misma. Si su madre hubiera traicionado a la señorita Minerva ante él como la había traicionado ante mí, Ovid hubiera sentido verdadera pena por esta desdichada mujer. Estoy tan convencida de esto como lo estoy de estar viendo la luna iluminando mi cama mientras escribo. Ovid la hubiera compadecido, y yo la compadezco.

Escribí las líneas que te pongo a continuación y se las envié a través de la criada. Con miedo a que pudiera equivocarse en lo referente a mis motivos y pensara de mí que estaba enfadada y celosa, me dirigí a ella con mi anterior familiaridad, por su nombre de pila:

“Frances, la noche pasada me atreví a preguntarte si amabas a alguien que no te

amaba y tú contestaste diciéndome: ‘Adivina quién es’. Mi tía acaba de decirme que ese hombre es su hijo. ¿Ha dicho la verdad?”.

Ahora estoy esperando recibir su respuesta.

Por primera vez desde que estoy en la casa, mi puerta está cerrada con llave. No puedo volver a ver a la señora Gallilee, y no lo haré. Todas sus anteriores crueldades no son nada (tal como lo siento) comparadas con la crueldad de venir aquí estando yo enferma y decirme lo que ha dicho.

El tiempo pasa, la espera se hace agotadora y aún no tengo ninguna respuesta. ¿Está Frances enfadada? ¿O está dudando acerca de cómo contestarme... si en persona o por escrito? ¡No! Alberga sentimientos demasiado delicados para contestarme en persona.

Tan sólo le he hecho justicia. La criada acaba de pedirme que abra la puerta, tengo mi respuesta. Léela:

“La señora Gallilee dice la verdad.

Cómo me he podido traicionar a mí misma de tal manera que haya descubierto mi miserable secreto, es más de lo que puedo decir. No se lo reconoceré ni a ella ni a ninguna criatura humana más que a ti. Aunque de forma inmerecida, sé que puedo confiar en ti.

No hace falta alargarse en esta confesión. Algunas cosas en mi conducta, que te debieron dejar perpleja, se explicarán por sí mismas. Sin embargo, por mi parte he ocultado algo, que por ti debo reconocer.

Si la señora Gallilee se hubiera confiado a mí, confieso que mis celos me habrían degradado hasta tal punto, que me habría convertido en su cómplice. Tal como fueron las cosas, estaba yo demasiado enfadada y soy demasiado artera como para permitir que me utilizara sin confiar en mí.

Hay otros actos de falsedad que debo reconocer, si pudiera reunir la suficiente compostura para escribir sobre ellos. Lo mejor es decirlo de una vez: no soy merecedora de tu perdón, ni siquiera merecedora de tu compasión.

Con la misma sinceridad, te advierto que la maldad que hay en mí (con la que contaba la señora Gallilee) quizás aún podría estar dentro de mí. La influencia de tu elevada y mejor forma de ser (ayudada, quizás, por la otra influencia de la que hablaba el viejo sacerdote en su carta), ha abierto mi corazón a la ternura y la penitencia, de, lo que nunca me había creído capaz: ha hecho que lágrimas ardientes broten de mis ojos, y se me hace muy difícil escribirte. Sé todo esto y, a pesar de ello, no me atrevo a confiar en mí misma. Es inútil negarlo, Carmina: lo amo. Incluso ahora, cuando me has descubierto, lo amo. No confíes en mí. ¡Oh, Dios!, ¡qué tortura es escribirlo... pero debo escribirlo, lo... escribiré... no confíes en mí!

Por mi parte, puedo decir una cosa. Sé que ese amor que he reconocido no tiene

en absoluto ninguna esperanza. Sé que él corresponde a tu amor y que nunca corresponderá al mío. Dejemos que sea así.

No soy joven, no tengo el derecho a consolarme con esperanzas que sé son vanas. Si una de nosotras ha de sufrir, dejemos que sea la que está acostumbrada a ello. Nunca he sido la preferida de mis padres, como tú, en casa no he estado acostumbrada a la bondad y al amor que tú recuerdas. Una vida sin dulzura y sin alegría me ha preparado a un futuro sin amor. Además, tú eres digna de él, y yo no. Carmina, la señora Gallilee se equivoca si cree que soy tu rival. No soy tu rival, jamás podré ser tu rival. No creas nada más, pero ¡por Dios, cree esto!

No tengo nada más que decir... al menos nada más que pueda recordar ahora. ¿Quizás no te atreves a permanecer en la misma casa conmigo? Házme saber y estaré preparada... casi podría decir, encantada... de marcharme”.

¿Has leído esta carta, Teresa? ¿Me equivoco al sentir que este pobre corazón herido tiene sin duda algún derecho sobre mí? Si... estoy... equivocada, ¡oh!, ¿qué debo hacer?, ¿qué debo hacer?».

## Capítulo XXVIII

Las últimas líneas que escribió Carmina a su vieja niñera las terminó el 17 de agosto, y fueron enviadas por correo esa misma noche.

El día siguiente fue memorable para Carmina y para la señora Gallilee, y el doctor Benjulia también tuvo sus razones para recordar el 18 de agosto.

La señora Gallilee había pasado la noche en vela tratando de encontrar todavía algún medio de socavar la confianza que unía a Ovid y a Carmina, y tratando de acudir todavía en vano a su inventiva. A la criada, que entró en la habitación a la hora de siempre, se le ordenó que la dejara estar en la cama y que no volviera hasta oír la campanilla. Por lo general, la señora Gallilee estaba levantada a tiempo de recibir el primer correo de la mañana; la correspondencia de los restantes miembros de la casa era clasificada por sus propias manos, antes de que fuera distribuida por el servicio. Esta mañana, en particular (después de dormir un poco de puro cansancio), entró en la sala de desayunar, ya vacía, dos horas más tarde de lo habitual. Las cartas que había estado esperando su revisión estaban todas dirigidas a ella, así que llamó a la criada.

—¿Ha llegado alguna carta más esta mañana? —preguntó.

—Dos para el señor.

—¡Nada más que eso!

—Nada más, señora... exceptuando un telegrama para la señorita Carmina.

—¿Cuándo llegó?

—Poco después de las cartas.

—¿Se lo ha entregado a ella?

—Siendo un telegrama, señora, pensé que debía entregarlo de inmediato a la señorita Carmina.

—Está bien, puede irse.

¿Un telegrama para Carmina? ¿Se basaba en alguna correspondencia privada? Y ¿los intereses a los que se refería eran tan importantes como para no poder esperar al correo normal? Teniendo en cuenta estos interrogantes la señora Gallilee se sirvió una taza de té y consultó su correo.

Sólo una de las cartas atrajo especialmente su atención en su presente estado de humor. El remitente era Benjulia. Éste prescindía, como siempre, de las formas usuales para dirigirse a los demás:

«He recibido una carta sobre Ovid de un amigo mío en el Canadá. Hay una

alusión a él en forma de cumplido que no entiendo en absoluto. Quiero preguntarle sobre ello, pero no puedo perder tiempo en visitas. Mejor para mí: odio la conversación y me gusta el trabajo. Usted tiene su carruaje y sus buenos amigos están fuera de la ciudad. Si tiene ganas de un paseo en coche, venga a verme y traiga consigo las últimas cartas de Ovid».

La señora Gallilee decidió que tomaría en consideración esta peculiar propuesta más entrado el día. Su primer y principal interés la llevó a subir las escaleras hacia la habitación de su sobrina.

Carmina había abandonado la cama. Vestida con su bata blanca, se encontraba recostada en el sofá del cuarto de estar. Cuando entró su tía, se sobresaltó y se estremeció, aunque estos signos de aversión nerviosa escaparon a la atención de la señora Gallilee. La visión de una bolsa de viaje abierta había atraído de repente su atención: parecía como preparada para hacer el equipaje. El telegrama estaba sobre el regazo de Carmina. La significativa conexión entre ambos objetos se imponía por sí misma con claridad: sin embargo era exactamente la conexión opuesta a la que sospechaba la señora Gallilee. El telegrama había impedido que Carmina abandonara la casa.

La señora Gallilee preparó el terreno para la necesaria investigación, haciendo una serie de preguntas comunes y corrientes. ¿Cómo había pasado Carmina la noche? ¿Le había atendido la criada a la hora del desayuno? ¿Había algo que su tía pudiera hacer por ella? Carmina contestó con una reticencia que le era imposible de disimular. La señora Gallilee pasó por alto la fría acogida y sin hacer ningún comentario señaló con una insulsa sonrisa al telegrama.

—¿Espero que no sean malas noticias?

Carmina tendió el telegrama en silencio hacia su tía. La llegada del mensaje había ocasionado un cambio en las circunstancias, que hacía superflua toda ocultación. La señora Gallilee abrió el telegrama, manteniendo sus sospechas en reserva. Había sido enviado desde Roma por la anciana extranjera llamada Teresa y, contenía las siguientes palabras:

«Mi marido ha muerto esta mañana. Espérame en Londres cualquier día de éstos».

—¿Por qué viene esta persona a Londres? —preguntó la señora Gallilee.

Herida por la insolente serenidad de esa pregunta, Carmina contestó con aspereza.

—¡Su nombre está en el telegrama, debería conocerla!

—¿De veras? —dijo la señora Gallilee—, ¿a lo mejor es que le gusta Londres?

—¡Odia Londres! Usted la tuvo en casa, nos ha visto juntas. Ahora ha perdido a

su marido, ¿piensa que puede vivir separada de la única persona en el mundo a quien más quiere?

—Esas cuestiones de mero sentimiento escapan a mi interés —replicó la señora Gallilee—. El viaje de Italia a Inglaterra es caro. ¿A qué se dedicaba su marido?

—Su marido era capataz en una fábrica hasta que le faltó la salud.

—Y después —concluyó la señora Gallilee—, le faltó el dinero, desde luego. ¿Qué fabricaba?

—Tintes de colores para artistas.

—¡Oh! ¿Un mezclador de colores para artistas? Debo de pensar que no es un negocio muy lucrativo. ¿Tiene su viuda recursos económicos propios?

—¡Lo que hay en mi monedero es suyo!

—¡Muy generosa sin duda! Incluso el más humilde alojamiento en este barrio es caro. No obstante... con tu ayuda... tu vieja criada podría vivir en algún lugar cercano a ti.

Una vez resuelto el tema de la estancia de Teresa en Londres de esta manera, la señora Gallilee volvió a su primer objeto de sospecha; tomó posesión de la bolsa de viaje.

Carmina la miró con la sumisión que entrañaba una completa perplejidad. Teresa había sido la compañera de su vida, Teresa había sido recibida como su ayudante cuando se instaló por primera vez bajo el techo de su tía. Carmina había dado por hecho que su niñera se convertiría de nuevo en un miembro más de la casa. Con Teresa a su lado para animarla, había tomado la resolución de vivir con la madre de Ovid hasta, que éste regresara; pero ahora, había sido informada (con palabras demasiado claras como para ser malinterpretadas) de que ¡Teresa debía encontrar una casa por sí misma cuando regresara a Londres! La sorpresa, el desengaño, la indignación habían dejado a Carmina sin habla.

—Esto —continuó la señora Gallilee, levantando la bolsa— sólo te estorbará aquí. Lo pondré con nuestras bolsas y cajas en el trastero. Y, a propósito, tengo la sensación de que no acabas de entender (bastante natural a tu edad) nuestras posiciones relativas en esta casa. Mi niña, la autoridad de tu difunto padre es la autoridad que tu tutora ejerce sobre ti. Espero no verme nunca obligada a ejercerla... especialmente si en el futuro eres lo bastante buena como para recordar dos cosas: espero de ti que me consultes sobre la elección de tus compañías, y esperes a mi aprobación antes de hacer planes que... ¡bien!, ¡vamos a decirlo!... que requieran que la bolsa de viaje se saque del trastero.

Sin esperar respuesta, la señora Gallilee se dirigió hacia la puerta. Después de abrirla, se detuvo y miró hacia la habitación.

—¿Has pensado sobre lo que te dije anoche? —preguntó.

Las energías de Carmina, que habían sido profundamente puestas a prueba, se



recobraron ante aquellas palabras:

—¡He hecho todo lo posible por olvidarlas! —contestó.

—¿A petición de la señorita Minerva?

Carmina no prestó ninguna atención a la pregunta.

—¿Has tenido alguna comunicación con esa persona?

Continuaba sin haber ninguna respuesta. La señora Gallilee contuvo su furia, caminó hacia el descansillo y llamó a la señorita Minerva. La institutriz contestó desde el piso de arriba.

—Por favor, baje —dijo la señora Gallilee.

La señorita Minerva obedeció. Su rostro estaba más pálido de lo usual, sus ojos habían perdido algo de su penetrante luminosidad. Al llegar, se detuvo fuera de la puerta de Carmina; la señora Gallilee le pidió que entrara a la habitación.

Tras un instante de vacilación... sólo un instante, la señorita Minerva cruzó el umbral de la puerta, lanzó una rápida ojeada a Carmina y bajó los ojos antes de que la mirada pudiera ser devuelta. La señora Gallilee no descubrió signos silenciosos de entendimiento entre ellas. Se giró hacia la institutriz.

—¿Ha estado ya aquí esta mañana? —preguntó.

—No.

—¿Hay algún tipo de hostilidad entre usted y mi sobrina?

—Ninguna, señora, que yo sepa.

—Entonces, ¿por qué no le habla cuando entra en su habitación?

—La señorita Carmina ha estado enferma. La he visto descansando en el sofá... y no estoy dispuesta a estorbarla.

—¿Ni tampoco a decir buenos días?

—¡Ni siquiera eso!

—Es usted prudente en exceso, señorita Minerva.

—He tenido algunas experiencias con gente enferma, y he aprendido a ser prudente. ¿Podría preguntar si tiene alguna razón particular para hacerme bajar?

La señora Gallilee se preparó para someter a su sobrina y a la institutriz a la prueba final.

—Deseo que suspenda las lecciones de las niñas durante una hora o dos —contestó.

—Desde luego, ¿se lo comunico?

—No, se lo diré yo misma.

—¿Qué es lo que desea que haga? —dijo la señorita Minerva.

—Deseo que permanezca aquí con mi sobrina.

Si después de contestar en estos términos, la señora Gallilee hubiera mirado a su sobrina en vez de mirar a la institutriz, habría visto a Carmina (insegura de si sabría controlarse) moverse en el sofá a fin de volver su rostro hacia la pared. Tal como

estaban las cosas, tanto la actitud como la mirada silenciosa de la señorita Minerva hacían necesaria una explicación.

La señora Gallilee se dirigió a ella susurrándole:

—Permítame decirle algo en la puerta...

La señorita Minerva la siguió afuera al descansillo. Carmina se giró de nuevo escuchando con ansiedad.

—No estoy satisfecha en absoluto con el aspecto de Carmina esta mañana —continuó la señora Gallilee—, y no pienso que sea correcto que se la deje sola. Mis obligaciones domésticas también deben ser atendidas. ¿Querrá ocupar mi lugar en el sofá hasta que venga el señor Null? (¡Ahora —pensó—, si hay celos entre las dos, lo veré!)

No vio nada: la institutriz se inclinó con tranquilidad ante ella y regresó con Carmina. No oyó nada: aunque la puerta estaba entreabierta y esto daba oportunidad a poder escuchar. Desinformada, entró en la habitación; desinformada, salió de ella.

Carmina aún estaba silenciosa y tumbada en el sofá. Sin hacer ruido al andar, la señorita Minerva se acercó al sofá y se quedó de pie esperando. Ninguna de ellas alzó la mirada hacia la otra. La mujer sufría su tortura en secreto, los dulces ojos de la chica se llenaron poco a poco de lágrimas. Uno a uno, los minutos de la mañana iban transcurriendo (no demasiados), antes de que se produjera un cambio. En silencio, Carmina tendió su mano; en silencio, la señorita Minerva la cogió y la besó.

## Capítulo XXIX

Como siempre, la señora Gallilee vio al ama de llaves y le dio las órdenes del día.

—Si hay algo que se me olvida —dijo—, debo dejárselo a usted. Durante la siguiente hora o dos horas, no permita que se me moleste.

Alguna de sus cartas de la mañana estaba todavía sin leer, otras requerían un inmediato acuse de recibo. No estaba preparada para sus obligaciones de siempre. Por una vez, la mujer más inaguantablemente trabajadora se mostraba holgazana y se había sentado a pensar. Incluso su carácter poco imaginativo empezó a temblar al borde de la superstición. Dos veces, la sutil fuerza de las circunstancias la había derrotado en su intento por arruinar la planeada boda de su hijo: a través del profesor de música, había ideado darle celos a Ovid para que dudara de Carmina... y había fallado; a través de la institutriz, había imaginado darle celos a Carmina para que dudara de Ovid... y había fallado. Cuando algunas personas hablaban de fatalidad, ¿eran tan necios como, hasta ahora, ella había supuesto que lo eran? Habría sido una pérdida de tiempo investigar. ¿Qué paso siguiente podía dar?

Apremiada por la intolerable sensación de derrota a la hora de encontrar razones para mirar al futuro con esperanza, la culta señora Gallilee se rebajó al nivel intelectual del más ignorante de los sirvientes de la casa. La moderna musa de la ciencia abrió su mente de forma inconsciente a la vulgar creencia en la suerte. Se dijo a sí misma, igual que lo podría haber dicho su cocinera: ¡veremos si a la tercera va la vencida!

La carta de Benjulia estaba entre las demás esperando en la mesa. La cogió y la volvió a leer.

En su actual estado de ánimo, pensar en el doctor era acordarse de la extraña alusión de Ovid hacia su colega profesional el día que se marchaba. Al hablar de Carmina, él se había referido a una persona a la cual no deseaba que ella viera en su ausencia, y él mismo había admitido que esa persona era Benjulia. Se le había pedido que expusiera cuáles eran sus objeciones respecto al doctor... ¿y cómo había contestado? Había dicho: «No creo que Benjulia sea la persona más idónea para acompañar a una chica».

¿Por qué?

Hay algunos hombres de edad madura que no son idóneos para estar en compañía de chicas jóvenes, y sin embargo hay otros que desprecian o que admiran a las chicas jóvenes. Benjulia no pertenecía ni a una ni a otra de estas dos categorías. Las chicas eran objeto de absoluta indiferencia por su parte; con una excepción, Zo, que tenía

diez años. Después de encontrarse con él cientos de veces en reuniones sociales, jamás lo había visto hablar con chicas jóvenes, ni siquiera fijarse en ellas. Las razones alegadas por Ovid para poner objeciones a Benjulia se revelaban de manera palpable como meras excusas tontas.

En la actual situación, llegar a tal conclusión era suficiente para la señora Gallilee. Sin pararse a ahondar en la idea, tocó la campanilla y ordenó que su carruaje estuviera listo para las tres en punto de la tarde.

Aunque fuera una perspectiva dudosa (más que dudosa), por extraña que pudiera ser, la más mínima perspectiva de encontrarse en posesión de un medio de acción capaz de ser utilizado contra Carmina, aligeró el humor de la señora Gallilee. Por fin, estaba preparada para atender su correspondencia.

Una de las cartas era de su hermana, que estaba en Escocia. Entre otros temas, se refería a Carmina: «¿Por qué no permites que esa dulce chica venga y esté con nosotros? —preguntaba Lady Northlake—. Mis hijas están ansiosas por tener una compañera como ella, y mis dos hijos están preparados para envidiar a Ovid en cuanto la vean. Dile a mi sobrino, cuando le escribas la próxima vez, que entiendo perfectamente que se haya enamorado a primera vista de esta criatura tan dulce y bonita».

La enfermedad de Carmina fue la excusa oportuna que se presentó a la señora Gallilee en su respuesta. Con o sin excusa, no permitiría que Lady Northlake ocupara un lugar destacado en el corazón de su sobrina, ni que fomentara la idea del matrimonio de su sobrina. ¡La señora Gallilee casi creyó bastante piadoso agradecer al cielo que el palacio de su hermana en las Highlands estuviera en un extremo de la Gran Bretaña y su villa marina en el otro!

La villa marina recordó a la señora Gallilee el traslado de su familia a la costa.

¿Cuándo sería deseable abandonar Londres? No, hasta que su mente estuviera aliviada de las pesadas preocupaciones que la lastraban. No, mientras pudieran pasar acontecimientos (conectados con la amenaza de los acreedores o con el matrimonio previsto de Ovid) que impidiesen sus últimas previsiones y que harían que su presencia en Londres fuera un tema de seria importancia para sus propios intereses. La señorita Minerva, de nuevo, era otro obstáculo en el camino. Llevarla a la Isla de Wight no se había de considerar ni por un momento. Despedirla al momento pagándole el salario de un mes, podría ser el camino preferible... de no ser por dos objeciones.

En primer lugar (si el amistoso entendimiento entre ellas dos continuaba de verdad), Carmina podría comunicarse en secreto con la institutriz despedida. En segundo lugar, pagar el salario a la señorita Minerva antes de que se lo hubiera ganado, era una concesión que le disgustaba y que rechazaba tanto por su rencor como por sus principios miserables de ahorro. ¡No! La política de esperar en Londres

era (se viera como se viera), por ahora, la única política a seguir.

Regresó a las exigencias de su correspondencia y, justo cuando había cogido la pluma, el santuario del tocador fue quebrantado por la aparición de un criado.

—¿Qué pasa ahora? ¿No le ha dicho el ama de llaves que no se me puede molestar?

—Le ruego me perdone, señora. El señor...

—¿Qué quiere el señor?

—Desea verla, señora.

Ésta era una circunstancia completamente sin parangón en la historia doméstica de la casa. Con absoluto asombro, la señora Gallilee apartó las cartas y dijo:

—Que pase.

Hace cincuenta años, cuando los chicos eran traviesos, el profesor de entonces no estaba acostumbrado a castigarlos apelando a su sentido del honor. En ese tiempo, si el chico requería azotes, el sistema educativo agarraba una palmeta o una vara y se los daba.

El señor Gallilee entró en la habitación de su esposa con el sentimiento que lo había animado una vez al entrar en el despacho del profesor para ser castigado con la vara. Cuando él dijo «¡Buenos días, querida!», su rostro presentaba la expresión de hacía cincuenta años criando dijo: «¡Por favor, señor, perdóneme esta vez!».

—¿Ahora qué quieres? —dijo la señora Gallilee.

—Sólo unas pocas palabras. ¡Qué buen aspecto tienes, querida!

Después de una noche sin dormir, seguida por su derrota en la habitación de Carmina, la señora Gallilee tenía un aspecto (y ella lo sabía) feo y avejentado y su miserable marido se lo había recordado.

—¡Continúa! —contestó con severidad.

El señor Gallilee humedeció sus labios secos.

—Creo que cogeré una silla, si me lo permites —dijo.

Tras sentarse (a una distancia respetable de su esposa), miró por toda la habitación con el aire de un visitante que no la hubiera visto nunca.

—¡Qué bonita es! —puntualizó con dulzura—. Ese gusto con el color. Creo que la alfombra fue diseño tuyo, ¿verdad? ¡Qué austera!

—¿Irás al grano, señor Gallilee?

—Con mucho placer, querida... con mucho placer. ¿Me temo que huelo a tabaco?

—¡No me importa si es así!

Ésta fue una sorpresa tan agradable para el señor Gallilee, que se levantó para disfrutarla de pie.

—¡Qué amable! Sí, ¡qué amable!

Se acercó a la señora Gallilee con aire confidencial.

—Y sabes, querida, era uno de los puros más excelentes que he fumado jamás.

La señora Gallilee dejó la pluma y lo miró frunciendo el ceño de manera aniquiladora. En el colmo de su desorientación, el señor Gallilee se aventuró a acercarse. Sintió la fascinación siniestra de la serpiente en la expresión de aquellas horribles cejas.

—¡Qué buen aspecto tienes! ¡Qué aspecto tan extraordinariamente bueno tienes esta mañana!

Él lanzó una mirada lasciva a su mujer y le dio unas palmaditas en el hombro.

En ese momento, la señora Gallilee estaba petrificada. A esas alturas de la vida, ¿se estaba acercando a ella con cariños conyugales, esa criatura gorda y débil? ¿Es que a primera hora de la mañana esos labios culpables habían probado su champagne favorito espumeando en su muy querida jarra plateada, sobre su muy admirado pedazo de hielo? ¿Ése era el resultado?

—¡Señor Gallilee!

—¿Sí, querida? ¡Siéntate!

El señor Gallilee se sentó.

—¿Has estado en el club?

El señor Gallilee se volvió a levantar.

—¡Siéntate!

El señor Gallilee se sentó.

—Iba a decírtelo, querida, te mostraré el club con mucho gusto... si a eso te refieres.

—Si no eres completamente idiota —dijo la señora Gallilee—, ¡entiende esto! ¡O dices lo que tienes que decirme o... —levantó su mano y la dejó caer dando un manotazo sobre el escritorio, de tal modo que hizo que las plumas tintinearan en la escribanía— o abandona la habitación...!

El señor Gallilee levantó la mano y buscó en el bolsillo de pecho de su abrigo. Sacó su caja de puros y la volvió a meter corriendo. Volvió a buscar y extrajo una carta. Miró lastimeramente por la habitación buscando con gran necesidad a alguien a quien apelar, y acabó apelando a sí mismo.

—A ver cómo se pone de contenta... —susurró.

—¿Qué tienes ahí? —preguntó la señora Gallilee con dureza—. ¿Una de tus cartas de esta mañana?

El señor Gallilee la miró con admiración.

—¡Qué maravillosa mujer! —dijo—. ¡No se le escapa nada! permíteme, cariño...

Se levantó y le entregó la carta como si estuviera entregando una solicitud. La señora Gallilee se la arrebató de la mano. El señor Gallilee regresó en silencio a su silla, y exhaló una devota exclamación: «¡Oh, Santos Dios!».

Era una carta de uno de los comerciantes a los que la señora Gallilee había intentado apaciguar con un adelanto. El tendero se veía obligado, para resarcirse, a

acudir al señor Gallilee como señor de la casa (¡!). Le era imposible (aducía el hombre con gran respeto) aceptar un pago que no llegaba a una tercera parte de lo que se le debía, después de más de un año.

—¡Miserable! —exclamó la señora Gallilee—. ¡Le pagaré su factura y no lo volveré a contratar más!

Ella abrió su talonario y mojó la pluma en la tinta. Una voz débil protestó mansamente; era el señor Gallilee que se había vuelto a levantar y dijo:

—¡Por favor, no!

Su increíble temeridad silenció a su esposa. Ahí estaba de pie, sus redondos ojos mirando fijamente el talonario, sus rechonchas mejillas temblando de agitación.

—No debes hacerlo —dijo, con un primer y último arranque de coraje—. Dame un minuto, cariño... ¡oh!, ¡Santo cielo!, ¡dame un minuto!

Volvió a buscar en el bolsillo y extrajo otra carta. Sus ojos deambularon hacia la puerta, su frente rezumaba gotas de sudor. Dejó la segunda carta sobre la mesa, miró a su mujer y... salió corriendo de la habitación.

La señora Gallilee abrió la segunda carta. ¿Otro comerciante insatisfecho? No: eran unos acreedores bastante más temibles que el tendero de comestibles o el carnicero: era una carta oficial del banco informando al señor Gallilee de que «la cuenta estaba en descubierto».

Ella agarró la libreta de ahorros y el papel de las cuentas. Jamás su rígida aritmética había cometido un error. Columna por columna revisó sus números, y descubrió con humillación su primer error.

Había sacado todo (más que todo) el dinero depositado en el banco, y el siguiente ingreso semestral no se efectuaría hasta Navidad.

Sólo se podía hacer una cosa: ir de inmediato al banco. Si Ovid no hubiera estado en las tierras inexploradas del Canadá, la señora Gallilee se lo habría confesado sin dudar. Tal y como estaban las cosas, la criada llamó a una carroza y la señora Gallilee se lo confesó a los banqueros.

El problema se resolvió pronto de manera satisfactoria para ella, y el problema quedó para el señor Gallilee (exactamente como la señorita Minerva había vaticinado). En casa, quizás él había abdicado de su autoridad; fuera de casa, en cuestiones de negocios, todavía era el amo. Sus «inversiones» representaban un excelente «aval», él sólo tenía que decir de cuánto quería el préstamo, firmar algunos papeles, y la cosa estaba hecha.

La señora Gallilee regresó a casa tranquilizada, de momento, respecto de sus preocupaciones pecuniarias. El carruaje la estaba esperando en la puerta.

¿Debía llevar a cabo su intención de visitar a Benjulia? Ella era una persona que no cambiaba de intenciones de buena gana y, además, después de los problemas matutinos, el trayecto por el campo sería un alivio muy bienvenido. Al oír que el

señor Gallilee todavía estaba en casa, miró en la sala de fumar. Su infalible instinto le había dicho dónde podía encontrar a su marido en las presentes circunstancias, y ahí estaba, disfrutando su cigarro confortablemente, sin su chaqueta y con los pies en una silla. Ella abrió la puerta.

—Te quiero ver al anochecer —dijo, y cerró la puerta de nuevo, dejando al señor Gallilee asfixiado con una bocanada de su propio humo.

Antes de coger el carruaje, tan sólo esperó a restaurar un poco su rostro con un poco de buen color (de París), matizado por una pizca de palidez (de Londres). El temperamento de Benjulia era básicamente una incógnita. Podría ser necesario fascinar al doctor.



## Capítulo XXX

El cumplimiento sobre Ovid y que Benjulia no había sido capaz de entender, estaba en una carta del señor Morphew, y se expresaba del siguiente modo:

«Permítame agradecerle sinceramente el habernos permitido conocer al señor Ovid Vere. Ahora que nos ha dejado, en verdad nos sentimos como si hubiéramos despedido a un viejo amigo. No sé cuándo me he encontrado con un hombre tan perfectamente desinteresado como éste... y lo digo hablando a partir de mi experiencia con él. En mi ineludible ausencia, atendió de forma voluntaria un caso grave de enfermedad, acompañado de espantosas circunstancias, y esto, en unos momentos como usted sabe, en que su propia estropeada salud le prohíbe aceptar ninguna obligación profesional. Mientras pudo preservar la vida del paciente (y en este sentido hizo maravillas), estuvo cada día al lado de su cama poniendo a prueba su fortaleza en el servicio a un perfecto extraño. Me imagino viéndole a usted (con su impaciencia, sea cual sea la longitud de la carta) mirando al final. No se alarme, escribo a su hermano Lemuel por este correo y tengo poco tiempo libre».

¿Era este «caso grave de enfermedad», descrito como «acompañado de espantosas circunstancias», un caso de enfermedad mental? Ésta era la cuestión, propuesta por la empedernida sospecha de Benjulia hacia Ovid... La mera duda le costó a Benjulia perder un día de trabajo. Éste injurió al pobre señor Morphew como «idiota de nacimiento» por no haberle expuesto con claridad cuál era la enfermedad del paciente, en vez de malgastar papel en frases de cortesía cargadas de largas palabras. Si Ovid había aludido a su paciente canadiense en las cartas a su madre, cabría confiar en su acostumbrada precisión de lenguaje para aliviar el suspense en el que estaba sumido Benjulia. Con ese objetivo a la vista, el doctor había escrito a la señora Gallilee.

Antes de dejar la pluma, miró una vez más la carta del señor Morphew y se detuvo pensativo en una línea: «... escribo a su hermano Lemuel por este correo...».

La información que estaba buscando podría estar en esa carta. Si la correspondencia de la señora Gallilee con su hijo no conseguía aclarárselo, aquí había otra ocasión de realizar el deseado descubrimiento. Seguramente, el camino más sabio sería escribir también a Lemuel.

La única razón para dudar era su aversión hacia su hermano menor, una aversión tan empedernida que incluso le hacía rehuir comunicarse con Lemuel por correo.

Nunca había habido ninguna afinidad entre ellos, pero desde hacía un año la indiferencia había madurado convirtiéndose en completa enemistad por parte del doctor. Un incidente (resultado de su propio despiste mientras estaba perplejo por un experimento infructuoso) había colocado a Lemuel en posesión de su secreto espantoso. La única persona en el mundo que sabía en qué andaba él ocupado mientras estaba en el laboratorio era su hermano.

Éste era el verdadero motivo del tono rencoroso y despreciativo en que Benjulia había hablado de su familiar más cercano a Ovid. El carácter de Lemuel era, en verdad, merecedor de un juicio severo en varios aspectos. En sus horas de trabajo (como empleado en una oficina de un editor en Londres), cumplía con las obligaciones que le encomendaban a un ritmo constante y con puntualidad. En sus horas de libertad, sus instintos sensuales se llevaban la mejor parte, y su celosa mujer tenía sus razones para quejarse. Entre sus amigos, era objeto de una gran diversidad de opiniones: algunos estaban de acuerdo con su hermano pensando de él que era poco menos que un necio; otros sospechaban que poseía ciertas dotes naturales, pero que era demasiado perezoso (quizás demasiado astuto) para ejercerlas. En la oficina se permitía que lo llamaran «una mera máquina»... y huía del trabajo excesivo, que acababa recayendo en hombres que iban más deprisa haciendo el suyo. Cuando los familiares de su mujer y ella misma le dijeron que era un mero animal, él jamás los contradijo... y así se ganó la reputación de ser una persona para la cual las reprimendas eran un puro desperdicio. A veces, bajo la protección de su carácter poco envidiable, decía cosas duras con un aire de perfecta simplicidad. Cuando el doctor, furioso, lo descubrió en el laboratorio y dijo: «¡Te mataré si le hablas a algún ser viviente de lo que estoy haciendo!», Lemuel contestó con una mirada fija y tonta de asombro: «Tranquilízate, me avergonzaría mencionarlo».

Benjulia se decidió a escribirle tras una reflexión más a fondo. Incluso cuando tenía que pedir un favor, era incapaz de dirigirse a Lemuel con una educación normal y corriente: «He sabido que Morphew te ha escrito a través del último correo. Quiero ver la carta». Eso es todo lo que escribió, y nada más. Lo que fuera más o menos suficiente para conseguir el objetivo, era suficiente para el doctor, cuando se trataba de dirigirse a su hermano.

## Capítulo XXXI

Entre la una y las dos de la tarde siguiente, Benjulia (que trabajaba en su laboratorio) oyó la campana que anunciaba la llegada de un visitante a la casa. Los sirvientes habían recibido órdenes de no molestarlo en sus estudios bajo ninguna circunstancia, excepto ésta.

Benjulia obedeció a la llamada de muy mala gana, cerrando la puerta tras de sí. Era la hora del almuerzo en cualquier casa ordenada y, por tanto, era en extremo improbable que el visitante fuera la señora Gallilee. Cuando tuvo a la vista la entrada de la casa, vio a un hombre esperando de pie en la puerta; cuando se acercó un poco más, reconoció a Lemuel.

—¡Hola! —exclamó el hermano mayor.

—¡Hola! —contestó el menor, como si fuera un eco.

Se pararon a mirarse el uno al otro con la curiosidad suspicaz de dos gatos extraños. Entre Nathan Benjulia (el famoso doctor) y Lemuel Benjulia (el oficinista del editor) apenas había semejanzas familiares suficientes para sugerir que eran familia. El hermano menor era sólo un poco más alto que la altura normal y corriente, era más gordo que flaco, llevaba bigote y patillas, vestía con elegancia y su expresión predominante anunciaba que estaba muy satisfecho consigo mismo. Sin embargo, había heredado el aspecto agitanado de Benjulia, y los ojos, tanto en forma y color, eran como los de él.

—¿Qué tal estás, Nathan? —dijo.

—¿Qué diablos te trae aquí? —fue la respuesta.

Lemuel pasó por alto la rudeza de su hermano sin prestarle atención, sus labios sonreían maliciosamente por todos lados.

—Pensé que deseabas ver mi carta —dijo él.

—¿Por qué no la has podido enviar por correo?

—Mi mujer quería que te pasara a ver.

—Eso es mentira —dijo Benjulia con tranquilidad—. Intenta otra excusa, o haz algo diferente: por una vez, di la verdad.

Sin esperar a oír la verdad, Benjulia inició el camino hacia la habitación en la que había recibido a Ovid. Lemuel lo siguió, sin mostrar todavía ninguna apariencia externa de resentimiento.

—¿Cómo saliste de la oficina? —inquirió Benjulia.

—Es fácil coger fiesta en esta época del año. El negocio está flojo, chaval...

—¡No sigas! No te permito que me hables de esta manera.

—¡No te ofendas, hermano Nathan!

—Hermano Lemuel, jamás permito que un loco me ofenda, lo pongo en su sitio... eso es todo.

El ladrido distante de un perro se hizo audible desde el camino que se acercaba a la casa. El sonido pareció molestar a Benjulia.

—¿Qué es eso? —preguntó.

Lemuel vio la forma de devolver en parte la recepción que había tenido por parte de su hermano.

—Es mi perro —dijo—, y es una suerte para ti que lo haya dejado en la carroza.

—¿Por qué?

—Bueno, tiene el carácter tan dulce como el perro más dulce que haya existido jamás, y sin embargo, tiene un defecto. No es muy amable con los caballeros científicos en tu línea de trabajo. —Lemuel hizo una pausa y señaló a las manos de su hermano—. Si se huele esto, quizás intente clavarte los dientes y hacer la vivisección contigo.

Las manchas de sangre que una vez Ovid había visto en el bastón de Benjulia estaban ahora en sus manos. Con imperturbable compostura miró hacia las horribles manchas que contaban en silencio sus historias de tortura.

—¿Qué utilidad tiene lavarse las manos —contestó—, cuando estoy a punto de volver al trabajo? —se secó su índice y pulgar en el faldón de su abrigo—. Ahora —prosiguió—, si llevas la carta contigo, déjamela ver.

Lemuel sacó la carta.

—Hay algunos trozos en ella —explicó— que es mejor que no veas. Si quieres la verdad... ésa es la razón por la que la he traído yo mismo. Lee la primera página y, después, te diré dónde tienes que saltarte los párrafos.

Hasta ese punto, no había ninguna alusión a Ovid. Benjulia se fue a la segunda página y Lemuel señaló hacia la mitad.

—Lee hasta ahí —continuó—, y después, sáltatelo todo hasta llegar al último párrafo, al final.

En la última página aparecía el nombre de Ovid. Era mencionado como «una persona encantadora, que fue presentada por tu hermano» ...y con eso terminaba la carta. En la primera amargura de su desengaño, Benjulia concibió una airada sospecha sobre esos párrafos de la carta que se le había pedido que pasara por alto.

—¿Qué te tenía que decir Morphew que yo no debía leer? —preguntó.

—Supón que me dices primero qué es lo que quieres encontrar en la carta —replicó Lemuel—. Morphew es doctor como tú, ¿se trata de algo de tipo médico?

Benjulia contestó esto de la manera más fácil: asintió con la cabeza.

—¿Se trata de la vivisección? —preguntó Lemuel con malicia.

Benjulia de repente le devolvió la carta y señaló hacia la puerta. Su momentáneo

interés por los párrafos suprimidos se había esfumado.

—Con esto basta —contestó—. Coge tu carta y lárgate con ella.

—¡Ah —dijo Lemuel—, estoy encantado de que no la quieras volver a ver! —se guardó la carta, abotonó su chaqueta y dio unos golpecitos a su bolsillo de forma significativa—. Tienes un carácter muy desagradable, Nathan... y hay cosas aquí que podrían ponerlo a prueba.

En el caso de cualquier otro hombre, Benjulia habría visto que el único objetivo de tales prudentes comentarios era irritarlo. La profunda convicción de Benjulia de la estupidez de su hermano lo había llevado a una idea equivocada y, ahora, pensaba que era posible que valiera la pena fijarse en los párrafos ocultados. Benjulia detuvo a su hermano en la puerta.

—He cambiado de opinión —dijo—, quiero ver la carta de nuevo.

—Mejor que no —persistió Lemuel—. Morphew está a punto de escribir un libro contra ti... y me ha pedido que lo publique donde yo trabajo. Estoy de su parte, sabes, haré todo lo que esté en mi mano para ayudarle; puedo echar una mano contactando con compañeros literarios que mejorarán su estilo... ¡será un desenmascaramiento horrible!

Benjulia tenía todavía su mano tendida. Lemuel desabrochó su chaqueta con una reticencia exagerada. El perro ladró a lo lejos de nuevo mientras él le devolvía la carta.

—Por favor, perdona a mi viejo perro querido —dijo con sensiblera ternura—, el muy pobre y muy tonto parece saber que estoy de su lado en esta controversia. Guau-guau significa, en su lenguaje: ¡al diablo con las crueles manos que hacen agujeros en nuestra cabeza y usan sierras en nuestros lomos! ¡Ah, Nathan, si hubieras tenido algún perro en ese horrible sitio tuyo, si los hubieras acariciado, dado palmaditas y puesto su cena! Jamás me habías oído hablar así antes... ¿verdad? Soy un hombre nuevo desde que me unido a la «Sociedad» para suprimirte. ¡Ah!, ¡ojalá tuviera el don de la escritura!

El efecto de este experimento en el carácter de su hermano no había conseguido colmar las expectativas de Lemuel. La curiosidad del doctor había crecido en referencia a su propio objeto de investigación.

—Tienes bastante razón en una cosa —dijo Benjulia con gravedad—, nunca te oí hablar así antes. Me sugiere algunas consideraciones interesantes de tipo médico. Ven hacía aquí, a la luz.

Llevó a Lemuel hacia la ventana; lo miró con la máxima atención y escuchó su pulso con cuidado. Lemuel sonrió.

—No estoy bromeando —dijo Benjulia con dureza—. Dime lo siguiente: ¿has tenido dolores de cabeza últimamente? ¿Crees que te falla la memoria?

Mientras hacía estas preguntas, pensó para sí mismo (lo pensó en serio): «¿Está el

cerebro de este individuo reblandeciéndose? ¡Desearía tenerlo en mi mesa!».

Lemuel insistía en presentarse a sí mismo bajo un aspecto sentimental. Todavía no había perdonado la grosería de su hermano mayor, y sabía, por experiencia, la única debilidad del carácter de Benjulia que era posible atacar con sus pocos recursos.

—Gracias por tus amables preguntas —contestó—. No importa mi cabeza ya que mi corazón está en el sitio correcto. No pretendo hacer creer que soy inteligente, pero tengo mis sentimientos y podría hacer algunas preguntas delicadas sobre lo que tú llamas «investigación médica» si tuviera a Morphew para ayudarme.

—Yo te ayudaré —dijo Benjulia, interesado en profundizar en el estado cerebral de su hermano.

—No te creo —dijo Lemuel, interesado en profundizar en el estado temperamental de su hermano.

—Pruébame, Lemuel.

—De acuerdo, Nathan.

Los dos hermanos regresaron a sus sillas, reducidos, por una vez, al mismo nivel moral.

## Capítulo XXXII

—¿Ahora —dijo Benjulia—, qué va a ser? ¿La pesadilla pública favorita? ¿La vivisección?

—Sí.

—Muy bien, ¿qué puedo hacer por ti?

—Primero dime —dijo Lemuel—, ¿qué es la Ley?

—Nadie lo sabe.

—Bien, entonces, ¿qué... debería... ser?

—Justicia, supongo.

—Permíteme esperar un poco, Nathan, y asimilar eso en mi mente.

Benjulia esperó con una paciencia ejemplar.

—Ahora sobre ti mismo —continuó Lemuel—. No te ofenderás... ¿verdad? ¿Estaría en lo cierto si te llamara un diseccionador de criaturas vivas?

Benjulia se acordó del día en que descubrió a su hermano en el laboratorio. Su oscuro aspecto se intensificó en color, sus fríos ojos grises parecían prometer un inminente arranque de furia. Lemuel, prosiguió:

—¿La Ley te prohíbe realizar tus experimentos en un hombre? —preguntó.

—¡Por supuesto!

—¿Por qué la Ley no te prohíbe realizar tus experimentos en un perro?

El rostro de Benjulia se despejó de nuevo, no se había conseguido llegar todavía al único punto vulnerable de su acorazada naturaleza. Esa pregunta aparentemente infantil sobre el perro pareció, no sólo interesarlo, sino haberlo tomado por sorpresa. Su atención se alejó de su hermano. Su intelecto despejado puso la objeción de Lemuel de una forma lógica, y se preguntó si había una respuesta a ella, de este modo:

—La Ley que prohíbe que tú disecciones a un hombre vivo, te permite diseccionar a un perro vivo. ¿Por qué?

No había ciertamente ninguna respuesta a esto.

¿Supongamos que dijese: porque un perro es un animal? ¿Podría él negar, como psicólogo, que un hombre también era un animal?

¿Supongamos que dijese: porque un perro es un ser de intelecto inferior? La contestación obvia a esto sería: pero en el orden inferior de lo salvaje o en el de los lunáticos como seres inferiores en intelecto comparados con el perro, en esos casos, el perro tiene (según tu punto de vista) mejor derecho a la protección que esos otros dos.

¿Supongamos que dijese: porque un hombre es un ser con alma y el perro no? Esto invitaría simplemente a otra pregunta incontestable: ¿Y cómo lo sabes?

Aceptando con honestidad el dilema presentado de este modo, la conclusión a la que se llegaba parecía estar fuera de dudas.

Si la Ley, en la cuestión de la vivisección, afirma el principio de interferencia, la Ley ha renunciado a su derecho a poner límites arbitrarios a su propia acción. Si ella protege a cualquier ser vivo, está obligada, en razón y justicia, a protegerlos a todos.

—Bien —dijo Lemuel—, ¿me darás una respuesta?

—No soy abogado.

Con esta respuesta tan conveniente, Benjulia abrió la carta del señor Morphew, y leyó la parte prohibida, que empezaba en la página segunda. Ahí encontró las preguntas con las cuales su hermano le había dejado totalmente perplejo... ¡seguidas por la conclusión a la que él mismo había llegado!

—Interpretaste el lenguaje de tu perro hace un momento —dijo con tranquilidad a Lemuel—, y yo supuse naturalmente que tu cerebro podía estar reblandeciéndose. Tal como están las cosas, percibo que tu memoria funciona perfectamente. Acepta mis disculpas por tomarte el pulso, has dejado de ser un objetivo interesante para mí.

Benjulia continuó con la lectura de la carta. Lemuel lo miraba, aún con confianza y esperando resultados.

La carta continuaba en los siguientes términos:

«Tu jefe tal vez se sienta predispuesto a publicar mi trabajo si puedo satisfacerlo procurando que el trabajo esté dirigido al público en general.

Todos nosotros sabemos cuáles son los falsos pretextos bajo los cuales los psicólogos ingleses practican sus crueldades. Quiero exponer esos falsos pretextos de la manera más simple y clara, apelando a mi propia experiencia como un miembro trabajador más de la profesión médica.

Tomemos el pretexto de aumentar nuestro conocimiento sobre la acción curativa de los venenos probándolos en animales. Los perros y los gatos han sido torturados sin necesidad para demostrar la acción de los verdaderos venenos, los cuales he usado de forma exitosa en mis pacientes humanos durante toda una vida de práctica médica.

Me gustaría también preguntar qué prueba hay de que se pueda confiar con certeza en que el efecto de un veneno en un animal sea el efecto del mismo veneno en un hombre. Vamos a citar dos ejemplos sólo para justificar la duda (y esta vez con pájaros, para cambiar): una paloma puede tragar suficiente opio como para matar a un hombre, y no se verá afectada en lo más mínimo por él; y el perejil, que es una hierba inocente en el estómago humano, es un veneno mortífero para un loro.

Del mismo modo, debería ocuparme del otro pretexto, el de mejorar nuestra práctica cirujana experimentando con animales vivos.



No hace mucho, vi cortar la pata enferma de un perro a la altura de la articulación de la cadera. Cuando se quitó el miembro, ni un vaso sanguíneo sangró. Intenta hacer la misma operación en un ser humano... y doce o quince vasos sanguíneos deberán ser ligados por cuestión de absoluta necesidad.

Más. Una gran autoridad nos dijo que cocer los perros en hornos nos ha llevado a nuevos descubrimientos en el tratamiento de la fiebre. Yo siempre he pensado que el calor, en la fiebre, no es la causa de la enfermedad, sino una consecuencia. No obstante, vamos a dejar eso aparte, y vamos a seguir ciñéndonos al experimento. ¿Es que esta crueldad infernal ha dado resultados que nos hayan ayudado a curar la escarlatina? Nuestra práctica como médicos de cabecera nos dice que la escarlatina continúa su curso igual que siempre. Puedo multiplicar esos ejemplos por cientos cuando escriba mi libro.

Expresado con brevedad, ahora tienes el método por el cual propongo sacar de su cobijo, aunque sea a rastras, al salvaje científico inglés que se escuda en los intereses médicos de la humanidad, y mostrar su verdadero carácter, tan claramente como el científico extranjero salvaje se muestra a sí mismo motu proprio. Éste no se encoge de hombros tras falsos pretextos, no añade hipocresía a la crueldad. Proclama con descaro la verdad: ¡Lo hago porque me gusta!».

Benjulia se levantó y tiró la carta al suelo:

—Yo... proclamo la verdad —dijo—, lo hago... porque me gusta. Hay unos pocos ingleses que tratan la opinión ignorante del público con el desprecio que merece... y yo soy uno de ellos.

Señaló la carta con desdén.

—Ese viejo loco prolijo está en lo cierto sobre los falsos pretextos. Publica su libro, y yo compraré un ejemplar.

—Eso es extraño —dijo Lemuel.

—¿Qué es extraño?

—Bien, Nathan, tan sólo seré un loco, pero si hablas de ese modo sobre los falsos pretextos y la opinión pública, ¿por qué dices a todo el mundo que tu horrible cortar y trinchar es sólo química inofensiva? ¿Y por qué montaste en cólera cuando entré en tu lugar de trabajo y te descubrí? ¡Contéstame a eso!

—Primero, permíteme felicitarte —dijo Benjulia—. No todos los locos saben que ellos... están... locos, y ahora, tendrás tu respuesta. Antes de que acabe el año, todo el mundo será bienvenido a entrar en mi lugar de trabajo y verá cómo empleo mi vida. Hermano Lemuel, cuando entraste sigilosamente cruzando la puerta que tenía abierta, me encontraste viajando por el camino del más grande descubrimiento médico de este siglo. ¡Tú, estúpido imbécil!, ¿piensas que me importó lo que «tú» podías descubrir? Estoy siempre tan aterrorizado y temiendo que mis colegas se me

adelanten, que no soy dueño de mí mismo, incluso cuando unos ojos como los tuyos miran mi trabajo. En uno o dos meses más (quizás en una semana o dos), habré resuelto el gran problema. Trabajo en ello todo el día. Pienso en ello, sueño con ello toda la noche. Me matará. Con todo lo fuerte que soy, me matará. ¿Qué dices? ¿Qué estoy cavando mi propia tumba, por el interés médico de la Humanidad? ¡Eso... por la Humanidad! Estoy trabajando en ello por satisfacción propia, por amor propio, por mi indecible placer de derrotar a otros hombres, por la fama que mantendrá mi nombre vivo de aquí a cientos de años. ¡La Humanidad! Yo digo con mis hermanos extranjeros: conocimiento por sí mismo, éste es el único Dios al que adoro. El conocimiento es su propia justificación y su propia recompensa. El clamor de la multitud nos sigue con su grito de crueldad. Nosotros nos compadecemos de su ignorancia. El conocimiento santifica la crueldad. Los viejos anatomistas robaron cuerpos muertos en pos del conocimiento. Por esa causa sagrada, si pudiera robar a un hombre vivo sin ser descubierto, lo ataría a mi mesa y ese gran descubrimiento estaría a mi alcance en días, en vez de en meses. ¿Adónde vas? ¿Qué? ¿Temes estar en la misma habitación que yo? ¿Un hombre que habla como yo, es un hombre que no se aferra a nada? ¿Es ésa la luz bajo la que vosotros, en un orden inferior de seres, nos contempláis? Ten unas miras un poco más altas, y verás que un hombre que habla como yo es un hombre que está por encima de ti gracias al conocimiento. Esfuérzate un poco y trata de entenderme. ¿Es que no tengo virtudes, incluso desde tu punto de vista? ¿No soy un buen ciudadano? ¿No pago mis deudas? ¿No ayudo a mis amigos? Tú, ser miserable, ¡has tenido mi dinero cuando lo quisiste! Mira esa carta en el suelo. El hombre que se menciona en ella es uno de esos colegas de los que desconfío. Yo cumplí con mi deber hacia él. Le di la información que quería, lo presenté a un amigo en una tierra extraña. ¿No tengo sentimientos, como tú los llamas? Mis últimos experimentos en un mono me horripilaron. Sus gritos de sufrimiento, sus gestos de súplica eran como los gritos y los gestos de un niño. Habría dado el mundo entero por evitar su sufrimiento, pero continué. Por la gloriosa causa, continué. Mis manos se volvieron frías... mi corazón me dolía... pensé en una niña con la que a veces juego... sufrí... resistí... y continué. ¡Todo por el conocimiento! ¡Todo por el conocimiento!

Olvidó la presencia de su hermano. Su rostro sombrío se volvió lívido, su cuerpo gigante se estremecía, su respiración iba y venía, respirando con dificultad entre profundos sollozos; era terrible verlo y oírlo.

Lemuel se escabulló de la habitación. El chacal había despertado al león, el espíritu malo que había en él con ganas de hacer daño no contaba con esto.

—Empiezo a creer en el diablo... —dijo para sí cuando se dirigió hacia la puerta de entrada.

Mientras bajaba por las escaleras, un carruaje apareció por el camino. Un lacayo

abrió la puerta de la cerca. El carruaje se aproximaba a la casa con una señora dentro.

Lemuel corrió de regreso hacia su hermano.

—¡Está viniendo una señora! —dijo—. ¡Estás en un estado bueno para verla! ¡Cálmate, Nathan!... y ¡maldita sea, lávate las manos!

Tomó del brazo a Benjulia y se lo llevó escaleras arriba. Cuando Lemuel regresó al vestíbulo, la señora Gallilee estaba subiendo las escaleras de la casa. Él hizo una profunda reverencia en honor a los vestigios bien conservados de lo que fue una mujer bonita.

—Mi hermano estará con usted de inmediato, señora. Se lo ruego, permítame acercarle una silla.

Él llevaba el sombrero en la mano. El conocimiento del mundo de la señora Gallilee le hizo fácil valorar a Lemuel en su justa medida. Se libró de él con sus mejores maneras.

—Se lo ruego, no le voy a retener a usted, señor; esperaré con mucho placer.

Si hubiera tenido veinte años menos, la indirecta podría haber sido descartada. Tal como habían ido las cosas, Lemuel se retiró.

## Capítulo XXXIII

El bueno del señor Mool se sentía fatigado tras un inusual largo día de trabajo en la oficina. Apartó a un lado sus papeles, y dejó que sus ojos cansados reposaran en un jarrón de cristal lleno de flores que había sobre la mesa: un regalo de un cliente agradecido. Como hombre, disfrutaba de los bellos colores del ramillete; como botánico, lamentaba el acto que había cortado las flores de sus tallos originarios y que las había condenado a una muerte prematura.

«Yo no habría tenido el estómago de hacerlo —pensó—, pero hay gustos para todo».

El chico de la oficina entró en la estancia con una tarjeta de visita en su mano.

—Me voy a casa a cenar —dijo el señor Mool—. Quien sea que llame mañana.

El chico dejó la tarjeta en la mesa. Era la señora Gallilee.

¡La señora Gallilee, a las siete de la tarde! ¡La señora Gallilee, sin cita previa por carta! El señor Mool tembló temeroso de que hubiera alguna grave emergencia familiar que necesitara una inminente intervención jurídica. De hecho, cedió de inmediato.

—Hágala pasar.

Antes de que se hubieran cruzado una palabra, la mente del abogado se sintió aliviada. La señora Gallilee lo deslumbró con la más dulce de sus sonrisas, apretó su mano con su cordialidad más amistosa, admiró el ramillete con su más dispuesto entusiasmo.

—Casi perfecto —dijo—, especialmente el pensamiento. El contorno redondeado y llano, señor Mool, los pétalos superiores perfectamente uniformes... ¡es una flor que desafía toda crítica! Tengo muchas ganas de diseccionarla.

El señor Mool renunció con educación a diseccionar el pensamiento (mutilación homicida, lo habría llamado en el caso de una de sus flores), y esperó a escuchar lo que su erudita cliente pudiera tener que decirle.

—Voy a sorprenderle —anunció la señora Gallilee—. No... a conmocionarlo. No... incluso eso no es suficientemente fuerte. Permítame decirlo: a horrorizarlo.

El sentimiento de angustia del señor Mool regresó, complicado por la confusión. El comportamiento de la señora Gallilee exhibía el más inexplicable contraste con su lenguaje. No mostraba ningún signo de esas emociones fuertes a las cuales ella había aludido.

—¿Cómo podría expresarlo...? —continuó, mostrando una transparente afectación envarada—. ¿Podría llamarlo una desgracia para nuestra familia?

El señor Mool se sobresaltó. La señora Gallilee le suplicó que se serenara, ella se acercaba a la inevitable revelación poco a poco.

—¿Creo —dijo— que usted se, ha encontrado con el doctor Benjulia en mi casa?

—He tenido ese honor, señora Gallilee. No es una persona muy sociable... si puedo aventurarme a decirlo.

—Algunas veces es totalmente grosero, señor Mool; sin embargo, eso no importa ahora. Acabo de estar de visita en su casa.

¿Estaba esta visita relacionada con la «desgracia familiar»? El señor Mool se arriesgó a hacer una pregunta.

—¿El doctor Benjulia no es familiar suyo, verdad señora?

—Por nada del mundo. Por favor, no vuelva a interrumpirme. Estoy, por decirlo así, presentando un cúmulo de circunstancias ante usted, y me podría saltar alguna de ellas. Cuando el doctor Benjulia era joven —regreso a mi relación de circunstancias, señor. Mool— estuvo en Roma, siguiendo sus estudios profesionales. Sé todo eso, téngalo por seguro, porque lo ha dicho él mismo. En Roma, conoció a mi difunto hermano, después de que ya llevara un tiempo en su infortunado matrimonio. ¡Un momento! No he conseguido otra vez expresarlo con la suficiente dureza. Debería haber dicho, su desgraciado matrimonio.

—De verdad, señora Gallilee...

—¡Señor Mool!

—Le ruego me perdone, señora.

—Déjelo estar. La siguiente circunstancia ya está preparada en mi memoria. Uno de los estudiantes, compañero del doctor (descrito como un hombre irresistible) poseía unas habilidades que incluso atrajeron a nuestro insociable Benjulia. Se hicieron amigos. Durante el periodo del que estoy hablando, la repugnante mujer de mi hermano... ¡oh, pero lo repito señor Mool! Lo digo otra vez, su repugnante mujer... fue madre de una niña.

—Su sobrina, señora Gallilee.

—¡No!

—¿No es la señorita Carmina?

—La señorita Carmina no es sobrina mía más que de usted. Lleve su memoria atrás hacia lo que acabo de decir. He mencionado a un estudiante de medicina que era un hombre irresistible. El padre de Carmina era ese hombre.

El asombro y la indignación del señor Mool se habrían expresado al instante si no hubiera sido abogado. Siendo así las cosas, su experiencia profesional lo alertó de la imprudencia que cometería si hablaba demasiado pronto.

La exultación de la señora Gallilee se abrió camino hacia el exterior. Sus ojos brillaban, subió su tono de voz.

—¡La ley, señor Mool! ¿Qué dice la ley? —estalló—. ¿El testamento de mi

hermano no es entonces más que papel mojado? ¿Se reparte el dinero entre sus únicos parientes cercanos? ¡Dígame, dígame!

De repente, el señor Mool sumergió su rostro en el jarrón de flores. ¿Acaso tenía la sensación de que el aire de la oficina necesitaba purificarse?, ¿o era consciente de que su rostro lo podía traicionar si no se ocultaba? La señora Gallilee en su sagacidad tenía muy claro la razón del extraño proceder del abogado.

—Tómese su tiempo —dijo con su mejor y condescendiente amabilidad—. Conozco su naturaleza sensible, sé lo que sentí yo misma cuando este horrible descubrimiento estalló ante mí. Si usted recuerda, dije que le horrorizaría. Tómese su tiempo, mi querido caballero... le ruego que se tome su tiempo.

El hecho de ser alentado de este modo (como si él fuera el cliente emotivo y la señora Gallilee el abogado impasible) era más de lo que incluso el señor Mool podía aguantar. Los hombres tímidos son, en lo más recóndito de su forma de ser, hombres orgullosos: el abogado tenía su orgullo profesional. Salió de su retiro floral con la templanza en el rostro. Por primera vez en su vida, no temía a la señora Gallilee.

—Antes de que entremos en el aspecto legal del caso... —comenzó.

—El escandaloso caso —intervino la señora Gallilee con el interés puesto en la Virtud.

En cualquier otra circunstancia, el señor Mool habría aceptado la corrección. ¡Pero ahora, de hecho, ni la tuvo en cuenta!

—Existe un punto —continuó él— en el cual necesito que me aclare una cosa.

—¡No faltaría más! Estoy preparada para entrar en cualquier tipo de detalles, sin importar cuán repugnantes puedan ser.

El señor Mool pensó en ciertas «damas» (objeto de un respeto perfectamente innecesario entre los hombres), quienes, habiéndoseles solicitado que abandonen el tribunal en procedimientos judiciales que no se pueden nombrar, persisten en mantenerse en su sitio. Fue un alivio para él sentir que sus siguientes preguntas desanimarían a la señora Gallilee (si no conseguían algo más).

—¿Estoy en lo cierto si supongo que usted cree lo que me ha contado? —prosiguió él.

—¡Con toda seguridad!

—¿El doctor Benjulia es la única persona que le ha hablado sobre el tema?

—La única.

—¿Y la información proviene de su amigo, el estudiante compañero al que mencionó hace un instante?

—En otras palabras —contestó la señora Gallilee con saña—, el padre de la desgraciada chica que me ha sido endosada para su cuidado.

Si la valentía del señor Mool hubiera estado en trance de fallarle, la habría recobrado de nuevo. Su estima por Carmina, su respeto por la memoria de su madre

habían sido heridos hasta la médula. Haciéndose fuerte en su propio ámbito jurídico, continuó como si estuviera examinando a un testigo en un juzgado.

—¿Supongo que el doctor tenía algunas razones para creer lo que su amigo le contó?

—¡Grandes razones! El vicio y la pobreza en general van de la mano. Este hombre era pobre y mostró al doctor Benjulia dinero recibido de su amante, dinero que era de su marido, ni hace falta decirlo.

—El motivo de ella podía ser inocente, señora Gallilee. ¿Tenía el hombre alguna carta de ella para mostrar?

—¿Cartas? ¿De una mujer de esa clase? Es muy sabido, señor Mool, que las modelos italianas no saben cómo se lee o se escribe.

—¿Puedo preguntar si hay alguna prueba más?

—Ya ha tenido suficientes pruebas.

—Con todos los respetos, señora, eso no es cierto.

No se le había pedido a la señora Gallilee que entrara en detalles escabrosos. Había sido contradicha por quien en otros tiempos había sido su obediente y humilde servidor. La señora Gallilee pensó que había llegado la hora de que el interrogatorio llegara a su fin.

—Si está determinado a creer en la inocencia de la mujer —dijo—, sin conocer ninguna de las circunstancias...

El señor Mool continuó en su línea, de mal en peor: ahora la interrumpió.

—Perdóneme, señora Gallilee, creo que ha olvidado que una de mis vacaciones otoñales, hace muchos años, la pasé en Italia. Estuve en Roma, igual que el doctor Benjulia, después de la boda de su hermano de usted. La esposa, por lo que yo sé, era recibida en sociedad. Su reputación era intachable y su marido estaba muy unido a ella.

—Hablando claro —dijo la señora Gallilee—, mi hermano era un pobre ser débil, y su mujer, cuando usted la conoció, todavía no había sido descubierta.

—Ésta es justamente la dificultad que encuentro —replicó el señor Mool—. ¿Cómo es que ella haya sido descubierta sólo ahora? Han pasado años desde que murió y todavía más años desde que este ataque a su carácter llegó a conocimiento del doctor Benjulia. Él es un viejo amigo de usted. ¿Por qué sólo le ha hablado de ello hoy? Espero no ofenderla haciendo estas preguntas...

—¡Oh, claro, no!, sus preguntas son muy fáciles de responder. Jamás animé al doctor a hablarme de mi hermano y de su mujer. El tema era demasiado ingrato para mí... y no tengo ninguna duda de que el doctor Benjulia sentía lo mismo que yo.

—Hasta hoy —subrayó el abogado—; el doctor Benjulia parece haber estado bastante dispuesto a mencionar el tema hoy.

—Bajo circunstancias especiales, señor Mool. ¿Quizás no permitirá que esas

circunstancias especiales cambien las cosas?

Al contrario, el señor Mool hizo todas las concesiones y, al mismo tiempo, esperó a escuchar cuáles podían ser estas circunstancias. Sin embargo, la señora Gallilee tenía sus razones para guardar silencio. Era imposible mencionar la recepción de Benjulia sin infligirle una herida a su propia estima. Para empezar, él había dejado la puerta de la habitación abierta y había permanecido de pie.

«¿Tiene las cartas de Ovid? Déjelas aquí, no me siento bien como para leerlas ahora».

Ésas fueron sus primeras palabras. No había nada en las cartas que un amigo no pudiera leer: por consiguiente, consintió en dejarlas. El doctor había expresado su sentimiento de obligación para con ella, mandándola a su carruaje de nuevo para que se marchara.

«Me han encolerizado, me he vuelto loco, no hay un nervio en mi cuerpo que no esté estremeciéndose de rabia. ¡Váyase!, ¡váyase!, ¡váyase!».

Ésa fue la explicación de Benjulia. Impenetrablemente obstinada, la señora Gallilee le plantó cara (colocándose entre el doctor y la puerta) sin echarse atrás. No había recorrido todo el camino hasta el domicilio de Benjulia para ser devuelta a casa de nuevo sin conseguir su objetivo: tenía preguntas que hacerle, y persistió en ellas como sólo una mujer puede hacerlo. A Benjulia se le planteó (con la educación caballeresca en su contra) una vulgar alternativa: o echarla por la fuerza, o ceder y librarse de ella de un modo decente. En otro momento, habría rechazado rotundamente entrar en el tema ni rebajarse al nivel de una mujer chismosa. En su estado de ánimo actual, si pacificar a la señora Gallilee y librarse de ella significaba la misma cosa, él estaba preparado, temerariamente preparado, para dejar que ella se saliera con la suya. Ella escuchó la historia infame que acaba de repetir a su abogado; y tenía que agradecer a la visita de Lemuel Benjulia y al premeditado ataque del señor Morpew a la vivisección el haber conseguido su información.

El señor Mool esperó, pero esperó en vano. Recordó a su cliente lo que ella acababa de decir.

—Usted mencionó ciertas circunstancias. ¿Podría saber cuáles son éstas? —preguntó.

La señora Gallilee se levantó antes de contestar.

—Su tiempo es precioso, y mi tiempo es precioso —dijo—. No nos convenceremos mutuamente prolongando nuestra conversación. Vine aquí, señor Mool, para hacerle una pregunta sobre la ley. Permítame recordarle que todavía no he obtenido respuesta. Mi impresión personal es que la chica que ahora está en mi casa, no siendo la hija de mi hermano, no puede ostentar ninguna reivindicación sobre las propiedades de mi hermano. Dígame en dos palabras, si me hace el favor: ¿tengo razón o estoy equivocada?



—Puedo hacerlo en una sola, señora Gallilee: equivocada.

—¡Qué!

El señor Mool entró en la necesaria explicación, triunfante en la respuesta que acababa de dar.

«Es la cosa más inteligente —pensó— que dicho en mi vida».

—Mientras los maridos y las esposas viven juntos —continuó—, la ley contempla que todos los hijos nacidos en el matrimonio son los hijos del marido. Incluso si la madre de la señorita Carmina no hubiera sido la mujer más buena e inocente que haya existido jamás...

—Está bien, señor Mool. De verdad usted intenta decirme que los intereses de esta chica en el testamento de mi hermano...

—Permanecen completamente inmutables, señora, con todo eso que usted me ha contado.

—¿Y todavía estoy obligada a tenerla bajo mi cuidado?

—Podría —contestó el señor Mool— renunciar a la función de tutora en favor de Lady Northlake... nombrada para ejercer en su lugar.

—No quiero molestarle más, caballero. ¡Buenas tardes!

Se giró para abandonar la oficina, el señor Mool trató en verdad de detenerla.

—Una palabra más señora Gallilee.

—No, ya hemos dicho suficiente.

La audacia del señor Mool llegó a su punto culminante. Puso su mano en la llave de la puerta de la oficina, y la mantuvo cerrada.

—¡La joven... señora Gallilee! ¿Estoy seguro de que jamás le diré una palabra de esto a la bonita y gentil jovencita? Incluso si fuera verdad, y pongo a Dios por testigo que es falso...

—¡Buenas tardes, señor Mool!

Él abrió la puerta y la dejó marchar; el aspecto y el tono que mostró ella le indicó al señor Mool que las protestas eran algo peor que inútiles. Al hilo de los años, a este modesto y amable hombre jamás se le habían oído decir palabras gruesas, pero ahora las dijo:

—¡Maldito doctor Benjulia! —estalló sin poder aguantar más en la soledad de su oficina.

Su cena le estaba esperando en casa, y sin embargo, en vez de ponerse el sombrero, regresó a su escritorio. Sus pensamientos se proyectaron en el futuro y descubrieron posibilidades ante las cuales sus pensamientos retrocedían con pavor. Tomó la pluma y comenzó una carta:

«A la atención de don John Gallilee:

Querido señor,

Se han producido circunstancias, las cuales no tengo libertad de mencionar, pero que hacen necesario para mí, haciendo justicia a mis propios puntos de vista y sentimientos, retirarme de la posición de consejero jurídico de usted y de su familia...».

Se detuvo y pensó en sí mismo...

—No —decidió—; puedo ser de alguna utilidad a esa pobre niña mientras sea el abogado de la familia.

Cogió la carta inacabada y la hizo pedazos.

Cuando el señor Mool llegó esa noche a su casa, fue notorio que tenía bastante poco apetito para cenar; pero, en cambio, bebió más vino de lo usual en él.

## Capítulo XXXIV

—No sé qué es lo que pasa conmigo. A veces pienso que me voy a poner realmente enferma.

Era el día siguiente a la entrevista de la señora Gallilee con el abogado, y ésta fue la respuesta de Carmina cuando la institutriz entró en su habitación después de las lecciones de la mañana, y preguntó si se encontraba mejor.

—¿Todavía estás tomando medicina? —preguntó la señorita Minerva.

—Sí, el señor Null dice que es un tónico y que seguro me ayuda. No parece que haya empezado aún su efecto, me siento tan sumamente débil, Frances. La más mínima cosa me hace llorar, y aplazo hacer lo que debería hacer y quiero hacer, sin saber por qué. ¿Recuerdas qué te dije sobre Teresa? Ella estará con nosotras quizás en unos pocos días, por lo que yo sé no hay nada que indique lo contrario. Debo encontrar un alojamiento bonito para ella, pobre... y aquí estoy, pensando en ello en lugar de hacerlo.

—Permíteme que yo lo haga —sugirió la señorita Minerva.

—¡Eso es mucha amabilidad! —dijo Carmina, llenándose su triste rostro de luz.

—¡No digas tonterías! Hoy sacaré a las niñas a pasear después de la cena de la tarde. Echar un vistazo a alojamientos será divertido para mí y para ellas.

—¿Dónde está Zo? ¿Por qué no la has traído contigo?

—Está tomando su lección de música... y debo regresar para mantenerla en orden. A propósito del alojamiento: ¿supongo que una habitación con salita será suficiente? Me temo que las condiciones económicas serán bastante altas en este barrio.

—¡Oh!, ¡eso no importa! Que sean habitaciones limpias y aireadas... y una casera amable. Si las condiciones económicas son altas, Teresa no debe saberlo.

—¿Te permitirá pagar los gastos?

—¡Ah!... ¡tú lo has dicho con delicadeza! Mi tía parecía dudar de si Teresa tenía algún dinero propio. En aquel momento olvidé que mi padre le había dejado una pequeña renta. Me lo dijo ella misma, y se preguntaba, la pobrecita, cómo iba a gastárselo todo. No se le debe permitir que lo gaste todo. Le diremos que las condiciones son la mitad de lo que puedan ser de verdad... y yo pagaré la otra mitad. ¿No es una crueldad por parte de mi tía no permitir que mi vieja niñera viva en la misma casa que yo?

En ese momento, llegó un mensaje de una de las personas sobre las que ella estaba hablando. La señora Gallilee deseaba ver a la señorita Carmina de inmediato.

—Querida —dijo la señorita Minerva, cuando el sirviente se hubo retirado—, ¿por qué tiembles de esa manera?

—Hay algo en mí, Frances, que tiembla ante mi tía desde el día...

Se calló.

La señorita Minerva entendió esta súbita pausa: la innombrable alusión al inocente conocimiento por parte de Carmina de sus sentimientos hacia Ovid. Por inexpresado consentimiento de ambas partes, ellas todavía preservaban su anterior relación como si la señora Gallilee no hubiera hablado. La señorita Minerva la miró con tristeza y cariño.

—¡Adiós, de momento! —dijo, y subió de nuevo hacia la clase.

En el vestíbulo, Carmina encontró al sirviente esperándola. Éste abrió la puerta de la biblioteca, la erudita dama estaba enfrascada en sus estudios.

—He estado hablando con el señor Null sobre ti —dijo la señora Gallilee.

Durante la tarde anterior, Carmina había permanecido en su habitación. Tomó el desayuno en la cama, y ahora veía a su tía por primera vez, desde que la señora Gallilee había abandonado la casa para ir a ver a Benjulia. La chica en seguida fue consciente de un cambio (que sentía en su interior más que porque fuera palpable), un sutil cambio en la manera en que su tía la miraba y le hablaba. Su corazón latió deprisa y cogió en silencio la silla más cercana.

—El doctor —continuó la señora Gallilee— piensa que es importante para tu salud estar tanto como sea posible al aire libre. Desea que te obliguemos a salir cada día mientras dure el buen tiempo. He ordenado que el carruaje abierto esté preparado después de la comida. Otros compromisos me impedirán acompañarte, estarás bajo el cuidado de mi criada y estarás fuera durante dos horas. El señor Null espera que ganes en fortaleza. ¿Hay alguna cosa que desees?

—Nada, gracias.

—¿Quizás desees un vestido nuevo?

—¡Oh, no!

—¿No tienes ninguna queja que hacer de los sirvientes?

—Los sirvientes siempre son amables conmigo.

—No necesito retenerte por más tiempo... hay una persona esperando para hablar conmigo.

Carmina había entrado en la habitación con dudas y con miedo. La había abandonado con una extraña mezcla de sentimientos entre el alivio y la perplejidad. Su sensación de que se había producido un misterioso cambio en su tía se había fortalecido con cada palabra que le había dirigido la señora Gallilee. Había oído hablar de reformatorios y de personas discretas que los dirigían llamadas supervisoras. En su visión imaginaria de esos lugares, el tono y comportamiento de la señora Gallilee (del modo más extraño) hacía realidad su idea de una supervisora

hablando a un niño arrepentido.

Mientras cruzaba el vestíbulo, sus pensamientos cambiaron de dirección. Un recelo indefinible sobre el futuro que le esperaba se adueñó de ella. Una horrible reproducción en corcho del Coliseo se erguía en la mesa del vestíbulo; la miró distraídamente.

«Espero que Teresa venga pronto», pensó, y se alejó hacia las escaleras.

Subía despacio, con la cabeza inclinada, con la mente todavía preocupada. Llegó al primer descansillo, un sonido de pasos la desconcentró, miró hacia arriba y... se encontró cara a cara con el señor Le Frank, que abandonaba la clase después de su lección musical. Ante el repentino descubrimiento, se le escapó un grito de alarma (el típico pequeño grito de mujer sobresaltada). El señor Le Frank hizo una elaborada y formal reverencia: se disculpó con un énfasis estúpido y severo.

—Le... ruego... me perdone.

Movida por un impulso natural, consciente y arrepentida de esas pocas palabras necias que ella había pronunciado y que él había oído por casualidad, la pobre chica hizo un esfuerzo por reconciliarse con él.

—Tengo muy pocos amigos, señor Le Frank —dijo con timidez—. ¿Puedo considerarle aún como uno de ellos? ¿Perdonará y olvidará? ¿Me dará la mano?

El señor Le Frank hizo otra magnífica reverencia. Él estaba orgulloso de su voz, y así, con su tono más melifluido y resonante, dijo:

—Usted me honra.

Tomó la mano que ella le ofrecía, la elevó con solemnidad y la tocó con sus labios.

Ella se agarró a la balastrada con la otra mano, y controló la mareante sensación que le había producido el momentáneo contacto con él. Él podría haber detectado los signos externos de los apuros que ella estaba pasando, de no ser por una interrupción que le evitó ser descubierta. La señora Gallilee estaba de pie ante la puerta abierta de la biblioteca y dijo:

—Le estoy esperando, señor Le Frank.

Carmina subió corriendo las escaleras, perseguida ya por la sensación de haber cometido una imprudencia. Lo primero que estaba sintiendo era confusión y consternación, y sin embargo, una idea clara se presentaba ante ella.

—¡Oh! —dijo—, ¿me he vuelto a equivocar?

Mientras tanto, la señora Gallilee había recibido al profesor de música con lo más parecido a una bienvenida indulgente de la que puede ser capaz una naturaleza curtida.

—Siéntese en la butaca, señor Le Frank. ¿Siente algún temor por que esté la ventana abierta?

—¡Oh, claro que no! Me gusta.

Él desenrolló con rapidez algunas partituras de música que había traído de arriba.

—Con respecto a la canción que tuve el honor de mencionarle...

La señora Gallilee señaló hacia la mesa.

—De momento deposite la canción aquí. Primero, tengo algo que decirle: ¿cómo se le ha ocurrido asustar a mi sobrina? He oído algo como un grito, y naturalmente miré hacia fuera. Ella se estaba excusando, le pidió que perdonara y olvidara. ¿Qué significa todo esto?

El señor Le Frank agotó toda su reserva de ingenio esforzándose con educadas evasivas pero sin el más mínimo éxito. La señora Gallilee lo tenía totalmente bajo el pulgo, si se me permite la expresión. Y no lo soltó hasta que literalmente la informó de la opinión que tenía Carmina sobre él como hombre y como músico, y hubo descrito con exactitud las circunstancias en que se enteró de ello. La señora Gallilee escuchaba con un interés que habría satisfecho incluso la vanidad del señor Le Frank (en circunstancias menos embarazosas).

La torpe afectación de buen humor con la cual él explicaba su historia no engañó ni por un momento a la señora Gallilee. Su agudeza descubrió el sentimiento de rencor hacia Carmina que él mostraba, como un instrumento a mano y preparado en caso de necesidad. Matiz a matiz, ella se iba revelando bajo una nueva luz, encarnando el papel de una amiga comprensiva.

—Ahora entiendo, señor Le Frank, el motivo por el cual declinó ser el profesor de música de mi sobrina. Permítame disculparme por haberle atribuido, por ignorancia, un lugar que no le correspondía. Aprecio la delicadeza de su conducta... lo entiendo y lo admiro.

Las coloradas mejillas del señor Le Frank se enrojecieron aún más. Su sangre fría entró en ebullición, caldeada por un resplandor de autoestima enorgullecida que inundaba todas sus fibras.

—Los motivos de ocultación de mi sobrina están suficientemente claros —continuó la señora Gallilee—. Permítame confiar en que estuviera avergonzada por tener que confesar su total falta de gusto, delicadeza y modales con que lo ha ofendido hace un momento. Sin embargo, la señorita Minerva no tiene ninguna excusa para mantenerme en la ignorancia de todo ello. En este tema, su conducta ofrece (siento decirlo) un ejemplo más de su habitual negligencia en los deberes que le corresponden por su posición en mi casa. Parece ser que hay algún tipo de entendimiento entre mi institutriz y mi sobrina, lo cual no apruebo en absoluto. No obstante, el tema es demasiado desagradable para insistir en él. Usted estaba hablando de su canción... ¿el último esfuerzo de su genialidad, supongo?

¡Su «genialidad»! El recóndito resplandor de autoestima que había en el señor Le Frank se hizo más y más cálido.

—Pedí el honor de una entrevista —explicó él— para hacer una petición.

Él cogió sus partituras de música.

—Éste es mi último, y espero, mi mejor esfuerzo de composición. ¿Podría dedicarlo...?

—¡A mí! —exclamó la señora Gallilee con un estallido de entusiasmo.

El señor Le Frank agradeció el cumplido e hizo una reverencia de gratitud.

—¿Hace falta decir lo encantada que estoy de aceptar el honor?

Con esa contestación gentil, la señora Gallilee se levantó del asiento.

¿Era el cambio de postura de la señora Gallilee una indirecta que daba a entender al señor Le Frank que debía dejarla continuar con sus estudios, ahora que ya había conseguido su objetivo? ¿O era un acto de homenaje de la Ciencia al Arte? El señor Le Frank era incapaz de atribuir una interpretación desfavorable a cualquier postura que una mujer (y más una mujer como ella) pudiera adoptar en su presencia. Agradeció el cumplido de nuevo.

—La primera copia publicada le será enviada a usted —dijo él, y agarró su sombrero, ansioso porque la imprenta comenzara a trabajar.

—¡Y veinticinco copias más en las que yo contribuiré! —exclamó su munífica mecenas dándole la mano con cordialidad.

El señor Le Frank intentó expresar su sentimiento de agradecimiento. La señora Gallilee, generosa, no quiso oírlo. Él se dispuso a marchar, llegó hasta el vestíbulo y, entonces, fue llamado, silenciosa, confidencialmente, para que regresara a la biblioteca.

—Una idea me acaba de llamar la atención —dijo la señora Gallilee—. Por favor, cierre la puerta un momento. Sobre ese encuentro entre usted y mi sobrina... ¿Quizás estoy teniendo un punto de vista malsano?

Ella se calló, el señor Le Frank esperaba con emocionado interés.

—¿O hay algo fuera de lo usual en las disculpas de ella? —continuó la señora Gallilee—. ¿Tiene usted alguna idea de cuál puede ser el motivo?

Las sospechas, siempre a punto, del señor Le Frank se levantaron al instante.

—Ni la más remota idea —contestó—, ¿puede decírmelo usted?

—Estoy tan confusa como usted —replicó la señora Gallilee.

El señor Le Frank estuvo ponderando la cosa. Sus sospechas hicieron un esfuerzo imaginativo, ayudadas por su vanidad.

—Tras mi rechazo a darle clases a ella —sugirió—, esa propuesta de darnos la mano puede tener un significado...

Ahí, su inventiva le falló. Se detuvo, y meneó su cabeza de forma inquietante.

Al haber conseguido su objetivo, la señora Gallilee no hizo ningún intento de ayudarlo.

—Quizás el tiempo dirá... —contestó ella con discreción—. Adiós, de nuevo, con los mejores deseos para el éxito de su canción.

## Capítulo XXXV

La soledad de la habitación ya no era un buen refugio para Carmina en su estado de humor presente, así que se fue hacia la clase. La señorita Minerva estaba sola. Las dos niñas, obedeciendo normas domésticas, estaban en su aseo del mediodía antes de la cena. Carmina describió su encuentro con la señora Gallilee y con el señor Le Frank.

—No me regañes —dijo—, no tengo excusa para mi locura.

—Si el señor Le Frank hubiera abandonado la casa, después de hablar contigo —contestó la señorita Minerva—, no habría sentido la angustia que me preocupa ahora. No me gusta que después fuera a ver a la señora Gallilee, en especial cuando me hablas de ese cambio de actitud de ella hacia ti. Tú tienes una imaginación muy viva, Carmina. ¿Estás segura de que no te está jugando malas pasadas?

—Seguro que no.

La señorita Minerva no estaba del todo satisfecha.

—¿Me ayudarás a sentirme tan segura de ello como tú? —preguntó—. La señora Gallilee generalmente pasa por aquí de visita durante unos minutos, mientras las niñas están cenando. Quédate aquí y dile algo en mi presencia. Quiero juzgar por mí misma.

Las niñas entraron. El perfecto aseo de Maria reflejaba la perfecta manera de ser de la niña. Cumplió con sus obligaciones de cortesía con su usual y oportuna elección de las palabras.

—Querida Carmina, es realmente un placer verte de nuevo en nuestra clase. Naturalmente, estamos angustiadas por tu salud. Este tiempo tan magnífico sin duda obrará en tu favor; y papá piensa que el señor Null es un hombre muy listo.

Zo estaba de pie con el ceño fruncido, mientras aquellos zalameros convencionalismos iban saliendo de los labios de su hermana. Carmina le preguntó qué sucedía, Zo miró con tristeza al perro que estaba en la alfombrilla.

—Desearía ser Tinker —dijo.

Maria sonrió con dulzura.

—Querida Zoe, ¡qué deseo más extraño! ¿Qué harías si fueras Tinker?

El perro, al oír su nombre, se levantó y se sacudió. Zo lo señaló con un aparente y profundo interés.

—Él no tiene que peinarse, antes de salir a pasear; sus uñas no se vuelven negras cuando están sucias. Y, además... —las siguientes palabras las susurró al oído de Carmina—: no tiene una institutriz.



La cena hizo su aparición y la señora Gallilee apareció a continuación. Maria bendijo la mesa. Zo, hambrienta a la hora de comer, como siempre, olvidó decir amén. Carmina, que estaba de pie detrás de su silla, la empujó con suavidad. Zo dijo:

—Amén ..., ¡oh, porras! —la primera palabra tan alto como su voz se lo permitía, y las dos últimas susurrando.

La señora Gallilee miraba a Carmina, como podía haber mirado a una persona molesta que hubiera entrado de la calle.

—Mejor que te vistas antes de la comida —sugirió—, o harás esperar al carruaje. Al oír esto, Zo dejó su cuchillo y tenedor y miró por encima de su hombro.

—Pregúntale si puedo ir contigo —dijo.

Carmina hizo la pregunta.

—No —respondió la señora Gallilee—, las niñas deben caminar. Mi criada te acompañará.

Carmina echó una ojeada a la señorita Minerva al dejar la habitación. La institutriz contestó con una mirada. También había visto el cambio producido en las formas de la señora Gallilee, y no lo entendía en absoluto.

La criada de la señora Gallilee, Marceline, pertenecía a una raza irascible: era una mujer de Jersey. No es fácil decir cuál de las dos se sentía más agobiada por la presencia forzada de su acompañante en el carruaje.

La criada era, quizás, la que merecía más compasión. En secreto, ella sentía simpatía hacia Carmina, al igual que el resto de los sirvientes de la casa y había sido obligada por su ama, siguiendo sus instrucciones privadas, a actuar como espía: «Si la chica cambia la ruta que mi cochero tiene ordenado tomar, o si se comunica con alguna persona mientras está fuera, debe informarme de ello».

La señora Gallilee no había olvidado el hallazgo de la bolsa de viaje, y el discurso jurídico del señor Mool la había informado de que la supervisión de Carmina era más que nunca una vital cuestión de interés pecuniario.

Sin embargo, por lo menos en un aspecto, recientes acontecimientos habían mejorado las perspectivas.

Si Ovid (¡como su madre se arriesgaba a esperar!) rompía con su compromiso cuando oyera la escandalosa historia del nacimiento de Carmina, había sin duda una posibilidad de que ella (como otras chicas con su temperamento sensible) pudiera sentir la calamidad que había caído sobre ella con tanta intensidad como para condenarse a sí misma a la soltería. Engañada, en parte, por la esperanza del alivio de sus propias inquietudes viles y, en parte, por una descorazonadora incapacidad de apreciar la generosidad en los demás, desarrollada por los afanes del último periodo de su vida, la señora Gallilee contemplaba la decisión futura de su hijo como una duda razonable.

Mientras tanto, esa detestable hija del adulterio (este obstáculo vivo en el camino

hacia los magníficos proyectos que, de no ser por ello, esperaban a Maria y Zoe) debía permanecer en la casa, sometida a la autoridad de su tutora, observada por la vigilancia de su tutora. La odiosa criatura aún tenía derecho a atención médica cuando estaba enferma, y debía ser proveída de cada uno de los remedios que el ingenio del doctor pudiera sugerir. Se pagaba una asignación generosa para su cuidado, y los albaceas estaban obligados a intervenir si no era empleado justamente.

Al mirar el carruaje mientras se las llevaba (Marceline en el asiento delantero representando la imagen de la incomodidad, y Carmina, enfrente de ella, insoportablemente bonita e interesante, con el último poema nuevo en su regazo), los pensamientos de la señora Gallilee tomaron su propio curso implacable.

«Ocurren accidentes en otros carruajes, con otras chicas en su interior. ¡Pero no en el mío, con esa chica dentro! ¡Nada espantará hoy a mis caballos!, y a mi cochero, con lo gordo que está, ¡no le dará ningún síncope en el asiento!».

Eso fue totalmente cierto. A la hora convenida, apareció el carruaje de nuevo, y (para completar el desengaño) Marceline no tenía ningún informe que dar.

La señorita Minerva no había olvidado su promesa. Cuando regresó de su paseo con las niñas, ya había reservado las habitaciones. El alojamiento de Teresa en Londres estaba a cinco minutos a pie de la casa.

Aquel atardecer, Carmina envió un telegrama a Roma, por si acaso la niñera pudiera no haber iniciado su viaje. El mensaje (aplazando otras explicaciones hasta qué se encontraran) le informaba meramente de que las habitaciones estaban preparadas, añadiendo la dirección y el nombre de la casera. Haciendo conjeturas en medio de la ignorancia, Carmina y la institutriz habían atribuido la siniestra modificación en la actitud de la señora Gallilee al regreso indeseado de Teresa.

—Mientras tengas los recursos en tu poder —advirtió la señorita Minerva— podría ser bueno permitirle saber a tu vieja amiga que hay una casa para ella cuando llegue a Londres.

## Capítulo XXXVI

Carmina sintió un infinito alivio cuando, al día siguiente, el tiempo cambió a peor. La lluvia incesante hizo imposible mandarla afuera de nuevo con el carruaje.

No obstante, fue un día azaroso. Esa tarde lluviosa, ¡el señor Gallilee se presentó como por su cuenta ante la terrible presencia de su mujer!

—Querida, es un día inusualmente gris —comenzó.

Eso pasó sin que ocurriera nada, lo cual fue un gran estímulo para continuar.

—Si me lo permites decir, Carmina quiere un poco de diversión.

La señora Gallilee levantó la vista de su libro. El señor Gallilee, temiendo que si se tomaba su tiempo como siempre, acabaría callando definitivamente, continuó hablando de forma apresurada.

—Hay una representación por la tarde de juegos de manos, y sabes, pienso que realmente podría llevar a Carmina. Estaremos encantados si nos quieres acompañar, querida; y ellos dicen que en verdad (¿quizás tú lo hayas oído?) que hay mucha ciencia en esa exhibición.

Sus ojos se movían con un sentimiento de intranquila expectación, mientras esperaba oír lo que su mujer pudiera decidir. Ella hizo un gesto con la mano desdeñosamente en dirección a la puerta. El señor Gallilee se retiró con la presteza de un joven.

«¡Ahora, nos divertiremos!», pensó, mientras subía a la habitación de Carmina.

Ellos estaban abandonando la casa justo en el momento en que llegó el profesor de música a la puerta para dar sus lecciones.

El señor Gallilee sacó la cabeza por la ventana del carruaje de inmediato.

—¡Vamos a los juegos de manos! —gritó con jovialidad—. ¡Carmina! ¿No ves al señor Le Frank? Se inclina saludándote. ¿Le gustan los juegos de manos, señor Le Frank? ¡No les diga a las niñas a dónde vamos! Se disgustarían, pobrecitas... pero deben tomar sus lecciones, ¿verdad? ¡Adiós! ¡Vaya! Deténgase un minuto. Si alguna vez desea arreglar su paraguas, conozco un hombre que lo hará bien y barato. ¿Un día desagradable, no es cierto? ¡Continúe! ¡Continúe!

La opinión general que sitúa a la vanidad entre los defectos menores de la humanidad, comete un grave error. La vanidad sólo requiere la fuerza motriz para perfeccionarse hacia la maldad absoluta. La vanidad puede ser salvajemente desconfiada y diabólicamente cruel. ¿Cuáles son los dos nombres típicos que permanecen expuestos en la historia como los nombres de los dos hombres más vanidosos que hayan existido jamás? Nerón y Robespierre.

En su enigmática esfera y con sus restringidos recursos, la vanidad del profesor de música había perfeccionado sus propias cualidades bajo la astuta y cauta instigación de la señora Gallilee. Una vez metido en materia, sus sospechas sobre Carmina rebasaron los límites. No podía haber ninguna razón, salvo una mala razón, para esa tentativa descarada de cogerlo en la trampa de la reconciliación. Cuando recordaba las palabras de Carmina, su mirada y su actitud al encontrarse en la escalera, se le ocurrieron todos los posibles motivos malvados atribuibles a una chica de su edad, sin importar lo monstruosamente improbables que pudieran ser. Su pequeña mente miserable (en otros tiempos preocupada por contemplarse a sí mismo y a sus habilidades) estaba ahora tan absorbida imaginando cualquier clase de conspiración contra su posición social y profesional, que no era ni tan sólo capaz de dar su lección acostumbrada a las dos niñas. Antes de que la hora acordada hubiera terminado, la señorita Minerva comentó que no parecía estar tranquilo, y sugirió que sería mejor que volviera a dar la lección al día siguiente. Después de una tentativa fútil de aparentar tranquilidad... le dio las gracias a la señorita Minerva y se fue.

Al bajar las escaleras, se encontró la puerta de la habitación de Carmina medio abierta.

Ella se había ido con el señor Gallilee. La señorita Minerva permanecía arriba con las niñas. La señora Gallilee estaba ocupada con sus investigaciones científicas. A esa hora de la tarde, los sirvientes no tenían obligaciones que los forzaran a ir a la parte de arriba de la casa. Él escuchó... dudó... y entró en la habitación.

Pudiera ella tener un diario, y lo que era seguro era que ella escribía y recibía cartas. Si tan sólo pudiera encontrar el escritorio abierto y sus cajones accesibles, los más recónditos secretos de su vida quedarían a su merced.

Probó a abrir el escritorio, probó a abrir el armario que había bajo la estantería. Ambos estaban cerrados. La vitrina que había entre las ventanas y la cajonera de la mesa habían sido dejadas sin cerrar. Ningún descubrimiento recompensó la búsqueda cuidadosa que hizo de ambos muebles. Abrió los libros que había dejado sobre la mesa y los sacudió. No cayó ninguna carta olvidada, ni ninguna nota privada (usada como marcador). Miró a su alrededor; miró furtivamente en el dormitorio; escuchó para asegurarse de que no había nadie afuera; entró en el dormitorio, examinó la mesita de aseo y abrió las puertas del armario... y aun así, por mucho que perseveró, la búsqueda fue infructuosa.

Al regresar a la salita, sacudió su puño sobre el escritorio.

«¡No estarías cerrado —pensó—, si no tuvieras algún secreto vergonzoso que ocultar! Tendré otras oportunidades; y... ella... quizás no siempre recuerde cerrar con llave».

Bajó sigilosamente las escaleras y no encontró a nadie en su camino de salida.

Al día siguiente, el mal tiempo continuaba. El objeto de las sospechas del señor

Le Frank permanecía en la casa... y no se produjo una segunda oportunidad para inspeccionar, todavía.

La visita al espectáculo de juegos de manos perjudicó a Carmina en vez de mejorarla. Le dolía la cabeza en aquella atmósfera cerrada: estaba demasiado fatigada para ser capaz de permanecer en la sala hasta que acabara la actuación. El pobre señor Gallilee se retiró disgustado al refugio de su club. A la hora de cenar, incluso su perfecto humor le falló por un momento. Criticó el champagne... y luego se disculpó con el camarero.

—Lo siento, he sido un poco duro con usted hace un momento. El hecho es... que estoy de mal humor... Usted también se ha sentido así ¿verdad? El vino es de primera categoría y, la verdad, el tiempo es tan desalentador. Creo que tomaré otra pinta.

Sin embargo, el corazón optimista de Carmina desafiaba la languidez de la enfermedad y del triste día. El correo le había traído carta de Ovid, incluyendo una fotografía tomada en Montreal en la cual se le veía con el traje de viaje.

Ovid escribía en un tono jovial que hizo revivir la hundida valentía de Carmina, y renovó, por lo menos durante un tiempo, la felicidad de tiempos pasados. Él decía que las llanuras del Canadá eran literalmente embriagadoras. Cada hora parecía devolverle la energía vital que había perdido durante su vida londinense. Había dormido en el suelo, al aire libre, y más profundamente de lo que había dormido nunca en una cama. Sin embargo, una inquietud lo preocupaba. En la errática vida que ahora disfrutaba, era imposible que su correspondencia le siguiera... y esto hacía que cada día que pasaba, él se sintiera más ansioso sin motivo por saber que Carmina no estaba cansada de esperarlo, y que todo iba bien en casa.

«¿Y cómo han acabado esas vanas aspiraciones mías? —continuaba la carta—. Han acabado, querida, con un viaje de uno de mis guías. Un indio, cuya fidelidad he puesto a prueba, y cuyo celo he estimulado con la promesa de una recompensa.

El indio cogerá esta carta para llevarla al correo en Quebec. También le he entregado una orden, autorizando a mis banqueros a confiar en él para entregarle el correo que me esté esperando. Mañana empiezo un viaje en canoa y, después de la debida consulta con el equipaje, hemos fijado un día y un lugar en el cual mi mensajero se encontrará conmigo en su camino de vuelta. ¿Puedo confesar mi amable debilidad?, ¿o me conoces ya lo suficiente para sospechar la verdad? Mi amor, me siento muy tentado de dar esquinazo a mis planes y preparativos, volver con el indio al Quebec y coger un camarote en el primer vapor que regrese a Inglaterra.

¡No creas que estoy preocupado por malentendidos sobre lo que está pasando en mi ausencia! El hecho de que veo lo más luminoso que hay en nuestras vidas actuales y futuras es uno de los signos buenos de mi recobrada salud. Me siento tentado de regresar por la misma razón que me siento ansioso por las cartas. Quiero saber de ti

porque te quiero... deseo regresar de inmediato porque te quiero. En mi corazón siento nostalgia, indecible nostalgia. ¡Ni dudas, ni temores, cariño mío!

Pero fui doctor antes de convertirme en enamorado. Mi conocimiento médico me indica que ésta es una oportunidad para fortalecer por completo mi constitución, y (con la ayuda de Dios) asegurarme reservas de salud y fortaleza que nos llevarán juntos y felices por el camino hasta la vejez. Amor mío, ¡debes ser mi esposa... no mi enfermera! Éste es el pensamiento que me da la suficiente abnegación para dejar partir solo al indio».

Carmina contestó a esta carta tan pronto como la leyó.

Ella sabía muy bien que el mensajero indio estaría de regreso con su señor antes de que el correo pudiera llevar su carta de respuesta a su destino. Pero Ovid la había hecho tan feliz, que sentía el impulso de escribirle de inmediato, como hubiera sentido el impulso de contestarle de inmediato si hubiera estado presente hablándole a ella. Cuando terminó de llenar las páginas, cerró la carta y le puso la dirección; semejante esfuerzo deprimió su ánimo.

Ahora le parecía que había cierta sabiduría en la cariñosa rapidez de su respuesta.

Incluso en la plenitud de su alegría, era consciente de una desconfianza de fondo que sentía en sí misma. Aunque el señor Null no lo admitiera, al recetar una nueva prescripción, estaba dejando translucir una falta de fe en el remedio del que había esperado unos resultados tan rápidos. También había añadido un vaso más de vino al ya permitido diariamente y que, hasta ahora, había considerado suficiente. Sin desesperar, Carmina sintió que había actuado con sabiduría al escribir su contestación a Ovid mientras aún se encontraba lo suficientemente bien para competir con el tono jovial de la carta de él.

Se tumbó en el sofá para descansar, con la fotografía en su mano. Ahora no le oprimía ninguna sensación de soledad, el retrato de Ovid era el mejor de los acompañantes. En la calle, la fuerte lluvia golpeaba la ventana; en la habitación, el reloj, trabajador, no cesaba de hacer tictac. Ella escuchaba con pereza, miró a su enamorado y besó su fiel imagen, en la que se le veía feliz y tranquilo.

La puerta se abrió y eso fue el primer pequeño acontecimiento que la trastornó. Zo echó una ojeada. Su cara estaba roja, su cabello despeinado, sus dedos presentaban restos de tinta de una reciente lección de escritura.

—Estoy furiosa —anunció—, y también la otra...

Carmina le pidió que se acercara al sofá y trató de averiguar quién podía ser esa segunda persona enfadada.

—¡Oh!, ¡sabes! —Zo contestó con tenacidad—. Me ha pegado en los nudillos. La he llamado bestia.

—¡Cállate!, no debes hablar así.

—Estará aquí en seguida —Zo continuó—. ¡Ten cuidado! Te... pegará... en... los... nudillos... lo único es que tú eres demasiado grande. Si no estuviera lloviendo, saldría corriendo.

Carmina adoptó un aire severo y formuló una protesta seria adaptada a la inteligencia de su joven amiga. Quizás, ella también había hablado en una lengua extraña. Zo tenía otra razón, aparte del golpe en los nudillos, para salir corriendo.

—¡Vaya! —continuó Zo—, ¿conoces al chico?

—¿Qué chico, querida?

Algunas veces viene a vernos. Tiene un organillo. Tiene un mono. Sonríe. Dice: «¿Ajá, ties medio penique pa mí?». ¡Yo pensaba ir a ver a ese chico!

Esta confesión de Zo de su primer amor era irresistible. Carmina rompió a reír. Zo reclamó con indignación que se la oyera.

—¡No he terminado todavía! —estalló—. El chico baila. Así —ladeó la cabeza, dio palmadas en el muslo e imitó al chico—. ¡Y algunas veces canta! —gritó con otro estallido de admiración.

—¡Ah-ah-ah-bella-vita-ah!... Eso es italiano, Carmina.

La puerta se abrió de nuevo mientras la artista estaba en pleno vigor... y apareció la señorita Minerva.

Cuando entró en la habitación, Carmina vio de inmediato que Zo había observado bien a su institutriz. Las gruesas cejas de la señorita Minerva descendieron, sus labios estaban pálidos, su cabeza se erguía airadamente.

—¡Carmina! —dijo con dureza—, no deberías animar a esta niña.

Se giró, a la búsqueda de la alumna que estaba haciendo novillos. Incorregiblemente estúpida en sus lecciones, la mente de Zo tenía sus destellos de inteligencia en estado de libertad. Uno de esos destellos había brillado oportunamente y la había iluminado para que saliera de la habitación.

La señorita Minerva tomó una silla: se dejó caer en ella igual que una persona rendida de cansancio. Carmina le habló con amabilidad, prodigando palabras de comprensión sobre esa naturaleza atormentada.

—No, no estoy enferma —dijo—. Una noche sin dormir, una niña perversa a la que enseñar por la mañana y un detestable temperamento a todas horas... eso es lo que me pasa —miró a Carmina—. Hoy parece que estés maravillosamente mejor. ¿Es que el tonto del señor Null por fin ha acertado con algo bueno para ti? —se fijó en que el escritorio estaba abierto y descubrió una carta—. ¿O es que te han llegado buenas noticias?

—He recibido noticias de Ovid —contestó Carmina.

La fotografía todavía estaba en su mano, pero su delicadeza innata hizo que mantuviera escondido el retrato.

El aspecto amarillento de la institutriz se fue volviendo poco a poco un tono

blanco grisáceo apagado. Sus manos qué reposaban juntas con flaccidez sobre su regazo se tensaron cuando oyó el nombre de Ovid. Ése fue el ligero movimiento que transmitió hacia el exterior, no se movió nada más. Tras esperar un poco, Carmina se arriesgó a hablar.

—Frances —dijo—, todavía no nos hemos dado la mano en señal de amistad.

La señorita Minerva alzó la mirada lentamente, manteniendo aún sus manos unidas sobre el regazo.

—¿Cuándo regresa él? —preguntó, hablando con tranquilidad.

—Aún no... siento decirlo —respondió Carmina, también con tranquilidad.

—Yo también lo siento.

—Es muy amable de tu parte decir eso, Frances.

—No, no es amable por mi parte. Estoy pensando en mí misma... no en ti —de repente subió el tono de su voz—. Ojalá estuvieras casada con él —dijo.

Se hizo el silencio. La señorita Minerva fue la primera en volver a hablar.

—¿Me entiendes? —preguntó ella.

—Quizás me ayudes a entender —contestó Carmina.

—Si estuvieras casada con él, incluso mi intranquilo estado de ánimo encontraría la paz. La lucha habría acabado.

Abandonó la silla y comenzó a andar inquieta arriba y abajo de la habitación. Comenzó a perder el control de aquella emoción ardiente que había sometido con resolución.

—Estuve pensando en ti la noche pasada —continuó de repente—. Eres una chiquilla amable... pero te he visto mostrar algo de temperamento cuando tu tía te provocó con su cínica insolencia. ¿Sabes lo que haría si estuviera en tu lugar? No estaría esperando dócilmente hasta que él regresara a mí... iría a su encuentro. ¡Carmina! ¡Carmina! ¡Abandona esta horrible, casa! —se detuvo cerca del sofá—. Déjame verte. ¡Ajá! ¿Creo que tú misma has pensado en ello?

—He pensado en ello.

—¿Qué te dije? Tú, pequeña y pobre prisionera, ¡tú... tienes... lo que hay que tener dentro de ti! Ojalá te pudiera dar algo de mi fuerza.

El tono medio burlón en el que hablaba, de golpe, le falló; su mirada penetrante se fue debilitando; las profundas líneas de su cara se suavizaron. Se dejó caer de rodillas, estrechó con sus brazos ágiles a Carmina y la besó.

—¡Tú, dulce niña! —dijo ella, y estalló en lágrimas apasionadamente.

Incluso entonces, la naturaleza tremendamente autosuficiente de la mujer se impuso, y empujó a Carmina hacia atrás al sofá.

—¡No me mires! ¡No me hables! —jadeaba—. ¡Déjame superarlo!

Ahogó los sollozos que salían de ella. Aún de rodillas, levantó la mirada temblando. Una espantosa sonrisa distorsionaba sus labios.



—¡Ah, qué locas somos! —dijo—. ¿Dónde está esa agua de lavanda, querida... tu remedio favorito para cuando una cabeza está que estalla?

Antes de que Carmina pudiera ayudarla, encontró la botella, empapó su pañuelo en el agua de lavanda y lo ató alrededor de su cabeza.

—Sí —prosiguió, como si hubieran estado cotilleando sobre los temas más normales y corrientes—, creo que tienes razón, éste es el mejor de todos los perfumes —miró al reloj—. La cena de las niñas estará lista dentro de diez minutos. Debo decirlo y diré lo que tengo que decirte. Carmina, puede que sea la última pobre aportación que pueda hacerte a cambio de toda tu bondad.

La señorita Minerva regresó a su silla.

—Si te asusto, no lo puedo evitar —prosiguió—, pero debo decirte con claridad que no me gusta la perspectiva. En primer lugar, cuanto antes nos separemos (¡oh!, ¡sólo durante un tiempo!), mejor para ti. Después de lo que he pasado la noche, anterior... no, no voy a entrar en detalles, sólo voy a repetir lo que ya dije... no confíes en mí. ¡Va en serio, Carmina! Tu generosa manera de ser no debe engañarte, si... puedo... evitarlo. Cuando seas una feliz mujer casada, cuando él esté aún más alejado de mí de lo que está incluso ahora... entonces, recuerda a tu fea amiga con mal genio y permíteme volver contigo. ¡Basta ya! Tengo que confesarte otros recelos. Tú conoces a esa vieja niñera tuya íntimamente, mientras que yo sólo hablo desde mi experiencia con ella de uno o dos días. A mi juicio, es una mujer cuyo cariño por ti podría convertirse en cariño feroz a la más mínima provocación. Tú le escribes constantemente. ¿Sabe lo que has sufrido? ¿Le has contado la verdad?

—Sí.

—¿Sin reservas?

—Completamente sin reservas.

—Cuando esa vieja mujer llegue a Londres, Carmina... y te vea, y vea a la señora Gallilee... ¿no crees que las consecuencias pueden ser graves?, ¿y no crees que tu situación entre ellas dos será algo que ninguna fortaleza pueda soportar (aunque fueras diez veces más fuerte de lo que eres)?

Carmina se sobresaltó en el sofá, no era capaz de hablar. La señorita Minerva le dio tiempo para que se recuperara, después de otra mirada al reloj.

—No te estoy alarmando porque sí —continuó—, tengo algo esperanzador que proponerte. Tu amiga Teresa tiene vigor, un vigor feroz. Haz un buen uso de él. Ella hará cualquier cosa que le pidas, ¡llévatela contigo al Canadá!

—¡Oh, Frances!

La señorita Minerva le señaló la carta que había en la mesa.

—¿Te ha dicho él cuando regresará?

—No. Piensa que es importante que recupere completamente la salud... se está alejando más y más... ha enviado a alguien al Quebec a que recoja sus cartas.

—Entonces no hay que preocuparse porque os crucéis en el camino. Ve al Quebec y espéralo allí.

—Lo asustaría.

—¡Tú, no!

—¿Qué le puedo decir?

—Lo que debes decirle, si es que eres lo suficiente débil para esperarlo aquí. ¿Crees que su madre tendrá en cuenta sus sentimientos cuando regrese para casarse contigo? Te lo vuelvo a repetir, no estoy hablando sin conocimiento. He pensado en todo: sé cuándo puedes escapar y salir con bien de la persecución. Tienes mucho dinero, tienes a Teresa para cuidar de ti. ¡Vete! ¡Por tu propio bien, por el bien de Ovid, vete!

El reloj marcó la hora. Se levantó y se quitó el pañuelo de la cabeza.

—¡Silencio! —dijo—. ¿Oigo el crujido de un vestido en el descansillo de abajo?

Agarró la botella de la medicina del señor Null como excusa para estar en la habitación. El crujido del vestido se oía cada vez más cerca. La señora Gallilee (en su camino hacia la cena en la clase) abrió la puerta. Ella comprendió al instante el propósito que la botella pretendía cumplir.

—Es asunto mío dar a Carmina la medicina —dijo la señora Gallilee—. El de usted está en la mesa de la clase.

Tomó la botella y avanzó hacia Carmina. Había dos gafas en la habitación: unas, en su posición habitual sobre la chimenea; las otras, enfrente, en la pared por detrás del sofá. La señorita Minerva se giró antes de abandonar la habitación, y vio reflejada en el cristal la cara de la señora Gallilee, cuando ella y Carmina se miraron la una a la otra.

Las niñas estaban esperando la cena. Maria recibió a la impuntual institutriz con una sonrisa preparada y apropiadas palabras.

—Querida señorita Minerva, casi nos estábamos alarmando por usted. Perdóneme por decirlo pero tiene un aspecto...

Maria atrajo la atención de la institutriz y dejó de hablar, confundida.

—¿Bien? —dijo la señorita Minerva—. ¿Qué aspecto tengo?

Maria todavía dudaba. Zo habló sin temor, como siempre.

—Tiene el aspecto como si alguien la hubiera asustado.

## Capítulo XXXVII

**T**ras dos días de lluvia, el tiempo se despejó de nuevo.

Era una tranquila y soleada mañana de domingo. El campo llano alrededor de la casa de Benjulia mostraba su aspecto más brillante en el claro día de otoño.

Incluso el triste personal doméstico del doctor reflejaba en cierto grado el cambio hacia mejor. Cuando Benjulia se levantó esa mañana, se mostró ante los de su casa con un carácter que estaban poco acostumbrados a ver: el carácter de un jefe con buen humor, y asombró a su silencioso sirviente tratando de silbar una melodía.

—Si alguna vez ha tenido un aspecto alegre en su vida —le dijo al hombre—, tenga ese aspecto ahora, ¡me voy a tomar el día de fiesta!

Después de trabajar de forma incesante sin abandonar nunca su laboratorio, comer en su espantosa mesa, arrebatando de vez en cuando una hora de descanso durmiendo sobre el suelo, Benjulia había completado una serie de experimentos en cuyos resultados podía confiar plenamente. Había avanzado en la investigación y estaba un paso más cerca de solucionar aquel problema oculto en la enfermedad mental que, hasta ahora, había desconcertado las investigaciones de los médicos a todo lo largo y ancho del mundo civilizado. Si su ritmo de trabajo presente continuaba como hasta ahora, en el lapso de tiempo de un mes quizás podría añadir su nombre a los nombres que permanecen inmortales entre los médicos de los Anales del Descubrimiento.

Sus labores habían absorbido su mente tan completamente, que sólo recordó las cartas que la señora Gallilee había dejado para él cuando terminó su desayuno el domingo por la mañana. Después de examinarlas, no aparecía ninguna alusión en la correspondencia de Ovid al misterioso caso de enfermedad que había atendido en Montreal. Lo único que le quedaba por hacer y que podía apaciguar la duda que aún le preocupaba era comunicar directamente con su amigo en Canadá. Decidió celebrar su día de fiesta dando un paseo; su destino fue la oficina central de telégrafos de Londres.

Sin embargo, antes de dejar la casa, sus obligaciones domésticas reclamaron su atención. Comunicó sus órdenes a la cocinera.

A las tres en punto volvería para comer. Ese día sería testigo de la celebración de su primera comida normal en las últimas cuarenta y ocho horas, y esperaba la puntualidad más estricta. La cocinera (contratada hacía poco) era una mujer pequeña y vigorosa con el cabello rojizo y de colores subidos. Ella, al igual que el sirviente, era objeto de la cordial y amable influencia del doctor. Él la miró por primera vez

desde que había entrado en la casa. Una luz brillante se mostró furtivamente en sus sombríos ojos grises: tomó una vieja y polvorienta pantalla protectora de mano del aparador, ¡e hizo de ello un regalo para ella!

—Tome —dijo con su humor mordaz—, no eche a perder su cutis ante el fuego de la cocina.

La cocinera tenía un temperamento optimista, y un gusto (al cual hay que rendir homenaje y alentar): el gusto de leer novelas. Ella se hizo su composición romántica basándose en el extraordinario piropo con el que el doctor le había obsequiado con su humor burlón. Mientras él se iba, golpeando su bastón en el suelo y forzando una sonrisa, una idea nueva iluminó la mente de la cocinera. Su jefe la admiraba, su jefe no era un hombre como los demás, podría acabar casándose con ella.

Benjulia dejó las cartas de Ovid en casa de la señora Gallilee, en su camino hacia la oficina de telégrafos.

Si las hubiera devuelto personalmente, se habría encontrado con que la distinguida dama hoy no estaba de un humor demasiado cortés. El día anterior había descubierto a Carmina y a la señorita Minerva enfrascadas en una conversación privada, sin haber sido capaz de averiguar cuál podía ser el tema de conversación entre ellas. Esta mañana estaban de nuevo juntas. Maria y Zo habían ido a la iglesia con su padre, la señorita Minerva había permanecido en casa por culpa de un dolor de cabeza. A esa hora y debido a tales circunstancias, no había un pretexto plausible que justificara la intervención de la señora Gallilee. Ella contemplaba con seriedad la posibilidad de sacrificar un mes de salario y despachar a la institutriz sin previo aviso.

Cuando el lacayo abrió la puerta, Benjulia le entregó el paquete de cartas. Tras su última experiencia con la señora Gallilee, no tenía la intención de devolverle la visita, así que se alejó andando sin pronunciar una palabra.

El cable recogió el mensaje de Benjulia para el señor Morpew en los siguientes términos:

«El paciente de Ovid en Montreal: ¿era su dolencia una enfermedad mental? Sí o no».

Después de dar órdenes para el envío de la respuesta desde su club, se dispuso a regresar a casa andando.

A las tres menos cinco, estaba de nuevo en casa. Cuando el reloj marcó la hora, hizo sonar la campanilla. El sirviente apareció sin la comida. La amabilidad asombrosa de Benjulia (el día de su descanso) era incluso igual a su propia exigencia.

—He pedido cordero asado para las tres —dijo con terrorífica tranquilidad—. ¿Dónde está?

—La comida estará lista en diez minutos, señor.

—¿Por qué no está preparada ahora?

—La cocinera espera que la perdone, señor. Hoy va un poco atrasada.

—¿Qué es lo que le ha entorpecido hacer su trabajo, si hace el favor?

El sirviente silencioso (en otras ocasiones el más impenetrable de los seres humanos) empezó a temblar. El doctor había echado a patadas (literalmente) de la casa a un hombre que había intentado mirar a través de la claraboya del laboratorio. Había despedido a una criada avisándola con media hora de preaviso por olvidarse de cerrar la puerta dos veces en un día. Sin embargo, ¿qué eran tales actos despóticos comparados con la horrible serenidad con la cual, después de estar esperando la comida, sólo preguntaba qué había entorpecido el trabajo de la cocinera, haciendo la pregunta con educación y añadiendo un «si hace el favor»?

—¿Quizás ha estado haciendo el amor con ella? —sugirió el doctor, tan amable como siempre.

Esta escandalosa insinuación provocó que el silencioso sirviente hablara.

—¡Soy incapaz de eso, señor! —respondió el hombre con indignación—, la mujer estaba leyendo una historia.

Benjulia inclinó la cabeza como si fuera un agradecimiento a una explicación muy satisfactoria.

—¡Oh!, ¿leyendo una historia? La gente que lee historias se dice que tienen mentes nerviosas. ¿Usted diría que la cocinera es una persona nerviosa?

—¡Sí, señor! Muchas cocineras son nerviosas, ellas dicen que es el fuego de la cocina.

—¿Eso dicen? Ahora puede irse. No le dé prisa a la cocinera... esperaré.

Él esperó, siguiendo en apariencia alguna nueva retahíla de pensamientos que lo divertía mucho. Pasaron diez minutos... después un cuarto de hora, y después otros cinco minutos. Cuando el sirviente regresó con la comida, las reflexiones privadas del doctor continuaban divirtiéndole: sus finos labios todavía estaban forzando una formidable sonrisa amplia y dilatada.

Al trinchar el cordero, resultó que éste estaba poco hecho. En otro momento, esto habría sido un crimen imperdonable en el código de leyes domésticas de Benjulia; ahora todo lo que dijo fue: «Lléveselo». Comió patatas, pan y queso. Cuando hubo terminado, estaba casi más amable que nunca y dijo:

—¡Pídale a la cocinera que venga!

La cocinera se presentó con una mano en su palpitante corazón y la otra sujetando su pañuelo en los ojos.

—¿Por qué está llorando? —preguntó Benjulia—, yo no la he regañado, ¿verdad?

La cocinera comenzó a disculparse, y el doctor señaló hacia una silla.

—Siéntese y tranquilícese.

La cocinera se sentó, sonriendo tímidamente entre lágrimas. Esta acogida, en

otras circunstancias incomprensible, de una persona que ha estado esperando la comida veinte minutos y que, ni siquiera entonces ha dado por bueno el cordero (a lo que había que añadir las amables indagaciones del señor, que fueron trasladadas al piso de abajo por el lacayo), sólo podía tener una interpretación. No todas las mujeres tenían su precioso cabello y su sonrosado aspecto. ¿Por qué no había pensado primero en subir al piso de arriba, sólo para comprobar ante el espejo si mostraba su mejor aspecto? ¿Empezaría él por confesarle su amor? ¿O empezaría por besarla?

Benjulia empezó por encender su pipa. Durante unos instantes estuvo fumando plácidamente mirando a la cocinera.

—He oído que ha estado leyendo una historia —continuó—. ¿Cuál es su título?

—«Pamela o la virtud recompensada», señor.

Benjulia continuó fumando. La cocinera, hasta ahora recatada y algo abatida, levantó la mirada, por mera comprobación; él aún la miraba. ¿Es que él quería que lo alentaran? La cocinera le ofreció con precaución algo de información literaria.

—El nombre del autor está en el libro, señor. Se llama Richardson.

La información fue recibida con cortesía.

—Sí, he oído hablar del autor y también del libro. ¿Es interesante?

—¡Oh, señor, es una historia preciosa! Mi única excusa por tardar con la comida...

—¿Quién es Pamela?

—Una joven del servicio, señor. ¡Ojalá fuera yo más como ella! Se me rompió el corazón cuando me devolvió el cordero, pero fue usted tan amable como para pasar por alto el error en la cocción...

Benjulia interrumpió las disculpas una vez más, él perseguía sus propios fines con una cocinera arrepentida, igual que perseguía sus propios fines con la vivisección de un animal. Nada lo apartó de su designio preestablecido y, de un modo u otro, regresó a Pamela.

—¿Y qué le ocurre al final de la historia? —preguntó.

La cocinera sonrió con afectación.

—Pamela es la joven virtuosa, señor, y así la historia se hace realidad... Pamela o la virtud recompensada.

—¿Quién la recompensa?

¿Había ocurrido alguna vez algo tan afortunado como esto? La situación de Pamela se estaba convirtiendo con rapidez en la situación de la cocinera. El pecho de la vigorosa mujercita empezó a mostrar signos de tierna agitación, distribuida sobre una gran superficie. Ella puso los ojos en blanco amorosamente. Benjulia echó otra bocanada de humo.

—Bien —repitió él— ¿quién recompensó a Pamela?

—Su amo, señor.

—¿Qué hizo él?

La cocinera bajó los ojos con modestia hacia su regazo, su aspecto se volvió más luminoso que nunca.

—El amo se casa con ella, señor. ¿Ah?

Eso fue todo lo que dijo. Él no estaba ni asombrado, ni confundido, ni animado; él sólo daba a entender que ahora sabía cómo el amo de Pamela la había recompensado. Y aún más desalentador fue el hecho de que aprovechó la oportunidad para golpetear las cenizas fuera de la pipa, llenarla de nuevo y volverla a encender. Si la cocinera hubiera sido una de las pocas pobres miserables que nunca han leído novelas, quizás habría sentido sus esperanzas, ingenuamente fundadas, hundirse ya bajo sus pies. Pero como no era así, Richardson sostuvo la esperanza en ella, Richardson le recordó que el amo de Pamela había dudado y que la virtud de Pamela no había ganado su recompensa de forma fácil. Ella echó otra mirada al doctor. La elocuencia de los ojos de la mujer (tan abiertamente celebrada en prosa y poesía) ahora habló a través de los ojos de la cocinera; ellos decían: «Casaos conmigo, señor, y nunca más volverá a tener el cordero poco hecho». Se sabe que los corazones de otros salvajes se han dulcificado bajo ciertas influencias... ¿por qué no podría también derretirse un poco el del científico salvaje bajo una, presión similar? El doctor volvió a la conversación: hizo una alusión amable a las circunstancias familiares de la cocinera.

—Cuando vino aquí por primera vez, ¿creo que me dijo que no tenía familia?

—Soy huérfana, señor.

—¿Y había estado durante algún tiempo sin empleo cuando la contraté?

—Sí, señor; ¡mis pequeños ahorros estuvieron a punto de acabarse!

¿Podía él resistir ese cuadro patético de los escasos ahorros de la huérfana, enmarcado (tal como estaba) en la referencia, señalada con delicadeza, a su alter ego doméstico del libro?

—Era tan pobre como Pamela —sugirió ella con delicadeza.

—Y tan virtuosa —añadió Benjulia.

Los elocuentes ojos de la cocinera dijeron: «Gracias, señor».

Él dejó a un lado la pipa. Esto era sin duda un buen signo... Corrió su silla más cerca de ella. ¡Mejor que mejor! Su brazo era lo suficiente largo, en su nueva posición, como para alcanzar su cintura. Y su cintura estaba preparada para acogerlo a él.

—Usted no tiene nada que, hacer en particular esta tarde, y yo no tengo nada en particular que hacer.

Él se expresó con esta aseveración bastante abruptamente. Al mismo tiempo, era una de esas declaraciones prometedoras que preparan el terreno para algo. Podía haber dicho: «No habiendo nada que hacer de particular hoy, ¿por qué no hacemos el

amor?». O podría haber dicho: «No habiendo nada que hacer de particular mañana, ¿por qué no nos hacemos con las licencias matrimoniales?». ¿Lo diría acaso de esa manera? No: lo que hizo fue una propuesta bastante diferente. Dijo:

—Parece bastante aficionada a las historias. ¿Qué le parece si le cuento una historia?

Quizás había algún significado oculto en esto. Había, sin duda, una repentina alteración en su mirada y actitud; la cocinera se preguntó qué significaba.

Si ella hubiera visto al doctor en su trabajo secreto en el laboratorio, el cambio operado en él quizás la habría puesto en guardia. Ahora, él estaba mirando (experimentalmente) a la criatura inferior sentada en la silla ante él, del mismo modo que miraba (experimentalmente) a otros seres inferiores estirados en la mesa, bajo él.

Su historia comenzó de modo inocente y pasado de moda.

—Érase una vez un amo y una criada. Llamaremos al amo por la primera letra del alfabeto... señor A... y llamaremos a la criada por la segunda letra... señorita B.

La cocinera soltó un largo suspiro de alivio. Había realmente un significado oculto en la historia del doctor. La infortunada mujer pensó para sí misma: No sólo tengo un cabello bonito y un cutis precioso, ¡también soy lista! En sus esporádicas tardes libres, ella satisfacía a veces otro gran encomiable gusto, aparte del gusto por leer novelas. Ella era una gran aficionada a ir al teatro. Esa figura importante en el teatro (el hombre que cuenta su propia historia bajo el pretexto de explicar la historia de otra persona) no le era desconocida en su experiencia teatral. Su sonrisa alentadora hizo su modesta aparición una vez más. Ya desde el mismo inicio de la historia de su amo, vio el final feliz.

—Todos nosotros tenemos problemas en la vida —Benjulia continuó—, y la señorita B tenía sus problemas. Durante mucho tiempo, estuvo sin trabajo y no tenía familiares amables que la ayudaran. La señorita B era huérfana, sus ahorros casi se habían acabado.

Era demasiado angustioso. La cocinera sacó su pañuelo y compadeció a la señorita B con todo su corazón.

El doctor continuó.

—Sin embargo, la virtud, tal como la conocemos cuando leemos «Pamela», tiene una recompensa segura. Ocurrieron ciertas circunstancias en casa del señor A que hicieron necesario para él contratar a una cocinera. Él descubrió un anuncio en el periódico en el cual se informaba de que la señorita B estaba buscando un empleo. El señor A pensó que era una joven encantadora. El señor A la contrató —en esa parte crítica de la historia, Benjulia hizo una pausa—. ¿Y qué fue lo siguiente que hizo el señor A? —preguntó.

La cocinera no pudo reprimirse más, saltó de la silla y rodeó con sus brazos el cuello del doctor.



Benjulia continuó con su historia como ni nada hubiera ocurrido.

—¿Y qué fue lo siguiente que hizo el señor A? —repitió—. Puso su mano en el bolsillo... dio a la señorita B un mes de salario... y la expulsó de la casa. ¡Tú, fresca y descarada, has retrasado mi comida, has echado a perder mi cordero, me has rodeado el cuello y casi me ahogas! Aquí está tu dinero. ¡Vete!

Boquiabierta y con una mirada feroz, la cocinera estaba de pie mirándolo, como una mujer convertida en estatua de piedra. Un momento después, la rabia que tenía estalló en un furioso grito. Ella se volvió hacia la mesa y agarró un cuchillo. Benjulia se lo arrancó de la mano, y se dejó caer en su silla, completamente embelesado por el éxito de su pequeña broma. Él hizo lo que jamás podría haber recordado su amigo más antiguo: estalló a reír.

—¡Esto sí que ha sido un día de fiesta! —dijo—. ¿Por qué no tengo a alguien con quien disfrutarlo?

Ante esa risa, ante esas palabras, la furia de la cocinera, en su más feroz acaloramiento, se congeló de terror. Había algo sobrehumano en el regocijo diabólico del doctor. Incluso él percibió el feroz horror en los ojos de la mujer mientras lo miraba.

—¿Qué es lo que te pasa? —preguntó Benjulia.

Ella murmuró y masculló, y retrocedió alejándose de él, yéndose muy despacio hacia la puerta. Mientras se acercaba a la ventana, afuera un hombre pasó por delante del camino hacia la casa. Ella señaló al hombre y repitió las mismas palabras de Benjulia:

—Alguien con quien disfrutarlo —dijo ella.

Ella abrió la puerta del comedor, el sirviente apareció en el vestíbulo con un caballero detrás de él.

El caballero era una persona de lo más cortés. Miró alarmado el pálido rostro de la cocinera al pasar aprisa a su lado hacia las escaleras que llevaban a la cocina.

—Siento molestarlo en tan mal momento —dijo a Benjulia—. Le ruego que me perdone, volveré a llamar otro día.

—Entre, caballero.

El doctor hablaba de forma ausente, mirando hacia el vestíbulo y pensando en otra cosa.

El caballero entró en la habitación.

—Mi nombre es Mool —dijo—. Tuve el honor de conocerle en una de las fiestas de la señora Gallilee.

—Muy probablemente, aunque no lo recuerdo. Tome asiento.

Benjulia aún estaba pensando en otra cosa. El modesto señor Mool tomó asiento, un poco confuso. El doctor cruzó la habitación y abrió la puerta.

—Perdóneme un minuto —dijo—. Regresaré de inmediato.

Se fue hacia lo alto de la escalera que llevaba a la cocina y llamó a la criada.

—¿Está la cocinera ahí abajo?

—Sí, señor.

—¿Qué está haciendo?

—Llorando a lágrima viva.

Benjulia se fue de nuevo con un aire de hombre decepcionado. A veces, una conmoción moral violenta tiene un efecto grave en el cerebro... sobre todo cuando es el cerebro de una mujer nerviosa. Siempre en su papel de psicólogo (incluso en esos momentos extraños en los que él se divertía), a Benjulia se le había ocurrido que la cocinera, después de su estallido de furia, podía ser un caso digno de estudio. Pero ella se había aliviado llorando, su cerebro estaba a salvo, ella había dejado de interesarle. Benjulia regresó al comedor.

## Capítulo XXXVIII

—Se le ve acalorado, caballero; beba algo. Vieja cerveza inglesa, acabada de salir del barril.

El tono era cordial. Le sirvió una cerveza espumosa en un gran vaso, demostrando una buena voluntad muy hospitalaria. El señor Mool estaba sorprendido totalmente, y, además, de una forma muy agradable. Él también sentía la influencia del buen humor del doctor, enriquecido por el recuerdo placentero de su entrevista con la cocinera.

—Yo vivo en la zona residencial de esta parte de Londres, doctor Benjulia —explicó el señor Mool—; y he tenido un paseo muy agradable desde mi casa a la suya. Si he cometido un error, señor, visitándole en domingo, sólo puedo aducir que durante la semana estoy ocupado con el trabajo...

—De acuerdo. Da lo mismo un día que otro, siempre que no me interrumpa y ahora usted no me ha interrumpido. ¿Fuma?

—No, gracias.

—¿Le importa que yo fume? Al contrario, doctor.

—Muy amable por su parte. ¿Cuál dijo que era su nombre?

—Mool.

Benjulia lo miró con recelo. ¿Era un psicólogo y por tanto un rival?

—Usted no es doctor, ¿verdad? —dijo.

—Soy abogado.

Uno de los pocos prejuicios generalizados que Benjulia compartía con sus congéneres inferiores era el prejuicio contra los abogados. De no haber sido por los furiosos recuerdos de la provocación exitosa hecha por su despreciable hermano, la señora Gallilee jamás habría encontrado el modo de que él se confiara a ella. De no ser por el efusivo placer que había sentido ante la perplejidad de la cocinera, le habría pedido al señor Mool que le expusiera por escrito el objeto de su visita y éste habría regresado de nuevo a su casa como un hombre frustrado. La amabilidad del doctor en su día de fiesta había alcanzado realmente su apogeo, ¡cuando le permitió al extraño abogado sentarse y hablar con él!

—Los caballeros de su profesión —murmuró— jamás visitan a gente a la que no conocen si no es por sus propios intereses. Señor Mool, usted quiere algo de mí, ¿qué es?

El tacto profesional del doctor Mool le advirtió de que no perdiera el tiempo con rodeos previos.

—Me arriesgo a esta intrusión —comenzó el señor Mool— como consecuencia de una afirmación realizada ante mí en mi oficina recientemente por la señora Gallilee.

—¡Deténgase! —gritó Benjulia—. No me gusta el comienzo, ya se lo digo. ¿Es necesario mencionar el nombre de esa vieja pe...?

De hecho, Benjulia usó una palabra descrita en el diccionario con doble significado (Primero: una hembra de la familia de los caninos. Segundo: término de reproche hacia una mujer). Esto conmocionó al señor Mool y, por tanto, no es adecuado expresarla.

—¡Lo dice de verdad, doctor Benjulia!

—¿Quiere eso decir que usted va a tener que hablar de ella?

El señor Mool sonrió.

—Digamos que no se equivoca usted del todo al calificarla —contestó.

—Entonces, prosiga... y acabemos de una vez. Ella hizo una afirmación en su oficina. Suéltela, buen hombre. ¿Tiene algo que ver conmigo?

—Si no fuera así, doctor Benjulia, no me habría arriesgado a presentarme en su casa.

Con esa necesaria explicación, el señor Mool relató todo lo que había pasado entre la señora Gallilee y él.

Al principio del relato, Benjulia dejó enfadado su pipa a un lado, hasta el punto de casi interrumpir al abogado. Pero cambió de opinión y, reprimiéndose mucho, escuchó en silencio.

—Espero, señor —concluyó el señor Mool—, que no tomará el motivo de mi visita como un reproche. La única verdad es que sólo estoy interesado en el bienestar de la señorita Carmina. Siento el más sincero respeto y cariño por sus padres. Usted también los conoció. Eran buena gente. Pensándolo bien, seguro que se arrepiente de haber repetido descuidadamente una noticia falsa, ¿verdad? ¿No me ayudará a limpiar la memoria de su pobre madre de esta horrible mancha?

Benjulia fumaba en silencio. ¿Había llegado hasta él aquel simple y conmovedor ruego? Cuando por fin consintió en abrir sus labios, comenzó a hablar de un modo muy extraño.

—Usted es lo que se suele llamar un hombre de mediana edad —dijo él—. ¿Supongo que tiene alguna experiencia con las mujeres?

El señor Mool se ruborizó.

—Soy un hombre casado, señor —respondió con seriedad.

—Muy bien, esto es experiencia... de cierto tipo. Cuando un hombre pierde los estribos y una mujer quiere algo de él, ¿sabe usted cómo puede sacar inteligentemente ventaja de sus privilegios hasta sacarlo a él de quicio, hasta que no haya nada que él no haría para que ella lo dejara en paz? Así es como acabé

diciéndole a la señora Gallilee lo que ella le dijo a usted.

Benjulia esperó un momento y se reconfortó con su pipa.

—Dicho esto —continuó—, no pretendo sentir ningún interés en la chica, y sus padres me importan dos pitos. Por otro lado, si puede sacar algún provecho a lo que voy a decir ahora, hágalo y délo por bien empleado. Este escándalo comenzó con una fanfarronada de un compañero mío en Roma. Él estaba enfadado conmigo y con otro hombre por reírnos de él cuando dijo ser el amante de la esposa de Robert Graywell. Nos hizo la apuesta de que veríamos a la mujer sola en la habitación de él esa misma noche. Nosotros estábamos escondidos detrás de una cortina y la vimos en la habitación. Pagué el dinero que había perdido y abandoné Roma poco después. El otro hombre no quiso pagar.

—¿En qué se basó? —preguntó el señor Mool con impaciencia.

—Se basó en que ella llevaba un velo muy grueso y nunca mostró su rostro.

—¡Una objeción incontestable, doctor Benjulia!

—Quizás podría serlo, pero yo no lo consideraré así. Dos horas antes, la señora de Robert Graywell y yo nos habíamos encontrado en la calle. Llevaba un vestido de un color muy significativo en ese momento... una especie de verde marino; y una toca que conjuntaba con él, la cual todo el mundo miraba fijamente porque no tenía ni la mitad del tamaño de los sombreros que estaban entonces de moda. No había error ni en el extraño atuendo ni en su alta figura, cuando la vi de nuevo en la habitación del estudiante. Por lo tanto, pagué la apuesta.

—¿Recuerda el nombre del hombre que no quiso pagar?

—Su nombre era Egisto Baccani.

—¿Ha sabido algo más de él desde entonces?

—Sí. Se metió en líos políticos y se refugió, como el resto de ellos, en Inglaterra; y se ganaba la vida, como el resto de ellos, enseñando idiomas. Me envió su prospecto, así es como me enteré.

—¿Tiene el prospecto?

—Ya hace tiempo que lo hice pedazos.

El señor Mool escribió el nombre en su cuaderno de bolsillo.

—¿No hay nada más que pueda contarme? —dijo.

—Nada.

—Acepte mis más sinceras gracias, doctor. ¡Que tenga un buen día!

—Si encuentra a Baccani, hágamelo saber. ¿Otro poquito de cerveza? ¿Existe la posibilidad de que vea usted pronto a la señora Gallilee?

—Sí... si encuentro a Baccani.

—¿Alguna vez juega con niños?

—Tengo cinco hijos con los que jugar —respondió el señor Mool.

—Muy bien. Cuando vaya a casa de la señora Gallilee, pregunte por la niña más

pequeña. La llamamos Zo. Póngale el dedo en su columna vertebral... aquí, justo por debajo del cuello. Presione en el sitio... así, y cuando se revuelva serpenteando, dígame: «Con el cariño más grande del doctor».

Al volver a su casa, el señor Mool se sorprendió al encontrar un carruaje abierto en la puerta del jardín. Una mujer vestida con elegancia lo contemplaba con una mirada incómoda desde el asiento de delante.

—Si me hace el favor, señor —dijo ella—, ¿sería tan amable de decirle a la señorita Carmina que no deberemos esperar mucho más tiempo?

El desasosiego de la mujer se reflejó en el rostro del señor Mool. Una visita de Carmina a su residencia privada no podía deberse a un motivo sin importancia. El miedo a que la señora Gallilee pudiera haber hablado a Carmina de su madre le vino a la mente al instante.

Antes de que abriera la puerta del salón, su alarma se había esfumado. Oyó a Carmina hablando con su esposa y sus hijas.

—¿Sería posible hablar de una cosa con usted, señor Mool?

Él la llevó a su estudio. Ella tenía un aspecto tímido y confundido, pero con certeza, no estaba enfadada ni afligida.

—Mi tía me envía afuera a dar una vuelta cada día, cuando hace buen tiempo —dijo—. Como el carruaje pasaba cerca de aquí, pensé que podría hacerle una pregunta.

—¡Claro que sí, querida! Tantas preguntas como quieras...

—Es sobre la ley. Mi tía dice que ahora ella tiene la misma autoridad sobre mí que la que mi querido padre tuvo mientras vivía. ¿Es eso cierto?

—Completamente cierto.

—¿Durante cuánto tiempo será mi tutora?

—Hasta que cumplas los veintiún años.

El tono pálido del rostro de Carmina perdió aún más el color.

—¡Quizás más de tres años de sufrimiento! —dijo con tristeza.

—¿De sufrimiento? ¿Qué quieres decir con eso, querida?

Carmina palideció aún más y no contestó.

—Quiero hacer una pregunta más —continuó ella, en tono triste—. ¿Seguiría siendo mi tía mi tutora... suponiendo que yo estuviera casada?

El señor Mool contestó a esto muy serio con sus ojos fijos en ella escrutándola.

—En ese caso, tu marido será la única persona que tenga alguna autoridad sobre ti. Carmina, son unas preguntas bastante extrañas. ¿No quieres confiarte a mí?

Con una agitación repentina, ella le cogió su mano y la besó.

—¡Debo marcharme! —dijo—. Ya he tenido el carruaje esperando demasiado tiempo.

Y salió corriendo sin mirar hacia atrás ni una sola vez.

## Capítulo XXXIX

La criada de la señora Gallilee miró su reloj cuando el carruaje abandonó la casa del señor Mool.

—Llegaremos a casa al menos una hora tarde —dijo.

—Es culpa mía, Marceline. Si te pregunta, dile al ama la verdad. No pensaré mal de ti por obedecer sus órdenes.

—Prefiero perder mi puesto que meterla en un problema, señorita.

La mujer hablaba en serio. El carácter dulce de Carmina había hecho que su situación no sólo fuera soportable, sino que hasta fuera muy agradable: había sido tratada como una compañera y amiga. Si no hubiera sido por esa circunstancia (Marceline se había sentido profundamente degradada al ser empleada como espía), habría dejado de servir a la señora Gallilee, sin dudarlo.

De regreso a casa; en vez de hablar plácidamente como siempre, Carmina estaba silenciosa y triste. ¿Había causado este cambio de ánimo su visita al señor Mool? Era más que eso. El abogado, inocentemente, había provocado que ella se decidiera a tomar el camino desesperado que la señorita Minerva había propuesto.

Si el señor Mool hubiera declarado incorrecta la afirmación de la señora Gallilee sobre su autoridad absoluta como tutora, Carmina (que llevada por la esperanza olvidaba con facilidad el genio de su tía) habría pensado en llegar a una componenda: habría consentido permanecer a disposición de la señora Gallilee hasta el regreso de Ovid, con la condición de que se le permitiera (cuando Teresa llegara a Londres) vivir retirada con su vieja niñera. Este cambio de domicilio habría evitado cualquier encononazo entre la señora Gallilee y Teresa, y habría hecho que la vida de Carmina fuera tan tranquila, e incluso tan feliz, como ella podía desear.

Sin embargo, ahora que el abogado había confirmado la afirmación de su tía respecto a la posición en que se encontraban la una respecto la otra, huir al instante hacia la protección y el amor de Ovid parecía ser la única solución que quedaba, a no ser que Carmina pudiera resignarse a una vida de persecución despiadada y de incertidumbre perpetua.

Los preparativos para la huida ya estaban listos.

Esa visión momentánea que tuvo la señorita Minerva del rostro de la señora Gallilee reflejado en el cristal hizo que aquélla se reafirmara en su resolución de intervenir. Encerrada con Carmina el domingo por la mañana, había propuesto un plan de huida que incluso desafiaría la vigilancia y astucia de la señora Gallilee. No se interponía ningún obstáculo pecuniario en el camino. Por recomendación del señor

Mool, ya se había realizado el primer pago trimestral de quinientas libras anuales de la asignación de Carmina. Se había dejado lo suficiente (incluso sin la ayuda que pudiera aportar la niñera con sus propios recursos) para comprar lo necesario y para llevar a las dos mujeres al Quebec. El día posterior a la llegada de Teresa (a una hora de la mañana en que los sirvientes estaban aún en la cama), Carmina y su compañera podían escapar de la casa a pie sin dejar rastro.

Mientras tanto, la fortuna se hizo amiga de la criada de la señora Gallilee. Ni se le hicieron preguntas, ni se vio siquiera que llegaban tarde.

Cinco minutos antes de que el carruaje parara en la casa, una distinguida amiga del campo había pasado a ver (con cita previa) a la señora Gallilee. El siguiente martes por la tarde tendría lugar un acontecimiento de gran interés científico: un profesor nuevo se había comprometido a expresar opiniones subversivas sobre «la Materia» a través de una conferencia. Después de la conferencia, seguiría un debate general y la señora Gallilee se había propuesto tomar parte en ese debate (bajo ciertas condiciones).

—Si el profesor intenta justificar la acción mutua de los átomos separados —dijo—, le desafiaré a que lo haga, sin que dé por cierta la existencia de un agente material continuo en el espacio. Y, una vez aceptado este punto de vista, ¡aquí entiéndeme!... ¿cuál es la consecuencia? Hablando claro —exclamó la señora Gallilee, levantándose llena de excitación—, ¡prescindimos de la idea de los átomos!

La amiga la miró con infinito alivio ante la perspectiva de poder prescindir de los átomos.

—¡Ahora fíjate en esto! —prosiguió la señora Gallilee—. En relación con esta parte del tema, esperaré a ver si el profesor adopta la teoría de Thomson. ¿Conoces la teoría de Thomson? ¿No? Permíteme explicártela con brevedad: la mera heterogeneidad junto con la gravitación es suficiente para explicar todas las leyes en apariencia discordantes de la acción molecular. ¿Lo entiendes? Muy bien. Si el profesor omite a Thomson, entonces me levantaré en mitad de la sala y defenderé mi postura... ¡entiéndeme de nuevo!... basándome en estos motivos.

Mientras la señora Gallilee exponía los motivos a su amiga, el cochero llevó el carruaje a los establos, la criada bajó a preparar el té y Carmina se reunió con la señorita Minerva en la clase, y los tres evitaron ser descubiertos gracias al ensayo de la señora Gallilee sobre su actuación en la Comedia de los Átomos.

La mañana del lunes trajo noticias desde Roma, noticias graves que confirmaban los recelos de la señorita Minerva.

Carmina recibió una carta con matasellos italiano, pero que no se dirigía a ella, con la caligrafía de Teresa. Carmina miró la firma antes de empezar a leer, su corresponsal era el viejo sacerdote: el Padre Patrizio. Él escribía las siguientes palabras:



«Mi querida niña, nuestra buena Teresa nos deja hoy para iniciar su viaje a Londres. Ella se ha sometido con impaciencia a las ceremonias legales que fueron necesarias al morir su marido sin dejar hecho testamento. Después de pagar los gastos de entierro y sus pocas pequeñas deudas, él casi no dejó ningún dinero. Pero, lo que es de mucha más importancia, él vivió y murió como un buen cristiano. Estuve con él en sus últimos momentos. Querida, ofrece tus oraciones por el reposo de su alma.

Teresa me dejó declarándome su intención de viajar día y noche para llegar hasta ti lo antes posible.

Con sus prisas, ella ni tan sólo ha esperado a echar un vistazo a los papeles de su marido, sino que ha cogido la caja que los contiene y la lleva hacia Inglaterra para examinarlos cuando tengáis tiempo en tu querida compañía. Aunque esta buena mujer es fuerte, creo que se verá obligada a descansar por lo menos una noche durante el trayecto. Contando con esto, supongo que mi carta te llegará a ti primero. Tengo algo que decirte sobre tu vieja niñera, que está bien que sepas.

No pienses ni por un momento que te culpo por haber hablado a Teresa de la recepción poco amistosa que parece has encontrado de tu tía y tutora. ¿En quién podías confiarte sino en la mujer excelente que ha llenado el espacio de una madre en ti? Aparte de esto, desde tus más tiernos años, ¿no he infundido siempre en ti la reverencia a la verdad? Tú has dicho la verdad en tus cartas. Te elogio y te compadezco.

Sin embargo, la impresión que ha producido en Teresa no es algo que tú o yo pudiéramos desear. Uno de sus méritos es que te quiere con verdadera devoción, uno de sus defectos es que es feroz y obstinada cuando siente rencor. Tu tía se ha convertido en alguien al cual odia absolutamente. He combatido con éxito (como creo y espero) este sentimiento tan poco cristiano.

Ahora, ella está más allá del alcance de mi influencia. Mi intención al escribirte es rogarte que continúes el buen trabajo que he comenzado. Serena esta naturaleza impetuosa, refrena este espíritu feroz. Carmina, tu amable influencia tiene poder en sí misma sobre aquellos que te aman (¿y quién te ama a ti como Teresa?), cosa de la cual, quizás, no te das cuenta. Usa tu poder con discreción y, con la bendición de Dios y los santos, no albergó ningún temor en cuanto al resultado.

Mi niña, escíbeme cuando llegue Teresa y permíteme saber que eres más feliz y que estás mejor de salud. Dime también si hay algún proyecto rápido para tu boda. Si puedo hacer alguna presunción, juzgando por lo poco que sé, tus intereses más queridos dependen de la supresión de obstáculos que impidan este cambio saludable en tu vida. Te envío mis buenos deseos y mi bendición. Si un pobre y viejo sacerdote como yo puede serte de alguna ayuda, no lo olvides. PADRE PATRIZIO».

Si Carmina pudiera haber sentido aún alguna duda sobre su marcha, ésta se

desvaneció cuando leyó la carta. El buen Padre Patrizio, al igual que el bueno del señor Mool, la habían animado sin querer a desafiar la autoridad de su tutora.

## Capítulo XL

Cuando se acabaron las lecciones matinales, Carmina le mostró la carta del sacerdote a la señorita Minerva. La institutriz la leyó y se la devolvió en silencio.

—¿No tienes nada que decir? —preguntó Carmina.

—Nada. Tú ya sabes mi opinión. Esa carta dice lo que yo he dicho... y con una autoridad superior.

—Esta carta me ha decidido a seguir tu consejo, Frances.

—Entonces ha sido para bien.

—Ya ves —continuó Carmina—, el Padre Patrizio habla de obstáculos en el camino hacia mi matrimonio. Evidentemente, Teresa le ha mostrado mis cartas. ¿Piensas que teme, como yo lo hago, que mi tía pueda encontrar algún modo de separarnos, incluso cuando Ovid regrese?

—Es muy probable.

La señorita Minerva hablaba en un tono apagado y cansado, recostándose lánguidamente en la silla. Carmina le preguntó si había pasado otra noche en vela.

—Sí —respondió—, otra mala noche y el martirio de costumbre a la hora de enseñar a las niñas. No sé lo que me da más asco... si la insolente estupidez de Zoe o las tonterías insoportables de Maria.

Aún no había hablado nunca de Maria de esta manera. Incluso su voz parecía haber cambiado. En vez de delatar la airada brusquedad de siempre, su tono indicaba con frialdad un impasible desdén. Durante el silencio que siguió, ella levantó la mirada y vio a Carmina con sus ojos puestos en ella mirándola con ansia y amabilidad.

—Cualquier otro ser humano excepto tú —dijo—, me habría encontrado desagradable y grosera... y tendría bastante razón. No he preguntado por tu salud, se te ve más pálida de lo habitual. ¿Tú también has pasado una mala noche?

—Me he quedado dormida al llegar la mañana. Y... ¡oh!, ¡he tenido un sueño tan delicioso! Casi podría desear que no hubiera despertado jamás de él.

—¿Con quién soñaste? —la señorita Minerva hizo la pregunta de forma mecánica, y frunció el ceño como si lo que acababa de oír le hubiera sugerido algún pensamiento repelente.

—Soñé con mi madre —contestó Carmina.

La señorita Minerva se levantó de golpe de la silla. Cualquiera que hubiera sido esa impresión pasajera, ahora se había liberado de ella. De nuevo, había algo de vida en sus ojos, su voz sonaba un poco animada.

—Sácame un poco de mí misma —dijo—, cuéntame tu sueño.

—No es nada del otro mundo, Frances. Todos nosotros vemos algunas veces a nuestros ausentes seres queridos en sueños. Yo vi a mi madre de nuevo como la solía ver en la habitación cuando era muy pequeña a la hora de ir a dormir... alta y preciosa, con su largo cabello negro cayendo hasta la cintura sobre su bata blanca. Se paró sobre mí, me besó y me miró sorprendida. Dijo: «Mi pequeño ángel, ¿por qué estás aquí en una casa extraña? He venido para traerte de vuelta a tu cuna, junto a mi cama». No estaba ni sorprendida ni asustada, puse mis brazos alrededor de su cuello, nos fuimos flotando juntas a través de la fría noche sembrada de estrellas, y estuvimos de nuevo en casa. Vi mi cuna con sus bonitas cortinas blancas con lazos rosas. Oí a mi madre contarme un cuento inglés de un libro que mi padre le había dado... y su amable voz fue haciéndose cada vez más y más débil, mientras yo iba quedándome cada vez más y más dormida... y acabó con una voz muy bajita, justo como solía acabar en los viejos días felices. Me desperté llorando. ¿Dime, alguna vez sueñas con tu madre?

—¿Yo? ¿Dios me libre?

—¡Oh, Frances!, ¡qué cosa más horrible de decir!

—¿Lo es? Tenía el pensamiento dentro de mí, cuando hablabas. Y también por sus buenas razones. Fui la última de una gran familia... la fea, la malhumorada, la carga que hacía que fuera más duro que nunca encontrar suficiente dinero para pagar los gastos domésticos. Mi padre insultaba a mi madre por ser mi madre. Ella, a cambio, lo injuriaba a él con la misma amargura, y descargaba el resto de su malhumor en mi pequeño cuerpo desdichado sin moderar su mano. La hora de ir a dormir era la hora de pegarme. Habla de tu madre... ¡no de la mía! Eras muy joven cuando se murió, ¿verdad?

—Demasiado joven para sentir mi desgracia... pero lo suficiente mayor para recordar a la mujer más dulce que jamás haya vivido. Permíteme mostrarte de nuevo el retrato que hizo mi padre de ella. ¿No te dice su rostro el ángel que era? Había algún encanto en ella que todos los niños sentían. Sólo puedo recordar algunos de los compañeros de juegos que solían venir a nuestro jardín. Había otras madres buenas con nosotros... pero todos los niños se agolpaban alrededor de mi madre. Ellos la querían en todos sus juegos, competían por un sitio en su regazo cuando les contaba historias, algunos de ellos lloraban y otros gritaban cuando llegaba la hora de separarlos de ella. ¡Oh, por qué vivimos!, ¡por qué morimos! A veces, tengo pensamientos amargos como tú, Frances. He leído en poesía que la muerte es algo horrible. Para mí, la muerte es algo cruel, y jamás me había parecido tan cruel como en estos últimos tiempos, desde que he conocido a Ovid. Si mi madre hubiera vivido hasta ahora, ¡qué felicidad se habría añadido a mi vida y a la suya! ¡Cuánto la hubiera querido Ovid, cuánto habría querido ella a Ovid!

La señorita Minerva escuchaba en silencio. Era el silencio del interés verdadero y de la compasión mientras Carmina estaba hablando de su madre. Cuando el nombre de su amado se mezcló con los recuerdos de su infancia... llegó el cambio. Una vez más, los elocuentes rasgos empezaron a endurecerse en la cara de la institutriz. Se recostó de nuevo en su silla, sus dedos trenzaban y destrenzaban con irritabilidad el extremo de su delantal negro.

Carmina, estaba demasiado absorta en sus pensamientos, demasiado entusiasmada y empeñada en darles expresión, para darse cuenta de esas señales de aviso.

—Tengo todas las cartas de mi madre a mi padre —prosiguió Carmina—, cuando él se ausentaba en sus excursiones para dibujar. Todavía tienes algo de tiempo libre, así que me gustaría leerte algunas de ellas. Estuve leyendo una la pasada noche... ¿quizás explica mi sueño? Es sobre un tema que interesa a todos. En ausencia de mi padre, un amigo muy querido de él encontró la desgracia, y mi madre había de preparar a su mujer para oír las malas noticias... ¡oh, me recuerda a mí! Primero hay algo que quiero decirte.

—¿Sobre ti? —preguntó la señorita Minerva.

—Sobre Ovid. Quiero que me aconsejes.

La señorita Minerva estaba en silencio. Carmina prosiguió.

—Es sobre escribir a Ovid —explicó ella.

—¡Escribir, por supuesto!

La respuesta se produjo de repente y con brusquedad.

—¿No te habré ofendido, verdad? —dijo Carmina.

—¡No digas tonterías! Déjame escuchar la carta de tu madre.

—Sí... pero quiero que primero escuches las circunstancias.

—Ya las has mencionado.

—¡No, no! Me refiero a las circunstancias, en mi caso —llevó su silla cerca de la señorita Minerva—. Quiero susurrar... por miedo a que alguien pase por las escaleras. Cuanto más pienso en ello, más creo que debo preparar a Ovid para verme, antes de que me escape. Lo dijiste cuando hablamos de ello...

—No importa lo que dije.

—¡Oh!, ¡pero a mí me importa! Dijiste que podía ir a los banqueros de Ovid en el Quebec, y después escribir cuando supiera dónde estaba. He estado pensando sobre ello desde entonces... y veo un riesgo grave. Podría regresar de su viaje tierra adentro el mismo día que yo llegue allí, incluso nos podríamos encontrar en la calle. En su estado delicado de salud, ¡no quiero ni pensar qué consecuencias podría tener una sorpresa como ésa! Y después, está la horrible necesidad de contarle que su madre es la que me ha conducido a dar este paso desesperado. En mi lugar, ¿no crees que lo podría hacer de un modo mucho más delicado escribiendo?

—¡Tal vez!

—Podría escribir mañana, por ejemplo. Mañana es uno de los días del correo americano. Mi carta llegaría al Canadá (recordando que Teresa y yo hemos de viajar dando un rodeo por miedo a que nos descubran) días y días antes de que pudiéramos llegar. Me encerraría en un hotel en el Quebec, y Teresa podría ir cada día al banco para saber si es probable que Ovid enviara a alguien a por sus cartas, o que llamara pronto y preguntara por ellas. Entonces, él estaría preparado. Entonces, ¡cuando nos encontrásemos...!

La institutriz abandonó la silla y señaló el reloj. Carmina la miró y se levantó alarmada.

—¿Tienes dolores? —preguntó.

—Sí, neuralgia, creo. Tengo el remedio en mi habitación. No me entretengas, querida. La señora Gallilee no debe encontrarme aquí otra vez.

El paroxismo de dolor que Carmina había notado en la institutriz volvió a cruzar por su rostro de nuevo. La señorita Minerva lo controló y abandonó la habitación. El dolor la dominaba otra vez, un grito apagado salió de ella cuando cerraba la puerta. Carmina salió corriendo:

—¡Frances! ¿Qué es?

Frances miró por encima del hombro mientras subía despacio las escaleras.

—¡No importa! —dijo con amabilidad—. Tengo mi remedio.

Carmina avanzó un paso para seguirla y se echó atrás. ¿Estaba esa expresión de sufrimiento causada realmente por un dolor corporal? ¿O era atribuible a alguna cosa que ella había dicho de forma temeraria? Trató de recordar qué había pasado entre Frances y ella. El esfuerzo la agotó. Sus pensamientos autocríticos se desviaron hacia Ovid. Si él hubiera estado hablando a un amigo cuya pena secreta conociera, ¿le habría mencionado el nombre de la mujer que ambos amaban? Miró su retrato y se insultó a sí misma por ser una egoísta miserable e inconsciente.

¿Hará Ovid que yo sea mejor persona? —se preguntaba—. ¿Seré más merecedora de él cuando sea su mujer?

Llegó la hora del almuerzo y la señora Gallilee dejó dicho que no la esperaran a comer.

—Está estudiando —dijo el señor Gallilee con mirada atemorizada—. Va a dar una charla mañana en el debate. El hombre que da la conferencia es el hombre contra el cual va a arremeter. Yo no lo conozco, pero ¿qué opinas tú, Carmina?... A mí no me gustaría estar en el pellejo de ese hombre por mucho dinero que me ofrecieran. ¡Pobre diablo! Te ruego me perdones, querida, permíteme darte una alita de ave. Ave hervida... ¿eh?... y lengua... ¿ah? ¿Conoces la historia del extranjero? Él cenó fuera de casa quince veces con sus amigos ingleses. Y en cada cena había ave hervida y lengua para comer. La decimoquinta vez, el extranjero ya no lo soportó más, se dio

un manotazo en la frente y dijo: ¡Ah, cielo bendito, pollo y tocino otra vez! No lo mencionarás, ¿verdad que no?... ¿y quizás pienses como yo?... Yo por mi parte, estoy harto de pollo y tocino.

Las instrucciones médicas del señor Null continuaban prescribiendo aire fresco. El carruaje llegó a la puerta a la hora de siempre, y el señor Gallilee, con la misma regularidad, se retiró a su club.

Carmina estaba demasiado intranquila para abandonar la casa sin ver primero a la señorita Minerva, así que subió a la clase.

No se oía ningún ruido de voces cuando abrió la puerta. La señorita Minerva estaba escribiendo, y se había impuesto el silencio. Las chicas estaban ya vestidas para su paseo. Maria, aplicada como siempre, tenía su libro. La holgazana de Zo estaba encaramada a una silla alta y sentada, agitaba sus piernas arriba y abajo.

—Si dices una sola palabra —susurró a Carmina mientras ésta pasaba junto a ella—, te llamará un «diablillo» y te atarán a una silla. Iré a ver al chico.

—¿Te encuentras mejor, Frances?

—Mucho mejor, querida.

Su rostro lo negaba, todavía se veía reflejada en él la mirada de sufrimiento. Hizo pedazos la carta que había estado escribiendo y tiró los fragmentos a la papelera.

—Es la segunda carta que rompe —apuntó Zo.

—¡Di una palabra más... y tendrás pan y agua para merendar!

La señorita Minerva, aunque quizás se había librado del dolor, no se había librado de la irritación. Incluso Zo se dio cuenta de lo enfadada que estaba la institutriz.

—Ojalá pudieras pasear conmigo en el carruaje —dijo Carmina—. El aire fresco te haría mucho bien.

—¡Imposible! Sin embargo, si quieres podrías calmar mis nervios irritados de otra manera.

—¿Cómo?

—Líbrame de estas niñas, llévatelas contigo a pasear. ¿Te importa?

Zo saltó de su silla al instante, e incluso Maria levantó la mirada del libro.

—Será un placer llevármelas. ¿Debemos pedir permiso a mi tía?

—Prescindiremos del permiso de tu tía. Está encerrada en su estudio, y todos nosotros tenemos prohibido molestarla. Habrá sido cosa mía —se giró hacia las chicas con otra explosión de irritabilidad—. ¡Largaos!

Maria se levantó con mucha dignidad e hizo una de sus salidas exitosas.

—Lo siento, querida señorita Minerva, si... yo... he hecho algo que la haya hecho enfadar.

Ella puso mucho énfasis en el «yo» con una mirada de reojo a su hermana. Zo salió saltando de la habitación y representó el baile del chico italiano en el descansillo.

—¡Qué vergüenza! —dijo Maria.

—¡Ah-ah-ah-bella-vita-ah! ¡Estupendo!, ¡estupendo!, ¡estupendo!... ¡vamos a dar un paseo en coche!

Carmina esperó para poder decir unas palabras de cariño antes de seguir a las niñas.

—¡No pensaste que fui negligente cuando te dejé sola subiendo las escaleras, Frances!

La señorita Minerva contestó con tristeza y amabilidad.

—Lo mejor que pudiste hacer fue dejarme sola. Carmina aún no estaba del todo tranquila.

—Sí, pero sentías dolor —dijo ella.

—¡Curiosa niña! No siento dolor ahora.

—¿Quieres hacerme sentir mejor, Frances? Dame un beso.

—Dos, querida mía... si quieres.

Besó a Carmina en ambas mejillas.

—Ahora déjame escribir —dijo.

Carmina la dejó.

El paseo debería de haber sido placentero con Zo en el carruaje. Para Marceline fue un rato de cordial disfrute. Maria, por su parte, esbozaba alguna sonrisa aquí y allá. Tan sólo había una persona triste entre ellas.

—La señorita Carmina no fue una buena compañía —señaló la criada cuando regresaron a casa.

La señora Gallilee las recibió en el vestíbulo.

—No volverás a llevarte a las niñas fuera sin mi permiso —dijo a Carmina—. La persona que es realmente responsable de lo que has hecho no volverá a engañarte nunca más.

Tras pronunciar estas palabras entró en la biblioteca y cerró la puerta.

Maria y Zo, cuando vieron a su madre, salieron volando. Carmina se quedó de pie sola en el vestíbulo, la señora Gallilee la había dejado helada. Después de un ratito, siguió los pasos de las niñas y se fue a su propia habitación. Allí, su determinación le falló. Subió las escaleras y llamó con voz bajita:

—¡Frances!

No contestó nadie. Ella entró en la habitación. Una pequeña cajita de papel se encontraba sobre la mesa, sellada y dirigida a ella. Rompió el sello y la abrió. Un anillo con un rubí espinela cayó de él: ella reconoció la piedra... era el anillo de la señorita Minerva.

En el papel dentro de la cajita había algunas líneas escritas con borrones:

«He tratado de volcarte mi corazón escribiéndote... y he roto en pedazos las



cartas. Cuantas menos palabras, mejor. Recuerda mi confesión... y sabrás por qué te dejo. Sabrás de mí cuando yo sea más merecedora de ti de lo que lo soy ahora. Mientras tanto, ponte mi anillo, él te dirá lo mala que fui una vez.

FM.».

Carmina miró el anillo. Recordó que Frances había tratado que lo aceptara como aval por el préstamo de treinta libras.

La señorita Minerva se había referido a la confesión. En ella había dos frases que estaban subrayadas: «La debilidad que tengo, con la que la señora Gallilee contaba, puede que aún esté en mí». Y, de nuevo: «Incluso ahora, cuando me has descubierto, lo amo. No confíes en mí».

¡Carmina jamás había confiado más lealmente en ella que en ese amargo momento!

## Capítulo XLI

**Y**a no se volvió a ver el aspecto habitual de la clase.

Instalada en una posición de autoridad temporal, la doncella estaba sentada en silencio haciendo costura. Maria estaba de pie al lado de la ventana (en su nuevo papel de niña desocupada) con su pañuelo en la mano y su eterno libro tirado en el suelo sin prestarle atención. Zo estaba estirada de espaldas en el suelo sobre la alfombrilla, abrazando con fuerza al perro. A ciertos intervalos, ella se balanceaba lentamente a un lado y a otro, y miraba fijamente el techo con mirada perpleja. La marcha de la señorita Minerva había dejado a la criada sin habla, y a los alumnos desmoralizados.

Al final, Maria rompió el silencio.

—¿Me pregunto dónde está Carmina? —dijo.

—Seguramente en su habitación... —sugirió la doncella.

—¿Es mejor que vaya y así veo cómo está?

La cauta criada declinó ofrecer ningún consejo. La mente bien equilibrada de Maria estaba tan trastornada, que miraba con lánguida curiosidad a su hermana. Zo continuaba mirando fijamente al techo, y continuaba balanceándose lentamente a un lado y otro. El perro dormía profundamente en su pecho arrullado por el movimiento regular (¡sin que tan siquiera le preocupara soñar con pulgas!).

Mientras Maria continuaba considerando que era lo mejor que podía hacer, Carmina entró en la habitación. Ella tenía el aspecto, tal como lo describió la sirvienta después, «como de una persona que ha perdido el rumbo». Maria mostró el sentimiento que había en la clase, levantando su pañuelo y secándose los ojos en solemne silencio. Carmina se acercó a la criada sin hacer caso de esa demostración de Maria y dijo:

—¿Vio a la señorita Minerva antes de que se fuera?

—Recibí su mensaje, señorita.

—¿Qué mensaje?

—El mensaje diciendo que deseaba ver a la señora durante unos minutos.

—¿Y bien?

—Bien, señorita, se me dijo que hiciera entrar a la institutriz en la biblioteca. Bajó la escalera con el sombrero puesto y vestida para marcharse. No llevaba ni cinco minutos con mi señora, cuando volvió a salir e hizo sonar la campana del vestíbulo y habló con Joseph: «Mis cajas están empaquetadas y con la dirección a la que han de ir —dijo—. Enviaré a por ellas en una hora. Que tenga un buen día, Joseph». Y se fue

hacia la calle tan tranquilamente como si fuera a ir de compras a la esquina.

—¿Ya han venido a buscar las cajas?

—Sí, señorita.

Carmina levantó la cabeza y habló en tono calmado.

—¿A dónde se las han llevado?

—A la floristería que hay atrás... para que las guarden hasta que las reclame.

—¿Ninguna otra dirección?

—Ninguna.

La última y débil esperanza de seguir el rastro de Frances se había esfumado. Carmina se volvió desalentada con intención de abandonar la habitación. Zo la llamó desde la alfombrilla. Carmina volvió sobre sus pasos, siempre amable con la niña:

—¿Qué ocurre? —preguntó.

Zo se levantó de pie antes de hablar, como un miembro del Parlamento:

—He estado pensando en la institutriz —declaró—. ¿No te dije que un día me iba a escapar? ¿Y no era por culpa suya? ¡Silencio! Aquí está lo que no puedo comprender... Ella se ha escapado de mí. Yo no guardo rencor, pero me alegro por mí. No más uñas sucias, no más pan y agua para merendar. Eso es todo. Buenos días.

Carmina regresó a su habitación para reflexionar sobre lo que había oído de boca de la criada.

Ahora estaba claro que la señora Gallilee no había tenido la oportunidad de despachar a la institutriz sobre la marcha: la salida repentina de la señorita Minerva se debía sin duda a ella misma.

Hasta ahora, Carmina había sido capaz de pensar con claridad, y no más allá de lo razonable. La sensación confusa de impotente aflicción que sentía, después de leer las pocas palabras de despedida que Frances le había dirigido, todavía oprimían su mente. Había momentos en que ella entendió vagamente, y lamentó amargamente, los motivos que habían alentado a su infeliz amiga. Le seguían otros momentos en los que a Carmina le molestaba impulsivamente el acto que la había dejado a merced de sus propias fuerzas, en el preciso momento en que ella tenía más necesidad del ánimo que puede ser proporcionado por la comprensión de una naturaleza más firme que la propia. Ella empezó a dudar de lo estable de su resolución, sin Frances para despedirse de ella, la mañana de la escapada. Por primera vez, le torturaba la desconfianza sobre la acogida que le pudiera dar Ovid, el terror que le provocaba que Ovid posiblemente desaprobara su atrevimiento, incluso la sospecha malsana de que tomara partido por su madre. Desconcertada e imprudente, se echó en el sofá (con su corazón resentido hacia Frances) indiferente hacia si vivía o moría.

A la hora de la cena, Carmina envió un mensaje rogando que se le excusara de asistir a la mesa. La señora Gallilee se presentó de inmediato, más dura y fría que nunca, para inspeccionar a la indispueta. Al percibir que no había una necesidad

inmediata de llamar al señor Null, dijo: «Llama si necesitas cualquier cosa», y abandonó la habitación.

Después de un intervalo, le siguió el señor Gallilee con un pequeño ofrecimiento de vino (escondido bajo su chaqueta) y con una selección de pastelillos apilados en su bolsillo.

—Mercancías de contrabando, querida —susurró—, cogidas cuando nadie me veía. Cuando estamos abatidos... ¿no se te ha ocurrido nunca?... que es un signo de la providencia que pensemos en comer y beber. El jerez viejo y los pasteles se deshacen en la boca. ¿Puedo quedarme contigo? ¿Prefieres que no? ¡Justo lo que pienso! Una similitud de opiniones significativa... ¿no lo piensas tú también? Estoy apenado por la pobre señorita Minerva. ¿Supongo que te irás a la cama?

Carmina no estaba de humor para aprovechar este consejo excelente.

Todavía estaba ella caminando sin descanso arriba y abajo de su habitación, cuando llegó el momento de cerrar la casa. Mezclado con el sonido de los cerrojos y las cerraduras cerrándose, se oyó de repente con claridad sonar el timbre de la puerta, seguido de otro hecho inesperado. El señor Gallilee le hizo una segunda visita... completamente transformado. Su cara redonda estaba enrojecida: tenía en verdad un aspecto como si fuera capaz de sentir una emoción fuerte, ¡sin que tuviera relación con el champagne y el club! Presentó un telegrama a Carmina y, cuando habló, en su voz aguda había un tono de emoción y turbación.

—Querida, ha pasado algo muy desagradable. Encontré a Joseph dando esto a mi mujer. Muy impropio, en mi opinión... ¿qué opinas tú?... dárselo a la señora Gallilee cuando está dirigido a ti. No había lugar para el error, fue tan insolente como para decir que tenía órdenes que cumplir. He reprobado a Joseph.

El señor Gallilee se sorprendió a sí mismo, cuando hizo esta última afirmación; después volvió a su habitual carácter dulce.

—¿Espero que no sean malas noticias? —preguntó con ansiedad, cuando Carmina abrió el telegrama.

—¡Buenas noticias!, ¡las mejores noticias! —contestó ella impetuosamente.

El señor Gallilee se veía tan feliz como si ese telegrama tan bien recibido hubiera estado dirigido a él. Al irse de la habitación, sufrió otra recaída. La audaz violación de confianza del lacayo empezó a preocuparle una vez más: esta vez en relación con la señora Gallilee. Lo grave en todo ello era que el hombre había actuado bajo las órdenes de la señora. El señor Gallilee dijo (y de hecho lo dijo sin apelar a nadie): «Si esto pasa otra vez, me veré obligado a hablar con mi mujer».

El telegrama era de Teresa. Había sido despachado desde París esa tarde y rezaba del siguiente modo: «Demasiado cansada para llegar a Inglaterra en el correo de la noche. Mañana iré en el primer tren de la mañana, y estaré contigo sobre las seis de la tarde».

El ánimo de Carmina se encontraba exactamente en un estado de alivio inconfundible ante la perspectiva de ver a su querida y vieja amiga de sus días felices. Esa noche se recostó sobre la almohada sin pensar en qué podría ocurrir tras el regreso de Teresa.

## Libro III



## Capítulo XLII

El día siguiente (ese importante martes de la conferencia sobre la Materia, el delicioso martes de la llegada de Teresa), trajo con él exigencias especiales para la pluma de Carmina.

Su primera carta iba dirigida a Frances. Estaba escrita con franqueza y seriedad, y suplicaba en ella a la señorita Minerva que quedaran en algún sitio donde pudieran verse, asegurándole, del modo más afectuoso, que su fiel amiga todavía la quería, confiaba en ella y la admiraba. Ayudada por su estado de ánimo sin altibajos, Carmina ahora podía ver todo lo que era más merecedor de comprensión y admiración, todo lo que pedía por su parte cariñosa sumisión y comprensión hacia el sacrificio al que se había sometido la señorita Minerva. ¡Con qué valentía la pobre institutriz había controlado la pena de los celos que la torturaban! ¡De qué manera más noble había declarado la amistad a Carmina para el bien de la propia Carmina!

Avanzado el día, Marceline llevó la carta a la floristería y ella mismo la puso bajo la cuerda de una de las cajas que todavía esperaba ser recogida.

La segunda carta llenaba varias páginas y ocupó el resto de la mañana.

Con suma delicadeza, pero al mismo tiempo con veracidad perfecta, Carmina revelaba a su prometido las graves razones que la habían forzado a alejarse del cuidado de su madre. Por fin, obligada a hablar en su propia defensa, creía que ni la ocultación y ni las soluciones intermedias serían dignas ni de Ovid ni de sí misma. Lo que ya le había escrito a Teresa, ahora lo volvía a escribir, pero con una modificación. Ella se expresaba en términos pacientes en relación con la madre de Ovid. Las palabras con que acababa la carta eran dignas del carácter amable, justo y generoso de Carmina:

«Quizás dirás: ¿Por qué sólo ahora me entero de todo lo que has sufrido? Mi amor, ¡he anhelado decírtelo!, incluso he cogido la pluma para empezar a contártelo. Sin embargo, he pensado en ti y la he vuelto a dejar en la mesa. ¡Qué egoísta, qué cruel habría sido dificultar tu recuperación causándote una pena y una incertidumbre que te hicieran volver a Inglaterra antes de que tu salud se hubiera restablecido! No lamento el esfuerzo que me ha costado mantenerme en silencio. Mi única pena al escribirte es que debo hablar de tu madre en unos términos que podrían disminuir el cariño que tiene su hijo por ella».

Joseph subió la comida a la habitación de Carmina.

La señora aún estaba enfrascada en sus estudios y el señor se había ido al club. Por lo que se refería a las niñas, su único maestro de momento era el maestro de música. Una vez concluido el suplicio de la conferencia y el debate, la señora Gallilee había amenazado con tomar el puesto de la señorita Minerva hasta que se pudiera encontrar una nueva institutriz. Por una vez, Maria y Zo mostraban una semejanza fraterna en sus sentimientos. Sería difícil decir cuál de las dos esperaba con más terror la instrucción de su culta madre.

Carmina oía a las alumnas al piano mientras comía su almuerzo. La profanación de la música cesó cuando entró en su dormitorio para prepararse para el paseo diario.

Cogió la carta, debidamente cerrada y con el sello puesto, y bajó con ella para enviarla por correo con las demás cartas del día que había en el cesto del vestíbulo. El esfuerzo que había hecho al escribir a Ovid la había debilitado, estando sus nervios en un débil estado. Su corazón palpitaba intranquilo y sus rodillas le temblaban mientras bajaba la escalera.

Cuando llegó a ver el vestíbulo, descubrió a un hombre caminando lentamente de un lado a otro. Él se giró hacia ella mientras ella avanzaba y mostró una cara detestable: la del señor Le Frank.

Las últimas reservas de paciencia del señor Le Frank se habían agotado. Había esperado cuanto pudo que llegaran las oportunidades de reanudar su investigación en la habitación de Carmina, pero éstas no se habían presentado. En el intervalo de tiempo transcurrido, había permitido que su hambre de sospechas contra Carmina se alimentara por sí misma. Los motivos por los que Carmina hizo ese intento tan incomprensible de entablar amistad con él permanecían más ocultos que nunca en una espesa oscuridad. Víctima de circunstancias adversas, él había determinado (con la mayor reticencia) tomar el camino directo. En vez de conseguir su información de manera secreta a través del diario de Carmina o de sus cartas, ahora se veía reducido a solicitar abiertamente explicaciones que lo aclarasen todo directamente a Carmina.

Hasta el momento, había ocupado una posición de hombre honorable, pero ahora se presentaba a sí mismo en cruel desventaja. No era dueño de su gloriosa voz y se encontraba sin la contención indispensable para representar a la perfección su magnífica reverencia.

—He esperado para tener unas palabras con usted —comenzó de forma abrupta—, antes de que salga a dar su paseo.

Desconcertada incluso antes de que lo hubiera visto (consciente y apenada porque había cometido un grave error la última vez que se habían encontrado al haber hablado), Carmina ni le contestó ni le miró; bajó la cabeza con confusión y avanzó un poco más hacia la puerta de la casa.

Él, de repente, se movió y se interpuso en su camino.

—Debo pedirle que rememore qué pasó entre nosotros —continuó él—, cuando



nos encontramos de forma accidental hace algún tiempo.

Él había pensado asustarla. La insolencia del señor Le Frank provocó el ánimo de Carmina de tal modo que se afianzó en sí mismo.

—Déjeme pasar, si me hace el favor —dijo ella—, me está esperando el carruaje.

—El carruaje puede esperar un poco más —contestó groseramente—. En la ocasión a la que me he referido, usted estuvo tan bien como para insinuárseme, y no considero que yo hubiera hecho ninguna petición en tal sentido. ¿Quizás usted me haría el favor de explicarme sus motivos?

—No le entiendo, señor.

—¡Oh!, ¡sí que me entiende!

Ella se echó para atrás y puso su mano en la campana que sonaba escaleras abajo, en la despensa.

—¿Debo llamar? —dijo ella.

Estaba claro que lo haría si él daba un paso más hacia ella. Él se apartó a un lado... con una mirada que la hizo temblar. Al pasar junto a la mesa del vestíbulo, ella dejó su carta en el cesto del correo. Los ojos del señor Le Frank siguieron la carta tan pronto como ésta abandonó la mano de Carmina. De repente, se volvió educado y se mostró arrepentido.

—Siento mucho si la he alarmado —dijo, y abrió la puerta de entrada para ella... evitando ser visto desde fuera por Marceline y el cochero.

Una vez el carruaje se hubo ido, cerró de nuevo la puerta con suavidad y regresó a la mesa del vestíbulo. Miró dentro del cesto del correo.

¿Había algún peligro de que lo descubrieran los sirvientes? El lacayo estaba ausente atendiendo a su señora de camino a la conferencia. Ninguna de las criadas se encontraba en la escalera. Cogió la carta de Carmina y miró el destinatario: Para don Ovid Vere.

Sus ojos centellearon furtivamente, su excelente memoria para las injurias le recordó que Ovid Vere había procurado con anterioridad (sin ni tan sólo importarle disimularlo) evitar que la señora Gallilee lo contratara como profesor de música. Mediante sutiles conexiones fraguadas por él mismo, ahora su naturaleza vengativa combinaba su odio por la persona a quien la carta iba dirigida con su interés por robar la carta para descubrir los posibles secretos de Carmina. El reloj le confirmó que tenía mucho tiempo para abrir el sobre, (si el contenido resultaba no ser importante) cerrarlo de nuevo y llevarlo él mismo a correos. Después de un último vistazo a su alrededor, se alejó sin ser descubierto con la carta en el bolsillo.

De regreso a casa, el carruaje se vio adelantado por una carroza con un hombre en su interior, el cual iba conduciendo a una velocidad tan furiosa que estuvieron a punto de colisionar. La criada gritó, Carmina palideció, el cochero se preguntó por qué el hombre del coche iba con tanta prisa. El hombre era el pasante principal del señor

Mool, y llevaba noticias del doctor Benjulia.

## Capítulo XLIII

El pasante principal tenía en mente dudas graves, después de que Carmina abandonara su casa el domingo.

Su modo de proceder agitado, sus extrañas preguntas y su abrupta partida, todo sugería al señor Mool algún proyecto precipitado a la vista, quizás incluso el plan de una fuga. Para muchos otros hombres, el camino obvio a seguir habría sido comunicar con la señora Gallilee. Sin embargo, el abogado conservaba un vivo recuerdo de la entrevista que había tenido lugar en su oficina. El detestable placer que la señora Gallilee había delatado al profanar la memoria de la madre de Carmina lo había conmocionado e indignado tanto, que la idea de mantener algún trato más con ella lo echaba para atrás, sin importar lo urgente que pudiera ser la emergencia. Era posible que Carmina pudiera tener el decoro de dar alguna explicación por carta después de lo que había pasado. Así que él decidió esperar hasta la mañana siguiente por si surgía la posibilidad de tener noticias de ella.

El lunes no llegó ninguna carta.

Yendo a la oficina, el señor Mool encontró en su correspondencia laboral suficiente trabajo como para ocupar cada momento del día. Se había propuesto escribir a Carmina, pero ahora la idea había sido apartada de su mente. Sólo cuando llegó al final del día de trabajo tuvo tiempo libre para pensar en un asunto de gran importancia, es decir, en la necesidad de descubrir el paradero del amigo de otros tiempos de Benjulia, el profesor, italiano Baccani. El señor Mool dejó instrucciones a uno de sus pasantes para hacer averiguaciones en las librerías de libros extranjeros a la mañana siguiente. Allí y sólo allí, la pregunta de si Baccani estaba aún vivo y si vivía en Londres podría ser contestada.

Las averiguaciones tuvieron éxito. El martes por la tarde, la dirección de Baccani estaba en manos del señor Mool.

Ocupado como aún lo estaba, el abogado dejó a un lado sus propios asuntos como deferencia al sagrado deber de defender la memoria de los muertos y a la apremiante necesidad de silenciar la lengua cruel y difamatoria de la señora Gallilee. Al llegar al alojamiento de Baccani, fue informado de que el profesor de idiomas había ido a cenar a un restaurante cercano. El señor Mool esperó en el alojamiento y dejó una nota para Baccani. Diez minutos más tarde, se encontró ante la presencia de un hombre mayor de apariencia ascética, cuyo aspecto y forma de hablar mostraban que podía ser capaz de ofenderse a la más mínima provocación, y de ser más propenso que la media a sospechar que un abogado eminente pueda ser un espía.

Sin embargo, la experiencia del señor Mool era igual a la necesidad que tenía de una aclaración. Tras haber explicado completamente el objetivo que tenía la vista, dejó entrever su disculpa por la intrusión, y acabó apelando, a su modesta manera, a la comprensión de un hombre de honor.

Baccani iba formando su opinión sobre el abogado en silencio mientras escuchaba, y expresó la conclusión a la que había llegado en los siguientes términos:

—Mi experiencia sobre el ser humano, señor, ha sido amargamente mala. Usted ha mejorado mi opinión sobre la naturaleza humana desde que ha entrado en esta habitación. Eso no es cualquier cosa, a mi edad, y en mis circunstancias.

Se inclinó con gravedad y volvió a su cama. Sacó una pesada caja metálica de debajo de ella. Tras abrir con cierta dificultad la cerradura oxidada, sacó un libro de bolsillo destartado del cual extrajo un papel que parecía una carta vieja.

—Aquí está —dijo, entregando el papel al señor Mool— la declaración que justifica la reputación de esta dama. Antes de que abra el manuscrito debo hablarle de cómo lo conseguí.

Parecía sentirse tan avergonzado al abordar el asunto, que el señor Mool lo interrumpió:

—Ya tengo conocimiento —dijo— de las circunstancias a las cuales está a punto de aludir. Da la casualidad de que conozco la existencia de la apuesta sobre la que se originó la calumnia, y la manera en que se decidió la apuesta. Los hechos que siguieron son los únicos que necesito que se tome la molestia de describirme.

El señor Baccani reconoció sin reservas sentirse aliviado y agradecido:

—Agradezco su amabilidad —dijo—, casi tan profundamente como siento mi vergonzosa conducta al permitir que la reputación de una mujer fuera objeto de una apuesta. ¿De quién dice usted que obtuvo la información?

—De la persona que me mencionó su nombre... el doctor Benjulia.

Baccani levantó la mano con un gesto de protesta airada.

—¡No vuelva a hablar de él en mi presencia! —exclamó—. Ese hombre me ha insultado. Cuando me refugié en este país debido a la persecución política, le envié un prospecto. Desde mi humilde posición como profesor de idiomas, admiraba sin envidia su celebridad entre los doctores. Pensé que podía recordarle (de manera favorable) nuestra previa amistad... yo, que había sido tan amable con él en esos días pasados. Nunca se interesó lo más mínimo por mí, ni tan sólo envió un acuse de recibo por mi prospecto. ¡Despreciable desgraciado! No me haga oír nada más de él.

—Le ruego me perdone si me vuelvo a referir a él de nuevo... por última vez —argumentó el señor Mool—. ¿Continuó su amistad con él después de que el asunto de la apuesta hubiera quedado zanjado?

—¡No, señor! —contestó Baccani, con seriedad—. Cuando tuve tiempo para ir al club en el cual solíamos encontrarnos, él ya había abandonado Roma. Desde

entonces, me alegro de decirlo, no lo he vuelto a ver jamás.

Ahora se daba cuenta de los obstáculos que habían evitado la refutación de la calumnia y que no habían estado al alcance de Benjulia. A continuación, al señor Mool sólo le quedaba oír cómo había sido obtenida tal refutación. Una amable insinuación bastó para recordar a Baccani que había prometido una explicación.

—Yo sospecho por naturaleza —comenzó abruptamente—, y dudé de la mujer cuando vi que mantenía su velo echado. Además, no es mi manera de pensar el creer que una estimable mujer casada pudiera haberse comprometido con un sinvergüenza que había alardeado de que ella era su amante. Esperé en la calle hasta que la mujer salió. La seguí y vi que se encontraba con un hombre. Los dos entraron juntos al teatro. Me senté cerca de ellos y, como es normal, ella se levantó el velo. Mi sospecha de juego sucio fue confirmada al instante. Cuando se acabó la representación, la seguí de regreso a la casa del señor Robert Graywell. Él y su mujer estaban ausentes en una fiesta. Estaba demasiado indignado para esperar a que regresaran. Bajo la amenaza de culpar a la granuja de robar las ropas de su señora, la exhorté a que me firmara la confesión que usted tiene en mano. Ya estaba avisada de que abandonaría su puesto en la casa por comportamiento insolente. La representación con la cual habían intentado engañarme fue un acto de venganza planeado entre ella misma y el canalla que la había contratado para hacer que esa mentira pareciera verdad. No me he encontrado jamás con una persona más desvergonzada; me dijo: «Soy tan alta como mi señora y tengo mejor figura. Además, muchas veces me he puesto sus vestidos buenos en ocasiones festivas». En su país, señor Mool, ese tipo de mujeres, por lo que me han dicho, son sumergidas en una charca. Sólo hay que añadir una cosa más, antes de que lea la confesión. La esposa de Robert Graywell envió, imprudentemente, algún dinero al hombre, como respuesta a una suplicante carta escrita con bastante maña para despertar su piedad. El marido rechazó una segunda petición. Lo que pasó a continuación, ya lo sabe.

Después de leer la confesión, se le permitió al señor Mool hacer una copia y hacer de ella el uso que pudiera considerar oportuno. La última inquietud que le quedaba era saber qué había sido de la persona que había planeado el engaño.

—¿Seguramente el villano no escapó al castigo, verdad? —dijo.

Baccani contestó esto a su manera, con resentimiento.

—¿Mi querido señor, cómo puede hacer una pregunta tan tonta? Ese tipo de hombre siempre escapa al castigo. Cuando llegan a la pobreza extrema, la suerte les trae a alguien a quien engañar. El esperable respeto por la señora de Robert Graywell hizo que mis labios se sellaran, y yo fui la única persona concedora de las circunstancias. Escribí a nuestro club declarando que ese miembro era un tramposo... y dejando como insinuación el que hacía trampas a las cartas. Él sabía muy bien qué pasaba como para insistir en pedirme explicaciones, así que renunció a su puesto en

el club y desapareció. Me atrevería a decir que todavía está vivo, viviendo a cuerpo de rey a costa de alguna mujer infortunada. La belleza y la bondad mueren prematuramente. Él y los de su calaña viven y perduran.

El señor Mool nunca tenía tiempo, ni inclinación, para interceder en favor de un punto de vista más favorable, el que cree en la agradable ficción llamada «justicia divina». Él trató de expresar su sentimiento de obligación hacia Baccani al despedirse. Baccani no quiso oírlo.

—Toda la obligación de agradecimiento la tengo yo con usted —dijo—. Como ya le he dicho, su visita ha añadido un día luminoso a mi calendario. En nuestro peregrinaje, amigo mío, a través de este mundo de granujas y de necios, quizás no nos volvamos a ver. Vamos a recordar con gratitud que nos hemos encontrado. ¡Adiós!

Así se despidieron.

Al volver a su oficina, el señor Mool juntó con la copia de la confesión una declaración breve sobre las circunstancias bajo las que el italiano se había hecho con ella. Después añadió las siguientes líneas dirigidas a Benjulia:

«Usted puso a flote la falsa noticia. Lo dejo a su sentido del deber el decidir si debe o no ir de inmediato a ver a la señora Gallilee y contarle que la difamación que usted repitió, ahora se ha demostrado que es una mentira. Si no está de acuerdo conmigo, deberé ir yo mismo a ver a la señora Gallilee. En ese caso, por favor devuélvame a través del mensajero los papeles que le adjunto».

Al pasante se le dio instrucciones de entregar estos documentos en el menor tiempo posible, y encontró al señor Mool esperando en la oficina a su regreso. Contestó a las preguntas de su jefe con la entrega de la respuesta de Benjulia.

El amigable humor del doctor aún estaba en sus horas altas. Al éxito obtenido al torturar a su infortunada cocinera le había seguido la recepción de un telegrama de su amigo de Montreal con la siguiente respuesta satisfactoria a su pregunta: «Ninguna enfermedad mental». Ahora que tenía su mente tranquila por completo, sus instintos de caballero tenían total libertad para controlarlo a él: «Estoy totalmente de acuerdo con usted —escribió al señor Mool—. Regreso con su pasante en el coche, éste me dejará en casa de la señora Gallilee».

El señor Mool se dirigió a su pasante.

—¿Se ha esperado usted para saber si la señora Gallilee estaba en casa? —preguntó.

—La señora Gallilee estaba ausente, señor... asistiendo a una conferencia.

—¿Qué hizo el doctor Benjulia?

—Entró en la casa para esperar su regreso.

## Capítulo XLIV

El criado de la señora Gallilee (que atendía la puerta de entrada en ausencia del lacayo) justo había acabado de acompañar al doctor Benjulia a la biblioteca cuando volvió a sonar el timbre de la puerta. El nuevo visitante era el señor Le Frank. Éste parecía tener prisa y, sin preguntas preliminares, dijo:

—Entregue mi tarjeta a la señora Gallilee.

—La señora ha salido, señor.

El profesor de música miró con impaciencia el reloj del vestíbulo, el cual le contestó marcando la media hora que pasaba de las cinco.

—¿Esperan que la señora Gallilee regrese pronto?

—No lo sabemos, señor.

El lacayo tenía órdenes de estar esperando con el carruaje a las cinco.

Después de un momento de irritable reflexión, el señor Le Frank cogió una carta de su bolsillo.

—Diga que tengo un compromiso y que no me es posible esperar. Dé a la señora Gallilee esa carta en cuanto entre.

Una vez dadas estas instrucciones, abandonó la casa.

El criado miró la carta. Estaba sellada, y dos palabras subrayadas estaban escritas por encima de la dirección: «Privado», «Urgente». Al tener presente otras visitas de comerciantes que también estaban ansiosos por ver a su señora, y como ya le habían facilitado de antemano cartas para ser entregadas de inmediato, el chico se tomó el recado del señor Le Frank desde un punto de vista pecuniario.

Otro más —pensó—, que quiere cobrar su dinero.

Mientras dejaba la carta en la mesa del vestíbulo, la puerta de la biblioteca se abrió y apareció Benjulia, desocupado y cansado ya de esperar el regreso de la señora Gallilee.

—¿Está permitido fumar en la biblioteca? —preguntó.

El criado levantó la mirada hacia el gigante que se alzaba por encima de él con la admiración envidiosa de un chico bajito. Éste contestó con un tacto que estaba más allá de su edad:

—¿Me haría el favor de pasar a la sala de fumar, señor?

—¿Hay alguien ahí?

—Mi amo, señor.

Benjulia declinó de inmediato la invitación a la sala de fumar.

—¿Hay alguien más en casa? —preguntó.

La señorita Carmina estaba arriba, contestó el botones.

—Y creo —añadió—, que el señor Null está con ella.

—¿Quién es el señor Null?

—El doctor, señor.

Benjulia declinó molestar al doctor e hizo una tercera intentona, una última pregunta.

—¿Dónde está Zo?

—¡Aquí! —exclamó una voz chillona desde las zonas superiores—. ¿Quién es?

Ante el asombro del criado, el caballero gigante con resonante voz grave contestó con bastante seriedad lo siguiente:

—Soy Benjulia —dijo él.

—¡Suba! —exclamó Zo.

Benjulia subió las escaleras.

—¡Alto! —gritó la voz desde arriba.

Benjulia se detuvo.

—¿Tiene su gran bastón?

—Sí.

—Tráigalo con usted.

Benjulia regresó sobre sus pasos hacia el vestíbulo. El criado le entregó su bastón con respeto. Zo se impacientó.

—¡Apresúrese! —exclamó.

Benjulia obedientemente aceleró el paso. Zo abandonó la clase (a pesar de la leve protesta de la criada que estaba al cargo de ellas) para recibirlo en las escaleras. Se encontraron en el descansillo, fuera de la habitación de Carmina. Zo se apropió del bastón de bambú y encaminó sus pasos hacia la habitación de Carmina.

—¡Carmina!, aquí está el gran bastón del que te he hablado —anunció.

—¿El bastón de quién, querida?

Zo regresó al descansillo.

—Entre, Benjulia —dijo, y lo agarró por el faldón de la chaqueta.

El señor Null se levantó instintivamente. ¿Era éste su colega famoso?

Con cierta reticencia, Carmina apareció en la puerta, pensando en el día en que Ovid se desmayó y ese gran hombre que había ante ella la había tratado tan duramente. Temiendo más groserías, le pidió con desgana que entrara.

Él la miró en silencio aún inmóvil en el descansillo.

A él le vino a la cabeza la grave pregunta que con anterioridad se había hecho a sí mismo el señor Mool. ¿Había repetido la señora Gallilee en presencia de Carmina la mentira que injurió la memoria de su madre, la mentira que él pensaba revelar y por la que él estaba en la casa?

El señor Null miró con respeto a Benjulia y vio, en aquel examen tan meticuloso,



una oportunidad de presentarse a sí mismo de un modo favorable. Hizo gestos con la mano persuasivamente en dirección a Carmina.

—Hay algún tipo de abatimiento nervioso en mi interesante paciente, señor, como sin duda usted mismo ve —comenzó—. No progresa tan rápidamente hacia la recuperación como yo había esperado. Estoy pensando en recomendarle el aire de la costa.

Los tristes ojos de Benjulia se giraron hacia él despacio e hicieron una estimación exacta de su calibre mental en un momento. El señor Null sintió la mirada penetrar hasta la médula de los huesos, se inclinó con sumisión servil y se fue.

Mientras tanto, Benjulia se alegró de comprobar que la vergüenza que mostraba Carmina en el modo de actuar tan sólo era atribuible a su timidez. Ahora, ella ya no era un objeto, ni de momentáneo interés, para él. Se encontraba preparado para jugar con Zo... pero no en unas condiciones en que pudiera divertirse con la niña estando Carmina presente.

—Estoy esperando a que regrese la señora Gallilee —le dijo a ella, con su tranquilo e indiferente talante—. Si me perdona, bajaré de nuevo, no quiero entrometerme.

La pálida tez de Carmina se sonrojó cuando le oyó. Al suponer con inocencia que había hecho su pequeño ofrecimiento de hospitalidad de manera demasiado fría, ella miró a Benjulia con una tímida y preocupada sonrisa.

—Le ruego que espere aquí hasta que mi tía regrese —dijo—. Zo lo distraerá, estoy segura.

Zo secundó la invitación ocultando el bastón y echando las manos de nuevo a los grandes faldones de su gran amigo.

La larga y terrible experiencia de Benjulia en su trabajo sacó sus propias e implacables conclusiones, ante el movimiento nervioso de los párpados y labios de Carmina. La pobre chica, complacida de sí misma, creyendo que al fin le había producido una impresión correcta, tan sólo había conseguido con éxito convertirse en un objeto de estudio médico seguido en secreto. Cuando él cogió de forma amigable una silla y se puso a su lado y permitió que Zo se subiera a sus rodillas, sintió para sus adentros la fría recepción que había hecho al señor Null. Bajo ciertas condiciones de excitación nerviosa, Carmina podría proporcionar un caso interesante. «Si yo hubiera sido lo cortés que se suele ser con ese idiota adulator —pensó—, quizás me habría pedido mi opinión».

Allí estaban los tres sentados, pero sin cruzar palabra. Zo dio ejemplo.

—Todavía no me ha hecho cosquillas —dijo—. Enséñele a Carmina cómo lo hace.

Él, con seriedad, hizo la operación en la parte posterior del cuello de Zo, y su paciente reconoció la maniobra con un movimiento serpenteante y un grito. Como

hasta aquí la representación había llegando a su final, Zo llamó al perro y dio sus órdenes una vez más.

—¡Ahora haga que Tinker dé patadas con la pata!

Benjulia obedeció de nuevo, pero la pequeña tirana aún no estaba satisfecha.

—¡Ahora hágale cosquillas a Carmina! —dijo.

Él oyó esto sin reír: sus descoloridos labios jamás se relajaban con una sonrisa. Cuando Carmina rió, él la miró con más atención que nunca, lo cual provocó una gran vergüenza en Carmina. Esos ojos fríos e inquisidores ejercieron algún tipo de influencia inescrutable sobre ella; ora hacían que se enfadara, ora que se asustara. El silencio que había caído entre ellos de nuevo se convirtió en un castigo insostenible. Carmina rompió a hablar, hablaba con energía y familiaridad, avergonzada de su propio atrevimiento y bastante incapaz de controlarlo.

—¡Usted aprecia mucho a Zo! —dijo de repente.

Era una observación perfectamente normal y, sin embargo, pareció dejar perplejo a Benjulia.

—¿Yo? —contestó él.

Ella continuó, persistió en seguir hablando con él en contra de sus deseos.

—Y estoy segura de que Zo le aprecia mucho.

Él miró a Zo.

—¿Tú me aprecias mucho? —preguntó.

Zo, mirándolo fijamente y con dureza, bajó de sus rodillas, se retiró a cierta distancia a pensar y se quedó de pie mirándolo fijamente de nuevo.

Él tranquilamente repitió la pregunta. Zo esta vez contestó como con anterioridad le había contestado a Teresa en el parque:

—No lo sé.

Él se giró de nuevo hacia Carmina, lentamente, de un modo desconcertante.

—Yo tampoco lo sé —dijo.

Al oír que el hombre grandullón reconocía que él no era más sabio que ella misma, Zo regresó hacia él; no obstante, sin subir a sus rodillas de nuevo. Ella juntó sus rechonchas manos apretándolas como bajo la inspiración de una idea nueva.

—Vamos a jugar a algo —dijo a Benjulia—. ¿Conoce algún juego?

Él meneó la cabeza diciendo que no.

—¿No conocía algún juego cuando tenía la misma edad que yo?

—Los he olvidado.

—¿No tiene hijos?

—No.

—¿No tiene esposa?

—No.

—¿Tiene algún amigo?

—No.

—Bueno, ¡usted es un infeliz!

Gracias a Zo, Carmina expulsó de golpe la sensación de opresión nerviosa que tenía y se sintió aliviada. Se echó a reír con fuerza y como una loca; estaba casi al borde de la histeria, cuando los ojos de Benjulia (interrogándola en silencio de nuevo) la miraron con fijeza al llegar al momento crítico. Su risa se desvaneció, pero la influencia nerviosa aún la poseía, todavía la impelía hacia la otra actitud, que era decir algo; no sabía ni le importaba el qué.

—No podría vivir una vida tan solitaria como la suya —le dijo con un tono tan alto y con tanta confianza que incluso Zo se fijó.

—Yo no podría vivir una vida como ésa tampoco —admitió él—, sino fuera por una cosa.

—¿Y qué es?

—¿Por qué hablas tan alto? —se interpuso Zo—. ¿Piensas que él es sordo?

Benjulia le hizo una señal a la niña mandándole que se callara, sin girarse hacia ella; y contestó a Carmina como si no hubiera habido ninguna interrupción.

—Mis estudios médicos —dijo— me reconcilian con mi vida.

—¿Suponga que se cansa de sus estudios? —preguntó ella.

—Nunca me cansaré de ellos.

—¿Suponga que no pudiese estudiar más?

—En ese caso ya no viviría más.

—¿Quiere decir que el abandonarlos le mataría?

—No.

—¿Entonces, qué quiere decir?

Él posó sus grandes dedos suaves en el pulso de ella. Ella retrocedió ante ese contacto, pero él de forma deliberada la sujetó por el brazo.

—Se está poniendo nerviosa —dijo él—. Sin importar de lo que esté hablando y lo que quiera decir.

Zo, que había sido apartada de la atención de Benjulia (hecho que no le gustaba en absoluto), vio una oportunidad de afirmarse.

—Sé por qué Carmina está nerviosa —dijo—. La mujer vieja llegará a las seis.

Él no prestó ninguna atención a la niña, persistía en observar a Carmina.

—¿Quién es la mujer? —preguntó.

—La mujer más adorable del mundo —exclamó ella—, ¡mi querida y vieja niñera!

Ella se levantó agitada del sofá y señaló con un gesto de exageración teatral hacia el reloj en la repisa de la chimenea.

—¡Mirad! Sólo faltan diez minutos para las seis. En diez minutos, podré rodear el cuello de Teresa con mis brazos. ¡No me mire de ese modo! Es culpa suya si estoy

nerviosa, es su horrible mirada lo que lo provoca. ¡Ven aquí, Zo! Quiero darte un beso.

Carmina agarró a la niña con una brusquedad que sobresaltó a Zo, y miró con cara de espanto a Benjulia.

—¡Ajá! ¿Usted no entiende de querer y de besar, verdad? ¿Qué sentido tiene hablarle a... usted... sobre mi vieja niñera?

Él señaló imperativamente al sofá.

—Siéntese de nuevo.

Ella le obedeció, pero él no la había serenado bastante todavía. Sus ojos centelleaban y ella continuó hablando.

—¡Ah, usted es un hombre duro! ¡Un hombre desdichado! ¡Un hombre que acabará mal! Usted nunca ha querido a nadie, usted no sabe lo que es el amor.

—¿Qué es?

Esa pregunta fría la heló al instante: su cabeza se hundió en el pecho, de repente se volvió indiferente a las personas y cosas que le rodeaban.

—¿Cuándo regresará Teresa? —susurró para sí—. ¡Oh, cuándo vendrá Teresa!

Cualquier otro hombre, tanto si lo sentía por ella o no, le habría dicho (como un mero acto de instinto) una palabra amable en ese momento. Ni un vestigio de cambio apareció en la calma impenetrable de Benjulia. Por lo que a él respectaba, ella podría haber sido un hombre, o un bebé, o el cuadro de una chica en vez de la chica misma. Con tranquilidad él volvió hacer la pregunta.

—Bien —insistió—, ¿y qué es el amor?

Ni una palabra ni un movimiento salieron de ella.

—Quiero saberlo —persistía él, esperando ver qué es lo que podía suceder.

Nada pasó. Él no estaba perplejo por aquel cambio repentino. Ésta es la reacción, pensó. Veremos lo que sale de ello. Benjulia miró a su alrededor: había una botella de agua en una de las mesas. Probablemente útil, concluyó, en caso de que se desmaye.

Zo había estado escuchando y vio el modo de que se volvieran a fijar en ella. Esta vez apeló a Carmina sin estar muy segura de sí misma.

—¿No acaba de decir que quiere saberlo?

Carmina ni la oía ni le prestaba atención. Zo lo intentó a continuación con Benjulia.

—¿Puedo decirle lo que hacemos en clase cuando queremos saber algo?

La atención de Benjulia, como la de Carmina, parecía estar muy lejos de ella. Zo, impacientemente, le recordó a Benjulia su presencia; puso la mano en su rodilla.

Sólo era la mano de una niña, una niña holgazana, peculiar y perversa... pero había tocado, sin saberlo, había tocado el único lugar con ternura que había en su naturaleza, el único lugar que permanecía sin profanar por las crueldades infernales que hacían su vida aceptable para él; el único lugar con ternura, tan profundamente

escondido de él mismo, que incluso su intelecto de gran alcance intentaba a tientas y en vano encontrarlo. No obstante, ahí estaba el sentimiento que le condujo hasta Zo, sentimiento que rivalizó con éxito con su interés médico en un caso de trastorno mental nervioso. Esa afinidad incomprensible con una niña apareció tenuemente traspasando sus ojos, e hizo que sonara suavemente en su voz cuando él le contestó.

—Bien —dijo él—, ¿qué haces en la clase?

—Miramos al diccionario —contestó Zo—. Carmina tiene un diccionario, lo cogeré.

La niña subió a una silla, encontró el libro y lo dejó en el regazo de Benjulia.

—No me importa demasiado cómo deletrear una palabra —explicó ella—. Lo que odio es que me pregunten qué significa. La señorita Minerva no me perdonaría. Ella dice: «Mira, no te lo voy a pasar por alto». Yo soy la señorita Minerva y usted es Zo. ¡Mire!

Él le siguió la corriente en silencio y de forma mecánica, igual que lo había hecho con lo del bastón y las cosquillas. Tras abrir el diccionario, miró otra vez a Carmina. Ella no se había movido, parecía estar lo suficiente cansada para caerse dormida. La reacción, nada excepto la reacción. Podía durar horas, o podía acabar al minuto siguiente. Un temperamento interesante, fuera como fuera el modo en que acabara. Él abrió el diccionario.

—¿Amor? —murmuró con seriedad para sí mismo—. Parece ser que soy un objeto de compasión porque no sé nada sobre el amor. Bien, ¿qué dice el libro sobre ello?

Él encontró la palabra y pasó su dedo por los párrafos de la explicación que seguía:

—Siete significados para Amor —observó—. «Primero: un cariño de la mente suscitado por la belleza y la valía de cualquier tipo, o por las cualidades de un objeto que comunica placer. Segundo: cortejo. Tercero: patriotismo, como amor a la patria. Cuarto: benevolencia. Quinto: el objeto querido. Sexto: una palabra de cariño. Séptimo: Cupido, el dios del amor».

Hizo una pausa y reflexionó un poco. Zo, al no oír nada que la divirtiera, se fue acercando a la ventana y se puso a mirar por ella. Él echó una mirada a Carmina. ¿Cuál de esos significados da placer a su vida?, se preguntaba él. ¿Cuál de ellos daría placer a la mía? Cerró el diccionario con desdén.

—El hombre cuyo único trabajo es explicarlo, trata de hacerlo de siete maneras diferentes, y después de todo no lo explica. Y, no obstante, existe tal cosa.

Llegó a esa conclusión a regañadientes y enfadado. Por primera vez, una duda sobre sí mismo se introducía en su mente. ¿Podría haber tenido una visión superior en su vida distinta a su mesa de torturas y su cuchillo? ¿Había conseguido de su vida todo lo que su vida podía haberle dado?

Zo, a la cual habían dejado a su aire, empezaba a estar harta y trató de involucrar a Carmina como compañera.

—Ven y mira por la ventana —dijo Zo.

Carmina rehusó amablemente: no tenía ganas de que la molestaran. Desde que había hablado con Benjulia, sus pensamientos habían estado dando vueltas sosegadamente en torno a Ovid. Un día más y ella quizás estaría de camino hacia él. ¿Cuándo vendría Teresa? Benjulia estaba demasiado preocupado para fijarse en ella. La débil duda que había sacado lo mejor de su fuerte razón, aún lo tenía esclavizado.

—¡Amor! —estalló, en la amargura de su corazón—. No es una cuestión de sentimiento: es una cuestión de utilidad. ¿Quién es el mejor para el amor?

Carmina oyó las últimas palabras y le contestó.

—Todo el mundo es el mejor para el amor —ella le miró con ojos apenados y puso su mano en su brazo—. Todo el mundo... —añadió— excepto usted.

Él sonrió con desprecio.

—Todo el mundo es el mejor para el amor —repitió él—. ¿Y quién sabe qué es eso?

Ella apartó su mano y miró hacia la tranquilidad celestial del cielo del atardecer.

—¿Quién sabe qué es eso? —reiteró él.

—Dios —dijo ella.

Benjulia permaneció en silencio.

## Capítulo XLV

El reloj de la repisa de la chimenea marcó las seis. Zo regresó de repente de la ventana y corrió hacia el sofá.

—¡Aquí está el carruaje! —gritó.

—¡Teresa! —exclamó Carmina.

Zo cruzó la habitación de puntillas hacia la puerta del aposento.

—Es mamá —dijo—. ¡No se lo digas! Me voy a esconder.

—¿Por qué, querida?

La respuesta a esto se la dio misteriosamente en un susurro:

—Ella dijo que yo no debía venir a verte. Ella tiene unas piernas rápidas... podría cogermé en las escaleras.

Tras esta explicación, Zo se introdujo en la habitación y dejó la puerta entreabierta.

Los minutos pasaron y la señora Gallilee no justificó la opinión expresada por su hija. Nada se oía en las escaleras, ni una palabra más se pronunció en la habitación. Benjulia había cogido el puesto que tenía la niña en la ventana y se sentó ahí a reflexionar. Carmina le había sugerido algunas ideas nuevas relacionadas con la intrincada relación entre la fe humana y la felicidad humana. Lenta, muy lentamente, el reloj marcaba el correr de los minutos. Carmina, con nerviosa ansiedad, empezó a pronosticar que algún desastre le había pasado a la niñera ausente. Cogió el telegrama de Teresa del bolsillo y lo volvió a consultar. No había ningún error, las seis de la tarde era la hora que había dicho la viajera para su llegada, y pasaban cerca de tres minutos de la hora. Carmina, ignorante de lo que eran los horarios de trenes, dio por sentado que éstos eran puntuales; sin embargo, su interpretación era que los trenes estaban sujetos a incidentes.

—¿Supongo que hay retrasos —dijo a Benjulia—, sin que eso signifique ningún peligro para los pasajeros, verdad?

Antes de que él pudiera contestarle, de repente, entró la señora Gallilee en la habitación.

Había abierto la puerta con tanta suavidad, que cogió a ambos por sorpresa. Se deslizó ante su presencia como un fantasma lo hubiera hecho, y así fue para la excitada imaginación de Carmina. Su aspecto y forma de comportarse mostraban una seria agitación, que ella reprimía desesperadamente. En algunos lugares, el maquillaje y los polvos de su cara se habían agrietado y revelaban los surcos y las arrugas que había por debajo. Sus duros ojos centelleaban y se oía su pesada respiración.

Indiferente a toda muestra emocional que no lo concerniera científicamente, Benjulia se levantó con tranquilidad y avanzó hacia la señora Gallilee. Ésta parecía no ser consciente de su presencia, y él habló, permitiéndole que le ignorara, sin preocuparse por notar el mal humor de ella.

—Cuando pueda atenderme, quisiera hablar con usted. ¿Puedo esperarla abajo?

Cogió su sombrero y su bastón para abandonar la habitación, miró a Carmina al pasar a su lado y, de repente, regresó a su sitio en la ventana. La entrada silenciosa y siniestra de su tía había atemorizado a Carmina, y Benjulia esperó (por puro interés fisiológico) para ver cómo acababa la nueva excitación nerviosa.

Hasta ese momento la señora Gallilee había mantenido escondida una de sus manos detrás de ella. Avanzó hasta llegar junto a Carmina y permitió que se le viera la mano. Ésta sostenía una carta abierta, y la señora Gallilee la agitó en la cara de su sobrina.

Carmina había estado oculta a la vista de Benjulia vista la posición que ahora ocupaba la señora Gallilee: El hombre, esperando su hora propicia junto a la ventana, miraba hacia fuera.

Una carroza acababa de detenerse en la casa con equipaje en el techo.

¿Era la vieja niñera esperada para las seis en punto?

El lacayo salió a abrir la puerta de la carroza, le seguía el señor Gallilee, ansioso por ayudar a apearse a la persona que había dentro. El viajero resultó ser una mujer de pelo gris, pobremente vestida. El señor Gallilee le tendió la mano cordialmente, le dio unas palmaditas en la espalda, le ofreció el brazo y la condujo al interior de la casa. El carruaje permaneció en la puerta con el equipaje. Evidentemente, la niñera aún no había llegado al final de su trayecto.

Carmina se apartó hacia atrás en dirección al sofá, cuando las hojas de la carta tocaron su rostro. La señora Gallilee dijo sus primeras palabras como en un susurro. La furia interior de su rabia, luchando por desahogarse, la superó; le costaba hablar y respirar:

—¿Reconoces esta carta? —dijo.

Carmina miró la escritura. Era la carta dirigida a Ovid, la que había dejado aquella tarde en el cesto del correo, la carta en la que declaraba que no podía soportar por más tiempo la crueldad a sangre fría de su madre, y que tan solo esperaba la llegada de Teresa para reunirse con él en el Quebec.

Después de un horroroso momento de confusión, se dio cuenta del ultraje que implicaba el hecho de que hubiera robado y leído su carta. En los primeros días de estancia de Carmina en la casa, la señora Gallilee la había acusado de falsedad deliberada. Carmina se había sentido ofendida al instante por el insulto y abandonó la habitación. Ese mismo espíritu que había en ella (un espíritu encordado con precisión que vibra intocable en los caracteres dulces mientras viven en paz) templó esos



nervios estremecidos, levantó esa valentía decaída. Miró de frente a esos ojos que estaban fijos en ella y sin echarse atrás, habló con seriedad y firmeza:

—La carta es mía —dijo—. ¿Cómo la ha conseguido?

—¿Cómo te atreves a preguntarme?

—¿Cómo se atreve... usted... a robar mi carta?

La señora Gallilee abrió el corchete que tenía su vestido en la garganta para coger aire.

—¡Tú, insolente bastarda! —reventó, enloquecida por la rabia.

Benjulia la oyó mientras esperaba pacientemente en la ventana.

—¡Refrene su maldita lengua! —gritó—. Ella es su sobrina.

La señora Gallilee se giró hacia él: su furia estalló en una sonora carcajada.

—¿Mi sobrina? —repitió ella—. ¡Miente... y lo sabe! ¡Ella es la hija de una adúltera! ¡Ella es la hija del amante de su madre!

La puerta se abrió mientras pronunciaba estas palabras. La niñera y el señor Gallilee entraron en la habitación.

La señora Gallilee no estaba en condiciones de verlos y era incapaz de oírlos.

El demonio que había en ella la impelió a continuar e intentó reiterar la detestable falsedad. Su primera palabra se desvaneció en silencio. Los delgados dedos morenos de la mujer italiana la tenían cogida por el cuello, la tenían agarrada como las garras de una tigresa podrían haberla agarrado. Sus ojos giraban pidiendo ayuda en una agonía silenciosa. ¡En vano!, ¡en vano! Ni un grito, ni un sonido habían atraído su atención para que le pudieran haber indicado el ataque. Los ojos del marido estaban fijos, imbuidos de horror, en la víctima de aquella rabia. Benjulia había cruzado la habitación hacia el sofá cuando Carmina oyó las palabras dichas sobre su madre. Desde ese momento, Benjulia estaba observando lo ocurrido. El señor Gallilee, a solas, miró a su alrededor, cuando la niñera presionó con más fuerza en un último apretón despiadado. Ésta arrojó a la mujer inconsciente al suelo y, girándose, cayó de rodillas a los pies de su queridísima protegida.

Alzó su mirada al rostro de Carmina. Una mirada horrible mostraba la muerte en vida a través de unos ojos entreabiertos que le devolvieron la mirada, mirando sin comprender. La conmoción había golpeado a Carmina con una calma glacial. Ella no se había sobresaltado, no se había desvanecido. Allí estaba, sentada, rígida, inmóvil, sorda y sin llorar, incluso insensible al tacto; sus brazos colgando y sus manos, cerradas, reposando a ambos lados de su cuerpo.

Teresa se arrastraba y gemía a sus pies. Esas feroces manos que habían dejado a la calumniadora postrada en el suelo, ahora golpeaban su pecho y sus cabellos grises con debilidad.

—¡Oh, Santos amados de Dios! ¡Oh, Virgen bendita, madre de Cristo, salva a mi niña, a mi dulce niña...!

Se levantó loca de desesperación, agarró a Benjulia y lo zarandeó.

—¿Quién es usted? ¿Cómo se atreve a tocarla? ¡Devuélvame la, o lo mataré! ¡Oh!, Carmina mía, ¿es el sueño lo que te retiene? ¡Despierta!, ¡despierta!, ¡despierta!

—Escúcheme —dijo Benjulia severamente.

Teresa se dejó caer en el sofá al lado de Carmina, y levantó una de las frías manos cerradas de Carmina hasta sus labios. Las lágrimas caían lentamente sobre su rostro demacrado.

—La quiero mucho, señor —dijo ella con humildad—. Tan sólo soy una mujer vieja. Mire qué bienvenida más espantosa me da mi niña. Es duro para una mujer vieja... ¡muy duro para una mujer vieja!

El temple de Benjulia no se vio afectado ni siquiera por esas palabras.

—¿Usted sabe quién soy? —preguntó—. Soy doctor, déjela en mis manos.

—Él es doctor. Eso es bueno, un doctor es bueno. Sí, sí. ¿Conoce el hombre mayor, el amable hombre mayor a este doctor...?

Ella buscaba con gesto ausente al señor Gallilee, pero éste estaba inclinado sobre su mujer rociando con gotas de agua su rostro cadavérico.

Teresa se levantó y señaló a la señora Gallilee.

—La respiración de este demonio envenena el aire —dijo—. Debo sacar a mi niña de aquí. A mi alojamiento, señor, si me hace el favor. Sólo a mi alojamiento.

Ella intentó levantar a Carmina del sofá, y se echó atrás mirándola sin aliento. El rostro de Carmina se relajó débilmente, sus párpados se cerraron y temblaron.

El señor Gallilee alzó la vista desde su mujer.

—¿Me ayudará alguno de ustedes? —preguntó.

Su tono impresionó a Benjulia, era el tono acallado de la pena, y nada más.

—Me ocuparé de ello enseguida —con esa respuesta, Benjulia se giró hacia Teresa—. ¿Dónde está su alojamiento? —dijo—. ¿Cerca o lejos?

—El mensaje —contestó la mujer, confusa—. El mensaje dice...

Ella le señaló que mirara en su bolso de mano caído en el suelo. Benjulia encontró el telegrama de Carmina que contenía la dirección del alojamiento. La casa estaba cerca. Después de ciertas consideraciones, mandó a la niñera a la habitación con instrucciones de que sacara las sábanas de la cama y se las diera a él. Durante el siguiente minuto, examinó a la señora Gallilee.

—No hay nada de lo que asustarse. Deje que la criada la atienda.

El señor Gallilee volvió a sorprender a Benjulia, ya que le dio la espalda a su mujer y miró a Carmina.

—¡Por el amor de Dios, no la deje aquí! —estalló—. Después de lo que ha oído, éste no es lugar para ella. ¡Désela a la vieja niñera!

Benjulia sólo contestó lo que ya había contestado.

—Miraré qué puedo hacer.

El señor Gallilee insistió.

—¿Hay algún riesgo para ella si la trasladamos? —preguntó.

—Es el mal menor. ¡Se acabaron las preguntas! Atienda a su mujer.

El señor Gallilee obedeció en silencio.

Cuando él alzó su cabeza de nuevo y se levantó para llamar a la criada con la campana, la habitación estaba solitaria y en silencio. Un pálido y asustado rostro pequeño echaba una ojeada a través de la puerta del dormitorio. Zo se arriesgó a entrar, y su padre la cogió en brazos y la besó como aún no la había besado nunca. Los ojos del señor Gallilee estaban húmedos por las lágrimas. Zo se fijó en que él nunca decía una palabra sobre mamá; ella vio el cambio en su padre de la misma manera que lo había visto Benjulia. La niña compartía un sentimiento humano con su amigo grandote; ella también estaba sorprendida.

## Capítulo XLVI

Los primeros signos de reanimación habían comenzado a aparecer cuando Marceline respondió a la campana. Unos minutos más y sería posible levantar a la señora Gallilee y ponerla en el sofá. Hasta este momento, el señor Gallilee había estado ayudando a la sirvienta, pero ahora él cogió a Zo por la mano y se echó para atrás. Amedrentada por la terrible escena de la que había sido testigo desde su escondite, la niña estaba de pie junto a su padre en silencio. Los dos esperaban juntos observando a la señora Gallilee.

Ésta miró con cara de espanto por la habitación. Al descubrir que estaba a solas con los miembros de su familia, se serenó y su mente poco a poco recobró el equilibrio. Su primer pensamiento fue para sí misma.

—¿Me ha desfigurado esa mujer? —preguntó a la criada.

Al no saber nada de lo que había pasado, Marceline no conseguía entenderla.

—Tráeme un espejo —dijo la señora Gallilee.

La criada encontró un espejo de mano en el dormitorio, y se lo entregó. Ella se miró al espejo y dio un largo respiro de alivio. Una vez acabada esa primera preocupación, habló con su marido.

—¿Dónde está Carmina?

—¡Gracias a Dios... fuera de casa!

La respuesta pareció dejarla perpleja, y apeló a Marceline.

—¿Ha dicho gracias a Dios?

—Sí, señora.

—¿No me puede usted decir nada? ¿Quién sabe a dónde ha ido Carmina?

—Joseph lo sabe, señora. Él oyó al doctor Benjulia dar la dirección al cochero.

Con esta respuesta, Marceline se giró inquieta hacia su señor.

—¿Está la señorita Carmina enferma de gravedad, señor?

Su señora habló de nuevo, antes de que el señor Gallilee pudiera contestar.

—¡Marceline! Dile a Joseph que suba.

—No —dijo el señor Gallilee.

Su mujer lo miró asombrada.

—¿Por qué no? —preguntó ella.

—Yo lo prohíbo —dijo él con tranquilidad.

La señora Gallilee se dirigió a la criada.

—Ve a mi habitación y tráeme otro sombrero y un velo. ¡Un momento!

Trató de levantarse, y después se puso cómoda.

—Debo tomar algo para fortalecerme. Trae las sales.

Marceline abandonó la habitación, el señor Gallilee la siguió hasta la puerta, todavía cogiendo a su hija pequeña.

—Regresa con tu hermana a la clase, querida —le dijo—. Zo, estoy apenado, sé una buena niña y me consolarás. Di lo mismo a Maria. Será pesado para ti, lo siento. Ten paciencia, mi niña, y trata de sobrellevarlo durante un rato.

—¿Puedo susurrar algo? —dijo Zo—. ¿Carmina morirá?

—¡Dios no lo quiera!

—¿La traerán de nuevo aquí?

Con su impaciencia, la niña habló más fuerte de lo que sería un susurro. La señora Gallilee oyó la pregunta y contestó.

—Traerán de nuevo a Carmina —dijo— en cuanto yo salga afuera.

—¿Tú dices eso? —preguntó Zo, mirando a su padre.

Él negó seriamente con la cabeza, y le repitió que se fuera a la clase. Ella se paró en el primer descansillo y miró hacia atrás.

—Me portaré bien, papá —dijo, y continuó subiendo las escaleras.

Al llegar a la clase fue objeto de varias preguntas; no contestó a ninguna y, seguida de su perro, se sentó en una esquina del suelo.

—¿Qué estás pensando? —preguntó su hermana.

Esta vez, se encontraba dispuesta a responder.

—Estoy pensando en Carmina.

El señor Gallilee cerró la puerta cuando Zo lo dejó, y cogió una silla sin hablar ni mirar a su mujer.

—¿Por qué estás aquí? —preguntó ella.

—Debo esperar —dijo él.

—¿A qué?

—A ver qué es lo que haces.

Marceline regresó y administró a su señora una dosis de sales. Fortalecida por el estimulante, la señora Gallilee fue capaz de levantarse.

—Mi cabeza me da vueltas —dijo, mientras cogía el brazo de la criada—, pero creo que podré bajar las escaleras con su ayuda.

El señor Gallilee las siguió afuera en silencio.

El vértigo aumentó cuando estuvieron en el inicio de las escaleras. Tan firme como pudiera ser su resolución, ésta flaqueó ante las heridas corporales que había recibido. La señora Gallilee se volvió al necesitar la ayuda de su marido para llegar a su habitación. Una vez allí, ella los detuvo en la antecámara, aún empeñada con obstinación en seguir sus propios designios.

—Estaré mejor inmediatamente —dijo—, ponedme en el sofá.

Marceline le quitó el sombrero y el velo y preguntó respetuosamente si había

algún otro servicio que requiriera. La señora Gallilee miró con desafío a su marido y reiteró la orden.

—Envíeme a Joseph.

A veces, una resolución inteligente se zarandea; la obstinación inerte de una criatura débil, hombre o animal, es inamovible. El señor Gallilee dio permiso a la criada para irse con estas palabras:

—No hace falta que esperes, muchacha: yo mismo hablaré con Joseph, abajo.

Su mujer lo oyó asombrada y con desdén.

—¿Estás en tus cabales? —preguntó ella.

Él se detuvo antes de salir.

—Siempre fuiste dura y testaruda —dijo él con tristeza—, yo ya sabía eso. Un hombre más listo que yo habría... supongo que es posible... un hombre lúcido habría averiguado lo malvada que eres.

Ella estaba tendida pensando, indiferente a cualquier cosa que él pudiera decirle.

—¿No estás avergonzada? —preguntó él, mirándola perplejo—. ¿Ni siquiera lo lamentas?

Ella no le hizo ningún caso, y él la dejó. Al bajar hacia el vestíbulo, Joseph fue a su encuentro.

—El doctor Benjulia ha regresado, señor. Desea verle.

—¿Dónde está?

—En la biblioteca.

—Espere, Joseph, tengo algo que decirle. Si la señora pregunta dónde se han llevado a la señorita Carmina, no debe... ésta es mi orden, Joseph... no debe decírselo. Si se lo ha mencionado a alguno de los otros sirvientes, ¿es bastante probable que ellos le puedan haber preguntado, no? —dijo, cayendo en su viejo hábito por un instante—. Si se lo ha mencionado a los demás —continuó—, ellos no deben decírselo. Eso es todo, buen hombre, eso es todo.

Para su sorpresa, Joseph se puso a considerar a su señor con respeto. El señor Gallilee entró en la biblioteca.

—¿Cómo está ella? —preguntó, ansioso por saber novedades de Carmina.

—Peor por haberla movido —replicó Benjulia—. ¿Qué hay de su esposa?

Tras contestar esa pregunta, el señor Gallilee mencionó las precauciones que había tomado para mantener en secreto la dirección de Teresa.

—No hace falta que se inquiete por eso —dijo Benjulia—. He dado órdenes de que no se admita la entrada a la señora Gallilee. Existe una necesidad seria de mantenerla al margen. En estos casos de catalepsia parcial, no se sabe cuándo puede sobrevenir el cambio. Cuando llegue éste, no respondo de la cordura de su sobrina, si ellas dos se vuelven a ver. Llame a su médico, la chica es su paciente, y él es la persona sobre la que recae la responsabilidad. Permita que el sirviente le entregue mi

tarjeta directamente, podemos encontrarnos en la casa para deliberar.

Benjulia escribió unas palabras en una de sus tarjetas de visita y ésta fue enviada inmediatamente al señor Null.

—Hay otro asunto que debe aclararse antes de que me marche —prosiguió Benjulia—. Aquí hay algunos papeles que he recibido de su abogado, el señor Mool. Están relacionados con una calumnia que su mujer repitió muy desafortunadamente.

El señor Gallilee se levantó de la silla.

—No me lo recuerde... ¡se lo ruego, no! —suplicó de todo corazón—. ¡No lo puedo soportar, doctor Benjulia, no lo puedo soportar! Por favor, disculpe mi grosería, no es intencionada... no sé lo que me está pasando. Siempre he llevado una vida tranquila, señor, no estoy hecho para cosas como éstas. No crea que hablo de manera egoísta. Si usted tiene la gentileza de disculparme, haré lo que pueda.

Al señor Gallilee le habría resultado lo mismo haber apelado a la comprensión de la mesa ante la cual estaban sentados. Benjulia era absolutamente incapaz de entender el estado de ánimos que mostraban estas palabras.

—¿Puede entregarle estos papeles a su mujer? —preguntó Benjulia—. Había venido aquí esta tarde (por ser yo la persona que tenía la culpa), para aclarar el asunto. En vista de la situación, dejo que ella lo descubra por sí misma. No deseo mantener más comunicación con su mujer. ¿Tiene algo que decirme antes de que me vaya?

—Sólo una cosa. ¿Puede ser perjudicial que yo acuda a la casa para preguntar cómo sigue la pobre Carmina?

—Acuda cuantas veces quiera... a condición de que la señora Gallilee no le acompañe. Si ella está obstinada en ir, podría ser oportuno que le dijera unas palabras de advertencia. Según mi opinión, la vieja niñera probablemente no la dejaría marcharse con vida la próxima vez que la vea. He tenido una pequeña charla con esa curiosa salvaje extranjera. Le he dicho: «Usted ha cometido lo que consideramos en Inglaterra un asalto homicida. Si a la señora Gallilee no le importa la publicidad, usted podría dar con sus huesos en prisión». Ella chasqueó sus dedos en mi cara y me dijo: «Suponga que me encuentro con la cuerda del verdugo alrededor del cuello, ¿qué me importa, si Carmina está a salvo de su tía?». Después de esta bonita respuesta, se sentó al lado de la cabecera de la cama de la chica y rompió a llorar.

El señor Gallilee escuchaba ausente, seguía pensando obsesivamente en Carmina.

—Yo tenía la mejor intención —dijo— cuando le pedí que usted se la llevara fuera de la casa. No es de extrañar que yo estuviera equivocado. Lo que yo soy es demasiado tonto para entender por qué usted permitió que se la moviera.

Benjulia escuchaba con una sonrisa forzada, el atrevimiento del señor Gallilee le divertía.

—Me pregunto si había espacio para la memoria cuando la naturaleza amuebló su

estrecha y pequeña cabeza —contestó él con humor—. ¿No dije que moverla era el mal menor? ¿No acabo de advertirle sobre qué podría haber pasado si hubiéramos dejado a su mujer y su sobrina juntas en la misma casa? Cuando hago algo a mi edad, señor Gallilee, no piense de mí que soy un engreído... sé por qué lo hago.

Mientras estaba hablando de sí mismo en estos términos, podía haber dicho algo más. Podría haber añadido que su terror a que Carmina perdiera la razón significaba, en realidad, terror a que un caso excepcionalmente interesante acabara de la forma más normal y corriente. Él quizás también podría haber reconocido que, al confiar la paciente al médico habitual que la atendía, no estaba rindiendo obediencia a las reglas deontológicas sino siguiendo las sugerencias egoístas de su propio juicio crítico.

Su experiencia, breve como había sido, lo había convencido de que se podía confiar en que las medidas tomadas por el estúpido señor Null conducirían al muy instructivo desarrollo de la enfermedad. El señor Null trataría los síntomas con una buena voluntad perfecta, sin una sola sospecha de la histeria nerviosa que en una constitución como la de Carmina amenazaba con consolidarse como la causa oculta, con el curso del tiempo. Él podría haber declarado estos motivos (no sólo excusables sino ennoblecidos por su vinculación científica con los intereses de la investigación médica) en circunstancias más favorables. Sin embargo, mientras su gran descubrimiento estuviera sólo a dos dedos de ser alcanzado, el doctor Benjulia seguía con su reserva diplomática, que incluía incluso a alguien tan profano como el señor Gallilee.

Cogió su sombrero y su bastón y salió caminando hacia el vestíbulo.

—¿Puedo ser de alguna utilidad más? —preguntó a la ligera—. Sabrá sobre la paciente a través del señor Null.

—¿No abandonará a Carmina? —preguntó el señor Gallilee—. ¿La verá de vez en cuando, verdad?

—No tema, cuidaré de ella.

Benjulia hablaba con sinceridad cuando dijo esto. El caso de Carmina ya le había sugerido nuevas ideas e incluso el salvaje civilizado de la medicina moderna (cuando se refiriera a sus propios intereses) no era absolutamente insensible a un sentimiento de gratitud. El señor Gallilee le abrió la puerta.

—Adiós —añadió, mientras salía a la calle—, ¿qué ha pasado con Zo?

—Está arriba, en la clase.

Benjulia soltó una de sus bromas aburridas.

—Dígale que cuando quiera que le vuelvan a hacer cosquillas, me lo haga saber. ¡Buenas tardes!

El señor Gallilee regresó a la zona superior de la casa con los papeles que Benjulia le había dado en mano. Al llegar a la puerta del vestidor, dudó. Los papeles estaban introducidos en un sobre sellado dirigido a su mujer. A salvo, de este modo,



de miradas curiosas, no había ninguna necesidad de que se los entregara personalmente. Continuó andando hacia la clase e hizo señas a la doncella de que saliera y hablara con él.

Después de darle instrucciones para que entregara los papeles (diciéndole a la señora que habían sido dejados en la casa por el doctor Benjulia), le dio permiso para irse y dejar sus obligaciones con las niñas.

—No hace falta que regrese —dijo—, yo mismo cuidaré de las niñas.

Maria estaba ocupada con un libro, ¡e incluso la holgazana de Zo estaba trabajando!

Estaba escribiendo en su propio pupitre manchado de tinta, y alzó la mirada desorientada cuando su padre apareció. El confiado señor Gallilee dio por sentado que su hija favorita estaba trabajando en una lección de escritura, siguiendo el ejemplo de la aplicada Maria por una vez.

—¡Buenas niñas! —dijo, mirando con cariño a la una y a la otra—. No os molestaré, continuad.

Cogió una silla, satisfecho (incluso reconfortado) de estar en la misma habitación que las niñas. Si se hubiera acercado un poco más al pupitre, quizás habría visto que Zo había estado pensando en Carmina con una intención.

¿Qué podía hacer para conseguir que su amiga y compañera de juegos volviera a encontrarse bien y feliz? Ésa fue la pregunta que Zo se hizo a sí misma después de haber visto cómo cargaban con Carmina inconsciente fuera de la habitación.

Poseída por esa maravillosa capacidad para la observación minuciosa de los adultos que la rodeaban (lo cual es uno entre los varios misterios desconcertantes que presentan las mentes infantiles), Zo hacía tiempo que había descubierto que el miembro de la casa preferido entre todos por Carmina era el hermano bueno que se había ido lejos y los había dejado. En su ausencia, ella siempre estaba hablando de él... y Zo había visto cómo Carmina besaba su fotografía antes de guardarla en la caja.

Dándole vueltas a estos recuerdos, el lento proceso mental de la niña llegó con más facilidad de lo habitual a la conclusión correcta. El modo de conseguir que Carmina se encontrara bien y feliz de nuevo era hacer regresar a Ovid. Uno de los dos sobres que él le había entregado todavía permanecía esperando la carta que le pudiera decir: ¡Regresa a casa!

Zo decidió escribir esa carta, y hacerlo de inmediato.

Ella podría haber confiado este propósito a su padre (la única persona, aparte de Carmina, que nunca la regañaba ni se reía de ella), si el señor Gallilee se hubiera distinguido por su posición dominante en la casa. Sin embargo, ella lo había visto (como el resto del mundo) «con miedo a mamá». La duda de si él no se «lo diría a mamá», la hizo mantener su secreto. Tal como demostraron los hechos, la única

persona que informó a Ovid de la terrible necesidad que existía de su regreso a casa fue la hermana pequeña, a quien había dedicado su último esfuerzo de consuelo cuando abandonó Inglaterra.

Cuando el señor Gallilee entró en la habitación, Zo había acabado de llegar al final de su carta. Su sistema de redacción excluía las mayúsculas y los puntos, y reducía las palabras de la lengua inglesa por un simple proceso de abreviación, acortando las sílabas de las palabras.

«queri ov vuelve car está mal ella quiere tú ser veloz sé veloz tú no digas yo he escrito esto seño min se ha ido odio los libros te quiero tu zo».

Con la pluma todavía en la mano, la cautelosa escritora miró a su alrededor buscando a su padre. Tenía su sobre dirigido a Ovid en el bolsillo (tristemente estrujado), pero tenía miedo de sacarlo.

Maria, pensó, sabría qué hacer en mi lugar. ¡Antipática de Maria!

La fortuna, usando como instrumento los asuntos domésticos, se hizo amiga de Zo. Un minuto más tarde llegó la oportunidad que Zo esperaba. La doncella regresó de forma inesperada y se dirigió al señor Gallilee con un aire de misterio, en el cual los sirvientes ingleses se deleitan especialmente cuando están en posesión de un mensaje.

—Si hace el favor, señor, Joseph desea hablar con usted.

—¿Dónde está?

—Afuera, señor.

—Dígale que entre.

Gracias al protocolo de los sirvientes del vestíbulo, según el cual no se permitía a Joseph presentarse de forma voluntaria en las zonas por encima del salón sin ser primero representado por una embajadora, ahora la atención se desviaba de las niñas. Zo dobló la carta introducida en el sobre y la escondió en su bolsillo.

Joseph apareció.

—Le ruego me perdone, señor, ahora no sé muy bien si debería molestar a la señora. El señor Le Frank ha llamado y preguntado si la podía ver.

El señor Gallilee consultó a la criada.

—¿Estaba la señora dormida cuando la he mandado a usted con el recado?

—No, señor. Me dijo que le sirviera una taza de té.

Durante las extrañas ocasiones previas en que la señora Gallilee había estado enferma, su atento marido jamás dejaba para los sirvientes la tarea de consultar sus deseos. Esos días habían pasado para siempre.

—Dígale a la señora, Joseph, que el señor Le Frank está aquí.

## Capítulo XLVII

La calumnia con la que había contado la señora Gallilee como modo de separar a Ovid y Carmina ahora era una calumnia refutada por una prueba incontestable. Y el hombre cuyos esfuerzos habían conseguido este resultado era su propio abogado; el agente al cual ella había pedido emplear cuando alegó esa reivindicación del tutor sobre su pupila a la que Teresa se había enfrentado.

Como consecuencia necesaria, las relaciones entre el señor Mool y ella misma habían llegado a su fin.

Ahí estaba echada sintiéndose impotente, con su autoridad despreciada, su persona ultrajada por un brutal ataque. Ahí estaba echada, con ganas de hacer algo por cualquiera de las razones que una mujer resoluta podría tener para afirmar su poder, y vengar el mal que se le había hecho, sin nadie que estuviera de su parte, sin un cómplice que sirviera a sus propósitos.

Se levantó, con la resolución que da la desesperación. Sentía su corazón hundido, la habitación daba vueltas a su alrededor, y se dejó caer en el sofá. Cuando estaba recostada, el mareo disminuía. Pudo hacer sonar la campanilla que había sobre la mesa situada a su lado.

—Mande llamar al señor Null —dijo a la criada—. Si no está, deje que el mensajero lo siga allá donde pueda estar.

El mensajero regresó con una nota: el señor Null llamaría a la señora Gallilee tan pronto como fuera posible, ahora estaba ocupado atendiendo a la señorita Carmina.

Ante tal descubrimiento, a la señora Gallilee le flaquearon las últimas reservas de resolución independiente. Los servicios de su propio médico estarían sólo a su disposición, ¡cuando hubiera acabado sus servicios con Carmina! En la parte superior de la carta estaba la dirección, que hasta ahora había tratado en vano de descubrir, ante su rostro: la casa estaba a cinco minutos andando... ¡y ella no era capaz ni de cruzar la habitación! Por primera vez en la vida, el espíritu imperioso de la señora Gallilee admitió la derrota. Por primera vez en la vida, ella se hizo a sí misma la despreciable pregunta: ¿A quién puedo encontrar para que me ayude?

Alguien llamó a la puerta.

—¿Quién es? —exclamó.

—El señor Le Frank ha venido, señora... y desea saber si puede verlo —le contestó la voz de Joseph.

Nunca se paró a pensar, ni siquiera nunca pensó en llamar a la criada para preocuparse de su apariencia personal. El horror de su propia impotencia era lo que la

empujaba a seguir. Ahí estaba el hombre cuya oportuna traición a Carmina había detenido a ésta en su camino hacia Ovid, ¡justo a tiempo! Ahí estaba el leal instrumento esperando ser empleado.

—Veré al señor Le Frank —dijo—. Hágalo subir.

El maestro de música miró alrededor de la habitación en penumbra, y se inclinó ante la figura recostada en el sofá.

—Me temo que la molesto en un mal momento, señora.

—Estoy enferma, señor Le Frank, pero soy capaz de recibirle... como puede ver.

Ahí, ella se detuvo. Ahora, cuando lo vio y lo oyó, cierta duda perversa que había en ella comenzó a hacer mella en él. Ahora, cuando ya era demasiado tarde, intentó sin firmeza ponerse a la defensiva. ¡Qué mengua de energía (ella se lo notó en sí misma) en la mujer predispuesta y decidida, igual de intensa que cuando surgía alguna emergencia!

—¿A qué debo atribuir el favor de su visita? —prosiguió ella.

Incluso su voz le falló: se entrecortaba, a pesar de sus esfuerzos por mantenerla firme. La vanidad del señor Le Frank sacó su propia conclusión alentadora de tal circunstancia.

—Estoy ansioso por saber en qué estima me tiene usted —replicó él—. Esta tarde temprano, he dejado escrita una nota que contenía una carta... con mis saludos. ¿Ha recibido la carta?

—Sí.

—¿La ha leído?

La señora Gallilee estaba dudosa, el señor Le Frank sonrió.

—Señora, no la molestaré con más solicitudes de respuestas inequívocas —dijo—. Voy a hablar sin rodeos y, por su parte, tenga la bondad de decirme con claridad qué soy... ¿un hombre que se ha deshonrado a sí mismo robando una carta?, o ¿un hombre que se ha distinguido a sí mismo haciéndole un favor?

Una disyuntiva desagradable, pero... ¡muy bien definida! Renegar del señor Le Frank o utilizar al señor Le Frank... éste era el dilema para la señora Gallilee. Ella era incapaz de pronunciar un juicio, el mero esfuerzo de la decisión (después de lo que había sufrido) la fatigaba e irritaba.

—No puedo negar —dijo, con una resignación que mostraba cansancio— que usted me ha hecho un favor.

Él se levantó y dio una generosa respuesta por la confianza que ella había depositado en él: repitió su magnífica reverencia y se volvió a sentar.

—Nuestra posición el uno respecto al otro parece demasiado clara para que haya malentendidos —continuó él—. La carta de su sobrina, completamente inútil para el propósito con el cual yo la había abierto, me ofrece un modo de quedar a la par con la señorita Carmina, y una oportunidad para serle útil a usted. ¿Puedo empezar por

echar un vistazo a la joven?

—¿Lo dice por lealtad conmigo?

—Mi lealtad con usted podría agotarse —contestó con audacia—, pero puede confiar en que mis sentimientos hacia su sobrina permanecerán: nunca olvido una injuria. ¿Es una indiscreción preguntar cómo piensa evitar que la señorita Carmina se reúna con su amado en el Quebec? ¿La autoridad del tutor llega hasta poder encerrarla con llave en su habitación?

La señora Gallilee percibió la familiaridad que se escondía en esas preguntas, disimuladas de manera elaborada, como si estuvieran formuladas bajo un supuesto respeto.

—Mi sobrina ya no está en mi casa —contestó fríamente.

—¡Se ha ido! —gritó el señor Le Frank.

Ella corrigió la expresión.

—Trasladada —dijo, y dejó el tema ahí.

Pero el señor Le Frank retomó el tema.

—¿Trasladada, supongo, bajo el cuidado de su niñera? —replicó él.

¿La niñera? ¿Qué sabía sobre la niñera?

—¿Puedo preguntarle...? —comenzó a preguntar la señora Gallilee.

El señor Le Frank sonrió con indulgencia y la detuvo ahí.

—Esta noche usted no es del todo usted misma —dijo él—. Permítame recordarle que la carta de su sobrina al señor Ovid Vere es explícita, y que yo me tomé la libertad de leerla antes de dejarla en su casa.

La señora Gallilee escuchaba en silencio, consciente de que había cometido otro error. ¡Había excluido cuidadosamente de su confianza a un hombre que ya estaba en posesión de sus secretos! La compasiva cortesía del señor Le Frank le había impedido a él sacar provecho de la posición de superioridad que ahora mantenía.

—Será para mí un honor volver a venir —dijo—, cuando usted esté con mejor capacidad de valorar la estimación correcta de mi humilde ofrecimiento de ponerme a su servicio. ¡Señora Gallilee no quisiera fatigarla por nada del mundo! Al mismo tiempo, permítame hacerle una última pregunta que no debe aplazarse. ¿Cuando la señorita Carmina la dejó, se llevó con ella su escritorio y las llaves?

—No.

—Permítame sugerirle que podría enviar a recogerlo en cualquier momento.

Antes de que fuera posible pedirle una explicación, Joseph se presentó de nuevo. El señor Null estaba esperando abajo. La señora Gallilee informó de que sería admitido cuando ella tocara la campanilla. Cuando se quedaron a solas, el señor Le Frank se acercó al sofá y volvió a susurrar su sugerencia.

—¿No hay duda de que comprende la necesidad de usar las llaves de su sobrina, verdad? —prosiguió—. Desconocemos la correspondencia que puede haber tenido,

en la cual la niñera y la institutriz pueden estar involucradas. Después de que ya hemos interceptado una carta, ¿dudar de hacerlo con las otras es absurdo! Usted no se encuentra en las condiciones que tal esfuerzo requiere. Yo conozco la habitación, no tenga miedo a que me descubran, tengo una pisada suave por naturaleza... y tengo la excusa preparada, si alguien más también tiene ese tipo de pisadas. Déjemelo a mí.

Él encendió una vela mientras hablaba. Si no hubiera sido por la alusión a la niñera, la señora Gallilee podría haberle ordenado que la apagara de nuevo; sin embargo, ansiosa por descubrir cualquier cosa (por mínima que fuera la posibilidad) que pudiera poner a Teresa a su merced, se sometió en silencio al señor Le Frank.

—Volveré mañana —dijo él, y se deslizó fuera de la habitación.

Cuando el señor Null fue anunciado, la señora Gallilee levantó la pantalla que había sobre el globo de la lámpara. Podría valer la pena observar la cara de su médico con una luz más clara.

Su mirada tímida, su forma de actuar desconcertada cuando ofreció las disculpas convencionales, indicaron inmediatamente a la señora Gallilee que Teresa había hablado, y que él sabía lo que había pasado. Incluso, nunca antes se había mostrado tan tranquilizador y tan atento. Sin embargo, él olvidó —o temió— mantener las apariencias, preguntándole a la señora Gallilee cuál era el problema, antes de tomarle el pulso y la temperatura y escribir la receta. La señora Gallilee no pronunció una sola palabra, hasta que las formalidades médicas llegaron a su fin.

—¿Hay algo más que pueda hacer? —preguntó él.

—Puede decirme —dijo ella—, cuándo volveré a estar bien.

El señor Null fue educado, el señor Null fue compasivo: la señora Gallilee podría volver a ser ella misma en un día o dos... o la señora Gallilee podría estar por desgracia confinada en su habitación durante algún tiempo más. Él tenía esperanza de que su receta iría bien y también confiaba en el silencio absoluto y el descanso; y le sugirió la conveniencia de ir a la cama de inmediato y de que no dejara de llamarlo por la mañana temprano.

—Siéntese de nuevo —dijo la señora Gallilee.

El señor Null palideció; vio venir lo que se avecinaba.

—Usted ha estado atendiendo a la señorita Carmina. Desearía saber qué enfermedad es la que tiene.

El señor Null comenzó al principio con rodeos.

—El caso nos causa una inquietud grave. Las complicaciones son enormes. El mismo doctor Benjulia...

—Hablando claro, señor Null, ¿puede ser movida? Esto produjo una respuesta definitiva. —Totalmente imposible.

Ella sólo se arriesgó a formular su siguiente pregunta tras esperar un poco y controlarse.

—¿Es esa mujer extranjera, la niñera... la única enfermera... atendiéndola?

—¡No me hable de ella, señora Gallilee! Una mujer espantosa, ordinaria, furiosa, una perfecta salvaje. Cuando sugerí que hubiera una segunda enfermera...

—Entiendo. Usted acaba de preguntarme si podía hacer algo más por mí. Me podría hacer un gran servicio: me puede recomendar un abogado de confianza.

El señor Null estaba sorprendido. Como el médico antiguo de la familia que era, sabía quién era su asesor legal. Él mencionó el nombre del señor Mool.

—El señor Mool ha perdido mi confianza —anunció la señora Gallilee—. ¿Puede o no puede recomendarme un abogado?

—¡Oh, desde luego! Mi propio abogado.

—Encontrará para escribir en la mesa que hay detrás de mí. No le retendré más de cinco minutos. Quiero que escriba lo que le dicte.

—Mi querida dama, en su condición actual...

—¡Haga lo que le digo! Mi cabeza está sosegada mientras estoy estirada. Incluso una mujer en mi condición puede decir lo que piensa hacer. Esta noche no pienso cerrar los ojos, a no ser que vea que he puesto a esa desgraciada en el lugar que le corresponde. ¿Quiénes son sus abogados?

El señor Null mencionó los nombres, y cogió su pluma.

—Presénteme de la manera acostumbrada —prosiguió la señora Gallilee—, y luego los remite al testamento de mi hermano. ¿Ya lo ha escrito?

A su debido tiempo, quedó escrito.

—Después dígalos cómo se me han llevado a mi sobrina, y dónde ha sido llevada.

El señor Null cumplió de la mejor forma posible.

—¡Ahora —dijo la señora Gallilee—, escriba lo que pienso hacer!

La perspectiva de vengarse de Teresa hizo que se reanimara. De momento, por lo menos, casi parecía que volvía a ser ella misma. El señor Null le dio la vuelta a una nueva hoja con una mano algo temblorosa. La voz dictadora pronunció las siguientes palabras:

«Prohíbo a la mujer Teresa actuar en capacidad de cuidadora de la señorita Carmina, e incluso entrar en la habitación en la cual la joven está postrada y enferma. Además, advierto a esa persona que mi sobrina será devuelta a mi cargo, en el mismo momento en que sus médicos permitan que sea trasladada. Y deseo que mis consejeros legales afirmen mi autoridad, como tutora, mañana por la mañana».

El señor Null terminó silencioso y consternado su labor. Se sacó el pañuelo y se secó la frente.

—¿Es que se requiere algún esfuerzo desmedido para decir esas pocas palabras... incluso para una mujer trastornada como yo? —preguntó implacablemente—.

Hágame saber que los abogados tienen sus instrucciones cuando venga mañana, y tráigame el nombre y la dirección de una enfermera a la que usted recomendaría completamente. ¡Buenas noches!

Al final, el señor Null se marchó. Mientras cerraba con suavidad la puerta del vestidor, la grave pregunta todavía le daba vueltas en la cabeza: ¿Qué haría Teresa?



## Capítulo XLVIII

Incluso en el acogedor amparo que lograba tener en la sala de las clases, la mente del señor Gallilee estaba intranquila. Él estaba preocupado por una cuestión completamente nueva para él: la cuestión de sí mismo en su papel de marido y de padre.

Acostumbrado como estaba, tras largos años de unión conyugal, a ver a su mujer como un ser superior, era consciente de que ahora ella había perdido el lugar que ocupaba en su aprecio, sin que pudiera recuperarlo. Si a continuación reflexionaba sobre lo que debería hacerse con Maria y Zo, sólo conseguía reavivar su desconcierto y aflicción. Dejarlas (como lo había hecho hasta ahora) sometidas absolutamente a la autoridad de su madre, era entregar a sus hijas a la influencia de una mujer que había dejado de ser objeto de su confianza y respeto. Meditó sobre ello en la clase y meditó sobre ello cuando se fue a la cama. A la mañana siguiente, llegó a una conclusión de que era una solución intermedia. Decidió solicitar consejo a su buen amigo el señor Mool.

Lo primero que hizo fue pasarse por el alojamiento de Teresa con la esperanza de oír novedades de mejoría en Carmina.

El informe melancólico de Teresa fue expresado en dos palabras: «sin cambios». Él estaba tan afligido que pidió ver a la casera, y trató, mediante su carácter bondadoso, más impotente, de conseguir algo de información esperanzadora haciendo preguntas... preguntas inútiles, repetidas una y otra vez cambiando palabras fútiles. La casera fue paciente: respetaba el dolor evidente de aquel amable y modesto hombre mayor, y sin embargo, se ciñó a la cruda verdad. La única respuesta posible era la respuesta que la sirvienta de Carmina había dado ya. Cuando la casera lo siguió hacia fuera para abrirle la puerta, el señor Gallilee pidió permiso para esperar un momento en el vestíbulo.

—Si me lo permite, señora, me secaré los ojos antes de salir a la calle.

El señor Gallilee encontró al abogado atareado al llegar a la oficina sin una cita. Un pasante le presentó un pedazo de papel con una línea escrita por el señor Mool: «¿Es algo importante?». El simple señor Gallilee escribió de vuelta: «¡Oh, vaya por Dios, no; sólo soy yo! Ya volveré». Aparte de su juicio crítico en el tema del champagne, este hombre excelente poseía otro talento: una bonita caligrafía. El señor Mool, al descubrir una línea torcida y algunas letras mal formadas en la respuesta, sacó sus propias conclusiones. Mandó decirle a su viejo amigo que esperara.

Diez minutos más tarde estaban juntos, y el abogado fue informado de los acontecimientos que habían seguido a la visita de Benjulia a Fairfield Gardens el día anterior.

Durante un rato los dos hombres estuvieron sentados en silencio meditando, sin dejarse amedrentar por las perspectivas que se presentaban ante ellos. Cuando llegó el momento de hablar, ejercieron una influencia el uno sobre el otro, de lo cual ambos fueron por igual inconscientes. Fuera del común horror que sentían por la conducta de la señora Gallilee, y su común interés en Carmina, consiguieron de manera inocente sumar entre ellos dos un hombre resuelto.

—Mi querido Gallilee, esto es algo muy grave.

—Mi querido Mool, yo también lo creo... o no le habría molestado.

—¡No hable de molestarme! Veo muchas complicaciones ante nosotros, casi no sé por dónde empezar.

—¡Es lo que me pasa a mí! Me reconforta que usted sienta lo mismo que yo.

El señor Mool se levantó y caminó de un lado a otro de su despacho, como medio de estimular su inventiva.

—Ahí está esta pobre jovencita —prosiguió—. Si mejora...

—¡No lo diga de esa manera! —terció el señor Gallilee—. Suena como si dudara de que alguna vez pueda mejorar... ¿entiende ese punto de vista, verdad? Sea un poco más positivo, Mool, hágame el favor.

—¡Claro que sí! —mostró su acuerdo el señor Mool—. Vamos a decir, cuando... ella... se recupere. Sin embargo, el problema está ante nosotros de igual modo. Si la señora Gallilee reclama sus derechos, ¿qué haremos?

El señor Gallilee se levantó a su vez y empezó a andar de un lado para otro de la habitación. Ese bien intencionado experimento apenas lo dejó más débil que nunca.

—¿Qué es lo le pasaría a su hermano para que decidiera hacerla la tutora de Carmina? —preguntó el hombre con lo más cercano a la irritación de que era capaz.

El abogado estaba ocupado con sus propios pensamientos, sólo ilustró al señor Gallilee después de que éste repitiera la pregunta.

—Tenía yo un respeto sincero por el señor Robert Graywell —dijo—. No ha existido nunca un padre y un marido mejor... y permítame no olvidarlo... mejor y más encantador artista. Sin embargo —dijo el señor Mool con el aire de un hombre resuelto apelando a otro—, era débil, tristemente débil. Si me lo permite decir, el carácter insistente de su mujer... bueno, era tan diferente al carácter de su hermano, ¡que tuvo su efecto sobre él! Si Lady Northlake hubiera sido un poco menos callada y retraída, el asunto podría haber acabado de un modo muy diferente. Tal como fueron las cosas (no quiero exponer la situación de forma ofensiva), la señora Gallilee abusó de él... y ahí está ella, con la autoridad que da el testamento. Vamos a dejar eso. Debemos proteger a la pobre chica. ¡Debemos actuar...! —gritó el señor Mool con

un estallido de energía.

—¡Debemos actuar! —repitió el señor Gallilee... y cerrando el puño débilmente, y golpeó con suavidad la mesa.

—Creo que tengo una idea —prosiguió el abogado—, sugerida por algo que me dijo la misma señorita Carmina. ¿Puedo preguntar si usted tiene su confianza?

El rostro del señor Gallilee se iluminó al oír esto.

—Desde luego —contestó—. Siempre la beso cuando nos decimos buenas noches, y la vuelvo a besar cuando nos decimos buenos días.

Esa prueba que mostraba su amigo de sus aspiraciones como consejero escogido por Carmina pareció sorprender bastante al señor Mool.

—¿Alguna vez dejó caer alguna indirecta sobre acelerar su matrimonio? —preguntó el señor Mool.

Tan clara como se había hecho la pregunta, dejó completamente perplejo al señor Gallilee. Su rostro honesto contestaba por él: no formaba parte del círculo de confianza de Carmina. El señor Mool regresó a su idea.

—La única cosa que podemos hacer —dijo— es acelerar el regreso de Ovid. Ésa es la única medida que se puede tomar... tal como yo lo veo.

—¡Vamos a hacerlo rápidamente! —gritó el señor Gallilee.

—Pero, dígame —insistió el señor Mool, codicioso de estímulos—, ¿mi sugerencia ha aliviado su conciencia?

—¡Es el primer momento de alegría que he tenido hoy!

La débil voz del señor Gallilee gritó chillona: se iba volviendo un hombre más firme con cada palabra que pronunciaba.

Uno de ellos sacó un formulario de telegrama, el otro agarró una pluma.

—¿Puedo enviar el mensaje en su nombre? —preguntó el señor Mool.

Si el señor Gallilee hubiera tenido un centenar de nombres, los habría enviado (y pagado por ello) todos: «John Gallilee, 14 Fairfield Gardens, Londres. Para...». Aquí la pluma se detuvo, Ovid estaba aún en las tierras inexploradas del Canadá. El único modo de comunicar con él era a través de sus banqueros en el Quebec. Por lo tanto, el mensaje se envió a los banqueros:

«Por favor, telegrafíen la dirección del señor Ovid Vere en cuanto la sepan».

Cuando el telegrama hubo sido enviado a la oficina, siguió un intervalo de inactividad. La firmeza del señor Gallilee sufrió una recaída.

—Es demasiado tiempo de espera —dijo.

Su amigo estuvo de acuerdo con él. Desde el punto de vista moral, la fortaleza del señor Mool residía en las cuestiones jurídicas. Ningún aspecto jurídico aparecía en la presente conversación: él compartía el decaimiento de moral del señor Gallilee.

—Estamos completamente impotentes —observó—, hasta que Ovid regrese. Durante este intervalo, no veo ninguna opción para la señorita Carmina más que someterse a su tutora; a no ser... —miró fijamente al señor Gallilee, antes de terminar su frase—, a no ser —continuó— que usted pueda pasar por alto sus sentimientos presentes hacia su mujer.

—¿Pasar por alto? —repitió el señor Gallilee.

—Ahora da la impresión de ser completamente imposible, en mi opinión —admitió el respetable abogado—. A usted le ha causado una impresión muy penosa. ¡Es natural!, ¡es natural! Sin embargo, la fuerza del hábito, una vida de matrimonio de varios años, su propia amabilidad...

—¿Qué quiere usted decir? —preguntó el señor Gallilee, desconcertado, impaciente, casi enfadado.

—Un poco de persuasión por su parte, mi buen amigo... durante el momento interesante de la reconciliación... podría ser seguida de unos excelentes resultados. La señora Gallilee podría no poner objeciones a renunciar a sus reivindicaciones, hasta que el tiempo hubiera limado las actuales asperezas. Seguramente, una solución intermedia sería posible si tan sólo usted pudiera convencerse de perdonar a su mujer.

—¿Perdonarla? ¡Estaría tan feliz si pudiera perdonarla! —gritó el señor Gallilee, estallando en una agitación violenta—. ¿Cómo voy a hacerlo? ¡Santo Dios! Mool, ¿cómo voy a hacerlo? Usted no oyó esas palabras infames. Usted... no... vio esa horrible mirada tocada por la muerte de la pobre chica. ¡Le anuncio que me quedo frío cuando pienso en mi mujer! No puedo ir a verla cuando debería ir... envió a los sirvientes a su habitación. Mis hijas también... mis queridas y buenas hijas... ya es suficiente que se le rompa el corazón de uno... piense en ellas criadas por una madre que puede decir lo que dijo e hizo... ¿Qué es lo que ellas verán, le pregunto qué es lo que ellas verán, si ella trae a Carmina de vuelta a la casa y trata a esa dulce joven como ella la tratará? Había momentos la pasada noche, cuando pensé en marcharme para siempre (Dios sabe dónde), y llevarme a las niñas conmigo. ¿De qué estoy hablando? Tengo algo que decir, y no sé qué es. ¡No me reconozco! Sí, sí... Me mantendré tranquilo. Es mi pobre cabeza estúpida, supongo... el calor, Mool, el calor sofocante. Vamos a ser razonables. Sí, sí, sí, vamos a ser razonables. Usted es abogado. Yo me he dicho cuando he venido aquí, quiero el consejo de Mool. Sea un querido y buen amigo... tranquilíceme. ¡Oh!, amigo mío, mi viejo amigo, ¿qué puedo hacer por mis hijas?

Asombrado y apenado, completamente perdido sobre cómo actuar para conseguir algún buen propósito, el señor Mool recuperó su presencia de ánimo en el mismo instante en que el señor Gallilee apeló a él y a su capacidad legal.

—No se apure por las niñas —dijo con amabilidad—. Gracias a Dios, ahí estamos en suelo firme.

—¿Lo piensa de verdad, Mool?

—Lo pienso. Por lo que a sus hijas se refiere, la autoridad es suya. ¡Sea firme, Gallilee!, ¡sea firme!

—¡Lo seré! Usted es mi ejemplo... ¿no es cierto? Usted es firme... ¿eh?

—Firme como una roca. Estoy de acuerdo con usted. Por lo menos, de momento, las niñas deben ser trasladadas.

—¡De inmediato, Mool!

—¡De inmediato! —repitió el abogado.

En ese momento, se pusieron nerviosos el uno al otro en el momento justo en que llegaban a la resolución. Hablaban tan alto que hasta los oficinistas los podían oír en la oficina.

—¡No importa lo que pueda decir mi mujer! —declaró el señor Gallilee.

—No importa lo que ella pueda decir —se sumó el señor Mool—, el padre es el amo.

—Y... usted... conoce la ley.

—Y yo conozco la ley. Sólo debe reafirmarse a sí mismo.

—Y... usted... sólo tiene que respaldarme.

—¡Por el amor a sus hijas, Gallilee!

—¡Por consejo de mi abogado, Mool!

El hombre resolutivo estaba fabricado, por fin... sin un defecto en todo él. Ambos estaban agotados, por el esfuerzo. El señor Mool sugirió tomar un vaso de vino.

El señor Gallilee se arriesgó a lanzar una indirecta.

—¿No tendrá unas gotitas de champagne a mano? —dijo.

El abogado llamó al ama de llaves. En cinco minutos, estaban comprometiéndose el uno con el otro ante vasos espumosos. En cinco minutos más, regresaron a su trabajo. La cuestión sobre cuál sería el mejor lugar al que podrían ser trasladadas las niñas fue resuelta con facilidad. El señor Mool ofreció su propia casa, reconociendo modestamente que quizás tuviera un inconveniente: era de fácil acceso para la señora Gallilee. La exposición de esta objeción estimuló la memoria de su amigo. Lady Northlake estaba en Escocia. Lady Northlake había invitado a Maria y Zo, una y otra vez, a pasar el otoño con sus primos; sin embargo, los celos que sentía la señora Gallilee habían siempre logrado que ésta encontrara alguna razón convincente para negarse a enviarlas.

—Escriba inmediatamente —aconsejó el señor Mool—. Puede hacerlo en dos líneas. Su mujer está enferma, la señorita Carmina está enferma, a usted no le es posible abandonar Londres... y las niñas tienen puestas las esperanzas en el aire fresco.

En este sentido, escribió el señor Gallilee. El señor Mool insistió en enviar la carta al correo inmediatamente.

—Sé que todavía falta mucho para la hora del correo —explicó—, pero quiero sosegar mi conciencia.

El abogado hizo una pausa, con su vaso en los labios.

—¡Vaya! ¿Usted no estará dudando ya?

—No más que usted —contestó el señor Gallilee.

—¿Realmente enviará a las niñas fuera?

—Las niñas deben partir el mismo día en que Lady Northlake las invite.

—Escribiré una nota sobre eso —dijo el señor Mool.

Escribió la nota, y se levantó para despedirse. El fiel señor Gallilee todavía pensaba en Carmina.

—¡Considérelo de nuevo! —dijo al partir—. ¿Está seguro de que la ley no la ayudará?

—Podría mirar el testamento de su padre —replicó el señor Mool.

El señor Gallilee vio el lado esperanzador de esta sugerencia, con los tonos más rosados.

—¿Cómo es que no ha pensado en ello antes? —preguntó.

El señor Mool protestó ligeramente.

—No se olvide de cuántas cosas tengo en la cabeza —dijo—. Sólo se me ha ocurrido ahora que el testamento podría darnos la solución... si hay algún tipo... de clara oposición en contra del compromiso matrimonial del pupilo por parte del tutor.

Llegado a ese punto se detuvo, conociendo muy bien los métodos de resistencia de la señora Gallilee como para hacer cálculos esperanzados con un resultado como ése. Sin embargo, él era un hombre clemente, y se guardó sus recelos para sí mismo.

De regreso a casa, el señor Gallilee se encontró con la criada de su mujer. Marceline estaba echando una carta en el buzón de correos de la esquina de la plaza; al ver a su señor, cambió de color. «Carteándose con su novio», concluyó el señor Gallilee.

Al entrar en la casa con un cigarro inacabado en la boca, se fue directo hacia la sala de fumar... y adelantó a su hija pequeña, que se encontraba por debajo de él esperando, fuera del alcance de la vista en las escaleras de la cocina.

—¿Ya lo ha hecho? —susurró Zo, cuando regresó Marceline por la puerta de servicio.

—Está a salvo en el buzón, querida. Ahora explícame qué viste ayer cuando estabas escondida en la habitación de Carmina.

El tono con el cual hablaba suponía un pacto confidencial. Zo se encaramó sobre las rodillas de su amiga con decorosa prontitud, hizo trabajar su memoria y recompensó a Marceline por haber llevado al correo su carta a Ovid.

## Capítulo XLIX

Era pasado el mediodía, antes de que el señor Le Frank cumpliera su promesa de visitar a la señora Gallilee. Entró en la habitación con aspecto triste e hizo sus preguntas de modo cortés (como se había vuelto un músico deprimido), en tono menor.

—Señora, siento encontrarla aún en el sofá. ¿No hay ninguna mejoría en su salud?

—Ninguna en absoluto.

—¿Le ha dado su médico alguna esperanza?

—Hace lo que hacen todos... aconseja paciencia. ¡No hablemos más de mí! Parece que está usted con la moral baja.

El señor Le Frank admitió con un gesto que las apariencias no daban una imagen falsa de él.

—Me he sentido amargamente decepcionado —dijo—. Mis sentimientos como artista han sido heridos hasta las entrañas. Sin embargo, ¿por qué preocuparla con mis pobres e insignificantes asuntos personales? Ruego humildemente que me perdone.

Sus ojos acompañaron estas modestas disculpas con una mirada molesta y expectante: él esperaba evidentemente que le preguntara para poderse explicar. Después de sus órdenes al señor Null, habían sucedido acontecimientos que hicieron que la señora Gallilee necesitara los servicios de su maestro de música. Ella sintió la necesidad de reafirmarse en sí misma, y lo hizo... pero con esfuerzo.

—¿No tiene ninguna razón, espero, para quejarse de sus alumnos? —dijo ella.

—En esta época del año, señora, no tengo alumnos. Todos están fuera de la ciudad.

Ella estaba demasiado profundamente preocupada por sus propios asuntos como para inquietarse en nada más. El camino directo era el camino fácil.

—Bien, ¿qué es? —preguntó con cansancio.

Esta vez, él contestó hablando claro.

—¡Una amarga humillación, señora Gallilee! Han hecho que lamentara haberle pedido el honor de aceptar la dedicatoria de mi canción. Los vendedores de música, de quienes depende la venta, no han cogido ni la décima parte del número de copias que nosotros esperábamos que suscribieran. ¿Es que algún cambio extraordinario ha invadido el gusto del público? Mi composición musical se ha basado cuidadosamente en los principios de moda... es decir, en los principios de la escuela moderna alemana: tan poca melodía como sea posible, y esa poca, confinada estrictamente al

compás. Y, ¿cuál es el resultado? Me enfrento a pérdidas, en lugar de a beneficios; mi acuerdo me hace responsable de la mitad de los gastos de publicación, y lo que es mucho más grave en mi estima, ¡su honorable nombre de usted se ve asociado a un fracaso! No me haga caso... la naturaleza del artista... estaré bien en un minuto.

Sacó un pañuelo profusamente perfumado y enterró su rostro en él con un quejido.

El duro sentido común de la señora Gallilee entendió a la perfección el corazón roto del compositor. «Fue estúpido por mi parte no haberle ofrecido dinero ayer — pensó ella—. No había ninguna necesidad de esta pérdida de tiempo».

Ella rectificó su error con brevedad y franqueza admirables.

—No se aflija, señor Le Frank. Ahora mi nombre está en ella, la canción es mía. Si la factura de su editor no es satisfactoria, sea tan amable como para enviármela a mí.

El señor Le Frank dejó su pañuelo seco y se levantó de forma teatral, de un salto. Su indulgente patrocinadora no quiso escucharlo: para esta mujer admirable la dignidad del arte era algo sagrado.

—Ni una palabra más sobre el asunto —dijo ella—. Hábleme de cómo fue todo la noche pasada. Sus investigaciones no fueron interrumpidas, o yo lo habría sabido. ¡Vamos a los resultados! ¿Ha encontrado algo de importancia en la habitación de mi sobrina?

El señor Le Frank se sintió desconcertado de nuevo, hasta en lo referente a la confirmación de sus propias sospechas. Sin embargo, no era un momento favorable para una confesión de decepción personal. Entendió la situación y se hizo el héroe de ella, en tres palabras:

—Juzgue usted misma —dijo, y entregó la carta de advertencia del Padre Patrizio.

En silencio, la señora Gallilee leyó las palabras en las cuales se declaraba que ella era objeto de un redomado resentimiento por parte de Teresa, y que se encargaba a Carmina la grave obligación de mantener la paz.

—¿Eso la alarma? —preguntó el señor Le Frank.

—Casi no sé qué sentir —contestó ella—. Déjeme tiempo para pensar.

El señor Le Frank regresó a su silla, ya tenía razones para congratularse de sí mismo: había cargado en otras espaldas la responsabilidad pecuniaria debida al fracaso de su canción. Observando a la señora Gallilee, empezó a ver posibilidades aún más halagüeñas. Hasta ahora, ella lo había mantenido a cierta distancia. ¿Estaba llegando el momento de cambiar de opinión, con lo cual lo admitiría en una posición (con todas sus sólidas ventajas) de amigo confidencial?

De repente, ella cogió la carta del Padre Patrizio y se la mostró.

—¿Qué impresión le produce —preguntó ella—, sin saber nada más de lo que



usted sabe ahora?

—El cauteloso lenguaje del sacerdote, señora, habla por sí mismo. Tiene usted una enemiga que no se amedrentará ante nada.

Ella aún dudaba si confiar en él.

—Usted me ve aquí —ella continuó—, confinada en mi habitación, quizás con posibilidades de estar en este estado de impotencia durante algún tiempo. ¿Cómo se protegería usted contra esa mujer, en mi lugar?

—Esperaría.

—¿Por qué motivo?

—Si me permite usar el lenguaje de los naipes: esperaría hasta que la mujer mostrara su mano.

—Ella... la... ha... mostrado.

—¿Puedo preguntar cuándo?

—Esta mañana.

El señor Le Frank no dijo nada más. Si realmente se deseaba algo de él, la señora Gallilee sólo tenía que hablar. Después de un momento de vacilación, las necesidades implacables de su posición la decidieron una vez más.

—Usted me ve demasiado enferma para moverme —dijo—, lo primero que hay que hacer es explicarle a usted por qué.

Relató los hechos de forma aséptica, sin un comentario, sin un signo de emoción. Sin embargo, el horror que ella había producido en su marido la había dejado impresionada, algo que ni el orgullo ni el desdén habían logrado combatir.

Permitió a su profesor de música sacar conclusiones de que posiciones contrapuestas acerca de la autoridad sobre Carmina habían conducido a una pelea que provocó la agresión. Las palabras que ella había dicho eran el único secreto que le ocultó al señor Le Frank.

Mientras estaba inconsciente —prosiguió— se llevaron a mi sobrina de mi lado. Ella ha estado sufriendo una enfermedad nerviosa, estaba aterrorizada, naturalmente... y ahora está en el alojamiento de la niñera, demasiado enferma para ser trasladada. Aquí tiene el estado de los hechos hasta la pasada noche.

—Algunas personas podrían pensar —observó el señor Le Frank— que el camino más fácil para salir de esto, ahora, sería denunciar a la niñera en un juzgado por la agresión.

—Este camino fácil me obligaría a exponerme en público —contestó la señora Gallilee—. En mi posición esto es imposible.

El señor Le Frank aceptó este punto de vista sobre el caso con naturalidad.

—En tales circunstancias —dijo—, no es fácil aconsejarla. ¿Cómo puede hacer que la mujer se someta a su autoridad, mientras esté usted postrada aquí?

—Mis abogados han hecho que ella se someta esta mañana.

Extremadamente sorprendido, el señor Le Frank perdió su contención:

—¡Demonios! —exclamó.

—Ellos le han prohibido, en mi nombre —continuó la señora Gallilee— actuar como enfermera de mi sobrina. La han informado de que la señorita Carmina será devuelta a mi cargo en el mismo instante en que se pueda mover. Y me han enviado su sumisión incondicional, firmada por ella misma.

La señora Gallilee la cogió del escritorio que había a su lado, y se la leyó con estas palabras:

«Yo, humildemente pido perdón a la señora Gallilee por los violentos e ilegales actos de los cuales he sido culpable. Reconozco y me someto a su autoridad como tutora de la señorita Carmina Graywell. Y apelo a su merced (la cual reconozco no merecer) para que me ahorre el sufrimiento de la separación de la señorita Carmina, bajo cualquier circunstancia que pudiera imponer su voluntad y su deseo».

—Y ahora —concluyó la señora Gallilee—, ¿qué opina?

Hablando por una vez con sinceridad, el señor Le Frank contestó de forma asombrosa.

—Sométase usted también —dijo—. Haga lo que ella le pide. Y cuando esté lo suficiente bien para ir a su alojamiento, si ella le ofrece algo de comer o beber, decline con agradecimiento.

La señora Gallilee se levantó del sofá.

—¿Me está insultando, señor, haciendo de esta grave emergencia el objeto de una, chanza? —preguntó.

—Jamás fui más en serio en toda mi vida, señora.

—¿Usted piensa... en realidad piensa... que ella es capaz de tratar de envenenarme?

—Estoy muy seguro de ello.

La señora Gallilee se hundió en la almohada. El señor Le Frank expuso sus razones punteándolas, una por una, con sus dedos.

—¿Quién es ella? —comenzó él—. Es una mujer italiana de clase baja. No se considera que, entre las virtudes de la gente con la que se crió y nació, se incluya el respeto por lo sagrado de la vida humana. ¿Qué es lo que ya sabemos que ella ha hecho? Ha alarmado al sacerdote, quien cuida de su conciencia y la conoce bien; y ella la ha agredido a usted con tal ferocidad homicida, que es un milagro que haya usted escapado con vida. ¿Qué tipo de mensaje le ha enviado a ella, después de esta experiencia de su temperamento? Le ha dicho a la tigresa que usted tiene el poder de separarla de su cachorro y que piensa usarlo. Ante estos hechos evidentes que saltan a la vista, ¿cuál es la conclusión más juiciosa? ¿Crear que ella se somete de verdad... o

creer que ella sólo está ganando tiempo, y es capaz (si no ve otra alternativa) de tratar de envenenarla a usted?

—¿Qué me aconsejaría hacer?

Con estas palabras, la señora Gallilee (jamás antes reducida a pedir consejo a nadie) reconoció que la argumentación bien fundada no estaba siendo desperdiciada por ella.

El señor Le Frank contestó a la pregunta que le había hecho sin dudar.

—La niñera no ha firmado este acto de sumisión —dijo— sin tener sus propias razones privadas para que parezca que está cediendo. Básese en ello; ella está preparada para esperarla... y hay por lo menos una oportunidad de que se pueda encontrar una prueba de esto. Haga que observen secretamente todos sus movimientos... y busque en la habitación en donde ella vive, como busqué yo en la de la señorita Carmina ayer.

—¿Y bien? —dijo la señora Gallilee.

—¿Y bien? —repitió el señor Le Frank.

Ella cedió, enfadada:

—¡Diga de una vez que usted será el hombre que haga eso por mí! —ella contestó—. Y diga a continuación... si es que puede... cómo va a hacerse.

La actitud del señor Le Frank se suavizó hasta adoptar el aire de una noble valentía.

—¡Le ruego se serene! —dijo—. ¡Estoy encantado de poderla servir, y se puede hacer tan fácilmente!

—¿Fácilmente?

—Querida señora, muy fácilmente. ¿No es la casa una pensión?, y ¿tengo yo algo que hacer en esta época del año?

Él se levantó y cogió el sombrero.

—¿Seguramente ahora me ve como si fuera otra, verdad? Un caballero soltero que necesita una habitación. Con hábitos silenciosos y que da excelentes referencias. La dirección, señora Gallilee... ¿me permite molestarla y pedirle cuál es la dirección?

## Capítulo L

Cerca de las siete de la tarde del jueves, Carmina reconoció a Teresa por primera vez.

Sus ojos entornados se abrieron como si despertaran de un largo sueño: se posaron en la vieja niñera sin aparentar sorpresa.

—Estoy tan encantada de verte, querida —dijo débilmente—. ¿Estás muy cansada después del viaje?

Ninguna de las preguntas con las cuales se podría haber contado siguió a estas primeras palabras. No escapó de ella ni la más mínima alusión a la señora Gallilee, no expresó ninguna inquietud por la señorita Minerva, ningún signo de desasosiego alteró su rostro tranquilo al encontrarse en una habitación extraña. Descansada y satisfecha, de cuando en cuando miraba a Teresa y decía:

—¿Te quedarás conmigo, verdad?

De vez en cuando, ella confesaba que sentía su cabeza confusa y pesada y le pedía a Teresa que le diera la mano.

—Me siento como si me hundiera alejándome de ti —dijo—; mantén agarrada mi mano y no sentiré miedo de ir a dormir.

Las palabras fueron pronunciadas con dureza antes de que se hundiera en un profundo sopor. En ocasiones, Teresa sentía que la mano de Carmina temblaba, y la besaba. Carmina parecía ser consciente del beso sin despertarse; sonreía en su sueño.

Sin embargo, al llegar las primeras horas de la mañana, este estado de reposo pasivo se modificó: comenzó un ataque violento de vómitos, que se repitió una y otra vez. Teresa pidió que fueran a buscar al señor Null, el cual hizo lo que pudo para aliviar el nuevo síntoma y mandó a un mensajero a su muy ocupado colega. Benjulia no perdió tiempo, contestando en persona al llamamiento que se le había hecho.

—Un desarreglo estomacal grave, señor —dijo el señor Null.

Benjulia se mostró de acuerdo. El señor Null le enseñó su receta y Benjulia aprobó la receta.

—¿Hay algo que desee sugerir? —dijo el señor Null, pero Benjulia no tenía nada que sugerir.

No obstante, Benjulia esperó hasta que Carmina fue capaz de hablar con él. Teresa y el señor Null se preguntaban qué querría decirle a ella. Él sólo le preguntó:

—¿Recuerda la última vez que me vio?

—Sí, Zo estaba con nosotros, entró su gran bastón y estuvimos hablando... —contestó ella, después de pensar un poco. Ella trató de refrescar su memoria—. ¿De

qué hablamos? —se preguntó. Una momentánea agitación hizo sonrojarse su cara—. No puedo recordarlo —añadió—. No puedo recordar cuándo se fue usted, ¿tiene alguna importancia?

—No tiene la más mínima importancia. Duérmase —contestó Benjulia.

Sin embargo, él permaneció aún en la habitación, observando cómo ella se iba quedando adormilada.

—Una debilidad muy grande... —susurró el señor Null.

—Sí, volveré a pasar —contestó Benjulia.

Cuando salía, llevó a Teresa aparte.

—No más preguntas —le dijo— y no ayude a su memoria si ella se lo pide.

—¿Podrá recordar cuando se encuentre mejor? —preguntó Teresa.

—Imposible de decir, aún. Espere y observe.

Benjulia la dejó con prisas, sus experimentos le estaban esperando. De regreso a casa, no dejó de pensar obsesivamente en el caso de Carmina. Había algún proceso escondido en marcha: había que darle tiempo, y él mismo se mostraría.

—Espero que ese borrico no me necesite por lo menos en una semana —dijo, pensando en su colega de profesión.

La semana pasó, y no fue molestado.

Durante este intervalo de tiempo, el señor Null logró que ella superara en parte los ataques de vómitos: eran menos violentos y les sucedían largos periodos de reposo. En otros aspectos, parecía que había (tal como Teresa insistía en creer) alguna pequeña señal de mejoría. Cierta avance mental era perceptible de forma incuestionable en Carmina, y éste se mostró por primera vez de un modo muy interesante: ella comenzó a hablar de Ovid.

Su gran inquietud era que él no supiera nada de su enfermedad. Prohibió a Teresa escribirle y envió mensajes al señor y a la señora Gallilee e incluso al señor Mool suplicándoles que guardaran silencio.

La niñera se ocupó de enviar el mensaje pero no consiguió mantener su palabra. Esta promesa rota (tal como los hechos se habían sucedido) demostró ser inocua. La señora Gallilee tenía buenas razones para no escribir, su marido y el señor Mool habían decidido enviar el telegrama a los banqueros y, en lo referente a Teresa, ésta no tenía ningún deseo de comunicarse con Ovid. Su ausencia resultaba inexcusable desde su punto de vista. Sano o enfermo, con o sin razón, la niñera opinaba que él debería de haberse quedado en casa, en interés de Carmina. Nada más improbable que ninguna otra persona escribiera a Ovid; nadie pensó en Zo como corresponsal. Así que Carmina se quedó de lo más tranquila.

Una o dos veces, en estos últimos tiempos, los lánguidos esfuerzos de su memoria cobraban mayor amplitud.

Carmina se preguntaba por qué la señora Gallilee nunca venía a verla, pero sin

sentir suficiente interés en el tema como para preguntar, reconociendo que la ausencia de su tía era un alivio para ella. También mencionó a la señorita Minerva.

—¿Sabes a dónde ha ido? ¿No crees que debería escribirme?

Teresa se ofreció a realizar ciertas, pesquisas, Carmina giraba su cabeza con cansancio sobre la almohada y decía: «¡No importa!». En otra ocasión, preguntó, por Zo y dijo que estaría encantada de que viniera el señor Gallilee y trajera a Zo con él; sin embargo, pronto dejó el tema y no volvió a hablar de ello.

El único recuerdo al que parecía dar vueltas durante más de unos minutos era el recuerdo de la última carta que había escrito a Ovid.

Ella se regocijaba imaginando su sorpresa al recibirla, y se impacientaba con su prolongada enfermedad pues esto la retrasaba en su escapada al Canadá. Habló a Teresa de la inteligente manera en que había planeado la escapada, con este extraño fallo de memoria que hacía que ella atribuía los diversos planes que cuestionaban su descubrimiento, no a la señorita Minerva, sino a la niñera.

Aquí, por vez primera, su mente se estaba acercando a un terreno peligroso. El robo de la carta y los hechos que habían seguido venían a continuación en el orden de sus recuerdos, si ella se mostraba capaz de un esfuerzo continuado. Su debilidad la salvaba. Sus recuerdos eran incapaces de avanzar más allá del hecho de haber escrito la carta. Ni la más leve alusión a alguna de las circunstancias posteriores salió de ella. El pobre y enfermo cerebro buscaba su descanso en frecuentes intervalos de sueño. Algunas veces, ella retrocedía hacia una inconsciencia parcial; algunas veces, volvían los ataques de vómitos. El señor Null dio un ejemplo excelente de paciencia y resignación. Creía tan devotamente como siempre en sus recetas y depositaba su mayor confianza en el tiempo y los cuidados. El desarreglo estomacal (como él lo llamaba) presentaba algo positivo y tangible que tratar: él había dejado atrás las dudas e inquietudes que lo preocupaban cuando Carmina fue trasladada por primera vez a la pensión. Mirando con confianza lo que se veía a simple vista (sin idea de lo que estaba ocurriendo en el interior), él podía decirle a Teresa, con la conciencia tranquila, que entendía el caso. Él siempre estaba listo para confortarla cuando su temperamental naturaleza italiana pasaba de un extremo a otro, de la esperanza a la desesperación.

—Mi buena mujer, ahora vemos el camino a seguir: es un gran punto ganado, se lo aseguro, ver el camino a seguir.

—¿Qué quiere usted decir con ver el camino a seguir? —dijo la categórica niñera—. Dígame cuándo Carmina estará bien de nuevo.

El conocimiento médico del señor Null no estaba a la altura a lo que se pedía de él.

—El progreso es lento —admitió—, la señorita Carmina todavía está progresando en su recuperación.

—¿Y su tía está progresando? —preguntó Teresa abruptamente—. ¿Cuándo es probable que la señora Gallilee venga por aquí?

—En algunos días...

El señor Null estuvo a punto de añadir «eso espero...», pero pensó en lo que podría pasar cuando las dos mujeres se encontraran. Tal como estaban las cosas, el rostro de Teresa mostró signos de trastorno: claramente, su mente no estaba preparada para esta perspectiva tan cercana de la visita de la señora Gallilee. Cogió una carta de su bolsillo.

—Creo que usted guarda una muy juiciosa prudencia —le dijo al señor Null—. Usted debe de haber visto algo, durante su ejercicio, acerca de los métodos de las mentirosas mujeres inglesas. ¿Qué significa toda esa palabrería en palabras sencillas?

Ella le entregó la carta, él con algo de reticencia, la leyó.

«La señora Gallilee declina contraer cualquier compromiso con la persona anteriormente empleada como niñera en la casa del difunto señor Robert Graywell. La señora Gallilee, hasta ahora, reconoce las disculpas y sumisión que le ha ofrecido como un medio para abstenerse de entablar un proceso contra ella inmediatamente. Para llegar a esta decisión, también ha influido en ella la necesidad de evitar a su sobrina toda perturbación que pudiera interferir con el tratamiento médico. Cuando las circunstancias pudieran requerirlo, ella no dudará en ejercer su autoridad».

La caligrafía le indicaba al señor Null que esta declaración de intenciones no había sido escrita por la misma señora Gallilee. La persona que lo había sucedido en el papel de amanuense de dicha dama había sido capaz evidentemente de dar un consejo acertado. Poco sospechó él que este misterioso secretario era ni más ni menos que el pianista emprendedor que le había convencido una vez de tomar un asiento para un concierto al precio de cinco chelines.

—¿Y bien? —dijo Teresa.

El señor Null dudó.

La niñera pateó el suelo con impaciencia.

—¡Dígamelo! ¿Cuándo ella venga aquí, podrá separarme de Carmina? ¿Es eso lo que ella dice?

—Es muy posible —dijo con prudencia el señor Null.

Teresa señaló hacia la puerta.

—¡Buenos días! No quiero nada más de usted. ¡Oh, señor, señor, déjeme sola!

En cuanto se quedó sola, cayó de rodillas. Susurrando con ferocidad, ella repetía una y otra vez las palabras del Padrenuestro:

—No nos dejes caer en la tentación, mas líbranos del mal. ¡Cristo, escúchame! ¡Madre de Cristo, escúchame! ¡Oh, Carmina, Carmina...!

Se levantó y abrió la puerta que comunicaba con la habitación. Temblando lastimosamente, miró durante un rato a Carmina, que estaba durmiendo tranquilamente; entonces, se volvió hacia una esquina de la habitación en la cual se encontraba una vieja caja de embalaje provista de una cerradura. Ella lo cogió y, regresando con él a la salita, cerró la puerta de la habitación con cuidado otra vez.

Después de ciertas dudas, decidió abrir la caja. El terror y la confusión que la poseían hicieron que intentara abrirla con la llave equivocada. Tras solucionar el error, sacó a la luz (mezclados extrañamente con las prendas más ligeras de su vestuario) un montón de papeles; algunos de ellos eran cartas y facturas, otros eran instrucciones descoloridas sobre la preparación de colores para artistas. Retrocedió ante los objetos que su propio acto había sacado a la luz. ¿Por qué no había seguido el consejo del Padre Patrizio? ¡Sólo que hubiera esperado un día más; si tan sólo hubiera arreglado los papeles de su marido antes de que ella echara las cosas que no cabían en su baúl dentro de ese cajón medio vacío, qué tormento podría haberse evitado! Sus ojos se volvieron con tristeza hacia la puerta de la habitación.

—¡Oh, cariño mío, tenía tanta prisa por venir a tu lado!

Al fin, consiguió controlarse y puso su mano en el cajón. Buscó en una esquina y extrajo un pequeño bote. Había una etiqueta sucia pegada al bote con esta curiosa inscripción en italiano: «Si se ha quedado algo del polvo que empleamos en la elaboración de algunos de nuestros colores más bonitos, le pido a mi buena mujer o a alguna otra persona de confianza en su lugar, que lo selle y lo lleve directamente a la fábrica con los mejores deseos del anterior capataz. Tiene la apariencia de simple azúcar. Cuidado con la apariencia... o podrían probar veneno».

En el instante en el que iba a abrir el bote, ella dudó. Bajo algún impulso extraño, hizo lo que habría hecho un niño: lo agitó y escuchó.

El susurro del polvo subiendo y bajando parecía ejercer una fascinación irresistible en ella, reavivando su terror.

«La danza del diablo —se dijo a sí misma, con una espantosa sonrisa—. ¡Suavemente hacia arriba y suavemente hacia abajo... y tentándome todo el tiempo para que levante la tapa! ¿Por qué no me libro de ello?».

Esa pregunta llevó su pensamiento hacia la tutora de Carmina. Si el señor Null estaba en lo cierto, en un día o dos la señora Gallilee podría venir a la casa. Después de que los abogados hubieran amenazado a Teresa con la perspectiva de una separación de Carmina, ella había abierto el cajón por primera vez desde que había abandonado Roma... con la intención de clasificar los papeles de su marido como medio de desembarazarse de sus propios pensamientos. De esta manera, ella había descubierto el bote. La visión del polvo mortífero la había tentado. ¡Ahí estaba el medio temible de desafiar la autoridad de la señora Gallilee! Algunas mujeres, en su lugar, lo habrían usado. A pesar de que ahora no estaba mirando dentro del bote,



sentía que ese pensamiento estaba regresando sigilosamente a su mente. Tan sólo había una esperanza para ella: resolvió deshacerse del veneno.

¿Cómo hacerlo? En esa época del año, no había fuego en la chimenea. En los límites de la habitación, era muy poco probable que se presentaran los medios para intentar destruir algo. Su propio horror mórbido del bote hizo que ella sospechara de la curiosidad de otra gente, quienes podrían verlo en su mano si ella salía a las escaleras. Sin embargo, ella estaba determinada, si encendía un fuego para tal propósito, a encontrar el camino para conseguir su propósito. La firmeza de su resolución se expresó cerrando el cajón de nuevo, sin volver a introducir el bote en su escondite.

A continuación, proveyéndose de un cuchillo, se sentó en una esquina —entre la puerta de la habitación por un lado, y un armario en un ángulo de la pared por el otro—, y comenzó el trabajo de destrucción haciendo añicos el papel de la etiqueta. Los fragmentos podrían ser quemados, y el polvo (si hacía votos a la Virgen para hacerlo) podría ser echado al fuego a continuación... y entonces, el bote vacía sería inocuo.

No hizo más que pequeños progresos al hacer añicos el papel, cuando se le ocurrió que encender un fuego en ese día caluroso de otoño podría resultar sospechoso si se le ocurriera aparecer a la casera o al señor Null. Sería más seguro esperar a la noche, cuando todo el mundo estuviera en la cama.

Una vez llegada a esta conclusión, dejó de utilizar de forma mecánica el cuchillo.

Durante el instante de silencio que siguió, ella oyó a alguien entrar en la habitación por la puerta que daba a las escaleras. Inmediatamente después, la persona giró la manecilla de la segunda puerta que estaba a su lado. Teresa apenas tuvo tiempo suficiente para abrir el armario y esconder el bote en él... cuando entró la casera. Teresa la miró espantada, la casera miró al armario, estaba orgullosa de su armario.

—Ahí hay sitio de sobra —dijo con jactancia—, ¡ninguna otra casa en el vecindario puede ofrecerle tanto espacio como éste! Sí... la cerradura no funciona, no lo niego. ¡Cosas del último inquilino! Echó a perder mi mantel y puso la escribanía encima para tapar el lugar. ¡Bestia!, ésta era su forma de ser, definida en una palabra. ¿No me ha oído llamar a la puerta de la habitación? Estoy tan encantada de verla dormir plácidamente, ¡pobrecita! Su caldo de pollo estará preparado para cuando se levante. Hoy he tardado en preguntar por nuestra jovencita. Ha visto que hemos tenido mucho trabajo arriba preparando la habitación para un nuevo inquilino. ¡Qué contraste con la persona que nos acaba de dejar! Esta vez es un perfecto caballero... y tan amable como para esperar una semana hasta que pudiera acomodarlo. Mis habitaciones de la planta baja estaban vacías, como usted sabe... Y sin embargo, dijo que las condiciones eran demasiado elevadas para él. ¡Oh, no olvidé mencionarle que teníamos un enfermo en la casa! «Unos hábitos silenciosos —dije— son de hecho un

requisito esencial de cualquier nuevo inquilino, en un momento como éste». Él lo comprendió, «Yo he estado enfermo —dijo— y la verdadera razón por la que abandono mi actual alojamiento es que no es lo suficiente silencioso». ¿No es éste el tipo de hombre que queremos? Y, permítame decírselo, también es un hombre atractivo; con un inconveniente, debo reconocerlo, debido a su calvicie. Sin embargo, ¡qué barba, y qué apasionante voz! ¡Silencio! ¿He oído que ella llamaba?

Por fin, la casera permitió que otros sonidos fueran audibles, aparte del sonido de su voz. Fue posible descubrir que ahora Carmina estaba despierta; Teresa corrió a la habitación.

Al quedarse sola en la salita, la casera, «por pura curiosidad» (como después dijo conversando con su nuevo inquilino) abrió el armario y miró dentro.

El bote se encontraba ante ella, en una repisa superior. ¿Acaso la niñera de la señorita Carmina tomaba rapé? Examinó el bote: tenía un polvo blanco en el interior. La etiqueta mutilada estaba escrita en una lengua desconocida. Humedeció su dedo y probó el polvo. El resultado fue tan desagradable que se vio obligada a usar su pañuelo. Puso el bote de vuelta en su sitio y cerró el armario.

—Sin duda es medicina —dijo la casera para sí misma—. ¿Por qué se apresuró a esconderla cuando he entrado?

## Capítulo LI

Ocho días después de su segunda entrevista con la señora Gallilee, el señor Le Frank tomó posesión de su nueva habitación.

Él se había preparado para informar de sus actos por escrito. Tal como estaba el estado de ánimo de Teresa, ésta sin duda desconfiaría de un compañero de alojamiento descubierto en comunicación personal con la señora Gallilee. El señor Le Frank empleó el primer día después de su llegada en recabar los materiales para un informe. Al anoecer, escribió a la señora Gallilee de forma encubierta, a través de un amigo, quien tenía instrucciones de remitir la carta:

«Privado y confidencial. Querida Señora: No he malgastado ni mi tiempo ni mis oportunidades, como puede observar en la presente.

Mi habitación está inmediatamente sobre la planta de la casa que está ocupada por la señorita Carmina y su niñera. Teniendo que arreglar algunos asuntos propios, llegué tarde a tomar posesión de mi habitación. Antes de que apagarán las luces de la escalera, me tomé la libertad de mirar hacia el rellano de abajo.

¿Recuerda cuando era usted una niña que aprendía a escribir, y que una de las líneas en su libro de copias era “La Virtud es su propia recompensa?”. Esta afirmación ridícula, de hecho, en mi caso se verificó. Antes de que llevara cinco minutos en mi puesto, vi a la niñera abrir su puerta. Miró hacia arriba de la escalera (sin descubrirme, ni hace falta decirlo) y hacia abajo... y, al no ver a nadie rondando, regresó a sus aposentos.

Esperando hasta que oí cerrar su puerta, bajé sigilosamente y escuché afuera.

Una de mis dos compañeras de alojamiento (usted sabe que no creo en la enfermedad de la señorita Carmina) estaba encendiendo un fuego... ¡era una noche de otoño tan calurosa, que habían dejado la ventana de la escalera abierta! Estoy absolutamente seguro de lo que digo: oí el crepitar de la madera quemándose y olí el humo del carbón.

El motivo de este acto secreto parece imposible de adivinar. Si fueran documentos de tipo peligroso o comprometedor, una vela habría servido a sus propósitos. Si quisieran agua caliente, ¿seguramente, una tetera y una lámpara de alcohol hubieran estado a mano en la habitación de un enfermo? Quizás, su agudeza superior pueda ser capaz de interpretar este enigma que desconcierta mi ingenuidad. Bastante para la primera noche.

Esta tarde, he estado conversando con la casera. Mi vocación profesional me ha

formado en el arte de hacerme agradable al sexo opuesto, así que puedo decir sin vanidad que produjo una impresión favorable. En otras palabras, logré que mi buena amiga hablara con libertad sobre la vieja niñera y la interesante enferma.

Entre todas las palabras con que me gratificó, un hecho de importancia muy grave salió a la superficie. Existe un bote sospechoso en posesión de la niñera. La casera llama al polvo que hay dentro medicina; yo digo que es veneno.

¿Me estoy precipitando al llegar a una conclusión tan imaginativa? Por favor, espere un poco.

Durante la semana de retraso que ha pasado, antes de que el anterior inquilino vaciara mi habitación, usted admitió muy amablemente mantener una entrevista conmigo. Yo me arriesgué a hacer algunas preguntas relacionadas con la vida de Teresa en Italia y con las personas con las cuales estaba relacionada. ¿Recuerda que me dijo, cuando le pregunté qué sabía de su marido, que era capataz en una fábrica de tintes de colores para artistas?, y ¿que usted obtuvo la información de la misma Carmina después de que ella le mostrara el telegrama anunciando la muerte de su marido?

A una dama, en posesión de su conocimiento científico, no hace falta que se le diga que se utilizan venenos en la confección de los tintes. Recuerde lo que dice la carta del sacerdote de los sentimientos de Teresa hacia usted, y después diga... ¿Es demasiado improbable que ella se haya traído consigo a Inglaterra uno de los venenos usados por su marido en su negocio?, y ¿es muy poco razonable suponer (cuando ella vio el bote) que pudiera estar pensando en usted?

Puedo estar en lo cierto o puedo estar equivocado. Gracias a la pésima condición en la que se encuentra la cerradura, podrá contestar a la pregunta a la primera oportunidad que se me presente, en ausencia de la niñera de la habitación.

Mi próximo informe deberá confirmarle que he logrado hacerme con una muestra del polvo... sin que se note nada en el bote. La muestra deberá ser comprobada por un químico, y si él se pronuncia diciendo que es un veneno, propongo que se tomen unas medidas audaces. Tan pronto como esté lo suficiente bien para ir a la casa, déjele a la niñera la oportunidad de envenenarla.

¡Querida señora, no se alarme! Yo la acompañaré, y responderé del resultado. Haremos nuestra visita a la hora del té. Permítale que le ofrezca una taza... y permítame (bajo el pretexto de sostenerla) tomar posesión de la bebida envenenada. Antes de que ella pueda gritar “¡Alto!”, estaré de camino hacia el químico.

La pena por tentativa de asesinato es la de trabajos forzados. Si todavía usted se opone a un escándalo público, tenemos el informe del químico junto con la propia prueba, lista para cuando vuelva su hijo. ¿Cómo se sentirá él respecto a su compromiso matrimonial, cuando se encuentre con que la queridísima amiga y compañera de la señorita Carmina ha intentado... quizás, con el conocimiento de su

joven dama... envenenar a su madre?

Antes de concluir, puedo mencionarle que me he escapado de milagro de ser visto por Teresa en las escaleras, hace tan sólo dos horas.

Desde luego, estaba preparado para esta clase de encuentro cuando alquilé mi habitación y, como consecuencia, no he sido lo suficiente loco como para entrar en la casa bajo un nombre falso. Al contrario, propongo (en interés suyo) establecer una relación vecinal; con tiempo suficiente como para ayudarme. Sin embargo, el asunto del veneno no admite retraso. Mi oportunidad de conseguirlo sin ser observado podría verse seriamente comprometida si la niñera recuerda la primera vez que me vio en su casa y, como consecuencia, desconfía de mí. Su devoto servidor, L.F.».

Al acabar la carta, llamó a la criada y se la dio para que la llevara al correo. Ésta, al bajar las escaleras, fue detenida en el siguiente rellano por el señor Null. Él también tenía una carta preparada dirigida al doctor Benjulia. La feroz y vieja niñera lo siguió afuera y le dijo: «¡Llévelo al correo al instante!». La atenta criada preguntó si la señorita Carmina estaba mejor. «¡Peor!»... fue todo lo que la grosera extranjera dijo, y miró al pobre señor Null, como si fuera culpa de él.

Retirado en su habitación, el señor Le Frank estaba sentado ante el escritorio, con el ceño fruncido y mordisqueándose las uñas. ¿Estaban estas pruebas, fruto de una mente perturbada, relacionadas con la propuesta infame que él había dirigido a la señora Gallilee? ¡Nada de eso! Al haber enviado la carta, ahora estaba libre para dejar que sus ansiedades personales lo absorbieran por completo. Estaba pensando en Carmina. Cuanto más decidido estaba a descubrir el secreto del comportamiento de Carmina hacia él, más frecuentemente sus esfuerzos se veían desbaratados. Por enésima vez se dijo a sí mismo: «Su malicia diabólica me insulta a la espalda pero me pide a la cara que nos estrechemos las manos y sigamos siendo amigos». Cuanto más terriblemente irrazonable se volvía su sospecha, bajo la exasperante influencia del suspense, su naturaleza vengativa se volvía más empecinada en su error. Después de su encuentro en el vestíbulo de Fairfield Gardens, él realmente creía que la enfermedad de Carmina había sido fingida como un medio de mantenerlo fuera de su camino. Si un amigo le hubiera dicho: ¿pero qué razón tienes para decir eso?... él habría sonreído con compasión y habría desahuciado a ese amigo como a un hombre superficial.

Él salió sigilosamente de nuevo, y escuchó, sin ser detectado, a la puerta de ellas. Carmina estaba hablando, pero las palabras eran inaudibles con esos tonos bajos. La voz más fuerte de Teresa llegaba fácilmente a sus oídos.

—Querida mía, hablar no es bueno para ti. Encenderé la lámpara de noche... intenta dormir.

Al oír esto, él regresó a su habitación para esperar un poco. La vigilancia de

Teresa podría relajarse si Carmina caía dormida, y quizás la mujer bajaría las escaleras a cotillear con la casera.

Después de fumar un cigarro, lo volvió a intentar. Ahora, las luces de la escalera estaban apagadas: eran las once de la noche.

La joven no estaba dormida: la niñera le estaba leyendo en algún libro devoto. Él lo dejó estar, por esa noche. Le dolía la cabeza, el fermento de sus propios pensamientos abominables le había hecho coger calentura. Un pavor cobarde al más mínimo signo de enfermedad era una de sus más características debilidades. La totalidad del día siguiente estaba por delante, se tomó su propio pulso y determinó, por su propio bien, irse a la cama.

Diez minutos más tarde, la casera, de camino a la cama, subió las escaleras. Ella también oyó la voz que todavía leía en voz alta... y llamó con suavidad a la puerta. Teresa la abrió.

—¿No duerme todavía la pobrecita?

—No.

—¿Algo la ha molestado?

—Alguien ha estado andando por ahí arriba —contestó Teresa.

—¡Ése es el nuevo inquilino! —exclamó la casera—. Hablaré con el señor Le Frank.

En el momento en que iba a cerrar la puerta y decir buenas noches, Teresa se detuvo y pensó durante un instante.

—¿Es él el nuevo inquilino? —preguntó ella.

—Sí. ¿Lo conoce?

—Lo vi la última vez que estuve en Inglaterra.

—¿Y bien?

—Nada más —contestó Teresa—. ¡Buenas noches!

## Capítulo LII

Mirando en plena noche al lado de la cabecera de Carmina, Teresa se encontró pensando en el señor Le Frank. Para pasar ese tiempo tan cansino se puso a adivinar el motivo que le habría llevado a convertirse en inquilino de la casa.

Según toda probabilidad el señor Le Frank pudiera tener razones que sólo le concernían a él para cambiar de residencia. Sin embargo, desde el punto de vista de Teresa tal probabilidad no se podía aplicar al señor Le Frank. Al encontrarse con él la última vez que visitó Londres, su apariencia le había producido una impresión tan desagradable, que incluso le había dicho a Carmina que «el profesor de música tiene el aspecto de un granuja». Así pues, con su anterior prejuicio en contra de él, que ahora volvía a renacer y con sus graves razones para desconfiar de la señora Gallilee, Teresa descartaba la idea de la presencia accidental del señor Le Frank bajo el techo de su casera. A su parecer, los asuntos del nuevo inquilino en la casa no podían ser más que los propios de un espía.

Mientras el señor Le Frank estaba trazando sus planes con cautela para el día siguiente, él mismo estaba siendo objeto de sospecha por parte de la misma mujer cuyos secretos él pretendía desvelar mediante una conspiración.

Esta fue la noche más larga y penosa que la leal y vieja niñera había pasado junto a la cabecera de Carmina.

Por primera vez, Carmina se mostraba inquieta y difícil de contentar: fue necesaria una persuasión paciente para hacer que se tomara su medicina. Incluso cuando estaba sedienta y se le ofrecía limonada, ella, irritada, no quería que se la molestara, cuando en otros tiempos era algo que saboreaba. Una o dos veces, cuando se movió soñolienta en su cama, mostró síntomas de delirio. La pobrecita suponía que era la víspera de su boda y preguntaba con ansiedad a Teresa qué había hecho ésta con su nuevo vestido. Un poco más tarde, cuando quizás había estado soñando, se imaginaba que su madre estaba aún viva y repetía la larga y olvidada conversación de su infancia. Cuando encontró a Teresa llorando le preguntó: «¿Qué he dicho para afligirte?».

Poco después del amanecer, llegó un largo intervalo de reposo.

Más tarde, cuando llegó Benjulia, ella estaba tranquila y no se quejaba. El cambio a peor que había inducido a Teresa a insistir en llamarlo brillaba perversamente por su ausencia. El señor Null esperaba que Benjulia lo reprendiera con brusquedad por haber molestado al gran hombre con una falsa alarma. Null intentó explicarse y Teresa intentó explicarse; sin embargo, Benjulia no prestó la más mínima atención a

ninguno de los dos. No se mostró enfadado ni hizo ningún comentario que lo hiciera suponer, y mostró, como nunca, según su impenetrable forma de ser, un interés muy gratificante en el caso.

—Suban la persiana —dijo—, le quiero echar una buena ojeada.

El señor Null esperó con respeto e impuso un estricto silencio a Teresa, mientras la investigación estaba en marcha. Duró tanto, que se arriesgó a decir:

—¿Ve alguna cosa en particular, señor?

Benjulia veía aclaradas sus dudas: el tiempo (tal como él había previsto) había traído consigo el desarrollo de la enfermedad y le había permitido llegar a una conclusión. La conmoción que había sacudido a Carmina había producido un trastorno histérico complicado, que ahora estaba comenzando a simular una parálisis. La profunda y experta observación de Benjulia detectó una insignificante diferencia en el tamaño de las pupilas de los ojos, y una ligera acción desigual en cada lado del rostro; ligeramente presente en los párpados, los orificios nasales y los labios. Esto no era una afección usual del cerebro, ¡hasta el señor Null podía entenderlo! ¡Aquí, al fin, estaba el premio de Benjulia por sacrificar las preciosas horas que podrían haber sido empleadas de otro modo en el laboratorio! Desde ese día, Carmina estaba destinada a obtener un desconocido honor: ella iba a ocupar su lugar, junto a los demás animales, en su cuaderno de experimentos.

Se giró con tranquilidad hacia el señor Null y acabó su consulta con dos palabras.

—¡Todo bien!

—¿No tiene nada que sugerir, señor? —preguntó el señor Null.

—Continúe con el tratamiento... y baje la persiana si ella se queja de la luz.  
¡Buenos días!

—¿Está usted seguro de que es un gran doctor? —dijo Teresa, cuando la puerta se hubo cerrado tras él.

—¡El más grande que tenemos! —exclamó el señor Null con entusiasmo.

—¿Es un hombre bueno?

—¿Por qué lo pregunta?

—¿Quiero saber si podemos confiar en él y decirle la verdad?

—¡Sin lugar a dudas! (¿De hecho, quién podría dudarlo después de que hubiera aprobado el tratamiento médico del señor Null?)

—Hay una cosa que ha olvidado —persistió Teresa—. No le ha preguntado cuándo se podrá mover a Carmina.

—Mi buena mujer, si le hubiera hecho una pregunta como ésa, ¡él me hubiera dado por loco! Nadie puede decir cuándo ella estará lo suficiente bien para poderla trasladar.

El cogió su sombrero, la niñera lo siguió afuera.

—¿Va a ver a la señora Gallilee, señor?



—Hoy no.

—¿Se encuentra mejor?

—Ya está casi bien de nuevo.

## Capítulo LIII

**A**l quedarse sola, Teresa entró en la salita: tenía miedo de mostrarse a sí misma en la cabecera de la cama.

El señor Null había destruido la única esperanza que la había mantenido hasta ahora: la esperanza de escapar de Inglaterra con Carmina antes de que la señora Gallilee pudiera intervenir. Sin perder de vista tal perspectiva estimulante, se había obligado a sí misma a firmar la sumisión y humilde disculpa que habían dictado los abogados. ¿Ahora cuál era la perspectiva? La despiadada mano de la calamidad había caído con dureza sobre esta vieja alma valiente... y, al final, ¡la había vencido! Mientras estaba de pie ante la ventana, mirando mecánicamente hacia fuera, la aburrida vista de la parte trasera de la calle tembló y desapareció. Teresa estaba llorando. Por fortuna para ella, era incapaz de controlar su propia debilidad, las lágrimas iluminaron su endurecido corazón. Esperó un poco, temiendo que sus ojos la delataran, antes de regresar con Carmina. En el intervalo, ella oyó el ruido de una puerta cerrándose, en el piso de arriba.

«¡El profesor de música!», se dijo a sí misma.

En un instante, ella estaba en la puerta de la salita mirando a través del ojo de la cerradura. Era el único modo seguro de observarlo; y eso era suficiente para Teresa.

Su figura apareció de repente ante su estrecho arco de vista, sobre el felpudo de la puerta. Si su desconfianza ante él era infundada, él seguiría escaleras abajo. ¡No! El se paró en la alfombrilla para escuchar, se detuvo, un momento más y su ojo estaría en el agujero de la cerradura.

Ella agarró una silla y la movió. El ruido lo alejó al instante y él continuó bajando las escaleras.

Teresa reflexionó sobre qué medio de protección más seguro (y, a ser posible, también de castigo) estaba a su alcance. ¿Cómo y dónde se podía preparar la trampa que lo pudiera atrapar?

Estaba aún dándole vueltas a esa pregunta, cuando apareció la casera, cortésmente ansiosa por saber qué pensaban los doctores de la paciente. Satisfecha hasta ahí, la fatigada mujer tuvo que ofrecer disculpas seguidamente por no haber advertido al señor Le Frank todavía.

—He estado dándole vueltas desde ayer por la noche —dijo confidencialmente—, no puedo imaginar cómo lo oyó usted caminando por arriba. Tiene una pisada tan suave que, sin duda, me coge por sorpresa cuando entra en mi habitación. Se ha marchado por una hora y le he hecho un pequeño favor que no suelo hacer con los

inquilinos corrientes: le he prestado mi paraguas, ya que amenaza lluvia. En su ausencia, le pediré a usted que escuche mientras yo camino por su habitación. Nada sobra cuando el descanso es de tanta importancia para la joven dama... y se me ha ocurrido la posibilidad de que el suelo de la habitación de arriba pueda estar mal. Querida, ¡los tablones pueden crujir! Soy una triste persona inquieta, lo sé, y sin embargo, si el carpintero lo arregla... ¡sin ningún ruido horrible de martilleo, desde luego!... cuanto más pronto se le llame, más aliviada me sentiré.

A través de esta arenga, la niñera había esperado (con más paciencia de la característica en ella) una oportunidad de decir una palabra oportuna. Mediante algún proceso mental tortuoso, que ella era completamente incapaz de reconstituir, la alusión de la casera al señor Le Frank había sugerido la misma idea que, en su tranquila soledad, ella había estado buscando en vano. Nunca antes, la dueña de la casa se le había aparecido a Teresa de un modo tan favorable.

—No debe preocuparse, señora —dijo Teresa, tan pronto como pudo hacerse oír—, era el crujido de los tablones lo que me indicó que alguien estaba moviéndose por arriba.

—Entonces, ¿después de todo, no soy una impulsiva? ¡Oh, cómo me ha tranquilizado! Sea lo que sea lo que los sirvientes tengan que hacer, uno de ellos acudirá al instante al carpintero. ¡Encantada de ser de alguna utilidad a esa dulce jovencita!

Teresa consultó su reloj antes de regresar a la habitación.

La mejora en Carmina seguía su curso: ya era capaz de tomar un poco del alimento ligero que le habían preparado. Tal como Benjulia había previsto, Carmina pidió que se bajara un poco la persiana. Teresa la bajó completamente: tenía sus propias razones para aconsejar a Carmina reposo. Media hora más tarde, la cansada chica estaba durmiendo, y la niñera estaba libre para preparar la trampa para el señor Le Frank.

Lo primero que hizo fue mojar la punta de una pluma de ganso en su botella de aceite para las ensaladas y lubricar la cerradura y la llave de la puerta que daba acceso a la habitación desde las escaleras. Sintiendo satisfecha de que la llave pudiese usarse ahora sin hacer el menor ruido, se volvió a continuación hacia la puerta que comunicaba con la salita.

La puerta estaba cubierta con un tapete verde, tenía tiradores pero no cerradura y giraba hacia adentro para permitir a la puerta del armario (situado en el ángulo de la pared de la salita) abrirse hacia la habitación con libertad. Teresa untó con aceite las bisagras y el cerrojo de latón y la grapa que protegía la puerta de paño por el lado de la habitación. Una vez hecho esto, miró de nuevo su reloj.

Se esperaba que el señor Le Frank estuviera ausente durante una hora. Cinco minutos más, y la hora habría pasado.

Tras echar el cerrojo en la puerta de comunicación, se detuvo en la habitación y envió un beso con la mano a Carmina, que todavía descansaba. Dejó la habitación por la puerta que se abría hacia las escaleras y la cerró, llevándose la llave.

Tras haber bajado el primer tramo de escaleras, se detuvo y regresó. La única puerta desprotegida era la que conducía a la salita desde la escalera. La abrió y la dejó entreabierta, invitando a entrar.

«Ahora —se dijo a sí misma—, ¡caerá en la trampa!».

El reloj del vestíbulo marcó la hora cuando entraba en la habitación de la casera.

La parlanchina mujer estaba a la vez encantada y contrariada. Encantada de oír que la querida enferma estaba descansando y de recibir una visita de la niñera; contrariada por la ausencia del carpintero, el cual estaba trabajando en algún otro lugar todo el día.

—Si mi querido marido viviera, no dependeríamos de carpinteros; podía dedicarse a cualquier cosa. Ahora, siéntese por favor... quiero que pruebe un poco el aguardiente de cerezas que yo misma preparo.

Mientras Teresa tomaba la silla, el señor Le Frank regresó. Los dos adversarios secretos se encontraron frente a frente.

—Seguro que recuerdo a esta dama... —dijo.

Teresa se encontró con él en su terreno. Ella realizó su mejor reverencia y le recordó en qué circunstancias se habían encontrado con anterioridad. La hospitalaria casera sacó el aguardiente de cerezas.

—Vamos a tener una charla muy agradable, siéntese por favor, señor, y únase a nosotras.

El señor Le Frank ofreció sus disculpas. El paraguas que le había prestado no había protegido sus zapatos, sus pies estaban mojados y era tan tristemente propenso a resfriarse que rogó le dieran permiso para ponerse su ropa seca de inmediato.

Tras retirarse, se detuvo en el pasillo y, de puntillas, echó una ojeada a través de una ventana en la pared cuyo cristal estaba dirigido hacia la pequeña habitación de la casera. Las dos mujeres estaban sentadas confortablemente juntas, con una mesa entre ellas en la que estaba el aguardiente de cerezas y un plato de galletas. «Estarán ahí dentro un buen rato parloteando —pensó el señor Le Frank—. ¡Ahora es el momento!».

No habían pasado ni cinco minutos cuando Teresa puso una excusa para subir corriendo arriba. Por si se despertaba Carmina, había olvidado dejar la cuerda de campana a su alcance. El excelente talante de la anfitriona fue comprensivo con la natural inquietud de Teresa.

—Hágalo, buena mujer —dijo—, ¡y vuelva sin demora!

La casera, una vez a solas, volvió a llenar su vaso y sonrió. La dulzura de corazón (alentada por el aguardiente de cerezas) es capaz de sonreír incluso ante un vaso...

siempre que no esté vacío.

Al acercarse a sus aposentos, Teresa esperó y escuchó, antes de mostrarse. No le llegaba ningún ruido procedente de la salita con la puerta entreabierta. Entró en el dormitorio sin hacer ruido y, después, volvió a cerrar la puerta. Una vez más, escuchó, y una vez más, no había nada que oír. ¿Acaso él la había visto en la escalera?

Mientras la duda cruzaba por su cabeza, oyó los tablones crujir en la planta superior. El señor Le Frank estaba en su habitación.

¿Significaba esto que su bien urdido plan había fallado? ¿O significaba que él realmente se estaba cambiando de zapatos y calcetines? La última deducción era la correcta.

Abajo no había dado una mera excusa. El indudable interés que tenía por lo que estaba en juego no era lo suficiente importante como para hacerle olvidar su propia y preciada salud. Su pecho estaba delicado, un resfriado podría afectarle los pulmones. La tentación, al encontrarse la puerta entreabierta, había hecho su efecto sobre este hombre prudente, y sin embargo, no consiguió hacerle olvidar que sus pies estaban mojados.

Los tablones crujieron de nuevo, la puerta de su habitación se cerró con suavidad... después sólo hubo silencio. Teresa sólo supo que había entrado en la salita cuando lo oyó tratando de abrir la puerta tapizada con el cerrojo echado. Después de eso, él debió de salir afuera otra vez; a continuación, trató de abrir la puerta del dormitorio desde las escaleras.

Hubo un intervalo de silencio una vez más. Teresa retiró el cerrojo sin hacer ruido y, abriendo la puerta tapizada sólo el ancho de un cabello, dejó entrar el sonido procedente de la salita. Ahora, lo escuchó girando la llave del chifonnier, el cual sólo contenía cartas de tenderos, facturas recibidas y algunos libros. ¡Incluso con el bote en el armario esperando ser abierto, su idea principal era descubrir el motivo de la venganza de Carmina en los papeles de ésta!

Los papeles del chifonnier lo decepcionaron... a juzgar por el tono en que murmuró. Teresa se sobresaltó por el ruido que oyó a continuación, fue un golpecito contra el dintel de la puerta al lado de la cual ella estaba. Él había abierto el armario. El chirrido de la tapa, mientras la sacaba, le hizo saber a Teresa que él estaba examinando el bote. Ella lo había vuelto a poner en el estante, ahora era inofensivo... el veneno y la etiqueta habían sido ambos destruidos por el fuego. No obstante, la elección del bote, entre docenas de otras cosas que había dispersas invitando a ser cogidas, inspiró en ella una sensación de sorpresa recelosa. Ella ya no se conformaba con averiguar qué estaría haciendo a través de sus oídos. Determinada a verlo y a cogerlo con las manos en la masa, empujó la puerta tapizada en el instante en que él debió de haber descubierto que el bote estaba vacío. Un ligero golpetazo indicó a

Teresa que lo había tirado al suelo.

La salita todavía se ocultaba a la vista, pues ella había olvidado la puerta del armario. Ahora que ésta se encontraba completamente abierta, cubría la entrada a la habitación y los ocultaba por completo al uno del otro. De momento, ella se sorprendió y dudó si mostrarse o no. La voz de Le Frank la detuvo.

—¿Hay otro bote? —se dijo a sí mismo—. La sucia y salvaje vieja debe haberlo escondido...

Teresa ya no quiso oír nada más. ¡«La sucia y salvaje vieja» era un insulto que no se podía soportar! Ella olvidó su intención de acercarse a él sin ser observada, se olvidó de su resolución de no hacer nada que pudiera despertar a Carmina. Su feroz temperamento la impulsaba a actuar con furia: con ambas manos extendidas se abalanzó sobre la puerta del armario y lo cerró hacia dentro de golpe.

Un grito agónico resonó por toda la casa. Al cerrar la puerta rápidamente, ésta pilló y aplastó los dedos de la mano derecha del señor Le Frank, justo en el momento en que estaba volviendo a dejar el bote en el armario.

Sin esperar a ayudarlo, sin ni siquiera mirarlo, ella corrió de regreso hacia Carmina.

La ondulante puerta tapizada se cayó y se cerró por sí misma. No se oyó un segundo grito. Nada ocurrió que desmintiera la desesperada afirmación de la anciana de que el grito era una ilusión de algún sueño vivido. Cogió a Carmina en brazos y le dio palmaditas y la acarició como si fuera una niña.

—Mira, cariño mío, estoy contigo como siempre y yo no he oído nada. ¡No!, ¡oh!, ¡no tiembles de esta manera! Así... te envolveré en mi chal y te leeré. ¡No!, vamos a hablar de Ovid.

Sus esfuerzos por serenar a Carmina fueron interrumpidos por un ruido apagado de pasos de hombres y voces de mujeres en la habitación de al lado.

Ella abrió la puerta deprisa y les rogó que hablaran bajito y estuvieran en silencio. Justo antes de que volviera a cerrar la puerta, ella vio y oyó: Le Frank estaba tendido desmayado en el suelo, la casera estaba arrodillada a su lado mirando su mano herida y los inquilinos decían: «Llévenlo al hospital».

## Capítulo LIV

El lunes por la mañana, la presión ejercida sobre la paciente resistencia de la señora Gallilee llegó a su fin. Con la ayuda del brazo del señor Null, fue capaz de bajar a la biblioteca. El martes, no hubo ninguna objeción a que saliera a dar un paseo en coche. El señor Null la dejó restablecida con un estado de ánimo estable. Le preguntó si deseaba que alguien la acompañara... y ella contestó enérgicamente:

—¡Por nada del mundo! Prefiero estar sola.

El sábado por la mañana, ella recibió la carta del señor Le Frank, y sin embargo, para entonces no se había recuperado lo suficiente como para ser capaz de leérsela de un tirón. Ahora podía continuar con ella de nuevo y llegar hasta el final.

Otras mujeres podrían haberse sentido alarmadas por la atroz crueldad que entrañaba la conspiración que había planeado el profesor de música. La señora Gallilee sólo se sentía ofendida por creerla capaz (en su posición social) de favorecer un plan como el que él había sugerido. Esto era un insulto que ella estaba resuelta a no perdonar ni a olvidar. Por fortuna, ella no se había comprometido por escrito, así que él no podría sacar ninguna prueba de las relaciones que habían existido entre ellos. Lo primero y mejor que haría, una vez recuperada, sería prescindir de sus servicios... después de pagar sus gastos en privado y prudentemente, en metálico en vez de con un talón.

Mientras tanto, la insolencia del hombre había dejado su repugnante rastro en su mente. El único modo de borrarlo consistía en dar con algún pensamiento agradable.

Mira en la mesa de tu biblioteca, erudita dama, y aprovecha el adecuado modo de aliviarte que ella te ofrece. Observa los vivaces parásitos modernos que infestan la ciencia, ansiosos por captar tu atención con sus pequeños y lentos pasos. Respaldan las investigaciones científicas, que se afanan en ir a la imprenta para así proclamar su propia importancia y declarar que cualquier ser humano que se atreva a dudar o a mostrar su desacuerdo es un fanático o un loco. Respeta a los líderes de la opinión pública que escriben reseñas sobre los profesores, quienes han hecho descubrimientos respecto de lo que el tiempo todavía no les ha podido dar la razón, que todavía no están aceptados universalmente ni siquiera por sus hermanos, en unos términos que resultarían exagerados si se aplicaran a Newton o a Bacon. Sométete a las docenas de conferencias y discursos, los cuales, si no prueban otra cosa, prueban que lo que era conocimiento científico hace unos años, ahora es ignorancia científica... y que lo que es conocimiento científico ahora puede ser ignorancia científica dentro de unos pocos años. Sumerge tu mente en controversias y discusiones en las cuales, tanto el señor

Siempre Acertado como el señor Nunca Equivocado exhiben la tendencia natural del hombre a creer en sí mismo, en la fase más reptante del desarrollo que el mundo haya conocido nunca. Y, cuando hayas hecho todo esto, no dudes en que has hecho un buen uso de tu tiempo. Has descubierto lo que la tranquila sabiduría de Faraday vio y lamentó cuando advirtió a la ciencia de su tiempo con unas palabras que deberían permanecer para siempre: «El primer y el último paso en la formación de un juicio es... la humildad». Tras ocupar su mente agradablemente con temas que merecían la pena, la señora Gallilee se levantó en busca de cierto alivio físico, caminando de un lado a otro de la habitación.

Pasando y repasando los estantes de la librería, se fijó en una esquina remota dedicada a temas varios. Un volumen encuadernado en un azul cielo descolorido había sido puesto del revés. Ella miró el libro antes de colocarlo en la posición correcta. El título era «Galería de la belleza británica». Entre las ilustraciones (olvidadas desde hacia tiempo) apareció su propio retrato cuando tenía la edad de Carmina.

Una leve y desdeñosa sonrisa salió de sus labios provocada por los recuerdos de su juventud.

¡Qué loca había sido en esa época temprana de su vida! En esa época, se había estremecido de placer al oír cantar a un famoso tenor italiano, se había dejado llevar por la cólera cuando un vestido nuevo no le venía bien la misma tarde que había baile, había dado limosna a los mendigos de la calle, se había enamorado de un joven pobre, y había horrorizado a su histérica y simplona madre, amenazándola con suicidarse cuando se le prohibió la entrada en casa a ese chico amado. Comparando la chica de diecisiete años con la mujer madura y culta de estos últimos años, ¡qué ejemplo incomparable representaba la señora Gallilee de la saludable influencia de la educación encaminada a fines científicos! «¡Ah! —pensó mientras devolvía el libro a su sitio—, mis hijas tendrán razones para estarme agradecidas cuando crezcan, han tenido una madre que ha cumplido con su deber».

Dio unos paseos más por la habitación. El cielo se despejó de nuevo, un rayo de sol dorado atrajo su atención hacia la ventana; al instante siguiente, incluso lamentaba dicha concesión a la debilidad humana. Una desagradable asociación se le presentó y detuvo el placentero flujo de sus pensamientos. El señor Gallilee apareció en el umbral de la puerta, a punto de salir de casa a pie y llevando un gran paquete con papel marrón bajo el brazo.

Habiendo sirvientes a su disposición, ¿por qué cargaba él mismo con el paquete? Había habido un tiempo en que la señora Gallilee habría golpeado en la ventana y habría insistido en que volviera y contestara la pregunta al instante. Sin embargo, la conducta del señor Gallilee, desde que se produjo la catástrofe en la habitación de Carmina, había producido un completo distanciamiento en el matrimonio. Todas las



preguntas que él había hecho sobre la salud de su mujer habían sido a través de un intermediario. Cuando no estaba con las niñas en la clase, estaba en su club. Hasta que no entrara en razón y se disculpara humildemente, ninguna consideración del mundo llevaría a la señora Gallilee a fijarse lo más mínimo en él.

Ella regresó a su lectura.

El lacayo entró con dos cartas: una que había llegado por correo, la otra había sido depositada dentro del buzón por un mensajero anónimo. Las comunicaciones de este último tipo procedían usualmente de acreedores. La señora Gallilee abrió primero la carta sellada.

No contenía más que unas pocas palabras de la institutriz que ella había contratado por días, hasta que se pudiera encontrar una sustitua a la señorita Minerva. Siguiendo las instrucciones de la señora Gallilee, la institutriz comenzaría su cometido a las diez de la mañana siguiente.

La segunda carta era de un cariz muy diferente. Contaba el desastre que le había acontecido al señor Le Frank.

El señor Null era el que escribía. Como médico de la señorita Carmina, era su deber informar a su tutora de que su salud se había visto afectada desfavorablemente por una alarma producida en la casa. Tras describir la naturaleza de la alarma, continuó con las siguientes palabras: «Usted habrá (me temo) perdido los servicios de su actual profesor de música. Las averiguaciones que he hecho esta mañana en el hospital, y que me han sido comunicadas, parecen sugerir resultados graves. El estado de salud del herido es poco saludable; los cirujanos no están seguros de poder salvar dos de los dedos. Mañana, me cumpliré venir a verla antes de que salga a dar su paseo en coche».

La impresión producida por estas noticias en la dama a quien iban dirigidas sólo puede ser expresada en sus propias palabras. Ella (quien conocía, por las mejores autoridades científicas, que el mundo se había creado a sí mismo) perdió por completo la cabeza y, de hecho, exclamó: «¡Gracias a Dios!».

La señora Gallilee se libraría del señor Le Frank durante semanas, quizás durante meses, si los presentimientos de los cirujanos se cumplían. En ese momento de alivio infinito, si se hubiera presentado su marido, incluso es posible que lo hubiera perdonado.

En la práctica, el señor Gallilee regresó al caer la tarde, entró en su propio dominio, la sala de fumar, y abandonó la casa de nuevo cinco minutos más tarde. Joseph abrió oficiosamente la puerta para él y Joseph se sorprendió, precisamente tal como lo había hecho su señora. El señor Gallilee llevaba un gran paquete marrón de papel bajo su brazo... ¡el segundo que había sacado de la casa con sus propias manos! Además, se mostró de lo más confundido cuando el lacayo lo descubrió. Esa noche, él volvió tarde del club. Joseph (que ahora estaba en guardia) observó que su

señor no se aguantaba muy bien sobre las piernas... y como consecuencia, sacó sus propias conclusiones.

A la mañana siguiente, llegó la nueva institutriz puntual a su hora. La señora Gallilee la recibió y la envió con las niñas. La criada que estaba a su cargo apareció sola. Ella tenía la certeza que las niñas regresarían enseguida. El señor se las había llevado a dar una pequeña vuelta antes de que empezaran las clases. Se le había dicho que la señorita a quien se había citado para que les diera clase vendría a las diez en punto. ¿Y qué había contestado él? Había dicho: «Muy bien».

Sonaron las diez y media, sonaron las once, y ni el padre ni las niñas regresaron. Diez minutos más tarde, alguien llamó a la puerta. La puerta se abrió como cabía esperar, pero nadie apareció en el umbral. Joseph miró dentro del buzón y encontró una nota dirigida a su señora con la caligrafía de su señor. Joseph la entregó de inmediato.

Hasta ahora, la señora Gallilee había estado sólo inquieta. Joseph, a la espera de acontecimientos al otro lado de la puerta, oyó que sonaba la campana de forma furiosa y se encontró con su señora (tal como lo describió él de forma contundente) «como una mujer fuera de sí», pero para hacerle justicia... no sin que faltaran razones para ello. El método que empleó el señor Gallilee para aliviar la inquietud de su mujer fue destacable por su brevedad. En una frase, le aseguraba que no había ninguna necesidad de sentirse alarmada. En otra, mencionaba que se había llevado a las niñas con él para que cambiaran de aires. Y, después, firmaba con sus iniciales: J.G.

Todos los sirvientes de la casa fueron convocados en la biblioteca, cuando la señora Gallilee consiguió en cierto modo recuperarse. Uno tras otro fueron preguntados de forma estricta, y uno tras otro no tuvieron ningún testimonio que dar, con excepción de la criada que había estado presente cuando el señor se llevó a las niñas. De lo poco que tenía que decir se deducía que él no se había confiado a las niñas antes de que ellas abandonaran la casa. Maria había claudicado, pero sin aparentar estar particularmente contenta ante la perspectiva de ir de paseo tan temprano. Zo (que nunca estaba dispuesta ni a ejercitar su inteligencia ni sus piernas) había declarado de forma abierta que ella preferiría quedarse en casa. Ante esto, el señor había contestado: «¡Coge tus cosas ahora mismo!»... y lo había dicho de una forma tan severa que la señorita Zoé lo miró fijamente con asombro. ¿Se habían llevado algo con ellos... por ejemplo, una bolsa de viaje? No se habían llevado nada, a excepción del paraguas del señor Gallilee. ¿Quién había visto por última vez al señor Gallilee, la noche anterior? Joseph era el último que lo había visto. En Inglaterra, las clases sociales bajas tienen un verdadero sentimiento de compasión, pero sólo uno, para con las clases altas. El hombre al que sirven apela a sus corazones, y merece su verdadera ayuda cuando se tambalea sobre sus piernas.

Joseph, con nobleza, se guardó sus pruebas y se remitió a lo que había observado algunas horas antes: mencionó el paquete. La aguda percepción de la señora Gallilee se avivó por la experiencia que había tenido ella misma en la ventana, y llegó a la verdad. Esos dos paquetes debían contener ropa, y habían sido entregados antes del viaje bajo el cuidado de un cómplice. Era imposible que el señor Gallilee pudiera haber cogido los vestidos y ropa blanca de las niñas, y haber hecho su necesaria selección sin la ayuda de una mujer. Las sirvientas fueron interrogadas de nuevo, todas ellas afirmaron con seguridad su propia inocencia. La señora Gallilee las amenazó con llamar a la policía. Las mujeres indignadas gritaron todas a coro: «¡Mire nuestros cajones!». La señora Gallilee adoptó una táctica más sutil; hizo llamar a los abogados que le habían sido recomendados por el señor Null. Acababa de ser enviado el mensajero cuando el mismo señor Null, haciendo gala de su cita del día anterior, acudió a la casa.

El también estaba agitado. Era imposible que pudiera haber oído lo que había pasado. ¿Acaso era él el portador de las malas noticias? La señora Gallilee pensó primero en Carmina y después en el señor Le Frank.

—¡Prepárese para una sorpresa —comenzó el señor Null—, una feliz sorpresa, señora Gallilee! He recibido un telegrama de su hijo.

Él se lo entregó mientras seguía hablando:

«6 de septiembre. He llegado al Quebec y he recibido información de la enfermedad de Carmina. Cogeré el vapor de Boston, y embarcaré mañana para Liverpool. Dadle la noticia con delicadeza a C. Por el amor de Dios, enviad telegrama para encontrarnos en Queenstown».

Era el 7 de septiembre. Si todo iba bien, Ovid podría estar en Londres en unos diez días.

## Capítulo LV

La señora Gallilee leyó el telegrama, hizo una pausa, y lo volvió a leer. Lo dejó caer en su regazo, y sin embargo sus ojos aún permanecían mirando mecánicamente el pedazo de papel. Cuando ella habló, su voz sobresaltó al señor Null. Por lo general hablaba alto y con dureza, en cambio ahora su tono era suave. Si él le hubiera dado la espalda, ella apenas habría sabido quién estaba hablándole.

—Debo pedirle que sea comprensivo conmigo —comenzó diciendo ella abruptamente—, casi no sé qué decir. Esta sorpresa me llega en un momento en que estoy mal preparada para recibirla. Me estoy poniendo mejor, y sin embargo, ya ve, no soy tan fuerte como lo era antes de que aquella mujer me atacara. Mi marido se ha ido... no sé dónde... y se ha llevado a mis hijas con él. Lea su nota, pero no diga nada. Debe permitirme que esté en silencio o no podré pensar.

Ella le entregó la carta al señor Null. El miró a la señora Gallilee, leyó las pocas palabras que le había entregado, y la volvió a mirar. Por una vez, le falló su surtido de frases convencionales. ¿Quién podría haber previsto una conducta como ésa por parte de su marido? ¿Quién podría haber supuesto que ella se vería afectada de esa manera por el regreso de su hijo?

La señora Gallilee realizó un largo y profundo suspiro.

—Ya lo tengo —dijo ella—. Mi hijo regresa a casa corriendo debido a la enfermedad de Carmina. ¿Es que Carmina le ha escrito?

El señor Null estaba otra vez en su elemento: esa pregunta apelaba a sus conocimientos sobre su paciente.

—Imposible, señora Gallilee, en su estado de salud presente.

—¿En su estado de salud presente? Lo había olvidado. Había algo más. ¡Ah, sí! ¿Ha visto Carmina el telegrama?

El señor Null se explicó. Acababa de ver a Carmina. Según su ciencia médica, había creído juicioso probar los efectos morales haciendo una primera alusión a las buenas noticias en su paciente. Sólo se había atrevido a decir que los agentes del señor Ovid en el Canadá habían sabido de él en sus viajes y tenían razones para creer que podría regresar en breve al Quebec. Sobre todo, la impresión producida en la joven...

Era inútil continuar; la señora Gallilee estaba siguiendo sus propios pensamientos, sin tan sólo pretender escucharlo.

—Quiero saber quién escribió a mi hijo —ella persistió—. ¿Fue la niñera?

El señor Null consideró que esto era altamente improbable. El modo de hablar de

la niñera mostraba un sentimiento hostil hacia el señor Ovid como consecuencia de su ausencia.

La señora Gallilee miró una vez más al telegrama.

—¿Por qué —preguntó— Ovid le telegrafió a usted?

El señor Null contestó con su acostumbrado sentido del deber.

—Como médico de la familia, su hijo supuso naturalmente, señora, que la señorita Carmina estaba bajo mi cuidado.

La reprobación que había implícita en ello no produjo ningún efecto.

—Me pregunto si mi hijo temía confiar en nosotros... —fue todo lo que dijo la señora Gallilee.

Era la posible conjetura de una mente perpleja; sin embargo, había llegado a la verdad. Los miembros adultos de la familia le habían escondido la enfermedad de Carmina, ¿a qué otra conclusión podía llegar Ovid con la carta de Zo delante? Después de una pausa momentánea, la señora Gallilee continuó:

—¿Supongo que puedo quedarme el telegrama? —dijo.

El señor Null, con prudencia, le ofreció una copia y realizó la copia, allí y en ese momento. El original (explicó él) representaba su autoridad para actuar en nombre del señor Ovid, y, por tanto, le rogaba que se lo dejara. La señora Gallilee le permitió intercambiar los dos papeles.

—¿Hay algo más? —preguntó ella—. Su tiempo es valioso, desde luego. No permita que le retenga.

—¿Puedo tomar su pulso antes de marcharme?

Ella le tendió el brazo en silencio.

El carruaje llegó a la puerta mientras él estaba contando los latidos de su pulso. Ella echó un vistazo a la ventana y dijo:

—Dígale que se marche.

—Mi querida señora, tomar el aire le hará bien —protestó el señor Null.

—No —contestó ella tranquilamente y con obstinación, y una vez más se quedó absorta en sus pensamientos.

Había sido su intención combinar su primer día de ejercicio en el carruaje con una visita a los aposentos de Teresa y una demostración personal de su autoridad. Las noticias del inminente regreso de Ovid hacían que fuera de seria importancia considerar esta resolución bajo una nueva luz. Ahora, ella debía tener en cuenta no sólo a Teresa, sino a su hijo. Con este peso sobre su debilitada mente, muy cargada por el sentimiento de injuria que había despertado la fuga de su marido, a ella ya no le quedaban suficientes reservas de energía para gastar ni siquiera en el insignificante esfuerzo de vestirse para salir. Por primera vez, comenzó a irritarse:

—Estoy tratando de averiguar quién ha escrito a mi hijo. ¿Cómo puedo hacerlo cuando me está preocupando con el carruaje? ¿Alguna vez ha sostenido un vaso lleno

en su mano, y ha temido dejar que se desborde? Esto es lo que temo... en mi cabeza... no quiero decir que mi cabeza sea un vaso... quiero decir... —su frente se enrojeció—. ¿Me dejará de una vez? —gritó.

El señor Null la dejó al instante. El cambio en su forma de actuar, la dificultad que ella tenía de expresar sus pensamientos habían sorprendido, incluso, al estúpido señor Null. Ella misma había aludido a los resultados del ataque criminal perpetrado por Teresa, los cuales, quizás, no lo habían impresionado suficientemente hasta ahora. En la conmoción infligida en la persona de la paciente, ¿se habría visto involucrada alguna influencia que, actuando sutilmente, había afectado el equilibrio de la mente de ella? Meditando sobre esa cuestión con inquietud, él habló con Joseph en el vestíbulo.

—¿Usted sabía lo que había pasado con el señor y las niñas? —le preguntó.

—Sí, señor.

—Desearía que me lo hubiera contado, al dejarme entrar.

—¿He hecho algún daño, señor?

—Todavía no lo sé. Si me necesita, estaré en casa para cenar a las siete.

La siguiente visita era uno de los socios del bufete de abogados al que la señora Gallilee se había dirigido para que la aconsejaran. Después de lo que le había dicho el señor Null, Joseph dudó si conducir a ese caballero en presencia de su señora. Dejó al abogado en la sala de espera y cogió su tarjeta de visita.

La actitud de la señora Gallilee no había cambiado. Estaba sentada mirando la copia del telegrama y la carta de su marido que reposaban juntas en su regazo. Joseph se vio obligado a repetir lo que decía dos veces, antes de que pudiera hacerla reaccionar.

—Mañana —fue todo lo que ella dijo.

—¿Qué hora debo decir, señora?

Ella se puso la mano en su frente... y entró en cólera contra Joseph.

—¡Encárguese usted mismo, desgraciado!

Ella volvió a bajar su rostro y miró los papeles. Joseph regresó hacia el abogado:

—Mi señora no se encuentra muy bien, señor. Ella se sentirá muy agradecida si viene mañana, a la hora que le vaya mejor.

Aproximadamente una hora más tarde, ella llamó con la campana: la hizo sonar sin parar, hasta que apareció Joseph.

—Estoy hambrienta —dijo—. ¡Quiero algo para comer! Jamás he tenido tanta hambre en mi vida. Lo quiero de inmediato... no puedo esperar.

La cocinera hizo subir carne de ave fría y jamón. Los ojos de la señora Gallilee devoraban la comida, mientras el lacayo se la estaba cortando. Su mal humor parecía haber desaparecido por completo. Dijo:

—¡Qué cena tan deliciosa! Justo lo que más me gusta.

Levantó el primer bocado hacia su boca, y dejó el tenedor de nuevo con un suspiro de cansancio.

—No, no puedo comer, ¿qué me ha pasado?

Con esas palabras, apartó la silla de la mesa y miró despacio a su alrededor.

—Quiero el telegrama y la carta —Joseph los encontró—. ¿Puede ayudarme? —dijo—. Estoy tratando de averiguar quién escribió a mi hijo. Diga sí o no pero ya, odio esperar.

Joseph la dejó con la misma postura en que la había encontrado, con su rostro mirando hacia abajo y los papeles en el regazo.

La aparición de la cena sin comer en la cocina produjo una discusión, seguida de una pelea.

Joseph era de la opinión de que la cabeza de su señora había recibido más de lo que podía soportar. Era inútil mandar llamar al señor Null, él ya había mencionado que no estaría en casa hasta las siete. No había ninguna persona con superioridad de decisión en la casa a quien consultar, y no era asunto de los sirvientes tomar decisiones y responsabilidades por sí mismos.

—Ir a buscar al doctor más cercano, y dejar que sea él el responsable, si ocurre algo grave.

Tal fue el consejo de Joseph. Las mujeres (que recordaban enfadadas que la señora Gallilee había hablado de mandar a buscar a la policía) ridiculizaron la prudente propuesta del lacayo; con una excepción. Cuando las demás le preguntaron irónicamente a Joseph si todavía no estaba acostumbrado al genio de la señora, la criada particular de la señora Gallilee (Marceline) dijo: «¿Qué sabemos nosotras? Joseph es el único de nosotros que la ha visto desde esta mañana».

Esta puntualización perfectamente sensata tuvo el efecto de un golpe de viento en un fuego latente. Las sirvientas, sospechosas por igual de haber ayudado al señor Gallilee a hacer sus paquetes, estuvieron seguras por igual de que había una traidora entre ellas... y que Marceline era esa mujer. Este sentimiento, que hasta ahora se había reprimido, encontró en este momento el modo de expresarse abiertamente. Marceline perdió los estribos y se traicionó a sí misma reconociendo que era culpable de ser la cómplice de su señor.

—¿Soy una mala mestiza, no? —gritó la criada enfadada, repitiendo la alusión que había hecho la cocinera a su lugar de nacimiento en las Channel Islands de Normandía—. ¡La señora sabrá, ahora mismo, que yo soy la mujer que lo hizo!

—¿Por qué no lo dijiste antes? —replicó la cocinera.

—Porque le prometí a mi señor no comprometerlo hasta que hubiera llegado a su destino.

—¿Quién se apuesta algo? —preguntó la cocinera—. Me apuesto media corona a que cambia de idea antes de llegar arriba de la escalera.

—Quizás piensa que la señora la perdonará —sugirió irónicamente la camarera.

—O quizás —añadió la criada— pretende notificar a la señora que se quiere ir.

—¡Eso es exactamente lo que voy a hacer! —dijo Marceline.

Todas las mujeres declinaron creerla, y ella apeló a Joseph:

—¿Qué te dije la primera vez que la señora me mandó salir en el carruaje con la pobre señorita Carmina? ¿No te dije que yo no era una espía, y que no aceptaría que hicieran una de mí? Habría dejado la casa... ¡lo habría hecho!... si no hubiera sido por la amabilidad de la señorita Carmina. Cualquier otra joven me hubiera hecho sentir mi desagradable posición. Ella me trató como a una amiga... y no lo olvido. ¡Me iré de este sitio inmediatamente, y ayudaré a cuidarla!

Marceline abandonó la cocina haciendo esta declaración.

Al llegar a la puerta de la biblioteca, se detuvo. No debido a la razón que había sugerido la cocinera, «porque había cambiado de idea», sino para sopesar de antemano cuánta información debía confesar a su señora, y cuánta debía reservarse.

La narración de Zo sobre lo que había pasado la tarde en que llegó Teresa había producido su efecto inevitable en la mente de la criada. Efecto que se vio fortalecido por el agradecido cariño que ésta sentía por Carmina, debido a la simpatía que le despertaba, lo cual había intensificado necesariamente su aversión hacia la señora Gallilee... ¡y su inocente marido se había aprovechado de esa circunstancia!

Presionado inesperadamente por la escasez de tiempo, el señor Gallilee no consiguió mostrarse resuelto afirmando su autoridad paternal, a pesar de su mujer. La misma timidez que puede inventar una mentira deprisa y corriendo puede construir una estratagema en los ratos perdidos. Marceline había descubierto a su señor ejecutando un plan de huida (concebido por él mismo) en su primer intento de ponerlo en práctica, ante el armario abierto de sus hijas... y ella había preguntado astutamente si podía ser de alguna ayuda. El señor Gallilee no se había distinguido nunca por tener la suficiente presencia de ánimo en las emergencias, y, sin poder contenerse, se confió a la última persona en la casa a quien nadie (en su posición) se hubiera confiado.

—Buena mujer, quiero llevarme discretamente a las chicas para que cambien de aires... Usted sabe algunos pequeños secretos, igual que yo, ¿no es así?... y el hecho es que no tengo demasiada idea de cuántas enaguas...

En ese momento, él tomó conciencia, cuando ya era demasiado tarde, de que le estaba pidiendo a la criada de su mujer que lo ayudara a engañarla. La dispuesta Marceline lo ayudó a superar la dificultad.

—Ya entiendo, señor. Ahora la cabeza de mi señora está muy ocupada... y usted no quiere preocuparla Con su pequeño viaje.

El señor Gallilee, sin saber qué otra cosa contestar, sacó su monedero. Marceline se echó para atrás modestamente cuando lo vio.



—Mi señora me paga, señor. Yo a usted le... sirvo... a cambio de nada.

Esas palabras habrían informado a cualquier otro hombre del concepto que tenía de su señora. Su señor la consideró simplemente la mujer más desinteresada que jamás había visto. Si perdía su puesto en la casa por haberlo ayudado, él se comprometía a pagar su sueldo hasta que encontrara otro lugar. La criada lo tranquilizó en ese asunto.

—Una mujer que entienda de peluquería como yo, señor, puede dirigirse a otras damas aparte de la señora Gallilee, y puede encontrar un puesto donde quiera.

Tras decidir qué confesaría y qué ocultaría, Marceline llamó a la puerta de la biblioteca. Al no recibir ninguna respuesta, entró.

La señora Gallilee estaba recostada en su silla: sus manos colgaban a ambos lados de ella, sus ojos miraban al techo adormilados. La criada, preparada como estaba para encontrarse con una persona con la mente sobrecargada (sin ninguna compasión hacia ella que avivara sus percepciones), no vio nada más que una persona a punto de hacer una siesta.

—¿Puedo comentarle una cosa, señora?

Los ojos de la señora Gallilee permanecían fijos mirando al techo.

—¿Es ésa mi criada? —preguntó ella.

A Marceline, tratada con acentuado desprecio (según indicaban todas las apariencias), ya no le importó seguir las normas del respeto ni en el lenguaje ni en las formas.

—Deseo notificarle que me voy —dijo de repente—, creo que no puedo llevarme bien con mis compañeros del servicio.

La señora Gallilee levantó su cabeza lentamente, miró a su criada... y no dijo nada.

—Y mientras eso ocurre —prosiguió la mujer enfadada—, también podría reconocer la verdad. Usted sospechaba que una de nosotras había ayudado a mi señor a llevarse las cosas de las niñas... yo decidí algunas de esas cosas. ¡Bien! No necesita culpar a gente inocente, yo soy la persona que lo hizo.

La señora Gallilee volvió a dejar caer su cabeza sobre la silla... y estalló en carcajadas. Durante un instante, Marceline miró a su señora con total sorpresa. Después, la terrible verdad apareció ante ella. Corrió hacia el vestíbulo y llamó a Joseph.

El subió las escaleras corriendo. En el mismo instante en que él hacía acto de presencia ante la puerta abierta de la biblioteca, la señora Gallilee se levantó.

—Mi médico —dijo ella, con un aire de dignidad—, debo darle mis explicaciones.

Ella levantó una mano y, extendida, contó sus dedos con la otra.

—Primero mi marido, luego mi hijo, ahora mi criada. Uno, dos, tres. ¿Señor Null,

conoce el proverbio? Es la última gota de agua la que hace desbordar el vaso —de repente, cayó de rodillas—. ¿Rezaré alguien por mí? —gritó lastimeramente—. Yo no sé cómo hacerlo. ¿Dónde está Dios?

Joseph, tal como iba vestido, salió corriendo sin siquiera ponerse el sombrero. El doctor más cercano vivía al otro lado de la plaza y resultó que estaba en su domicilio. Cuando llegó a la casa, las sirvientas estaban aguantando a su señora, que se había desplomado.

## Capítulo LVI

Al día siguiente, el señor Mool (que volvía de una consulta legal e iba a encontrarse con una cita que tenía en la oficina) encontró a un caballero al que conocía de vista andando arriba y abajo delante de su puerta, aparentemente dispuesto a interceptarlo.

—¿El señor Null, supongo? —dijo, con su acostumbrada educación.

El señor Null respondió a su nombre y pidió al señor Mool que le concediera un momento de su tiempo. El señor Mool parecía preocupado y dijo que ya llegaba tarde a una cita. El señor Null admitió que los empleados de su oficina se lo habían dicho, y al final dijo lo que debería haber dicho al principio:

—Soy el médico de la señora Gallilee... existe una necesidad grave de comunicar con su marido.

Al instante, el señor Mool se puso en camino hacia la oficina. El primer pasante se acercó a su jefe con cierto aire severo:

—Señor, las partes han estado esperando durante más de un cuarto de hora.

La atención del señor Mool estaba distraída, estaba pensando en la señora Gallilee.

—¿Se está muriendo? —preguntó él.

—Ha perdido el juicio —contestó el señor Null.

Esas palabras petrificaron al abogado: miró con impotencia al empleado, quien, por su parte, miró con indignación hacia el reloj de la oficina. El señor Mool se recompuso.

—Diga que una circunstancia muy angustiosa me retiene; convocaré más tarde a las partes, a la hora que les vaya mejor.

Tras dar esas instrucciones al pasante, acució al señor Null a que subiera las escaleras para ir a una habitación privada.

—Hábleme de ello, se lo ruego, hábleme de ello. ¡Alto! Quizás, no hay tiempo suficiente. ¿Qué puedo hacer?

El señor Null hizo la pregunta que debería haber hecho cuando se encontraron en la puerta de la oficina:

—¿Me podría dar la dirección del señor Gallilee?

—¡Desde luego! Care of the Earl, en Northlake.

—¿Me haría el favor de escribirlo en mi cuaderno? Estoy tan alterado por ese horroroso asunto, que no puedo fiarme de mi memoria.

Una confesión de impotencia como ésta fue todo lo que hizo falta para que el señor Mool se decidiera a actuar. Apartó el cuaderno y escribió la dirección en un

telegrama.

«Regrese de inmediato: su mujer está gravemente enferma».

Cinco minutos más tarde, el mensaje iba camino de Escocia y el señor Null ya podía hablar libremente de su melancólica historia... si es que podía.

Con la ayuda del señor Mool lo consiguió.

—Esta mañana —empezó— he contado con las dos opiniones más cualificadas de Londres. Suponiendo que no haya ninguna mácula hereditaria, los doctores piensan que las oportunidades de recuperarse de la señora Gallilee son favorables.

—¿Es una demencia violenta? —preguntó el señor Mool.

El señor Null admitió que hicieron falta dos enfermeras.

—Los doctores no ven su violencia como un síntoma descorazonador —dijo—. Se inclinan a atribuirlo a la fortaleza de su constitución. Creí mi deber ocultarles mi conocimiento del caso, y no mencioné las penosas circunstancias familiares.

—Da la casualidad de que conozco las circunstancias —terció el señor Mool—. ¿Están conectadas de algún modo con esta espantosa situación?

El hizo esta pregunta con ansiedad, como si tuviera algún importante interés personal en conocer la respuesta. El señor Null continuó torpemente pero sin parar con su historia.

—Creí correcto (con todas las debidas reservas) mencionar que la señora Gallilee había sido víctima... no quiero molestarlo con lenguaje médico... de una conmoción, en la que había habido un trastorno mental así como daños físicos, antes de que perdiera la razón.

—¿Y ellos consideraron que ésa había sido la causa?

—Los doctores estuvieron de acuerdo conmigo en que eso había sacudido su fuerza de autocontrol —dijo el señor Null, reafirmando su dignidad.

—¡Me ha quitado un peso de encima, señor Null... me ha tranquilizado infinitamente! Si nuestro modo de trasladar a las niñas hubiera causado el daño, nunca me lo habría perdonado.

El señor Null se sonrojó y no dijo nada más. ¿Se habría fijado el señor Null en su lapsus, traicionado por su agitación? Ciertamente, el señor Null parecía que estaba a punto de preguntar algo; desesperadamente, el abogado se le adelantó.

—¿Podría preguntarle cómo se le ocurrió solicitarme la dirección del señor Gallilee? ¿Lo pensó usted solo?

El señor Null jamás había tenido una idea por sí mismo, desde el día en que nació.

—Un hombre muy inteligente —contestó— me recordó que usted era un viejo amigo del señor Gallilee. Concretamente, fue Joseph... el lacayo de Fairfield

Gardens.

La buena opinión de Joseph no tenía la menor importancia para los intereses profesionales del señor Mool. Él podía satisfacer la curiosidad del señor Null sin temor a rebajarse a sí mismo ante un cliente.

—Quizás sería mejor explicarles esa suerte que tuve a las propias niñas —comenzó—. Mi buen amigo, el señor Gallilee, tenía sus propias razones para sacar a sus hijas de casa durante una temporada... razones con las cuales, añado sin dudarlo, estoy de acuerdo. Las niñas debían ser puestas bajo el cuidado de su tía, Lady Northlake. Desafortunadamente, no encontramos su yate, ella estaba haciendo un crucero con su marido y no pudieron recibir a Maria y Zoé de inmediato. Durante ese intervalo —disculpe que entre en intimidades—, nuestro excelente amigo tenía sus propias razones particulares para preparar la... la especie de partida clandestina que, en realidad, tuvo lugar. A lo mejor no fue muy prudente por mi parte consentirlo... En definitiva, permití que algo de la ropa necesaria fuera depositada aquí discretamente, y se recogiera de camino a la estación. Muy poco profesional, me doy cuenta. Lo hice para bien, y permití que mi sentimiento de amistad me engañara. ¿Puedo ser de alguna utilidad? ¿Cómo está la pobre señorita Carmina? ¿No está mejor? ¡Oh, Señor! ¡Señor! El señor Ovid tendrá noticias terribles cuando vuelva a casa. ¿Podemos prepararlo para ello de alguna manera...?

El señor Null anunció que Ovid se encontraría con un telegrama al llegar a Queenstown; lo hizo con el aire de un hombre que ya había descartado todos los obstáculos que se le pudieran sugerir. El bondadoso abogado meneó la cabeza.

—¿No hay ningún amigo que pueda encontrarse con él allí? —sugirió el señor Mool—. Tengo clientes que dependen de mí... casos en los que está implicada la propiedad, y la reputación está en juego... Si no, yo mismo iría encantado. Usted, con sus pacientes, está tan atado como yo. ¿Puede pensar en algún otro amigo?

El señor Null no conseguía dar con nadie, y no tenía nada que proponer. De los tres débiles hombres que ahora estaban inmersos en la calamidad familiar, él era el más débil, más allá de cualquier duda. El señor Mool tenía conocimientos de leyes y podía, en ocasiones, sentirse inclinado a actuar. El señor Gallilee atesoraba tiernos afectos que, si eran estimulados, al final podían reafirmarse. El señor Null, profesional y personalmente, era incapaz de dar un paso más allá de sus estrechos límites, fuera cual fuera el estímulo. Él se sometía a la fuerza de los acontecimientos igual que las hojas de un repollo se sometían a los dientes de un conejo.

Tras abandonar el bufete, el médico de Carmina tenía que ver a su paciente. Desde que se había producido la infortunada alarma en la casa, había comenzado de nuevo a sentirse angustiado y lleno de dudas en relación con ella.

Encontró a Teresa y a la casera conversando. La niñera, a su abrupta manera, le trasladó la naturaleza de lo que se estaba hablando.

—Hay dos cosas que nos preocupan —dijo ella—, y el profesor de música es la peor de las dos. En el hospital (sin duda avalado por él mismo) creen que aplasté sus dedos a propósito. ¡Eso es mentira! ¿Cómo podía yo verlo, o él verme a mí, con la puerta del armario abierta? Cuando empujé la puerta, yo no sabía dónde estaba su mano más que pueda saberlo usted. Si tenía alguna intención, era la de abofetear su rostro por estar fisgoneando en mi habitación. Entre las dos hemos redactado un escrito para mostrárselo a los doctores. Usted tendrá una copia por si acaso es preguntado al respecto. Ahora, vamos al otro asunto. Usted insiste en decirme que caeré enferma si no cojo a alguien que me ayude con Carmina. Esté tranquilo: esa persona ha llegado.

—¿Quién es?

Teresa señaló hacia el dormitorio.

—¿Recomendada por mí? —preguntó el señor Null.

—Recomendada por sí misma, y a nosotras no nos gusta. Ésa es la otra preocupación.

La dignidad del señor Null declinó dar ninguna importancia a la «otra preocupación».

—¡Ninguna enfermera tiene nada que hacer aquí sin mi autorización! Ahora mismo la echo...

Abrió la puerta tapizada de un empujón. Una señorita estaba sentada junto a la cabecera de Carmina. No había ningún error, ni siquiera con la tenue luz. El rostro, él señor Null lo reconoció: era el de la señorita Minerva.

Ella se levantó y se inclinó, saludándolo. Él devolvió el saludo fríamente. La protección de la naturaleza ante los locos les proporciona un instinto que les hace recelar de sus artes. Al señor Null nunca le gustó la señorita Minerva, pero, a la vez, se sentía algo atemorizado por ella. Esta no era la clase de enfermera a la que se le podía ordenar que se fuera así como así.

—He estado esperando con ansiedad a que llegara —dijo ella, y se dirigió hacia el extremo opuesto del dormitorio—. Carmina me tiene asustada —añadió susurrando—. He estado aquí durante una hora. Cuando he entrado en la habitación, su rostro, pobrecita, parecía revivir de nuevo; ha podido expresar su alegría al verme. Incluso su vieja niñera celosa ha podido ver el cambio a mejor. ¿Por qué no ha durado el cambio? ¡Mírela!... ¡oh!, ¡mírela!

La melancólica recaída que había seguido al corto intervalo de excitación ahora era visible a ojos de todo el mundo.

Había una «parálisis simulada» mostrándose claramente en cada parte de su rostro. Todavía yacía como si estuviera muerta, mirando con gesto ausente hacia los pies de la cama. El señor Null se sintió inclinado a molestarse por la intromisión de una mujer en el ejercicio de lo que era su deber. Tomó el pulso de Carmina en

silencio y malhumorado. Los ojos de Carmina no se movieron, su mano no mostraba ninguna conciencia de que era tocada. Teresa abrió la puerta y miró dentro, ansiosa e impaciente por ver cómo se echaba a la enfermera intrusa. La señorita Minerva la invitó a regresar a su puesto en la cabecera de la cama.

—Sólo le pido que se ponga ahí —dijo con consideración— cuando usted quiera descansar.

Teresa tenía preparada una respuesta descortés, pero no tuvo la oportunidad de plasmarla en palabras. La señorita Minerva regresó rápidamente junto al señor Null.

—Debo pedirle que me deje decir una palabras más —continuó ella—, le esperaré en la habitación de al lado.

Sus resueltos ojos se posaron en él con una mirada que decía claramente: «Quiero ser escuchada». Él la siguió a la salita y esperó a oír lo que ella le tenía que decir con huraña resignación.

—No lo molestaré entrando en mis propios asuntos —comenzó ella—. Sólo diré que he conseguido un contrato más pronto de lo que yo había supuesto, y que la conveniencia de mis patrones hace necesario que me encuentre con ellos en París. Yo le debía una carta a Carmina, pero tenía razones para no escribirle hasta que supiera si abandonaba Londres o no. Esta mañana he ido a la casa de su tía con ese objetivo. Ahora, usted me ve aquí... después de lo que me han dicho los sirvientes. No he hecho ningún comentario, ni he pedido explicaciones. Tan sólo debo saber una cosa. Teresa me ha remitido a usted. ¿Carmina está siendo atendida por algún otro médico?

—Estoy consultando al doctor Benjulia y estoy esperando a que venga hoy —contestó el señor Null con frialdad.

La respuesta sobresaltó a la señorita Minerva.

—¿El doctor Benjulia? —repitió ella.

—¡El más grande médico que tenemos! —afirmó el señor Null del modo más favorable.

Ella decidió en silencio que esperaría hasta que llegara el doctor Benjulia.

—¿Cuáles son las últimas noticias del señor Ovid? —le preguntó a él, después de un intervalo de reflexión.

Él le contó las noticias de la forma más escueta. Incluso observó que ello parecía ponerla nerviosa.

—¡Oh, señor Null! ¿Quién lo va a preparar para lo que verá en la habitación? ¿Quién le contará lo que debe oír sobre su madre?

Había cierta familiaridad en la forma de expresar este llamamiento y el señor Null creyó necesario desalentarla.

—La cosa está en mis manos —notificó—. Telegrafiaré a Queenstown y cuando llegue a casa, encontrará mis recetas sobre la mesa. Siendo como es médico igual que yo, mi tratamiento le informará de todo al señor Ovid Vere.

La obstinada insensibilidad del tono empleado frenó a la mujer cuando estaba a punto de decir lo que ya había dicho el señor Mool. También ella lo sentía por Ovid, cuando pensaba en la brevedad cruel de un telegrama.

—¿Cuándo llega el buque a Queenstown? —preguntó ella.

—Para estar seguro —dijo el señor Null—, enviaré el telegrama dentro de una semana.

Ella no lo molestó con más preguntas. Él había permanecido de pie a propósito, esperando que ella captase la indirecta y se marchara; y ahora, él caminó hacia la ventana y miró al exterior. Ella permaneció en su silla, pensando. Tras unos minutos, hubo unas pisadas que sonaron con fuerza en las escaleras. Benjulia había llegado.

Él miró con dureza a la señorita Minerva, y no disimuló su sorpresa al encontrarla en la casa. Ella se levantó, e hizo un esfuerzo por aproximarse a él y estrecharle la mano.

—Estoy muy ansiosa por saber su opinión —dijo ella con amabilidad.

—Sus manos me lo dicen —contestó él—. Es una mano fría en un día caluroso. Usted es una mujer temperamental.

Miró al señor Null y encabezó la marcha hacia el dormitorio.

Al dejarla a solas, la señorita Minerva descubrió objetos de escritura (preparados para escribir la siguiente receta del señor Null) en una mesita de al lado. Inmediatamente los utilizó para escribir a su patrón:

«Una querida amiga mía está gravemente enferma y con una urgente necesidad de todo lo que mi lealtad y dedicación puedan hacer por ella. Si estuvieran dispuestos a eximirme de mis obligaciones por un período corto de tiempo, su comprensión e indulgencia no irían a parar a una mujer ingrata. Si no me pueden hacer este favor, les pido me perdonen por someterles a este inconveniente y permitan a otra persona, que esté más serena, ocupar el puesto que, de momento, me siento incapaz de ocupar».

Tras completar su carta en estos términos, esperó al regreso de Benjulia.

Había tristeza en su rostro, pero no nerviosismo, mientras miraba pacientemente hacia la puerta del dormitorio. Al fin, en el lugar más recóndito de su corazón, ella lo supo: la batalla sobre sí misma era una victoria ganada. Ahora, Carmina podía confiar en ella, y ¡el mismísimo Ovid debería poder verlo!

El señor Null regresó a la salita solo. El doctor Benjulia no tenía tiempo que perder: había abandonado el dormitorio por la otra puerta.

—Puedo decir (como usted parece angustiada) que mi colega aprueba la propuesta, por mi parte, de modificar ligeramente la última receta. Reconocemos los nuevos síntomas sin sentir ninguna alarma.

Después del parte, el señor Null se sentó para elaborar su endeble tratamiento



para su aún más endeble paciente.

Cuando levantó la vista, la habitación estaba vacía. ¿Había abandonado ella la casa? No: su sombrero de viaje y sus guantes estaban en la otra mesa. ¿Se había enfrentado a Teresa abiertamente en su propio terreno?

Cogió su receta modificada y entró en el dormitorio. Ahí estaba ella, y ahí estaba sentada la implacable niñera, ¡a la cual la señorita Minerva ya había persuadido para que la escuchara! ¿Qué tema podría razonablemente ofrecer a esas dos mujeres un terreno neutral donde ponerse de acuerdo? El señor Null abandonó la casa sin la más mínima sospecha de que Carmina pudiera ser el tema.

—¿Puedo intentar incorporarla?

Teresa contestó renunciando en silencio a su puesto en la cabecera de la cama. La señorita Minerva tocó la mano de Carmina y habló:

—Querida, ¿has escuchado las buenas noticias? Ovid regresa a casa en poco más de una semana.

Carmina miró —miró con desgana— a su amiga, y dijo con esfuerzo:

—Estoy encantada.

—Te pondrás mejor en cuanto lo veas —continuó la señorita Minerva.

El rostro de Carmina se animó levemente.

—Podré decirle adiós —contestó ella.

—Adiós, no, querida. Él regresa a ti después de un largo viaje.

—Frances, yo aún continúo un largo viaje.

Carmina cerró sus ojos, demasiado cansada o demasiado indiferente para decir nada más.

La señorita Minerva retrocedió, luchando contra las lágrimas que caían rápidamente sobre su rostro. La vieja niñera celosa se acercó lentamente hacia ella y le besó la mano.

—He sido una bruta y una tonta —dijo Teresa—, usted siente casi tanto cariño por ella como yo.

Una semana más tarde, la señorita Minerva abandonó Londres para esperar a Ovid en Queenstown.

## Capítulo LVII

El señor Mool acudió a Fairfield Gardens para ver a su viejo amigo cuando llegara de Escocia y para explicarle lo que realmente significaba el cauto mensaje expresado en el telegrama.

Sin embargo, había una idea que prevalecía en mente del señor Gallilee: la idea de la reconciliación. Él insistió en ver a su mujer. De nada sirvió decirle que ella era completamente incapaz de corresponder a sus palabras o incluso de entender sus deseos. La resistencia absoluta a que la viera era la única alternativa que quedaba; y fue seguida de unos resultados perturbadores. El bondadoso anciano rompió a llorar, lo cual incluso hizo vacilar la resolución de los doctores. Uno de ellos subió las escaleras para avisar a las enfermeras. El otro dijo: «Dejen que la vea».

En cuanto él entró en la habitación, la señora Gallilee lo reconoció lanzando un grito de furia. Las enfermeras la sujetaron hacia atrás, mientras el señor Mool arrastraba al señor Gallilee hacia fuera otra vez, y cerraba la puerta. El objetivo de los doctores se había conseguido: sus propios ojos lo habían convencido de la terrible necesidad de tener a su esposa bajo control. Fue trasladada a un manicomio privado.

Maria y Zo se habían quedado en Escocia, tan perfectamente felices como pueden serlo unas niñas en la sociedad en la que vivían sus primas, y bajo el cuidado cariñoso de su tía. El señor Gallilee permaneció en Londres, pero no lo dejaron solo en la casa deshabitada. El buen abogado tenía una habitación de reserva a su disposición, y la señora Mool y sus hijas lo recibieron con verdadera comprensión. Los acontecimientos que se avecinaban lo ayudaron a templar su mente. El señor Gallilee encontró consuelo en el regreso anticipado de Ovid, y se interesó al oír los generosos motivos que habían llevado a la señorita Minerva a ir al encuentro de su hijastro.

—Nunca estuve de acuerdo con los demás cuando solían injuriar a nuestra institutriz —dijo—. Quizás ella ha sido irascible, y quizás ha sido fea... supongo que yo la veía bajo un punto de vista diferente.

Él la había mirado verdaderamente desde un punto de vista diferente. Desde la naturaleza simple y cariñosa del señor Gallilee, se estaba reconociendo de modo instintivo a ese gran corazón.

Se le permitió ver a Carmina, con la esperanza de que las asociaciones agradables relacionadas con él pudieran tener una influencia favorable. Ella sonrió levemente y le dio su mano cuando lo vio a su cabecera; sin embargo, eso fue todo. Demasiado profundamente afligido para pedir verla de nuevo, en lo sucesivo preguntó sobre su estado desde la puerta. Día tras día, la respuesta era siempre la misma.

Antes de abandonar Londres, la señorita Minerva se había encargado ella misma de contratar las habitaciones vacías de la planta baja de la pensión para Ovid. Ella conocía el corazón de Ovid, igual que conocía su propio corazón. Una vez que estuviera bajo el mismo techo de Carmina, ya no la volvería a abandonar... hasta que la vida la devolviera a él, o la muerte se la llevara. Al oír lo que se había hecho, el señor Gallilee trasladó a las habitaciones de Ovid el escritorio y los libros, la música favorita y las flores marchitas que Carmina había dejado en Fairfield Gardens.

—Cualquier cosa que pertenezca a ella —pensó—, seguro que será bienvenida por el pobre cuando regrese.

Una tarde —digna de no ser olvidada jamás—, justo cuando el señor Gallilee había empezado con sus preguntas diarias, la puerta de la planta baja se abrió y la señorita Minerva le hizo señas para que fuera. Su cara lo amedrentó pero le preguntó susurrando si Ovid había vuelto.

Ella señaló hacia arriba y contestó:

—Ahora está con ella.

—¿Cómo lleva él la situación?

—No lo sabemos, hemos temido seguirlo dentro del dormitorio.

Ella se giró hacia la ventana mientras hablaba. Teresa estaba sentada ahí... mirando con gesto ausente hacia la calle. El señor Gallilee le habló con amabilidad: ella no contestó, ni siquiera se movió.

—¡Está rendida! —le susurró la señorita Minerva—. Ahora ha perdido la esperanza, cuando piensa en Carmina.

Él se estremeció. Esas palabras expresaban su propio temor; y él no se atrevió a pensar en ello. La señorita Minerva le cogió la mano y lo llevó hacia una silla.

—Ovid lo sabrá con más certeza —le recordó ella—, vamos a esperar a oír lo que dirá Ovid.

—¿Se encontró con él a bordo del buque? —preguntó el señor Gallilee.

—Sí.

—¿Qué aspecto tenía?

—Tenía un aspecto tan bueno y tan fuerte que casi no lo habría conocido... hasta que preguntó por Carmina. Entonces, palideció. Sabía que debía contarle la verdad... pero tenía miedo de hacerlo completamente sola. Algo que el señor Null me dijo, antes de que partiera de Londres, me hizo suponer que podría ayudar a Ovid a entenderme si me llevaba las recetas a Queenstown. No me había fijado que estaban firmadas por el doctor Benjulia, además de por el doctor Null. ¡No me pregunte el efecto que le causó el descubrimiento! Lo soporté entonces... no puedo hablar de ello ahora.

—¡Qué buena eres! ¡Querida mía, qué buena eres! Perdóname si te he afligido, no era mi intención...

—Usted no me ha afligido. ¿Hay algo más que pueda decirle?

El señor Gallilee dudó.

—Hay una cosa más —dijo—. Esta vez no es sobre Carmina...

Él volvió a dudar. La señorita Minerva lo comprendió.

—Sí —contestó ella—, he hablado a Ovid de su madre. Él no quiso oír ningún detalle por misericordia a él mismo y a mí. «Sé lo suficiente —dijo— si sé que ella es la culpable. Estaba preparado para oírlo. El silencio de mi madre sólo se podía justificar por una razón, cuando hube leído la carta de Zo...». ¿Señor Gallilee, no sabía que la niña escribió a Ovid?

La sorpresa y el regocijo del viejo padre encariñado de Zo cuando oyó la historia de la carta forzó una sonrisa en la señorita Minerva, incluso en esos momentos de duda y dolor. Él declaró que habría vuelto con su hija en el tren correo de esa noche, si no fuera por dos consideraciones: debía ver a su hijastro antes de regresar a Escocia, y debía buscar en todas las jugueterías de Londres el más magnífico regalo que se podía ofrecer a una jovencita de diez años.

—Dile a Ovid, con todo mi cariño, que volveré mañana —dijo él, mirando su reloj—. Tengo el tiempo justo de escribir a Zo con el correo de hoy.

Se fue a su club por primera vez desde que había vuelto a Londres. La señorita Minerva pensó en los tiempos pasados, y se preguntó si él disfrutaría de su champaña.

Un poco más tarde vino el señor Null, ansioso por saber si había llegado Ovid.

Otras mujeres, en el lugar de la señorita Minerva y Teresa, habrían dudado sobre mantener la habitación del paciente cerrada al doctor. Estas dos estaban resueltas a hacerlo. No quisieron molestar a Ovid ni siquiera enviando un mensaje arriba. El señor Null se ofendió.

—Entiendan las dos —dijo— que cuando mañana por la mañana venga, insistiré en subir... y si me vuelvo a encontrar con esta descortesía, dejaré el caso.

Él abandonó la habitación, triunfante en su paraíso de tontos de agresiva presunción.

Ellas esperaron un rato más, y todavía no les llegaba ningún mensaje desde arriba.

—A lo mejor nos equivocamos estando aquí —sugirió la señorita Minerva—, quizás quiera estar solo cuando la deje... vayámonos.

Ella se levantó para regresar a la casa de sus nuevos señores. Ellos la respetaban y lo sentían por ella: mientras durara la enfermedad de Carmina, tenía todo el tiempo a su entera disposición.

La niñera la acompañó a la puerta, resignada a buscar refugio en la habitación de la casera.

—Tengo miedo de quedarme sola —dijo Teresa—. Incluso el parloteo de esa mujer es mejor para mí que mis propios pensamientos.

Antes de despedirse por la noche, esperaron en el vestíbulo mirando hacia las escaleras, y escuchando con ansiedad. Ni un solo ruido rompió el melancólico silencio.

## Capítulo LVIII

Entre algunas vanas esperanzas, una se había hecho realidad: ellos dos se habían vuelto a encontrar.

En la sombría habitación, los ojos cansados de Carmina apenas podían haber visto la revelación de lo que él sufría, incluso si hubiera alzado la vista hacia su rostro. Ella estaba contenta de poder reposar su cabeza sobre el pecho de Ovid, y de sentir cómo su brazo la rodeaba.

—Estoy encantada, querido —dijo ella—, de haber vivido lo suficiente para poder sentirte así.

Ésas fueron sus primeras palabras, después del primer beso. Ella se había estremecido y había suspirado, cuando él corrió y se inclinó hacia ella. Fue la única expresión de todo su júbilo y todo su amor. Sin embargo, se esfumó igual que otras perturbaciones se habían esfumado. Una última reserva de energía obedecía a la dulce persuasión del amor. Silenciosa con todos los demás amigos, ella fue capaz de hablar a Ovid.

—Solías respirar tan suavemente —dijo ella—. ¿Cómo es que ahora te oigo? ¡Oh, Ovid, no llores! No podría soportarlo.

Él le contestó en voz baja:

—No te preocupes, cariño, no te afligiré.

—¿Y tú me dejarás decir lo que tengo que decir?

—¡Oh, sí!

Esto la satisfizo.

—Ahora podré descansar un poco —dijo ella.

El también estaba en silencio, subyugado por la pesada mano de la desesperación.

Había habido un tiempo, en los días en que su salud no era buena, cuando las solemnes sombras del anochecer caían sobre los campos —la elevada canción de la alondra en el brillante cénit del cielo del mediodía, los queridos recuerdos perdidos que el divino toque de la música vuelve a encontrar— y le hacían saltar las lágrimas de los ojos. ¡Ahora estaban secos! Los que una vez fueron nervios temblorosos, habían reunido la fortaleza equilibrada en las grandes praderas y en la vida errante. ¿Podría el dolor tembloroso que buscaba el camino hacia la fuente de lágrimas imponerse a la vitalidad robusta que se manifestaba en la sangre de Ovid... tanto si ella vivía como si moría? En esas profundas respiraciones que habían alarmado a Carmina, de hecho, ella había oído la lucha del dolor queriendo expresarse en vano contra la imperiosa salud y fortaleza que desafiaba a la debilidad moral. La naturaleza

había rehecho a este hombre... y la naturaleza nunca se compadece.

Supuso un esfuerzo para ella reunir sus pensamientos y, sin embargo, los reunió. Fue capaz de decirle lo que estaba en su cabeza.

—¿Ovid, crees que a tu madre le importará mucho lo que sea de mí, cuando me muera?

El se sobresaltó ante estas terribles palabras, dichas en voz baja, con gran paciencia.

—Vivirás —dijo—. Carmina mía, ¿para qué estoy aquí si no es para volverte a la vida?

Ella no hizo ninguna intención de discutir con él. Tranquilamente, con persistencia, ella volvió a la idea que llevaba dentro.

—Di que perdono a tu madre, Ovid... y que sólo pido una cosa a cambio. Le pido que me deje ir contigo cuando el fin haya llegado. Cariño, existe un sentimiento en mí que no puedo superar. ¡No dejes que me entierren en un lugar grande lleno de muertos! Una vez vi un cuadro... fue en casa, en Italia, creo que era... un cuadro inglés de un tranquilo cementerio pequeño en el campo. Las sombras de los árboles descansaban sobre las solitarias tumbas. Y algún gran poeta había escrito... ¡oh!, unas palabras tan bonitas sobre él: «Al petirrojo le gusta trinar y hacer su nido ahí. Y pequeñas pisadas dejan su huella en la tierra». Ovid, prométeme que me llevarás a algún sitio lejos de las multitudes y el ruido... donde los niños puedan reunir las flores sobre mi tumba.

Él lo prometió, y ella se lo agradeció, y volvió a descansar.

—Hay algo más —dijo, cuando hubo transcurrido un poco—. Mi cabeza está tan soñolienta. ¿Me pregunto si podré pensar en ello?

Después de un rato, ella pensó en ello.

—Quiero hacerte un pequeño regalo de despedida. ¿Puedes soltar mi cadena de oro? ¡No llores, Ovid! ¡Oh!, ¡no llores!

Él la obedeció. La cadena de oro sostenía los dos relicarios, los preciados retratos de su padre y su madre.

—Llévalos encima por mí —murmuró ella—. Incorpórame, quiero ponerlos alrededor de tu cuello yo misma.

Ella intentó, intentó en vano, abrochar la cadena. Su cabeza cayó sobre el pecho de Ovid.

—¡Demasiado soñolienta —dijo—, ahora siempre estoy demasiado soñolienta! Di que me quieres, Ovid.

Él se lo dijo.

—Bésame, cariño.

Él la besó.

—Ahora recuéstame sobre la almohada. Todavía no tengo los dieciocho... ¡y me

siento tan vieja como si tuviera ochenta! Descansar, todo lo que quiero es descansar.

Sus ojos se cerraron poco a poco mientras lo miraba con cariño... después volvieron a abrirse suavemente.

—No esperes en esta triste habitación, cariño; diré que te llamen, si me despierto.

Fue éste su único deseo que él desobedeció. De cuando en cuando, sus dedos tomaban su pulso y sentían su débil latido. De cuando en cuando, se detenía y dejaba que el leve ir y venir de la respiración de Carmina fluyera sobre su mejilla. Sobrevino el anochecer, y la oscuridad comenzó a cernirse sobre la habitación. Él todavía estaba junto a ella, igual que un hombre hechizado.



## Capítulo LIX

El primer e insignificante sonido que rompió el hechizo fue el sonido de una cerilla encendiéndose en la habitación de al lado.

Él se levantó y avanzó a tientas hacia la puerta. Teresa se había arriesgado a subir y había encendido una luz. Ciertas dudas momentáneas en él hicieron que la niñera se quedara en silencio, cuando él la miró. Él tartamudeó y miró a su alrededor, confundido, al hablar.

—¿Dónde... dónde...?

Parecía haber perdido el dominio de sus pensamientos; lo dejó estar y volvió a intentarlo.

—Quiero estar a solas —dijo, recuperando, de momento, algo de su fuerza expresiva.

El primer temor de Teresa se desvaneció. Ella lo cogió por la mano como a un niño y lo llevó escaleras abajo hacia sus habitaciones. Él se quedó de pie en silencio, mirándola mientras encendía las velas.

—¿Ahora, cuando Carmina duerme —preguntó él—, dura mucho rato?

—Muchas veces, durante horas —contestó la niñera.

Él no dijo nada más, parecía haber olvidado que había otra persona en la habitación. Ella encontró valor en su compasión por él.

—Trate de rezar —dijo, y lo dejó.

Él se dejó caer de rodillas, y sin embargo las palabras aún no salían. Intentó serenar su mente con pensamientos sagrados. ¡No! La muda agonía que había en él era incapaz de encontrar alivio. Sólo las sombras de los pensamientos cruzaban por su mente, sus ojos le dolían como un fuego sofocante. Comenzó a tener miedo de sí mismo. Los hábitos de la vida activa lo forzaron a salir, con el instinto de un animal, hacia el aire libre y el espacio abierto. Sin saber ni importarle en qué dirección encaminar sus pasos, caminó tan rápido como pudo. Continuó y continuó, hasta que el abarrotamiento de las casas empezó a decrecer, hasta que hubo huecos de campo abierto a ambos lados de él, hasta que la luna se irguió tras una plantación de árboles y bañó con su melancólica luz una carretera solitaria. Siguió por la carretera hasta que se cansó de ella, y torció a un lado hacia un camino serpenteante. Las luces y las sombras, alternándose unas con otras, lo calmaron y lo satisficieron. Consiguió el alivio en el ejercicio que le había sido negado mientras estaba en reposo. Podía volver a pensar, podía sentir la resolución despertar en él para salvar a su amada, o para morir con ella. Ahora, al fin, ya era suficiente hombre como para afrontar la terrible

necesidad que tenía ante él, y luchar la batalla del Arte y del Amor contra la Muerte. Se detuvo y miró a su alrededor; ansioso por regresar y estar preparado para cuando ella despertase. En ese lugar solitario no había ninguna esperanza de encontrar a una persona que le mostrara el camino. Él se giró para volver hacia la carretera.

En ese mismo momento fue consciente del olor a tabaco que flotaba en el aire en dirección a él en la calmada noche. Alguien estaba fumando en el camino.

Volvió sobre sus pasos, hasta que llegó a una puerta; había un campo estéril detrás. Ahí estaba el hombre cuyo humo de tabaco había oído, recostado en la puerta con la pipa en la boca.

La luz de la luna iluminó de pleno el rostro de Ovid mientras se acercaba a preguntar el camino. El hombre, de repente, se irguió, lo miró fijamente, y dijo:

—¡Hola! ¿Es usted o su fantasma?

Su rostro estaba oculto en la sombra, pero su voz contestó por él. El hombre era Benjulia.

—¿Ha venido a verme? —preguntó él.

—No.

—¿Quiere estrecharme la mano?

—No.

—¿Qué es lo que no va?

Ovid esperó para contestar hasta que hubo templado su genio.

—He visto a Carmina —dijo.

Benjulia continuó fumando.

—¿Un caso interesante, no es cierto? —observó.

—El señor Null le llamó para consultarle —continuó Ovid—, y usted aprobó su ignorante tratamiento; usted, que sabía mejor lo que había que hacer.

—¡Así parece que fue la cosa! —replicó Benjulia.

—De forma deliberada, usted alentó a un hombre incompetente, dejó que esa pobre chica fuera de mal en peor... para conseguir algún infame propósito que le interesaba a usted.

—No, no. Para un excelente propósito... para el conocimiento —le corrigió Benjulia con tono de cordialidad.

—Si no consigo remediar el daño, que es responsabilidad suya, y sólo suya...

Benjulia se sacó la pipa de la boca.

—¿Cómo piensa curarla? —le cortó con impaciencia—. ¿Tiene alguna idea nueva?

—Si no lo consigo —repitió Ovid—, esta muerte recaerá en usted. Usted, villano despreciable... tan cierto como que la luna está brillando sobre nosotros, su vida responderá por la de ella.

Asombro, un asombro inconmensurable selló los labios de Benjulia. El se quedó

mirando hacia el suelo del camino cuando Ovid lo dejó, completamente estupefacto. La única razón imaginable para justificar lo que acababa de oír... ¡dicho por un miembro competente de su misma profesión!... planteaba la vieja y conocida disyuntiva: «¿Estaba borracho o loco?», se preguntó mientras encendía la pipa otra vez. Caminando de regreso a la casa, su antigua desconfianza hacia Ovid lo volvió a preocupar una vez más. Decidió que, en un día o dos, se acercaría al alojamiento de Teresa y se enteraría, a partir de lo que le dijera la casera (y el farmacéutico), sobre cómo se estaba curando a Carmina.

Al regresar a la carretera, un comerciante pasó junto a Ovid conduciendo su carro hacia Londres. El hombre se ofreció cortés-mente a llevarlo hasta la apartada parada de carrozas más cercana.

Ni la casera ni Teresa se habían ido a la cama cuando él regresó. Lo que le informaron sobre Carmina, durante su ausencia, no contenía nada que pudiera alarmarlo. Él les dio las buenas noches, impaciente porque lo dejaran solo en su habitación.

En la casa y fuera de la casa, ahora había el silencio perfecto que ayuda a un hombre a pensar. Su mente estaba despejada, su memoria le respondió cuando echó mano de ella para recordar esa parte de su propia experiencia médica que lo podía ayudar en su necesidad actual. Sin embargo, retrocedió ante la idea (con la vida de Carmina en sus manos) de confiar del todo en sí mismo. Una autoridad superior a la suya esperaba a ser consultada. Sacó de su baúl de viaje el manuscrito que le entregó el pobre desgraciado, cuyas últimas horas él había aliviado en el altillo de Montreal.

La obra comenzaba con una declaración que le daba un valor especial, a juicio de Ovid:

«Si este imperfecto historial de experiencias es leído alguna vez por otros ojos diferentes a los míos, desearía realizar una declaración sin ambages al principio. La información que se presenta en estas páginas deriva por completo de los resultados obtenidos en la práctica de la medicina de cabecera, llevada a cabo con obstáculos infelices e interrupciones y desplegada a lo largo de un periodo de varios años. Fueran los que fueran los defectos y faltas de que yo pudiera ser culpable como hombre; por lo que se refiere a mi capacidad profesional, soy inocente de haber perpetrado jamás las crueldades inútiles y detestables que se conocen con el nombre de Vivisección. Sin entrar en las disputas por ambas partes que dicha práctica ha provocado, declaro mi convicción de que ninguna utilidad afirmada para un fin puede justificar la crueldad deliberada en el método. El hombre que mantenga en serio que cualquier búsqueda en la cual se pueda tomar parte es independiente del control moral, es un hombre en estado de sublevación contra Dios. Rechazo oírle por ese motivo, en su propio beneficio».

Seguidamente Ovid se fue a la sección de la obra que llevaba el título «Enfermedad mental». El escritor introducía sus observaciones con estas palabras preliminares:

«Un celebrado psicólogo, confesando con claridad la ignorancia de los doctores en el tema del cerebro y sus enfermedades, y aludiendo a las apariencias presentadas por el examen post-mortem, concluye su confesión de este modo: “Ni tan sólo podemos estar seguros de si los diversos cambios descubiertos son la causa o el resultado de la enfermedad, o si los dos son el resultado conjunto de una causa común”.

Eso escribe ese hombre, tras su experiencia en Vivisección.

Permitan que mis diferentes experiencias puedan ser atendidas a continuación. Al no saber en qué manos puede caer este manuscrito, o qué oportunidades inesperadas de ser útil podría encontrar éste tras mi muerte, me he abstenido a propósito de usar lenguaje técnico en la exposición que voy a realizar ahora.

En la investigación médica, así como en otras formas de investigación humana, los resultados obtenidos a la vista se suelen obtener por medios indirectos e inesperados. Lo que tengo que decir aquí sobre el tema de la enfermedad mental fue sugerido por primera vez por la experiencia en dos casos, los cuales parecía, en último grado, poco probable que pudieran ayudarme. Ambos casos eran mujeres jóvenes, cada una de ellas se había visto afectada históricamente por una conmoción moral grave, terminando (después de un intervalo corto o largo) en una parálisis simulada. Uno de estos casos lo traté con éxito, y mientras estaba aún tratando el otro (siguiendo el mismo método de tratamiento que los acontecimientos ya habían probado que era eficaz), un accidente fatal acabó con la vida de mi paciente e hizo necesario un examen post-mortem. Partiendo de estos puntos, llegué (a través de tortuosos caminos que ahora relataré) a deducciones y descubrimientos que echaron una nueva luz sobre la naturaleza y el tratamiento de la enfermedad mental».

Hora tras hora, Ovid estudió las páginas que seguían, hasta que su mente y la mente del escritor fueron sólo una. Entonces, volvió a consultar ciertas alusiones preliminares sobre el tratamiento de las dos muchachas; algo... increíblemente valioso para él, por los actuales intereses de Carmina. El amanecer lo encontró preparado en todos los aspectos, y Ovid sólo esperaba que el lapso de las siguientes horas pusiera en sus manos los medios para poder actuar. Sin embargo, todavía quedaba una preocupación por aliviar, antes de que pudiera recostarse a descansar.

Se sacó los zapatos y subió en silencio hacia la puerta de Carmina. La fiel Teresa estaba levantada, persuadiendo con empeño a Carmina de que tomara algo de alimento. Lo poco que pudo oír de su voz cuando ella contestó hizo que le doliera el

corazón: era tan queda y tan débil. Ella aún podía hablar, y aún quedaba recordar el viejo dicho que había confortado a muchos; y había decepcionado a otros tantos: Mientras hay vida, hay esperanza.

## Capítulo LX

Después de una breve entrevista con su hijastro, el señor Gallilee regresó con sus hijas a Escocia.

Afectado debido a su paternal interés por Carmina, Ovid se comprometió a mantenerlo informado de sus progresos hacia la recuperación. Si la expectativa de salvarla resultaba ser un triste error producto del amor y la esperanza, el silencio daría a entender lo que ninguna palabra podría expresar.

Diez días después, se produjo un final feliz al suspense. El lento proceso de recuperación podía alargarse quizás hasta final de año. Sin embargo, si no ocurría ningún accidente, Ovid tenía las mejores razones para pensar que la vida de Carmina estaba a salvo.

Liberado de las terribles inquietudes que le habían oprimido, Ovid fue capaz de escribir de nuevo en tono jovial unos días más tarde, y de usar su pluma a petición expresa del señor Gallilee, en torno a un tema en apariencia insignificante como era la conducta del señor Null:

«Su viejo consejero médico estuvo completamente acertado al informarle de que yo lo había exonerado de atender más a Carmina. Sin embargo, su viva imaginación (o quizás debería decir la conciencia de sus propias consecuencias) le ha engañado cuando también declara que lo insulté a propósito. Puse gran cuidado en no ofender su orgullo; no obstante, él me dejó hecho una furia.

Un día o dos después, recibí una nota de él dirigiéndose a mí como “Señor”, y preguntando con ironía si tenía alguna objeción a que él echara un vistazo a las copias de mis recetas en el libro del farmacéutico. A pesar de que es lo suficiente viejo como para ser mi padre (como bien puntualizó él), parece ser que la experiencia no le ha servido para nada, todavía tiene algo que aprender de su “hijo” en el tratamiento de la enfermedad; y así sucesivamente.

En esa triste hora de dudas e inquietudes, sólo pude enviarle una respuesta verbal, dejando que hiciera lo que quisiera. Antes de que le cuente el uso que hizo de su libertad, debo confesar algo relacionado con esas mismas recetas. No tema que le hable con largas y eruditas palabras, ni que vaya a ocupar su atención de ese modo sin una razón de peso para ello, lo cual entenderá enseguida.

Una nota en el manuscrito (al estudio del cual debo, lo reconozco, la conservación de la vida de Carmina, gracias a Dios) me advertía de que los farmacéuticos, en el país del escritor, o se habían negado a realizar ciertas recetas dadas a elaborar, o se

habían tomado la libertad de modificar las nuevas cantidades y combinaciones de algunos de los medicamentos prescritos.

Precisamente lo mismo pasó aquí en el caso del primer farmacéutico a quien llamé. Se negó a elaborar la medicina, a no ser que le entregara una declaración firmada asumiendo yo toda la responsabilidad.

Al establecer la exacta naturaleza de su objeción, lo despedí sin darle la garantía que pedía y contraté a otro farmacéutico, procurando (en interés de mi tiempo y carácter) escribir mis recetas más importantes de forma reservada. Es decir, seguí las reglas convencionales, en cuanto a cantidades y combinaciones, e hice los añadidos necesarios y cambios con lo que yo tenía en mis existencias privadas cuando la medicina se enviaba a casa.

El pobre infeliz señor Null, al no encontrar nada que lo asombrara en la descripción de mis medicinas (tal como lo presentó el farmacéutico), parece ser que, por su propia confesión, copió las recetas con un objetivo malicioso en mente. En una segunda carta me informó de que: “Las he enviado al doctor Benjulia para que él también pueda aprender algo en su profesión del maestro que ha prescindido de nuestros servicios”. Este nuevo paradójico esfuerzo significa que estoy condenado a la vanidad al pretender confiar en mis propios recursos normales y corrientes... ¡representados por las pruebas engañosas del libro del farmacéutico!

No obstante, quedo agradecido al señor Null: él me ha hecho un favor, al querer insultarme.

Mis recetas imperfectas han tranquilizado la mente del hombre al que él las envió. Hace mucho tiempo que la desconfianza de este desgraciado hace que sospeche falsamente de mí en el sentido de cierta rivalidad profesional seguida en secreto; ese sentimiento afloró por sí mismo de nuevo cuando me encontré con él accidentalmente la noche de mi regreso a Londres. Desde que el señor Null se ha comunicado con él, ya no ha afrontado más a la casera con sus visitas ni la ha ofendido con sus preguntas, todas ella relacionadas con el método de tratamiento que yo estaba siguiendo en el piso de arriba.

Ahora entenderá por qué me he atrevido a molestarlo en un tema puramente profesional. Volviendo a temas de mayor interés: nuestra querida Carmina, está lo suficiente bien como para recordarle y enviarle su cariño a usted y a las chicas. Sin embargo, incluso a este pequeño esfuerzo le sigue la fatiga.

No me refiero sólo a fatiga corporal: ahora, eso es una cuestión de tiempo y de cuidados. Me refiero a fatiga mental, que se expresa a través de fallos de memoria.

La mañana en que se produjo el primer cambio positivo de mejora, yo estaba a su cabecera cuando se despertó. Ella me miró sorprendida: “¿Y por qué no me advertiste de tu repentino retorno? —preguntó—. ¡Hoy mismo te he escrito a tus banqueros en el Quebec! ¿Qué significa esto?”.

Hice lo que pude por tranquilizarla, y lo conseguí. Existe un lapsus completo de tiempo en su memoria... ¡estoy tan sumamente seguro de eso! Ella no tiene ningún recuerdo de lo que ha pasado desde que ella me escribió su última carta, una carta que debe de haberse perdido (¿quizás interceptado?), o la habría recibido antes de abandonar el Quebec. Este olvido de las espantosas pruebas por las cuales ha pasado mi pobre amada es, en sí mismo, una circunstancia que todos debemos celebrar por su bien. Sin embargo, al mismo tiempo, me siento desalentado por ello ya que temo que pueda indicar algún tipo de lesión más grave de lo que ya he descubierto.

La señorita Minerva —¿qué podría hacer sin la ayuda y la solidaridad de esa verdadera y aún mejor mujer?—, la señorita Minerva ha comprobado con cuidado la memoria de Carmina en otras direcciones, con resultados alentadores hasta ahora. Pero no me sentiré tranquilo en tanto haya probado más experimentos a través de una persona que no ejerce una poderosa influencia sobre ella, y cuya memoria está ocupada naturalmente con lo que nosotros, los adultos, llamamos insignificancias.

Cuando todos dejen Escocia el próximo mes, traiga a Zo con usted. Mi querida y pequeña corresponsal es justo la clase de niña especial que quiero para este propósito. Bésela de mi parte hasta que se quede sin respiración... y diga que es lo que tengo intención de hacer con ella cuando nos encontremos».

El regreso a Londres tuvo lugar la última semana de octubre.

Lord y Lady Northlake fueron a su residencia de la ciudad, llevándose a Maria y Zo con ellos. Había recuerdos relacionados con Fairfield Gardens que hacían la perspectiva de vivir ahí —incluso sin la compañía de sus hijas— insoportable para el señor Gallilee. La casa de Ovid, que aún esperaba el regreso de su señor, estaba abierta a su padraastro. El pobre hombre estaba más que encantado (en su propio lenguaje simple) «de conservar el nido calentito para su hijo».

Las últimas averiguaciones hechas en el manicomio obtuvieron respuestas esperanzadoras. Hasta ahora, las medidas tomadas para hacer que la señora Gallilee volviera a ser ella misma habían tenido más éxito del esperado. Sin embargo, un síntoma desfavorable subsistía. Habitualmente, ella estaba en silencio. Cuando hablaba, su mente parecía estar ocupada en temas científicos: nunca mencionaba a su marido, o a cualquier otro miembro de su familia. El tiempo y la atención eliminarían tal inconveniente. Quizás en dos o tres meses más, si todo iba bien, podría regresar con su familia y amigos como la mujer sana de siempre.

Cuando fue a Fairfield Gardens por si había cartas esperando, el señor Gallilee recibió una circular litografiada acompañada por un rollo de grueso papel blanco. La firma revelaba el conocido nombre del señor Le Frank.

La circular exponía que el escritor había ganado renombre y unos ingresos moderados como pianista y profesor de música:



«Señoras y señores, un terrible accidente ha dañado mi mano derecha y ha acarreado la amputación de dos de mis dedos necesarios. Privado de por vida de mis recursos profesionales, sólo tengo un medio de subsistencia, v.gr.: cobrar suscripciones para una canción de composición propia.

N.B.: El músico mutilado deja la cuestión de los plazos en manos del público amante del arte, y él mismo hará el honor de venir mañana».

El amable señor Gallilee dejó un soberano, para que se le diera a aquella víctima de las circunstancias, y después partió hacia la casa de Lord Northlake. Ovid y él habían acordado que Zo fuera llevada a ver a Carmina ese mismo día.

Andando por las calles, el señor Gallilee se encontró al señor Mool. El abogado miró la canción bajo el brazo de su amigo.

—¿Qué es eso que lleva con tanto cuidado? —preguntó—. Tiene el aspecto de música. Una pieza nueva para las chicas... ¿eh?

El señor Gallilee se explicó. El señor Mool golpeó su bastón contra el pavimento, como la manera más entendible de expresar su indignación.

—¡Jamás vuelva a dejar que un cuarto de penique entre en el bolsillo de ese granuja! No es mérito suyo que la pobre y vieja niñera italiana no haya aparecido en los informes policiales.

Tras este preámbulo, el señor Mool relató las circunstancias bajo las cuales el señor Le Frank se encontró con el accidente.

—Su primer actuación cuando le dieron el alta en el hospital —continuó el abogado— fue citar a Teresa ante un magistrado. Afortunadamente, ella me mostró la citación. Yo comparecí en su nombre, provisto de un plano de las habitaciones que hablaba por sí mismo, e hice dos preguntas al demandante. ¿Qué asunto lo llevaba a él a la habitación de otra persona? Y ¿por qué estaba su mano en el armario de esa otra persona? El taquígrafo dejó amablemente de registrar, y cuando el tipo acabó amenazando a la pobre mujer en el exterior del tribunal, le exigimos legalmente que no reincidiera, para mantener la paz. Tengo el ojo puesto en él... ¡y aún lo cogeré, con la Ley de vagancia en la mano!

## Capítulo LXI

Ayudada por el tiempo, el cuidado y la destreza, Carmina había ganado suficiente fortaleza como para pasar algunas horas del día en la salita reclinada en una silla de inválida inventada por Ovid para ella. La bienvenida visión de Zo, animada y desarrollada debido a los felices días de otoño pasados en Escocia, provocó un gran sonrojo en el rostro de Carmina y aceleró su pulso, que Ovid estaba tomando bajo el pretexto de sostener su mano. Esos signos de excesiva sensibilidad nerviosa lo advirtieron para limitar la visita de la niña a un corto espacio de tiempo. Ni la señorita Minerva ni Teresa estaban en la habitación: Carmina podía tener a Zo para ella sola.

—Ahora, querida —dijo, con un beso—, háblame de Escocia.

—Escocia pertenece al tío Northlake —contestó Zo con dignidad—. El paga por todo y yo soy «señora».

—Es cierto —dijo el señor Gallilee, no cabiendo en sí de orgullo—. Mi señor dice que es inútil tener voluntad propia donde esté Zo. Cuando él la presenta a alguien en la propiedad, dice: «Aquí está la señora».

La hija pequeña del señor Gallilee escuchó críticamente el testimonio del padre.

—Ves que lo sabe —le dijo ella a Ovid—. No hay nada de lo que reírse.

Carmina intentó otra pregunta.

—¿Pensaste en mí, querida, cuando estabas lejos?

—¿Pensar en ti? —repitió Zo—. Vas a dormir en mi habitación cuando regresemos a Escocia... y me levantaré de la cama, y seré uno de ellos cuando comas tu primera cena escocesa. ¿Puedo decirte lo que verás en la mesa? Verás una gran pieza dorada humeando en un plato, y me verás cortándola con un cuchillo, y la grasa de la pieza se saldrá fuera toda caliente, humeante y apestosa. Eso es una cena escocesa. ¡Oh! —gritó, perdiendo su solemnidad ante el repentino interés por una idea nueva—, ¡oh!, Carmina, ¿recuerdas al chico italiano y su canción?

Ahí estaba uno de esos exámenes de memoria sobre trivialidades, aplicado con la brusquedad feliz de una niña, que Ovid había estado esperando. El escuchó con ansiedad, y para su completo alivio Carmina se rió.

—¡Claro que lo recuerdo! —dijo ella—. Quién podría olvidar al chico que canta, sonrío abiertamente y dice: «¿Ties medio penique pa mí?».

—¡Eso es! —gritó Zo—. La canción del chico era buena, a su manera. He aprendido otra mejor en Escocia. ¿Has oído hablar de Donald, no es cierto?

—No.

Zo se giró indignada hacia su padre.

—¿Por qué no le has hablado de Donald?

El señor Gallilee reconoció humildemente que había hecho mal. Carmina preguntó quién era Donald y cómo era. Zo inconscientemente examinó su memoria por segunda vez.

—¿Sabes aquel día —dijo— cuando Joseph tenía que ir hacer un recado al tendero y yo le acompañé y la señorita Minerva dijo que era una chica vulgar?

La memoria de Carmina recordó esa nueva insignificancia sin esfuerzo.

—Ya sé —contestó ella—, me dijiste que Joseph y el tendero te habían pesado en las balanzas grandes.

Zo alegró a Ovid examinándola de nuevo.

—Cuando me pusieron en las balanzas, Carmina, ¿cuánto pesé?

—Casi veinticinco kilos, querida.

—Casi veinticinco kilos. Donald pesa ochenta y nueve. ¿Qué piensas de eso?

Una vez más, el señor Gallilee ofreció su testimonio.

—Él es el mayor gaitero que hay en la propiedad del Lord —comenzó—, viene de una familia de las Highlands y fue trasladado a las Lowlands por el padre del Lord. Un gran músico...

—y... mi... amigo —explicó Zo, deteniendo a su padre en plena carrera—. Toma rapé de un cuerno de vaca. Lo levanta hacia su gorda nariz con una cuchara, así. Su nariz se menea. El dice: «Prueba mi “sneeshin”». «Sneeshin» es como se dice «rapé» en escocés. Él se «boosea» hasta que casi se dobla por la mitad cuando el tío Northlake habla con él. «Boos» es «inclinarse» en escocés. Él «skirlea» las gaitas... «skirl» significa «chirriar». Cuando lo oigas por primera vez, hará que te duela el estómago. Te acostumbrarás... y verás que él te gusta. Lleva un monedero y una especie de combinación, jamás ha llevado unos pantalones en su vida, pero no es orgulloso. Di que eres mi amiga y te dejará darle un cachete en las piernas.

Llegados a este punto, Ovid se vio obligado a acabar con la biografía de Donald. El disfrute que Carmina sentía con Zo era demasiado entusiasta para su fortaleza, sus carcajadas iban creciendo y creciendo en volumen... el límite saludable de la emoción se estaba rebasando rápidamente.

—Háblanos sobre tus primos —dijo él, como una manera de distraer la atención.

—¿Los mayores? —preguntó Zo.

—No, las pequeñas, como tú.

—Son chicas buenas... juegan a todo lo que les digo. Los chicos son divertidos... cuando tiran al suelo a una chica, la recogen del suelo otra vez y la limpian.

Una vez más, Carmina corría peligro de sobrepasar el límite. Ovid hizo otra intentona de distracción. En comparación, cantar tendría unos efectos inofensivos... supuso temerariamente.

—¿Cuál fue la canción que aprendiste en Escocia? —preguntó.

—Es la canción de Donald —respondió Zo—. El me la enseñó.

Cuando oyó el terrible nombre de Donald, Ovid miró su reloj y dijo que no había tiempo para la canción. El señor Gallilee, de repente y con seriedad, se puso de parte de su hijastro.

—El cómo pudo estar ella entre hombres después de la cena —dijo—, nadie lo sabe. Lady Northlake ha prohibido a Donald enseñarle más canciones, y yo le he pedido a él, como favor personal, que no deje pegarle cachetes en sus piernas. Vamos, querida, ya es hora de regresar a casa.

Una acción bien intencionada por parte de ambos caballeros; pero demasiado tarde. Zo estaba preparada para la actuación: su sombrero estaba ladeado, había colocado sus pequeños brazos rechonchotes en jarras, abría y cerraba sus redondos ojos guiñándolos chistosamente, algo digno de un cómico de farsa.

—Soy Donald —ella anunció, y rompió a cantar la canción—: Aquí estamos alegremente aún, tralalí, aquí estamos alegremente aún; no somos muy groseros, pero aquí estamos alegremente aún: Venga siéntate sí un rato, tralalí, y empina el codo un poco, porque no somos muy groseros, pero aquí estamos alegremente aún...

Zo arrebató el vaso de la medicina de Carmina y lo agitó sobre su cabeza con unos chillidos dignos de una bacanal:

—¡Llena una copa a rebosar, Tammie! ¡Aquí al «Redshanks»<sup>[2]</sup>!

—¿Y te lo ruego, quién es el «Redshanks»? —preguntó una dama que estaba de pie en la puerta.

Zo se giró... y se desmoronó al instante. Una figura terrible, asociada con lecciones y castigos se erguía tras ella. La sociable amiga de Donald, la consolidada «señora» de Lord Northlake, desapareció... y una alumna educada cogió su puesto.

—Si me hace el favor, señorita Minerva, «Redshanks» es el apodo que tiene la gente de las Highlands.

¿Quién habría reconocido a la cantante de «aquí estamos alegremente aún» en la sumisa joven que dio tal respuesta?

La puerta se volvió a abrir. ¿Otra intrusión desastrosa? ¡Sí, otra! Esta vez apareció Teresa, cogió a Zo hacia arriba en sus brazos, y le dio un beso a la niña que se oyó en toda la habitación.

—¡Ah, mia Giocosa! —gritó la vieja niñera, demasiado feliz por hablar en otra lengua que no fuera la suya.

—¿Qué significa eso? —preguntó Zoé, arreglándose sus enaguas de volantes.

—Eso significa: ¡Ay, graciosa mía! —dijo Teresa, que se enorgullecía de su inglés.

¡Decir eso a una joven que podía cortar un «haggis»<sup>[3]</sup>! ¡Eso a la única persona en Escocia con el privilegio de dar cachetes en las piernas de Donald! Zo se giró hacia su padre y recobró su dignidad. Ni la misma Maria podría haber hablado con más

severa propiedad.

—Deseo ir a casa —dijo Zo.

Ovid sólo tuvo que mirar a Carmina y ver la necesidad de cumplir inmediatamente con los deseos de su pequeña hermana. No más risas, no más excitación para ese día. Él mismo acompañó a Zo fuera, e hizo que se resignara a quedarse con su padre en la puerta de sus habitaciones en la planta baja.

Ya más animada por haberse escapado de la señorita Minerva y la niñera, Zo deseó saber quién vivía abajo, y, al oír que eran las habitaciones de Ovid, insistió en verlas. Los tres entraron juntos.

Ovid llevó al señor Gallilee a una esquina.

—Ahora estoy más tranquilo con Carmina —dijo—. El fallo de su memoria no se extiende hacia el pasado. Comienza con la conmoción en su cerebro el día en que Teresa la trasladó a esta casa... y acabará, estoy seguro, con el final de su enfermedad.

La atención del señor Gallilee de repente se dispersó.

—¡Zo! —exclamó— no toques los papeles de tu hermano.

El objeto en concreto que atrajo la curiosidad de la niña fue el escritorio. Docenas de hojas de papel estaban esparcidas sobre éste, cubiertas con escritos con borrones e interlineados. Algunas de esas hojas habían desbordado la mesa y encontrado un lugar en el suelo donde reposar. Zo se estaba divirtiendo recogiendo del suelo.

—¡Bien! —dijo ella, entregándolas obedientemente a Ovid—. A mí me han dado varias veces en los nudillos por escribir ni la mitad de mal que tú.

Al oír el comentario de su hija, el señor Gallilee se interesó por ver los fragmentos del manuscrito.

—¡Qué lío más tremendo! —exclamó él—. ¿Podría tratar de leer un poco?

Ovid sonrió.

—Por supuesto, inténtelo, al final hará un descubrimiento de utilidad... ¡verá que los hombres con más paciencia en la faz de la tierra civilizada son los impresores!

El señor Gallilee lo intentó con una página... y la dejó antes de que consiguiera marearlo.

—¿Es justo preguntar qué es esto?

—Algo fácil de sentir y difícil de expresar —contestó Ovid—. Estas líneas mal escritas son mi ofrenda de gratitud a la memoria de un desconocido infeliz.

—¿El hombre del que me hablaste que murió en Montreal?

—Sí.

—Jamás mencionaste su nombre.

—Sus últimas voluntades me impiden mencionarlo a ninguna criatura viviente. ¡Dios sabe que había razones penosas, muy penosas, para que acabara en el anonimato! La lápida que hay sobre su tumba sólo lleva las iniciales y el día de su

muerte. Sin embargo —dijo Ovid, con entusiasmo y cariño, mientras posaba su mano sobre el manuscrito—, ¡los descubrimientos de este gran médico beneficiarán a la humanidad! ¡Y mi deuda con él será reconocida con la admiración y la devoción que siento de corazón!

—¿En un libro? —preguntó el señor Gallilee.

—En un libro que ahora se está imprimiendo. Lo verá antes de Año Nuevo.

Al no encontrar nada que la divirtiera en la salita, Zo probó suerte en el dormitorio de al lado. Ahora, ella regresó junto a Ovid arrastrando tras de sí una larga vara blanca que tenía el aspecto de un bastón alpino.

—¿Qué es esto? —preguntó ella—. ¿Un palo de escoba?

—Es una especie rara de madera canadiense, querida. ¿Te la quieres quedar?

Zo se tomó la oferta con mucha seriedad. Miró con ojos anhelantes el objeto, tres veces más grande que ella... y meneó la cabeza.

—Todavía no soy lo suficiente grande para esto —dijo—. ¡Mírala, papá! El bastón de Benjulia no es nada comparado con éste.

Ese nombre (en boca de la niña) sonaba repugnantemente para Ovid.

—¡No hables de él! —dijo con irritación.

—¿No debo hablar de él cuando quiera que me haga cosquillas? —preguntó Zo.

Ovid llamó al padre de Zo mediante señas.

—Ahora, llévesela... y no permita que vea a ese hombre nunca más —susurró.

La advertencia era innecesaria. El destino de aquel hombre había decretado que él y Zo nunca más se volverían a encontrar.

## Capítulo LXII

Los sirvientes de Benjulia no hacían más que aburrirse, pobres almas, en esa casa tan solitaria. Hacia finales de diciembre, se abonaron entre todos a comprar uno de esos maravillosos Christmas Number, periódico que representaba año tras año las mismas damas de grandes ojos, amantes de piernas largas, niños rollizos, paisajes nevados y fiestas opíparas que se habían convertido en una institución nacional: es decir del pictórico pudín de pasas de la nación inglesa.

Los sirvientes tenían mucho tiempo para disfrutar de su cordial publicación, antes de que la campana para que se sirviera la cena los molestase.

Hacia ya algunas semanas, el señor había vuelto a pasar todo su tiempo en el laboratorio misterioso. En las escasas ocasiones en que regresaba a la casa, siempre estaba furioso. Si los sirvientes no sabían nada, al menos sabían lo que esos indicios significaban: el gran hombre estaba aplicado a su trabajo más que nunca, y a pesar de su laboriosidad, las cosas no le iban tan bien como solían.

Esa tarde en particular, la campana sonó a la hora habitual, y la cocinera (sucesora de la infortunada mujer con pretensiones de belleza y sentimentalismo) se apresuró a tener la cena lista.

El lacayo se giró hacia el aparador y cogió de él un pequeño montón de periódicos, que contó con cuidado antes de atreverse a llevarlos arriba. Este era el suministro semanal de literatura médica del doctor Benjulia; y aquí, de nuevo, el misterioso hombre presentaba un problema ante sus conciudadanos. ¡Estaba suscrito a todas las publicaciones médicas de Inglaterra... pero jamás leía ninguna de ellas! El lacayo recortó las páginas; y el amo recorría con su mirada las páginas de arriba abajo con su dedo índice para ayudarse; en apariencia, buscaba alguna declaración que jamás encontraba y, cosa aún más extraordinaria, sin mostrar el más leve signo de decepción cuando acababa. Cada semana, metía enérgicamente sus periódicos sin leer dentro de un gran cesto y los enviaba abajo como papel para tirar.

El lacayo cogió los periódicos y la cena juntos, y fue recibido con gesto ceñudo y algunas maldiciones. Fue insultado por todo lo que él se encargaba de hacer, y además por todo lo que la cocinera había hecho.

—Sea lo que sea en lo que está trabajando el señor —anunció al regresar a la cocina—, está más lejos de dar en el clavo que nunca. ¡Voto a Dios que he de decirlo! Serenémonos. ¿Por cierto, dónde está el Christmas Number?

Media hora más tarde, los sirvientes fueron sobresaltados por un portazo tremendo de la puerta de la entrada que sacudió toda la casa. El lacayo subió

corriendo las escaleras: el comedor estaba vacío, el sombrero del señor no estaba en su colgador del vestíbulo y las publicaciones médicas estaban esparcidos por todas partes en salvaje confusión. Cerca del guardafuego yacía una página arrancada y arrugada. Su posición hacía suponer que se había librado por poco de quemarse en el fuego. El lacayo la alisó y la miró.

Un lado de la página contenía una reseña sobre una conferencia. Esto era lectura aburrida. El lacayo probó con el otro lado y encontró una crítica sobre un trabajo médico nuevo. Esto también habría sido muy aburrido de leer, si no fuera por un extracto de un prefacio que indicaba cómo se había llegado a publicar el libro, y qué maravillosos descubrimientos contenía relacionados con el cerebro de las personas. Se decían varias cosas curiosas, en especial sobre una melancólica muerte en la cama en un lugar llamado Montreal, lo que hacía que el prefacio fuera tan interesante como un relato. Sin embargo, ¿qué había allí como para que el señor saliera corriendo de la casa como alma que se hubiera llevado el diablo?

El vecino más próximo del doctor Benjulia era un pequeño granjero llamado Gregg. Éste estaba haciendo la siesta esa tarde, cuando su mujer entró en la habitación de un salto y dijo:

—¡Aquí está el gran doctor que se ha vuelto loco!

Y ahí estaba, verdaderamente, pisándole los talones a la señora Gregg, pidiendo a voces que se atara el caballo a la calesa y que se le condujera a Londres al instante. Benjulia dijo:

—Páguese usted mismo lo que le plazca —y abrió su cartera llena de billetes.

—Parece ser, señor, que es cuestión de vida o muerte —dijo el señor Gregg.

Después de lo cual, Benjulia miró al señor Gregg (reflexionando un poco), y tranquilizándose de golpe, contestó:

—Sí, lo es.

En la carretera hacia Londres, no habló ni una sola vez —excepto a sí mismo— y, entonces, sólo de cuando en cuando.

Parecía, a juzgar por lo que se desprendía de él, que estaba preocupado por un hombre y una carta. El siempre había recelado de ese hombre, y no obstante le había dado la carta; y ahora eso había acabado volviéndose en contra del doctor Benjulia. Adonde se dirigía en Londres, no era posible decirlo. El caballo del señor Gregg no iba lo suficiente rápido para él, así que cogió una carroza tan pronto como pudo encontrar una.

El empleado del señor Barrable, el famoso editor de trabajos médicos, había echado el cierre y estaba bajando las escaleras para tomar el té, cuando oyó que llamaban a la puerta de la tienda. La persona resultó ser un hombre muy alto, con unas prisas desenfundadas por comprar el nuevo libro de Ovid Vere. Dijo, a modo de disculpa, que también estaba en esa línea y que su nombre era Benjulia. El empleado



conocía su reputación y le vendió el libro. Tenía tanta prisa por leerlo, que, de hecho, empezó en la tienda. Fue necesario decirle que las horas de apertura al público habían acabado. Al oír esto, salió corriendo y le dijo al coche que condujera lo más rápido posible a Pall Mall.

El camarero de la biblioteca del club del doctor Benjulia lo encontró en ella ocupado con un libro.

Estaba bastante solo; los miembros del club se encontraban generalmente cenando o en la sala de fumar a esa hora de la tarde. El hombre que se ocupaba de cuidar de los fuegos de las chimeneas entró de vez en cuando durante la noche, y siempre lo encontraba en el mismo rincón. Empezó a hacerse tarde. Él acabó la lectura, pero no parecía haber cambiado nada. Ahí estaba sentado, bien despierto, sosteniendo su libro cerrado sobre la rodilla y al parecer perdido en sus propios pensamientos. Esto siguió así hasta que fue hora de cerrar el club. Se vieron obligados a molestarlo. No dijo nada, y bajó despacio hacia el vestíbulo, dejando el libro tras él. Era una noche desapacible, estaba lloviendo y caía aguanieve; sin embargo, él no se fijó en el tiempo. Cuando llegó una carroza, el cochero no quiso llevarlo donde vivía, en un noche como aquélla. Benjulia sólo dijo:

—Muy bien, vaya al hotel más cercano.

El portero de noche del hotel permitió la entrada al caballero alto y lo acompañó para mostrarle una de las habitaciones que tenían listas para las personas que llegaban tarde. Al no llevar equipaje, pagó los gastos por anticipado. Sobre las ocho de la mañana, llamó al camarero, quien observó que no había dormido en su cama. Todo lo que quería para desayunar era el café más cargado que pudieran hacerle. Cuando lo probó, no lo encontró lo suficiente fuerte y le añadió un poco de brandy. Pagó, fue generoso con el camarero y se marchó.

El policía que estaba de servicio ese día, y cuya ruta incluía las calles traseras a Fairfield Gardens, se fijó que en una de ellas había un caballero alto caminando de un lado a otro y que, de cuando en cuando, miraba a una casa en concreto. Cuando volvió a pasar por el lugar, todavía estaba el hombre patrullando la calle y todavía miraba la misma casa. El policía esperó un poco y observó. El lugar era una casa de huéspedes respetable, y el extraño era ciertamente un caballero, aunque algo raro. No era asunto del policía actuar por meras sospechas, exceptuando en el caso de tipos con aspecto claramente de malhechor. Por tanto, a pesar de que pensó que era raro, continuó su recorrido.

Entre las doce y la una de la tarde, Ovid dejó sus aposentos para ir a la cercana cuadra de caballos de alquiler y escoger un carruaje abierto. El sol brillaba en el cielo, y el aire era fresco y seco, después de la tormentosa noche. Ése era precisamente el día en que podía arriesgarse a sacar a Carmina a dar una vuelta en coche.

Mientras andaba por la calle, oyó unos pasos detrás de él y sintió que le tocaban

en la espalda. Se giró, y descubrió a Benjulia. Estuvo a punto de hablarle con resentimiento, pero se reprimió. Había algo en la cara del desgraciado que lo impresionó horriblemente.

—No le retendré demasiado, pero quiero saber una cosa. ¿Vivirá o morirá? —dijo Benjulia.

—Su vida está a salvo... espero.

—¿Mediante su método del nuevo tratamiento?

Sus ojos y su voz decían más que sus palabras. Ovid supo al instante que había visto el libro, y que el libro se le había adelantado a aquel hombre en el descubrimiento de lo que él había consagrado toda su vida. ¿Era posible apiadarse de un hombre cuya endurecida naturaleza hacía que nunca se apiadara de los demás? Todo es posible en un gran corazón. Ovid no quiso contestarle.

Benjulia volvió a hablar.

—Cuando nos encontramos esa noche a la puerta del jardín —dijo— me dijo que mi vida respondería por la de ella, si ella moría. Mi negligencia no la ha matado, y usted no tiene ninguna necesidad de mantener su palabra. Sin embargo, no me he librado del castigo, señor Ovid Vere. Usted me ha quitado algo que me es más querido que la vida, desearía decirle que... no tengo nada más que decir.

Ovid le ofreció su mano en silencio.

Benjulia bajó la cabeza y se puso a pensar. La generosa protesta del hombre a quien había agraviado hablaba a través de esa mano extendida. Miró a Ovid y dijo:

—¡No! —y se fue andando.

Al dejar la calle, torció hacia Fairfield Gardens y llamó a la campana de la puerta del señor Gallilee. Una educada mujer mayor contestó a la campana; esa mujer resultaba desconocida para él entre los sirvientes.

—¿Está Zo en casa? —preguntó.

—No hay nadie en casa, señor. Será puesta en alquiler tan pronto como el mobiliario pueda ser trasladado.

—¿Sabe dónde está Zo? Quiero decir, la hija pequeña de la señora Gallilee.

—Siento decirle, señor, que no conozco a la familia.

Él esperó en la puerta, pareciendo dudar sobre qué hacer a continuación.

—Subiré al piso de arriba —dijo de repente—, quiero ver la casa. No necesita acompañarme, conozco el camino.

—¡Muy amable por su parte, señor!

Fue directamente a la clase de estudio. La repulsiva melancolía de un lugar deshabitado ya había caído sobre el lugar. No valía la pena el mobiliario sencillo que quedaba: estaba estropeado y viejo, y abandonado al polvo y al descuido. Había dos escritorios de pino iguales, que habían usado las dos niñas. Uno de ellos estaba cubierto de salpicaduras de tinta: distorsionadas aquí y allá por bárbaras caricaturas

de rostros, en las cuales los puntos y los trazos representaban ojos, narices y bocas. Él sabía de quién era esa mesa y abrió su cubierta. En el recoveco que había debajo se encontraban unas tablas de números sucias, mapas rotos y libros de escritura muy manoseados. La cubierta de papel andrajoso de uno de estos últimos llevaba en su interior una inscripción grotescamente imperfecta: «mi libro copia zo». Él arrancó la cubierta y se la puso en el bolsillo del pecho de su chaqueta.

«Me habría gustado hacerle cosquillas una vez más», pensó, mientras bajaba las escaleras de nuevo.

La educada mujer mayor abrió la puerta haciendo una cortés reverencia. Él le entregó media corona.

—¡Qué Dios le bendiga, señor! —exclamó con gratitud efusiva.

Él se contuvo, cuando estaba a punto de poner su pie en la calle, y la miró con cierta curiosidad.

—¿Cree en Dios? —le preguntó.

La mujer mayor fue incluso capaz de hacer una confesión de fe, con educación.

—Sí, señor —dijo ella—, si usted no tiene ninguna objeción.

Él salió a la calle.

«¿Me pregunto si ella está en lo cierto? —pensó—. No importa, lo sabré pronto».

Los sirvientes estaban de verdad encantados de verle cuando llegó a casa. Al conocer sus hábitos regulares y sintiendo el temor a que le hubiera ocurrido algún percance, habían pasado la noche en vela por turnos. Jamás antes lo habían visto tan fatigado. Él se dejó caer con gesto impotente en su silla, su cuerpo gigantesco se estremeció con ataques temblorosos. El lacayo le rogó que tomara algún refrigerio.

—Huevos crudos en brandy —dijo él.

Después de que se lo trajeran, les dijo que esperaran hasta que llamara, y cerró la puerta cuando se fueron.

Tras esperar hasta que la luz del corto día de invierno llegara a su fin, el lacayo se arriesgó a llamar a la puerta y preguntó si el señor querría que encendieran las luces. Él contestó que había encendido las velas él mismo. No salía ningún olor a humo de tabaco de la habitación y había dejado pasar el día sin ir al laboratorio. Éstos eran signos portentosos. El lacayo dijo a sus compañeros del servicio:

—Algo va mal.

Las mujeres se miraron unas a otras con un vago temor.

Una de ellas dijo:

—¿No sería mejor avisar de que nos vamos?

Y la otra susurró una pregunta:

—¿Creéis que ha cometido un crimen?

Hacia las diez, por fin sonó la campana. Inmediatamente después oyeron que los llamaba desde el vestíbulo.

—Quiero que suban los tres aquí.

Los tres subieron juntos: las dos mujeres previendo una visión de horror y manteniéndose juntas cerca del lacayo.

El señor estaba caminando tranquilamente de un lado a otro de la habitación: en la mesa había pluma y tinta y estaba cubierta de escritos. Él les habló en su tono acostumbrado, no había la más leve apariencia de agitación en su manera de comportarse.

—Tengo la intención de dejar esta casa y marcharme —comenzó—. Ésta es la razón por la que ustedes están despachados del servicio. Cojan sus informes de referencia de la mesa, léanlos y digan si hay algo de lo que quejarse.

No había nada de lo que quejarse. En otra parte de la mesa había tres pequeños montones de dinero.

—Un mes de salario para cada uno de ustedes, en vez de un mes de preaviso —les explicó—. Les deseo buena suerte.

Una de las mujeres (la que había sugerido que avisasen de que se marchaban) comenzó a llorar. Él no se fijó en esta muestra de sentimientos, y siguió adelante.

—Quiero que dos de ustedes me hagan un favor antes de que nos despedamos. Me harán el favor de atestiguar la firma de mi testamento.

La sirvienta sensible se echó para atrás directamente.

—¡No! —dijo ella—, no puedo hacerlo. Jamás he oído el reloj de la muerte<sup>[4]</sup> antes del invierno... y lo oí toda la pasada noche.

Los otros dos testimoniaron la firma. Observaron que el testamento era muy corto. Era imposible no fijarse en el único legado que dejaba; las palabras cruzaban el papel, justo por encima de las firmas y sólo ocupaban dos líneas: «Dejo a Zoé, hija menor del señor John Gallilee, de Fairfield Gardens, Londres, absolutamente todo lo que yo posea cuando yo muera». Con excepción de las frases formales introductorias, y la declaración relacionada con los testigos, ambas cosas copiadas de un libro de bolsillo de leyes, que reposaba abierto sobre la mesa, éste era el testamento.

A las sirvientas se les permitió que bajaran las escaleras después de haber sido informadas de que habrían de marchar a la mañana siguiente. El lacayo fue retenido en el comedor.

—Me voy a ir al laboratorio —dijo el señor—, y quiero que se me lleven algunas cosas a la puerta.

El gran cesto para el papel de desecho, que había llenado tres veces con cartas y manuscritos; los libros, la medicina para el pecho y la jarra de piedra de aceite, que había en la cocina, todo esto trasladaron juntos el hombre y el señor, dejándolo en el suelo de la puerta del laboratorio. Era una tranquila noche de invierno fría y estrellada. El intermitente chillido del silbido del tren en la distancia era el único sonido que alteraba la tranquilidad del momento.

—¡Buenas noches! —dijo el señor.

El hombre devolvió el saludo, y caminó de regreso a la casa, cerrando tras de sí la puerta. Ahora era cuando estaba más firmemente convencido que nunca de que algo iba mal. En el vestíbulo, las mujeres lo estaban esperando.

—¿Qué significa esto? —preguntaron ellas.

—Estad tranquilas —dijo él—, voy a ver.

Un minuto más tarde estaba apostado en la parte trasera de la casa, detrás del borde de la valla. Mirando desde este lugar, pudo ver la luz de las lámparas en el laboratorio que salía a través de la puerta abierta, y la figura oscura del señor entrando y saliendo mientras trasladaba los objetos dejados en el exterior al interior del edificio. Después se cerró la puerta, y no se vio nada excepto el tenue resplandor que encontró salida por la claraboya, a través de la persiana blanca que había dentro.

El criado cruzó con audacia el campo abierto, resuelto a probar lo que sus oídos podían descubrir, ahora que sus ojos ya no le podían ofrecer más información. Se colocó en la parte trasera del laboratorio, cerca de una de las paredes laterales.

De vez en cuando, oía (lo que había llegado a sus oídos cuando había estado escuchando en ocasiones anteriores) leves gemidos de animales. A estos les siguieron unos sonidos nuevos: tres gritos mitigados, sucediéndose uno tras otro a intervalos de tiempo irregulares, le helaron la sangre. ¿Acaso ciertos seres que padecían habían recibido tres golpes mortales con el mismo repentino y terrible acierto? Silencio, horrible silencio, fue toda la respuesta. Con el sonido del lejano ferrocarril hubo un intervalo de paz.

Pequeños seres corriendo con rapidez (quizás gatos, quizás conejos) escapando del laboratorio. La alta figura del señor salió a continuación lentamente, y revelaba que estaba observando la huida de los animales, allí, de pie. Un momento más tarde, salió el último animal liberado: un perro grande que cojeaba, como si una de sus patas estuviera herida. Se detuvo al pasar por el lado del señor, e intentó hacerle algunas carantoñas.

Él lo amenazó con su mano.

—¡Vete ya, como el resto! —dijo.

El perro con lentitud cruzó el torrente de luz, y la oscuridad se lo tragó.

El último de ellos que podía moverse se había ido. Los gritos de muerte de los demás daban cuenta de su destino. Sin embargo, aún estaba allí el señor, de pie, solo: una gran figura negra con su cabeza levantada mirando hacia las estrellas. Los minutos se seguían uno tras otro: el sirviente esperó y lo observó. El hombre solitario tenía la costumbre, bien conocida por los que le rodeaban, de hablar consigo mismo. Ni una palabra salía de su boca ahora, su cabeza levantada no se movía nada, el brillante cielo invernal lo tenía embelesado.

Al fin, sobrevino el cambio. Una vez más el silencio de la noche se vio roto por el

chirrido del ferrocarril.

Él se sobresaltó como alguien que despierta de un profundo sueño, y regresó al laboratorio. Entonces, se produjo el último sonido: la puerta cerrándose y el sonido del cerrojo al echar la llave.

El sirviente dejó su escondrijo: el secreto de su señor ahora ya no era un secreto. Él se odiaba a sí mismo por comer el pan de este señor, y ganar el dinero que le pagaba este señor. ¡Este hombre, uno más entre los montones de ignorantes! Un mero sentimentalismo se apoderó de forma extraña de su estúpida cabeza, el recuerdo del pobre perro herido (perdonando y mostrándose amigable a pesar de sus heridas crueles) era como un puñal clavado en el corazón. En ese momento, su pensamiento era un acto de traición a la nobleza del conocimiento: «¡Desearía pedirle a Dios que pudiera lisiar a este hombre igual que él ha lisiado al perro!». ¡Otro fanático! ¡Otro loco! ¡Oh, Ciencia, sé misericordiosa con los fanáticos y los locos!

Cuando regresó a la casa, las mujeres, al acecho, todavía estaban esperándole.

—No me habléis ahora —dijo—. Ir a dormir y tened en cuenta esto: vayámonos mañana por la mañana antes de que él nos vea.

No pudo dormir cuando se fue a su cama. El recuerdo del perro lo atormentaba. Los otros animales más pequeños estaban activos, capaces de disfrutar de su libertad y de encontrar refugio por sí mismos. ¿Dónde habría encontrado refugio el perro lisiado en esa noche tan dura? Otra vez, y otra vez, y otra, la pregunta se le metía en la cabeza. No pudo soportarlo más. Con cuidado y rapidez, con temor a que su conducta tan fuera de lo normal pudiera quizás ser descubierta por las mujeres, se vistió y abrió la puerta de la casa para ir en busca del perro.

Al margen de la oscuridad, en el escalón de la puerta se alzó algo oscuro. Joseph sacó la mano. Con amabilidad, una persuasiva lengua lo lamió rogando una palabra de bienvenida. El tullido animal sólo pudo haber llegado a la puerta de un modo: la puerta que protegía el recinto de la casa debía de haber quedado abierta. Primero, dio refugio al perro en la cocina y, después, el lacayo, cumpliendo a rajatabla sus últimas obligaciones, fue a cerrar la puerta.

Tras dar el primer paso en el recinto, se detuvo golpeado por el pánico. El firmamento iluminado por las estrellas estaba velado con un rojo tenebroso sobre el laboratorio. Llamas crepitantes que arrojaban lluvias de chispas se alzaban a través del tragaluz roto. Los primeros gritos se alzaron desde la granja vecina: «¡Fuego! ¡Fuego!».

En la pesquisa judicial las pruebas apuntaron a sospechas de incendio provocado y suicidio. Los papeles, los libros, el aceite se delataban a sí mismos como materiales combustibles llevados hasta el lugar con un propósito. La medicina del pecho se sabía (por su uso en casos de enfermedad entre los sirvientes) que contenía opio. De investigaciones posteriores se obtuvo la información de que el laboratorio no estaba

asegurado, y de que el fallecimiento se produjo en circunstancias confortables. ¿Dónde hallar los motivos? Un hombre inteligente, que se había apartado de la opinión del jurado, estaba satisfecho con las pruebas. Él mantenía que el desesperado y desgraciado hombre tenía alguna razón propia para envenenarse primero y después prender fuego a la escena donde realizaba sus trabajos. Al haber una mayoría de once en su contra, el avezado miembro del jurado consintió en un veredicto misericordioso de muerte accidental. Los espantosos restos de lo que una vez fue Benjulia encontraron cristiana sepultura. Sus hermanos en la mesa de torturas fueron a su funeral en gran número. La vivisección había sido vencida en el propio campo del descubrimiento. Ellos rindieron honores al mártir que había caído en nombre de su causa.

## Capítulo LXIII

La vida en el nuevo año todavía era contada por semanas cuando se celebró una pequeña boda modesta, sin que lo supieran los vecinos, sin una multitud en la iglesia, e incluso sin un banquete de boda.

El señor Gallilee (honrado con el deber de acompañar a la novia) se llevó a Ovid a un rincón antes de abandonar la casa.

—Pobrecita, aún tiene el aspecto delicado —dijo—. ¿Realmente consideras que ya está bien?

—Tan bien como lo estará siempre —contestó Ovid—. Antes de que regresara con ella, se había perdido un tiempo que ninguna técnica ni ninguna dedicación podrán recobrar. Sin embargo, las perspectivas tienen su lado bueno. Hechos pasados que han podido proyectar su sombra sobre todo lo que le queda de vida no han dejado huella en su memoria. La haré una mujer feliz. Déjeme el resto de mi cuenta.

Teresa y el señor Mool fueron los testigos, Maria y Zo, las damas de honor: todos ellos esperaban a ir a la iglesia, hasta que una persona esperada con impaciencia se les uniera. Había un interrogante generalizado sobre la señorita Minerva. Carmina sorprendió a todos, comenzando por el novio y llegando hasta el último de los invitados, al anunciar que ciertas circunstancias impedían a su mejor y más querida amiga estar presente. Carmina sonrió y se sonrojó mientras se cogía al brazo de Ovid.

—Cuando seamos marido y mujer, y esté lo bastante segura de ti —susurró—, te diré lo que nadie más debe saber. Mientras tanto, querido, si le puedes dar a Frances el lugar más alto en tu estima, junto al mío, sólo harás justicia a la mujer más noble que jamás haya existido.

Ella llevaba una pequeña nota oculta en el pecho, mientras decía esas palabras. Llevaba fecha de la mañana de la boda:

«Carmina, cuando regreses de la luna de miel, seré la primera amiga que te abra los brazos y su corazón. Perdóname si no estoy contigo hoy. Todos somos humanos, querida... no se lo digas a tu marido».

Fue su última debilidad. Carmina no tuvo que poner excusas por ningún invitado ausente cuando se celebró el primer bautizo. En esta ocasión, la joven y feliz madre reveló un secreto conyugal a su más querida amiga. Fue una sugerencia de Ovid que la niña pequeña se llamara con el mismo nombre de pila que la señorita Minerva.

Sin embargo, cuando la pareja de casados partió para comenzar su nueva vida,



dejó una pequeña nube de tristeza, que se desvaneció, y apareció un sol radiante... gracias a Zo. El educado señor Mool, empeñado en agradar a todo el mundo, quiso hacer la corte a la hija más pequeña del señor Gallilee.

—¿Y con quién tiene la intención de casarse, mi pequeña señorita, cuando se haga mayor? —preguntó el abogado, con poca gracia.

Zo lo miró con cara de sorpresa y seriedad.

—Está todo arreglado —dijo—, tengo a un hombre que me está esperando.

—¡Oh, de verdad! ¿Y quién puede ser?

—¡Donald!

—Esa niña suya es extraordinaria —dijo el señor Mool a su amigo, mientras caminaban juntos.

El señor Gallilee asintió con aire ausente.

—¿Le ha sido entregado mi mensaje a mi mujer? —preguntó.

El señor Mool hizo un gesto y meneó la cabeza.

—Los mensajes de su esposo son para ella un completo desperdicio —contestó—, es como si todavía estuviera en el manicomio. Si quiere hacerse justicia a usted mismo, consienta una separación amistosa y yo lo arreglaré.

—¿La ha visto?

—Insistí en ello, antes de ver a sus abogados. Ella declara ser una mujer insultada con infamias... y, por mi honor, que desde su punto de vista, lo ha probado: «Mi marido jamás vino a mi lado durante mi enfermedad, y se llevó a mis hijas a escondidas. Mis hijas estaban tan perfectamente dispuestas para ser alejadas de su madre, que ninguna de ellas ha tenido la decencia de escribirme una carta. Mi sobrina contemplaba con desvergüenza escapar con mi hijo y le escribió una carta vilipendiando a su madre de la manera más abominable. Y Ovid completa toda esta ingratitud casándose con la chica que se ha comportado de ese modo». Le digo, Gallilee, ¡que así fue cómo lo describió! «¿Se me ha de culpar —dijo— por creer esa historia sobre la mujer de mi hermano? Se sabe que ella dio dinero a ese hombre... el resto es cuestión de opiniones. ¿Me equivoqué al perder los estribos, y decir lo que dije a esa, así llamada, sobrina mía? Sí, ahí me equivoqué: es en el único caso en el que se puede encontrar un error en mí. ¿Pero no fui provocada? ¿No he sufrido? No trate usted de parecer como si se compadeciera de mí. No necesito compasión. Sin embargo, tengo un deber para con mi amor propio, y ese deber me impulsa a hablar con claridad. No tendré nada más que ver con los miembros de mi cruel familia. El resto de mi vida estará dedicada a la sociedad intelectual y a la ennoblecida búsqueda de la ciencia. Permítame no oír nada más, señor, de usted o de las personas que lo han contratado». Se levantó como una reina, y me saludó acompañándome fuera de la habitación. Le aseguro que se me pone la carne de gallina cuando pienso en ella.

—Si la dejo ahora —dijo el señor Gallilee—, la dejo endeudada.

—Déme su palabra de honor de no mencionar lo que voy a contarle —replicó el señor Mool—. Si ella necesita dinero, el hombre más amable del mundo me ha ofrecido un talón en blanco para que lo rellene, para ella... Su nombre es Ovid Vere.

\*\*\*

Conforme avanzó la estación, dos acontecimientos sociales, que mostraban el más completo contraste el uno con el otro, se ofrecían en Londres al mismo tiempo al anochecer.

El señor y la señora de Ovid Vere ofrecían una pequeña fiesta cena para celebrar su regreso. Teresa (promocionada a la dignidad de ama de llaves) insistió en rellenar los tomates y cocinar los macarrones ella misma. Los invitados eran Lord y Lady Northlake, María y Zo, la señorita Minerva y el señor Mool. El señor Gallilee estaba presente como un miembro de la casa. Cuando estaba en Londres, él y sus hijas vivían bajo el techo de Ovid. Cuando iban a Escocia, el señor Gallilee tenía una casita de campo de su propiedad (que él insistió en comprar) en el parque de Lord Northlake. Tanto el señor Gallilee como Zo bebieron demasiado champagne en la cena. El padre dio un discurso y la hija cantó «Aquí estamos alegremente aún».

En otro barrio de Londres, se daba una fiesta que llenaba la calle de carruajes y que sería mencionada en los periódicos de la mañana siguiente.

La señora Gallilee estaba «En casa con la Ciencia». Los Profesores del universo civilizado se reunieron en torno a su ecuánime amiga. Francia, Italia y Alemania desconcertaban a los sirvientes que anunciaban a los invitados con una perfecta torre de Babel de nombres... y Gran Bretaña estaba profusamente representada. Esos tres hombres sobrehumanos (cada uno de ellos había echado una ojeada a través del velo de la creación y descubierto el misterio de la vida) asistieron a la fiesta y fueron el centro de tres círculos: el círculo que creía en «protoplasma», el círculo que creía en «bioplasma», y el círculo que creía en «cargas de electricidad atomizadas conducidas dentro del sistema por el oxígeno de la respiración». Conferencias y demostraciones continuaron a lo largo de la noche por toda la magnífica habitación preparada para la ocasión. En una esquina, un filósofo imparcial vestido de terciopelo azul y puntillas de encaje cogió al Sol de la mano con ánimo chistoso: «La vida solar, amigos míos, comienza con una infancia nebulosa y una juventud gaseosa». En otra esquina, un caballero con una forma de actuar tímida y reservada convertía «la energía radiante en vibraciones sonoras...» a su vez convertidas en sonoros taponazos por los camareros y las botellas de champaña que había en la soberbia mesa. En el centro de la habitación, estaba la anfitriona resolviendo el problema grave de la dieta, vista como método de ayudar a los renacuajos a desarrollarse y convertirse en ranas, con unos resultados tan alentadores que esos últimos seres tan animados se reunieron con

los invitados en la moqueta, y gratificaron su inteligente curiosidad con exploraciones en la escalera. Durante esa noche extraordinaria, trescientas personas ilustres se sintieron encantadas, sorprendidas, instruidas y divertidas; y cuando la Ciencia se fue a casa, dejó unas charlas (por una vez) con el estómago bien lleno. A las dos de la mañana, la señora Gallilee se sentó en una habitación vacía, y dijo a la docta amistad que vivía con ella:

—¡Por fin soy una mujer feliz!

# Apéndices



# Prefacio

## I. A LOS LECTORES EN GENERAL

En ambos lados del Atlántico, ustedes son los hijos de la Vieja Madre Inglaterra; conforman la mayoría de los que compran y toman prestadas novelas; y juzgan las novelas de ficción por algunas preferencias innatas que influyen, aunque someramente, al gran resto de lectores en el continente europeo.

Las dos cualidades en las novelas de ficción que ostentan el grado más alto de importancia según su criterio son: el carácter y el humor. Los incidentes y las situaciones dramáticas no ocupan más que una segunda posición en sus preferencias. Una novela que no cuenta ninguna historia, o que lo intenta sin conseguirlo, una novela tan totalmente desprovista de todo sentido dramático de la vida humana, que ni siquiera un ladrón de tramas encontraría nada en ella que robar, será cuanto menos un trabajo que gane (y conserve) su admiración, si está provista de un humor que permanezca en su recuerdo, y de personajes que amplíen su círculo de amistades.

Siempre he intentado combinar los diferentes méritos de una buena novela en un único trabajo; y nunca he logrado mantenerme en un equilibrio justo. En esta historia encontrarán la balanza inclinada por completo en favor de los personajes y el humor. Y no es por casualidad.

El paso de los años y una salud tristemente precaria me advierten, si es que quiero dar un giro a mi creación, que quizá tenga poco tiempo que perder. Sin caer en la tentación del «mañana será otro día», mientras escribía este libro he mantenido de forma persistente en mi mente sus exigencias críticas, más que en anteriores ocasiones.

Todavía persevero en contarles una historia, todavía me niego a alzarme sobre un púlpito y predicar, a invadir un estrado para dar un sermón, o a instarles a pasar por el ojal de la confianza y hacerles reír con mi arte. Mi principal esfuerzo se ha centrado en retratar los personajes con vigor y libertad en el tratamiento, derivados de la impresión más real y cercana que he podido obtener de un único modelo: la naturaleza. Está por ver que tenga un éxito inmediato y añadan a su círculo de amistades los del mundo de la ficción, o bien que ustedes lean la obra con rapidez, y sólo descubran en una lectura tardía que son los personajes lo que les ha interesado de la historia. En cualquier caso, me encontrarán muy agradecido por su apoyo, ya que, en cualquiera de las circunstancias, mi intención habrá sido complacerles.

A lo largo de sus correspondientes publicaciones periódicas se me preguntó, con motivo de ciertos pasajes de Corazón y ciencia, cómo se me ocurrió escribir este libro. La pregunta podría ser contestada fácilmente con mejores palabras que las

mías. Mi libro está escrito en armonía con opiniones que merecen un respeto indiscutible. Dejémosles hablar por sí mismas.

La opinión de Shakespeare: «Ésa ha sido siempre la manía de nuestra nación inglesa; apenas tiene algo bueno, lo emplea para todo» (King Henry IV, parte II).

La opinión de Walter Scott: «No creo en absoluto que una carrera científica entrañe un gran desarrollo personal, ya que cualquier área de estudio de esta naturaleza tiende, si uno se aplica al límite, a insensibilizar el corazón» (Carta a Miss Edgeworth).

La opinión de Faraday: «La educación del juicio tiene por primer y último paso: la humildad». (Discurso sobre la educación mental, en la Royal Institution)

Una vez expuestas las razones por las cuales escribir el libro, déjenme concluir contando qué es lo que he obviado en él.

Me reconforta pensar que tenemos muchas afinidades en común; y de entre todas ellas, la de que la mayoría de nosotros nos hemos encariñado alguna vez con un animal doméstico. Aunque escribo con esta convicción cuando hablo en favor del inocente y de las criaturas agradecidas de Dios, no he olvidado mi responsabilidad con respecto a ustedes y a mi arte. Desde el principio hasta el fin, se les ha mantenido deliberadamente al margen de los horribles secretos de la vivisección. Lo que queda fuera de mi laboratorio es una parte necesaria de mi paisaje; pero nunca abriré yo la puerta para invitarles a mirar dentro. En uno de mis personajes se ha manifestado el resultado de la práctica habitual de la crueldad (no importa bajo qué pretexto) en el fatal deterioro de la naturaleza del hombre, y he dejado a la imagen hablar por sí misma. Mis afinidades personales han estado en todo momento bajo control. Por fortuna, he contado con la ayuda prestada por la Srta. Frances Power Cobbe, por la Sra. H. M. Gordon y por el Cirujano-General Gordon C.B., y he tenido presente, al igual que ellos, la importancia de apoyar una causa noble sin extremismos.

Con esto, su servidor se retira, y les deja con la historia.

## II. A LOS LECTORES EN PARTICULAR

Si usted se cuenta entre esos buenos amigos nuestros, especialmente capaces de entendernos y compadecernos, acepte nuestra manifiesta gratitud, y pase por alto las líneas que siguen.

Sin embargo, si usted abre nuestros libros con un criterio agriado por la desconfianza; si suele pronosticar una ignorancia inexcusable donde el curso de la historia acaba por derivar en hechos; es a usted, señor o señora, a quien me dirijo ahora.

No discutiré con usted, ¡ni mucho menos! Entiendo con dolor que su severidad

nos encuentra de vez en cuando en terreno fácil de atacar. Pero hay excepciones, incluso para las reglas más rígidas. Algunos de nosotros no somos culpables de negligencia deliberada: apelamos a las autoridades competentes, cuando escribimos sobre temas que están más allá de nuestra cualificación. Tras haberme arriesgado hasta este punto al hablar por mis compañeros, deducirá que estoy pavimentando el camino para hablar luego de mí mismo. Como dicen nuestros primos de los Estados Unidos: acertó.

En las siguientes páginas, hay alusiones a la práctica de la medicina de cabecera que conducirán a su debido tiempo a cuestiones fisiológicas relacionadas con el tema principal de la novela. Al atravesar este terreno delicado, usted no ha sido olvidado. Antes de que el manuscrito se llevara a la imprenta, se presentó para su corrección a un eminente médico de Londres, que cuenta con una experiencia de más de cuarenta años.

Lo reitero; un supuesto descubrimiento en relación con una enfermedad cerebral, que ocupa un destacado lugar, no es (como se podría sospechar) el producto fantástico de la imaginación del autor. Este ha buscado la información por todas partes, e incluso ha contado con el profesor Ferrier, quien, mientras escribía sobre la «Ubicación de enfermedades cerebrales», llegó a esta conclusión sobre el estado actual de los exámenes post-mortem de cerebros con las siguientes palabras: «Ni siquiera podemos estar seguros de si muchos de los cambios descubiertos son la causa de la enfermedad o su consecuencia, o si ambas son el resultado conjunto de una causa común». El espíritu del investigador tiene aquí mucho margen de maniobra.

Cuando conozca a la señora Gallilee la encontrará hablando, y a veces incluso al autor, de temas científicos en general. Concluirá, como es natural, que se trata de «una grotesca caricatura suya». No; esto sería fruto de una lectura promiscua. Permítame exponerle la larga lista de libros consultados, de periódicos y revistas mutilados con recortes, y apelar a los ejemplos de nuevo y por última vez.

Cuando la señora Gallilee se pregunta si «Carmina ha escuchado alguna vez hablar de la propiedad diatérmica de la ebonita» está pensando en las actas de un congreso en honor del profesor Helmholtz (recogido en el Times del 12 de abril de 1881), en el cual la «energía radiante» se convertía efectivamente en «vibraciones sonoras». Lo reitero: cuando ella contempla la posibilidad de tomar parte en un debate sobre la «materia», ha estado consultando escrupulosamente la Enciclopedia Chambers, y allí ha descubierto las interesantes condiciones en las que se puede «prescindir de la idea de átomos». En definitiva, ni hay una palabra de mi invención cuando la señora Gallilee presenta su faceta erudita a su distinguida consideración.

Sólo queda añadir que la historia ha estado sujeta a una cuidadosa revisión, y espero que a la consiguiente mejoría, en la presente edición. Mi experiencia pasada

me ha enseñado que usted tiene la vista aguzada para los deslices de pluma, y que disfruta con desmesura notificando por correo a un novelista los errores cometidos. Pese a haberme esforzado denodadamente en no dar pie a ello, es probable que en la presente obra estemos de nuevo en deuda el uno con el otro. Así que, para alivio infinito de ambas partes, quedaremos, después de todo, como amigos.

W. C.  
Londres, abril de 1883.



## Postfacio

¿Corazón o ciencia? Wilkie Collins ya refleja en el título la constante dicotomía que se percibe en el libro. ¿Dejarse llevar por el corazón? ¿O ser fiel al control que ejerce la mente para conseguir así ciertos objetivos? Pero no es la única dicotomía que podemos observar en esta obra, ya que conforme vamos avanzando en la historia, se hace difícil encuadrar el libro en un tipo de género: ¿Es una novela de amor o una novela de intriga? Y, por último, está la dicotomía entre feminidad y masculinidad encarnada por la protagonista, la señora Gallilee.

Conviene recordar que si Dickens introdujo la investigación como característica fundamental en la novela de la época victoriana, Collins la convirtió en un género en sí mismo en *La piedra lunar* (1868). El poeta y dramaturgo T.S. Eliot la definió como «la primera, más larga y mejor novela de la moderna literatura policíaca inglesa, en un género inventado por Collins y no por Poe». Sin embargo, en las décadas de 1870 y 1880 se inicia un declive de la fama como autor de Collins debido a su creciente drogodependencia y a una tendencia al uso de sus obras como método de denuncia de las injusticias sociales, en detrimento del suspense y la intriga. Así pues, las obras posteriores a *La piedra lunar*, entre las que se encuentra *Corazón y ciencia* (1883), contenían menos elementos de intriga y más crítica social. Tomando esto en consideración, ¿qué pretendía denunciar Collins en *Corazón y ciencia*? ¿Cuál era su «misión» en esta obra?: La vivisección.

A finales de la época victoriana, el tema de la vivisección (disección de un animal o persona cuando aún está vivo; más tarde se daría también, como en el caso de los prisioneros de guerra sometidos a tal proceso y sin anestesia; por ejemplo los del japonés Escuadrón 731 durante la Segunda Guerra Mundial) tenía un buen grupo de firmes detractores y fascinaba, a la vez que horrorizaba, a los lectores de la época. El creciente uso de la cirugía, desde mediados hasta finales de la época victoriana, ilustró a la cultura inglesa con multitud de inquietantes imágenes, y un estudio que se hizo sobre el auge que vivía el campo quirúrgico mostraba una gran preocupación sobre este método. La manipulación quirúrgica de las partes más recónditas del cuerpo humano contrastaba de pleno con la medicina farmacéutica (mucho menos intrusiva), y la literatura del momento despreciaba la cirugía como un intento de corregir a la propia naturaleza. En 1876, el Reino Unido aprobó la Ley sobre crueldad con los animales, pero la poderosa *British Medical Association* puso freno a algunos pasajes del texto original que habrían limitado mucho el acceso científico a la experimentación con animales. Algunos de los autores que se encontraban entre los opositores a la vivisección eran Lewis Carroll, Mark Twain y el mismo Wilkie Collins.

Collins siempre fue un enamorado de los animales (lo cual se refleja en su obra literaria). Durante las investigaciones que efectuó previas a la obra, que publicó en 1883, mantuvo correspondencia con el jefe del servicio federal de sanidad C.T. Gordon al cual escribió en julio de 1882: «Procuro aportar mi grano de arena para ayudar a la buena causa, en lo que el empleo de la literatura puede ayudarme a conseguirlo, y estoy especialmente agradecido a sus valiosos “datos”, que no habría averiguado por mí mismo». En 1884 escribe a Frances Power Cobbe sobre posibles reediciones y traducciones más económicas de su libro: «Todo cuanto pueda hacer, por poco que sea, para ayudar a esta buena causa es, entre otras cosas, espero, para poder llegar a más público». *Corazón y ciencia* recibió, en general, buenas críticas aunque la Academia británica la consideró «un manifiesto contra la vivisección».

Collins avisaba en el prefacio de que su historia gozaría de los ingredientes que más apreciaban los lectores en general: intriga, humor y unos personajes impactantes. Y así es. Su novela mantiene a lo largo de toda la historia un aire de intriga y suspense melodramático aderezado con mucha ironía (y a veces hasta socarronería) y, para ello, se sirve de un elenco de personajes en los que refleja diferentes virtudes y defectos. Para conseguirlo, se sirve de una narración detallada, y una descripción casi minuciosa de los sentimientos y de los rostros de los personajes, de tal modo que es prácticamente imposible no ver su retrato en nuestra mente, y observarlo y sentir lo que el personaje siente.

Vayamos con los personajes: el señor Gallilee, bondadoso pero débil de carácter; Zoé, el espíritu libre; Maria, el «producto» perfecto; Teresa, abnegada pero visceral; Carmina, dulce y bondadosa, de aspecto frágil pero con gran fuerza interior; Ovid, cariñoso y fuerte, pero con una espina clavada en su corazón que le hace esconder sus sentimientos tras un escudo de frialdad (corazón o ciencia) que sólo Carmina consigue romper, y hace que él sea capaz de volver a expresar sus sentimientos; Benjulia, representante máximo de la ciencia; la señorita Minerva, sufriendo una gran batalla interior, fuerte, inteligente e irónica; y por último, la señora Gallilee, inteligente, malvada y llena de contradicciones. El hecho es que la historia se desarrolla y desemboca en un final que parecería increíble y rebuscado, de no ser porque el carácter que Collins da a cada uno de sus personajes lo hace posible: Carmina no se salvaría si Ovid no regresara a tiempo, y esto no hubiera ocurrido si no fuera por Zoé (que tras su apariencia de ser la más «tonta» de las hermanas, es la que tiene más claro cómo son en el fondo los que le rodean), que gracias a su independencia a la hora de actuar y a no confiar en nadie más que en sí misma, decide escribir a Ovid sin confesarlo en su entorno.

En esta obra se observa una lucha entre seguir los dictados del corazón o los de la mente y, al final, parece que Collins da la victoria al corazón. Ovid pone todos sus conocimientos científicos al servicio de su corazón; Carmina sobrevive, en parte, a la

fortaleza de sus sentimientos hacia Ovid; Teresa y Zoé actúan sin reflexionar, sus acciones vienen determinadas por lo que sienten (y eso ayuda a Carmina) e, incluso la señorita Minerva, con un intelecto bien cultivado, acaba «humanizándose» cuando cede a su corazón. Hay dos excepciones: Benjulia y la señora Gallilee. A ellos, Collins los condena a la destrucción. Benjulia acaba destruido, primero moralmente, después psíquicamente y, al final, incluso físicamente al convertir la ciencia en su única razón para vivir. La señora Gallilee, que también hace prevalecer la ciencia y sus objetivos por encima del corazón, después de perder la poca moral que le quedaba, también pierde la razón (esa mente a la que tanto valora en detrimento de otras cosas) y, aunque no muere, cuando se recupera ya nada es lo que era, su entorno ha quedado destruido y su familia no quiere saber nada de ella (ni siquiera sus hijas) y viceversa.

¿Qué decir sobre el género de la novela? Comienza como una novela de amor, pero al final del capítulo VIII nos enteramos a través del Sr. Mool de que si Carmina no se casa, fallece sin casarse o, habiéndose casado, fallece sin descendencia, la totalidad de su dinero irá a parar a manos de la señora Gallilee y sus hijas. En este punto se transforma en una novela de suspense, ya que se cierne la sombra de que algo terrible va a sucederle a Carmina debido al ansia de dinero de su tía y al hecho de que, según el testamento, Carmina se encuentra por completo en manos de su tía. Ahí el lector empieza a preguntarse qué ejercerá más influencia en la señora Gallilee: un comportamiento moral aceptable debido a su posición familiar, o el dinero que tanto ansía y que le ayuda a mantener su posición intelectual y social. La tensión se va volviendo cada vez mayor cuando el lector observa que la señora Gallilee lo tiene claro, el dinero es lo que importa; y es entonces cuando uno se pregunta: ¿hasta dónde será capaz de llegar por dinero? ¿La matará? Eso vemos que no, pero intentar desequilibrar psíquicamente a Carmina a conciencia para quedarse con su herencia... eso vemos que sí. Al final, la obra vuelve a recuperar el espíritu inicial y acaba con un final romántico propio de toda novela de amor.

Por último, hay una fuerte dicotomía en la señora Gallilee entre lo masculino y lo femenino. Ella aprecia más la ciencia y su mente (propio de un espíritu masculino) que todo aquello que tiene que ver con lo femenino, como la música y la poesía. Pero, a pesar de ese menosprecio externo hacia lo femenino (o más bien hacia lo propio de las mujeres) expresado cuando habla con Carmina en su habitación (la música, la poesía, las flores, la decoración, etc.), siempre procura que de cara a la galería se la vea como una mujer muy femenina, con los mejores vestidos y tocados, joyas, etc., asiste a conciertos (aunque no le importe en absoluto la música), tiene poesía en su biblioteca (aunque la menosprecie) y procura que en su casa no falte ni un detalle de lo que entendemos como «el toque femenino». Así pues, nos encontramos ante una persona con ideas masculinas, pero que actúa, cuando hace falta, como una mujer

porque así lo demanda la sociedad que le ha tocado vivir. De otra manera, si no actuara como una mujer al uso, sería considerada un bicho raro; así, es una mujer plena (para la galería) pero con unas aspiraciones e intereses superiores al resto de sus «mortales e incultas congéneres».

Como adelantaba Collins en su prefacio, la novela capta la atención del lector con su ironía, su original trama e interesantes personajes. Todo lo necesario para una gran novela.

Maite Roig Costa



WILKIE COLLINS nació en Londres en 1824. Muy joven entró como aprendiz en una empresa de comercio de té, que abandonó pronto para dedicarse a la literatura, campo en el que rápidamente alcanzó el éxito. Considerado uno de los padres de la narrativa policíaca, durante sus sesenta y cinco años de vida escribió veintisiete novelas, y más de cincuenta historias cortas. Fue amigo íntimo de Charles Dickens desde que se conocieron en marzo de 1851, fecha en que comenzó una fructífera colaboración. Sus novelas de misterio *La dama de blanco* (1860), y la policíaca *La piedra lunar* (1868) están consideradas obras cumbres en sus respectivos géneros.

Aquejado de «gota reumatoide», se aficionó al consumo severo de láudano. Como resultado de esta adicción, experimentó durante toda su vida alucinaciones paranoides; por ejemplo, declaraba que se encontraba constantemente acompañado de un doble suyo, invisible para todos los demás, que él apodaba «el Fantasma Wilkie». Collins nunca se casó, pero vivió, a temporadas, con la viuda Caroline Graves. Además, tuvo tres hijos con otra mujer, Martha Rudd. En 1870, volvió definitivamente con Mrs. Graves y, hasta su muerte, en 1889, complementó ambas relaciones.

# Notas

[1] Tribunal eclesiástico donde se depositaban los testamentos. <<

[2] *Redshank*: (piernas coloreadas) era un apodo para los mercenarios de las Highlands y las islas occidentales. Fueron una característica destacada del ejército irlandés durante el siglo XVI. Eran llamados así debido a que iban con las piernas al descubierto. <<



[3] Plato escocés compuesto de carne picada de corazón, pulmones y riñones de cordero. <<

[4] Un tipo de carcinoma. Juego de palabras sobre esa premonición de muerte. <<